

# LA FLOTA PERDIDA

## IMPÁVIDO

«No dudo de que cualquier fan de Honor Harrington sabrá ver en el capitán John Geary a un alma afín y lo colocará entre los personajes que han sabido encandilarnos»

—Vía News



# JACK CAMPBELL

Lectulandia



Superados por las inexpugnables fuerzas de los Mundos Síndicos, la flota de la Alianza prosigue su peligrosa retirada. Liderada por el legendario capitán John *Black Jack* Geary, la Alianza trata desesperadamente de volver a casa con su más preciada captura: la llave de la hipernet síndica, la llave de la victoria...

Geary está convencido de que los síndicos están planeando una emboscada contra la flota. Al caer en la cuenta de que la mejor (y única) opción de la Alianza consiste en hacer algo inesperado, Geary emprende una ofensiva y envía a la flota al sistema Sancere.

Pero, hastiados por la interminable contienda, los oficiales y la tripulación de la flota de la Alianza provocan un motín que los divide, dejando a Geary con más desventaja que nunca...

Impávido, el segundo volumen de la serie 'La flota perdida', es un nuevo hito en la carrera de un autor imprescindible en el panorama de la ciencia ficción militar actual. La saga de Jack Campbell es original, oscura y perturbadoramente adictiva.

Lectulandia

Jack Camobell

# Impávido

Saga La Flota Perdida - 2

ePUB v1.3

elchamaco 05.08.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Fearless*

Jack Campbell, 2007.

Traducción: Beatriz Ruiz Jara

elchamaco (v1.0) 16/03/12 escaneado, ocr, 1ª revisión, maquetado

elchamaco (v1.1) 14/04/12 erratas detectaas por Malorix

elchamaco (v1.2) 19/04/12 arreglados estílos

elchamaco (v1.3) 05/08/12 Actualziado a epub base 2, libro en ingles, y erratas  
ePub base v2.0

## **Agradecimientos**

Estoy en deuda con mi editora, Anne Sowards, por su valioso apoyo y su trabajo de revisión, así como con mi agente, Joshua Blimes, por sus sugerencias acertadas y por su ayuda. Gracias también a Catherine Asaro, J. G. (Huck) Huckenpohler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk y Constance A. Warner por sus sugerencias, comentarios y recomendaciones. Gracias también a Charles Petit por su aportación en cuanto al combate espacial.

Para Stanley Schmidt, un gran editor, un gran escritor y una muy buena persona.  
Gracias por ayudar a tantos escritores, incluido yo mismo, a mejorar en nuestro trabajo. Y no me cabe duda de que, a pesar de su entrega, Stan seguirá rechazando cualquier cosa que le envíe que no se ajuste a sus parámetros.

Para S., como siempre.

# 1

Las naves aparecieron perfiladas sobre el negro del espacio, los escuadrones de destructores y cruceros ligeros surgieron con un destello seguidos por grupos de cruceros pesados, luego las divisiones de cruceros de batalla y acorazados, enormes plataformas para las armas más mortíferas que el hombre haya creado jamás. A lo lejos, un punto refulgente de luz marcaba la estrella que la humanidad había bautizado como Sutrah, tan lejana que los habitantes de los mundos cercanos a ella no podrían ver la luz que anunciaba la llegada de la flota de la Alianza durante al menos cinco horas.

La flota de la Alianza, que había saltado hacia el espacio normal que allí había, tenía un aspecto increíblemente poderoso a medida que su formación se aproximaba a Sutrah. Parecía imposible que algo tan fuerte pudiera temerle a algo. Pero la flota de la Alianza huía para salvar su vida y Sutrah, que estaba bien inmersa en el territorio enemigo de los Mundos Síndicos, no era otra cosa que un rodeo necesario para llegar definitivamente a un lugar seguro.

—Se han detectado buques ligeros síndicos a diez minutos luz, diez grados abajo a estribor.

El capitán John *Black Jack* Geary estaba sentado en el asiento de comandante de la flota, en el puente de mando del crucero de batalla *Intrépido* de la Alianza, sintiendo como sus tensos músculos se relajaban lentamente a medida que se hacía patente el hecho de que, una vez más, sus conjeturas eran acertadas. O las conjeturas de los comandantes de la flota síndica eran erróneas, lo cual era igual de bueno. No había campos de minas esperando a la flota de la Alianza a la salida del punto de salto, y las naves enemigas avistadas estaban tan lejos que no suponían una amenaza real.

No, la mayor amenaza para sus buques estaba dentro de la propia flota.

Geary mantuvo los ojos clavados en el visualizador tridimensional que se proyectaba ante él, tratando de vaticinar si los educados mandos de la formación de la Alianza se disolverían en una persecución caótica tras las naves síndicas a medida que la disciplina flaqueara ante el deseo de entrar a matar.

—Capitana Desjani —dijo dirigiéndose a la comandante del *Intrépido*—, por favor, informe a esas naves síndicas de que exigimos su rendición inmediata.

—Sí, señor. —Tanya Desjani había aprendido a ocultar sus reacciones ante las ideas pasadas de moda y (a los ojos de los tiempos modernos) compasivas de Geary, tales como ofrecerles a unas fuerzas enemigas que podrían ser destruidas fácilmente la posibilidad de rendirse.

Poco a poco había ido comprendiendo por qué ella y otros miembros de la unidad eran de ese parecer. Los Mundos Síndicos nunca se habían caracterizado por la humanidad de sus dirigentes, ni por los conceptos como la libertad individual y la justicia, que los de la Alianza apreciaban. Los ataques sorpresa, sin que mediara provocación alguna, que llevaban a cabo los síndicos y que habían desencadenado esta guerra habían dejado un regusto amargo que seguía vivo y, aproximadamente un siglo después de aquello, los síndicos iban en cabeza en una escalada de bajezas en lo que a tácticas para ganar a cualquier precio se refería. Geary se quedó perplejo cuando supo que la Alianza había llegado a igualar las atrocidades de los síndicos, y pese a que ahora entendía cómo había sucedido, nunca lo toleraría. Insistía en perpetuar las reglas que él conocía, reglas que trataban de controlar la ira de la guerra para que aquellos que la libraban no se volvieran tan malvados como sus enemigos.

Geary consultó el visualizador del sistema al menos por décima vez desde que se había sentado. Ya lo había memorizado antes. El punto de salto por el que había salido su flota se encontraba solamente a cinco horas luz de Sutrah. Había dos mundos habitados en el sistema, pero el más cercano a la escuadra estaba a solo nueve minutos luz de la estrella. No vería la llegada de la flota de la Alianza a este sistema durante otras cuatro horas luz y media. El otro mundo habitado estaba algo más alejado, a unos escasos siete minutos luz y medio de Sutrah. La flota de la Alianza no tendría que acercarse a ninguno de los dos en su travesía por el sistema estelar Sutrah de camino hacia otro punto de salto, en el otro extremo, desde donde poder saltar a otra estrella.

En torno a la imagen de la flota de la Alianza en el visualizador del sistema, una burbuja en expansión delimitaba la zona en la que se podría evaluar algo parecido a una cadena de acontecimientos en directo. En ese mismo momento, la unidad podía ver cuál era el aspecto del mundo habitado más cercano a cuatro horas luz y media. Se trataba de un cómodo margen, pero también era tiempo suficiente para que surgieran circunstancias inesperadas que te podían sorprender cuando su luz llegaba por fin. La propia estrella Sutrah podía haber explotado hacía cuatro horas, y ellos no verían la luz de ese suceso hasta al menos otra hora después.

—Movimiento rojo en las naves síndicas —anunció el consultor, incapaz de eliminar la decepción de su voz.

—Están huyendo —añadió Desjani innecesariamente.

Geary asintió; luego frunció el entrecejo. La fuerza síndica que se habían encontrado en Corvus, superada ampliamente en número, había luchado a pesar de todo; al final solo una nave se había rendido, mientras que las demás habían sido aniquiladas. *Allí el comandante síndico citó la norma de la flota síndica según la cual se requería esa maniobra suicida. ¿Por qué aquí los síndicos se comportan de forma distinta?*



—¿Por qué? —preguntó en voz alta.

La capitana Desjani miró a Geary sorprendida.

—Son unos cobardes.

Geary procuró no reaccionar demasiado enérgicamente. Al igual que tantos otros tripulantes y oficiales de la Alianza, Desjani llevaba tanto tiempo alimentándose de propaganda sobre el enemigo síndico que se lo creía todo, incluso cuando no tenía sentido.

—Capitana, en Corvus, tres de las naves síndicas lucharon hasta la muerte. ¿Por qué estas están huyendo?

Desjani le respondió frunciendo el ceño a su vez.

—Los síndicos siguen sus órdenes con rigidez —declaró por fin. Aquella fue una valoración razonable, reflejaba todo lo que Geary supo una vez y lo que estaba viendo en ese momento.

—Entonces, les han ordenado que huyan.

—Para que informen sobre nuestra llegada al sistema Sutrah —concluyó Desjani—. Pero ¿qué sentido tiene? Si cuentan con unidades ligeras localizadas en los demás puntos de salto, y ya hemos visto desde hace unas cuantas horas que así es, ¿qué ganan teniendo a alguien precisamente aquí? Su informe sigue viajando a la velocidad de la luz y, dado que no pueden atravesarnos para llegar al siguiente punto de salto, no van a poder saltar muy rápido.

Geary se inclinó sobre el visualizador.

—Eso es verdad. Entonces, ¿por qué?

Le echó otro vistazo a la formación de su flota, que seguía unida, y murmuró una oración dando gracias a las estrellas del firmamento.

—Un momento.

Dentro de un sistema solar, las referencias direccionales siempre se calculaban en relación al mundo exterior a una nave, para que las otras naves las pudieran entender. Cualquier cosa que sobrepasara el plano del sistema estaba «arriba», y cualquiera que no lo sobrepasara estaba «abajo». La dirección hacia el sol era «a la derecha», o «a estribor» (o incluso «hacia la estrella», como insistían algunos), mientras que la dirección contraria al sol era a la izquierda, o a babor. Según esa convención, las naves ligeras de los síndicos habían estado por debajo de la posición de su flota y ahora estaban huyendo por encima y ligeramente hacia la izquierda. ¿Por qué iban a escapar por una ruta que los llevaba directamente hacia su flota? A no ser que ese movimiento ocultara otro propósito.

Geary trazó una línea de interceptación desde sus naves hacia los síndicos; la trayectoria curvada atravesaba una región por la que los síndicos no habían pasado.

—Deme una buena visión de esta zona. Rápido.

Desjani miró a Geary sobresaltada, pero transmitió la orden. Geary seguía

esperando la respuesta cuando vio que tres destructores y un crucero pesado rompían de pronto la formación y se lanzaban en máxima aceleración para obstaculizar a los síndicos que estaba huyendo. *¡No, idiotas!*. Sin perder un momento, Geary pulsó el circuito de mando de la flota.

—Aviso a todas las unidades, alteren el curso tres cero grados en sentido ascendente. Repito, tres cero grados ascendente. Ejecución inmediata. Hay minas a lo largo de nuestra trayectoria.

Tardó un instante en identificar las unidades que había roto la formación.

—*¡Doblefilo, Estilete, Mazo, Blindado!* ¡Interrumpan el curso de su trayectoria de inmediato! Tres cero grados ascendente. Están entrando en un campo de minas.

Después de eso, lo único que pudo hacer Geary fue observar el visualizador. La flota de la Alianza se extendía a lo largo de una distancia de minutos luz. Las naves más alejadas no recibirían la orden hasta dos minutos más tarde. Las que se encontraban en mayor peligro, aquellos tres destructores y el crucero *Blindado*, tardarían al menos un minuto en oírla. A una aceleración máxima cubrirían una gran parte del trayecto en ese minuto.

Un consultor del puente de mando del *Intrépido* estaba transmitiendo su evaluación en voz alta.

—Se han detectado anomalías a lo largo de la ruta indicada. Se calcula la presencia de minas sigilosas en una probabilidad superior al ochenta por ciento. Se recomienda evitar el curso ahora.

Desjani alzó una mano para acusar recibo del informe, luego miró a Geary llena de admiración. Geary se dio cuenta de que los ojos de los demás oficiales y tripulantes que había en el puente de mando reflejaban el mismo asombro, amén de la adoración al héroe que tanto odiaba, a pesar de llevar meses viéndola.

—¿Cómo lo supo, capitán Geary? —preguntó Desjani.

—Era evidente —explicó él revolviéndose incómodo en su asiento bajo la atenta mirada de los demás oficiales del puente de mando—. Los navíos se posicionaron lo bastante lejos del punto de salto como para esquivar al enemigo entrante, pero lo suficientemente cerca para advertir a cualquier buque amigo. Y luego está esa dirección que tomaron, que parecía estar destinada a hacernos atravesar una zona concreta al salir en su persecución.

Se reservó algo que ambos sabían: que si esa flota hubiera sido la misma que él había llevado a Corvus, en lugar de cuatro unidades ligeras, habrían sido la mayor parte de las naves las que se estarían lanzado de cabeza contra ese campo de minas en ese mismo momento.

La extendida formación de la flota de la Alianza empezaba a doblarse por el centro a medida que las naves más cercanas reaccionaban a la orden; después, cuando la orden fue llegando a las naves más alejadas, estas fueron respondiendo a su vez.

Geary se dio cuenta de que la imagen general casi parecía un pez raya flexionado en el centro y con las «alas» aún más encorvadas hacia abajo.

Esperó al ver que los tres destructores y el crucero mantenían su curso, como si la persecución fuera lo único que importara. Geary comprobó el tiempo: habían pasado cinco minutos. Con un minuto para que la orden llegara a la velocidad de la luz, y luego otro minuto para que él pudiera ver que por fin se iniciaba la modificación en el curso, habían pasado tres minutos de más, lo que era con mucho una respuesta demasiado lenta para una emergencia.

—*¡Doblefilo, Estilete, Mazo, Blindado!* Alteren su rumbo hacia arriba de inmediato; viraje máximo. Hemos detectado un campo de minas en su trayectoria. *¡Acusen recibo de la orden e inicien el viraje de inmediato!*

Otro minuto.

—¿A qué distancia están de esas anomalías? —preguntó Geary tratando de mantener sereno su tono de voz.

Desjani tecleó rápidamente sus propios controles para hacer el cálculo.

—En la trayectoria actual, entrarán en su radio en treinta segundos.

La voz de Desjani sonaba tranquila, disciplinada. Había visto morir muchas naves y a muchos tripulantes de la Alianza, en su relativamente corta carrera. Geary lo había ido sabiendo poco a poco, y era consciente de que ahora Desjani estaba recurriendo a su experiencia para anular sus sentidos ante algo que parecía inevitable.

Treinta segundos. Demasiado tarde incluso para tratar de transmitir otra orden. Geary sabía que algunos de los oficiales al mando de su flota no estaban en realidad cualificados para dar órdenes, y sabía que muchos otros seguían aferrándose al concepto de ataque total y glorioso contra el enemigo sin vacilar y sin pensar. Tardaría mucho tiempo en poder enseñarles a esos guerreros, y esperaba conseguirlo, el valor de luchar juiciosamente, además de con valentía. Pero, incluso sabiéndolo, Geary se preguntaba qué insensatez había llevado a esos cuatro capitanes a hacer caso omiso de sus órdenes y de sus advertencias respecto al campo de minas. Debían de tener la mente fija en sus respectivos objetivos e ignoraban todo lo demás mientras trataban de entrar en su radio de acción.

Tal vez las naves sobrevivirían en el campo de minas el tiempo suficiente como para que una nueva advertencia funcionara. Procurando que su voz no delatara desesperación, Geary volvió a hacer un llamamiento.

—*Doblefilo, Estilete, Mazo, Blindado*, al habla el comandante de la flota. Se están adentrando en un campo de minas confirmado. Alteren su rumbo de inmediato. Viraje máximo.

Sabía que en ese momento estaban entrando en el campo de minas. La luz de las cuatro naves llegaba con medio minuto de retraso, de modo que las naves que él veía imponentes e intactas se encontraban ya en el campo y podían haber impactado ya

contra las minas. Lo único que podía hacer era observar el visualizador y esperar lo inevitable, sabedor de que ya no había nada que pudiera salvar a las tripulaciones de esas naves excepto un auténtico milagro. Rezó en silencio deseando que se produjera ese milagro.

No sucedió. Exactamente un minuto y siete segundos después de la advertencia de Desjani, Geary vio que su visualizador informaba de las múltiples explosiones a medida que los tres destructores que lideraban el ataque se adentraban en el denso campo de minas. Los pequeños y relativamente frágiles destructores sencillamente se desintegraron bajo el martilleo de las detonaciones de las minas, reventaron en un montón de pedazos de hombres, mujeres y naves que las espoletas inteligentes de los artificios explosivos que no habían explotado simplemente ignoraron.

Pasados unos cuantos segundos, Geary vio que el *Blindado* trataba por fin de virar. Sin embargo, era demasiado tarde, pues la inercia impulsaba al crucero hacia el campo de minas. Una de ellas produjo un cráter en el medio de la nave, y después una segunda voló buena parte de la popa; entonces los sensores ópticos del *Intrépido* perdieron de vista el crucero por un momento mientras su campo de escombros y el de los destructores bloqueaban la imagen del aniquilamiento.

Geary se humedeció los labios, que se le habían secado de repente, pensando en los tripulantes que acababan de morir inútilmente. Bloqueó sus emociones y se concentró en la mecánica de su siguiente tarea mientras estudiaba el visualizador.

—Segundo escuadrón de destructores, realice un acercamiento prudente a los alrededores del campo de minas en busca de supervivientes. No entre en el campo de minas sin mi aprobación.

Había muchas probabilidades de que no hubiera ni un solo superviviente. Las cuatro naves habían sido destruidas con tanta rapidez que parecía imposible que alguien hubiera conseguido llegar a una cápsula de salvamento. Pero era necesario asegurarse de que no dejaban a nadie atrás, a merced de las dulces promesas de los campos de trabajo de los síndicos.

Pasó un minuto que se le hizo eterno.

—Segundo escuadrón de destructores, señor. Procediendo al rastreo de supervivientes.

La voz del comandante del escuadrón sonaba apagada.

Geary le echó otra ojeada a su formación, todos en el nuevo rumbo, alzándose por encima del plano del sistema Sutrah, avanzando por encima de la zona del campo de minas, que ahora estaba marcado profusamente con señales de peligro.

—A todas las unidades, alteren el rumbo dos cero grados descendente a la una punto cinco.

Todos lo estaban mirando, quizá esperando a que diera algún discurso acerca del heroísmo de las tripulaciones de las cuatro naves. Geary se levantó, su boca no era

más que una fina línea, hizo un gesto de negación con la cabeza y salió del puente de mando sin fiarse de su voz. No había que hablar mal de los muertos. No quería fustigar a los comandantes de esas naves como idiotas vanagloriosos que habían asesinado a sus tripulaciones.

Pese a que eso era justamente lo que había sucedido.

Victoria Rione, copresidenta de la República Callas y miembro del senado de la Alianza, lo esperaba a la entrada de su camarote. Geary la saludó con un rápido gesto de cabeza y entró sin invitarla a pasar. Ella le siguió de todos modos, y se quedó de pie en silencio mientras él miraba con preocupación el paisaje estelar que decoraba un mamparo. Rione no tenía ninguna autoridad en la flota, pero como senadora era una representante del Gobierno de la Alianza lo suficientemente veterana como para que Geary no se limitara a echarla de allí. Por otra parte, tanto las naves de la República Callas como las de la Federación Rift, que constituían parte de la flota, obedecerían las órdenes de Rione en caso de que esta decidiera rebelarse contra Geary. Tenía que ser diplomático con esta política civil, aunque lo único que deseara fuera soltarle un grito a alguien.

Al final se la quedó mirando.

—¿Qué quiere, señora copresidenta?

—Oír cómo libera toda la rabia que lo corroe en este instante —replicó con calma.

Geary se desplomó momentáneamente; luego le dio un puñetazo al paisaje estelar haciendo que temblara brevemente antes de volver a la normalidad.

—¿Por qué? ¿Por qué iba a hacer nadie tal estupidez?

—Vi a esta flota en Corvus, capitán Geary. Allí la táctica síndica habría funcionado a la perfección, antes de que el entrenamiento al que usted insistió en someter a la flota le enseñase disciplina a sus miembros.

—¿Se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor? —preguntó amargamente.

—Debería.

Geary se frotó la cara con una mano.

—Sí —convino con desgana—, debería. Pero, aunque sea solo una nave... Y acabamos de perder cuatro.

Rione le atravesó con una penetrante mirada.

—Al menos esto ha supuesto un perfecto ejemplo del valor de obedecer las órdenes.

Él la miró a su vez preguntándose si de verdad hablaba en serio.

—A mí eso me parece tener la sangre muy fría, señora copresidenta.

Ella se encogió de hombros.

—Tiene que ser realista, capitán Geary. Desgraciadamente algunos se niegan a



aprender hasta que ven que los errores literalmente les estallan en las narices. —Bajó el tono de voz y cerró los ojos—. Como acaba de ocurrir.

De modo que le afectaban las pérdidas. Geary sintió una oleada de alivio. Como único civil en la flota, la única persona que no estaba bajo su mando, Rione era la única persona en la que sentía que podía confiar. Estaba empezando a descubrir que además le caía bien, un sentimiento que le resultaba ajeno, después del aislamiento que suponía estar viviendo un tiempo que distaba un siglo del suyo, después del aislamiento que suponía encontrarse entre personas cuya cultura había transformado la que Geary había conocido.

Rione volvió a alzar la mirada.

—¿Por qué, capitán Geary? No pretendo ser una experta en milicia, pero esos cuatro comandantes de navío habían visto que su modo de hacer las cosas funcionaba. La forma en que la Alianza solía luchar en sus tiempos. Habían visto hasta la última nave de una fuerza síndica destruida. ¿Cómo es posible que creyeran que cargar precipitadamente contra el enemigo era una opción acertada?

Geary negó con la cabeza sin mirarla.

—Porque, para desgracia de la humanidad, la historia militar a menudo es la historia de unos comandantes que repiten una y otra vez los mismos métodos de combate mientras sus propias fuerzas son aniquiladas. No pretendo saber a qué se debe, pero es una triste realidad; son comandantes que no aprenden de la experiencia a corto o a largo plazo, que continúan lanzando sus tropas como si causar las mismas muertes inútiles una y otra vez acabara por alterar el resultado.

—Seguro que no todos los comandantes son así.

—No, claro que no. Pero los que lo son parece que tienden a alcanzar los más altos rangos, donde más daño pueden hacer. —Geary miró por fin a Rione—. La mayor parte de estos comandantes de navío son buenos soldados, valientes. Pero durante toda su carrera han estado oyendo que se debe luchar de una cierta forma. Tardarán un tiempo en superar toda esa rígida experiencia y convencerse de que no es malo cambiar. Los cambios no se abren camino fácilmente entre los militares, incluso cuando ese cambio supone un retorno a las tácticas profesionales del pasado. No deja de ser un cambio respecto al estado de las cosas.

Rione dejó escapar un suspiro y negó con un gesto.

—He visto las muchas tradiciones ancestrales a las que los militares se aferran y a veces me pregunto si con ellas no se atrae a muchos de aquellos que valoran la perseverancia de las cosas por encima de los logros.

Geary se encogió de hombros.

—Tal vez, pero esas tradiciones pueden convertirse en una enorme fuente de poder. Usted me dijo una vez que esta flota era quebradiza, que era propensa a romperse bajo presión. Si consiguiera volver a forjarla para hacerla más fuerte, sería

en gran parte apelando a las tradiciones.

Rione aceptó esa afirmación sin manifestar si la creía o no.

—Tengo cierta información que podría ayudar a explicar en cierto modo las acciones de esas cuatro naves. Desde que dejamos el espacio de salto y se activó la red de comunicaciones, algunas de mis fuentes han informado de que se han extendido rumores por las naves. Rumores de que usted, al haber perdido su espíritu combativo, preferiría dejar escapar a los buques de guerra síndicos para evitar un día más de lucha antes que arriesgarse a entablar batalla.

Geary se echó a reír incrédulo.

—¿Cómo iba nadie a pensar eso después de Kaliban? Hicimos trizas aquella flotilla síndica. No se escapó ni uno.

—La gente cree lo que quiere creer —sentenció Rione.

—¿Quiere decir como creer que *Black Jack* Geary es un héroe mítico? —preguntó amargamente—. La mitad del tiempo quieren idolatrarme: el guerrero del pasado que va a salvar esta flota y a la Alianza ganando una guerra que dura un siglo; y la otra mitad se dedican a extender rumores diciendo que soy un incompetente o un cobarde.

Geary por fin tomó asiento, invitando a Rione con un gesto a que se sentara enfrente de él.

—¿Y qué más le están contando los espías de mi flota, señora copresidenta?

—¿Espías? —repitió en un tono de sorpresa mientras se sentaba—. Ese es un término tan negativo...

—Solo es negativo si los espías trabajan para el enemigo. —Geary apoyó la barbilla sobre su puño mientras la observaba—. ¿Es usted mi enemiga?

—Sabe que desconfío de usted —replicó Rione—. Al principio se debía a que temía que la adoración al héroe pudiera convertirlo en una amenaza tan grande para la Alianza y su flota como los síndicos. Ahora es por eso y porque ha demostrado ser un hombre muy capaz. Esa combinación es muy peligrosa.

—Pero, siempre que lo que haga sea en beneficio de los intereses de la Alianza, estamos del mismo lado, ¿no? —inquirió Geary haciendo gala de cierto sarcasmo—. Me preocupa lo que sugiere esa emboscada de minas sobre nuestro enemigo, señora copresidenta.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué le sugiere acerca de nuestro enemigo que no supiera ya?

—Me sugiere que los síndicos piensan. Me sugiere que están procediendo con inteligencia, como cuando engañaron a esta flota para que fuera al sistema interior síndico a través de la hipernet para que se adentrara en una emboscada que pondría fin a la guerra.

—Lo cual habría funcionado de no haber sido por la inesperada presencia del

héroe del siglo de la Alianza, el capitán *Black Jack Geary* —declaró Rione medio en broma—. Hallado en los límites del deceso final en una cápsula de salvamento perdida, como un antiguo rey que resucita milagrosamente para salvar a su pueblo cuando este más lo necesita.

Él la miró con un mohín.

—A usted le resulta divertido porque no tiene que vivir con el hecho de que la gente crea que usted es esa persona.

—Le he dicho que usted es esa persona. Y no, no lo encuentro divertido en absoluto.

A Geary le habría gustado comprenderla mejor. Desde que había sido rescatado, se había encontrado inmerso en el ambiente militar de la flota y se había llevado una desagradable sorpresa al ver algunos cambios culturales que habían tenido lugar a lo largo de un amargo siglo de contienda. Pero su único contacto con la cultura civil de la Alianza era Victoria Rione, y ella le ocultaba muchas cosas. No habría podido valorar cuánto habían cambiado las cosas en casa y en qué dirección, y realmente quería saberlo.

*Pero no es muy probable que Rione me ayude a entender mejor la cultura civil de la Alianza si piensa que podría usar esos conocimientos para convertirme en una amenaza aún mayor para el Gobierno de la Alianza. Quizás algún día confíe en mí lo suficiente como para relajarse respecto a eso.* Geary se inclinó hacia delante en su asiento para manejar los controles de la mesa que había entre los dos, que seguían siéndole un poco ajenos, incluso después de pasarse meses en aquel camarote. Se abrió una imagen de Sutrah junto a una representación de sus estrellas cercanas.

—Vamos a atravesar el resto de su sistema con mucho cuidado. Supongo que los síndicos habrán desplegado campos de minas similares cerca de los demás puntos de salto, pero, ahora que sabemos cómo buscarlos, podemos detectarlos y evitarlos.

Rione señaló unos símbolos en el visualizador.

—¿Dos bases militares síndicas? ¿Alguna de ellas supone una amenaza?

—Por lo que se aprecia, no lo creo. Parecen estar obsoletas. Es lo que se puede esperar en un sistema que no se encuentra en la hipernet síndica.

Dejó que sus ojos se detuvieran sobre la imagen de las bases síndicas mientras pensaba en la hipernet, que tanto había cambiado las cosas desde lo que él contemplaba como su época. Mucho más veloz que el método de salto entre sistemas, más rápido que la luz, y con un radio ilimitado entre las puertas hipernéticas, había revolucionado el viaje interestelar y había provocado que incontables sistemas estelares se marchitaran lentamente, como flores cortadas, cuando se juzgaba que no eran lo bastante especiales como para justificar el gasto de la puerta.

Geary marcó la clave de actualización y la última información relativa al sistema Sutrah se desplegó. La única modificación afectaba a la posición de la luz de los

buques de guerra síndicos, que habían atraído a sus cuatro naves hacia el campo de minas. Aquellos síndicos seguían alejándose de las fuerzas de Geary a una velocidad que rayaba las dos décimas de la velocidad de la luz. Habían estado acelerando tan rápido que sus compensadores de inercia debían de estar muy sobrecargados y sus tripulaciones debían de estar clavadas a sus asientos. Ir a por ellos sería inútil, pues ellos podían limitarse a seguir adelante, mientras que la flota de la Alianza, antes o después, tendría que proceder hacia uno de los puntos de salto que la sacara de Sutrah; pero Geary todavía sentía una punzada de rabia al ver las naves síndicas, aunque sabía que en este caso no cabía la venganza.

Pero la emboscada síndica lo tenía preocupado por otras razones. Rione parecía no haber captado sus implicaciones. La supervivencia de la flota de la Alianza dependía de que Geary tomara las decisiones adecuadas y de que los mandos síndicos tomaran las equivocadas. Si los síndicos habían perdido su exceso de confianza y habían empezado a planear las cosas con cuidado, entonces hasta los mejores movimientos de Geary podían fallar a la hora de mantener la flota al menos un paso por delante de las fuerza síndicas, que eran lo bastante fuertes como para asestar un golpe mortal a la flota de la Alianza.

No obstante, incluso los pequeños golpes contaban. De entre los cientos de navíos con los que contaba la flota de la Alianza, los cuatro que aquí se habían perdido no eran decisivos. Pero, con el tiempo, la flota podía ser picoteada hasta morir si sufría esas pérdidas en cada una de las estrellas, y quedaban un montón de estrellas entre la flota y su hogar.

Echó una ojeada al visualizador deseando que Sutrah estuviera mucho más cerca del espacio de la Alianza, deseando que Sutrah hubiera desarrollado milagrosamente una puerta hipernética libre de vigilancia. Joder, ya que se ponía, ¿por qué no desear también haber muerto en aquella nave hacía un siglo para no tener que estar ahora al mando de esta flota, con tantas vidas y naves bajo su responsabilidad?. *Anímate, Geary. Cuando te descongelaron tenías todo el derecho a estar deprimido, pero ahora eso ya es agua pasada.*

El intercomunicador reclamó su atención.

—Capitán Geary, hemos avistado algo importante. —La voz de la capitana Desjani contenía un sentimiento que no pudo identificar.

—¿Importante? —Estaba seguro de que si se trataba de alguna amenaza, lo habría dicho directamente.

—En el quinto mundo del sistema. Parece un campo de trabajo. Geary le lanzó una mirada a Rione para ver cómo recibía ella la información, pero tampoco pareció considerarla nada extraordinario. Los Mundos Síndicos tenían muchos campos de trabajo porque los Mundos Síndicos dedicaban grandes esfuerzos a tratar con enemigos internos, reales o imaginarios.

—¿Tiene algo de especial?

Esta vez detectó claramente la tensión en la voz de Desjani.

—Estamos registrando comunicaciones desde el campo que indican que retienen a prisioneros de guerra de la Alianza.

Geary se quedó mirando la representación del quinto mundo del sistema Sutrah. A nueve minutos luz de su estrella, aún por encima de las cuatro horas luz de la flota de la Alianza. No había esperado tener que acercarse a ningún mundo habitado de este sistema, no había previsto retrasos.

Al parecer tendría que cambiar de planes.

*Odio estas reuniones*, pensó Geary por centésima vez, lo cual tenía su mérito, ya que hasta entonces solo había tenido que asistir a unas cinco. En la sala de juntas, la mesa de negociación tenía pocos metros de largo, pero gracias a la red de comunicaciones que interconectaba las naves de la flota y a las últimas tecnologías de presencia virtual, ahora la mesa parecía alargarse en la distancia, asiento tras asiento, ocupada por los comandantes de sus naves. Aparentemente los oficiales más veteranos eran los que se sentaban más cerca de Geary, pero solo con mirar a alguno de los oficiales, por muy alejado que estuviera de él en la mesa, este se adelantaba desplegando a su lado una útil información identificativa.

Por supuesto, las reuniones se caracterizaban por tener un ritmo extraño. La flota había adoptado una formación más compacta para poder celebrar la reunión, pero debido a las limitaciones impuestas por la velocidad de la luz sobre las comunicaciones, las naves más alejadas seguían estando a una distancia de veinte o incluso treinta segundos luz. Se trataba de las naves más pequeñas y con los comandantes más jóvenes; de ellas, por supuesto, se esperaba que observaran y aprendieran, y que mantuvieran el pico cerrado, de modo que la naturaleza retardada de su interacción tenía una incidencia mínima. Pero incluso para las naves más cercanas, se podía dar un retraso de varios segundos entre pregunta y respuesta, por lo que los participantes habían aprendido a hablar, callar, hablar, callar, dejando tiempo para que llegaran las interjecciones y los comentarios.

El capitán Numos, comandante al frente de la *Orión*, estaba mirando fijamente a Geary con desdén; sin duda todavía debía de estar furioso por su pobre actuación en Kaliban, de la cual, evidentemente, Numos culpaba a Geary más que a sí mismo. Muy cerca de Numos se sentaba la capitana Faresa, de la *Majestuosa*, con una expresión tan avinagrada como de costumbre. Geary se preguntaba cómo podía ser que Faresa no consiguiera disolver la superficie de la mesa con solo mirarla. En un reconfortante contrapunto a estos dos, el capitán Duellos, de la *Osada*, se recostaba en su silla, aparentemente relajado pero con los ojos en guardia, y el capitán Tulev, de la *Leviatán*, permanecía sentado impasible, clavando una mirada de despecho en



Numos y Faresa. Más abajo, la aguerrida comandante Crésida, de la *Furiosa*, sonreía abiertamente ante la perspectiva de una nueva acción, mientras que no muy lejos de ella, se sentaba la coronel Carabali, la marine viva más veterana de la flota, otra oficial capacitada y cumplidora.

Sentada junto a Geary estaba la capitana Desjani, la única persona físicamente presente en la abarrotada sala además de él. La copresidenta Rione había excusado su asistencia, pero Geary sabía que los oficiales de las naves de la Federación Rift y la República Callas le facilitarían a Rione un informe completo de todo lo que allí sucediera. Él sospechaba que quería evitar estar allí en persona para ver qué decía él en su ausencia.

Geary asintió con brusquedad hacia los oficiales congregados.

—Antes que nada, presentemos nuestros respetos a las tripulaciones de los destructores; *Doblefilo*, *Estilete* y *Mazo* y a la del crucero *Blindado*, que están al abrigo de sus antepasados tras perecer en cumplimiento de su deber y en defensa de sus hogares y familias.

Se sintió algo hipócrita al no añadir una denuncia por el comportamiento que había conducido a esos navíos a la muerte, pero tal comentario parecía estar fuera de lugar.

—¿Estamos seguros de que no hubo supervivientes? —preguntó alguien.

Geary le hizo un gesto al comandante del segundo escuadrón de destructores, que se aclaró la garganta y adoptó una actitud grave al contestar.

—Hemos llevado a cabo una búsqueda exhaustiva. Las únicas cápsulas de salvamento localizadas estaban todas gravemente dañadas e inactivas.

Numos habló con dureza.

—¡Teníamos que haber perseguido a esos síndicos y haberles hecho pagar por destruir nuestras naves y matar a sus tripulaciones!

—¿Y cómo les habría dado caza usted? —quiso saber Duellos en un tono cansino que transmitía un claro desdén.

—Una persecución a gran escala en máxima aceleración, por supuesto.

—Hasta el oficial más joven de la flota sabe que las leyes de la física no nos permitirían dar alcance a esas naves sin perseguirlas prácticamente hasta la siguiente estrella y quemando casi por completo todo nuestro combustible en el intento.

La capitana Faresa intervino con un tono amargo.

—Un oficial de la flota de la Alianza no debería rendirse antes de empezar. «Intenta lo imposible y lo conseguirás.»

El modo en que se pronunció la cita sonó tristemente familiar. Geary miró a la capitana Desjani, que le dedicó un gesto de asentimiento incapaz de contener una mirada de orgullo. Otra «cita» de *Black Jack Geary*, completamente sacada, sin duda alguna, de contexto, si es que alguna vez la dijo, y utilizada para justificar cosas que

el auténtico *Black Jack* nunca habría apoyado y que de ningún modo apoyaba ahora.

—Tendré que comprobar cuándo dije eso y qué quise decir —respondió en voz baja—. Pero estoy completamente de acuerdo con el capitán Duellos. La persecución habría sido en vano. Tengo que asumir la responsabilidad sobre toda esta flota por encima de mis deseos de venganza, y espero de cualquier otro oficial que haga lo mismo.

—¡La flota se ha acostumbrado a esperar que el buque insignia marque el camino de la batalla! —afirmó Faresa como si de alguna forma eso confirmase sus argumentos.

Geary se guardó un malicioso comentario. *Solo porque la flota se haya acostumbrado a esperar la estupidez, eso no significa que yo tenga que ser un estúpido.*

Pero Desjani respondió por él, con el orgullo claramente ofendido ante un insulto velado dirigido contra su nave tanto como contra Geary.

—El *Intrépido* estaba en el centro de la formación en Kaliban, justo el lugar al que los síndicos dirigieron su ataque —señaló Desjani en un tono frío y formal.

—Sí —convino Geary. *Aunque, para ser sinceros, debido a la disposición adoptada en la batalla, con el potencial de fuego de mi flota concentrado en el objetivo de ataque síndico, esa posición era probablemente la más segura para el Intrépido.* Pero eso no lo dijo. No lo hizo porque sabía que tenía que mantener a salvo al *Intrépido* durante todo el regreso a casa, al espacio de la Alianza, o las tradiciones de la flota estarían condenadas. El *Intrépido* todavía llevaba a bordo la llave hipernética de los síndicos, aunque muy pocos lo sabían, aparte de Geary y la capitana Desjani. Incluso si se perdieran todas las demás naves de la flota, regresar al espacio de la Alianza con la llave les daría una ventaja crucial sobre los síndicos. No es que Geary pretendiera sacrificar todas las naves, si es que existía otro modo de llevar al *Intrépido* de regreso.

Numos parecía dispuesto a añadir algo más, de manera que Geary señaló con el dedo el visualizador del sistema Sutrah que flotaba sobre la mesa de juntas.

—No tenía intención de molestarme en desviarme del rumbo en este sistema para negociar con los mundos habitados, pero, como ya habrán oído, hemos sabido algo que altera esos planes. Tenemos indicios de que hay un campo de trabajo en el quinto mundo que confina a prisioneros de la Alianza.

—¿Indicios? —preguntó el capitán Tulev con sagacidad—. ¿No cree que sean ciertos?

Geary tomó aire.

—Ya nos han engañado una vez en este sistema. A lo síndicos les habría resultado muy fácil falsificar el tránsito de mensajes que hace pensar que hay personal de la Alianza en ese campo. —Podía sentir cómo aumentaba la rebelión a su alrededor—.

Tengo la intención de ir allí y cerciorarme. Pero debemos permanecer alerta ante una nueva emboscada.

—¿Un señuelo para atraernos hacia el quinto planeta? —reflexionó la coronel Carabali entornando los ojos.

—Es posible. Podremos avistar cualquier campo de minas durante nuestra larga aproximación a ese mundo por muy discreto que sea. ¿De qué más habríamos de preocuparnos?

La coronel se encogió de hombros.

—Se puede montar un armamento realmente gigantesco en un planeta como ese, pero tendría que soportar bien la gravedad y vérselas con los efectos atmosféricos para poder alcanzar objetivos espaciales. Además, si intentan combatirnos con esa clase de cacharros, solo tendríamos que apartarnos y tirar rocas grandes contra el planeta.

El capitán de navío de aspecto atento intervino.

—Quiere decir enormes proyectiles de energía cinética.

—Sí —confirmó la coronel de Marina—, eso es lo que he dicho. Rocas jodidamente grandes. No es que me muera de ganas de enviar a mis chicos y chicas a la superficie de un mundo ocupado por los sáncos. Apenas tenemos suficientes tropas de tierra para asegurar el perímetro de seguridad necesario. Pero el planeta entero sería el rehén que asegurase el buen comportamiento de los sáncos y en realidad no tenemos más alternativas.

—¿Tenemos que mandar allí abajo a los marines? —preguntó Geary.

La capitana Desjani asintió.

—Después de algunos incidentes ocurridos en los inicios de la guerra concluimos que los sáncos solían retener a algunos de sus prisioneros, sobre todo aquellos que consideraban de gran valor. La única forma de confirmar que hemos recogido a todos es que nuestro propio personal acceda a los registros que tienen en el campo sáncico, desde el recuento de cuerpos hasta las raciones de comida, para asegurarnos de que nuestras cuentas se corresponden con las cifras que tengan ellos en apariencia.

—De acuerdo.

Eso tenía sentido, aunque a Geary no le gustaba la idea de acercarse a la flota al quinto planeta y decelerar para que sus transbordadores recogieran a los prisioneros.

—Entiendo que no nos podemos fiar de los transbordadores sáncos y que dependemos de los nuestros. —Esta vez todos asintieron—. Todos los que tengan transbordadores en sus naves prepárenlos para una intensa actividad. Solicitaré a la copresidenta Rione que les comunique a los sáncos nuestro ultimátum en relación a los prisioneros.

Numos le dedicó a Geary una mirada de exagerada desconfianza.

—¿Por qué involucrarla a ella?

No muy seguro de por qué Numos había desarrollado una cierta aversión por Rione, Geary le respondió con franqueza:

—Es nuestra negociadora más capacitada.

—¡En Corvus sus meteduras de pata casi nos cuestan la *Titánica*!

Geary sentía como la rabia aumentaba en su interior. La traición de los síndicos en Corvus respecto a los buques mercantes que supuestamente iban a entregar suministros a la flota de la Alianza no había sido culpa de Rione, en realidad no había sido culpa de nadie. Sin duda Numos lo sabía.

—Yo no lo veo así.

—¡Pues claro que no! Dado que la copresidenta Rione pasa una gran parte del tiempo a solas con usted en su camarote, estoy seguro de que piensa...

Geary interrumpió a Numos dando un puñetazo encima de la mesa. Por el rabllo del ojo veía los rostros escandalizados de los comandantes de las naves pertenecientes a la Federación Rift y a la República Callas.

—Capitán Numos, eso está fuera de lugar —afirmó Geary en un tono de voz sombrío.

La capitana Faresa intervino con su característica seguridad.

—El capitán Numos solo ha expresado lo que todos...

—Capitana Faresa. —Geary la acalló con la mirada—. Nunca pensé que llegaría a ver el día en que los oficiales de la flota de la Alianza se comportaran como cotillas de patio de colegio. Es evidente que tanto usted como el capitán Numos necesitan revisar las normas de conducta personal y profesional a las que se espera que se ajuste un oficial.

El semblante de Faresa había palidecido; el de Numos, enrojecido, pero sus ojos refulgían con el mismo odio que los de Geary.

—La copresidenta Rione, de la República Callas, es un miembro del senado de la Alianza y debe ser tratada con la deferencia que su posición merece. Si se sienten incapaces de prestar el debido respeto a un veterano miembro civil del Gobierno de la Alianza, entonces están obligados presentar su renuncia a la flota. No toleraré que se dirijan insultos a ningún oficial ni a ningún representante del Gobierno de la Alianza en esta flota. ¿Entendido?

Geary tomó una profunda bocanada de aire y miró en torno a la mesa sin estar muy seguro de cómo había sido recibido este último discurso suyo. No obstante, el capitán Tulev, con gesto adusto, estaba asintiendo.

—Ha habido demasiado chismorreó, demasiados rumores. Se han lanzado insultos contra aquellos que están al mando —añadió Tulev mirando a Numos—. Los rumores han animado a algunos comandantes de navío a adherirse a las viejas tradiciones de persecución suprema con consecuencias de las que todos hemos sido testigos a día de hoy.

Un escalofrío recorrió la mesa ante la referencia directa a lo que quiera que hubiera motivado que los capitanes de cuatro naves ignoraran las órdenes de Geary y abandonaran la formación para lanzarse a la persecución de los buques de guerra síndicos. El capitán Numos tragó saliva y trató varias veces de decir algo; finalmente logró arrancarse unas palabras.

—Yo no tengo nada que ver con eso, si es que insinúa...

—¡No está insinuando nada! —le espetó Geary—. Está poniendo de relieve que animar a las naves a que ignoren órdenes, que los intentos por socavar al comandante de esta flota, pueden acarrear serias consecuencias. Soy consciente de los rumores a los que el capitán Tulev hace referencia, y permítanme que les asegure que si alguna vez llego a descubrir que alguien instó a los oficiales al mando de la *Doblefilo*, el *Estilete*, el *Mazo* y el *Blindado* —recitó los nombres muy despacio para asegurarse de que se dejaba notar su impacto— a que actuaran del modo en que lo hicieron, me encargaré personalmente de hacer que ese alguien desee haber muerto con honores junto con las tripulaciones de esos navíos.

Cuando terminó de hablar, Geary dejó que su mirada se fijara en Numos, quien se sonrojó de tal modo que parecía haber sufrido quemaduras de radiación. Pero Numos guardó silencio; aparentemente se había dado por enterado de que Geary no estaba de humor para más enfrentamientos.

—Bien —prosiguió en un tono más calmado—, a la velocidad actual nos quedan unas cuarenta horas hasta llegar al quinto planeta. Asegúrense de que los transbordadores estén listos. Tengo un plan para distribuir al personal de la Alianza que recojamos del planeta entre los navíos de la flota.

Había sido absurdamente fácil, una simple cuestión de llamar al agente de inteligencia de su sistema y preguntarle cómo añadir a los navíos de la flota a cinco mil tripulantes más. Dado que eso no era más que un simple, aunque tedioso, ejercicio matemático, una comparativa de literas y complementos de personal y servicios de apoyo en todas las naves disponibles con las cifras requeridas, el ordenador había obtenido el resultado en unos instantes. Era la clase de cosas que les pedían los comandantes de la flota a los subalternos en los viejos tiempos, pero la habilidad de los sistemas automatizados para gestionar tareas administrativas y de mando había eliminado gran parte del trabajo sucio con el que esos subalternos se las habían tenido que ver. Por añadidura, Geary se había enterado de que, después de sufrir terribles pérdidas año tras año en aquella guerra aparentemente interminable, la necesidad de disponer de tantos oficiales como fuera posible para tripular naves de reemplazo había conducido a reubicar a los viejos subalternos que quedaban.

Técnicamente, como comandante de la flota, Geary estaba autorizado a contar con un jefe de personal, pero ese oficial había muerto junto con el anterior comandante de la flota, el almirante Bloch, como resultado de la traición síndica



durante la negociación. También estaba autorizado a tener un edecán, pero a Geary ni se le ocurriría sacar a un joven oficial del combate para que se dedicara a ser su criado personal.

—Consulten el plan —continuó Geary—, vean qué dice sobre lo que su nave puede asumir y hablen conmigo si hay algún problema. Quiero saberlo, así que no se limiten a tragárselo con la esperanza de que su nave pueda albergar más de lo que está en posición de llevar en condiciones seguras. Según las primeras estimaciones, al parecer hay entre tres mil y cinco mil prisioneros, lo cual es aceptable. Nos ocuparemos de determinar las aptitudes de cualquier miembro de la flota que haya sido hecho prisionero y lo llevaremos a la nave que lo vaya a necesitar posteriormente. Coronel Carabali. —La oficial de Marina asintió—. Prepare a sus infantes de Marina. Me gustaría ver su plan para llevar esto a cabo no más tarde de cinco horas antes de que lleguemos al planeta. ¿Alguna pregunta? —preguntó Geary a todo el grupo.

—¿Cómo vamos a bregar con la base militar síndica del quinto planeta? —quiso saber alguien.

—Eso todavía hay que decidirlo —informó Geary. Sintió que la insatisfacción se extendía por toda la mesa. Para muchos de los comandantes, el único síndico bueno era el síndico muerto, y no se debía dejar pasar ninguna oportunidad de matar a un síndico—. Les recuerdo que las instalaciones de este sistema están obsoletas. A los síndicos les cuesta mantenerlas en funcionamiento. Dejar estas instalaciones intactas equivale a fondos que los síndicos se gastan en ellas y equivale a tropas síndicas entrenadas y comprometidas con ellas. Si resulta que la base constituye una amenaza real, la eliminaremos; si no lo es, no estoy interesado en hacerles a los síndicos el favor de sacarla de la lista de cosas de las que preocuparse.

Hizo una pausa para tratar de recordar qué más había previsto decir.

—No sabremos si es real hasta que los infantes de Marina vean a los prisioneros de guerra de la Alianza en el campo. Todos tenemos que permanecer alerta.

No le entraba en la cabeza que ni siquiera los síndicos pudieran poner en riesgo a la población de un mundo habitable para intentar destruir unas cuantas naves de la Alianza más, pero también era verdad que desde su rescate había visto muchas cosas que nunca habría imaginado.

—Tenemos la ocasión de hacer mucho bien por unas personas que nunca esperaron ser liberadas. Demos gracias a las estrellas por ello y hagamos que nuestros antepasados se enorgullecen de nosotros.

La multitud se fue reduciendo con la asombrosa velocidad acostumbrada a medida que las imágenes virtuales de los capitanes de navío se desvanecían como pompas de jabón reventadas; tanto Numos como Faresa desaparecieron inmediatamente tras la despedida de Geary. La capitana Desjani, mirando con toda la

intención hacia el lugar en el que aquellos dos habían estado sentados en apariencia, hizo un gesto de negación con la cabeza y luego se excusó antes de abandonar el compartimento a la antigua usanza, a pie.

Tal y como Geary había esperado, la reconfortante imagen del capitán Duellos se mantuvo hasta el final. Duellos también señaló el lugar que habían ocupado Numos y Faresa.

—No habría dicho esto antes, pero esos dos son un peligro para esta flota.

Geary se reclinó en su asiento, cansado y frotándose la frente.

—¿No lo habría dicho antes de qué?

—Antes de que cuatro naves de esta flota se lanzaran a una ofensiva descabellada. —La imagen de Duellos parecía avanzar hacia Geary y tomar asiento a su lado—. ¡Valientes! ¡Gloriosos! ¡Estúpidos! No tengo pruebas, pero sé que Numos estuvo detrás.

—Yo también lo creo. Pero —admitió Geary amargamente— la falta de pruebas es un problema. Mi mando al frente de esta flota es todavía muy endeble. Si me pongo a despedir a oficiales al mando, especialmente a uno con la veteranía de Numos, sin poder probar su falta de profesionalidad, podría encontrarme con que muchas de las demás naves se lanzan valiente y estúpidamente hacia algún otro campo de minas.

El capitán Duellos bajó la mirada y torció el gesto.

—La lección de esas cuatro naves ha sido muy poderosa. No importa qué mentiras vaya difundiendo Numos, todos recordarán que usted tenía razón al advertirles a esas naves que se retiraran y al evitar una atropellada persecución de unas cuantas naves de caza asesinas síndicas.

Geary no logró contener un resoplido burlón.

—Y usted pensará que el hecho de tener razón va a granjearme más crédito. ¿Qué piensa? ¿Seguirán todos los demás mis órdenes cuando nos aproximemos al quinto planeta?

—En ese momento, sí.

—¿Tiene alguna idea sobre de dónde provenía ese disparate sobre la copresidenta Rione?

Duellos parecía ligeramente sorprendido.

—Di por sentado que ustedes dos tienen una buena relación amistosa, pero por muy íntimos que sean ustedes, no es asunto mío. La copresidenta Rione no es una oficial ni una tripulante bajo su mando, y una relación personal con ella no tiene ninguna influencia en sus funciones como comandante.

Geary se lo quedó mirando un instante, luego se echó a reír.

—¿Relación personal? ¿Con la copresidenta Rione?

Esta vez fue Duellos quien se encogió de hombros.

—Las malas lenguas dicen que pasan mucho tiempo a solas.

—¡En reuniones! Necesito su consejo. —Geary volvió reírse—. ¡Por todos los antepasados, a Victoria Rione no le caigo nada bien! Ella no se anda con rodeos. Le doy miedo porque está preocupada por si en un momento dado me convierto en *Black Jack* Geary y devuelvo la flota a casa para deponer a los líderes electos de la Alianza y proclamarme emperador por la gracia de Dios, o algo por el estilo.

—La copresidenta Rione es una mujer inteligente y perspicaz —observó Duellos con toda seriedad—. ¿Le ha dicho ella que no le cae bien?

—¡Sí! Ella... —Bien mirado, Rione había expresado su falta de confianza respecto a Geary en varias ocasiones, pero no conseguía recordar que en ningún momento hubiese dicho que le caía mal—. Sí, eso creo.

Duelos volvió a encogerse de hombros.

—Tanto si le cae bien como si no, eso es lo de menos. Se lo digo una vez más, ella no es su subordinada, no en la escala militar, y cualquier relación personal con ella sería perfectamente apropiada. En caso de que se diera.

Geary no pudo evitar una tercera carcajada mientras se despedía del capitán Duellos, pero al ir a salir de la sala se detuvo a pensar. Seguro que los espías que Rione tenía en la flota la habrían informado acerca de los rumores sobre una relación entre ella y Geary. ¿Por qué no le había dicho nada Rione sobre esos rumores si le había hablado de los otros?

¿Acaso la política de acero con la que había tratado se avergonzaba de esos rumores? Pero, de ser así, ¿por qué seguía visitándolo?

Geary se quedó un momento apoyado con el brazo contra la pared y mirando al suelo, recordando los primeros días después de ser reanimado tras el período de hibernación que lo había mantenido con vida durante un siglo, un lapso de tiempo en el que todo aquel que había en su vida había muerto luchando o de viejo. La conmoción que sufrió al enterarse de que todos aquellos a los que había conocido y amado, hombres y mujeres, estaban muertos desde hacía tiempo lo había llevado a descartar la idea de entablar nuevas relaciones. El hielo que una vez lo inundó parecía haber desaparecido casi por completo, pero seguía ocupando ese único lugar, temiendo retroceder para dejar que el calor volviera a surgir.

Una vez perdió a todo el mundo. Podría volver a suceder. Y no quería que la próxima vez le doliera tanto.

## 2

El quinto planeta parecía exactamente la clase de lugar creado para un campo de trabajo síndico. Demasiado alejado del sol como para saber lo que es un verano auténtico, la mayor parte del mundo parecía estar formado por anodinos campos de tundra que en raras ocasiones quedaban interrumpidos por desnudas cordilleras montañosas dentadas que se elevaban como islas desde un mar de vegetación baja y tosca. Los glaciares que se extendían desde los polos parecían contener una gran proporción del agua del planeta, junto con unos pequeños mares poco profundos que salpicaban las zonas que no estaban cubiertas de hielo. Al contemplar aquel desolado lugar, Geary no tuvo ningún problema para entender por qué Sutrah no había sido considerada digna del gasto que suponía una puerta hipernética. A no ser que el cuarto planeta fuera un auténtico paraíso, lo cual era del todo imposible, ya que se encontraba demasiado cerca del sol y probablemente tendría una temperatura demasiado elevada como para ser agradable. Sutrah era justo la clase de lugar que había dejado de importar cuando se creó la hipernet síndica.

Antes, empleando las entradas del salto entre sistemas que podían transportar naves de una estrella a otra, cualquiera que fuera a cualquier sitio tenía que atravesar todos los sistemas estelares que había entre uno y otro lugar. Cada uno de esos sistemas tenía garantizado un cierto volumen de tránsito que abría el paso a otros destinos. Pero la hipernet permitía que las naves se desplazaran directamente de una estrella a otra sin importar la distancia que mediara entre ellas. Sin naves que la atravesaran, y sin ningún valor especial que no fueran las propias casas de la gente que de pronto se había encontrado viviendo en ninguna parte, los sistemas excluidos de hipernet estaban agonizando lentamente, y cualquiera que pudiera emigrar se trasladaba a un sistema conectado a la hipernet. Las comunidades humanas del quinto planeta de Sutrah se estaban desvaneciendo aún más rápido de lo que era habitual. A juzgar por lo que detectaban los sensores de la Alianza, dos tercios enteros de las antiguas viviendas del mundo estaban deshabitadas, no mostraban signos de calor o de actividad.

Geary volvió a concentrarse en la representación del campo de trabajo del quinto planeta. Había minas en las inmediaciones, lo cual podía significar que tenía un valor económico real, pero también podía existir solamente como un lugar para acabar con la vida de los prisioneros del campo a base de trabajo. No había muros, pero tampoco los necesitaba: fuera del campo no había nada más que aquellos terrenos vacíos de tundra. Escapar equivaldría al suicidio, a no ser que alguien tratara de salir a través del campo de aterrizaje, y allí sí que había muros de alambre de cuchilla.

Se dio cuenta de que la capitana Desjani estaba esperando pacientemente a que le prestara atención.

—Discúlpeme, capitana. ¿Qué piensa usted de mi estrategia? —dijo Geary, incómodo por tener que intentar plantar los pies en la órbita de aquel planeta, había trazado un plan según el cual la flota frenaría y soltaría los transbordadores al pasar lo más cerca posible del mundo, luego dibujaría un amplio círculo en el exterior de las órbitas de las pequeñas lunas del quinto planeta antes de regresar para recoger los transbordadores de vuelta con los prisioneros liberados.

—La recogida irá más rápido si ponemos naves en órbita —sugirió Desjani.

—Sí. —Geary frunció el ceño mirando el visualizador—. No hay señales de campos de minas, no se ve ningún dispositivo de defensa en el planeta, e incluso la base militar síndica parece estar medio clausurada. Pero hay algo que me sigue preocupando.

Desjani asintió pensativa.

—Después de que los síndicos intentaran emplear contra nosotros buques mercantes en misiones suicidas es comprensible que le preocupen las amenazas no detectadas.

—Los síndicos tuvieron tiempo de preparar la trampa del campo de minas. Eso significa que también tuvieron tiempo de ocultar ese campo de trabajo y hasta de intentar trasladar a los prisioneros que había allí. Pero no hay indicios de que lo hayan hecho. ¿Por qué? ¿Porque es un anzuelo mucho más atractivo para nosotros que para esos buques de guerra ligeros que hay cerca del punto de salto? ¿Algo que no podemos pasar por alto?

—Y sin embargo, esta vez no hay señales de emboscada. No hay señales de nada que nos pueda atacar.

—No —aceptó Geary, preguntándose si en realidad solo se estaba pasando de cauto—. La copresidenta Rione dijo que los líderes planetarios civiles síndicos con los que habló parecían unos idiotas asustados. Pero no había ni un solo oficial militar disponible para hablar.

Eso hizo que Desjani frunciera el entrecejo.

—Interesante. Pero ¿qué pueden estar planeando? Si escondieran algo ya deberíamos haberlo detectado.

Geary tecleó los controles irritado.

—Imaginemos que entramos en órbita. La flota es tan grande que tendríamos que quedarnos bien lejos del planeta.

—Esas lunas van a ser un incordio, pero no son mucho más grandes que los asteroides. Cualquier formación que pase cerca de ellas podría esquivarlas fácilmente, puesto que se desplazan en un grupo amplio y sobre órbitas fijas.

—Sí. Y tenemos que superarlas de todas formas, incluso con mi plan. —Miró fijamente el visualizador. Nada de lo que había aprendido acerca de la guerra desde su rescate parecía resultar de mucha ayuda, de modo que Geary retrotrajo su memoria

y procuró recordar las lecciones que le impartieron oficiales experimentados muertos tiempo atrás, la clase de profesionales que habían perecido en las primeras décadas de la guerra junto con todos aquellos a los que había enseñado los trucos del oficio. Por alguna razón, el avistamiento de pequeñas lunas le evocó recuerdos de uno de esos trucos: una nave solitaria escondida detrás de un mundo mucho mayor para arremeter contra un objetivo que iba de paso. Pero eso no tenía sentido. Las lunas del quinto planeta eran demasiado pequeñas para ocultar cualquier cosa mayor que unas pocas unidades ligeras, e incluso los ataques suicidas por parte de naves tan pequeñas fracasarían frente al enorme poderío de la flota de la Alianza, concentrada en una formación cerrada para minimizar la distancia que tendrían que recorrer los transbordadores.

Pero ¿qué había dicho el comandante de la otra nave? «*¡Si hubiera sido una serpiente, podría haberte picado! Estaba justo encima de ti y ni siquiera lo sabías.*»

Geary sonrió, incómodo.

—Creo que sé lo que están planeando los militares síndicos y por qué esos civiles del quinto mundo están tan asustados. Vamos a hacer unas cuantas modificaciones sobre este plan mío.

El quinto mundo, del cual ahora Geary sabía que recibía el poético nombre de Sutrah Cinco, siguiendo el típico estilo burocrático de los Mundos Síndicos, se encontraba ahora a tan solo treinta minutos a la velocidad actual de la flota de la Alianza. Según el plan original, la flota habría empezado a frenar y a acercarse a puerto en ese momento, estableciendo un paso por encima del planeta y cruzando inevitablemente el espacio en el que orbitaban las lunas de Sutrah.

Volvió a echar un vistazo a las cinco lunas. Orbitaban en racimo, a una distancia de unas pocas decenas de kilómetros las unas de las otras. Hubo un tiempo en que probablemente habían constituido un único y gran bloque de materia, pero, en un momento dado, la tensión de las mareas del quinto planeta, o tal vez el paso cercano de algún otro objeto grande, había partido en cinco fragmentos la luna única.

Geary tecleó sus controles de comunicación.

—Capitán Tulev, ¿están listas sus naves?

—Preparadas —informó Tulev sin que su voz delatara emoción alguna.

—Puede disparar cuando esté listo —ordenó Geary.

—Entendido. Disparando proyectiles ahora.

En el visualizador de Geary, unos grandes objetos se desprendieron de los cuerpos de las naves de Tulev, lanzándose a propulsión y guiados por dispositivos que elevaron su velocidad ligeramente por encima de la velocidad de la luz de la flota.

La copresidenta Rione, que ocupaba el asiento de observador del puente de mando del *Intrépido*, miró a Geary.

—¿Estamos disparando? ¿Contra qué?

—Esas lunas —explicó Geary. Advirtió como la capitana Desjani trataba de ocultar una sonrisa ante la sorpresa de Rione.

—¿Las lunas del quinto mundo? —La voz de la copresidenta Rione dejaba traslucir una escéptica curiosidad—. ¿Le desagradan particularmente las lunas, capitán Geary?

—Normalmente no. —Geary sintió una perversa satisfacción al saber que los espías que Rione tenía en su flota no habían oído hablar de aquella operación.

Ella quedó a la espera, y finalmente se relajó lo suficiente como para seguir preguntando.

—¿Por qué lanza una ataque sobre esas lunas?

—Porque creo que son armas. —Geary tecleó algunos comandos y desplegó unas imágenes ampliadas de las lunas, cuyas superficies se parecían a las de los asteroides—. ¿Ve esto? Son indicios de que se han llevado a cabo tareas de excavación. Bien ocultos, para que tengamos que buscarlos, pero ahí están.

—¿En una luna pequeña y sin aire? —preguntó Rione—. ¿Cómo puede determinar que son recientes?

—Desde aquí no podemos. Pero las cinco lunas muestran las mismas señales.

—Ya veo. —De Rione se podía decir cualquier cosa, pero pensaba rápido—. ¿Qué cree que han enterrado dentro de esas lunas, capitán Geary?

—Petardos, señora copresidenta. Unos petardos gordísimos. —Las imágenes que representaban los enormes proyectiles de energía cinética, o «rocas grandes» en la terminología de la Marina, estaban saliendo con regularidad de las naves de Tulev con una trayectoria curvada en dirección a las lunas. A pesar del increíble daño que podían infligir, normalmente esas armas no se podían utilizar, porque cualquier cosa con capacidad de maniobra las podía esquivar fácilmente. Pero las lunas estaban fijadas en sus órbitas, siguiendo el mismo rumbo que llevaban trazando una innumerable cantidad de años alrededor del quinto planeta. Se hacía extraño pensar que después de aquel día esas lunas no volverían a orbitar en torno a aquel mundo nunca más.

Geary activó el circuito de mando de la flota.

—Aviso a todas las unidades, ejecuten la maniobra Sigma establecida a las cuatro punto cinco.

El tiempo fue descontando y todas las naves de la flota viraron empleando sus sistemas de propulsión para reducir la velocidad y alterar simultáneamente el rumbo a estribor para pasar junto a Sutrah Cinco por el lado más alejado del lugar en el que las lunas de ese mundo tenían su cita con los proyectiles lanzados por la flota de la Alianza. Geary observó y esperó deleitándose en la intrincada danza, todas aquellas naves moviéndose al unísono enmarcadas en la oscuridad del espacio. Hasta las torpes y en parte mal llamadas naves auxiliares rápidas de la flota, como la *Titánica* y

la *Hechicera*, se desplazaban con lo que parecía una desacostumbrada agilidad.

Veinte minutos más tarde, mientras las flota de la Alianza deceleraba en su aproximación a Sutrah Cinco, los enormes proyectiles de metal sólido lanzados por las naves de Tulev impactaron casi simultáneamente contra las cinco lunas de Sutrah a una velocidad de algo más de treinta mil kilómetros por segundo.

Incluso la luna más pequeña era gigantesca para los estándares humanos, pero la cantidad de energía cinética que se liberaba en cada colisión bastaba para hacer que un planeta se tambaleara. La visión que tenía Geary de las lunas se oscureció a medida que los sensores del *Intrépido* bloqueaban automáticamente los intensos destellos de luz visible de las colisiones, y, después, a causa de una bola de polvo que fue creciendo a gran velocidad y a los fragmentos, algunos pequeños y otros grandes, que salían despedidos hacia el exterior desde los puntos de impacto.

Geary esperó, consciente de que Desjani ya había transmitido órdenes a sus consultores sobre qué debían buscar. No tuvieron que esperar mucho para recibir el primer informe.

—El análisis espectroscópico indica que hay cantidades inusuales de material radioactivo y restos de gas que se corresponden con un gran dispositivo de detonación nuclear.

—Estaba en lo cierto —señaló Desjani expresando con la mirada una completa confianza en él que molestó a Geary. No le gustaba más verlo en ella de lo que le gustaba verlo en tantos otros miembros de esa flota, pues estaba seguro de que antes o después acabaría por defraudar esa confianza. Ellos pensaban que era perfecto, y él sabía lo contrario.

—Explíquese, por favor —solicitó Rione en un tono tajante—. ¿Por qué iban los síndicos a depositar enormes armas nucleares dentro de esas lunas? Algunos de esos fragmentos gigantescos impactarán contra Sutrah Cinco.

—Ese es un riesgo que los síndicos estaban dispuestos a consentir y que yo juzgué adecuado correr —le informó Geary duramente—. Dada la naturaleza deshabitada de la mayor parte del mundo, las probabilidades de que algo reciba un impacto son mínimas. Como ve, señora copresidenta, los síndicos sabían que teníamos que hacer dos cosas para liberar a los prisioneros de ese planeta: teníamos que acercarnos al planeta y teníamos que hacer que la flota adoptara una formación ceñida para que los transbordadores no tuvieran que recorrer más distancia de la necesaria para poder recoger y distribuir a la gente de los campos de trabajo.

Señaló la nube de escombros que se estaba expandiendo.

—Cuando nos acercáramos a esas lunas, o, mejor dicho, al lugar en el que solían estar, ellos habrían detonado esos grandes explosivos nucleares que contenían en su interior y los habrían hecho estallar provocando unos densos campos interconectados de enormes fragmentos. Podríamos haber perdido una gran cantidad de naves como



consecuencia, incluso los grandes buques de guerra que se encontraran cerca.

Los ojos de Rione brillaban de rabia.

—No me extraña que los civiles con los que hablé estuvieran asustados.

—Dudo que los líderes planetarios sepan exactamente qué iba a suceder —sugirió Geary—, pero estoy seguro de que sabían que los líderes síndicos del sistema iban a hacer algo.

—Algo que los habría sometido al mismo riesgo de bombardeo por parte de los fragmentos de las lunas y a una cortina de fuego de represalia por parte de la flota. —Rione adoptó un gesto serio—. Capitán Geary, sé que según el derecho de la guerra está justificado que lleve a término un bombardeo orbital de las instalaciones y las ciudades de Sutrah Cinco, pero le pido que muestre un mínimo de piedad respecto a los peones civiles que habitan ese mundo.

Geary casi pudo ver el desdén en el semblante de Desjani ante tal sugerencia, pero asintió.

—Tomaremos represalias, señora copresidenta, pero no llevaré a cabo una matanza de civiles indefensos. Por favor, vuelva a contactar con las autoridades civiles de Sutrah Cinco y ordéneles que evacuen de inmediato todos los centros industriales, mineros y de transporte. También deberán evacuar cualquier servicio o esfera espacial. Dígalos que no decidiré qué hay que destruir, incluyendo más de lo que está listado, hasta que vea con qué clase de bienvenida se encuentran los marines en el campo de trabajo. —Entonces dejó entrever la ira que sentía al pensar en lo que podía haber pasado—. Asegúrese de que entienden que si surge algún otro problema, se van a causar estragos y que serán ellos quienes paguen el pato.

Rione asintió sonriendo débilmente.

—Muy bien, capitán Geary. Me aseguraré de que comprendan sus órdenes y de que sepan que sus vidas penden del hilo de su cooperación con nosotros.

Desjani se revolvió incómoda.

—La base militar también, ¿no, capitán Geary?

Geary consultó al ver que parte del planeta que daba cobijo a la base estaba a la vista de la flota en ese instante.

—¿Doy por sentado que ya ha sido evacuada?

Desjani frunció el ceño y lo comprobó; luego frunció el ceño un poco más.

—No. Parece ser que están en fase de evacuación parcial.

—¿Parcial?

—Sí. Hay algunas columnas de vehículos de tierra, pero la mayor parte de los ocupantes parecen ser familias. No se ven muchos uniformes. —Desjani miró a Geary arqueando una ceja—. Parece como si las tropas síndicas estuvieran planeando mantener sus posiciones hasta el final.

No pareció que la idea la molestara demasiado.

A Geary sí. Se frotó la barbilla, pensativo.

—Vehículos de tierra. ¿No se ha avistado nada más saliendo?

—Déjeme ver. —Esta vez, Desjani alzó ambas cejas—. Ah, sí. Varios vehículos aéreos salieron hace una media hora en dirección a la cordillera montañosa más cercana. El sistema ha seguido su rastro.

—Los comandantes de más alto rango se han retirado a un búnker de mando para capear nuestra represalia a salvo y cómodamente —sentenció Geary. Desjani asintió—. Quiero encontrar ese búnker.

Ella sonrió.

—Supongo que tenemos cargas cinéticas para bombardeo orbital con capacidad para penetrar un buen trecho en la roca maciza, ¿no?

—Sí, señor, las tenemos —respondió Desjani con auténtico júbilo. Geary le había telegrafiado su deseo de volar a los síndicos y para ella eso era una fiesta.

Un enjambre de transbordadores había salido de la flota de la Alianza y había descendido hacia Sutrah Cinco como una nube de insectos cayendo sobre su presa. Por encima de ellos, las naves de la flota de la Alianza estaban concentradas en una formación ceñida que, con todo, cubría un amplio sector del espacio del planeta. Geary sabía que en esos momentos los habitantes de Sutrah Cinco estaban mirando hacia arriba asustados, conscientes de que esa flota podía dejar caer una lluvia de muerte sobre ellos y dejar inhabitable el planeta entero en menos que canta un gallo.

La visualización virtual del aterrizaje de la fuerza flotaba junto al asiento de Geary con las franjas de imagen de los oficiales de la Marina desplegadas como cromos esperando a ser seleccionados. Con el movimiento de un solo dedo podía hablar directamente con cualquiera de los marines y ver a través de sus ojos gracias a los sensores instalados en los cascos. Pero el único oficial al que se llamó fue a la coronel Carabali, para no saltarse la cadena de mando, si bien el sistema de mando y de control lo habría puesto demasiado fácil.

—Los transbordadores de reconocimiento no han detectado indicios de armas nucleares ni de destrucción masiva en la localización del campo de trabajo —informó Carabali—. Haremos otro barrido y luego descargaremos los equipos de reconocimiento.

—¿Han confirmado la presencia de prisioneros de la Alianza en los números previstos?

—Eso parece, señor —sonrió Carabali—. Desde aquí arriba se los ve bastante contentos.

Geary se reclinó en su silla, sonriente. Desde su rescate se había enfrentado a un montón de situaciones que no se había esperado, y la mayoría habían sido desagradables. El deber había sido una pesada carga. Pero ahora había miles de

personas que nunca esperaron ser puestas en libertad contemplando los transbordadores de esta flota por encima de sus cabezas, personas que podían llevar décadas presos sin esperanza de liberación. Esta flota, su flota, iba a rescatarlos. Eso sentaba bien.

Ojalá los síndicos no intentaran nada más. Aún cabía la posibilidad de que los millares que se encontraban en la cuerda floja fueran liberados para morir en aquel campo.

—Transbordadores de reconocimiento descendiendo —informó Carabali haciéndose eco de la información que aparecía en el visualizador de Geary, que había encuadrado en el campo—. Desplegando equipos.

Geary cedió a la tentación y seleccionó al oficial de uno de los equipos de reconocimiento. Se abrió una ventana con una panorámica desde el casco del oficial que mostraba un terreno árido y estructuras abolladas. El cielo era de un azul pálido que rozaba el gris, de un aspecto frío y apagado, igual que debía de ser la vida en aquel campo de trabajo. No se advertía la presencia de guardas síndicos, pero los prisioneros de la Alianza estaban en formación, con los oficiales al frente, esperando con rostros ansiosos y aturcidos a medida que los marines pasaban a su lado a toda velocidad en busca de cualquier señal de peligro.

El marine que Geary estaba supervisando se detuvo ante una formación de prisioneros, frente a una mujer que permanecía de pie delante de ellos.

—¿Sabe si hay algún arma oculta? ¿Alguna actividad inusual? —preguntó el marine.

La mujer, de edad madura, delgada, con la piel curtida por la prolongada exposición a la atmósfera de Sutrah Cinco con una protección inadecuada y probablemente prisionera durante la mayor parte de su vida, habló con una cuidadosa precisión.

—No, teniente. Fuimos confinados en barracones y no pudimos observar la actividad exterior la noche pasada, pero oímos como los guardas se marchaban con prisas antes del amanecer. Hemos registrado cada rincón del campo y no hemos encontrado armas. La oficina de datos del campo se encuentra en ese edificio. —Y lo señaló.

El marine se detuvo un momento a saludar.

—Gracias, comandante.

Geary desvió su atención de la imagen, obligándose a cerrar la ventana que mostraba el punto de vista de ese marine en concreto. Tenía el deber de concentrarse en todo lo que estaba sucediendo en la flota.

—Parece tranquilo —apuntó Desjani—. La única actividad que se detecta en el planeta son las columnas de evacuados que se alejan de los objetivos. Hay un fragmento de luna que se aproxima a unos trescientos kilómetros al oeste del campo

de trabajo —añadió señalando al visualizador—. Va a dejar hecha un desastre la zona de impacto, pero el campo sólo notará un estallido en la distancia y una brisa.

Geary leyó los datos del impacto.

—Y tal vez sientan un temblor de tierra. Cada vez que pensamos que todo parece tranquilo en este sistema, los síndicos estaban planeando algo más feo todavía. ¿Qué se nos puede estar escapando esta vez?

Desjani frunció los labios pensativa.

—Los marines están explorando a los prisioneros en busca de signos de exposición a agentes biológicos de efectos retardados. Los prisioneros deberían haber visto cualquier cosa que hubiera enterrada en el campo. Las únicas naves síndicas del sistema, aparte de unos pocos cargueros, son las tres dotaciones de naves de caza asesinas que hemos estado rastreando desde que llegamos, ninguna de las cuales se encuentra a menos de una hora luz de nuestra posición. Serían capaces de volar el planeta en mil pedazos con tal de sacar algo más de nosotros, pero no hay arma que pueda hacer eso.

Una ventana surgió de pronto ante Geary y la imagen de la coronel Carabali saludó.

—Estoy enviando a la fuerza principal de desembarco, capitán Geary. No se han detectado amenazas.

En el visualizador, Geary pudo ver el grueso de los transbordadores aproximándose a tierra, muchos de ellos se encontraban justo en los límites del campo para poder encontrar sitio suficiente. Los marines fueron saliendo en masa dando una imagen de confiada eficiencia, mortíferos con su armadura de combate.

Con todo, Geary veía algo preocupante en la imagen. Prácticamente todos los marines de la flota se encontraban allí abajo. Si les sucediera algo, habría perdido una importante fuerza de combate, así como el componente más fiable y obediente de su flota. Pasado un instante se reprochó el haber pensado en las pérdidas en esos términos en lugar de como las muertes de un buen montón de buenos hombres y mujeres.

La copresidenta Rione parecía compartir la inquietud de Geary.

—Parece demasiado fácil, después de todo el daño que los síndicos han infligido en ese sistema.

Geary asintió.

—Pero no hay nada en el campo. Los prisioneros han dicho que lo han registrado y ellos lo sabrían, de haber algo fuera de lo normal.

La coronel Carabali volvió a informar.

—Hemos tomado el edificio de datos y en este momento estamos comprobando los archivos. Todos los prisioneros tienen implantes vinculados a un sistema de rastreo y a un muro virtual que circunda el campo para evitar que vayan a cualquier

sitio que tuvieran prohibido. Estamos procediendo a desactivar los implantes y el muro virtual.

—Bien. —Los ojos de Geary volvieron a clavarse en el visualizador.

—Una vez que echemos abajo el muro virtual, los prisioneros podrán salir de los límites del campo para embarcarse en esos transbordadores —comentó Desjani.

—¡Maldición!

Geary se volvió bruscamente en su asiento, alarmado ante tan repentino e infrecuente estallido por parte de Rione. Estaba señalando los visualizadores.

—Fuera del campo, capitán Geary. ¡Están todos buscando amenazas dentro del campo, pero la mayoría de sus transbordadores han aterrizado fuera del campo!

Geary sintió un pesado nudo en el estómago y se dio cuenta de lo que Rione estaba diciendo. Pulsó los comandos para contactar con Carabali.

—¡Fuera del perímetro del campo, coronel! Los prisioneros no han podido salir allí, lo que significa que no han podido registrar ese lugar. Hemos centrado la búsqueda en el interior del campo, pero muchos de los transbordadores están fuera y van a llevar a los prisioneros allí.

Carabali apretó los dientes.

—Entendido.

Geary vio cómo la red de mando y control de la Marina se encendía a medida que la coronel Carabali transmitía las órdenes al resto de los marines. Las unidades que habían salido al exterior para asegurar un perímetro más amplio empezaron a retroceder y a disgregarse en busca de patrones, mientras que algunos de los que se encontraban dentro del campo se dirigieron al exterior para realizar una búsqueda más próxima.

—Aun así, deberíamos haber detectado armas nucleares —afirmó Desjani enojada.

—Sí —convino Geary—. Pero podría haber alguna otra cosa enterrada por ahí.

—Tenemos minas de acción retardada —informó Carabali fríamente—. Una mezcla de fragmentación aérea y sustancias químicas. Son modelos antiguos, pero aun así, habrían sido demasiado difíciles de detectar de no haber llevado a cabo un barrido específico de la zona. Mis expertos en minas dicen que probablemente se programaron para que estallaran al advertir suficiente presencia humana a su alrededor. Estamos empleando pulsaciones de alta energía para freír los mecanismos de detonación y volverlos inocuos.

—¿Qué me dice de las zonas más alejadas? —preguntó Geary.

—Las estamos peinando en este momento. —Un matiz de ira se coló en el tono de calmado profesionalismo de Carabali—. Le facilitaré un informe completo de mi error al no anticiparme a identificar la amenaza para que pueda tomar las medidas disciplinarias que crea oportunas, señor.

Geary no pudo reprimir un suspiro al tiempo que vislumbraba el rostro ahora impassible de la copresidenta Rione.

—Gracias, coronel, pero yo también lo había pasado por alto y comparto la culpa. Puede darle las gracias a la copresidenta Rione por darse cuenta a tiempo.

Esta vez la voz de la coronel mantuvo un matiz de humor burlón.

—Por favor, transmítale mis respetos y agradecimiento a la copresidenta, señor.

Geary se volvió a mirar a Rione.

—¿Lo ha oído?

Rione inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Estoy acostumbrada a estudiar el posible significado de las palabras. Hay ocasiones en las que incluso la mente intrincada de un político puede resultar de utilidad, ¿no cree, capitán Geary?

—Sin duda alguna —admitió Geary. Vio que también la capitana Desjani sonreía y se dio cuenta de que la opinión de Desjani respecto a Rione, o al menos su opinión respecto al valor de Rione, había aumentado radicalmente.

—El número de prisioneros concuerda con los datos de los síndicos —anunció Carabali—. Mis tropas están protegiendo a los antiguos prisioneros y empezarán a embarcarlos en cuanto se confirme que las zonas en las que se encuentran los transbordadores están limpias.

Geary tecleó un comando y desplegó una proyección de la superficie completa de Sutrah Cinco. La identificación de los objetivos cubría el mapa. Geary enfocó el encuadre en el grupo más grande y la imagen cambió automáticamente a una representación real del lugar. La capital del planeta, obviamente, había perdido una porción considerable de población en las últimas décadas. La mayor parte de las localizaciones industriales estaban frías, cerradas hacía tiempo. El puerto espacial estaba desvencijado y decrepito. Mientras Geary exploraba otros objetivos, se hizo patente por qué los síndicos habían corrido el riesgo de sufrir un bombardeo de represalia en este planeta. Aquel lugar constituía lo que los líderes de los Mundos Síndicos habrían calificado sin lugar a dudas de «exceso de inventario», sin valor industrial o militar ni recursos que valiesen. *Únicamente cien mil seres humanos que siguen intentando rascarle algo de vida a este lugar.*

—Capitana Desjani, ¿tenemos datos de los objetivos en Sutrah Cuatro?

Desjani no acabó de contener una fiera sonrisa mientras le suministraba los datos a Geary. Este los estudió y advirtió que a Sutrah Cuatro parecía irle mucho mejor que a su mundo gemelo en ese sistema. *De acuerdo, no podemos dejar que los síndicos crean que esto es algo de lo que se pueden librar. Pero no quiero cometer una matanza de civiles, que debe de ser lo que los síndicos esperan que hagamos, ya que sería una gran propaganda.* Geary etiquetó los grandes puertos espaciales de Sutrah Cuatro, los grandes complejos gubernamentales de la capital y todas las instalaciones

en órbita, por si acaso. Al volver a conectar con Sutrah Cinco en el visualizador, etiquetó el puerto espacial más grande y las zonas industriales que seguían en activo.

Entonces Geary hizo un alto y se quedó mirando la base militar. Acercando la imagen vio que a su lado surgían valoraciones de inteligencia. Los convoyes de civiles seguían alejándose, pero la mayoría de los militares parecían seguir en sus puestos. *¿Dónde están esos mal llamados líderes?*. Al abrir el plano, Geary advirtió la información del objetivo. Las lentes diseñadas para adquirir información detallada a través de miles de millones de kilómetros no habían tenido ningún problema a la hora de detectar la entrada al búnker de mando en el que se habían refugiado los oficiales de más alto rango. Geary se sorprendió con una sonrisa forzada en los labios mientras etiquetaba esa localización para una carga cinética, diseñada para penetrar profundamente al impactar.

Para cuando terminó de decidir el destino de los dos mundos, los primeros transbordadores estaban despegando de Sutrah Cinco y la flota de la Alianza viraba en el espacio hacia donde una vez estuvieron las lunas del planeta. Muchos de los pequeños pedazos de escombros resultantes de la destrucción habían sido absorbidos por la gravedad de Sutrah Cinco y puede que algún día llegaran a formar un tenue anillo en torno al planeta.

—Capitán Geary —anunció la coronel Carabali—, todo el personal está cargado. Los últimos transbordadores deberían haber salido de la superficie a las cero punto seis.

—Entendido, coronel, gracias.

Geary se volvió y envió las órdenes sobre los objetivos al sistema de combate, que los evaluó y también las armas disponibles en cada nave, y contrastó los puntos de vista antes de escupir, dos segundos más tarde, un plan detallado. Geary le echó una ojeada para comprobar en qué medida podía su represalia menguar las existencias de proyectiles cinéticos de la flota, y advirtió que todavía quedaban bastantes, incluso en el caso de que la *Titánica* y sus hermanas se vieran imposibilitadas para fabricar algunos nuevos. Se detuvo en el apartado de la estimación de bajas terrestres.

—Tengo que mandarles un mensaje a todos los síndicos del sistema.

Desjani asintió gesticulando en dirección al oficial de comunicaciones, quien puso en marcha el circuito rápidamente y luego le hizo una señal con el pulgar hacia arriba.

—Está listo, señor.

Geary se relajó mientras comprobaba que los últimos transbordadores de la Alianza habían despegado antes de emitir.

—Habitantes del sistema estelar Sutrah, les habla el capitán John Geary, comandante de la flota de la Alianza que transita su sistema. Han sido traicionados

por sus líderes. Sus ataques por la espalda contra esta flota y contra las fuerzas que han liberado a los prisioneros de guerra de la Alianza nos otorgan el derecho a bombardear sus mundos en represalia. —Hizo una pausa para dejar que se asimilaran sus palabras—. A cambio de la posibilidad de dañar algunas de sus naves, sus líderes han puesto sus hogares y sus vidas en nuestras manos. Afortunadamente para ustedes, la flota de la Alianza no lucha contra civiles. —Al menos, ya no. No mientras Geary estuviera al mando. Con un poco de suerte, sus actitudes «anticuadas» pasarían algún día a manos de los demás oficiales.

—Lanzaremos ataques de represalia contra objetivos de nuestra elección en Sutrah Cinco y Sutrah Cuatro. A continuación de este mensaje recibirán un listado de objetivos localizados en enclaves civiles o cercanos a esos enclaves de forma que se pueda proceder a la evacuación antes de los impactos. No se nos exige que proporcionemos ese listado, pero solo estamos en guerra con sus líderes. Recuerden que podríamos haber borrado todo signo de vida de este sistema amparados por el derecho de la guerra. Hemos decidido no hacerlo. La Alianza no es su enemigo. Sus propios líderes son sus enemigos. Por el honor de nuestros antepasados —recitó Geary. Le habían dicho que la fórmula antigua para terminar una transmisión de este tipo ya apenas se usaba, pero se aferró a ella. Todavía creía en ella y, en cierto modo, lo ayudaba a anclarse a ese pasado en el que el honor había adquirido en ocasiones algunos tintes extraños—. Soy el capitán John Geary, comandante de la flota de la Alianza. Fin de la transmisión.

Rione habló desde detrás de él.

—Gracias, capitán Geary, por actuar en aras de la minimización del sufrimiento de la población de estos mundos.

Él miró hacia atrás y asintió.

—No hay de qué. Pero eso era lo que habría hecho en todo caso. Es lo que manda el honor.

—El honor de nuestros antepasados —contestó Rione, sin dejar margen a la ironía en su respuesta.

La capitana Desjani se levantó.

—Los transbordadores del *Intrépido* no tardarán en acoplarse. Debería estar en el muelle para darles la bienvenida a los recién llegados.

—Yo también debería —convino Geary levantándose a su vez y tratando de ocultar sus reticencias. En realidad era su deber dar la bienvenida al personal de la Alianza recientemente liberado, aunque habría preferido retirarse a su camarote para ahorrarse el espectáculo público.

—¿Podría acompañarlos? —les preguntó Rione a los dos.

—Por supuesto —respondió Desjani, aparentemente desconcertada por la petición. Geary cayó en la cuenta de que probablemente la había sorprendido, pues



Rione tenía todo el derecho a solicitar acompañarlos y en lugar de eso había pedido permiso. Se preguntó si la petición reflejaba un cálculo político para ganarse a Desjani o una sincera deferencia hacia la capitana de una nave. Geary esperaba que se tratara de la segunda opción.

Los tres fueron andando hasta el muelle del transbordador, Geary y Desjani intercambiando saludos con cada miembro de la tripulación del *Intrépido* que se cruzaban; Geary se quedó muy satisfecho de la cantidad de personal que lo saludaba. Su campaña para devolver la rutina del saludo parecía funcionar.

—¿Le gusta que lo saluden? —preguntó Rione en un tono neutro—. Parece que ahora los saludos son mucho más habituales.

Geary negó con la cabeza.

—No lo necesito para mi ego, si es esa su pregunta. Es lo que implica el saludo, señora copresidenta, un nivel de disciplina que creo que beneficia a la flota.

No añadió en voz alta que pensaba que la flota necesitaba desesperadamente tal disciplina si quería mantenerse unida y vencer los intentos sindicos por destruirla. El abismo que había entre un saludo y llevar a la flota de vuelta a casa a salvo parecía gigantesco, pero Geary creía que existía una conexión.

Hasta que llegaron al muelle del transbordador Geary no cayó en la cuenta de que aquella era su primera visita allí desde que había sido citado en el compartimento del malogrado almirante Bloch cuando ese oficial se fue para negociar con los sindicatos. Había recorrido casi todos los rincones del *Intrépido*, de modo que debió de haber evitado ese lugar inconscientemente. Geary intentó recordar cómo se había sentido entonces, con el hielo inundándolo mental y emocionalmente, y sintió alivio por haber logrado sobreponerse a tantas cosas bajo la presión de verse al mando. O, quizá, pese a la presión de verse al mando. Pero ahora podía estar allí sin que el fantasma del almirante Bloch le suplicara a Geary que salvara lo que quedaba de la flota.

Miró a la capitana Desjani, que se encontraba a su lado, esperando a que los transbordadores desembarcaran a sus pasajeros. Acostumbrado a su gesto sombrío por la presión del mando, que solo demostraba algo de regocijo ante la destrucción de las naves sindicas, ahora parecía distinta. La perspectiva de ver a los prisioneros liberados le había conferido una poco frecuente actitud de simple felicidad.

—¿Tanya? —Desjani lo miró con sorpresa. Geary casi nunca usaba su nombre de pila—. Solo quería decirle que me alegro de que el *Intrépido* sea mi buque insignia. Es una gran nave y usted es una gran oficial al mando. Su habilidad y su apoyo significan mucho para mí.

Desjani se sonrojó, azorada.

—Gracias, capitán Geary. Como bien sabe, desde que lo encontramos me he alegrado mucho de su presencia.

Él asintió con una leve sonrisa medio burlona. Desjani se hallaba entre aquellos

que creían firmemente que las estrellas lo habían enviado a la flota para salvar a la Alianza cuando más lo necesitaba. Geary pensaba que nunca se sentiría cómodo con tal nivel de confianza y de crédito hacia él. A decir verdad, compartía el temor de Victoria Rione de que si alguna vez empezaba a sentirse cómodo con toda esa idolatría del héroe, entonces estaría encaminado a convertirse en un peligro aún mayor para la flota que los propios síndicos.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, la copresidenta Rione le habló educadamente.

—En efecto, tenemos suerte de tener al capitán Geary al mando.

Los transbordadores del *Intrépido* oscilaron en el muelle de embarque como si de enormes y desgarradas criaturas vivas se tratara. No era de extrañar que en la jerga actual de la flota se hiciera referencia a los transbordadores con el nombre de «pájaros». Las compuertas exteriores del hangar se cerraron y se abrieron las interiores, y pasado un instante, las rampas de los transbordadores se bajaron.

Los marines asignados al *Intrépido* desembarcaron en primer lugar con movimientos rápidos para adoptar la formación y presentar armas en señal de respeto. Luego el grupo de prisioneros recién liberados que habían sido asignados al *Intrépido* empezaron a salir de los transbordadores mirando a su alrededor como sin creerse que aquello estuviera sucediendo realmente, como si esperaran despertar de un momento a otro para encontrarse de nuevo condenados a un confinamiento de por vida en un miserable mundo síndico alejado de cualquier posible esperanza de rescate. Todos ellos estaban delgados, solo algunos llevaban puestos sus uniformes intactos, mientras que la mayoría tenían que conformarse con lo que parecían ropas civiles desechadas.

La capitana Desjani estaba hablando a través de su unidad portátil de comunicación.

—A todos los tripulantes del *Intrépido*, el personal de la Alianza que hemos liberado va a precisar uniformes. Los animo a todos a que contribuyan con todo aquello de lo que puedan prescindir. —Miró a Geary—. Los equiparemos como es debido, señor.

—Estoy seguro de que lo agradecerán —aceptó Geary imaginando que ese mismo procedimiento se estaría llevando a cabo en el resto de la flota en ese mismo instante.

Geary oyó como la capitana Desjani dejaba escapar una exclamación de asombro mientras uno de los antiguos prisioneros desfilaba.

—¿Casell?

Un hombre avejentado con galones de teniente cosidos a una chaqueta ajada se volvió al oír el nombre y fijó sus ojos en Desjani.

—¿Tanya? —Un instante más tarde, los dos se estaban abrazando—. ¡No me lo puedo creer! ¡La flota aparece por aquí y tú estás con ellos!

—Pensaba que habías muerto en Quintarra —exclamó Desjani. Para desconcierto de Geary, la capitana con voluntad de hierro del *Intrépido* parecía estar tragándose las lágrimas.

—No —negó Casell—. La mitad de la tripulación sobrevivió, los síndicos nos apresaron a todos.

Por fin sus ojos se fijaron en el uniforme de Desjani, se quedó boquiabierto y dio un paso atrás.

—¿Capitana? ¿Eres capitana?

Desjani sonrió.

—Ha habido muchas promociones en el frente. Esta es mi nave. —Se volvió hacia Geary—. Señor, este es un viejo amigo, el teniente Casell Riva.

Geary sonrió a modo de saludo al tiempo que le tendía la mano. Después de todos los oficiales veteranos demasiado jóvenes que Geary había visto, fruto de las terribles pérdidas en combate tras combate que habían obligado a la flota a llevar a cabo promociones a toda prisa, se le hacía raro conocer a un oficial de menor antigüedad tan mayor. Pero en los campos de trabajo no había promociones.

—Es un placer, teniente. Me alegro de tenerlo a bordo. Soy el capitán John Geary, comandante de la flota.

El teniente Riva, aún conmocionado por el recién descubierto rango actual de su vieja amiga, estrechó automáticamente la mano de Geary aparentemente un instante antes de que las palabras de este hicieran mella.

—¿Ha... ha dicho capitán John Geary, señor?

Desjani sonrió con orgullo y el rostro iluminado.

—Capitán John *Black Jack* Geary. Está vivo, Casell. Es nuestro comandante. Va a llevar a esta flota a casa.

El semblante de Riva adoptó el gesto que Geary había aprendido a detestar, una mezcla de pasmo, incredulidad y asombro.

—Pues claro —exhaló Riva—. Uno de los marines dijo que el capitán Geary había traído a la flota hasta aquí y pensábamos que hablaba en sentido figurado. Pero es verdad.

Su rostro rebosaba entusiasmo.

—Los síndicos están acabados. Tanya... quiero decir, capitana Desjani, ¿sabes quién era el oficial al mando en el campo? El capitán Falco.

Desjani se quedó mirando a su viejo amigo.

—¿Falco, *el Aguerrido*? ¿También está vivo?

—¡Sí! Y con él y *Black Jack*... —El teniente Riva se mordió la lengua—. Quiero decir, el capitán Geary..., ¡esta flota será imbatible!

Geary asintió manteniendo inamovible su educada sonrisa. Por lo que había visto de la flota que había heredado, cualquier oficial apodado «el Aguerrido»

probablemente debía de representar todo aquello que Geary había procurado cambiar. Pero tal vez no. No podía prejuzgar a un hombre que ostentaba, obviamente, tan alta reputación.

Un hombre alto y delgado se detuvo con cierto aire ceremonioso en lo alto de la rampa del transbordador haciendo un reconocimiento del panorama; a continuación avanzó resuelto con expresión imperativa. Llevaba una insignia de capitán de la flota enganchada en el cuello de un abrigo que estaba en bastantes buenas condiciones en comparación con la indumentaria de los demás prisioneros. La gente se volvió a mirarlo; había algo en la presencia de aquel hombre que ejercía un poder de atracción comparable al de un imán sobre el hierro. Geary no pudo evitar pensar en el desprecio de Rione por los «héroes» que dirigían a sus flotas a la perdición. *Este hombre podría hacer algo así*, pensó Geary.

El hombre se detuvo delante de Geary y le ofreció una confiada sonrisa de camaradería.

—Necesito ver al comandante de la flota.

Geary no pudo evitar reparar en que la afirmación no implicaba una petición.

—Yo soy el comandante de la flota.

—¡Un capitán! —El hombre miró a su alrededor con el ceño fruncido, como si estuviera buscando a un almirante escondido—. Deben de haber sufrido serias pérdidas.

—Me temo que así es —aceptó Geary.

El hombre suspiró y en cierto modo pareció disgustado de un modo que dejaba entrever que, de haber estado él al mando, eso no habría sucedido. Geary se percató de que era un maestro a la hora de expresar sin palabras cosas que aquellos que lo rodeaban pensarían que en realidad había dicho.

—Muy bien. No hay descanso para el fatigado, ¿eh? —le comentó a Geary con otra mirada que transmitía complicidad—. Pero el deber es una amante dura que el que tenga honor no puede ignorar. Así que yo asumiré el mando.

Geary se las arregló para limitar su reacción a arquear las cejas.

—¿Disculpe?

El hombre que Geary suponía que tenía que ser Falco, *el Aguerrido* le lanzó una mirada que combinaba asombro por la pregunta y seguridad.

—Creo que no me equivoco si llego a la conclusión de que ahora yo soy el oficial más veterano presente en cuanto a rango se refiere. Eso hace que mi obligación y mi responsabilidad sean asumir el mando.

Geary asintió de un modo que esperaba que dejara claro que acusaba recibo de las palabras de aquel hombre sin poner de manifiesto que estuviera de acuerdo con ellas.

—Tal vez la situación no se corresponda con lo que usted cree, ¿capitán...? —preguntó, pese a que ya lo había adivinado.

Eso le reportó una mirada de lo más desabrida. El dardo dirigido al ego de aquel hombre parecía no tener problemas para atravesar el escudo de amigable autoridad que le gustaba exhibir.

—Debería reconocerme.

El teniente Riva, aparentemente ajeno a la tensión, habló con orgullo.

—Este es el capitán Falco, señor.

—Capitán Francesco Falco —informó el hombre—. Supongo que reconocerá el nombre.

—En realidad lo he oído por primera vez hace solo un momento. —Geary no sabía por qué había dicho eso, pero el renovado gesto de displicencia que sus palabras provocaron en el rostro de Falco bien merecía cualquier consecuencia que acarrearan—. Encantado de conocerlo —añadió tratando de mantener un tono neutro.

—A juzgar por su edad —declaró Falco con gesto severo—, es evidente que yo soy más veterano en fecha de rango.

Estaba claramente decidido a dejarle claro a Geary quién estaba al mando.

—Pues bien, si quiere indicarme dónde está mi camarote, estoy seguro de que hay mucho que hacer. Convoquen una reunión de la flota cuanto antes.

Esperó frunciendo el ceño por tercera vez mientras Geary le devolvía la mirada sin mostrar aparentemente emoción alguna y ningún indicio de movimiento. Geary tenía la clara impresión de que Falco no estaba acostumbrado a tener que repetir sus órdenes.

—¿Quién es usted, capitán?

Desjani, que a juzgar por su actitud había percibido la tensión, habló cuidadosamente.

—Capitán Falco, este es el capitán Geary.

—¿Geary? Supongo que guarda parentesco con el héroe. —Ahora Falco adoptó una expresión de reprobación, como si fuera un padre tratando con un hijo obstinado—. Todos estamos en deuda con el ejemplo que nos proporcionó *Black Jack* Geary, pero eso no significa...

—No —interrumpió Geary—. Me temo que se equivoca.

Falco extremó el gesto esta vez. Parecía fruncir el entrecejo a menudo, al menos cuando las cosas no transcurrían exactamente como él deseaba, y tampoco parecía estar acostumbrado a que lo interrumpieran.

—No guardo parentesco. Me llamo John Geary.

La expresión de Falco cambió, volviendo al modo del camarada que da la casualidad de que está al mando. Sus ojos se desviaron hacia Desjani, que asintió.

—El capitán Geary no murió en Grendel hace un siglo —explicó como si estuviera recitando un informe—. Esta flota encontró su cápsula de supervivencia al límite de su vida útil y consiguió reanimarlo.

—¿*Black Jack Geary*? —Falco parecía estar perdiendo los nervios al oír la información mientras su expresión, cuidadosamente estudiada, se transformaba en confusión.

Geary asintió.

—De hecho, mi fecha de rango es algo anterior a la suya —le reveló Geary a Falco secamente—. Casi un siglo, en verdad. Le agradezco su disposición para servir a las necesidades de la Alianza.

Esa era una frase hecha de la época de Geary que se solía oír justo antes de que se asignara una tarea particularmente desagradable. Ahora le pareció una buena forma de rechazar a Falco ofreciendo una sensación de respeto.

—Como el oficial más veterano presente, y como oficial a quien el almirante Bloch encomendó el mando previamente a su muerte, yo seguiré al mando de esta flota.

Una parte de él estaba consternada. ¿Cuántas veces había deseado Geary poder cederle el mando de esa flota a otra persona?. Pero no a aquel hombre. No se trataba solo de que Falco hubiera desafiado su autoridad, se dijo Geary. Falco parecía alguien que dedicaba más tiempo a dar a entender que estaba haciendo bien las cosas que al mero hecho de hacerlas bien.

Geary vio que Rione lo estaba observando, recordando sin duda todas las ocasiones en las que Geary le había jurado que entregaría el mando a otra persona en cuanto pudiera. Pero sabía lo que Rione pensaba de los «héroes». Estaba seguro de que no esperaba de él que dejara el destino de esa flota en manos de alguien como Falco.

El hecho de saber con quién estaba tratando parecía haber dejado a Falco totalmente fuera de juego. No dejaba de mirar a su alrededor confundido. Geary hizo un gesto hacia Desjani.

—Esta es la oficial al mando del *Intrépido*, la capitana Tanya Desjani.

Falco asintió enseguida posando su mirada sobre Desjani. Instantáneamente, como si necesitara algo para volver a centrarse, la expresión de Falco se transformó de nuevo en la de alguien al mando que, con todo, no dejaba de ser un camarada.

—Siempre es un placer conocer a una oficial valiente de la flota de la Alianza. Es obvio que comanda una nave fuerte, capitana Desjani. Desjani le devolvió la sonrisa amablemente.

—Gracias, capitán Falco. —Geary señaló a Rione.

—Y Victoria Rione, copresidenta de la República Callas y miembro del senado de la Alianza.

Esta vez Falco se dio la vuelta asintiendo lenta y educadamente para hacerse eco de la presentación. Rione, con su propio rostro encogido en un gesto rígidamente formal, le devolvió el saludo. Geary pudo discernir por el brillo en sus ojos que a

Rione no le gustaba Falco en absoluto y se preguntó qué sabría de él. Le chocó que Falco se deshiciera en elogios frente a una oficial compañera, falsos halagos, seguramente, puesto que aún no tenía pruebas para declarar que Desjani fuera valiente y su nave fuerte; sin embargo, su actitud hacia la senadora fue marcadamente más fría. Geary se dio cuenta de que estaba tratando a Rione como a un rival, alguien con quien se veía obligado a tratar, más que acogerlo como a un admirador subordinado.

Desjani, que no tenía un pelo de tonta, al parecer también lo advirtió. Geary pudo ver cómo la piel que rodeaba sus ojos se tensaba, lo cual era un indicio de que a la oficial al mando del *Intrépido* no le hacía gracia dar la impresión de que se la pudiera uno ganar a base de lisonjas. Por su parte, Rione le dio una bienvenida a Falco que destacó por su falta de cordialidad.

—Su reputación le precede, capitán Falco.

Geary se estaba preguntando qué era exactamente lo que había querido decir cuando, por el rabillo del ojo, vio a los demás prisioneros de la Alianza recién liberados. Un lento efecto dominó estaba recorriéndolos y un grupo tras otro se iba volviendo para mirarlo con aquellas mismas expresiones de esperanza y asombro que el teniente Riva había mostrado. Geary, intentando no reaccionar de forma negativa, advirtió que el capitán Falco había encontrado un motivo más para fruncir el ceño. *No le gusta que me miren de ese modo. Pero no por las razones que preocupan a Rione, no. Si no me equivoco al juzgar al capitán Falco, diría que está celoso.*

*Genial; como si no tuviera ya bastantes problemas.*

—Capitán Falco, teniente Riva —empezó a decir Geary con cortesía—, tengo que atender unos asuntos. La tripulación de la capitana Desjani se ocupará de sus necesidades, estoy seguro.

Falco, cuyo rostro iba operando nuevas modificaciones en su estudiada expresión, pareció echar mano una vez más de su inagotable reserva de ceños fruncidos.

—¿Asuntos?

—Una reunión —intercedió Rione con serenidad—. El capitán Geary y yo debemos irnos. En el nombre del Gobierno de la Alianza —continuó en un tono de voz que se extendió por toda la estancia—, les doy la bienvenida de nuevo a la flota.

Los antiguos prisioneros estallaron en una desordenada ovación mientras Rione precedía a Geary para salir del muelle del transbordador. Geary se imaginó que podía sentir como los ojos de Falco se le clavaban en la espalda a medida que se alejaban, con la certeza de que Falco lo consideraba a él un problema mayor que Rione. Pero no quería hablar sobre Falco en ningún lugar en el que alguien lo pudiera oír, de modo que Rione y él caminaron en silencio hasta llegar al camarote de Geary. Cuando estuvieron dentro, Rione se volvió hacia él con gesto preocupado.

—Ese hombre es un peligro.

—Pensaba que el peligro era yo —señaló Geary amargamente dejándose caer en un asiento.

—Usted lo es porque es inteligente. El capitán Falco es una clase distinta de peligro.

—No hace falta decir que no sé nada de él. ¿Está diciendo que es estúpido?

Rione hizo un gesto de desprecio.

—No. Esa espina que tiene usted clavada hace tiempo, el capitán Numos, es un estúpido. A decir verdad, Numos es tan espeso que me sorprende que no tenga su propio horizonte de sucesos. Pero el capitán Falco es lo bastante listo a su modo.

Geary se las arregló para no reírse ante tan acertado juicio sobre Numos.

—¿Conocía a Falco antes de que fuera capturado?

—¿Tan vieja se cree que soy? —preguntó Rione arqueando las cejas—. El capitán Falco fue capturado hace unos veinte años. Los viejos políticos que he conocido desde que me convertí en miembro del senado me han hablado de él. En el momento de su captura, el capitán Falco era un oficial muy ambicioso y carismático que se las ingenió para presentar baños de sangre como grandes victorias. También hacía declaraciones en las que decía que solo se podía derrotar a los síndicos si estábamos dispuestos a abandonar las presuntas ineficacias de nuestro sistema democrático en beneficio de un gobierno autocrático temporal como el de los síndicos.

No era de extrañar que Falco no hubiera intentado congeniar con Rione. Incluso de no haber interpretado este correctamente la actitud de la copresidenta hacia él y no haber sabido que no iba a funcionar, Falco probablemente viera a los políticos electos como rivales en el poder. Geary rió sin ganas.

—Supongo que eso significa un gobierno autocrático en el que sin duda el capitán Falco ocuparía el papel principal. ¿Por qué no lo echó el Gobierno por decir esas cosas?

Rione suspiró.

—Entonces la Alianza estaba tan desesperada por encontrar héroes como ahora, y el capitán Falco se las arregló para confraternizar con suficientes senadores que lo protegieran. Además contaba con una popularidad bastante notable. Ya lo ha visto ahí fuera. Falco es un encantador de serpientes. El consejo de gobierno temía el clamor popular que podía conllevar el despido de Falco. Pero al final se le acabó la suerte y se perdió junto con demasiadas de nuestras naves. Mientras la flota lloraba su pérdida por razones que nunca he entendido, ya que seguramente ha matado a más tripulantes de la Alianza que a síndicos, el Gobierno de la Alianza no lo sintió demasiado, pese a que expresó su pesar públicamente.

—Y ahora ha vuelto —dijo Geary encogiéndose de hombros—. Puedo entender por qué a parte de la flota le cae bien. Es una de esas personas que te puede clavar un cuchillo por la espalda y hacer que pienses que te ha hecho un favor.



—Le he dicho que es carismático, ¿no es cierto?

—Demasiado carismático para mi tranquilidad mental, maldita sea. Lástima que no me pueda inventar una excusa para devolvérselo a los síndicos.

—Si se me ocurre algo, se lo haré saber. —Rione se quedó mirando la pared con la mente en otra parte—. El capitán Falco le reclamará el mando de esta flota.

—No tiene a qué agarrarse —aseguró Geary—. Soy por lo menos ochenta años más veterano que él.

Rione esbozó una breve sonrisa.

—El capitán Falco no se lo ha tomado nada bien.

—Y que lo diga. Pero por lo menos es la primera vez que me alegro de algo así —admitió Geary.

—Pero Falco tratará de arrebatarse el mando de esta flota a pesar del reglamento, capitán Geary. Si pensaba que el capitán Numos y sus aliados constituían un peligro, ahora ese peligro se ha incrementado enormemente.

—Gracias por su valoración. —*Que desgraciadamente coincide con la mía.* Rione parecía no acabar de creerse su agradecimiento, así que Geary la miró con sinceridad —. Para mí sus consejos son muy valiosos. En serio. Agradezco su presencia en esta flota.

Ella le devolvió la mirada a Geary un instante con una expresión difícil de descifrar.

—Gracias, capitán Geary.

Cuando Rione se hubo marchado, Geary tardó un rato en solicitar los archivos de las batallas del capitán Falco. Al ver las repeticiones de las batallas en el simulador de combate, quedó patente que el juicio que había emitido Rione sobre ese hombre era del todo acertado. Las pérdidas sufridas durante las mal llamadas victorias de Falco eran pasmosas, mientras que más de una derrota se había debido a errores simples. *Con que Falco, el Aguerrido, ¿eh? Tiene gracia que ese aguerrido capitán se las apañara para sobrevivir a tantas batallas en las que tantos otros oficiales no lo consiguieron.*

También había archivados discursos y noticias que mostraban a un Falco mucho más juvenil deslumbrando a las masas con una retórica altisonante con apariencia de sinceridad absoluta. Geary se sorprendió dudando de si habría juzgado mal a aquel hombre; luego prestó más atención a lo que se estaba diciendo. Sobrecogido, escuchó exactamente lo que Rione había descrito: Falco culpaba a las políticas del Gobierno de la falta de progresos en la guerra y emprendía una campaña abierta para el puesto de líder supremo. *No sé qué habría sucedido si los síndicos no hubieran capturado a Falco. No me extraña que la copresidenta Rione estuviera tan preocupada por mí cuando tomé el mando. Pensó que sería como Falco. Pero por suerte para todos yo provengo de una época en la que los oficiales de la flota simplemente no hacían estas*

*cosas. Nunca se me habría ocurrido que alguien lo hiciera, y menos aún que pudiera salirse con la suya apelando al público.*

Veinte años. Desjani solo conocía a Falco por su reputación. Al principio parecía encantada, aunque no tanto cuando Falco había empezado a rebatir el mando de Geary. La lealtad de Desjani para con Geary parecía inquebrantable. Geary se preguntó cómo vería a Falco el resto de la flota, sobre todo si ellos dos acababan dándose cabezazos como dos carneros para asumir el mando.

*No quiero quedarme estancado en el mando de esta flota, pero no puedo doblegar ese mando ante alguien con el historial de Falco. Él la condenaría a la destrucción y después difundiría una nota de prensa declarando que fue una gran victoria. Y si se las arreglara de alguna forma para devolver la flota al espacio de la Alianza, se convertiría en la clase de peligro para el Gobierno de la Alianza que preocupa a Rione.*

A no ser que Falco hubiera cambiado mientras estuvo en ese campo de trabajo. *Tengo que darle a ese hombre el beneficio de la duda hasta que averigüe cómo le ha afectado esa experiencia.*

Eso le recordó que debía lidiar con la actual amenaza síndica sobre la flota antes que preocuparse por lo que Falco podía hacer. Con la flota alejándose de Sutrah Cinco y dirigiéndose al espacio abierto por encima del plano del sistema, donde podían haber instalado trampas, no había la posibilidad de una amenaza inmediata. Incluso si apareciera una flota síndica en los puntos de salto, tendría cerca de un día entero para preparar una acción. *Pero ¿y a largo plazo? ¿Qué pueden estar haciendo los síndicos ahora mismo que pueda dañar a esta flota en la siguiente estrella, y en la siguiente?*

Geary desplegó en el visualizador la región del espacio y se pasó un buen rato estudiándolo, haciendo saltar mentalmente a la flota de una estrella a otros destinos posibles y vuelta a empezar, llegando siempre a la misma y desagradable conclusión. Llevaba haciendo las mismas proyecciones mentales desde que la flota había llegado a Sutrah y las respuestas no habían cambiado, por muchas variaciones que aplicara. Incluso sin las constantes simulaciones, su instinto le decía que la red síndica se aproximaba. El único modo de esquivarla era hacer algo tan imprevisible que a los síndicos no les mereciera la pena considerarlo. ¿Cómo iba a encontrar algo así que no fuera a su vez un suicidio?

No podía apartar sus ojos de una estrella: Sancere.

*No, eso es una locura.*

*¿Lo bastante descabellado como para que los síndicos no se crean que vaya a llevar allí a la flota?*

*Tal vez. Estoy seguro de que, por lo que saben los síndicos, no se puede hacer lo que quiero hacer. Se equivocan. Conozco un modo.*

*Pero ¿cómo voy a convencer a la flota para que me siga hasta Sancere?*

### 3

La campana de la escotilla del camarote de Geary sonó, sobresaltando a Geary y devolviéndolo a la conciencia del aquí y ahora. Se sorprendió al percatarse del tiempo que se había pasado pensando en los siguientes pasos de la flota. Sacando el visualizador, Geary comprobó su posición en el sistema Sutrah. Según lo planeado, la flota había dejado Sutrah Cinco y ahora seguía un rumbo que le permitiría dirigirse hacia cualquiera de los otros dos puntos de salto que había en el sistema. Solo faltaba una hora para que la flota iniciara el bombardeo cinético de represalia sobre los dos mundos habitados. No había prisa. Ninguno de los dos planetas, ni los objetivos que albergaban sus superficies, podían ir a ningún sitio, solo seguir las órbitas fijas y predecibles que los convertían en blancos sencillísimos para el bombardeo.

—Entre, por favor —gritó Geary.

El capitán Falco se las había ingeniado para conseguir rápidamente un uniforme adornado con todos los galones y las condecoraciones a las que aparentemente tenía derecho. También se había arreglado el pelo, pero Geary no pudo evitar advertir que el joven oficial cuyas fotos había visto en los viejos informes había envejecido considerablemente, no solo a raíz de los veinte años pasados, sino también a causa de los rigores del campo de trabajo síndico. Falco sonrió a Geary con gesto amistoso y confiado al entrar en el camarote. Geary recordó esa misma sonrisa en algunos de los registros que había estado revisando.

—Estoy seguro de que le gustará discutir nuestras opciones para futuras operaciones —afirmó Falco animadamente—. Mi experiencia y mis dotes de liderazgo están a su disposición, por supuesto.

En realidad, la idea de discutir las opciones con Falco ni siquiera se le había pasado por la cabeza. *Máxime cuando no me creo mucho su experiencia y no me fío de sus dotes de liderazgo.* Pero Geary asintió con aparente afabilidad.

—Pronto mantendremos una reunión con la flota.

—Quería decir conmigo —señaló Falco—. En privado. Siempre es mejor trazar un plan de acción antes de la batalla, ¿no? Un buen líder como usted lo sabe, y he oído hablar mucho acerca de sus logros al mando de esta escuadra. Pero incluso el mejor comandante precisa del bagaje que le puedan proporcionar quienes tienen la capacidad de apoyarle, de modo que me he tomado un tiempo para evaluar la posición de la flota y establecer un programa de acción.

Los elogios hicieron recelar a Geary, que se preguntaba qué estaría tratando de hacer Falco.

—Ha sido muy rápido.

El discreto sarcasmo no pareció calar en el capitán Falco, que se sentó y señaló el visualizador regional, que seguía desplegado.

—Esto es lo que deberíamos hacer: el trayecto más corto de regreso al espacio de la Alianza consistiría en avanzar hacia Vidha. Desde allí...

—Vidha tiene una puerta hipernética síndica —lo interrumpió Geary—. Dado que es un objetivo tan claro para nosotros y que los síndicos podrían reforzarla fácilmente, sería difícil defenderse, y los puntos de salto seguro que están minados.

Falco frunció una vez más el ceño. Al parecer, cualquier interrupción liberaba ese gesto casi automáticamente. Pero se recuperó enseguida, adoptando de nuevo la expresión de un colaborador respetuoso.

—Esta flota puede superar cualquier resistencia síndica. La agresividad siempre es el mejor movimiento —sermoneó—. No hace falta decirle eso a un comandante como usted. Esta flota tiene la iniciativa ahora mismo Y debemos mantenerla, como usted bien sabe. Supongo que es consciente de lo importante que es hacer que sea el enemigo el que reaccione a nuestros movimientos. Bien, desde Vidha...

—No vamos a ir a Vidha.

Ya que el capitán Falco parecía incapaz de captar indirectas, Geary lo expuso con franqueza, pese a que sentía cierta admiración por la habilidad que exhibía Falco para insinuar que lo que sin duda haría un buen comandante como Geary era estar de acuerdo con su plan.

Al parecer tardó un poco en asimilarlo. El inesperado curso de los acontecimientos parecía desconcertar a Falco de un modo que sorprendió a Geary. ¿Acaso se trataba de un acto pensado para hacer que sus oponentes lo subestimaran? Pero Geary no había detectado ningún ejemplo de esa táctica de debate en los viejos registros que había revisado.

Por fin el capitán Falco negó con la cabeza.

—Entiendo que habrá fuerzas síndicas esperándonos en Vidha. Al igual que nosotros, los síndicos saben que Vidha es el único objetivo razonable. —El reiterado uso de la palabra «nosotros» era un bonito toque, tenía que admitirlo—. No solo porque nos lleva de vuelta hacia el espacio de la Alianza, sino porque ofrece la oportunidad de entrar en combate y destruir a los síndicos que sin duda nos esperan en Vidha.

—Yo a eso lo considero una oportunidad de meter la cabeza en un nido de escorpiones —observó Geary—. Nuestra mejor opción consiste en aceptar la batalla en el lugar y el momento que nosotros lo decidamos. Ir a Vidha supondría librar una batalla en el momento y el lugar que decidan los síndicos. A lo más que podemos aspirar en Vidha es a sufrir terribles pérdidas, convirtiendo a los supervivientes en una presa fácil para el siguiente sistema síndico al que vayamos.

Falco frunció el entrecejo mientras se tomaba una larga pausa para asimilar la afirmación de Geary.

—Ya veo. Lo está enfocando en términos materiales. —Falco hizo que aquello

sonara como si se tratase de algo desencaminado o completamente ilógico.

—¿Términos materiales? —inquirió Geary—. ¿Se refiere a números y tipos de combatientes? ¿Emplazamientos de campos de minas? ¿Defensas fijas operativas y listas para dar apoyo a las fuerzas móviles?

—Exacto —sonrió Falco expresando admiración por la agudeza de Geary—. Esos son elementos puramente secundarios. ¡Usted lo sabe! ¡Usted es *Black Jack* Geary! ¡Lo moral es a lo material igual que tres a uno! Con nosotros dos al mando... —Falco vaciló y sonrió amablemente—. Con usted al mando y yo a su lado esta flota cuenta con una superioridad moral abrumadora. Los síndicos huirán confundidos y no tendremos problemas para aplastarlos.

Geary se preguntó si no estaría evitando demostrar lo horrorizado que estaba. ¿Descartar el potencial de fuego frente a los valores morales? Esas cosas contaban, por supuesto, pero nada de lo que Geary había visto desde que había asumido el mando le había hecho llegar a la conclusión de que los síndicos estuvieran poco formados, desmotivados o tan mal dirigidos como para que esos factores no materiales pudieran triunfar, ni siquiera cuando tuvieran prácticamente las mismas probabilidades.

—Capitán Falco, esta flota se ha enfrentado a una fuerza sustancial en Kaliban. No lucharon bien, pero lucharon.

—He visto los datos de esa batalla —señaló Falco—. Hay que felicitarlo por sus esfuerzos. ¡Pero mire qué pocas naves se perdieron! ¡Los síndicos no lucharon bien porque se vieron abrumados por nuestra fuerza moral!

—Se vieron abrumados por nuestra superioridad numérica y el uso efectivo de tácticas antiguas a las que no estaban preparados para enfrentarse —corrigió Geary—. Por lo que he visto hasta ahora, los síndicos lucharán incluso cuando sus probabilidades sean ínfimas, incluso cuando el sentido común dicte que hay que evitar provocar a una flota capaz de arrasar planetas enteros.

—Nadie ha dicho nunca que los síndicos fueran listos —advirtió Falco con otra sonrisa—. Nuestro objetivo es entrar en combate y destruir a la flota síndica, de modo que, si se lanzan a la perdición, mejor que mejor.

—Mi objetivo es llevar hasta el espacio de la Alianza tantas naves de esta flota como sea posible —sentenció Geary. Por un breve instante se preguntó si debería contarle a Falco que la llave hipernética viajaba a bordo del *Intrépido*, y rechazó la idea de inmediato. Sobre la base de lo que había oído y visto hasta ahora, sencillamente no confiaba en Falco lo suficiente como para compartir esa información crucial—. Esperemos poder infligir un daño considerable al esfuerzo bélico síndico por el camino, pero el objetivo primordial es llevar a la flota a casa.

Falco se quedó mirando a Geary, esta vez, en apariencia, auténticamente desconcertado.

—¡No puede rechazar una oportunidad de entrar en combate!

Geary se puso en pie y se paseó lentamente por el camarote sin mirar al capitán.

—¿Por qué no?

—Es... ¡esta es la flota de la Alianza!

—Exacto. —Geary le dedicó a Falco una mirada carente de toda expresión—. Y no tengo intención de dejar que la destruyan así como así. Eso sería hacerles un favor a los síndicos. Como ya he dicho antes, hasta donde nos sea posible, lucharemos donde y cuando nosotros queramos.

—¡Se supone que usted es *Black Jack Geary*!

—Soy John Geary y no voy a echar a perder las naves de esta flota ni las vidas de sus tripulantes.

El semblante de Falco pasó del desconcierto a la obstinación.

—Increíble. Cuando los oficiales de las naves voten...

—En mi flota no se votan las medidas a tomar, capitán Falco.

Aquello pareció dejar fuera de juego a Falco más que cualquier otra cosa de todo lo que Geary le había dicho hasta entonces. Geary estaba cada vez más convencido de que, al igual que el almirante Bloch, la habilidad de Falco se había centrado más en la astucia del juego político por controlar los resultados de esas votaciones que en las tácticas militares o en la estrategia. Las mayores victorias de Falco probablemente se habían librado en esas reuniones, y no en el campo de batalla. Ahora Falco habló despacio, como tratando de asegurarse de que Geary entendía algo.

—La tradición exige que la unión de la sabiduría y la experiencia de los oficiales al mando de la flota ocupe un lugar importante en la decisión de los movimientos de la misma.

—¡La tradición! —Geary volvió a pasearse sacudiendo la cabeza—. Creo que sé un poco más que usted sobre el modo en que esta flota solía operar. Pruebe con el reglamento. Pruebe con el orden y la disciplina, o la unidad de mando. Yo soy el oficial al mando de esta flota, capitán Falco. Escucharé los consejos y tendré en consideración todas las sugerencias que se me ofrezcan, pero seré yo quien decida lo que esta flota haga o deje de hacer.

—¡Debe mostrar el debido respeto por los oficiales al mando de las naves de esta flota!

Geary asintió.

—En eso estamos de acuerdo, pero mostrar respeto no es lo mismo que rehuir mi responsabilidad, mi deber, a la hora de tomar decisiones cruciales.

—Debo insistir en seguir los procedimientos de mando que esta flota ha desarrollado a la vista del perpetuo estado de guerra. —Falco parecía tozudo y orgulloso, no quería dar su brazo a torcer. Geary se dio cuenta de que era igual que cuando combatía en una batalla; se negaba a admitir o a reconocer cuándo un asalto

frontal sencillamente no podía funcionar. Lo extraño era que estaba siendo claramente sincero; Falco realmente creía que ese era el modo correcto de hacer las cosas.

Por esa razón, Geary controló su tono de voz y habló con tacto.

—Siento un profundo respeto por los oficiales con los que sirvo y por las tradiciones de la flota. También estoy obligado a asumir mis deberes como mejor los entiendo, dadas las normas y los reglamentos. Las he comprobado y esas normas y reglamentos no dicen nada sobre votaciones para confirmar decisiones de mando.

—No se trata de someterse ciegamente a las normas, que pueden estar obsoletas en relación a la amenaza a la que tenemos que hacer frente —declaró Falco.

Geary reconoció esas palabras. Falco había dicho cosas parecidas en numerosas ocasiones antes de ser capturado, normalmente al hablar del Gobierno de la Alianza.

—Para bien o para mal, capitán Falco, yo llevo en mi interior el respeto a esas normas obsoletas, e insisto en que la flota también las cumpla.

—Repito, insisto...

—Usted no tiene autoridad para insistir en nada. Actualmente yo soy el oficial más veterano. Estoy al mando. Creo que los procedimientos de mando basados en votaciones y en comités no son una buena idea y no seguiré esa clase de trámite. No voy a cambiar. —Falco hizo ademán de querer intervenir otra vez, pero Geary lo disuadió con una mirada inquisitiva—. Ha hecho una sugerencia. ¿Alguna cosa más?

Por fin Falco se puso también en pie con el rostro enrojecido.

—He revisado los planes de ataque planetario. La primera descarga de bombas cinéticas en los dos planetas habitados en este sistema va a dejar muchos objetivos intactos. Debemos eliminar todas las fuentes del poder síndico del sistema.

—Estoy destruyendo objetivos industriales, militares y gubernamentales, capitán Falco.

—Va a dejar con vida a muchos trabajadores síndicos que podrán seguir contribuyendo a la labor de los Mundos Síndicos. Su capacidad de trabajo para el esfuerzo bélico síndico debe ser anticipado permanentemente.

—¿Anticipado permanentemente? —preguntó Geary—. ¿Esa es otra forma de decir que hay que matarlos?

Falco lo miró sin comprender.

—Estamos en una guerra por todo aquello en lo que creemos, capitán Geary. No podemos dejar que las sutilezas legales nos impidan hacer lo que tenemos que hacer para proteger nuestros hogares y nuestras familias.

—¿Sutilezas legales? ¿Así es como lo llama? ¿Cree que eso es lo único que se interpone entre nosotros y una matanza de habitantes civiles en esos planetas, capitán Falco? —preguntó Geary con falsa calma.

Por su parte, Falco parecía perplejo ante la pregunta y respondió como si le



estuviera hablando a un niño.

—Son parte de la maquinaria bélica de los síndicos. Solo podremos vencer si eliminamos todos los frentes del poder síndico.

—¿Y usted cree que tal acción representa todo aquello en lo que creemos? ¿Que nuestros antepasados verían con buenos ojos un asesinato masivo? —respondió Geary.

—¡Los síndicos han hecho cosas mucho peores!

—Y ese es el motivo por el que luchamos contra ellos, ¿no es así? —Geary agitó la palma de la mano como si estuviera haciendo cortes en el aire—. No voy a cometer atrocidades ni a permitir que nadie que esté bajo mi mando las cometa. Se descargará una ráfaga de proyectiles cinéticos en esos mundos como represalia por las acciones síndicas contra esta flota. Los objetivos serán militares, industriales y gubernamentales. Punto.

Falco parecía estar atrapado entre el asombro y la ofensa.

—Había oído que les ha perdonado la vida a prisioneros, pero no pensé que fuera tan blando.

—¿Blando? —En lugar de enfurecerlo, Geary descubrió que la palabra le parecía graciosa—. No tengo problemas a la hora de enfrentarme a los combatientes enemigos. Si de verdad ha oído lo que le ha sucedido a la flotilla síndica en Kaliban, debería darse cuenta de ello. En cuanto al trato de los prisioneros, había pensado que sus veinte años de prisión le habrían hecho reconocer las virtudes de tratar a los prisioneros de acuerdo con el derecho de la guerra.

Guardó silencio consciente de que seguir contrariando a Falco no le reportaría nada bueno, pero también adivinó que Falco daría saltos de alegría ante cualquier señal de debilidad que percibiera.

—Me formaron para hacer cosas que se han ido perdiendo sin que nadie sea responsable de ello, capitán Falco. He traído conmigo esta formación desde el pasado para poder ayudar a esta flota a combatir mejor. También he traído actitudes que tal vez parezcan arcaicas, pero yo creo en ellas. Creo que harán más fuerte a esta flota.

Falco le devolvía la mirada con gesto tenso.

—Si usted lo dice. —Hizo un evidente esfuerzo por controlarse—. Quizá deberíamos empezar de nuevo.

Geary asintió.

—Esa sería una buena idea.

—Ambos queremos lo mismo —señaló Falco volviendo a sacar a relucir su amigable sonrisa—. Juntos podemos lograr grandes cosas.

—¿Para la Alianza? —azuzó Geary.

—¡Por supuesto! ¡Pero la Alianza necesita líderes fuertes! Nosotros podemos aportar ese liderazgo. —Falco sacudió la cabeza al tiempo que suspiraba

exageradamente—. Ya ve cómo están ahora las cosas. El estado de la flota. La clase de personas que dan las órdenes a la flota. Esa Rione. Una senadora de la Alianza acompañando a una flota, ¡como si necesitáramos políticos atosigándonos para hacer bien nuestro trabajo! Por lo que he oído, ha sido un incordio para usted, lo cual es exactamente lo que yo habría sospechado.

Geary trató de no comprometerse.

—¿Eso es lo que ha oído?

—Mucha gente me lo ha dicho. Pero por descontado que podemos trabajar unidos para neutralizar su influencia.

—Es una idea —afirmó Geary en un tono tan neutro como pudo. Se le ocurrió que Falco podía haber mantenido ya esa misma conversación con la copresidenta Rione, lamentándose por la presencia de Geary y ofreciéndose a trabajar junto con Rione en contra de Geary. Se preguntó si Rione le contaría algo así si él lo sacara a colación.

Falco se le acercó sonriendo como un camarada en armas y blandiendo un enfático dedo índice.

—Cuando esta flota regrese al espacio de la Alianza, sus líderes podrán emitir sus propios pasajes para el futuro. Usted lo sabe. Tendremos una oportunidad histórica para dar forma al modo en que la Alianza prosigue esta guerra y a la manera en que la Alianza toma sus decisiones. Con esa oportunidad, podremos establecer las condiciones para ganar por fin esta guerra. Necesitará a alguien a su lado que comprenda el estado de la cuestión actual, alguien que lo ayude a contrarrestar a los políticos que han hecho todo lo que estaba en su mano para dar al traste con la Alianza y dejarla indefensa ante los síndicos.

Geary se limitó a devolverle la mirada conservando una expresión neutra. *¿Conmigo? ¿Por qué me parece que en cuanto alcancemos el espacio de la Alianza el capitán Falco se pondrá a lanzar comunicados de prensa en los que proclamará su éxito al traer de regreso a la flota sana y salva, y dejándome a mí, a lo sumo, como un mascarón de proa?*

—Capitán Falco, se ha pasado un tiempo en el campo de trabajo síndico. Se puede considerar que sus propios conocimientos están considerablemente desfasados.

La sonrisa de Falco se había vuelto ahora tan segura como conspirativa.

—Tengo amigos que pueden ponerme al día. Al fin y al cabo, tengo muchas menos décadas sobre las que aprender que usted, ¿eh?

—Capitán Falco, siempre agradezco las sugerencias útiles. No obstante, mi papel consiste en llevar a la flota a casa sana y salva. Una vez allí, mi trabajo será delegar en el líder electo de la Alianza, sin importar lo que yo pueda pensar de lo acertado de sus decisiones. Si mi conciencia no me permite apoyar las decisiones legales del líder de la Alianza, mi obligación es renunciar a mi posición en la flota.

—Proteger a la Alianza es más importante que las prerrogativas de los políticos —comentó Falco en tono despreciativo.

—Capitán Falco, en la época de la que yo provengo se entendía que proteger a la Alianza equivalía a proteger aquello que representaba. Proteger los derechos individuales y los derechos del electorado. —Falco estaba poniendo todo su esfuerzo en no volver a fruncir el ceño—. Deseo continuar trabajando de una forma constructiva con la copresidenta Rione. Espero que me apoye usted en todas mis decisiones.

Falco lo miró detenidamente con un punto de cautela en los ojos, a pesar de que seguía sonriendo.

—El apoyo no es gratuito.

¡Menuda sorpresa!

—Me temo que a cambio de apoyo no tengo nada que ofrecer más que el bienestar de esta flota y de la Alianza.

—¡Eso es lo único que me importa! —Sonaba completamente sincero y Geary se dio cuenta de que probablemente lo estaba siendo. Falco creía que podía salvar a la Alianza y que podía tomar mejores decisiones que los líderes electos de la Alianza—. ¡La Alianza necesita un líder fuerte! ¡Tengo que saber que sus acciones obrarán en beneficio de la Alianza a corto y largo plazo, y, francamente, ahora mismo me preocupa que no sea usted consciente de lo serias que se han puesto las cosas durante la enorme cantidad de años que se ha pasado en su período de hibernación!

Habría sido más fácil pensar en Falco como un oportunista. En cambio parecía que estaba movido por una verdadera y sentida fe en que solo él podía salvar a la Alianza. En cierto modo, según creía Geary, eso lo hacía aún más peligroso. Nadie más que él podría igualar jamás el ideal que tenía Falco de lo que significaba ser el mejor líder, un puesto reservado en la mente de Falco al propio Falco, y ninguna acción que Falco reprobara podía ser dada por buena.

Geary trató de hablar del modo más profesional y desapasionado que pudo.

—Reconozco que el bienestar de la Alianza le preocupa. Puede que nuestras opiniones respecto al curso de acción adecuado difieran en algún momento, pero el destino y mi rango me han situado al mando de esta flota. Mi conciencia me exige que asuma mi responsabilidad para con la flota y para con la Alianza, lo cual requiere que la dirija lo mejor que sé. Creo que estamos de acuerdo en que llevar de vuelta esta flota al espacio de la Alianza es fundamental para el esfuerzo bélico de la Alianza y su apoyo para garantizar que eso ocurra será bien recibido.

La sonrisa de Falco había vuelto a desvanecerse.

—¿Espera que me quede sentado mientras usted echa a perder las oportunidades de asestar un importante golpe a los Mundos Síndicos? ¿Mientras esta flota se pasea por los remansos de los Mundos Síndicos en lugar de ir en busca del enemigo?

¿Mientras los políticos civiles sin experiencia pretenden decirnos cómo luchar en esta guerra?

—Nada de eso está sucediendo —sentenció Geary—. Estamos combatiendo el enemigo, nos dirigimos a casa y la copresidenta Rione no interfiere en las decisiones que se toman en esta flota.

—La hibernación de supervivencia prolongada provoca consecuencias en la gente —observó Falco con una acidez comparable a la de la capitana Faresa en su máximo esplendor—. Socava su buen juicio.

—¿Y su buen juicio no está socavado? —preguntó Geary—. ¿Acaso nunca ha cometido un error, capitán Falco? ¿Jamás?

Ahora Falco lo miró con abierta hostilidad.

—En ocasiones he depositado demasiada confianza en algunos subordinados, pero he conseguido evitar personalmente serios errores. Por eso yo debería estar al mando de esta flota, y por eso procuraré convencer a mis colegas oficiales de que así es.

—Entiendo. —Geary se tomó un instante para preguntarse qué sucedería si se combinara a personas deseosas de creer en héroes perfectos, como algunos pensaban que él era, con un hombre que creía ser perfecto. La idea ponía los pelos de punta—. Capitán Falco, tengo que cumplir con mi trabajo aportando mis mejores cualidades. Me tomo esa responsabilidad muy en serio. Su obligación para con la Alianza consiste en apoyar mis esfuerzos. No toleraré ningún intento de obstaculizar esa labor. Si trata de desbaratar o de obstaculizar mi mando sobre esta flota, haré que se arrepienta. No ponga en duda mi honor, capitán Falco. Tal vez sea algo caduco, pero me lo tomo muy en serio.

Falco se quedó mirando a Geary unos segundos, luego dio media vuelta sobre el talón para salir.

—Capitán Falco. —Falco se detuvo en mitad del gesto, vacilando ante el tono de voz de Geary—. Tiene permiso para salir.

Pese a que Geary no podía ver el rostro de Falco, advirtió que el cuello del otro capitán enrojecía alarmantemente.

Falco se volvió de cara a Geary en el momento en que se abría la escotilla dando paso a Rione, que se encontraba allí de pie, a punto de pulsar el botón del timbre. Se detuvo y se quedó observando mientras Falco hablaba con una fría precisión, sin haberse percatado, aparentemente, de la cercana presencia de Rione.

—Esta flota se merece un comandante cuya valentía y audacia personal esté a la altura de la de sus tripulantes. Si usted no puede proporcionar esa clase de mando, le aseguro que la flota encontrará a un nuevo líder.

Giró para salir y se quedó clavado un momento al ver a Rione; luego pasó bruscamente a su lado sin pronunciar una palabra.

Rione le dedicó a Geary una mirada inquisitiva.

—¿Ha ido bien su reunión?

—Muy divertida. ¿Qué le trae de vuelta por aquí?

—Quería informarle de que el capitán Falco me ha expresado su dudas respecto a que esté usted actuando en beneficio de los intereses de la Alianza —declaró Rione sin más.

—A mí me ha expresado la misma impresión respecto a usted —replicó Geary.

—¿Entre otras impresiones? —quiso saber Rione—. Ahora ya sabe con quién está tratando.

Hizo un gesto de asentimiento y salió.

Geary cerró los ojos y se frotó la frente en un vano intento por relajarse mientras se cerraba la escotilla. Volvió a sentarse y se puso a repiquetear con los dedos en el brazo de su asiento, que salía a su lado; entonces llamó a la capitana Desjani.

—¿Tiene tiempo para pasarse por mi camarote? Me gustaría discutir un par de cosas.

La capitana Desjani tardó solo unos minutos en llegar. Lo miró expectante.

—¿Necesita hablar en privado, señor?

—Sí. —Geary la invitó a sentarse con un gesto y se inclinó hacia delante esperando a que Desjani tomara asiento lo bastante tensa como para demostrar que estaba prestando atención. *Necesito saber cómo lo ven los demás oficiales*—. Capitana, me gustaría que me hiciera un juicio de valor sincero acerca del capitán Falco.

Desjani vaciló.

—Técnicamente, el capitán Falco es mi superior por antigüedad.

—Sí, pero ostentan el mismo rango y no va a ponerse al mando de esta flota.

Pareció que se relajaba un poco.

—Antes solo conocía al capitán Falco por su reputación y por las historias que cuentan los oficiales más veteranos, señor.

—Me han dado a entender que se le tiene en gran consideración.

—Sí, a la altura de un héroe muerto. Se le consideraba un ejemplo a seguir. —Desjani torció el gesto—. ¿Desea que le hable con franqueza, señor? —Geary asintió—. Si *Black Jack* Geary estaba considerado como el dios de la flota, entonces Falco, *el Aguerrido* era una especie de semidiós. Los oficiales con los que he hablado cuentan historias que aprueban el espíritu luchador y la actitud general del capitán Falco.

Geary volvió a asentir, ponderando la ironía en el hecho de que las dos cualidades por las que el capitán Falco era admirado fueran justamente las dos cosas que más le disgustaban de él.

—¿Todavía se le considera un buen comandante?

Desjani lo pensó unos instantes.

—Si cualquier capitán, a excepción hecha de usted, estuviera al mando de esta flota, entonces muy probablemente el capitán Falco habría acabado por asumir el mando en su lugar.

—¿Qué le parecería a usted eso?

Desjani volvió a torcer el gesto.

—En un momento dado... Me he acostumbrado a tratar con un comandante que no busca mi voto en una reunión de la flota, señor. Si recuerda, usted me elogió cuando estábamos en el muelle del transbordador, y eso significó mucho para mí, porque tenía motivos para valorarme a mí y a mi nave. Cuando el capitán Falco me elogió... sabía que no era algo que me hubiera ganado. La diferencia quedó muy clara: un comandante que respetaba lo que había hecho y otro que me veía como alguien a quien podía adular y utilizar.

Geary agradeció lo que fuera que lo había impulsado a decir lo que había dicho cuando lo dijo. Tal vez sus antepasados le estaban echando una mano de vez en cuando.

—¿Se ha llevado alguna otra impresión?

Él dudó mientras pensaba.

—Es muy aparente, señor. Yo pensaba que el almirante Bloch estaba bien, pero no estaba en absoluto al nivel del capitán Falco. Y he tenido tiempo para charlar un par de ratos con el teniente Riva. Él y los demás prisioneros liberados creen que el capitán Falco está profundamente entregado al bienestar de la Alianza. En el campo de trabajo, el capitán Falco ha dedicado grandes esfuerzos para mantener alta la moral y asegurarle a todo el mundo que la victoria de la Alianza llegará por fin. El teniente Riva piensa que muchos prisioneros habrían desesperado y se habrían dejado morir de no haber contado con el ejemplo del capitán Falco.

*Sería todo más fácil si el capitán Falco fuera simplemente un buscador de gloria, pensó Geary. Pero es un líder que inspira y se preocupa por la Alianza. Desgraciadamente su idea de salvar a la Alianza pasa por convertirla en un reflejo de los Mundos Síndicos. Que nuestros antepasados nos protejan de aquellos que destruirían todo lo que hace que merezca la pena luchar por la Alianza para defenderlo.*

—Gracias, capitana Desjani. Tengo razones para creer que el capitán Falco pretende postularse como legítimo comandante de la flota.

Ante esta afirmación, Desjani esbozó otra mueca.

—Señor, como ya le he dicho, si se tratara de cualquier otro capitán, si no nos hubiera llevado tan lejos con éxito y no hubiera obtenido ya una gran victoria en Kaliban, el capitán Falco estaría al mando en pocos días. Es... esto...

—¿Un poco más carismático que yo? —preguntó Geary secamente.

—Sí, señor. —Hizo una pausa—. En verdad, señor, si me lo hubiera encontrado a él antes que a usted, tal vez sería de otra opinión. Los cambios que usted ha implementado muchas veces han sido difíciles de aceptar. Pero realmente ha cambiado mi punto de vista respecto a los oficiales veteranos.

Geary apartó la vista azorado por el halago.

—¿Qué hay de los demás comandantes de navío? ¿Cree que pensarán lo mismo?

—Es difícil decirlo. Hay un remanente de capitanes de navío que preferirían perder luchando de un modo que ellos consideran «honorable» antes que ganar combatiendo de esta forma más disciplinada que usted ha aportado. Creen que el espíritu luchador es el elemento más importante en la batalla y que usted carece de ese espíritu, señor.

No era nada nuevo.

—Eso tengo entendido. «Lo moral es a lo material como tres a uno.» Sin duda se habrán producido suficientes desastres como consecuencia de esa actitud como para impresionar hasta a los más firmes creyentes en el espíritu luchador como piedra angular en el arte de la guerra.

Desjani sonrió sin ganas.

—Las creencias no residen en las pruebas, sino en la fe, señor.

Como la fe en él, o más bien en *Black Jack* Geary, de la cual había conseguido sacar algo positivo. Geary asintió.

—Cierto. ¿Hay bastantes auténticos creyentes en el espíritu luchador como para darle al capitán Falco el mando?

—No, señor. Hay muchos mirando desde la barrera, parados, pero eso no hará que se inclinen por el capitán Falco. Muchos se han quedado impresionados con su actuación, señor. —En esta ocasión debió de percatarse de la inseguridad de Geary—. Señor, en Kaliban se lo demostró a todos, aunque a la flota le cueste un tiempo asimilar sus lecciones de batalla. Y ya que me ha pedido que le hable con franqueza, tengo que añadir que sus posturas morales han conmovido profundamente a muchos de los oficiales y tripulantes, porque se basan en lo que creían verdaderamente nuestros antepasados y en lo que ellos esperarían de nosotros. Hemos olvidado tantas cosas, o nos hemos permitido olvidar tantas cosas... y usted nos ha dado la oportunidad de recuperarlas.

Geary mantuvo la vista clavada en el suelo, demasiado abrumado como para mirarla a los ojos.

—Gracias. Espero poder estar a la altura de esa clase de valoración. Capitana Desjani, es posible que surjan problemas en la reunión de la flota que estoy a punto de convocar.

—Suele haber problemas en las reuniones de flota —apuntó la capitana Desjani.

Geary sonrió brevemente.

—Sí, pero creo que esta va a ser peor de lo normal. En parte porque el capitán Falco va a estar ahí, intentando imponer su peso, y en parte por lo que voy a proponer que hagamos.

—¿Qué plan tiene en mente, señor?

—Planeo llevar a esta flota a Sancere.

—¿Sancere? —Desjani parecía desconcertada mientras trataba de recordar dónde estaba eso; luego abrió mucho los ojos—. Sí, señor. Va a haber problemas.

Geary se dirigió hacia el puente de mando mientras comprobaba el reloj y llegó apenas unos instantes antes de la hora establecida para el bombardeo cinético. Se acomodó en su asiento de mando al tiempo que la capitana Desjani le daba la bienvenida con un gesto, como si hubiera estado horas en el puente de mando en lugar de haber llegado pocos minutos antes que el propio Geary.

El visualizador planetario se desplegó obediente con los objetivos marcados con luces. Geary volvió a estudiarlos pensando en su poder para arruinar mundos. Falco parecía estar listo y dispuesto a ejercer ese poder, pero, después de veinte años en una roca fría como Sutrah Cinco, tal vez Geary también habría estado deseoso de bombardear aquel lugar hasta convertirlo en un infierno.

—Pueden proceder a lanzar el bombardeo programado.

Desjani volvió a asentir; entonces le hizo una señal al consultor de sistemas de combate, que pulsó un solo comando, luego introdujo la autorización.

Parecía todo tan simple, tan limpio y pulcro. Geary reclamó el visualizador de flota, esperando; entonces vio que sus acorazados y sus cruceros de batalla empezaban a despedir ráfagas de bombas. Solo unos pedazos de metal sólido, aerodinámicos y con un recubrimiento especial de cerámica que evitaba que se evaporasen antes del impacto por efecto del calor que produciría la fricción atmosférica. Heredando una gran velocidad de las naves que los habían liberado, las descargas cinéticas caerían sobre los objetivos planetarios, acelerando hasta alcanzar velocidades aún mayores bajo el influjo de la gravedad y adquiriendo más energía a cada metro recorrido. Cuando esos simples trozos de metal se estrellaran contra la superficie de los planetas, toda esa energía cinética se liberaría en explosiones que no dejarían otra cosa que inmensos cráteres y escombros retorcidos a su paso.

Geary permaneció sentado, observando cómo el bombardeo dirigido contra Sutrah Cinco se curvaba hacia abajo y se adentraba en la atmósfera, preguntándose cómo lo verían aquellos que se encontraban en la superficie del planeta.

—Debe de ser una sensación de indefensión enorme.

—¿Señor? —La pregunta de Desjani hizo que Geary se diera cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Solo estaba pensando en cómo debe de ser estar en un planeta y ver que se



aproxima un bombardeo —admitió Geary—. No hay forma de pararlo, es imposible correr lo bastante rápido como para evitar alguna detonación si te encuentras en algún lugar señalado, no hay refugio que logre resistir el impacto.

Los ojos de Desjani se ensombrecieron ante la idea.

—Nunca me había parado a pensarlo en esos términos. Hay mundos de la Alianza que también lo han sentido, y sé que me he sentido impotente cuando he oído hablar de ello, habría sido incapaz de detenerlo. Pero sí, prefiero estar metida en algo que pueda maniobrar y luchar.

Para entonces, las cargas cinéticas que se dirigían a Sutrah Cinco refulgían debido al calor que había generado su paso, docenas de luciérnagas curvándose hacia la superficie del planeta. Desde la posición del *Intrépido*, Geary podía ver parte de Sutrah Cinco cubierta por la noche y observar el brillante despliegue de destrucción abrasadora alumbrando la oscuridad de los cielos.

—No hay ningún honor en matar a gente indefensa —murmuró pensando en lo que Falco había recomendado.

Para su sorpresa, la capitana Desjani mostró su conformidad.

—No.

Geary recordó que una vez ella había expresado su pesar por que las armas de campo nulo tuvieran un radio de acción tan limitado y que no funcionaran cerca de los pozos gravitatorios, y que por lo tanto no se pudieran emplear contra los planetas. Geary se preguntó si Desjani seguiría sosteniendo la misma opinión.

Acercó el encuadre en el visualizador para obtener una buena imagen de uno de los objetivos, una localización industrial que seguía en funcionamiento, en una visión multiespectral, desprendiendo calor de un equipamiento caliente y filtrando radiación de señales electrónicas de la instalación eléctrica. Sin embargo, no había signos de que hubiera gente en la localización; al parecer todos ellos se habían tomado en serio la advertencia y habían sido evacuados. Geary no vio venir la carga cinética, ya que se movía demasiado rápido para que sus ojos la registraran, pero su mente imaginó haber visto llegar un cohete emborronado seguido de un intenso destello de luz bloqueado automáticamente por los sensores del *Intrépido*. Al abrir el plano de nuevo, Geary vio ondas de choque radiando desde una nube de material vaporizado haciendo añicos edificios y provocando que la superficie del planeta se erizara como el pellejo de un animal al picarle un insecto. Volvió a abrir el plano mucho más para ver las nubes en forma de seta que la humanidad había llegado a conocer demasiado bien elevándose hacia los cielos de Sutrah Cinco a medida que los impactos se sucedían en multitud de localizaciones, arrasando en un instante todos los ejes industriales y de transporte que los humanos habían tardado siglos en crear en Sutrah Cinco.

Atrapado entre la fascinación de la destrucción y la tristeza por su necesidad,

Geary seleccionó una localización especial y se concentró en ella. El objetivo en la cordillera montañosa no mostraba una destrucción tan obvia como los demás emplazamientos, puesto que la forma de las cargas cinéticas que se habían disparado en su contra les permitía penetrar más profundamente en la roca al impactar. El cráter era más hondo pero más pequeño que en otras localizaciones, como si una lanza se hubiera incrustado en el planeta en busca de un objetivo especial. Y así era, ya que ese era el lugar en el que una vez se había emplazado el puesto de mando oculto. Geary se preguntó si los líderes de alto rango que habían estado dispuestos a someter a los demás al riesgo del bombardeo habrían tenido tiempo de darse cuenta de que al fin y al cabo ellos mismos no lograrían salvarse.

—Sé que para ellos la base militar síndica es un lastre obsoleto —señaló Desjani—, pero no habría costado mucho eliminarla también, siempre que estemos intentando darles una lección a los síndicos.

Geary negó con un gesto, con los ojos aún clavados en el lugar del impacto en el que se habían refugiado los altos mandos planetarios.

—Eso depende de qué lección queramos darles, ¿no cree? ¿Venganza? ¿O justicia?

Desjani se pasó un buen rato callada.

—La venganza es más fácil de infligir, ¿no es así?

—Sí. No requiere pensar mucho.

Ella asintió despacio. Cualquiera que fuera la lección que les hubieran dado a los síndicos, Desjani parecía estar reflexionando muchísimo.

En su visualizador, Geary veía el aluvión de proyectiles que se dirigían a Sutrah Cuatro. Sus habitantes verían los impactos en su mundo gemelo y sabrían que muchas de las localizaciones que había en el planeta que llamaban hogar correrían la misma suerte. Además verían aproximarse el bombardeo a lo largo de una hora, más o menos, prolongando el sufrimiento de su experiencia. Se preguntó si culparían a la Alianza o a los líderes síndicos que habían estado dispuestos a sacrificarlos.

Otra reunión; el ambiente tenso porque todos los comandantes de navío presentes sabían que Geary pretendía exponer su siguiente paso. De acuerdo, aparte de Geary, solo la capitana Desjani estaba presente físicamente. Una vez más, la copresidenta Rione no se encontraba en la sala. Geary se preguntó si en esta ocasión su ausencia tendría algo que ver con los rumores que la implicaban tanto a ella como a él.

La ausencia del capitán Falco, *el Aguerrido* fue una grata sorpresa, pero dejaba a Geary preocupado respecto a qué podía traerse entre manos. Falco no parecía ser de los que se dan por vencidos fácilmente, y Geary habría preferido ver cómo se ponían en práctica algunos juegos políticos en su presencia a que se llevaran a cabo entre bastidores y fuera de su conocimiento. Esperaba que los espías de Rione le contaran

cualquier cosa de la que Geary tuviera que preocuparse y que ella le transmitiera a él esos informes.

Geary miró en torno a la mesa, sabedor de que estaba a punto de desencadenar una tormenta sin ver más alternativa posible.

—Damas y caballeros, los síndicos están tejiendo una red a nuestro alrededor. Las trampas que nos hemos encontrado en este sistema son una prueba fehaciente de que los síndicos están prediciendo nuestros siguientes objetivos con suficiente antelación como para prepararse para combatirnos. Como todos saben —o *deberían saber*, añadió Geary para sus adentros—, los síndicos tienen naves ligeras apostadas en todos los puntos de salto de este sistema. Cuando percibieron la luz de nuestra llegada, tres de esas naves saltaron al exterior. Existen tres posibles destinos a través de esas puertas y todos ellos estarán avisados de nuestra posible llegada inminente.

Se detuvo a la espera de algún comentario, pero no se produjo. Todos parecían estar esperando oír su propuesta.

—He analizado nuestros posibles objetivos desde este punto y las estrellas que hay a nuestro alcance a partir de ellos, y está más que claro que los síndicos conseguirán canalizar nuestras opciones hasta estar en condiciones de cazarlos con una fuerza muy superior a la nuestra hagamos lo que hagamos. —Hizo una pausa para dejar que aquello calara—. No me cabe duda de que causaríamos terribles pérdidas en esas fuerzas síndicas, pero en el proceso esta flota sería destruida.

Geary pensó que esa sería una ofrenda valiosa para su orgullo, amén de un recordatorio de que de lo que se trataba era de volver a casa.

—Los grupos de explotación de la Marina han tenido acceso a una guía obsoleta pero útil del sistema estelar de los Mundos Síndicos a partir de los archivos abandonados en el campo de trabajo. —Geary hizo un gesto de reconocimiento dirigido a la coronel Carabali—. Después de revisarlo, creo que hay otra alternativa que pienso que nos permitiría no solo evitar esa emboscada, sino también infligir un fuerte golpe a los síndicos, desbaratar sus planes por completo, y nos daría muchas opciones para regresar de nuevo al espacio de la Alianza. —Dibujó una línea con el dedo en el visualizador—. Llevamos a la flota hasta el punto de salto que utilizamos para entrar. No para volver a Kaliban, sino para saltar a Strabo.

—¿Strabo? —espetó alguien tras varios segundos de silencio—. ¿Y en Strabo, qué?

—Nada. Ni siquiera tiene suficientes rocas como para haber desarrollado una presencia humana significativa y ahora está completamente abandonado.

El capitán de la *Polaris* estaba mirando fijamente el visualizador.

—Strabo está casi en línea recta con el espacio de la Alianza.

—Sí —admitió Geary—. Los síndicos tienen que pensar que la probabilidad de que volvamos a saltar por el mismo sitio por el que entramos es muy remota. No han

enviado a nadie a través de ese punto de salto desde que llegamos. En cuanto tengan noticias de que lo hemos hecho, considerarán más remota todavía la posibilidad de que hayamos saltado a Strabo. Pero les vamos a dar esquinazo con otra vuelta de tuerca. —Volvió a blandir el índice sabiendo que sus siguientes palabras desencadenarían una reacción más intensa—. De Strabo saltamos a Cydoni.

—¿Cydoni? —El capitán Numos había cedido por fin a la tentación de desafiar a Geary una vez más—. ¡Eso significa que nos adentraremos aún más en el espacio síndico!

—Eso es. Los síndicos acabarán por comprender que hemos saltado a Strabo y supondrán que desde allí pondremos rumbo a las otras tres estrellas que están al alcance de Strabo, de las cuales todas ellas dan acceso al espacio de la Alianza. Tardarán mucho en imaginar que hemos saltado a Cydoni.

—¿Y para qué nos serviría eso? —interpeló Numos—. ¿Es que tenemos que irnos al extremo más alejado del espacio síndico? Ellos no se lo esperarían, ¿no es así? ¿Se hace una idea de lo mucho que vamos a necesitar conseguir suministros para cuando llegemos a Cydoni? ¿Qué hay allí?

—Nada —afirmó Geary. Todos lo estaban mirando—. Se trata de otro sistema abandonado. La fotosfera de la estrella se está expandiendo, de modo que el planeta, que pudo ser habitado en un momento dado, fue evacuado hace décadas. No, lo que cuenta está más allá de Cydoni.

Volvió a gesticular para tratar de conferirle un sesgo dramático a la situación.

—A un alcance extremo de salto de Cydoni se encuentra Sancere. Nos alejaríamos de nuevo a un ángulo del espacio de la Alianza, pero al parecer existen muchísimas probabilidades de que nuestra llegada a Sancere pille totalmente por sorpresa a los síndicos.

—En Sancere están algunos de los astilleros más grandes de los Mundos Síndicos —observó el capitán Duellos en medio del silencio sobrecogedor que reinaba—. Pero ¿de verdad podemos llegar allí desde Cydoni? Las particularidades del acceso de salto no especifican que tenga ese alcance.

—Podemos hacerlo. Hemos saltado distancias mayores —aseveró Geary—. Desde que se inventó hipernet todos ustedes no han tenido que depender de los accesos de salto para los trayectos largos entre estrellas. En mis tiempos no teníamos más remedio que utilizar los accesos de salto y aprendimos ciertas estrategias para extender su alcance más allá del máximo oficial.

—¡Es de locos! —comentó la capitana Faresa perpleja—. ¡Sumergirnos aún más en el espacio síndico, reiteradamente, para alcanzar un objetivo que sin duda estará bien custodiado, con nuestras propias existencias a punto de agotarse!

—No estará lo bastante custodiado como para enfrentarse a nosotros —declaró Geary con mayor seguridad de la que sentía en realidad. Siempre cabía la terrible

posibilidad de que se estuviera equivocando. Pero no podía admitir eso y seguir esperando lograr convencer a aquella gente—. Los síndicos habrán tenido que enviar fuertes destacamentos por todas partes para intentar encontrarnos e interceptarnos. Nunca sospecharán que hayamos sido tan osados como para meternos en Sancere, ni siquiera si tienen a alguien que les recuerde que los accesos de salto nos permitirán llegar allí desde Cydoni. Y los suministros no supondrán ningún problema. Se trata de un importante centro de fabricación de naves densamente poblado. Dispondrán de todo aquello que queramos.

—Incluyendo una puerta hipernética —señaló el capitán Tulev.

—Correcto —asintió Geary mirando a su alrededor y viendo incredulidad en la mayor parte de los rostros—. Si la destruyen, impedirán que lleguen los refuerzos con relativa rapidez. Si no la destruyen...

Dejó la idea pendiente, deliberadamente inacabada a modo de cebo.

—Nos podemos ir a casa. Rápido —susurró alguien.

Numos miró a Geary con los ojos entornados.

—Entonces, ¿la llave hipernética de los síndicos que le sacamos al traidor sigue existiendo?

—Sí, sigue existiendo.

—¡Podíamos haber ido a Cadez y utilizarla desde allí!

Geary sintió cómo se acrecentaba la ira en su interior al comprobar la estúpida tozudez de Numos.

—Como decidimos entonces, Cadez era un objetivo demasiado obvio. Los síndicos nos estarían esperando con una fuerza arrolladora.

—¿Y en Sancere no? ¿Cómo puede asumir un riesgo tan descabellado? —preguntó Numos.

Geary lo miró fríamente.

—¿No se suponía que era demasiado cauto? ¿Me está acusando de ser demasiado audaz? —Apartó la mirada y recorrió los rostros de los demás oficiales—. Ustedes saben cuál es la situación tan bien como yo. Los síndicos no nos dejaron más que tres emboscadas en este sistema. Han lanzado avisos sobre todos nuestros posibles objetivos si seguimos nuestro curso actual de camino al espacio de la Alianza. El único modo de desbaratar sus planes, de mantener esta flota en pie, es hacer algo tan inesperado, no solo una, sino tres veces, que tengan que sudar para alcanzarnos. —Volvió a señalar—. Sancere era un gran centro de construcción de buques incluso antes de que existiera la hipernet, no solo porque es un sistema estelar rico, sino porque hay seis estrellas en su alcance de salto, sin contar Cydoni. Seis opciones, cinco de las cuales conducen de vuelta a la Alianza. No, no me hace ninguna gracia la distancia que tenemos que cubrir, pero provocaremos mayores daños a los síndicos, daremos al traste con sus planes para desgastarnos y apresarnos, y conseguiremos

todo lo que necesitamos para seguir adelante.

—Y si todo va bien —añadió el capitán Duellos—, tal vez la puerta hipernética que necesitamos para volver a casa.

Demasiados pares de ojos seguían clavados en el trayecto que Geary había trazado. A juzgar por sus expresiones, sabía que esos oficiales estaban valorando en qué medida el plan de Geary los alejaba del espacio de la Alianza.

—Si nuestro objetivo es llegar a casa —insistió Geary— y debilitar a los síndicos por el camino, entonces Sancere es el camino adecuado para regresar al espacio de la Alianza.

—Eso no tiene sentido —espetó Numos—. ¡Exijo una votación!

Geary lo miró con frialdad.

—En mi flota no hay votaciones.

—¡Si se me está pidiendo que me adentre aún más en territorio síndico en una misión suicida, debería tener el derecho a decidirlo! ¡Todos deberíamos!

El capitán Tulev emitió un gruñido de indignación.

—Ya votó por que se hiciera. Cuando el almirante Bloch estaba al mando de la flota. ¿O acaso ha olvidado que una votación nos colocó en esta situación?

Numos se ruborizó de cólera.

—Esa era una situación completamente distinta. ¿Dónde está el capitán Falco? ¿Qué aconseja él que hagamos?

—Tendrá que preguntárselo a él —advirtió Geary—. Yo ya he oído su aportación. Y la había descartado. Pero no hacia falta que ellos lo supieran.

—¿Dónde está el capitán Falco? —exigió la capitana Faresa secundando a Numos, como venía siendo habitual.

Contestó la capitana Desjani, con voz sosegada e impasible, como si estuviera dando un parte rutinario.

—El capitán Falco está siendo sometido a un examen médico recomendado por el personal sanitario de la flota a bordo del *Intrépido*.

Geary procuró no parecer sorprendido y no sonreír. No sospechaba que Desjani pudiera ser tan taimada.

Faresa, no obstante, parecía sentirse ultrajada.

—¿Examen médico?

—Sí —confirmó Desjani con monotonía—. Por el bien del capitán Falco. En el campo de trabajo síndico se vio sometido a un estrés físico considerable, y por supuesto también sufrió presiones, al ser el oficial más veterano de la Alianza allí presente. El personal médico de la flota expresó su preocupación tras el chequeo preliminar del capitán Falco y solicitó un reconocimiento complementario lo antes posible.

—¿Qué fue lo que recomendó el capitán Falco? —preguntó alguien.

—Sus consejos quedarán entre el capitán Falco y yo —respondió Geary. Aquello no tuvo muy buena acogida, de modo que Geary decidió extenderse—. Digamos que el capitán Falco no había tenido tiempo para familiarizarse enteramente con la situación en la que se halla inmersa esta flota. También recomendó que lanzáramos un ataque mucho mayor contra los mundos habitados de este sistema. No consideré que esa fuera una opción inteligente, humana o justificada, así que no acepté la sugerencia.

—El capitán Falco es un comandante combativo —apuntó por fin el capitán del *Jubón* tras un largo intervalo.

—Mi padre murió bajo su mando —convino el capitán de la *Decidida*.

Aquello era demasiado para Geary.

—Muchos tripulantes han muerto al servicio del capitán Falco. —Un silencio sucedió al atrevido comentario—. Invito a cualquiera que desee comparar mi espíritu de lucha con el del capitán Falco a que contraste lo sucedido en Kaliban con cualquiera de las batallas comandadas por el capitán Falco. Puesto que creo que hicimos un mayor favor a la Alianza y que protegimos mejor nuestros hogares, al obtener una victoria y además sobrevivir, no temo ninguna comparación en relación a la pérdida de naves en ambos bandos o en cuanto al número de bajas.

—Yo serví bajo el mando del capitán Falco en Batana —señaló el capitán Duellos en un tono casi perezoso—. Fue mi primera batalla y a punto estuvo de ser la última. Mi oficial al mando comentó más tarde que, como nuestras bajas igualaban a las de los síndicos, habría sido más sencillo que el capitán Falco hubiera ordenado que cada una de las naves embistiera contra otra de las naves enemigas; así habría obtenido el mismo resultado con mucha menos dificultad.

—¡El capitán Falco es un héroe de la Alianza! —argumentó alguien más.

—El capitán Falco es un oficial de esta flota —respondió cortante la comandante Crésida—. ¿Acaso vamos a volver a elegir a los comandantes por votación? ¿Después de lo bien que nos ha ido eso en el pasado? ¿Es que el capitán Geary nos ha dado algún motivo para dudar de su juicio? ¿Cuántos de ustedes habrían elegido morir en Kaliban en nombre de la gloria de la batalla?

Sus palabras hicieron vacilar a la mayoría de los presentes, pero la capitana Faresa le dedicó a Crésida una mirada especialmente ácida.

—No necesitamos que una oficial inferior en rango y experiencia nos dé lecciones.

La comandante Crésida se ruborizó, pero gracias al retardo temporal en la señal de la nave de Crésida, Geary pudo responder primero.

—Yo dirijo esta reunión y esta flota —afirmó con voz dura—, y yo decido qué necesitamos oír. Cualquier aportación de un oficial competente como la comandante Crésida será bien recibida.

Se sucedieron más objeciones. Geary las rebatió con argumentos. Se oyeron más voces que pedían la opinión del capitán Falco. Los aliados más fuertes de Geary las acallaron esgrimiendo el innegable hecho de que Falco no estaba aún familiarizado con las circunstancias de la flota. Por fin Geary alzó una mano disuasoria.

—Hay que tomar una decisión. Yo soy el responsable de tomarla. Lo fundamental es lo siguiente: llevaré a esta flota a Sancere porque supone nuestra mayor esperanza de seguir sobreviviendo. Y cuando llegemos allí, de paso les infligiremos a los síndicos una severa derrota para vengar la *Doblefilo*, el *Estilete*, el *Mazo* y el *Blindado*.

Más de un comandante parecía descontento, más de uno miró a Numos en busca de más discrepancias, pero una mirada de Geary hizo que esta vez Numos guardara silencio. Y lo más importante, la mayoría de los oficiales parecían no solo estar dispuestos a seguir a Geary, sino también estar convencidos de la validez de sus argumentos.

—Eso es todo —concluyó Geary—. En pocos minutos se emitirán las órdenes para maniobrar la flota de regreso al punto de salto que utilizamos para entrar en este sistema.

La muchedumbre se fue reduciendo en pocos segundos; únicamente permaneció la capitana Desjani y la presencia virtual del capitán Duellos. Desjani se puso en pie y esbozó una sonrisa adusta.

—Otra victoria, señor.

—Creo que preferiría enfrentarme a los síndicos —admitió Geary—. Por favor, encárguese de que el *Intrépido* transmita la orden de cambio de rumbo. Ejecución... —consultó las lecturas—... a las dos punto cero.

—Sí, señor. —Desjani saludó antes de salir.

Geary asintió en dirección a Duellos.

—Gracias por el respaldo.

Duelos le dedicó a Geary una mirada llena de escepticismo.

—No esperará en serio que los síndicos nos permitan acceder a su puerta hipernética en Sancere, ¿verdad?

Geary bajó la mirada y torció el gesto.

—No. Creo que los síndicos no se pueden permitir el lujo de que esta flota llegue a casa con una llave para su hipernet operativa. Eso le daría a la Alianza un margen decisivo en la guerra.

—Así que tomarán la medida extrema de destruir la puerta antes que permitarnos el acceso.

—Probablemente. —Geary se encogió de hombros—. Siempre cabe la posibilidad de que no lo hagan. Es una probabilidad muy mínima, pero la hay.

—Cierto —suspiró Duellos—. De no ser por esa puerta, la flota no le habría



seguido hasta Sancere, lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé.

—Pero si llega hasta allí y vence, los escépticos tendrán muchos problemas para encontrar a alguien que los escuche. —Duellos saludó cuidadosamente—. Es un riesgo tremendo, pero se ha ganado nuestra confianza.

Geary devolvió el saludo.

—Gracias.

—¿Está seguro de que los accesos de salto nos pueden llevar de Cydoni a Sancere?

—Totalmente.

Cuando Duellos se hubo «marchado», Geary regresó desalentado a su camarote. No necesitaba estar en el puente de mando cuando la flota virara, podía observar la maniobra desde los visualizadores de su propio camarote. Normalmente intentaba estar en el puente de mando, en todo caso, satisfaciendo la necesidad de la tripulación de creer que su comandante se interesaba por su trabajo y por cómo lo hacían, pero después de las prolongadas discusiones, a menudo demasiado hostiles, con las que había tenido que lidiar, Geary necesitaba urgentemente un descanso.

Vio a la copresidenta Rione esperando en la puerta de su camarote y, consciente de que había tenido tiempo suficiente para ser informada sobre la reunión por parte de algunos de los comandantes de los navíos pertenecientes a la República Callas, vio el fuego apenas reprimido en el fondo de sus ojos y supo que todavía no iba a poder tomarse ese descanso.

Rione se quedó de pie en silencio hasta que Geary entró, lo siguió dentro y esperó hasta que la escotilla estuvo cerrada para volverse contra él y dejar que sus sentimientos afloraran con claridad.

Al mirarla, Geary se dio cuenta de que nunca había visto enfadada a la copresidenta Victoria Rione. Y era algo que le hubiera gustado no volver a ver.

—¿Cómo ha podido hacer algo así? —inquirió Rione dando la sensación de que escupía cada una de las palabras que pronunciaba.

Geary habló con cautela.

—Creo que este es el mejor paso...

—¡Ha traicionado a esta flota! ¡Ha traicionado a la Alianza! ¡Y me ha traicionado a mí!

Estremeciéndose ante la dureza de sus palabras, Geary, con todo, se sorprendió fijando su atención en esta última frase.

—¿La he traicionado a usted? ¿Cómo?

Rione se sonrojó al tiempo que se apartaba.

—Eso es... no importa. Me he expresado mal. ¡Quería decir que ha traicionado a todos los miembros de esta flota, a todos los oficiales y los tripulantes que han

confiado en que ejercería el mando de manera sensata! Yo no he obrado en su contra. He tratado de apoyar sus esfuerzos pensando que había demostrado su falta de ambición personal y un mínimo de sentido común. Me equivoqué, capitán Geary. ¡Engañándome acerca de sus verdaderas intenciones ha conseguido manipular esta flota para poder jugar a ser el héroe que obviamente siempre ha pretendido ser! ¡Y me ha convertido en cómplice involuntaria de sus planes!

—No soy un héroe —le espetó Geary—. No se trata de eso en absoluto. Si se tomara un segundo para considerar mis motivos...

—¿Sus motivos? Ya conozco sus motivos —insistió Rione—. Teme que el capitán Falco le arrebate el mando de esta flota. ¡He oído lo que él le advirtió, que la flota elegiría a otro comandante si usted no era lo bastante audaz! ¡Así que para evitar que eso ocurra, está dispuesto a poner en peligro a esta flota! ¡Como si la flota y todas las personas que la componen fueran solo un juguete por el que usted y el capitán Falco se estuvieran peleando como un par de críos celosos! ¡Si usted no puede tenerlo, nadie puede!

Geary tuvo que hacer un gran esfuerzo para refrenar su cólera.

—Señora copresidenta —logró articular—, he extrapolado todas las posibles acciones...

—¿En serio? ¿Y existen registros de esas extrapolaciones, capitán Geary? —solicitó.

Aquella pregunta dejó a Geary fuera de juego por un instante.

—¿Tiene acceso a mis modelos estratégicos personales y a mis simulaciones? Se supone que están custodiados bajo un sello de seguridad exclusivo.

Rione, que parecía arrepentida de haber admitido tal extremo, asintió imperiosamente de todos modos.

—¿Acaso tenía algo que ocultar, capitán Geary? ¿Algo como una total ausencia de registros de las simulaciones que según afirma justifican esta decisión que ha tomado?

—Yo no hago simulaciones —bramó Geary—. Lo he hecho todo mentalmente. ¡No es tan preciso como una simulación, pero es suficiente para identificar los peligros a los que nos enfrentamos!

—¿De verdad espera que me lo crea? ¿Además de ingenua, cree que soy estúpida, capitán Geary? ¿Qué más favores pensaba obtener de mí a través de su manipulación? ¿Se cree que no tengo orgullo? ¿Que no tengo sentido del honor?

Geary procuró volver a controlar su ira.

—No la he engañado, no la he manipulado, he sido honesto en cada paso que he dado.

Rione se acercó con los ojos encendidos.

—He tenido que soportar muchas cosas en beneficio de la Alianza, capitán Geary,

pero saber que he sido tratada de este modo por un hombre que había pensado que estaba por encima de estas cosas es lo más humillante que he experimentado jamás. Peor. El hecho de que se haya salido con la suya utilizándome para sus objetivos significa que estas naves, y quizá la propia Alianza, están condenadas. Los habitantes de la República Callas, a quienes juré que serviría con fidelidad, están condenados. He fracasado, capitán Geary. Puede estar satisfecho de eso. No necesita seguir fingiendo que se le ha acusado injustamente.

Geary la miró.

—Tanto si lo cree como si no, esto no tiene nada que ver con usted.

—No, capitán Geary. No tiene que ver conmigo. Tiene que ver con los miles de hombres y mujeres a quienes está enviando a morir.

Geary apartó la mirada tratando de recuperar la compostura.

—Si me hiciera el favor de dejar que le explique mis intenciones...

—Ya las he oído. —Rione se dio media vuelta, se alejó un paso y volvió el rostro de nuevo para mirarlo—. Las simulaciones que dice que ha llevado a cabo no existen. Ni siquiera ha intentado demostrar lo contrario.

—¡Nunca he dicho que llevara a cabo simulaciones!

Rione hizo una pausa, y entonces una amarga sonrisa le curvó la comisura de los labios.

—¿De modo que el sencillo guerrero escogió sus palabras con sumo cuidado? ¿Dando a entender que algo ha existido cuando no es así?

—¡No pretendí que nadie malinterpretara mis razones para llevar a cabo este movimiento! Solo tiene que aceptar mi palabra de que he sopesado mi decisión.

—Qué adecuado —afirmó Rione con una voz que de repente se había vuelto glacial—. Solo tengo que aceptar su palabra otra vez. No me había dado cuenta de que me infravalorara tanto. ¿De verdad soy tan fácil de manipular?

—¡Yo no la manipulé! ¡Nunca fue mi intención!

—Eso es lo que usted dice. —Rione negó lentamente con la cabeza sin apartar los ojos de Geary en ningún momento—. Ya me ha quedado claro cuáles son sus verdaderas intenciones.

—Pues muy bien —dijo Geary casi con un gruñido—. Entonces, ¿por qué no me dice cuáles cree usted que son?

—Ya se lo he dicho. Cuando se ha enfrentado a un serio desafío a su mando al frente de esta flota, ha decidido emprender la clase de acción absurda, arriesgada e irreflexiva que lleva semanas jactándose de que aborrece. Su intención, capitán Geary, pasa por demostrar que puede ser tan estúpidamente agresivo como el capitán Falco para asegurarse de que esas naves lo acompañan, sin tener en cuenta lo que les pueda suceder como consecuencia de ello.

—Esto no es estúpido —le espetó Geary—. He tenido en cuenta todas las

opciones.

—¡Y es evidente que ha descartado todas las inteligentes!

—¡No quiero que destruyan esta flota! ¡De haber seguido adelante según lo planeado, habríamos quedado atrapados por una fuerza síndica superior después de que otras fuerzas menores nos hubieran ido desgastando en todos los sistemas que nos encontraríamos por el camino! —Geary se dio cuenta de que le estaba gritando otra vez, más enojado de lo que recordaba haberlo estado desde que lo habían rescatado.

Ella siguió gritándole a él.

—¿Dónde están las pruebas que demuestran que ha contemplado todas las opciones? ¿Dónde están las simulaciones que ha llevado a cabo?

—¡En mi cabeza!

—¿De verdad espera que me crea un argumento tan conveniente? ¿Un argumento que no puedo contrastar? ¿Se supone que tengo que seguir confiando en usted y ya está?

—¡Sí! ¡Creo que me he ganado el beneficio de la duda!

—¿El beneficio de la duda? Eso ya se lo he otorgado en el pasado, capitán Geary, y he acabado por lamentarlo. Pero usted no ofrece ni una sola prueba que justifique su plan de acción, ¡ni una! Esta decisión que ha tomado está totalmente infundada, no hay ninguna prueba más que sus afirmaciones. ¡Se supone que se aferra al mando por haber demostrado que es mejor persona que el capitán Falco, y no que es aún más idiota que él!

Geary sacudió la cabeza como un toro furioso.

—Nunca he dicho que fuera mejor persona.

—Sí que lo ha hecho —lo acusó Rione—. Habló de que le importan las vidas de los tripulantes de esta flota, habló de liderarlos con sensatez. Habló de... —Se interrumpió con el rostro desencajado por la rabia—. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

—¿A usted? —Ahí lo tenía otra vez. Geary se las arregló para contener su ira con un esfuerzo inmenso, preguntándose porqué la furia de Rione le estaba afectando tanto—. Yo no he abusado de su confianza. No la he manipulado. Le juro que se trata de mi mejor criterio. Para mantener a la flota con vida y para llevarla a casa.

—¿De verdad se cree eso? —inquirió Rione—. No puede ser tan estúpido, tiene que estar mintiendo.

—Es verdad. —Blandió un brazo en dirección al visualizador estelar—. ¡Si no me cree, haga usted misma la simulación! Y mire lo que pasa si seguimos adelante hacia alguno de los destinos que hemos estado considerando.

—¡Lo haré! Llevaré a cabo las simulaciones y crearé registros verificables de mi propia cosecha. ¡Y cuando demuestre que sus conclusiones son completamente

erróneas, le enseñaré los resultados, suponiendo que esta nave siga intacta y no se haya convertido en una ruina a la espera de que llegue alguna salvaje tripulación síndica!

Rione salió a toda prisa dejando a Geary solo con el eco de su cólera y su decepción. Él se volvió hacia la proyección del paisaje estelar que había en una de las paredes y lo golpeó varias veces con violencia; sin embargo, a pesar de que las estrellas oscilaron a cada nuevo impacto, sus esfuerzos no hallaron más consecuencias.

La flota de la Alianza volvió a virar, cientos de naves grandes y pequeñas cabeceando de un lado para otro a medida que sus proas giraban. Propulsores encendidos impulsando las naves hacia un nuevo rumbo, arqueándose sobre el plano del sistema estelar Sutrah y bajando de nuevo hacia el punto de salto por el que la flota había entrado poco antes.

Geary, satisfecho con la suave ejecución de la maniobra, a pesar de que sabía que se había realizado mediante controles automatizados, mantuvo los ojos en las luces de los buques de guerra síndicos que seguían merodeando por los límites del sistema estelar. Los buques de guerra enemigos más cercanos se encontraban a casi dos horas luz de distancia, de modo que no se percatarían de que la flota de la Alianza había llevado a cabo un cambio de rumbo tan grande hasta esa hora. Después de eso tendrían que esperar para poder determinar cuál era su nuevo objetivo, asegurarse de que en realidad la flota de la Alianza estaba retornando hacia el primer punto de salto y confirmar que efectivamente hacía uso de ese punto de salto.

*Todavía tienen una nave aquí, una más allá y tres allí No pueden enviar actualizaciones a las tres estrellas que se pueden alcanzar a través de los otros puntos de salto sin enviar una nave cada vez. Podrían remitirles un aviso a todas ellas advirtiéndoles de que al parecer estamos retrocediendo, o podrían notificárselo a todas cuando definitivamente utilicemos el punto de salto por el que llegamos para abandonar el Sistema. Pero no las dos cosas a la vez, así que van a tener que esperar hasta que sepan que nos hemos marchado. Eso nos da más tiempo y deja a los síndicos más desorientados. Además, eso les hará suponer que pueden emplear el número de naves más «eficiente» para seguir a mi flota en lugar de conformarse con esperar a ver qué pasa.*

No era que quisiera que los síndicos aprendieran algo de su experiencia. Ya habían aprendido bastante al sembrar el sistema Sutrah de sorpresas desagradables, y rezaba por que en Strabo no sucediera lo mismo.

Siete horas más para saltar a Strabo. Geary definió cuidadosamente la formación para la marcha. Cuando la flota llegara a Strabo lo haría con la misma disposición que cuando abandonó Sutrah, así que quería intentar dejar las cosas bien definidas para que no hubiera más ataques descontrolados. Con tantos oficiales al mando con los que tratar, Geary no podía predecir cómo iba a reaccionar cada uno de ellos en una situación determinada, por lo que trató de situar en la vanguardia a aquellos en los que tenía buenas razones para confiar. Por desgracia, no había tantos de esos oficiales al mando como le habría gustado. Echó un vistazo a la actual formación de la flota mientras se preguntaba por qué había tantos transbordadores desplazándose entre las naves.

Alzó la vista cuando sonó la campana de la escotilla de su camarote y seguidamente la capitana Desjani hizo su entrada. Geary la saludó con una sonrisa.

—Muy oportuna. Estaba a punto de llamarla para preguntarle si sabía de qué van todos esos viajes en transbordador.

—Es un canje —explicó Desjani—. De personal. Como se ha dado parte de todos los prisioneros liberados y se han introducido en la base de datos de la flota los informes acerca de sus especialidades y experiencia, cada nave ha estado comprobando si hay disponible algún individuo en particular que pueda necesitar. Ahora mismo la mayoría de las naves están haciendo trueques para conseguir las destrezas que necesitan y transfiriendo excedentes a otras naves que necesitan más a esos individuos. La base de datos de la flota coordina todo el proceso automáticamente.

Geary sintió una leve punzada de enfado. ¿Por qué nadie se lo había dicho? ¿Por qué nadie había solicitado su aprobación? Pero entonces cayó en la cuenta de que no había necesidad de que se lo dijeran ni de que le pidieran permiso. No había suspendido el tránsito normal de individuos entre naves, y tampoco tenía tiempo para supervisar esas cosas. Las naves podían gestionar fácilmente la tarea con la ayuda de la base de datos de la flota, cumpliendo con su deber de permanecer listas para el combate y dejar que Geary mantuviera su atención fija en el panorama general.

—Supongo que si hubiera algún problema, se me comunicaría.

—Por supuesto, señor. —Desjani hizo una pausa; parecía más incómoda de lo normal—. Pido permiso para solicitar asesoramiento personal, señor.

—¿Asesoramiento personal? —¿Un asunto personal? ¿Uno sobre el que Desjani quería que él la aconsejara?—. Pues claro. Siéntese.

Desjani se volvió a sentar firme, mordiéndose el labio por un instante.

—Señor, ya conoció al teniente Riva cuando subió a bordo.

Geary se tomó unos segundos para recordar al prisionero liberado.

—Así es, su viejo amigo.

—El teniente Riva era... algo más que un amigo, señor.

—Oh. —Entonces comprendió sus palabras—. ¿Era?

Desjani respiró profundamente.

—Estuvimos yendo y viniendo, señor. Pero nunca rompimos del todo. Ahora..., bueno, él está aquí. Y tiene un rango bastante inferior al mío.

—Eso puede ser un problema —aceptó Geary pensando en el reglamento de la flota y en las apariencias—. Pero si se trata solo de un antiguo novio, estoy seguro de que podrá mantener su profesionalidad.

—No lo es... —Desjani se ruborizó levemente—. Volver a ver al teniente Riva ha sido una experiencia muy emotiva. He tardado un poco en darme cuenta de hasta qué punto lo ha sido.

—Oh. —*Deja de decir eso.*— ¿Podría volver a ser un novio actual?

—Sí, señor. Los sentimientos están ahí, sin lugar a dudas. Al menos por mi parte. Por lo que hemos podido hablar, creo que Cas... el teniente Riva siente lo mismo. —Desjani se encogió de hombros desalentada—. Pero no puede pasar nada mientras esté en mi nave. Ya sería bastante difícil a causa de la actual diferencia de rango, pero si está bajo mi mando, es sencillamente imposible.

Por fin logró captar la envergadura del problema.

—Pero justo después de volver a encontrárselo con vida no quiere enviarlo a cualquier otra unidad.

—No, señor.

Era un asunto bien espinoso, la clase de dilema personal que los oficiales al mando deseaban poder traspasarle a otro. Pero su trabajo llevaba implícita la necesidad de enfrentarse, o intentarlo al menos, a aprietos de ese calibre. Y por desgracia, en este caso en particular, él tenía experiencia personal propia de la que echar mano.

—Muy bien, este es mi consejo: si el teniente Riva se queda en esta nave, usted no puede buscar una relación personal con él. Eso es así incluso en el caso de que trabaje directamente para mí. Él se sentiría tan incómodo como usted. Y si no la juzgo mal, Tanya, cualquier cosa que usted considere profesionalmente inapropiada se verá abocada al fracaso.

Ella asintió en silencio.

—Creo que debería irse a otra nave —sugirió Geary—. Elija a un oficial que le inspire confianza. Podrán comunicarse con mucha libertad mientras nos encontremos en el espacio normal, y tendrá distancia para mantener la situación apropiada y para enfrentarse a la realidad de los cambios que han sufrido ambos desde que se vieron por última vez.

Desjani asintió y entonces miró a Geary angustiada.

—¿Y si la otra nave se pierde en combate? ¿La nave a la que lo envíe? —Geary se preguntó si había alguna otra cosa que todavía no había oído.

—¿Por qué no estaba usted en la misma nave que Riva en Quintarra?

—Necesitábamos... darnos un tiempo. —Apretó los dientes—. Yo necesitaba tomarme un tiempo. La nave a la que Riva eligió ser transferido se perdió.

Geary suspiró pensando en la culpa con la que debía de haber cargado Tanya Desjani desde la batalla de Quintarra.

—No queremos que eso vuelva a suceder. Escuche, Tanya, lo único que le puedo decir es que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para no perder más naves. Elija a un buen capitán, alguien como Duellos o Tulev, o Crésida, alguien que sepa que luchará con cabeza, y pídale que acoja a Riva como un favor personal. Si le hace sentir incómoda, se lo pediré yo mismo.

—Gracias, señor.

—Y quiero que le diga al teniente Riva con toda claridad por qué deja la nave —le ordenó Geary—. No porque necesite un tiempo ni porque quiera que esté en otra nave. No lo deje con la duda, porque si algo le pasa a usted o a él, nunca sabrá lo que sentía realmente.

—Sí, señor. —Se lo quedó mirando y Geary se preguntó si se habría delatado dejando entrever algo de su propio pasado—. Lo siento, señor.

—Fue hace mucho tiempo —respondió él apartando la mirada. La mayor parte de las cosas que habían ocurrido en su vida habían tenido lugar hacía mucho tiempo—. Espero que el teniente Riva y usted arreglen las cosas para bien, pase lo que pase.

Se quedó sentado un rato después de que Desjani se marchara, acosado por los recuerdos de una mujer que había muerto tiempo atrás y preguntándose por qué no dejaba de pensar que desearía que Victoria Rione estuviera allí para poder hablar de ello. Pero Victoria Rione creía que Geary se había dejado llevar por la peor tentación que ofrecía la situación y no quería hablar con él de nada. Con ella fuera de su alcance, los últimos amigos que Geary había conocido se habían marchado hacía mucho, mucho tiempo.

Geary entró dando grandes zancadas en el puente de mando del *Intrépido*, frunciendo el entrecejo mientras la capitana Desjani se volvía hacia él con gesto enojado, aunque evidentemente ese enojo no lo tenía a él como objeto. Sus consultores tenían el aspecto de haber recibido el equivalente verbal a diez latigazos.

—¿Qué pasa?

—El capitán Falco ya no está a bordo —informó Desjani—. Se procuró transporte en uno de los transbordadores sin mi conocimiento.

Geary miró a los consultores.

—Supusimos que el capitán Falco estaba autorizado —explicó uno de ellos



mirando alternativamente a Geary y a Desjani.

Geary se sentó sacudiendo la cabeza. Tendría que haber adivinado que Falco conseguiría engatusar a los oficiales jóvenes para que hicieran cualquier cosa que él quisiera.

—¿Adónde ha ido?

—A la *Guerrera*, señor.

—¿La *Guerrera*? —Geary habría pensado que iría a la nave de Numos, la *Orión*, o a la de Faresa, la *Majestuosa*—. ¿Quién es el oficial al mando de la *Guerrera*? —musitó mientras accionaba los controles que le facilitarían esa información.

El capitán Kerestes. La hoja de servicio de aquel hombre estuvo disponible con solo pulsar un botón, y Geary la revisó rápidamente. Claro. Kerestes se las había arreglado para sobrevivir mucho más que la mayoría de los oficiales, y había servido bajo el mando del capitán Falco en la misma batalla que había mencionado Duellos. En la misma nave, de hecho. El lenguaje altisonante del historial de Kerestes no le dijo mucho a Geary, pero el hecho de que ni Kerestes ni la *Guerrera* le hubieran dado motivos para advertir su presencia hasta el momento le hizo sospechar que Kerestes no era ni el más dinámico ni el más enérgico de sus comandantes.

Geary marcó un canal privado y llamó al capitán Duellos, de la *Osada*.

—¿Qué puede contarme sobre el capitán Kerestes? Ustedes dos estaban en la misma nave en Batana.

Duelos pareció sorprendido ante la petición.

—¿Es que ha hecho algo que merezca su atención?

—El capitán Falco se las ha arreglado para meterse en la *Guerrera*. Me pregunto por qué ha elegido esa nave.

—Porque el capitán Kerestes suple su carencia de iniciativa y capacidad intelectual con una sumisa obediencia. Hará lo que Falco le diga.

Geary asintió procurando no sonreír. *No te reprimas, capitán Duellos. Dime lo que piensas de ese hombre.*

—Entonces, ¿Kerestes no es un problema en sí mismo?

—No se preocupe por él —advirtió Duellos—. Considere al capitán Falco como oficial al mando de la *Guerrera* para cualquier asunto de alcance.

—Gracias.

Geary se apresuró a comprobar la formación planificada después de hablar con Duellos. Había situado a la *Guerrera* en uno de los flancos para apoyar a las unidades ligeras de esa área. Ahora era demasiado tarde para retirarla y situarla en alguna otra posición donde Falco tuviera menos espacio para causar estragos.

Geary se concentró tratando de recordar qué más tenía pensado preguntar antes de que la noticia sobre Falco le rompiera los esquemas.

—Capitana Desjani, acerca de ese otro oficial del que me habló, ¿se ha

solventado la situación de manera satisfactoria?

Después de pasar un tiempo en la flota, se podía llegar a describir cualquier cosa en términos que sonaran oficiales.

—Ha sido transferido a la *Furiosa*, señor —respondió Desjani como si le estuviera dando parte de un informe rutinario—. Como usted sugirió, me encargué de que recibiera un informe completo de la situación y de las razones de su transferencia antes de su marcha.

—¿Qué le ha parecido a él la transferencia?

—Parecía satisfecho por la oportunidad que supone, señor —afirmó Desjani.

—Bien.

Sonaba todo tan oficial que Geary tuvo dificultades para recordar que estaban hablando sobre un tema personal. Albergaba la esperanza de que la capitana Desjani y el teniente Riva obtuvieran mejores resultados de sus consejos que él mismo.

—Vámonos de aquí —anunció sin dirigirse a nadie en particular. Con un último vistazo a las imágenes horas luz retardadas de los buques ligeros síndicos que venían siguiendo a la flota, y consultando después atentamente la larga lista de sus naves para ver que todas mostraban la luz verde que indicaba que estaban listas para el salto, Geary ordenó a sus naves que saltaran a Strabo.

El tránsito a Strabo a través del espacio de salto no era largo, solo cinco días. El salto a Cydoni tampoco duraría mucho, pero el salto a Sancere lo compensaría con creces.

El espacio de salto siempre había resultado raro, un extraño y, en apariencia, eterno vacío de un monótono negro marcado únicamente por la presencia ocasional de manchas de luz. La naturaleza de esas luces, lo que las causaba y su por qué, había sido un misterio en los tiempos de Geary y a día de hoy seguían sin identificar, puesto que no había modo alguno de explorar el espacio de salto. En cierto modo, esto reconfortaba a Geary: había algo de su pasado y del presente que permanecía inmutable.

Sin embargo, ese fue el único consuelo que halló durante el salto. Ya tenía bastante con que la única persona en la que sentía que podía confiar, la copresidenta Rione, no se hubiera acercado a él, ni le hubiera enviado ningún mensaje desde su discusión. Ya tenía bastante con tener que preocuparse, como venía siendo habitual, de que los síndicos tuvieran preparada alguna sorpresa desagradable esperándolo a él y a la flota en Strabo. Podían haberse anticipado a él, vaticinado que él adivinaría adónde lo llevaría su trayectoria actual y volver así sobre sus pasos. Pero si sucumbía a esa clase de temores, se vería paralizado, sería incapaz de tomar cualquier decisión porque los síndicos podrían adelantarse a cualquier medida que tomara.

No, esta vez había algo más que lo tenía preocupado. Para cuando llegó el cuarto

día había reducido el número de problemas a dos. Uno era el nuevo problema del capitán Falco, y el otro era el viejo problema del capitán Numos y los otros oficiales descontentos a los que representaba. *Puedo enfrentarme a uno solo de esos problemas. Pero a los dos... ¿Y si Numos utiliza a Falco como el héroe que necesita para causarme graves problemas de mando? Cuando llegemos a Strabo habrán tenido casi una semana para idear el modo de complicarme la vida y de poner esta flota en peligro.*

Lo que resultó todavía más frustrante fue que, tras una revisión de la montaña de comunicaciones que se había producido entre las naves de la flota de la Alianza antes de dejar Sutrah, resultó que ninguna de ellas indicaba que Falco y Numos hubieran intercambiado mensajes, pero eso no quería decir nada. Con todo el tráfico de transbordadores que habían volado entre las naves, se podían haber transferido fácilmente mensajes impresos. El hecho de que no se hubieran detectado mensajes de Falco a otros oficiales sobresalía como un faro de advertencia en la mente de Geary. Obviamente, Falco era una persona que llamaba la atención y que utilizaba sus dotes interpersonales para avanzar en su carrera y en lo que él creía que eran los mejores intereses de la Alianza. No podría resistirse a intentar convencer a otros oficiales de que le siguieran, lo cual significaba que los mensajes que con toda seguridad estaba distribuyendo Falco no habían sido detectados por Geary o por cualquiera de sus aliados entre los comandantes de navío.

*¿Estaré paranoico? Pero tanto Duellos como Rione me previnieron contra Falco, y esos dos me han demostrado el valor de sus consejos. Es una lástima que no pueda hablar con Duellos, puesto que mientras estemos en el espacio de salto solo se pueden comunicar mensajes breves y sencillos, y es una lástima que Rione no quiera hablarme.*

Geary contempló las sinuosas luces, se fue poniendo más y más irascible y se preguntó que sucedería en el sistema estelar Strabo.

Para ser una estrella, Strabo no tenía mucho que ofrecer. En cuanto a su tamaño, apenas era lo bastante grande como para desencadenar reacciones de fusión autónomas y convertirse en una estrella, en lugar de quedarse como un planeta muy grande. Los satélites de Strabo, una serie de rocas peladas con órbitas cercanas, eran más apropiados para un planeta de esas características, más que para una estrella. Geary había visto muchos sistemas estelares y no recordaba ninguno tan insustancial y tan penoso como Strabo. No era de extrañar que la pequeña estación de emergencias síndica que había existido allí en un momento dado hubiera sido abandonada hacía tiempo.

—Nada —apuntó la capitana Desjani.

Geary asintió.

—¿Habla de las amenazas síndicas en concreto o es solo un comentario sobre el sistema estelar?

—Ambos —sonrió Desjani.

—¿Los sensores de la flota están rastreando anomalías que puedan indicar la presencia de campos de minas en algún punto del sistema?

—Sí, señor. Los sensores están configurados para realizar barridos de forma automática, aunque son más efectivos cuando se establece un objetivo en una zona específica. De momento no se han detectado campos de minas.

—Bien.

Tampoco se veían naves en el sistema. Geary comprobó el visualizador. La flota de la Alianza se extendía en torno al *Intrépido*, cada nave mantenía su posición predeterminada. No había amenazas. Al parecer no había problemas con Falco ni con Numos. Al igual que en las situaciones en Sutrah, Geary se quedó con la sensación de que algo se le escapaba.

Strabo mantuvo su carácter mediocre en lo que se refería al número de puntos de salto de que disponía. Incluso Sutrah podía alardear de cuatro, pero Strabo solo contaba con tres. En relación al punto de salto que la flota había utilizado para entrar al sistema, el que daba acceso a Cydoni se encontraba en el otro extremo. Para poder acceder a ese punto de salto, la flota debía pasar junto a un tercero, que conducía directamente a otro sistema síndico desprovisto de hipernet y que a su vez daba entrada a un par de mundos síndicos que Geary creía que estarían defendidos por emboscadas o con minas, pues eran dos de los que podían haber alcanzado desde Sutrah. El hecho de pasar tan cerca de otro punto de salto le preocupaba, aunque en realidad no había ninguna razón de peso que los obligara a alejarse mucho de allí. Por muy cerca que estuviera, la flota seguiría estando a unos cuantos minutos luz de distancia. Si Geary estableciera una trayectoria que diera un rodeo para abrir el recorrido aún más, alimentaría los rumores de que era demasiado temeroso.

Geary revisó la maniobra y ordenó a la flota que pusiera rumbo al punto de salto hacia Cydoni. Dado que Strabo era un sistema estelar tan pequeño, llegarían al otro punto de salto en solo un día y medio.

Aprovechó el tiempo de tránsito para convocar a los oficiales al mando de la flota para otra sesión de entrenamiento con simulación de combate. Todo funcionó como un reloj y todas las naves hicieron exactamente lo que Geary mandó. Lo cual debería haberlo puesto muy contento, pero no fue así. El problema era que sus oficiales se estaban comportando con demasiada docilidad. No había oído nada por parte de Falco ni de Numos, ni de ninguna de las figuras menores que habían expuesto abiertamente su desconfianza hacia Geary desde que había asumido el mando. De cuando en cuando, había transbordadores que se desplazaban de una nave a otra en lo que identificaba como traslados rutinarios de piezas, material o personal. Geary

sospechaba que también se realizaban traslados a petición de Falco, pero no se le ocurría que pudiera hacer nada al respecto. *Ya lo he comprobado con seguridad y no hay garantía de que puedan encontrar ningún vídeo con mensajes cortos, ni siquiera si desmontaran las piezas de un transbordador. Duellos no ha oído nada, pero, como se sabe que es mi aliado, nadie hablaría con él.*

*Podría ordenar el arresto preventivo de Falco, pero eso probablemente desataría motines en algunas de mis naves, sobre todo porque no tengo motivos para ello. Podría ordenar que regresara al Intrépido, pero si se retrasara o simplemente se negara a hacerlo, estaría atrapado en el dilema de si dejar que se saliera con la suya o arrestarlo.*

*Ahora mismo no puedo actuar sin estar seguro de causar los mismos problemas que me temo que el propio Falco podría ocasionar.*

Geary estableció contacto con el capitán Falco suponiendo que enfrentarse a él sería mejor que preocuparse de lo que el otro pudiera estar haciendo a sus espaldas. Le contestó un capitán Kerestes con pinta de estar muy nervioso.

—Capitán Geary, lamento tener que informarle de que los médicos de la flota le han prescrito descanso al capitán Falco en la *Guerrera*.

—¿El capitán Falco no se encuentra bien? —Quería que aquello quedara bien claro, en caso de que alguien más estuviera escuchando.

—Es solo una... indisposición temporal —informó Kerestes con aspecto de sentirse de lo más culpable.

—Entiendo. —Cualquier otro intento de contactar con Falco solo conseguiría poner en evidencia la incapacidad de Geary para hacer hablar a Falco—. Por favor, comuníqueme al capitán Falco mi deseo de que se recupere pronto para poder seguir trabajando por el bien de los intereses de la Alianza y de esta flota.

—Sí, señor. Por supuesto, señor.

A Geary no le costó mucho imaginar el suspiro de alivio que debía de estar exhalando Kerestes una vez que hubo cortado la comunicación.

Sin embargo, aparte de confirmar que a Kerestes le preocupaba que sus superiores advirtieran su existencia, no había ganado nada con aquella llamada.

—Señora copresidenta. —Al final su orgullo se había visto superado por su preocupación.

En el circuito su voz sonaba fría y distante. Rione había bloqueado la pantalla visual, con lo que había dejado a Geary con las ganas de ver su expresión.

—¿Qué desea, capitán Geary?

—Tengo que saber si sus fuentes en la flota han advertido algún problema.

Tardó un momento en contestar.

—¿Problemas?

—Algo concerniente al capitán Falco o al capitán Numos.

Otra pausa antes de su respuesta.

—Hay algunas habladurías, nada más.

—¿Habladurías? Parece menos grave que antes.

—Lo es —aceptó Rione—. Pero no he oído nada más.

—Le agradecería que me informase cuanto antes si se entera de algo.

—¿Qué teme, capitán Geary? ¿A sus propios comandantes? —Esta vez su voz dejaba entrever signos de enfado contra él—. Es el destino de los héroes.

—No soy... —En lugar de seguir, Geary contó hasta cinco—. Me preocupa que pueda suceder algo que ponga en peligro las vidas de miles de tripulantes de esta flota. Espero que pueda dejar de lado sus sentimientos hacia mí y que me ayude a evitar que alguien haga algo...

—¿Estúpido?

—Sí.

—¿En contraposición a heroico? —inquirió de nuevo fría como el nitrógeno líquido.

—Maldita sea, señora copresidenta...

—Volveré a consultar mis fuentes. Por el bienestar de los tripulantes de esta flota. Alguien tiene que poner por delante sus intereses.

La comunicación se cortó dejando a Geary conteniéndose para no soltar un puñetazo contra la pared que había junto al altavoz.

—Capitán Geary. —La capitana Desjani había puesto su voz de batalla, contenida y precisa—. Algo pasa.

La flota se encontraba a una hora del punto de salto. Geary no perdió tiempo acercándose al puente de mando y desplegó el visualizador de navegación por encima de la mesa de su camarote.

Ese «algo» al que Desjani hacía referencia era de lo más evidente. En la formación de la flota de la Alianza se estaban creando huecos y agujeros a medida que un montón de naves abandonaban las posiciones que se les habían asignado. Según las estimaciones del sistema de maniobra sobre los rumbos marcados, todas las naves habían emprendido la misma dirección. Geary hizo el recuento de inmediato: *Guerrera, Orión, Majestuosa, Triunfante, Invencible, Polaris y Vanguardia*. Cuatro acorazados y tres cruceros de batalla. Seis cruceros pesados, otros cuatro ligeros, más de veinte destructores. Casi cuarenta naves.

Geary abrió las proyecciones de rumbo y vio que se dirigían hacia el otro punto de salto. *Que nuestros antepasados los ayuden, van a intentar cruzar directamente hacia el espacio de la Alianza, apelando sin duda a su «espíritu de lucha» para superar todos los obstáculos a los que saben que se van a enfrentar.* Encendió el

circuito de comunicaciones tratando de pensar en las órdenes que debía emitir.

—Se ordena a todas las naves que se reincorporen a la formación. —Aquello era completamente inútil. Si ya habían decidido ignorar sus órdenes, no lo escucharían—. Se dirigen a un sistema estelar síndico fuertemente defendido. No lograrán atravesarlo.

No hubo reacción. Las naves rebeldes siguieron adelante, desgajándose de la flota. *No puedo convencerlos. Ahora no. Han depositado toda su fe en Falco y en lo que creen que es su propia fuerza moral superior. Contra eso, de nada servirá llamarlos a la razón. Pero necesito asegurarme de que nadie más se une a ellos. ¿Qué les digo?*

—Su deber para con la Alianza exige que permanezcan con esta flota y que no abandonen a sus camaradas. —Eso debería causar remordimientos, ya que estaban huyendo del resto de la flota—. Regresen a sus posiciones ahora, por el bien de sus naves y de sus tripulaciones, y no se tomarán medidas disciplinarias.

Geary sabía que no haría falta, ya que una acción abortiva convencería a la mayoría de los que se habían inclinado por seguir a Falco y a Numos de que no se podía confiar en ellos.

Por fin llegó una respuesta.

—Aquí el capitán Falco, comandante al mando de las naves dispuestas a defender el honor y la gloria de la flota de la Alianza. Hago un llamamiento...

Un símbolo apareció en el visualizador de comunicaciones de Geary y la voz de Falco se cortó.

—Aquí la capitana Desjani —dijo dirigiéndose a Geary por el circuito interno del *Intrépido*—. He desactivado la comunicación de la flota. Cualquier señal procedente de otra nave de los circuitos de la flota quedará bloqueada. Oiremos cualquier cosa que se envíe directamente.

—Gracias. —Ojalá tuviera una flota repleta de oficiales como Tanya Desjani. Geary había tardado demasiado en darse cuenta de que no podía permitir que Falco utilizara un foro público para llamar a la deserción a las otras naves. Volvió a dirigirse a la escuadra con voz firme y sosegada.

—Aviso a todas las naves, abandonar a sus camaradas no constituye ningún acto de honor, tampoco desobedecer órdenes lícitas. Luchamos por la victoria, por la seguridad de nuestros hogares, no por la gloria. A todas las unidades, regresen a sus puestos en la formación. Se les necesitará cuando volvamos a atacar a los síndicos.

Quizá la idea de entrar en combate lograra convencer a alguno de ellos.

Pero las treinta y nueve naves que configuraban el cuerpo de Falco estaban estableciendo rápidamente su pequeña formación mientras se dirigían directamente al otro punto de salto, y ya no les faltaba mucho. En su interior Geary iba desarrollando un impulso irracional de abrir fuego contra las naves rebeldes nacido de su odio por

Falco, pero rechazó la idea casi tan pronto como surgió. *Imposible. No daré esa orden. E incluso si lo hiciera, ¿quién la obedecería? Eso es lo que harían los síndicos. Pero, entonces, ¿qué hago? No puedo pararlos. Están a solo quince minutos de ese punto de salto.*

—Aviso a todas las unidades que han abandonado la formación, reconsideren su acción por el bien de la flota de la Alianza y de sus camaradas y tripulaciones. No sobrevivirán a un intento de llegar al espacio de la Alianza por las rutas disponibles a través de ese punto de salto.

Las naves disgregadas se encontraban ya a unos minutos luz de distancia. Incluso teniendo en cuenta esa demora en el tiempo, estaba claro que el último llamamiento de Geary había fracasado. En realidad no había tiempo para más llamadas, solamente para recibir una transmisión corta antes de que las demás naves entraran en el punto de salto. Respiró hondo con la mirada clavada en el visualizador estelar y recorriendo mentalmente rutas de salto que conectaran con las siguientes estrellas.

—A todas las unidades que han abandonado la formación: Ilión. Repito: Ilión.

Unos veinte minutos más tarde, Geary vio cómo las naves huidas iban desapareciendo a medida que saltaban fuera del sistema.

Se pasó un rato reorganizando su flota para cubrir los huecos que habían dejado las naves que se habían dado a la fuga; luego se sentó en silencio hasta que alcanzaron el punto de salto de Cydoni.

—A todas las naves, salten ahora.

Había estado temiéndose algo así desde que se le encomendó el mando de la flota. Temiéndose una escisión. Le parecía evidente que dividir sus fuerzas mientras estaban atrapados en medio del territorio enemigo era una locura, pero desde el principio estaba claro que no todos los comandantes de navío veían las cosas desde una perspectiva racional. Ahora se había establecido un precedente. Casi cuarenta naves se habían lanzado en pos de un destino incierto bajo el mando de unos oficiales veteranos de los que Geary recelaba y desconfiaba, y, en el caso de Numos, despreciaba considerablemente. Ojalá hubiera algún modo de que esos comandantes encontraran el destino fatal que merecían sin que sus naves corrieran la misma suerte.

*Pero hay una opción. Si piensan, si se dan cuenta de que morir de forma gloriosa no contribuye a proteger sus hogares, si están dispuestos a aprovechar lo que les he enseñado mientras estaban con la flota. Si están dispuestos a aprovechar lo que les dije antes de que se marcharan. Y si no les cuentan a los síndicos esa información y estos tienen tiempo de tendernos una emboscada a los demás. Ojalá lo supiera.*

Incapaz de soportar el silencio del camarote, que parecía haberse quedado aún más solitario desde que la copresidenta Rione había dejado de aparecer por allí con



sus visitas, Geary se obligó a volver a salir a dar una vuelta por los sectores del *Intrépido* para que la tripulación, sacudida por la marcha de tantos de sus compañeros, viera una cara confiada, para decirles a sus miembros, por activa y por pasiva, que en cuanto la flota llegara a Sancere les darían a los síndicos una lección que no olvidarían, en un intento por tratar de que la tripulación se concentrara en el futuro, más que en lo que había sucedido en el sistema estelar Strabo. Empleó los mínimos medios de comunicación disponibles en el espacio de salto para enviar una sutil versión de estos argumentos al resto de las naves de la flota, con la idea de hacer lo mismo con ellos.

En el tiempo que quedaba, Geary se volcó en la confección de más simulaciones. No perdía la esperanza de poder utilizarlas para impartir algunas tácticas de combate que recordaba de un siglo atrás, tácticas que la flota había abandonado hacía décadas, cuando las tremendas pérdidas de naves y tripulación acabaron con la memoria institucional y las técnicas de la fuerza profesional más pequeña que Geary conoció en un momento dado. No sabía de cuánto tiempo más dispondría para procurar difundir esas lecciones.

Geary se apresuró hacia el puente de mando del *Intrépido* cuando la flota se disponía a abandonar el salto.

La capitana Desjani se volvió a mirarlo y asintió a modo de saludo con un gesto de preocupación difícil de esconder. Geary le respondió asintiendo enérgicamente mientras se hundía en su silla de mando. No había caído en la cuenta del mal aspecto que debía de tener después de la traición de Falco. De todas formas, no era nada bueno que Desjani lo hubiera notado. Esperaba que la tripulación no se percatara de ello. O tal vez su aspecto solo había empeorado entonces, después de pasar casi la noche entera en vela pensando con qué se encontrarían en el sistema estelar Cydoni. Pensando en si alguna otra nave se escabulliría de la flota.

Para encubrir la renovada angustia que sentía de repente, Geary desplegó el visualizador de navegación y fingió estar estudiándolo atentamente. Había estado intentando elaborar un plan para Sancere, dado que no iba a saber qué había allí hasta que llegaran. El día anterior se le había ocurrido una idea, surgida irónicamente de todo lo que había sucedido en el sistema estelar Strabo, y se pasó unos minutos dándole vueltas, comprobando los nombres y los expedientes de algunos de los comandantes de sus naves.

—Preparados para abandonar el salto —anunció Desjani.

Geary se apresuró a recuperar el visualizador del sistema y esperó. Ahora lo único que mostraba era la información histórica que contenían las viejas guías del sistema estelar síndico que habían encontrado en Sutrah Cinco. Tan pronto la flota llegara al espacio normal, en los límites del sistema Cydoni, los sensores del *Intrépido* y de

cualquier otra nave de la flota empezarían a actualizar su visualizador basándose en lo que se podía percibir desde su punto de entrada.

A Geary le dio un vuelco el estómago y la oscuridad y la monotonía del espacio de salto se transformaron en el universo brillante y repleto de estrellas del espacio real. Esperó vigilante a medida que las actualizaciones iban apareciendo en el visualizador. No había naves. No se detectaron minas. Nada. La capitana Desjani estaba sonriendo triunfante.

Pero Geary seguía observando el visualizador del sistema, donde la fotosfera en expansión del sol de Cydoni había llegado hasta el único mundo habitable del que este sistema pudo hacer gala un día. La escena tenía la misma fascinación enfermiza que un tren descarrilado, aunque en este caso el proceso, de siglos de duración, se estaba desarrollando con mucha más lentitud que cualquier accidente que sufriera un vehículo humano, y lo que había descarrilado era un mundo entero.

A esas alturas, la mayor parte de la atmósfera del planeta, antes habitado, se había deshecho. Las cuencas oceánicas se habían secado tiempo atrás y sus aguas se habrían desperdigado en el espacio por causa del bombardeo de partículas y el calor del sol hinchado que una vez había permitido que hubiera vida en ese mundo. Ahora, el sol estaba devorando el planeta poco a poco y en su superficie no se detectaba rastro alguno de existencia.

—Probablemente todavía haya alguna forma de vida adaptada a ambientes extremos bajo la corteza del planeta —afirmó uno de los consultores—. Seguirán aguantando un poco más.

—¿Cuánto tiempo hasta que la fotosfera acabe por envolver el planeta? —preguntó Geary.

—No es fácil decirlo, señor. La expansión de una estrella como esta se produce a trompicones. Seguramente entre quince y doscientos años, dependiendo de lo que ocurra exactamente en el interior de la estrella.

—Gracias.

Geary le echó un vistazo a la imagen ampliada del planeta. Los sensores del *Intrépido* habían etiquetado algunas zonas en las que todavía existían ruinas, aunque muy castigadas y desgastadas por las extremas condiciones medioambientales que habían soportado, por lo que parecían tener miles de años de antigüedad. Había un montón de ellas junto a un mar vacío, con sus muros derribados, casi enterrados por las dunas de polvo que se había llevado el viento antes de que la atmósfera se estrechara demasiado, y la tierra había adquirido un tono rojo brillante por efecto de la luz de la estrella en expansión. Geary se preguntó qué aspecto habría tenido la ciudad, o el pueblo, cuando las aguas rompían a sus pies. Tenía en las manos la información de las guías del sistema síndico, así que lo comprobó. Port Junosa. Completamente abandonada antes de que se preparara la desfasada documentación

síndica. Se habían dedicado vidas enteras a esa ciudad, construyéndola y manteniéndola y convirtiéndola en una comunidad humana, pero lo único que quedaba ahora eran cascotes, y en el transcurso de otro siglo incluso estos serían arrasados por la estrella en expansión. Después de ver lugares desolados como Strabo y Cydoni, sería un alivio ver un bullicioso sistema estelar como Sancere, incluso cuando la fuerte presencia humana que allí vivía fuera enemiga.

—Tendremos que tomar una ruta bien alejada de esa fotosfera hinchada —señaló la capitana Desjani.

Geary asintió.

—Sí. ¿Hay algún problema con la ruta recomendada por los sistemas de navegación de la nave? Tardaremos cuatro días en llegar al punto de salto de Sancere, pero no veo otra alternativa.

—No hay ninguna —convino Desjani—. Es la mejor opción.

Cuatro días. Cuatro días para que sus comandantes de navío menos fiables pudieran pensar en lo que las otras naves habían hecho en Strabo. Cuatro días para que pudieran contemplar la posibilidad de dirigirse a otro punto de salida. *Tengo que mantenerlos ocupados. Concentrados en Sancere. Mantenerlos demasiado atareados con simulaciones y maniobras y planes como para dejarles tiempo para pensar en cualquier cosa que no sea Sancere. Esto me va a dejar agotado, pero no veo otra alternativa.*

Empezó a convocar una conferencia de flota limitada, implicando solamente a los comandantes de apenas treinta naves. ¿Quién debería dirigirla? No lo tenía decidido con anterioridad, pero, al consultar la lista de comandantes competentes que había recopilado, destacó un nombre. No obstante, había una pregunta que todavía no se había hecho, y la respuesta no parecía estar disponible en la base de datos del *Intrépido*. O eso o Geary no se estaba haciendo la pregunta de la forma más adecuada, y los dispositivos de inteligencia artificial con los que trataba no lo entendían. Ya se había encontrado con ese inconveniente en demasiadas ocasiones.

—¿Cuánto van a tardar estos agentes inteligentes en entenderme? —refunfuñó abiertamente.

Desjani dirigió una mirada a uno de sus consultores. La mujer se aclaró la garganta antes de hablar.

—Señor, los agentes inteligentes han aprendido un patrón de respuestas basado en la forma de pensar y de escribir o hablar que caracterizan a las personas con las que tratan —dijo vacilante.

—Y yo no pienso como ellos, ¿es eso?

—Sí, señor. Las suposiciones que no verbaliza, sus patrones de pensamiento y sus fórmulas no son exactamente iguales que... eh...

—¿Las mentes modernas? —preguntó Geary, incapaz esta vez de eliminar de su

voz un tono de mordacidad. Se dio cuenta de que tenía sentido. Un siglo podía instalar muchas diferencias sutiles, y no tan sutiles, en el modo en que la gente pensaba y expresaba esos pensamientos. *O me río de esto o dejo que me afecte, y ya hay demasiadas cosas que tengo que evitar que me afecten.*

La consultora sonrió nerviosa.

—Sí, señor. Eso me temo, señor. Los agentes registran sus respuestas como un factor a tener en cuenta, pero la gran mayoría de la gente con la que tratan tienen..., esto..., otras formas de manejar la información, lo que significa que no se ajustan a usted.

—¿Por qué no instala una subrutina que puedan utilizar los agentes inteligentes cuando traten con el capitán Geary? —solicitó Desjani—. Así podrían reiniciarse para poder ajustar sus patrones de uso al tiempo que siguen siendo sensibles al resto de los oficiales y de la tripulación.

—Lo prohíbe el reglamento de la flota respecto al uso de los agentes artificiales, capitana. Se supone que los agentes inteligentes de los sistemas de navegación no se van a convertir nunca en agentes personales de ningún individuo. Eso crearía conflictos de intereses en las mentes artificiales.

Geary sacudió la cabeza preguntándose por qué incluso algo como eso tenía que ser tan complicado.

—¿El comandante de la flota puede anular esa norma en virtud de una emergencia?

Ante esa pregunta la consultora pareció quedarse intranquila.

—Señor, tendría que comprobar lo que constituye una situación de emergencia en términos oficiales.

—¡Teniente! —espetó la capitana Desjani—. Estamos inmersos en pleno territorio enemigo y estamos intentando llegar a casa de una pieza. Eso se ajusta a mi definición de emergencia.

—También a la mía —aceptó Geary—. Hágalo, teniente. Me facilitaría mucho las cosas.

La consultora sonrió aliviada al recibir instrucciones claras para solucionar el problema.

—Sí, señor. Por supuesto, señor. Nos pondremos con ello de inmediato.

—Gracias. —Geary miró a Desjani—. Eso ayudará con la planificación.

Desjani sonrió, confiando tanto en Geary como siempre.

—¿Tiene un plan para Sancere?

—Así es. No es probable que Sancere cuente con pocas defensas. Parto de la base de que nos vamos a enfrentar a una fuerza lo bastante potente como para convertirse en un problema. Si me equivoco, siempre podemos adaptarnos a una oposición menor.

—¿Va a ir a por la puerta hipernética?

—Sí. —Geary bajó la vista frunciendo el ceño—. He estado investigando acerca de eso. Supongo que los síndicos intentarán destruir el cacharro. Pero ¿cuánto cuesta destruir una puerta hipernética?

Desjani parecía sorprendida.

—No tengo ni idea. Algunas veces se habla de ello, pero, que yo sepa, nadie lo ha llegado a hacer nunca.

Geary se encogió de hombros.

—Esperemos que no se convierta en un problema. Si logramos desplazar a algunos síndicos de sus posiciones y lanzarnos hacia la puerta hipernética, deberíamos poder evitar que la destruyan aunque quieran. Cuando lo hayamos conseguido podremos derrotar las defensas, saquear los suministros que necesitamos y demoler todas las instalaciones relacionadas con el esfuerzo bélico síndico.

Los ojos de Desjani se habían iluminado.

—Va a ser un duro golpe para los síndicos; atacar algo tan importante en un lugar en el que nunca se esperarían una amenaza seria.

—Exacto. —*Si no nos están esperando con la clase de emboscada que casi acaba con esta flota en el sistema interior síndico. Y si mi flota no se deshace más aún antes de que lleguemos allí.* Geary se levantó—. Voy a reunirme con algunos de mis comandantes de navío.

La comandante Crésida apareció sentada al lado de Geary; los otros veintiocho comandantes de navío formaron hileras a lo largo de la mesa, todos ellos obviamente intrigados por los motivos por los que se los había seleccionado para aquella reunión virtual.

—Han sido elegidos porque sus expedientes y los de sus naves indican que son tan valientes como templados en combate —les explicó Geary—. Llegaremos a Sancere sin tener la menor idea de qué clase de fuerza tendrán a mano los síndicos. No es probable que cuenten con algo a lo que no estemos en condiciones de enfrentarnos —afirmó con confianza y ferviente esperanza—, pero puede ser suficiente para causarnos pérdidas si no lo manejamos bien. Esto es lo que necesito que hagan: la comandante Crésida, de la *Furiosa*, estará al mando de un destacamento especial formado por sus naves. El destacamento especial Furiosa no se desgajará del resto de la flota cuando lleguemos a Sancere, lo que hará será simular que rompe la formación, primero la *Furiosa* y a continuación el resto, como si estuvieran emprendiendo un asalto indisciplinado contra la fuerza más potente de naves síndicas que veamos.

La comandante Crésida y el resto de comandantes no pudieron ocultar su perplejidad.

—¿Quiere que rompamos la formación? —preguntó Crésida—. ¿Para que parezca que somos tan agresivos que no podemos atenernos a las órdenes?

—Sí. —Geary señaló hacia una representación del sistema Sancere—. Una carga en picado contra el enemigo. No son suficientes como para enfrentarse al número de naves síndicas que probablemente estarán defendiendo Sancere, o que simplemente estén en reparación. Es deliberado. Quiero que parezca una fuerza pequeña que se ha separado temerariamente del resto de la flota y que puede ser destruida fácilmente. Deben descender hacia el enemigo y, sin llegar a entrar en su radio de alcance, se darán la vuelta, todavía de un modo desordenado y sin disciplina, y huirán en sentido descendente, alejándose de los síndicos y del resto de la flota.

Geary trazó con el dedo el curso imaginario.

Crésida parecía estar horrorizada.

—¿Como si estuviéramos huyendo del enemigo?

—Exacto. —Ninguno de los comandantes parecía muy contento—. Hay una buena razón para ello. La idea es que...

—Señor —interrumpió Crésida con gesto preocupado y serio—, los síndicos no se lo creerán.

Geary se había inquietado por un momento al pensar que Crésida podía estar actuando de una forma tan tozuda como Numos. Pero lo que dijo cortó de raíz su enojo, puesto que parecía tener buenas razones para ello.

—¿Por qué no?

—No rehuimos el combate, señor. —No se le pasó por alto el orgullo que traslucía la voz de Crésida—. Sean cuales sean las probabilidades.

Todos los demás comandantes asintieron para confirmarlo.

—Los síndicos lo saben. No se creerán una retirada fingida.

Aquello suponía un problema, pero Geary no veía razones para rechazar la valoración de Crésida, sobre todo cuando todos los demás capitanes de nave especialmente seleccionados se mostraban de acuerdo con ella. También coincidía con el absurdo del «espíritu luchador que sale triunfador por encima de toda adversidad» que había oído por boca de Falco. ¿Cómo podía rechazar el consejo de comandantes que ya había decidido que eran particularmente fiables?

—Entonces, quiero que me aconsejen. Cualquiera de ustedes. ¿Cómo nos quitamos de encima a las defensas síndicas para que salgan en persecución del destacamento especial Furiosa y evitar que centren su atención en lo que está haciendo el resto de la flota?

El comandante Neeson, de la *Implacable*, se encogió de hombros.

—Capitán Geary, si quiere que los síndicos nos persigan, yo recomendaría una cortina de fuego. Entrar a degüello, abatir a las unidades más expuestas con todo lo que encontremos, y luego seguir adelante.

Crésida asintió.

—Sí. Volverlos locos. Sería incluso mejor si hay un objetivo al que parezca que estamos persiguiendo. Algo a lo que no nos puedan permitir que lleguemos. Los golpeamos y luego alteramos el rumbo para dirigirnos al objetivo más valioso.

—Sancere tiene que estar lleno de objetivos valiosos —observó alguien—. Deberíamos poder identificar algo sobre la marcha.

Geary pensó en el plan analizando la representación del sistema Sancere.

—¿Y si nos adentramos aún más en la defensa síndica? No quiero que esto sea un auténtico ataque suicida. Quiero que sean capaces de salir de allí sin que los hagan pedazos.

Neeson estudió a su vez el visualizador del sistema.

—Deberíamos poder hacerlo. Enfilarse un rumbo en dirección a algo valioso, los síndicos se lanzan a interceptarnos y aumentan la velocidad, entonces nosotros nos apartamos y los dejamos fuera de posición. ¿De qué los estamos intentando distraer, señor?

—Quiero que nuestra flota se meta en la puerta hipernética antes de que ninguna nave síndica se de cuenta de que necesita huir por allí y se las arregle para llegar. Si podemos ocupar la puerta y bloquear cualquier salida, tendremos todo el tiempo necesario para destruir las instalaciones síndicas en Sancere y después volver al umbral del espacio de la Alianza a través del sistema hipernético síndico.

—Si destruyen la puerta... —empezó a decir Crésida con reticencias.

—No tendremos por qué preocuparnos de los refuerzos síndicos que se nos vengán encima —respondió Geary.

—Pero las pulsaciones energéticas pueden resultar peligrosas.

Al parecer había encontrado al experto en puertas hipernéticas que necesitaba.

—Hábleme de ello.

Crésida indicó la representación de la puerta hipernética de Sancere en el visualizador.

—La puerta es una especie de matriz energética sujeta. Una llave hipernética empareja la matriz de las partículas que hay en una puerta con la matriz de las partículas de otra puerta, creando un paso que las naves pueden usar. La matriz se sostiene mediante estas estructuras. —Señaló unos objetos dispuestos en filas alrededor de la puerta—. Como puede ver, hay cientos de ellas. Se las llama ronzales, aunque en realidad no lo sean, porque en cierto modo sustentan la matriz de partículas dándole la forma deseada. Así es como se destruiría una puerta, inutilizando o destruyendo los ronzales. Pero cuando se hace eso, la matriz se rompe y la energía contenida se libera.

Un par de comandantes también presentes asintieron para mostrar que estaban de acuerdo.

—Buena descripción, comandante —respondió Geary. Se podía imaginar que la ciencia que se escondía detrás de las puertas era en realidad bastante más compleja de como la había resumido Crésida. Deseó que todos aquellos que tuvieran que facilitarle una descripción técnica fueran capaces de ofrecer una explicación tan sencilla y concisa como esa.

—¿Cuánta energía y en qué forma?

Crésida torció el gesto.

—Esa es una pregunta teórica. Nunca se ha puesto en práctica. Un extremo dice que romper la matriz de una puerta generaría un estallido de energía de la magnitud de una supernova.

—¿Una supernova? —inquirió Geary incrédulo—. Una supernova libera tanta energía en una sola explosión como genera una estrella en un lapso de diez mil millones de años. Una explosión de ese calibre no solo freiría todo lo que hay en el sistema estelar, sino también en los sistemas colindantes.

—Sí —convino Crésida—. Ese sería un resultado negativo, obviamente.

—Obviamente —admitió Geary.

—Pero el otro extremo dice que la energía de la matriz..., eh..., se envolvería sobre sí misma como un *origami* infinito, y que seguiría disminuyendo hasta adoptar otro estado de existencia y perderse en este universo. El despliegue energético en el universo sería nulo.

Geary se sentó mirando a su alrededor, viendo que los demás comandantes entendidos volvían a coincidir con Crésida.

—Entonces, nuestros dos extremos suponen que la destrucción de una puerta acabaría con el sistema estelar al completo y los sistemas adyacentes o bien no haría nada de nada. Pero ¿cuál es el nivel de energía liberada que se contempla como el resultado más probable?

Crésida miró a sus colegas mientras hablaba.

—La mayor parte de los científicos creen que el despliegue energético sería menor que el de una supernova y mayor que nada, pero nadie ha podido predecir con seguridad de cuánto se trataría.

—¿Bromea?

—No, señor.

—¿Eso es lo mejor que la ciencia puede ofrecer? ¿Y esas puertas se construyeron a sabiendas de que podrían volar por los aires esta parte de la galaxia?

—Sí, señor.

—Son realmente rápidas —apuntó el comandante Neeson.

Geary observó la representación de la puerta hipernética de Sancere mientras se preguntaba cuántos desastres se podrían atribuir al deseo del hombre de viajar más rápido que antes. *Me he estado preguntando si habrá seres inteligentes no humanos*



*ligados a esta guerra terriblemente destructiva que llevamos un siglo librando. Pero a estas alturas debería saber que los humanos no necesitamos inteligencias no humanas para inducirnos a hacer estupideces.*

*Eh, espera un momento.*

—¿Por qué no sabemos más sobre esto? Nosotros diseñamos y construimos el sistema hipernético. ¿Cómo puede haber tantas lagunas sobre sus características más importantes?

La comandante Crésida volvió a intercambiar una mirada con sus camaradas.

—No podría responder a eso con exactitud, capitán Geary. Sé que los avances prácticos que nos permitieron construir el sistema hipernético llegaron antes que las teorías que lo explican. Una gran parte de la teoría sigue investigándose. No es la primera vez que ocurre algo así. La gente a menudo encuentra el modo de hacer algo antes de comprender cómo funciona.

—¿Nosotros y los síndicos? ¿Ambos realizamos los mismos avances a la vez?

Ella se encogió de hombros.

—Los síndicos nos robaron esos conocimientos, señor. Es lo que suponemos, aunque no estoy acreditada para acceder a esa información.

*O fuimos nosotros quienes se los robamos a ellos.*

—En definitiva, ¿me está diciendo que los síndicos no se atreverían a destruir esa puerta?

—Bueno, no, señor. No lo sabemos. Puede que hayan decidido que se pueden permitir asumir ese riesgo.

Geary trató de no sacar a relucir sus sentimientos. *No lo sabemos. ¿Y si la hipótesis extrema es correcta y esta flota provoca que los síndicos hagan algo que fría no solo Sancere y esta flota, sino un montón de sistemas estelares cercanos? Incluso el simple hecho de que esta flota aparezca en Sancere podría ocasionar que los comandantes síndicos destruyan la puerta hipernética tan pronto nos vean. Pero no puedo permitirme el lujo de no ir a Sancere y atacar. Esta flota necesita los suministros que hay allí.*

*No hay alternativa. Tengo que poner mis esperanzas en la mejor opción, que el despliegue energético no sea tan grande como para amenazar nada, ni las estrellas colindantes ni mis propias naves.*

*Ah, joder. Ya sé lo que van a hacer.*

—Tenemos que suponer que los síndicos van a esperar hasta que nuestra flota esté cerca de la puerta y entonces la destruirán —anunció Geary. Los demás comandantes de navío se quedaron mirándolo—. Esperarán que la puerta libere la suficiente energía como para freímos, pero no la suficiente como para freír Sancere ni nada que haya más allá de sus fronteras.

Crésida asintió.

—Y si fríe Sancere, a sus ojos eso serían solo daños colaterales.

—Pero, entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Neeson—. No podemos limitarnos a ignorar la puerta.

—Ya pensaré algo —prometió Geary. *Espero*—. Si este plan de distracción funciona, podremos evitar que los síndicos posicionen sus fuerzas de modo que consigan hacer volar la puerta. Bien, parece que estamos de acuerdo respecto a la mejor maniobra para el destacamento especial Furiosa. Desprenderse de la formación, cargar contra las defensas síndicas, lanzar una ráfaga de disparos de alta velocidad, fingir que se dirigen a algún punto muy valioso, pero alterar el rumbo cuando los síndicos acometan la interceptación.

Hizo una pausa.

—Daré orden sobre lo que hay que hacer después de eso basándonos en la situación. Lo fundamental es que no quiero que se adentren solos en el corazón de la defensa síndica. Salgan de allí para que pueda utilizarlos junto con el resto de la flota. —Todos asintieron—. Gracias. Comandante Crésida, espere, por favor.

Cuando las presencias virtuales se hubieron desvanecido, Geary adoptó un gesto serio frente a la comandante Crésida.

—Se van a encontrar a una buena distancia de la flota después de cargar contra los síndicos. Fácilmente podrían verse a más de una hora luz de la flota. Eso significa que no voy a saber si están metidos en problemas hasta una hora después de que suceda. Confío en que lucharán con cabeza, comandante. Mantenga ocupados a los síndicos, que se concentren en ustedes, pero no dejen que les disparen. ¿Podrá batirse en retirada cuando esa sea la mejor maniobra?

Crésida ponderó la pregunta un instante y luego asintió.

—Sí, señor.

—Los quiero vivos y combatiendo, no orgullosos y muertos.

Ella sonrió.

—Señor, usted ha demostrado que podemos estar orgullosos, vivos y seguir luchando. Todavía estoy intentando averiguar cómo se las arregló para reunir las condiciones necesarias en Kaliban para machacar a los síndicos.

Geary le devolvió la sonrisa.

—Haga un buen trabajo en Sancere y le impartiré clases personalmente sobre cómo hacerlo.

—Trato hecho, señor.

Ambos se pusieron en pie y Crésida ejecutó un saludo con precisión. Era evidente que había estado practicando. Geary no le dijo que los saludos de la flota tendían a ser más desaliñados y que así parecía más un infante de Marina. Bien mirado, tal vez hubiera sido la coronel Carabali quien le había enseñado a hacerlo. Geary sabía que los marines se habían estado divirtiendo bastante viendo cómo los tripulantes

intentaban asimilar los intentos de Geary por reintroducir el saludo en la flota.

Volvió a sentarse tras la salida de Crésida y miró el visualizador, sobre todo la representación de la puerta hipernética. Hasta ahora no se le había ocurrido pensar que las puertas eran potencialmente peligrosas. Potencialmente peligrosas en extremo. Potencialmente, las armas más mortíferas que el ser humano había construido jamás con diferencia.

Y no tenía más alternativa que lanzar a la mayor parte su flota contra la puerta hipernética de Sancere.

La alarma de comunicaciones sonó con urgencia despertando a Geary por completo. Se dio la vuelta y golpeó automáticamente el comando de aceptación del mensaje temiendo oír que alguna otra nave había abandonado la formación.

—Capitán Geary. —La comandante Crésida parecía tan angustiada como emocionada—. He estado pensando. Cosas raras. Pero se me ha ocurrido que, dado que las matrices de la puerta hipernética están suspendidas por tantos ronzales, quizá la matriz respondería en cierto modo como una red, o como una vela, lo que significa que la forma exacta en que se hundiría dependería del cómo exactamente se sueltan esos ronzales.

Geary intentó enfocar la mente alrededor de esa cuestión. Por fortuna, la analogía de Crésida no era demasiado complicada.

—¿Y eso qué supone para nosotros?

—Bueno, señor, si el modo en que la matriz se desploma afecta a la cantidad de energía liberada, como debería ser, y si el modo en que a matriz se desploma depende de cómo caen los ronzales, entonces, en teoría, deberíamos poder seleccionar los ronzales que han de fallar para regular la cantidad de energía liberada.

—¿Como una especie de arma nuclear de rendimiento selectivo?

—En cierto modo..., aunque el proceso físico y científico que implican son completamente distintos.

—¿Qué necesitaría para averiguarlo? —presionó Geary—. ¿Podría conseguir una respuesta factible?

—Tal vez. —Crésida se encogió de hombros como disculpándose—. Necesitaría tener acceso prioritario a toda la red de la flota, señor.

—¿A toda? —La cantidad de energía computacional de la red estaba fuera de la capacidad de comprensión de Geary. Eso le dio una ligera idea de la complejidad de lo que Crésida estaba proponiendo—. De acuerdo, cuente con ello.

Se quedó sentado un rato después de que Crésida cortara la comunicación, preguntándose si de verdad quería que Crésida obtuviera resultados positivos. Pero, si tenía razón, no podía permitirse dejar de averiguarlo.

Las simulaciones de combate que Geary estaba llevando a cabo mientras la flota se acercaba al punto de salto de Sancere fueron bien. Pero en la siguiente reunión de la flota comprobó que la ausencia de oficiales como Numos y Faresa, lejos de ser bienvenida, le resultaba molesta. Lo único que conseguía era poner de relieve que cuarenta naves habían ido al encuentro de un destino que Geary temía demasiado fácil de prever. Muchos de los comandantes que seguían allí miraban a su alrededor

como si buscaran un rostro familiar que no se encontraba presente, y eso evidenciaba que muchos de sus oficiales también advertían esa ausencia.

No podía ser malo que tratara de distraer la atención de la gente de ese hecho.

—¿Todos han recibido y aplicado las modificaciones sobre su posicionamiento para sus accesos de salto durante todo el trayecto a Sancere?

Todos los oficiales alineados a lo largo de la mesa aparentemente enorme asintieron, pero ahora el nerviosismo que aquello les ocasionaba se hizo patente. Él sabía qué era lo que les preocupaba. Lanzarse a luchar contra enemigos humanos era una cosa, pero saltar demasiado lejos en un espacio de salto desconocido era algo muy distinto. Las naves que saltaban demasiado lejos nunca volvían a salir del espacio de salto, aunque Geary sabía que algunos tripulantes contaban historias acerca de buques perdidos tiempo atrás que aparecían de repente en sistemas estelares solitarios y cuyas tripulaciones habían perecido por causas particularmente espantosas, o que simplemente vagaban por la nave, transformados por la extraña naturaleza del espacio de salto en algo que ya no vivía, pero que no era capaz de morir. Había oído estas historias en las cantinas y mientras hacía guardias nocturnas, cuando los pasillos oscuros y desiertos de una nave familiar se volvían espeluznantes en medio del silencio. Geary se preguntaba si las viejas películas baratas de terror de su juventud sobre el espacio de salto seguirían circulando en versiones más modernas.

—Les aseguro —insistió Geary— que los ajustes funcionarán. Yo personalmente he emprendido saltos de esta distancia más de una vez.

Al parecer, aquello no les reconfortó tanto como Geary esperaba.

—No tienen por qué fiarse de mi palabra. Si investigan en la base de datos de la flota, encontrarán informes que lo corroboran. Puedo mostrarles las referencias.

De otro modo, los informes se perdían fácilmente en el amasijo de información disponible. Él solo había logrado dar con ellos porque sabía exactamente qué debía buscar, ya que había estado a bordo de algunas de las naves implicadas. Algunas veces, Geary se preguntaba cuánto saber acumulado habría enterrado sin remedio la humanidad en bases de datos que recopilaban y almacenaban eternamente cualquier cosa. En la antigüedad, el conocimiento se había perdido porque ya no existían copias. En la actualidad se perdía porque existían copias de todo, y los intentos por hallar algún tipo de información concreta hacían que encontrar la vieja aguja en el pajar pareciera una tarea imposible, incluso sabiendo que la información que constituía el punto de partida estaba allí.

El hecho de saber que podían consultar pruebas de las afirmaciones de Geary les levantó un poco el ánimo.

—Créanme, los síndicos se van a llevar una sorpresa muy desagradable cuando aparezcamos por la salida de salto de Sancere. Por lo que ellos saben, la flota de la

Alianza habrá hecho lo imposible.

Geary vio por fin algunas sonrisas a ambos lados de la larga mesa virtual.

—Tenemos muchas razones para pensar que lograremos sorprenderlos de lleno. Eso nos proporcionará un importante margen de actuación antes de que las autoridades del mando síndico de Sancere se den cuenta siquiera de que les traemos la guerra.

—Los astilleros de Sancere producen muchos acorazados y cruceros de batalla síndicos —señaló el capitán Duellos.

Geary les dedicó a sus comandantes de navío una sonrisa forzada.

—Si nos encontramos la mitad de las cosas que creemos, será un entorno lleno de objetivos. Por eso es fundamental que coordinemos los ataques. Si las naves empiezan a abrir fuego cada vez que avistemos un objetivo atractivo puede resultar que mientras volamos en átomos una nave síndica otra media docena salga indemne. No queremos que se escape ni una.

Estaba claro que les había gustado oír aquello. Seguramente contribuiría a mantenerlos bajo control cuando se enfrentaran a un abundante número de objetivos.

—Capitana Tyrosian. —Ella asintió—. Las naves auxiliares rápidas de la flota que hay en su división han hecho un trabajo fantástico fabricando nuevas cargas cinéticas y distribuyéndolas a los demás combatientes. Hay que felicitar a las tripulaciones de la *Titánica*, la *Hechicera*, la *Trasgo* y la *Genio* por el duro trabajo llevado a cabo y por su dedicación.

Tyrosian parecía satisfecha, y tenía todo el derecho de estarlo. *Gracias a las estrellas del firmamento por que ninguna de las naves auxiliares fuera lo bastante estúpida como para marcharse con Falco. Necesito esas naves y lo que pueden hacer por esta flota si quiero llevarla a casa.*

El capitán Tulev frunció el entrecejo.

—Aunque tengamos muchas razones para pensar que pillaremos a los síndicos completamente desprevenidos, también tenemos que suponer que las defensas del sistema Sancere estarán al día y serán numerosas.

—Estoy de acuerdo —afirmó Geary—. Haremos que la flota adopte una formación de ataque de uso general para saltar, pero la modificaremos en cuanto me haga una idea de cuál será la mejor forma de deshacernos de las defensas. Como todos bien saben por el borrador del plan de batalla que les facilité, las naves del destacamento especial Furiosa fingirán romper la formación. Esperamos que esto atraiga a algunas naves síndicas y nos deje vía libre para tomar la puerta hipernética.

Hizo una pausa. No quería hundir el entusiasmo que había visto ante la idea de alcanzar la puerta.

—También tenemos que suponer que los síndicos intentarán destruir la puerta antes de que la usemos.

—Las puertas son muy robustas —adujo uno de los comandantes de navío—. Soportan una gran cantidad de daños gracias a sus componentes redundantes.

—Sí —convino Geary. *Se construyeron así, ahora lo sé, porque si fallaban, las consecuencias podían ser inmensas, pero si le cuento eso a todo el mundo, podría acabar por provocar un ataque de pánico en el momento crucial*—. Pero no se diseñaron para contener un ataque deliberado. Tal vez no sea posible llegar a esa puerta a tiempo. Pero vamos a intentarlo con todas nuestras fuerzas.

Pasaron varios segundos de silencio; entonces uno de los comandantes de destructor habló.

—Señor, ¿qué hay de las naves que se marcharon en Strabo?

Geary apretó los dientes antes de contestar.

—No podemos hacer mucho. Joder, no podemos hacer nada. Ni siquiera podíamos salir detrás de ellos para ayudarlos porque no sabíamos a qué estrella iban a saltar. —*Porque yo había bloqueado la comunicación, a través de la cual no me cabe la menor duda de que el capitán Falco intentaba decirle a todo el mundo exactamente eso, además de emitir su insensato llamamiento a la lucha*—. Creo que van directos a una sierra circular síndica que los va a hacer trizas. El espíritu de lucha está muy bien, de hecho es absolutamente fundamental, pero es un pésimo escudo contra las armas enemigas.

Hizo una pausa porque odiaba tener que decir aquello en voz alta, pero tenía la sensación de que tenía que afirmar una verdad que todos ellos ya sabían.

—Pero tienen una opción.

—¿Ilión? —preguntó el capitán Duellos—. Usted les dio el nombre de ese sistema estelar antes de que saltaran de Strabo. No pude evitar darme cuenta de que eso está al alcance de salto de Sancere.

—Sí. —Geary señaló el visualizador estelar que había sobre la mesa. *Por supuesto, Duellos ya ha investigado la cuestión*—. Si podemos hacer uso de la puerta hipernética de Sancere, desde allí saltaremos a Ilión.

—¿Por qué Ilión? —inquirió el capitán de la *Terrible*—. No es la mejor ruta para regresar al espacio de la Alianza desde Sancere.

—Es cierto —confirmó Geary con calma—, pero es él único sistema estelar que podrán alcanzar esas naves que abandonaron la flota si se dan la vuelta para tratar de volver a reunirse con nosotros. Si logran escapar de los síndicos, pueden retroceder hasta Ilión y reencontrarse con nosotros allí.

El capitán Tulev estaba mirando el visualizador con gesto sombrío.

—Quiere decir si alguno de ellos logra escapar de los síndicos.

—Sí. Si lo logran, sabrán dónde encontrarnos. —Geary paseó la vista en torno a la mesa, mirando a los ojos de todos ellos—. Eso supone un riesgo para nosotros. Como se ha señalado, no es la mejor ruta para regresar al espacio de la Alianza, y

probablemente tendremos que quedarnos por Ilión más tiempo del que nos gustaría para poder darles a las otras naves la opción de encontrarse de nuevo con la flota. Pero es lo único que podemos hacer, y he tomado la decisión de correr ese riesgo por el bien de las naves y las tripulaciones de la Alianza.

Se hizo otra pausa; entonces el capitán de la *Terrible* asintió.

—Sí, señor. Gracias, capitán Geary. Sé que no acepta votaciones en relación a sus decisiones, pero yo habría votado a favor.

Nadie lo contradijo. Geary también asintió.

—Gracias. —¿Qué más digo? ¿Por favor, que a ningún otro capitán de navío se le ocurra huir a otra estrella?

Pero no parecía que fuera necesario decir nada más. La incertidumbre que Geary había respirado se había visto reemplazada por diversos grados de entusiasmo y resignación. La reunión se disolvió y las presencias virtuales fueron desapareciendo hasta que solo quedó la del capitán Duellos, que miró a Geary con gesto serio.

—Tendría que haberles hablado de Ilión directamente. Yo iba a sacarlo a relucir después de haber adivinado lo que significaba, pero la *Terrible* se me ha adelantado.

Geary se encogió de hombros.

—No estaba seguro de si lo aceptarían, ni de cómo se tomarían cualquier cosa relacionada con las naves que siguieron a Falco.

—Usted no es el único que está asustado, capitán Geary. —Duelos sonrió brevemente mientras Geary lo miraba sorprendido—. Oh, lo disimula muy bien, pero yo lo sé porque a estas alturas lo conozco lo suficiente como para leer las señales. No se deje engañar por el discurso de valentía de mis compañeros capitanes. Todos estamos asustados, todos nos preguntamos si el siguiente sistema será el último, todos dudamos de si nuestro futuro incluirá un campo de trabajo síndico como el que encontramos en Sutrah Cinco.

Geary se sentó dándose golpecitos en la frente con el puño.

—Necesitaban oír que sigo pensando que tenemos que regresar todos, incluso los que se largaron.

—Exacto. —Duelos dejó escapar un profundo suspiro—. Esa es la única esperanza para esas cuarenta naves, por cierto. Huir.

—Lo sé. —Geary pasó la mano por encima del visualizador estelar, viendo cómo su dedo índice cruzaba constelaciones—. Pero me han dicho que la flota nunca huye.

—¡Ja! Déjeme adivinar. ¿Desjani?

Geary esbozó media sonrisa en un extremo de su boca.

—No.

—Ah, muy bien. Ha estado observando y aprendiendo de usted. Veamos... ah, claro, Crésida. Nuestra pequeña agitadora de la *Furiosa*.

—Los demás capitanes parecían estar de acuerdo con ella —apuntó Geary.



Duelos sonrió.

—¿Los del destacamento especial Furiosa? Naturalmente. Porque usted los seleccionó por su calidad. Pero si usted no estuviera al mando, hasta ellos flaquearían si las cosas se pusieran feas de verdad, igual que lo harán cuando Falco, *el Aguerrido* arremeta contra las emboscadas síndicas que usted y yo esperamos que encuentre.

Geary jugueteó con los controles, con la mente ausente.

—¿Qué cree que ocurrirá? ¿Qué hará Falco?

—Desmoronarse —afirmó Duellos con toda seguridad—. En serio. En su mejor momento llegó a ser un comandante competente, aunque falto de imaginación; en el peor, el capitán Falco supuso que el enemigo estaba tan impresionado con él como él mismo. El enemigo no siempre se adecuaba a esa suposición, para desgracia de las fuerzas de la Alianza que estaban bajo el mando de Falco.

Geary asintió pensando que esas descripciones resumían a la perfección lo que había averiguado de las batallas de Falco anteriores a su captura.

—Pero no era incompetente del todo. Todavía no me puedo creer que estuviera decidido a embestir contra cierta trampa síndica con esa fuerza tan pequeña. A decir verdad, no puedo creer que hubiera tantos oficiales al mando dispuestos a seguirle.

Duelos torció el gesto como si tuviera mal sabor de boca.

—El poder de persuasión del capitán Falco no ha mermado mucho. Al final conseguí una copia del mensaje que había distribuido físicamente entre las naves a cuyo mando había capitanes con posibilidades de simpatizar con él. Hasta yo lo encontré bastante emotivo e inspirador.

—Lástima que ninguno de esos capitanes considerara apropiado informarme sobre ello —señaló Geary amargamente—. Eso podría haber salvado a algunos de sus colegas oficiales y sus naves. Pero no me extraña oír que fuera emotivo. Me dio la impresión que el capitán Falco cree honestamente que es el único que puede salvar a la Alianza. En ese aspecto, no es un farsante.

—Oh, él se preocupa por la Alianza —admitió Duellos—. O más bien se preocupa por lo que él cree que es la Alianza. Sus discursos tienen ese poder porque le salen del corazón. Pero como Falco también cree que solo él comprende qué es lo que hay que hacer y cree que solo él puede hacer lo que hay que hacer, hace mucho tiempo que se convenció a sí mismo de que salvar la Alianza y avanzar en su carrera y en su poder son la misma cosa. —Duelos suspiró profundamente—. Se pasó veinte años adentrándose más y más en ese círculo mental, y se puso en marcha convencido de que era el salvador de la Alianza.

Geary reflexionó sobre aquello antes de volver a asentir.

—Sus argumentos tienen tanta fuerza porque se los cree de verdad, pero tienen aún menos base real ahora que hace veinte años.

—Mucha menos base real. —Duelos se encogió de hombros; parecía muy triste

—. Y además, el capitán Falco se ha pasado mucho tiempo en un campo de trabajo, donde manda la rutina. ¿Se ha dado cuenta de lo mucho que le cuesta ahora adaptarse a algo inesperado, incluso en una conversación? No ha tenido que lidiar con emergencias, no ha estado combatiendo. Está terriblemente desentrenado en el mando de una nave. Ese es solo el lado mental del asunto. Físicamente está más viejo y ha estado viviendo bajo unas condiciones opresivas, con una alimentación pobre y falta de servicios médicos adecuados.

—Cuando me puse al frente de esta flota, había pasado un siglo desde la última vez que estuve al mando —advirtió Geary secamente.

Esta vez Duellos sonrió.

—Para nosotros. Para usted no habían pasado más que unas semanas. Y perdone si le soy franco, pero lo único que tiene en común con el capitán Falco es la insignia de su rango.

—Me alegra oír eso —admitió Geary sonriendo para dar a entender que no se tomaba el cumplido demasiado en serio—. De modo que cree que el capitán Falco no logrará dirigir bien su flota.

Duelos volvió a asentir con severidad.

—¿Y qué harán entonces esas naves? ¿Adentrarse en las fauces de la flota síndica en un glorioso ataque a muerte?

Duelos estuvo mirando un instante el visualizador estelar con gesto grave.

—No lo creo probable. Un glorioso ataque a muerte requiere que haya alguien que lo dirija. A menos que me equivoque, Falco se verá superado y será incapaz de hacerlo. Los demás capitanes con experiencia, como Numos y Faresa, no son ni inspiradores ni adecuados emocionalmente para acometer un acto de valerosa desesperación como ese. Así que no habrá líder que dirija un ataque. En el peor de los casos, pierden la razón y se dispersan, convirtiéndose en una presa fácil para los síndicos. En el mejor de los casos, recuerdan Ilión y emprenden el viaje de regreso manteniendo la formación unida para protegerse los unos a los otros. Los síndicos no se esperarán que vuelvan a saltar al espacio síndico, lo cual les daría una oportunidad de conseguirlo. Una pequeña, pero ahí está.

Geary asintió con los ojos clavados en las mismas estrellas.

—Parece que haya estado escuchando mis oraciones a mis antepasados. Rezo por que sea eso lo que hagan esas naves.

—Si vienen a Ilión —afirmó Duellos—, puede que haya síndicos persiguiéndolos. Muchos síndicos.

—Lo sé. Estaremos preparados si eso ocurre. Listos para salir de Ilión si las probabilidades son demasiado bajas, o para darle una patada en el culo a la fuerza síndica a mitad de camino de este sector si las probabilidades se ponen de nuestra parte.

—También debería haberles dicho eso a nuestros capitanes de navío —aconsejó Duellos.

—Lo haré, en un mensaje antes de saltar. —Geary tomó una buena bocanada de aire—. ¿Cree que alguien más se irá?

—¿Ahora? No. Incluso los que temen seguirlo a usted temen aún más abandonar la flota. Eso fue lo que evitó que se fueran con Falco.

Geary se echó a reír.

—Supongo que ese es el mejor respaldo que puedo esperar.

Duelos se levantó y saludó.

—Le veré en Sancere, capitán Geary.

Geary se puso firme y devolvió el saludo.

—Cuenta con ello.

Para sorpresa de Geary, en el momento en que Duellos desapareció, la imagen de la comandante Crésida reapareció. Parecía ojerosa al saludarlo.

—Tengo algo que podría funcionar.

—¿De verdad? ¿Podemos limitar el despliegue energético del fallo de la puerta?

—En teoría. Si los cálculos son exactos. —Crésida esbozó un gesto de impotencia—. No sabremos si realmente puede funcionar hasta que lo probemos.

—Y si no funciona, no tendremos la oportunidad de probar otra cosa —señaló Geary con amargura—. Con todo, buen trabajo.

—Señor. —Crésida vaciló—. Hay algo más.

Geary sostenía en una mano un disco de datos mientras la flota efectuaba el salto, dejando atrás la hinchada silueta del sol de Cydoni. El salto a Sancere les llevaría dos semanas, un período ininterrumpido en el espacio de salto que ningún miembro de la flota salvo Geary había experimentado. Se levantó saludando a la capitana Desjani con un gesto, consciente de que debía de tener un aspecto algo distraído.

—Estaré en mi camarote.

Enfrascado en sus pensamientos, el camino hasta su camarote se le antojó extrañamente corto. Al llegar allí con lo que le pareció una sorprendente velocidad, Geary se sentó y dio un golpe seco a los comandos de comunicación.

—Señora copresidenta, necesito hablar con usted.

—Me temo que no es conveniente. —La voz de Victoria Rione no solo sonaba más fría que el propio espacio, sino también cansada.

—Me temo que debo insistir.

Se produjo un silencio antes de que llegara su respuesta.

—¿De qué se trata?

—Algo de extrema importancia.

—¿Se supone que debo confiar en su valoración?

Geary reprimió una réplica iracunda.

—Me da igual si confía en ella o no. La necesito aquí para hablar de algo. Si de verdad le interesa la seguridad de la Alianza, vendrá a hablar conmigo.

—¿Y si no lo hago?

Geary miró la pared que tenía enfrente. Podía amenazar con usar la fuerza, pero eso no predispondría a Rione a escuchar. Además, podría no funcionar. No con la copresidenta Rione.

—Por favor, señora copresidenta. Le juro por el honor de mis antepasados que se trata de algo que debe saber.

Esta vez la pausa fue más larga.

—Muy bien, capitán Geary. Sigo creyendo en el honor de sus antepasados. Estaré allí enseguida.

Geary se recostó pesadamente frotándose lo ojos. *Y pensar que hubo una vez en que esperaba con impaciencia las visitas de Rione. Pero esto es demasiado importante. No puedo eludirlo.*

La campana de la escotilla sonó y Rione entró con el rostro impasible y los ojos brillantes como el hielo.

—¿Sí, capitán Geary?

Él señaló con un gesto un asiento que había delante de él.

—Siéntese, por favor.

—Estoy bien de pie.

—¡Que se siente! —Aquel bramido sorprendió tanto a Geary como a Rione—. Perdóneme. El asunto que tengo que discutir con usted es de extrema importancia.

El tono formal lo ayudó a mantener la voz baja.

Ella lo miró con los ojos entornados, pero se sentó despacio con la espalda bien erguida.

—¿De qué se trata, capitán Geary?

A Geary se le hacía difícil mirarla; sus ojos se desviaban hacia el paisaje estelar, imaginando los estragos que causaría en él una explosión de la magnitud de una supernova.

—He estado pensando en lo que puede suceder en Sancere, que tiene una puerta hipernética, como sabe. Suponía que los síndicos intentarían destruir esa puerta. Desde entonces se me ha informado de que la destrucción de las puertas hipernéticas podría liberar enormes cantidades de energía. O quizá ninguna en absoluto. Todo eso en teoría.

Su voz sonó tan fría como siempre.

—¿Enormes cantidades de energía? La construcción del sistema hipernético se aprobó mucho antes de que yo entrara a formar parte del senado de la Alianza, así que no sé mucho sobre los detalles técnicos. ¿Qué significa enorme?

—Al nivel de una supernova. —Por fin aquel dato provocó un cambio en Rione, cuyos ojos se abrieron de par en par, perplejos. Geary respiró profundamente—. Uno de los capitanes de navío, la comandante Crésida, sugirió una teoría sobre las puertas hipernéticas. Si su teoría es acertada, el modo en que se destruyan los ronzales, los tiempos exactos y la secuencia en que pierdan el agarre de la matriz de partículas calibrará el nivel de energía liberada. La red de la flota hizo los cálculos con cierta dificultad y propuso un algoritmo de uso armamentístico que podría permitirnos reducir la escala de cualquier cantidad de energía liberada a la mínima expresión.

Rione seguía empleando su frío tono de voz, aunque ahora dejaba traslucir también su asombro.

—¿Por qué le preocupa esto, capitán Geary? Admito que este dato acerca del potencial peligro que conllevan las puertas hipernéticas es sorprendente, pero si ha aprendido a controlar ese peligro, parece algo positivo.

Geary bajó la vista hacia el disco plateado que sostenía en la mano.

—Me preocupa, señora copresidenta, por el corolario. Para encontrar el modo de minimizar la liberación de energía, también hemos tenido que encontrar el modo de maximizarlo. —Alzó el disco y por fin la miró—. Tendríamos los medios para utilizar las puertas hipernéticas como si fueran las armas más destructivas de la historia de la humanidad. En teoría, podríamos destruir no solo sistemas estelares individuales, sino regiones espaciales enteras.

Victoria Rione lo estaba mirando con la angustia reflejada en el rostro.

—¿Cómo puede ser que las estrellas del firmamento permitan algo así? Creía que, cuando la humanidad dejó la ancestral Tierra, había eliminado la amenaza de la extinción racial, que la dispersión a lo ancho de las estrellas nos salvaría de eso. Pero armas como esta... —Sus ojos se fijaron en el disco—. ¿Qué es eso?

—El algoritmo para maximizar una explosión. La red de la flota tuvo que descifrar ambos, ya se lo he dicho. —Se lo lanzó y ella lo cogió automáticamente—. Prefiero que lo tenga usted antes que cualquier otra persona. Me he asegurado de borrarlo del sistema de la flota y que quede sobrescrito. Esa es la única copia que existe.

Ella miraba el disco como si fuera una serpiente venenosa.

—¿Porqué?

Geary decidió interpretar la pregunta como si esta estuviera refiriéndose a ella.

—Porque, señora copresidenta, es demasiado peligroso como para confiárselo a nadie más. Incluido yo.

Rione miró a Geary.

—¿Para qué confiárselo a nadie? ¿Para qué guardar siquiera una copia?

—Porque si nosotros hemos podido averiguarlo, entonces cualquiera puede hacerlo.

Esta vez Rione palideció.

—Cree que... Pero si los síndicos tuvieran esto...

—Probablemente la Alianza ya habría padecido las consecuencias —dijo Geary terminando la frase por ella—. Estoy de acuerdo. No creo que los síndicos se hayan parado a pensarlo. Ni siquiera creo que la comandante Crésida haya pensado que las puertas son armas terroríficas en potencia. Pero creo que hay alguien que sí lo sabe.

—No lo entiendo —dijo Rione, ahora acalorada a juzgar por su tono—. Si no cree que los síndicos se hayan dado cuenta de esto, ¿está diciendo que la Alianza sí lo ha hecho?

—No. Los síndicos no, y nadie de la Alianza. —Geary habló con franqueza a sabiendas de que sus palabras eran brutales, pero sintiendo que debía exponer sus razones—. He visto lo que piensan los oficiales de esta flota tras un siglo de guerra intercambiando atrocidades con los síndicos. Si la Alianza supiera que las puertas son armas, ya habría empezado a volarlas, a arrasar el sistema estelar síndico al por mayor. ¿Es correcto, señora copresidenta?

Rione permaneció sentada en silencio un momento, luego asintió.

—Creo que tiene muchas probabilidades de estar en lo cierto —admitió ahora con voz tranquila—. Entonces, ¿quién cree usted que tiene conocimiento de esto? No existe ningún mundo que no forme parte de los Mundos Síndicos o, al menos nominalmente, de la Alianza. No hay nadie más.

—Nadie que nosotros sepamos —corrigió Geary con los ojos clavados de nuevo en el paisaje estelar—. Nadie humano.

—¿Habla en serio? —Rione sacudía la cabeza de un lado a otro—. ¿Qué pruebas tiene?

—¿De dónde salió la hipernet?

La pregunta pareció pillarla por sorpresa y olvidó su hostilidad por un instante.

—Los avances se produjeron de forma muy súbita. Es lo único que sé.

—Y aún no comprendemos la teoría que hay detrás —añadió Geary—. Eso fue lo que dijo la comandante Crésida y lo que la base de datos de la flota confirmó. ¿Cuándo obtuvieron los síndicos la tecnología hipernética?

—Más o menos al mismo tiempo que la Alianza.

—Curiosa coincidencia, ¿no cree? —Hizo una pausa—. He oído que la Alianza cree que los síndicos robaron la tecnología. Es una hipótesis plausible.

Rione asintió con los ojos entrecerrados.

—Sí, pero yo he visto informes en los que se afirma que los síndicos piensan que fuimos nosotros quienes les robamos a ellos la tecnología. —Cerró los ojos en actitud reflexiva—. ¿De verdad está insinuando que fueron seres inteligentes no humanos los que nos proporcionaron la tecnología? ¿A ambas partes? Pero ¿por qué? La hipernet nos ha beneficiado enormemente. La capacidad de viajar tan velozmente de una

estrella a cualquier otra de la red ha supuesto un tremendo impulso para las civilizaciones humanas.

Geary se hundió aún más en su asiento mientras se frotaba los ojos.

—¿Alguna vez ha oído mencionar algo llamado «caballo de Troya»? ¿Algo que parece un regalo atractivo, pero que en realidad es un arma peligrosa?

Rione se quedó mirándolo con el semblante pálido de nuevo.

—¿Cree que alguien, algo, nos dio esas puertas sabiendo que las construiríamos y que podían emplearse como armas contra nosotros?

—Sí. —Geary hizo un gesto con la mano señalando el visualizador—. Hay puertas hipernéticas en todos los sistemas estelares importantes de todas las culturas y agrupamientos humanos. Imagine lo que sucedería si en cada uno de esos sistemas explotara una supernova. Joder, hasta una nova. O incluso una mininova.

—Pero... ¿por qué?

—A lo mejor nos tienen miedo. Tal vez solo quieren evitar que los molestemos. Tal vez solo es un seguro por si alguna vez los amenazamos. O tal vez es su forma de combatir, escondiéndose entre las sombras y atrayendo a su enemigo hacia una trampa. —Geary sacudió la cabeza—. Esta guerra comenzó por razones que nadie acaba de entender y ha seguido durante tanto tiempo que ya no tiene sentido. Por desgracia, no tiene nada de excepcional en la historia del ser humano, pero esta guerra ha mantenido a la raza humana ocupada en un conflicto interno durante el último siglo. Por lo que sabemos, ni los síndicos ni ninguna parte de la Alianza han llevado a cabo ninguna expansión hacia nuevos sistemas estelares durante los últimos cien años. Lo he comprobado.

Victoria Rione tenía la mirada perdida y sus ojos se estrecharon.

—Sin embargo, sus ideas no dejan de ser una especulación. ¿Existe alguna prueba?

—No hay pruebas. Hubo algo raro en Kaliban, los marines descubrieron que alguien había abierto la cámara de seguridad síndica mediante el uso de herramientas no reglamentarias y nadie pudo explicarse por qué los síndicos harían algunas de las cosas que hicieron al abandonar el sistema. Pero eso no prueba nada, salvo la existencia de algo fuera de lo normal.

Rione desvió la mirada hacia el paisaje estelar.

—¿Cómo se podrían detonar todas las puertas hipernéticas para que explotaran al nivel adecuado de energía? ¿Sería posible enviar una señal de alguna clase a través de hipernet? No conocemos modo alguno para utilizarlas con ese fin.

—Pero tampoco sabemos una mierda sobre cómo funcionan —indicó Geary—. Mientras que ni nosotros ni los síndicos ganemos la guerra, creo que estamos a salvo. Si no me equivoco respecto a lo que, lo admito, no es más que especulación.

—Una especulación espantosa, capitán Geary.

Él asintió mirándola de nuevo.

—Le estaría agradecido si también usted pensara en ello. Le estaría increíblemente agradecido si pudiera decirme que me equivoco. Pero, independientemente de eso, por favor, guarde ese disco en un lugar seguro. Escóndalo en alguna parte y no me diga dónde.

—Estoy segura de que ni siquiera usted estaría tentado a usarlo.

—¿Ni siquiera yo? —Geary se echó a reír con dureza—. ¿Ni siquiera yo? ¿Acaso todavía hay algo que cree que no estaría dispuesto a hacer, señora copresidenta? ¿Debería estarle agradecido?

—¡Tan agradecida como yo lo estoy por que me haya entregado el instrumento de la extinción de la raza humana! —le espetó Rione.

Geary se mordió la lengua y entonces asintió.

—Lo siento. Pero no podría confiar en nadie más para que no hiciera uso de ello.

—Usted declaró que quería evitar la matanza de civiles y la devastación de planetas. —Rione parecía estar suplicándole—. ¿Me está diciendo que eso tampoco era verdad?

Geary se encendió.

—¿Tampoco? ¡Escuche, señora copresidenta, aún no ha podido demostrar que haya engañado a alguien! Mientras no lo haga, le agradecería que no hablara como si ya hubiera perdido todo mi honor.

Rione tensó el gesto, pero asintió.

—Muy bien, capitán Geary. Me abstendré de atribuirle deshonor hasta que demuestre lo contrario.

Su voz no dejaba lugar a dudas de que esperaba que eso ocurriera de un momento a otro.

—Gracias —respondió Geary con frialdad—. Bien, en cuanto a su pregunta, no, espero no desear nunca utilizar eso. Pero me he imaginado entre la espada y la pared, con los síndicos a punto de salir victoriosos y me lo he preguntado. Si pareciera que todo está perdido, ¿caería en la tentación de aprovechar esta última oportunidad, a pesar del riesgo que supone que una descarga energética destinada a destruir a los síndicos acabara por destruir mucho más? Y no puedo decir con absoluta certeza que no lo haría. Así que prefiero no contar con esa opción.

—¡Y, en lugar de eso, quiere que sea yo la que esté tentada!

—Confío más en usted que en mí mismo, señora copresidenta. Yo me concentro en salvar a esta flota. Usted tiene una perspectiva más amplia. —Geary miró al vacío por un momento—. Por si no se le ha ocurrido pensarlo, también acabo de darle el arma definitiva contra *Black Jack* Geary. Usted podría detenerlo, si llegara a darse el caso.

Sabía que ella lo estaba mirando.



—Así que ahora admite que *Black Jack* es un peligro para la Alianza.

—Ya he admitido que es un peligro para esta flota. No me puedo permitir el lujo de pensar que soy lo que mucha gente de la Alianza cree sobre *Black Jack Geary*. Pero estoy seguro de que usted me ayudará a seguir siendo honesto.

—He intentado hacerlo desde que asumió el mando de esta flota, aunque ahora mismo creo que he fracasado al respecto. —Alzó el disco—. ¿Cómo puedo saber que esta es la única copia? ¿Cómo puedo saber que no tiene otra?

—¿Por qué iba a mentir acerca de eso? —inquirió Geary—. ¿Qué beneficio sacaría?

—No lo sé. Todavía. —Rione rodeó el disco con los dedos y volvió a ocultarlo—. Ya me engañó una vez, capitán Geary. Creí que lo conocía. No dejaré que vuelva a hacerlo.

—Tal vez la única persona que la está engañando sea usted misma —le espetó Geary.

—Tal vez —contestó Rione, aunque su voz y su expresión decían que no estaba de acuerdo—. Yo ya sé lo que voy a hacer durante el largo período que nos queda hasta llegar a Sancere. ¿Qué va a hacer usted?

—¿Por qué le preocupa? —inquirió Geary encogiéndose de hombros—. No voy a conspirar para tomar el mando de la Alianza ni para atacar el sistema interior síndico otra vez, si es eso lo que le interesa saber.

—Parece saber cuáles son mis inquietudes. ¿Cuáles son las suyas, capitán Geary?

Para su sorpresa, la pregunta parecía sincera.

—Mis inquietudes. —Bajó la mirada sintiendo el peso del mando sobre sus hombros—. Me inquieta que los síndicos hayan anticipado este movimiento. Me inquietan las cuarenta naves de esta flota que estoy seguro estarán cayendo directamente en una trampa bajo el mando de ese loco iluso de Falco y su estúpido amigo Numos.

Rione asintió.

—Le voy a añadir una inquietud más. Si no se equivoca en lo que se refiere al origen y el posible propósito ulterior de las puertas hipernéticas, ¿se atreve a ganar, capitán Geary?

—¿Ganar? —rió—. ¿Cree que estoy pensando en ganar esta guerra? Mi intención es llevar a esta flota a casa sana y salva, señora copresidenta. Y por el camino, quizá infligir algún golpe al esfuerzo bélico síndico. Pero no me hago ilusiones de que nada de lo que haga vaya a sacarnos del punto muerto en el que nos encontramos.

—Pero ha dado con un arma que podría hacerlo.

Geary tomó una amplia bocanada de aire y exhaló lentamente antes de responder.

—Esa es un arma que no voy a utilizar por decisión propia. Espero que nunca tenga que hacerlo, pero sin duda no será porque yo lo elija. Guárdela bien, escóndala,

señora copresidenta. Cuando lleguemos a casa, estoy seguro de que habrá gente a la que podrá confiarle este descubrimiento.

Ella negó con la cabeza.

—Ahí se equivoca, capitán Geary. No hay nadie a quien se le pueda confiar este descubrimiento.

—¿Quiere destruirlo?

—¿Y si lo hiciera?

Geary recapacitó por unos instantes.

—Supongo que no lo llegaría a saber. Depende de usted.

Rione se levantó y se acercó para mirar a Geary.

—No le entiendo. Cada vez que pienso que le entiendo, hace algo que no encaja con lo que sé de usted.

—Tal vez le esté poniendo demasiado empeño —dijo Geary sonriendo con severidad—. No soy tan complicado.

—No se subestime, capitán Geary. Es usted mucho más complicado que cualquier teoría que se esconda tras la hipernet. Solo espero conseguir comprenderlo al final.

Él asintió.

—Cuando lo consiga, envíeme un informe para que los dos me entendamos.

—Lo haré. —Rione se dio la vuelta para marcharse, luego se giró para mirarlo—. O es usted el demagogo más peligroso, el que de puertas afuera finge perfectamente ser tan honesto y honorable que los demás no encuentran razones para odiarlo o desconfiar de él, o he vuelto a juzgarlo mal. Espero sinceramente haberme equivocado, capitán Geary, porque si no, es usted más peligroso de lo que había pensado.

La miró mientras salía y sintió una sensación reconfortante, a pesar de su evidente desconfianza y hostilidad hacia él. Si había algún miembro de esa flota a quien se le pudiera confiar el contenido de aquel disco, sin duda esa era la copresidenta Rione. *«Peligroso».* No hace tanto tiempo, me habría echado a reír al oír esa descripción. Pero ahora sé que existe un arma. Lo que haga con ese conocimiento podría sentenciar algo más que la Alianza.

*¿Qué saben los síndicos? Fueron ellos quienes empezaron esta maldita guerra. ¿Por qué? ¿Sabían algo que los obligó a hacerlo?*

Geary había olvidado la picazón que se sentía después de pasar demasiado tiempo en el espacio de salto, como si su propia piel dejara de pertenecerle y ya no encajara bien del todo. Pero ahora, sentado en el puente de mando del *Intrépido*, esperando a que la flota saliera del espacio de salto, apenas lo notaba. En unos pocos minutos sabría si había valido la pena arriesgarse, al menos en parte. Era más que probable que en unos días supiera lo que sucedía cuando se destruía una puerta hipernética.

La representación de Sancere flotaba junto a su silla. La inteligencia de la Alianza sabía bien poco acerca del sistema, y la antigua guía del sistema estelar síndico no ofrecía mucha más información, ya que datos como los números y la localización de instalaciones defensivas eran confidenciales. Sin duda, Sancere era rico tanto en recursos como en puntos de salto. Ocho planetas importantes orbitaban alrededor de la estrella; otros dos pequeños, en órbitas cercanas; dos más, a una distancia tal que permitía que fueran habitables, uno de ellos casi perfecto; luego un planeta más frío, pero útil, algo más alejado, y tres gigantes gaseosos ricos en recursos mucho más lejos. La flota de la Alianza regresaría al espacio normal justo a las puertas de la órbita del último gigante gaseoso, a unas tres horas luz y media de la estrella.

—Un minuto para salir del espacio de salto —informó la capitana Desjani con calma.

Geary echó un vistazo por el puente de mando. Todos los consultores parecían estar ligeramente nerviosos, pero, más que asustados, emocionados. *La ignorancia es una bendición*, pensó. *No, eso no puede ser verdad. Ahora mismo, lo que no sé me está volviendo loco. La ignorancia solo es una bendición si uno no sabe que es un ignorante.*

Geary seguía meditando esa idea cuando la escotilla del puente de mando volvió a abrirse y la copresidenta Rione entró y se dirigió al asiento del observador, que no había ocupado desde su discusión con Geary en el sistema estelar Sutrah. Él miró a Rione y ella lo miró a su vez sin pestañear, con gesto adusto y los ojos fijos, pero sin delatar sentimiento alguno. Geary volvió a recordar sus días como alférez, cuando los evaluadores se colocaban a su espalda en los simuladores de navío, listos para saltar a cada error que cometía.

La capitana saludó a Rione con formalidad, en una actitud poco receptiva. Había captado la tensión entre Geary y Rione, y siendo Tanya Desjani, se había apresurado a ponerse del lado de Geary para enfrentarse a cualquiera que se opusiera a él. Dado que no quería que estallara una disputa abierta entre ambas mujeres allí mismo, en el puente de mando del *Intrépido*, con él en el medio, esquivando el fuego de ambos bandos, Geary buscó una distracción.

—Capitana Desjani, me gustaría difundir un comunicado a la tripulación del *Intrépido*.

Rompiendo la presión sobre la copresidenta Rione, Desjani asintió mirando a Geary.

—Por supuesto, señor.

Geary tecleó el comando indicado. Podía haberlo hecho sin consultárselo a Desjani, pero no habría sido conveniente dirigirse a la tripulación sin tener la deferencia de pedírselo primero a la capitana.

—A toda la tripulación, les habla el capitán Geary. Estamos a punto de llegar al

sistema estelar Sancere. Sé que todos ustedes están haciendo todo lo posible por defender el honor de la flota de la Alianza. Que las estrellas nos concedan una gran victoria y que nuestros antepasados velen por nosotros.

En cierto modo, no tenía por qué decir todo eso, pero por otra parte era una especie de discurso de motivación que satisfacía una necesidad auténticamente humana. Geary se preguntó si sus especulaciones acerca de la hipernet serían correctas, si aquello que había dotado a la humanidad de la capacidad de crearlo también sentiría esa necesidad por los discursos y los sentimientos.

—Nuestros antepasados nos han traído hasta aquí —advirtió Desjani en un tono más suave. Miró a Geary sin decir lo que él sabía que tenía en mente, que también ellos habían conducido al propio Geary hasta la flota.

Su fe podía llegar a ser desconcertante, pero ella era solo una de las miles de personas de la flota que pensaban de ese modo. *Me pregunto si el capitán Falco ha sentido alguna vez que no está a la altura de la fe que los demás depositan en él, ¿o acaso ni siquiera se molesta en pensar en ello, siempre que la gente esté de acuerdo en que es estupendo? Por lo que vi y por lo que sé de él, Falco no ha dedicado mucho tiempo a preocuparse por los demás ni por su propia habilidad para justificar la fe de los demás. Supongo que no dudar de tu propia infalibilidad elimina una gran cantidad de ansiedad.* La noche anterior, Geary se había pasado un buen rato hablando con sus antepasados, expresando sus miedos y pidiéndoles ayuda. En ocasiones como esa, sería duro no tener fe, pensaba, y se preguntó cómo se las arreglarían los demás para enfrentarse a una crisis con sosiego y sin contar con un apoyo.

—Listos para salir del espacio de salto —anunció uno de los consultores—. Ahora.

A Geary se le encogió un poco el estómago, la piel se le volvió a recolocar en su sitio y las estrellas aparecieron de súbito en el paisaje exterior. En la representación del sistema Sancere empezaron a multiplicarse los objetos como en algún videojuego descontrolado en el que los enemigos apareciesen en manada. Naturalmente, todas esas defensas e instalaciones síndicas ya estaban allí. Lo que ocurría era sencillamente que los sensores de la flota los estaban detectando en ese momento, a medida que los informes iban entrando y los consultores recopilaban los más importantes. La interferencia humana podía ser torpe o más lenta que los sistemas automatizados, pero, a pesar de los errores, la mente humana había demostrado que seguía siendo el mejor modo de filtrar y destacar la información más importante.

—La *Bacnete* informa de la presencia de un satélite de control del sistema síndico en su posición. La *Bacnete* informa de que ha destruido el satélite. Localizadas naves a veinte minutos luz a estribor en el plano del sistema, se sospecha que sean transportes de minerales desarmados. No se ha detectado la presencia de

minas ni se han producido impactos. Identificados seis, repito, seis acorazados clase F en el astillero que orbita el cuarto planeta. Parece que solo uno está operativo. Ocho, repito, ocho cruceros de batalla clase 0 en el segundo astillero que orbita el cuatro planeta. Estado de operatividad indeterminado. Localizada una base militar síndica a cuarenta minutos luz sobre una luna del octavo planeta, al parecer a pleno rendimiento; nueve, no, diez aceleradores de masa en posiciones defensivas alrededor de la base...

Geary estudió rápidamente el visualizador de navegación y clavó un dedo en un comando.

—Capitán Tulev, elimine con sus naves esa base síndica cercana al octavo planeta mediante descargas cinéticas. No quiero darles tiempo para que esquiven ni un solo tiro.

La voz de Tulev tardó unos segundos en contestar.

—Descargando bombardeo sobre localizaciones armamentísticas ahora. ¿Qué hay del resto de la base?

Ahora no había tiempo para preocupaciones o reproches. Solo cabía actuar y reaccionar antes de que el enemigo le arrebatara las opciones de las manos.

—Elimínelo todo. No podemos dejar una amenaza como esa en la retaguardia.

La siguiente base más cercana parecía estar al lado del quinto planeta, a unas tres horas luz de distancia.

—Capitán Duellos, lance desde sus naves cargas cinéticas contra la base militar síndica que orbita el quinto planeta. No lo quiero de por medio cuando lleguemos allí.

—Duelos, sí, señor. Dos minutos para lanzar bombardeo.

Geary se tragó un vituperio al ver que la formación empezaba a romperse; luego se dio cuenta de que lo que estaba viendo era el destacamento especial Furiosa fingiendo un ataque indisciplinado, como estaba planeado. Ojalá engañara tan bien a los síndicos como a él mismo. *Antepasados, por favor, velen por la comandante Crésida para que se repliegue cuando la situación lo requiera.*

—Flotilla de buques de guerra síndica avistada entre las órbitas del quinto y el sexto mundo, a una distancia de cinco punto ocho horas luz de la actual posición de la flota. Diez acorazados, seis cruceros de batalla, doce cruceros pesados, diez, corrección, once naves de caza asesinas. Mostrada posición actual retardada, localización estimada actual basada en los datos de trayectoria retardados, cinco punto seis horas luz de nuestra posición actual.

—Nada que no podemos manejar —advirtió Desjani con una sonrisa incómoda—. Ni siquiera hay bastantes escoltas ligeras para esas unidades de categoría.

—Suficientes para que no podamos hacernos con ellas fácilmente —le recordó Geary—. Creo que las naves grandes están en proceso de formación, tal vez con nuevas tripulaciones o tras un largo período en los astilleros, así que en realidad esa

no es una formación lista para combatir, aunque probablemente los síndicos también le asignen tareas de protección del sistema.

Luego su mirada se centró en la puerta hipernética.

—Allí no hay nada. No hay naves custodiándola. —Entonces surgieron unos símbolos con un destello—. ¿Qué es eso?

Desjani frunció el entrecejo mientras estudiaba los datos.

—Unidades defensivas sigilosas en torno a la puerta hipernética. Maniobrabilidad limitada, pantallas defensivas considerables y potencia de fuego ofensiva regular.

—¿Pueden maniobrar algo?

Ella asintió para confirmar su respuesta.

—Eso significa que podemos enviar algunas rocas por delante para sacarlos de allí. Las verán llegar y las esquivarán.

Comprobó la distancia. Casi cinco horas luz hasta la puerta hipernética. Incluso si aceleraran hasta sobrepasar la velocidad de combate y volvieran a reducir cuando se aproximaran a la puerta, la flota estaba por lo menos a treinta y cinco horas de viaje de la puerta. *Una carrerita. Pero el destacamento especial Furiosa está «atacando» a una fuerza síndica que se encuentra aún más lejos y que no la verá llegar hasta dentro de casi seis horas. Se van a llevar un susto. Esperemos que el destacamento especial Furiosa centre la atención de los síndicos.*

*Pero no quiero ir directamente hacia la puerta si puedo evitarlo.* Probó varias opciones en el visualizador de maniobra describiendo trayectorias hacia otros objetivos síndicos, y doblándolas en dirección a la puerta a mitad de trayecto. Al trazar una curva en el sistema hacia las instalaciones mineras agrupadas alrededor del gigante gaseoso localizado a una hora luz de la estrella Sancere, y virando más tarde hacia la puerta, el desplazamiento duraría apenas cincuenta y tres horas a la velocidad de combate, una décima de la velocidad de la luz. Pero el objetivo aparente de la flota de la Alianza no se desviaría del gigante gaseoso a la puerta hasta que estuvieran a menos de dos horas luz de distancia, o tal vez algo más de dieciocho horas de viaje. No era ideal, pero dejaría poco tiempo para la reacción de los síndicos, si no habían desplegado ya refuerzos en la puerta.

—Mire —le dijo Geary a Desjani—. Vamos a seguir este rumbo, como si intentáramos eliminar las instalaciones mineras del gigante gaseoso y luego continuáramos en el sistema, arrasando otras cosas, pero en lugar de eso cambiaremos la trayectoria para enfilar hacia la puerta.

Ella asintió estudiando el plan de Geary.

—Podemos lanzar un bombardeo cuando alcancemos el punto más cercano al gigante gaseoso y eliminar de todos modos una buena parte de esas instalaciones.

—¿Las vamos a necesitar para algo? —preguntó Geary—. Puedo averiguarlo antes de que lleguemos al punto de fuego. Tengo mucho tiempo para preguntárselo a

la capitana Tyrosian, de la *Hechicera*.

Los ingenieros al mando de las naves auxiliares de la flota, la *Titánica*, la *Hechicera*, la *Trasgo* y la *Genio*, sabrían qué materias primas hacían falta para manufacturar los instrumentos que necesitaría la flota para seguir adelante. Volvió a consultar el visualizador para tratar de decidir si debería modificar ya la formación; entonces decidió que no. Todavía era demasiado pronto para saber cómo iba a reaccionar la flotilla de buques de guerra síndica, y esa formación le vendría bien para efectuar un ataque contra los astilleros y demás objetivos del sistema.

Geary se tomó un instante para recrearse la vista con los cascos de los acorazados y de los cruceros de batalla en construcción. Una amenaza muy peligrosa cuando estuvieran terminados y tripulados, junto con otros buques de guerra síndicos; ahora solo eran objetivos fáciles que la Alianza podría destruir sin problemas. Aunque siempre cabía la posibilidad de que los síndicos intentaran poner en marcha algunos que estuvieran casi terminados para poder huir. Además de los cascos montados, ahora se habían detectado componentes de otros acorazados y cruceros de batalla. Todos ellos podían ser destruidos fácilmente, así como las instalaciones de los astilleros que los estaban construyendo.

—Es tan raro —observó la copresidenta Rione. Atrapada en aquella situación incierta, su voz había perdido dureza—. Aquí estamos, en guerra, eligiendo nuestros objetivos. Y, sin embargo, prácticamente ninguna instalación, nave o individuo de los Mundos Síndicos sabe siquiera que hemos llegado.

—Lo sabrán —respondió la capitana Desjani con una oscura sonrisa—. Cuando la luz de nuestra llegada les alcance, muchos de los síndicos se van a poner a rezarle a sus antepasados.

Geary tenía que admitir que era interesante imaginar la reacción de los líderes y los ciudadanos de los Mundos Síndicos que habitaban el sistema ante la llegada de la flota de la Alianza. En su visualizador del sistema, la flota irradiaba una burbuja que indicaba el movimiento de luz en la escala del sistema solar Sancere. Vio cómo la burbuja se expandía y cómo su frente cubría ahora el gigante gaseoso más exterior, y que avanzaba hacia los planetas más interiores. A medida que les llegara la luz de la entrada de la flota, los síndicos que se encontraban en las naves mineras y en las instalaciones orbitales irían reaccionando a las repentinas alertas de sus equipos de alarma. Mirarían sin dar crédito a la información que estuvieran recibiendo. Harían una segunda comprobación y ampliarían las imágenes de luz. Con suerte, muchos no darían crédito y enviarían mensajes que tardarían horas en llegar a su destino. Otros se lo creerían y también enviarían mensajes, en este caso para pedir instrucciones.

Todos los mensajes llegarían a las oficinas de los principales líderes síndicos de este sistema estelar casi al mismo tiempo que las imágenes de luz que anuncian la llegada de la flota, contribuyendo así a crear más confusión. Y mientras todo el

mundo estuviera lanzando mensajes desesperados a todo el mundo, la red de comunicaciones síndica empezaría a colapsarse bajo la presión de todo ese tráfico de recados, ralentizando la capacidad de comprensión y de reacción por parte de los síndicos.

Tal vez fuera suficiente para compensar la ventaja que tenían los síndicos a la hora de defender su propio sistema.

—A todas las unidades —ordenó Geary—, mantengan los ojos bien abiertos ante posibles proyectiles cinéticos y campos de minas en movimiento.

Hizo una pausa por un instante para evaluar de nuevo la situación; después decidió finalmente variar el rumbo para fingir un ataque de aproximación contra el gigante gaseoso más cercano al sol de Sancere.

—A todas las unidades del cuerpo principal, les habla el capitán Geary. Modifiquen rumbo tres tres nueve, cuatro grados a estribor en sentido descendente a las cinco punto uno.

Las representaciones de las naves de la flota desplegadas en el visualizador de Geary emitieron brillantes ondas verdes que se dispersaban desde el *Intrépido* a medida que estas recibían y acusaban la orden. Eran tan distintos a la pandilla que había tenido que comandar en Corvus que Geary se sorprendió a sí mismo sonriendo.

Un mensaje entró con un pitido atrayendo su atención.

—Aquí la *Furiosa*. Procediendo con el ataque. El siguiente objetivo será un ataque de aproximación al quinto planeta.

Geary asintió distraído; entonces notó que Rione lo observaba con una mirada de sospecha.

—En realidad, no —le explicó Geary—. Van a fintar hacia el quinto planeta y luego se alejarán. —*Espero*.

La capitana Desjani habló; su voz transmitía inseguridad.

—Las unidades ligeras que tenemos protegiendo el flanco de babor de la formación no pasarán muy lejos de las naves mineras que hay en el gigante gaseoso más exterior.

—Sí. —*De acuerdo, esta vez tienes razón. Esas naves constituyen objetivos legítimos e importantes activos industriales para este sistema*—. Cuarta división de cruceros, sexto y séptimo escuadrón de destructores, al pasar junto al planeta más exterior, entren en combate con tráfico de marina mercante a su alcance. Maniobren como estimen preciso para combatir los objetivos. Informen a las tripulaciones de que deben evacuar esas naves ahora.

Eso tenía en consideración tanto las necesidades militares como las obligaciones humanitarias.

El visualizador del sistema, que seguía buscando y evaluando nueva información, destacó los medios defensivos síndicos de varias lunas y lo que eran simples cuarteles



generales y centros de coordinación en planetas y en localizaciones orbitales. Geary echó un vistazo a los numerosos objetivos, tanto a los que contaban con órbitas fijas como aquellos que se encontraban sobre centros con órbitas fijas. El concepto «rico en objetivos» se quedaba corto. También señaló los acorazados y los cruceros de batalla síndicos que estaban en construcción en los astilleros y luego solicitó al sistema de combate que propusiera un plan de ataque para todo aquello que fueran instalaciones militares o que estuviera relacionado con ellas. Pasados unos instantes, apareció; a lo ancho de toda la flota había naves marcadas para lanzar proyectiles cinéticos a los objetivos más favorables para sus cargas y su geometría. Geary repasó rápidamente la lista y no vio nada raro; entonces pulsó «aprobar», seguido de «ejecutar».

Las naves de la flota de la Alianza empezaron a lanzar muchos más proyectiles, una lluvia de metal sólido cayendo en el corazón de las defensas síndicas, una lluvia que ningún escudo podía repeler. Las autoridades síndicas al mando, que en pocas horas sufrirían el impacto de conocer la noticia de la llegada de la flota de la Alianza, no tardarían mucho más tiempo en ver acercarse aquel bombardeo. En cierto modo era una lástima que las armas tardaran mucho más tiempo en alcanzar sus objetivos que las luces que advertían su llegada, pero ya que los objetivos no podrían evitar ni bloquear los proyectiles, la imagen de una oleada de devastación acercándose tendría bastante tiempo para sembrar el pánico.

Los sistemas de combate resultaron muy útiles al dar el aviso de que habría que advertir a la *Hechicera*, la *Trasgo*, la *Genio* y la *Titánica* de que priorizaran la fabricación de proyectiles de bombardeo cinético de repuesto. Geary tecleó en el panel de control para que se le transmitiera la orden a la capitana Tyrosian, de la *Hechicera*. Todo parecía funcionar de manera fluida y sencilla allí fuera, en los límites del sistema. Sabía que a medida que la flota avanzara hacia el interior, adentrándose entre los síndicos, donde los tiempos de reacción se medían en segundos y en minutos en lugar de horas, las cosas empezarían a causar una impresión mucho menos sosegada. Y a medida que esos proyectiles cinéticos fueran impactando en sus objetivos, una oleada de destrucción se iría extendiendo a lo largo y ancho de los mundos y de los artefactos humanos que orbitaban alrededor de la estrella Sancere. Al recordar la gran cantidad de naves de la Alianza que los síndicos habían destruido en la emboscada tendida en su sistema interior antes de que él asumiera el mando, Geary sintió una lúgubre satisfacción pensando en cómo reaccionarían los líderes síndicos cuando por fin recibieran la noticia del ataque de Sancere. *Pensabais que estábamos asustados, que íbamos a correr tan desesperadamente por salvar nuestras vidas que no podríamos contraatacar. Ahora os dais cuenta de lo equivocados que estabais.*

Había que hacer algo más. Geary se puso firme en su silla para adoptar su pose

más profesional y se dispuso a emitir un comunicado dirigido a todo el sistema estelar.

—Gentes del sistema estelar Sancere, al habla el capitán Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza. Estamos atacando todos los objetivos militares de este sistema. Se recomienda al resto del personal, naves, ciudadanos, colonias, instalaciones extraplanetarias y planetas que se rindan de inmediato. Aquellos que se rindan serán tratados de forma humanitaria conforme al derecho de la guerra. Los que no lo hagan se exponen al riesgo de convertirse en objetivo en la eliminación de instalaciones militares y de recursos. Cualquier ataque o tentativa de ataque contra las naves de la flota de la Alianza será neutralizado con toda la potencia que tenemos a nuestra disposición.

»Por el honor de nuestros antepasados, les ha hablado el capitán John Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza.

Interrumpió la transmisión tomando una profunda y tranquilizante bocanada de aire.

—No estoy hecho para ser actor —le advirtió a la capitana Desjani.

—Desde aquí ha sonado impresionante —respondió ella. La actitud de Desjani hacia la matanza de síndicos se había moderado gracias a la influencia de Geary, pero seguía disfrutando de las amenazas de destrucción masiva como la que este acababa de difundir.

Aproximadamente una hora y media más tarde, la flota arrasó el gigante gaseoso situado más cerca del exterior, los cruceros y los destructores que había en el ala más próxima al enorme planeta se abalanzaron sobre las lentas naves mineras para aniquilarlas. En la pantalla de espectro visible, Geary podía ver formas oscuras móviles enmarcadas en el globo verde pálido y brillante del gigante gaseoso a medida que sus buques de guerra pasaban a su lado, las puntas con carga de partículas de sus baterías de lanzas infernales desgarrando las naves mineras desarmadas. Al solicitar más información, Geary pudo ver las representaciones de las cápsulas de salvamento escapando de las naves mineras, objetos diminutos que se desperdigaban en todas direcciones como si fueran semillas saliendo disparadas de cajas reventadas. Geary reclamó otra serie de datos más y el espacio se llenó de finas líneas que se arqueaban en esbeltas curvas y que marcaban los trayectos proyectados tanto de sus buques de guerra como de las naves civiles.

Desde lejos, la guerra podía adquirir una belleza increíble. Después de haberla visto de cerca, a Geary no le suponía ningún esfuerzo ver más allá del atractivo que la distancia le otorgaba, y recordaba las naves destrozadas y las tripulaciones desesperadas, vidas enteras de trabajo hechas trizas en un instante por el fuego de un buque de guerra. Incluso una gran victoria perdía su encanto si se observaba desde las plataformas de cubierta de las naves implicadas.

Incipientes nubes de fragmentos marcaban los restos de las instalaciones orbitales que ya habían recibido la fuerza de las cargas cinéticas que habían sido lanzadas en su contra.

—La base militar síndica que hay en la luna grande del octavo planeta está recibiendo la luz de nuestro bombardeo —señaló Desjani.

Geary pasó a esa imagen. Las lentes de los sensores del *Intrépido* proporcionaban representaciones extraordinariamente nítidas a través de unas distancias enormes, pero en ese caso las nubes de polvo y escombros que sobresalían de lo que antes había sido una instalación militar síndica bloqueaban la visión en gran medida. Después de supervisar los primeros impactos antes de que la imagen se oscureciera, el sistema de combate de la nave emitió un informe de daños que apareció junto a cada uno de los objetivos localizados. Todas las armas defensivas, destruidas. Todos los sistemas de defensa, eliminados. Todas las comunicaciones y servicios de control, arrasados por los impactos de los imparables y pesados pedazos de metal que se desplazaban a una considerable fracción de la velocidad de la luz. Si alguno no lograba esquivar el ataque, la destrucción estaba asegurada.

—Esto no es una guerra. Es un crimen.

Desjani miró a Geary sorprendida.

—Lo sé —le dijo él—. Es necesario. Pero los síndicos que hay en esas bases en órbitas fijas no tienen ninguna opción. No puedo alegrarme de que esos pobres diablos estén muriendo.

Desjani parecía estar pensando algo; entonces asintió.

—Prefiere una lucha honesta. Por supuesto. Es una cuestión de honor.

—Sí. —Eso era algo en lo que podían coincidir él y las mentes de los soldados modernos. Geary volvió a consultar el visualizador. Sus unidades ligeras habían borrado del mapa la flotilla síndica cercana al gigante gaseoso y regresaban a la formación. No obstante, pasarían horas antes de que el mando síndico viera la flota de la Alianza. Al igual que incalculables fuerzas militares humanas antes que ellos, la flota de la Alianza tendría que soportar el antiguo ritual de apresurarse y esperar.

Geary estudió la flotilla síndica; ahora su posición, con casi seis horas desfase temporal, significaba muy poco. Si la flotilla hubiera mantenido la misma trayectoria a través del sistema estelar Sancere, en este momento se encontraría en el lugar que el visualizador había predicho. En cambio, podía haber recorrido una buena distancia, incluso reduciendo a menos de una décima de la velocidad de la luz. Tendría que estar seguro para poder manipular a la flotilla con cuidado. *Si me confío demasiado pensando que puedo destruirla fácilmente, pueden darme la sorpresa e infligir daños proporcionales a su número de efectivos.*

*Con todo, no son suficientes como para suponer una amenaza. Si la formación de Crésida consigue captar su atención durante el tiempo necesario, esos buques de*

*guerra síndicos no podrán llegar a la puerta hipernética antes que nosotros. Esto tiene muy buena pinta.*

*Unos símbolos rojos aparecieron con un destello junto a la puerta hipernética. Los ojos de Geary se concentraron de inmediato en ese punto deseando que se detuvieran, mientras los símbolos se multiplicaban. He hablado demasiado pronto. ¿Se habrán imaginado los síndicos al fin y al cabo lo que nos proponíamos? ¿Se habrán enterado por los supervivientes de alguna de las naves que siguieron a Falco? No deberían haber tenido tiempo suficiente para reaccionar a esto y reforzar la zona.*

*No son demasiados buques de guerra. No se trata de una fuerza demasiado potente. Por favor, antepasados, que sea lo bastante pequeña para que podamos superarla. No podemos salir de este sistema sin llevarnos antes más suministros.*

## 6

Parecen una docena acorazados y de cruceros de batalla —indicó Desjani. Se la veía contenta ante la perspectiva de una batalla de más envergadura—. Aunque son solo cinco cruceros pesados, uno ligero y nueve naves de caza asesinas. ¿Por qué tan poca escolta?

La respuesta a esa pregunta se hizo patente a medida que los sensores del *Intrépido* evaluaban lo que se podía ver de la nueva fuerza síndica.

—Han sufrido daños en la batalla —informó el consultor de sistemas de combate—, y probablemente las hayan enviado aquí para su reparación y puesta a punto. La mayoría de las escoltas seguramente fueron destruidas en la batalla en la que las naves más grandes sufrieron los daños.

Geary asintió rememorando el espacio de la Alianza. ¿Podían ser esas las naves que habrían salido victoriosas de la misma batalla en que las naves de la Alianza que habían seguido al capitán Falco fueron arrasadas? ¿O habían sido vapuleadas en algún otro lugar por la facción de la flota que se había quedado en el espacio de la Alianza mientras la mayor parte de la armada hacía su arriesgada incursión en el sistema interior síndico?

—Tenemos que averiguar dónde las han dañado y quién lo hizo —afirmó Geary en voz bien alta.

—Los prisioneros nos lo podrán decir —apuntó Desjani muy animada—. Podríamos recoger algunas cápsulas de salvamento síndicas después de la batalla. —Señaló las imágenes de los buques de guerra recién llegados—. Si vienen aquí para la puesta a punto después del combate, quizá no lleven a bordo mucha artillería fungible, si es que llevan algo. Ni misiles, ni metralla.

—Es cierto —aceptó Geary—. ¿Pueden llegar a algún depósito de munición de los que hemos identificado antes de que nuestro bombardeo cinético alcance los suministros?

Desjani hizo sus cálculos deslizando sus manos velozmente sobre el panel de control.

—Puede. Si salen echando leches en dirección al depósito más alejado de nosotros en cuanto nos vean. Pero no les quedará mucho tiempo, y tendrán que despejar la zona antes de que nuestro bombardeo impacte.

Geary comprobó la solución.

—Y eso los sacaría de nuestra trayectoria hacia la puerta hipernética. Espero que salgan pitando hacia ese vertedero de munición.

Sumó el total de fuerzas síndicas operativas en el sistema: dieciséis acorazados y una docena de cruceros de batalla, trece cruceros pesados, un crucero ligero y hasta veinte naves de caza asesinas. Una fuerza formidable si se las arreglaban para

juntarse y luchar unidas. Formidable sobre el papel, al menos. Si la flotilla síndica que vieron en el sistema al llegar estaba inmersa en un entrenamiento, tal vez no dispusiera de todo el armamento que su capacidad le permitía, y probablemente contaría con una tripulación inexperta. Seguramente la fuerza síndica recién llegada tendría tanta experiencia como cualquier buque de guerra en el que la táctica conduciría a un baño de sangre con grandes pérdidas, pero esas naves ya estaban dañadas y con casi toda seguridad contendrían pocas o casi ningún arma fungible. E incluso combinadas, había demasiado pocas escoltas ligeras para las naves grandes.

—¿Qué piensa, señor? —preguntó Desjani.

Geary se quedó sentado en silencio unos instantes dibujando trayectorias con el dedo en la pantalla visual que tenía delante, dependiendo de instintos nacidos de una larga experiencia para hacer la estimación de cómo su flota y las dos fuerzas síndicas interactuarían en relación a las otras.

—Va a depender de lo que hagan ellos —decidió por fin—. Si son idiotas, se lanzarán a la batalla de forma individual y podremos superar a cada una de las flotillas con una superioridad muy cómoda en naves y en potencia de fuego por nuestra parte.

—¿Se arriesgarán a intentar unirse? —Desjani señaló la puerta hipernética—. Si saben que podríamos utilizar esa...

Oh, joder. Desjani se había concentrado en el tema principal, mientras que Geary se había perdido en posibles alternativas.

—No. Tiene razón. Le dirán a esa fuerza recién llegada que refuerce las defensas de la puerta. —*O que ayude a destruir la puerta. Pero ¿y la otra flotilla?* Trazó más rutas y entonces sacudió la cabeza—. La otra flotilla tiene muchas alternativas. Pero yo creo que cuando vean que nos dirigimos a la puerta, ellos virarán también en esa dirección, o, si no, les ordenarán que vayan hacia allí, aunque lleguen demasiado tarde a la puerta como para detenernos.

—Podemos hacerles frente —advirtió Desjani.

Su serena confianza era contagiosa.

—Sí —Geary volvió a reclinarsse en su asiento—. Supongo que nos queda un hueco de media hora antes de que pase nada; luego estaremos horas recibiendo información nueva, cuando empecemos a ver cómo reaccionan los síndicos. Voy a por algo de comer.

Desjani asintió con los ojos clavados en su propia pantalla de situación.

—¿Quiere que le traiga algo? —le preguntó Geary medio en broma.

Ella se tocó un bolsillo y sonrió.

—Tengo barras de racionamiento.

—Es usted mejor tripulante que yo —le respondió Geary con una sonrisa. Se levantó dándose la vuelta y vio que la copresidenta Rione seguía allí sentada,

observándolo con una expresión imposible de descifrar. Geary la saludó con un movimiento de cabeza.

—De momento va bien.

—De momento —repitió Rione, pero no podía decir si su voz desprendía sentido del humor o desdén.

Una gran parte de la acción que se desarrolló en las siguientes horas, a medida que la flota de la Alianza se adentraba más y más en el sistema estelar Sancere, se podía prever. Los navíos civiles se dirigían a puertos orbitales cercanos o bien empezaban a desperdigarse hacia enclaves vacíos del sistema con la esperanza de que las naves de la Alianza no malgastaran su tiempo en darles caza. En los astilleros orbitales se inició una actividad frenética cuando los remolcadores empezaron a apartar material vital y un par de los buques de guerra grandes que había en construcción, pero no había bastantes remolcadores para sacar a todos los acorazados y los cruceros de batalla en los que estaban trabajando del alcance del bombardeo cinético que se cernía sobre sus objetivos. Los dos buques de guerra sin terminar que estaban siendo arrastrados fuera de la trayectoria del bombardeo eran objetivos fácilmente alcanzables más tarde, cuando la flota barriera esa zona, pero Geary no podía dejar de admirar el empeño de los obreros síndicos. Lo estaban intentando, pese a que los esfuerzos debieron de parecerles tan inútiles como lo eran en realidad.

Un rato después de que la luz anunciara la llegada de la flota de la Alianza, vino el bombardeo cinético, que se extendió por todo el sistema vapuleando objetivos aún más inmersos en este, dirigiéndose inexorablemente hacia el interior del mismo, plagado de instalaciones industriales y militares.

La fuerza síndica que Geary había bautizado mentalmente como «flotilla de entrenamiento», pese a que la designación del sistema de combate oficial era «fuerza síndica Alfa», se había dado la vuelta para dirigirse al quinto planeta casi cuatro horas antes de divisar la flota de Geary, minimizando la distancia casi por casualidad. Cuando por fin la vio virar hacia atrás y hacia arriba, supo que el cambio de rumbo se había producido cuatro horas antes y se dio cuenta de que se había pasado más de diez horas en el puente de mando. No obstante, esperó un rato más, hasta que pudieron confirmar que la flotilla de entrenamiento estaba maniobrando para entrar en combate con el destacamento especial Furiosa. Un rápido vistazo a la magullada fuerza síndica Bravo dejaba patente que, por desgracia, se había dado la vuelta en dirección a la puerta hipernética. Geary se tomó un instante para rogar que los síndicos de esa fuerza emplearan la puerta para huir del sistema y ahorrarle la incertidumbre de la batalla, además de la preocupación de que fueran a destruir la puerta antes de que pudieran llegar allí.

Se frotó los ojos, cansado. Todavía quedaban casi veinticuatro horas antes de que

la flota llegara a los alrededores del gigante gaseoso más cercano y alterara el curso para lanzarse directamente hacia la puerta hipernética. Existían estimulantes que podía tomar para permanecer despierto y alerta durante días, pero hasta los mejores exigían un precio, sobre todo cuando había que tomar decisiones rápidas bajo presión. La mente humana precisaba de un buen sueño y no se conformaría con otra cosa. La capitana Desjani se estaba echando una siesta en su asiento, aparentemente bastante cómoda y dispuesta a dormir con todos los sonidos de rutina del puente de mando de fondo. Pero ahora no iba a suceder nada de repente. Podía entrar información nueva, pero estaba claro que cualquier amenaza que se estuviera formando se vería venir horas antes de que supusiera un peligro. Geary tecleó los comandos de su panel de comunicaciones.

—Que todas las naves se aseguren de dar rotación a sus tripulaciones para que tengan la posibilidad de descansar.

Geary se levantó estirándose, dispuesto a predicar con el ejemplo.

—Me voy abajo a dormir un poco —les informó a los controladores del puente de mando—. Avísenme si ocurre algo inesperado. Quiero conocer cualquier cambio que se produzca en los movimientos de las dos flotillas síndicas.

Dormir seis horas en medio de una batalla parecía algo absurdo, pero cuando la batalla estaba teniendo lugar a cámara lenta, a lo largo de días, tenía más sentido. Quedarse despierto para estar viendo que no sucedía nada solo conseguiría dejarlo demasiado cansado como para pensar con claridad cuando algo empezara a suceder realmente. Eso fue lo que se dijo Geary, tumbado en su litera y mirando al techo. Podía haber sido mucho peor. Las defensas eran sorprendentemente débiles, a pesar de los numerosos objetivos militares que había en el sistema. Obviamente los síndicos no habían pensado que Sancere podía correr un riesgo real de ataque, ¿por qué iban a hacerlo? Pero aún podía haber sorpresas y necesitaba tener la mente clara para enfrentarse a ellas.

La inquietud acabó por llevar a Geary a vagar por la nave, parándose a hablar con oficiales y tripulantes en sus puestos de servicio o yendo a por comida. Todo el mundo parecía estar nervioso y excitado, preocupado por lo que podía pasar, pero también sentían la emoción de poder golpear con fuerza a un enemigo desprevenido. Algunos se preguntaban por la puerta hipernética, y Geary les ofreció vagas garantías de que, si tenían la más mínima oportunidad, tomarían la puerta.

A seis horas de alcanzar el gigante gaseoso, el cuerpo principal de la flota tenía por fin algo emocionante que ver, aparte de la ola de destrucción que se iba extendiendo a medida que el bombardeo cinético caía sobre los objetivos que tenía ante sí la flota de la Alianza. El destacamento especial Furiosa había acelerado hasta alcanzar las dos décimas de la velocidad de la luz en su ataque contra los planetas interiores y ahora se encontraba a dos horas luz del cuerpo principal, frenando de



nuevo hasta quedarse en una décima de la velocidad de la luz y acercándose rápidamente a la fuerza síndica Alfa, la flotilla de entrenamiento.

Al no poder dirigir la acci3n desde tan lejos, y sabiendo que todo lo que estaba viendo ya había sucedido, Geary observ3 mientras trataba de no revelar su nerviosismo. Si sus firmes comandantes cedieran a la tentaci3n de disparar contra los síndicos, el resultado sería una lucha sangrienta. Las treinta y nueve naves de la flotilla de entrenamiento síndica superaban en número a las treinta que tenía Crésida bajo su mando, y las naves síndicas, gracias a los diez acorazados del bando síndico, las superaban también en artillería. Las probabilidades eran lo bastante altas como para animar a los síndicos a entrar en combate, como Geary esperaba. Estaba seguro de que Crésida no sería tan tonta como para enzarzarse en una pelea nave a nave a corta distancia, pero cualquier error por su parte, o cualquier maniobra inteligente por parte de los síndicos, podía conducirlos justo a esa situaci3n.

Todo se reducía a confiar en la oficial que había puesto al mando. Después de que Numos convirtiera en un desastre su mando al frente de una formaci3n en Kaliban, Geary se había jurado no poner a cargo de ninguna parte de la flota a nadie más en quien no confiara. Pero era mucho más fácil no confiar, intentar estar encima de todos sus subordinados, que dejarlos hacer su trabajo. *Tiene gracia, eso nunca cambia. Hay que aprenderlo mientras se es un oficial sin experiencia y hay que atenerse a ello cuando se es un oficial veterano. Si es que quieres ser un buen comandante, claro está.*

Hacia dos horas, aunque el cuerpo principal de la flota de la Alianza no había podido verlo hasta ahora, que Crésida había hecho una jugada inteligente virando como si estuviera buscando un choque directo y alterando luego el curso para establecer un combate oblicuo. Con demasiado poco tiempo para reaccionar, las naves síndicas respondieron con torpeza, confirmando las sospechas de Geary en cuanto al hecho de que estaban tripuladas por personal novato. La formaci3n síndica trat3 de girar sobre el eje de su buque insignia, virando y cambiando la trayectoria de su cabecera para contrarrestar el destacamento especial Furiosa con un muro de fuego. Sin embargo, algunas de las naves síndicas giraron tarde y dispararon contra sus compañeros, que seguían virando, y otros se cruzaron por el mismo espacio que sus camaradas estaban intentado utilizar. Las naves intentaron evitar inminentes colisiones con giros que trastocaron aún más la formaci3n síndica y que dejaron sin apoyos el flanco más pr3ximo al acercamiento del destacamento especial Furiosa. Mientras los síndicos trataban en vano de concentrar el fuego en las naves de la Alianza que se iban aproximando, la fuerza de la Alianza dirigida por la *Furiosa* pas3 a toda velocidad junto al flanco desprotegido de la formaci3n síndica y lo hizo trizas con un abrumador potencial de fuego por parte de cada una de las naves contra los buques síndicos que conformaban el lateral de la flotilla.

Geary dejó escapar un suspiro de alivio mientras el *Intrépido* hacía el recuento de bajas síndicas: uno de los acorazados se fue inclinando y fue abandonado muerto a la deriva; dos cruceros de batalla con graves daños; los cuatro cruceros pesados de ese flanco destruidos junto con cinco de las naves de caza asesinas. Las actualizaciones de la situación que iba recibiendo el *Intrépido* enviadas por las naves del destacamento especial Furiosa y que llegaban ahora con la luz de la batalla revelaban que las naves de la Alianza habían sufrido pocos daños o bien estaban intactas.

—Buen trabajo —comentó la capitana Desjani.

—Muy bueno —convino Geary. Entonces se puso tenso. En las imágenes retardadas dos horas, el destacamento especial Furiosa había empezado a doblar trazando un giro muy amplio, virando hacia arriba Y hacia un lado, como si pretendiera llevar a cabo otro barrido contra los síndicos vapuleados. *Se supone que no tienes que hacer eso, Crésida. No te arriesgues.*

A la velocidad a la que se desplazaban las naves del destacamento especial Furiosa, el viraje ocupó mucho tiempo y espacio, incluso con las naves aminorando esa velocidad para reducir el radio de giro. No obstante, al final quedó claro que Crésida había ordenado otra pasada. *Mierda. Debería saber mejor lo que hace.*

Los síndicos habían aprovechado el lapso de tiempo para reorganizar su formación y dirigir su potencial de fuego más contundente contra la ofensiva de la Alianza. Anticipando al parecer otro ataque a los flancos, ahora la formación síndica se agrupaba con las unidades ligeras supervivientes en el centro, el resto de acorazados y cruceros de batalla alineados en dos planos verticales, con los extremos estrechos de cara al ataque de la Alianza a cada lado, como si se tratara de rebanadas de pan encerrando a las naves más débiles. Era irónico ver cómo las naves grandes escoltaban a las pequeñas, que se suponía que debían escoltarlas a ellas, pero Geary estaba impresionado por que los síndicos hubieran resuelto tan rápidamente la defensa contra la táctica de Crésida de golpear un flanco.

—¿Qué cree que ha hecho? —preguntó la capitana Desjani transmitiendo más intriga que preocupación. Sonaba extraño que formulara la frase en pasado cuando estaban viendo cómo se desarrollaban los hechos, pero era una forma de recordarle que, pasara lo que pasara, ya había tenido lugar, para bien o para mal.

—Pronto lo veremos —respondió Geary tratando de no parecer demasiado furioso por las acciones de la *Furiosa*. No podía evitarlo, no podía cambiarlo, solo podía contemplar cómo evolucionaba ante sus ojos la historia de dos horas atrás a medida que la luz de la batalla llegaba al *Intrépido*.

Ahora el destacamento especial Furiosa había adoptado una formación plana en forma de lápiz, alargada y estrecha. Geary la estuvo observando mientras intentaba averiguar por qué Crésida había dispuesto sus naves de ese modo. Las dos fuerzas se aproximaban rápidamente, y el dispositivo especial Furiosa aceleró tanto como la

fuerza de sus ágiles naves cuidadosamente seleccionadas le permitió. Las naves de la Alianza se estaban acercando a las naves síndicas a una velocidad relativa combinada de poco menos de dos décimas de la velocidad de la luz. Ambos bandos se encontrarían con serias dificultades para conseguir controlar el fuego de forma efectiva a esa velocidad, pues la distorsión de la relatividad haría que el objetivo resultara confuso, pero aún estaba dentro de los límites aceptables del combate.

La velocidad y la dificultad que se había creado para ver los movimientos de las demás naves dejaron a los síndicos menos tiempo de reacción cuando Crésida volvió a modificar la trayectoria de su fuerza en el espacio, los buques de guerra del destacamento especial Furiosa hicieron virar su formación en dirección descendente, por debajo de la defensa síndica que estaba a la espera, y se encaminó hacia una esquina expuesta de la formación en plano rectangular en el lado de babor de la fuerza síndica. El único acorazado síndico anclado en esa esquina fue sorprendido al recibir el fuego de la formación de la Alianza cuando pasaba a su lado, con una nave tras otra lanzando artillería contra el buque de guerra síndico acosado, mientras que este solo podía responder con alguna descarga aislada por cada una de las naves de la Alianza. Pese a que muchos de los disparos de la Alianza erraron debido a las dificultades para fijar el objetivo, había tantos proyectiles azotando el mismo acorazado síndico que la proporción de aciertos fue suficiente.

La formación de la Alianza pasó completamente por debajo de la formación síndica y siguió sumergiéndose aún más para abrir el radio de acción, dejando en su estela la extensa nube de desperdicios que antes había sido un acorazado síndico.

Desjani se estaba riendo silenciosamente.

—Se van a enfadar mucho con la comandante Crésida. Ese ha sido un buen movimiento, capitán Geary. Les ha tomado el pelo dos veces y las dos veces les ha causado daños. Mire, ahora están dando la vuelta para perseguirla, pero ella no va hacia el quinto planeta.

—No. —Geary estudió la trayectoria hacia la que estaba virando el destacamento especial Furiosa; los sistemas de maniobra del *Intrépido* hicieron rápidamente la estimación de su destino—. Crésida ha decidido ir a por los astilleros que orbitan cerca del cuarto mundo.

Los inmensos complejos industriales eran quizá los objetivos más valiosos del sistema estelar. Geary le había dado orden a Crésida de que no los destruyera porque primero quería tener ocasión de saquearlos, pero el destacamento especial Furiosa podía arrasarse fácilmente al pasar al acorazado prácticamente terminado y al crucero de batalla que estaban remolcando a la desesperada para apartarlos de las zonas de fábrica, en un intento por salvarlos del bombardeo cinético de la Alianza, que tenía como objetivo los navíos en construcción.

*Lo ha resuelto bien. Todo. Pero, de haber establecido comunicación con Crésida*

*un instante, le habría ordenado que hiciera las cosas de otra forma, porque no me habría fiado de su criterio. Recuérdalo, Geary, hay buenas cabezas entre estos comandantes de navío y te están prestando atención. A cambio tienes que confiar en ellos.* Sabedor de que su mensaje no les llegaría hasta pasadas unas horas, Geary tecleó en su panel de comunicaciones: «Para la comandante Crésida y todas las naves del destacamento especial Furiosa, al habla el capitán Geary. Excelente trabajo. Sigán así».

Para cuando la flota de la Alianza superó al gigante gaseoso más interior, destruyendo a su paso objetivos industriales síndicos que no habían sufrido daños a raíz del bombardeo cinético y arrasando desde el espacio cualquier resto de buque mercante síndico en la zona, Geary no había obtenido respuesta alguna a la exigencia de rendición. La capacidad de propulsión de los transportadores de minerales del sistema y otras naves mercantes suponía una pequeña fracción de la que poseían los buques de guerra. Con el tiempo podían alcanzar una velocidad considerable, pero tardaban mucho, y estas naves síndicas no tenían tanto tiempo.

El bombardeo cinético todavía tardaría una par de horas en llegar al cuarto planeta, de modo que la estructura de mando síndica seguía operativa en el sistema interior. A Geary le hubiera gustado saber qué órdenes estaría dando esa estructura de mando.

—A todas las unidades del cuerpo principal de la flota de la Alianza, ejecuten cambio de rumbo dos cinco grados a estribor, cero dos grados en sentido descendente a las cuatro punto siete.

—Tendrán tiempo de ver que nos dirigimos a la puerta y emitir órdenes de reacción antes de que nuestro bombardeo impacte —señaló Desjani decepcionada.

—Es inevitable. —A lo lejos, en un lateral, el destacamento especial Furiosa seguía acosando a los astilleros que orbitaban el cuarto planeta. Las naves golpeadas, y sin duda enfurecidas, de la fuerza síndica Alfa habían ganado rapidez, pasando de las dos décimas de la velocidad de la luz en una trayectoria de interceptación que se curvaba para encontrarse con el destacamento especial Furiosa a muy poca distancia de los hostigados—. ¿Qué probabilidades cree que tienen de que sus disparos impacten en la *Furiosa* a esa velocidad?

—¿Con tripulaciones inexpertas y sistemas de combate que aún se están alineando? Tan cercanas a cero que da lo mismo —afirmó Desjani—. Tendrán que reducir hasta la velocidad de combate, y si reducen, no podrán alcanzar ese punto de interceptación.

La valoración de Desjani coincidía con la suya. Geary asintió, luego frunció el entrecejo, preocupado de nuevo por la sensación de que había algo que se le escapaba. Pero fuera lo que fuera, permanecía oculto en el fondo de su mente,

negándose a salir a la luz, así que por fin Geary decidió tratar de pensar en otras cosas con la esperanza de que eso ayudara. No funcionó.

A cinco horas de la puerta hipnética, Geary volvió a fruncir el entrecejo. La fuerza síndica Alfa, la flotilla de entrenamiento, había seguido acelerando hasta una cuarto de la velocidad de la luz y había ajustado su curso ligeramente para cruzarse en la trayectoria del destacamento especial Furiosa antes de que las naves de la Alianza llegaran al cuarto planeta.

—¿Por qué tengo la sensación de que no piensan frenar para entrar en combate con el destacamento especial Furiosa?

Desjani también parecía desconcertada.

—No veo cuántos blancos creen que van a conseguir a esa velocidad. No tiene sentido una maniobra de interceptación que no suponga una amenaza. Si las naves de Crésida realizan cualquier maniobra de evasión, van a mandar toda su artillería contra las naves síndicas y la distorsión de la relatividad evitará que los síndicos vean siquiera lo que están haciendo las naves de la Alianza. Seguramente, si los comandantes de las naves síndicas no caen en la cuenta, los comandantes síndicos más veteranos que haya en los planetas sí que lo harán. Han tenido mucho tiempo para decirle a la fuerza Alfa que haga algo distinto, pero no ha sucedido.

—¿Por qué iban a hacer algo que prácticamente acabará con sus opciones de atacar a nuestras naves? —se preguntó Geary en voz alta—. ¿Por qué iban a estar de acuerdo sus superiores?

Había olvidado que la copresidenta Rione volvía a ocupar el asiento de observador del puente de mando. Ahora su voz sonó como la de un maestro instruyendo a un estudiante torpe.

—Tal vez debería dejar de suponer que conoce sus intenciones.

Geary se volvió a mirar a Rione.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no deja de hablar sobre lo que los síndicos deberían hacer para atacar sus naves. ¿Y si la prioridad de los síndicos no es atacar sus naves?

Desjani, que parecía reacia a aceptar lo que Rione dijera, apretó un puño.

—Si no pueden atacarnos, eso también significa que los mismos factores relativistas van a evitar que nosotros podamos fijarlos bien a ellos como objetivos. Están minimizando sus opciones de volver a recibir un impacto.

¿La prioridad de los síndicos era la supervivencia? Pero ¿por qué?

—¿Qué sentido tendría mantener esa formación lo más intacta posible mientras dejan que nos desboquemos?

—Esperan que algo cambie las probabilidades —declaró Desjani despacio.

Geary apretó los dientes. Desjani y él habían dado por hecho que conocían las

intenciones de los síndicos y estaban intentando concordar sus acciones con esas suposiciones. Ahora que Rione había llamado su atención sobre lo que los síndicos estaban haciendo realmente, las auténticas intenciones del enemigo eran evidentes.

—¿Esperan más refuerzos?

—No es probable, aunque sí posible, que un mensajero se haya escabullido sin ser detectado. —Desjani estuvo de acuerdo—. Pero aunque hubieran hecho eso, no podían estar esperando una respuesta tan pronto. Tendremos que suponer que los síndicos adivinaron que, efectivamente, íbamos a venir a Sancere.

—Los dos tienen razón —aceptó Geary—. Lo cual querría decir que la maniobra de interceptación que aparentemente se dirige contra el destacamento especial Furiosa es solo un engaño que pretende esquivar el ataque de la *Furiosa*. Eso encaja con lo que están haciendo los síndicos. Supongamos que no llegarán nuevos refuerzos hasta pasados unos días.

¿Qué otra cosa podría cambiar las probabilidades lo bastante como para hacer que la conservación de la fuerza sea el objetivo prioritario de la flotilla síndica?

Algo grande, eso por descontado. Algo lo suficientemente grande como para alterar drásticamente el equilibrio de fuerzas en este sistema estelar.

Geary analizó la representación de la fuerza síndica Bravo en la pantalla.

—La fuerza Alfa se mueve tan rápido que no podemos atacarla, pero la fuerza Bravo está ahí parada, cerca de la puerta hipernética, manteniendo una posición fija, a pesar de que es evidente que ese es nuestro objetivo.

Desjani sacudió la cabeza.

—Deben de estar planeando acelerar pronto para alejarse. Quedarse allí sentados esperándonos no es más que un suicidio.

—Está claro que les han ordenado hacer eso. Igual que le han dicho a la otra formación que evite perder naves. —Geary manipuló el visualizador, cambiando la perspectiva para ver la formación síndica desde distintos ángulos—. ¿Cuál es la última estimación de daños sobre las naves síndicas de la fuerza Bravo?

—Todas tienen algún daño, pero dos de los acorazados y tres cruceros de batalla están tan machacados que probablemente tengan una capacidad de combate mínima —respondió Desjani.

Geary destacó las naves síndicas más afectadas. Las cinco estaban en el centro de la formación síndica, que a ratos parecía centrarse en la puerta hipernética.

—La táctica habitual, según tengo entendido, es cargar directamente contra el enemigo, ¿no es eso?

Desjani asintió.

—Entonces, ¿por qué colocan ahí sus unidades más débiles? ¿Por qué no les dicen que busquen el espacio abierto? Lo único que van a conseguir en esa estación es absorber nuestros disparos.

La capitana Desjani estudió el visualizador entornando los ojos por la concentración.

—Se me ocurren tres posibles motivos. Uno sería simple estupidez si su comandante es un incompetente. Otra sería que las cinco naves seriamente dañadas son un cebo. Una tercera sería que, por alguna razón, necesitan que las naves más capacitadas estén en el exterior de la formación.

—Ahora mismo no quiero presuponer su incompetencia, eso nos haría confiarnos demasiado. Además, ¿por qué no iban a haber dado los síndicos órdenes coordinadas a las dos formaciones? No es propio de los síndicos dejar que los comandantes operen de manera independiente.

Desjani asintió. De repente Geary sintió un nudo en el estómago.

—Creo que tanto la segunda como la tercera razón que ha dado son correctas —señaló—. Esperan que ataquemos por el centro de la formación directamente, como suelen hacer las fuerzas de la Alianza, y allí están los enemigos más dañados, esperando a que los rematemos. Un cebo, como usted ha dicho.

Recordó haber visto como su flota se derrumbaba en Corvus, donde todas las naves se habían estado peleando por atribuirse la muerte de algunos de los buques de guerra síndicos desesperadamente superados en número. Los comandantes síndicos, que se esperaban esa clase de comportamiento, sabrían lo atractivas que serían esas naves dañadas a ojos de los comandantes de la Alianza que buscaban muertes rápidas y seguras.

—Y cuando nos acerquemos lo suficiente, esas unidades —añadió señalando las que había en el exterior de la formación—, que tienen una capacidad armamentística mayor, irán a por la puerta misma. Quieren embaucarnos para llevarnos allí cerca y luego destruir la puerta con la esperanza de que la descarga energética sea lo bastante grande como para que alcance a muchas de nuestras naves.

Pasó un momento de silencio mientras Desjani consideraba esa idea, entonces golpeó con el puño el brazo de su silla de mando.

—Creo que tiene razón, señor. Si la flota principal resulta lo bastante dañada en la puerta hipernética, eso cambia las probabilidades en el sistema, y el destacamento especial Furiosa podría convertirse en la única fuerza organizada en activo de la Alianza en Sancere.

Geary comprobó varias estadísticas de navegación.

—E incluso con los daños que le infligió el destacamento espacial Furiosa a la fuerza síndica Alfa, la flotilla síndica sigue siendo ligeramente superior al destacamento especial en potencial armamentístico. Por eso están intentando evitar más pérdidas, para poder seguir manteniendo una ventaja si su plan en la puerta funciona.

—Si la emisión energética del fallo en la puerta es lo bastante grande como para

afectarnos —advirtió Desjani—, entonces también será lo bastante intenso como para arrasarnos con todas las naves síndicas que haya allí.

—Sí. —Cambia una docena de buques de guerra grandes, de los que más o menos la mitad están ya gravemente dañados, por tres, cuatro o cinco veces esa cantidad de naves primordiales de la Alianza y quién sabe cuántos combatientes ligeros más. Para esos síndicos con mente de contable eso sería todo un negocio, sobre todo porque podría forzar a los supervivientes de la Alianza a huir, dejando un montón de instalaciones intactas en el sistema estelar Sancere—. Me pregunto si las tripulaciones de esas naves lo sabrán.

—Lo dudo.

—Yo también.

Geary estuvo trasteando en los comandos de su panel de control un momento, luego pulsó uno con decisión.

—Buques de guerra de los Mundos Síndicos del sistema estelar Sancere, aquí el capitán Geary, comandante de la flota de la Alianza en el sistema estelar Sancere. Tengan en cuenta que es muy probable que la descarga energética resultante de la destrucción de una puerta hipernética sea tan severa que puede arrasarnos cualquier nave cercana. —Se detuvo, pensando si debería mencionar el riesgo que la destrucción de la puerta podía suponer para los planetas del sistema e incluso para los planetas de los sistemas estelares adyacentes. Pero no, si los líderes síndicos no se lo habían imaginado ya, Geary no tenía ningún interés en ser quien les informara de ello—. Sus probabilidades son nulas. Sus naves están ya sometidas a un deterioro considerable desde batallas anteriores. No hay deshonra en la rendición. Tienen mi palabra de que cualquier personal que se rinda será tratado humanamente conforme al derecho de la guerra.

La copresidenta Rione habló de nuevo con voz neutra.

—Espero que no esté conteniendo la respiración esperando a que se rindan.

—No —respondió Geary—. Pero hay una posibilidad, y si lo hicieran, nos facilitarían mucho las cosas.

—No suponga que las tripulaciones de esas naves controlan sus propios destinos —añadió Rione.

Geary miró a Desjani con gesto inquisitivo. Ella tampoco parecía comprender la afirmación de la copresidenta.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero —continuó Rione en un tono más sombrío— a que creemos que los síndicos pueden tener a bordo de sus naves un dispositivo de omisión por control remoto que permite que los directores generales síndicos den órdenes directas a los sistemas de combate y de maniobra de las naves, saltándose a las tripulaciones.

—He oído rumores acerca de algo así —apuntó Desjani—, pero nada oficial.



Rione le hizo un gesto de asentimiento.

—Considere esto como una confirmación oficial. No estamos seguros de si es cierto, pero existen pruebas confidenciales que lo corroboran. Para un director general síndico es una especie de opción de último recurso que rara vez se emplea porque, si se hiciera con demasiada frecuencia, podríamos detectarlo y analizar la señal, y luego emplear el mismo dispositivo contra ellos.

Geary sintió un dolor en la cabeza y trató de ahuyentarlo presionándose la frente con los dedos.

—Increíble. —*De acuerdo. Supongamos que ese es el caso, que esas tripulaciones están a punto de ser sacrificadas deliberadamente para atraernos y que, incluso si intentan hacer algo al respecto, no van a poder pararlo. Eso significa que no van a poder evitar que sus naves ataquen los ronzales de la puerta. Pero este dispositivo de último recurso para anular los controles no puede ser flexible si les dice a las naves exactamente qué hacer.*

—Si sabemos lo que seguramente están intentando hacer los síndicos, entonces, podemos predecir qué órdenes ejecutarán esas naves.

Desjani enseñó los dientes.

—Lo que significa que sabremos dónde van a estar.

—Eso es. —Geary desplegó el sistema de empleo de armamento y se puso a introducir hipótesis. Si ordenaban a las naves síndicas que estaban en mejor forma que destruyeran los ronzales de la puerta y si supuestamente la destrucción estuviera calculada para cazar a la flota de la Alianza lo más cerca posible de la puerta hipernética, ¿adónde irían esas naves síndicas y cuándo? El sistema procesó el cálculo y en un segundo desplegó en la pantalla las trayectorias planificadas y los tiempos—. Podemos atacarlos. Enviar cargas cinéticas para interceptar las trayectorias planificadas, cargas cinéticas lo bastante potentes como para atravesar sus escudos y eliminar las naves.

Rione tenía cara de preocupación.

—No lo entiendo. Generalmente no se emplea esa clase de armas contra otras naves.

—No, porque las naves las verían venir y sencillamente las esquivarían —indicó Geary—. Pero si las naves han sido bloqueadas para seguir una cierta trayectoria y las tripulaciones no pueden saltarse esas órdenes, si el dispositivo anulador de último recurso no permite ningún margen de maniobra, podemos pillar a unas cuantas.

—Ya veo —asintió Rione—. Es la única forma de evitar que destruyan la puerta antes de que nosotros lleguemos, ¿no es eso?

Geary miró a Desjani, que también asintió.

—Eso creo. En todo caso, es una opción. Capitana Desjani, que sus especialistas en artillería comprueben mi trabajo y preparen el ataque. Quiero que las cargas

cinéticas se disparan automáticamente en el momento óptimo, con un minuto de margen para aviso y cuenta atrás.

—Por supuesto, señor.

Desjani señaló al consultor correspondiente, que se puso a trabajar.

La ola de destrucción que originó el bombardeo cinético de la Alianza llegó y arrasó en primer lugar el cuarto planeta, y después, una media hora más tarde, el tercero. Con la vista puesta en la imagen ampliada, Geary pudo ver la reacción en cadena de las explosiones a lo ancho de los mundos y de las instalaciones que los orbitaban. Los buques de guerra en construcción estallaron en pedazos bajo el impacto, los trozos salían volando por el espacio o se quedaban atrapados en el pozo de gravedad del cuarto mundo, precipitándose hacia el cataclismo. El mando síndico y los centros de control de los planetas desaparecieron en medio de intensos fogonazos de luz seguidos de hongos nucleares ascendentes que manaban hacia el cielo. En los lados nocturnos de los planetas que podían verse, el destello de las luces que generaban los impactos se revolcaban por las superficies oscuras en un espectáculo que habría resultado hermoso de no haber representado tanta destrucción.

Junto a las imágenes, el sistema de combate del *Intrépido* mantenía un recuento de resultados que se iba actualizando tan rápidamente que a veces era difícil de leer. Irritado y sin saber con seguridad lo que los números en aumento le estaban diciendo, Geary encendió la pantalla para que le dijera cuántos objetivos seguían activos. Ahora el recuento descendía a toda velocidad. Ejes de comunicaciones. Estaciones espaciales. Campos de aviación principales. Bases militares. Defensas antiorbitales. Instalaciones industriales de componentes militares. Almacenes de munición, recambios y equipamiento. Instalaciones de investigación. En órbita, una elegante colección de satélites y servicios salían volando despedazados por los impactos, convirtiéndose en lentas masas de fragmentos que se desperdigaban más allá de la atmósfera. Por debajo de esa envoltura de escombros, una lluvia de proyectiles metálicos caía a lo largo de los dos planetas dejando a su paso una maraña de restos y de cráteres.

El recuento de instalaciones marcadas como objetivos descendió hasta cero.

—Como pescar peces en un tonel —observó Geary.

—Más bien como soltar bombas en toneles llenos de peces —precisó Desjani. Parecía tan animada como de costumbre cuando veía cómo la destrucción alcanzaba a los objetivos síndicos.

—Los síndicos han tenido mucho tiempo para evacuar todos esos objetivos —señaló Rione—. ¿Sabemos si lo han hecho?

Desjani se encogió de hombros.

—Señora copresidenta, ni siquiera el *Intrépido* puede rastrear tantos objetivos

humanos en movimiento a esta distancia, desde el otro lado de las atmósferas y por detrás de los planetas. Hemos detectado señales de que se han estado llevando a cabo tareas de evacuación, pero si la pregunta es si han muerto síndicos en ese bombardeo, francamente, no puedo decírselo.

—Se han saltado algunos almacenes de materias primas —observó Rione.

Geary asintió.

—Y algunas instalaciones orbitales. Teníamos que dejarles a los síndicos algo que puedan darnos. O, mejor dicho, algo que podamos coger. Dado que las negociaciones no han funcionado en el pasado, estoy pensando en enviar simplemente unos destacamentos para echar mano de lo que necesitamos.

Rione miró a Geary un instante antes de responder.

—Seguramente eso sea una buena jugada.

Geary tardó en darse cuenta de que su última afirmación podía haberse interpretado de forma errónea.

—No la culpo en absoluto de que los síndicos no respeten un acuerdo. He basado por completo mi decisión en lo poco de fiar que han demostrado ser los síndicos.

Rione asintió.

—Gracias, aunque, al igual que usted, me considero responsable incluso de las cosas que escapan a mi control.

Sonaba como un cumplido. Geary se preguntó por qué de pronto Rione le había dicho algo que por lo menos sonaba agradable.

—En todo caso —continuó Rione—, gracias por evitar los objetivos civiles, capitán Geary.

—No hay de qué.

—Capitán Geary —intervino uno de los consultores—. La fuerza síndica Alfa está a punto de cruzar la trayectoria planificada del destacamento especial Furiosa.

Lo cual quería decir que en realidad ese acontecimiento había tenido lugar horas antes, igual que el bombardeo de los mundos del que acababan de ser testigos. Geary enfocó su visualizador en ese punto y vio que la trayectoria curvada del destacamento especial Furiosa descendía hacia el cuarto mundo y que la trayectoria de arco ligeramente más plano de la flotilla síndica la cruzaba con al menos un minuto luz de antelación de donde había estado el destacamento especial Furiosa.

—No cree que hayan intentado soltar minas a lo largo de esa trayectoria, ¿verdad?

Desjani volvió a encogerse de hombros.

—Puede que lo hayan intentado. Seguro que la comandante Crésida estaba preparada par ello.

Eso parecía. Antes incluso de que la fuerza síndica cruzara de hecho la trayectoria del destacamento especial Furiosa, vieron cómo la formación de la Alianza alteraba

su rumbo echándose a un lado más y más.

—¿A dónde coño se va ahora? —se preguntó Geary.

Esta vez Desjani sonrió.

—Capitán Geary, cuando deja suelta un arma como la comandante Crésida y le dice que busque sus propios objetivos, tiene que estar preparado para algunas decisiones inesperadas.

Geary no pudo evitar echarse a reír.

—Supongo que si yo no tengo ni idea de lo que va a hacer a continuación, tampoco es muy probable que los síndicos se anticipen a sus movimientos.

La velocidad y la inercia seguían impulsando al destacamento especial Furiosa en la misma dirección que había tomado, pero su rumbo se iba desviando de la proyección original. Para cuando llegó a la región en la que la flotilla síndica había cruzado su trayectoria, el destacamento especial Furiosa se encontraba a varios segundos luz de distancia de donde habría estado de haber seguido ese rumbo inicial.

—Si los síndicos han soltado minas, las han desperdiciado —advirtió Desjani—. La región del espacio que tendrían que cubrir es demasiado inmensa.

El destacamento especial Furiosa seguía virando, y ahora además se estaba dividiendo por debajo del plano del sistema, formando una enorme espiral a medida que las naves daban un rodeo en forma de círculo, volviendo a estabilizarse solo cuando la fuerza especial se dirigía hacia el acorazado y el crucero de batalla síndicos casi terminados que habían sido arrastrados para rehuir el bombardeo orbital. Mucho más lejos, la fuerza síndica Alfa seguía atravesando el sistema estelar Sancere, poniendo una tremenda distancia entre ellos y el destacamento especial de la Alianza.

Media hora más tarde, Geary vio como el destacamento especial Furiosa arrasaba las naves ya abolladas y eliminaba otros objetivos intactos con fuego de lanzas infernales de precisión. Diez minutos después de eso, cuando los remolcadores síndicos abandonaron y salieron corriendo desesperadamente para ponerse a cubierto, el destacamento especial Furiosa destruyó el acorazado y el crucero de batalla en construcción que los remolcadores habían estado intentando salvar, mientras que las unidades más ligeras de la fuerza especial se adelantaban para volar los remolcadores replegados, con tanta facilidad que parecían estar matando moscas.

Geary desvió su atención del destacamento especial de Crésida, sabedor de que cualquier cosa que hiciera sería irrelevante para el resultado definitivo de la batalla en el sistema Sancere. Eso dependía de lo que tenían delante, la fuerza síndica Bravo, que seguía esperando, inmóvil, junto a la puerta hipernética.

Una hora y media para entrar en contacto, suponiendo que los síndicos no desencadenaran un ataque de última hora y redujeran la distancia más rápidamente.

Menos de dos horas, casi con toda seguridad, antes de que todos lo que estaban en el sistema estelar Sancere descubrieran qué sucedía cuando se destruía una puerta

hipernética.

—Capitana Desjani —preguntó Geary—, ¿por qué nadie ha intentado nunca destruir una puerta hipernética? Según los archivos de guerra que he estado revisando, los sistemas estelares cercanos a un territorio enemigo que contiene puertas han sido atacados y capturados. ¿Por qué no se han destruido las puertas hipernéticas en esos sistemas?

Desjani parecía sorprendida por la pregunta.

—El enemigo no podía utilizar una puerta amiga. Esta es la primera vez que una fuerza enemiga tiene la llave hipernética del otro bando.

—Sí, pero el enemigo podría utilizar su propia puerta para enviar refuerzos rápidamente o para organizar un contraataque destinado a tomar de nuevo el sistema.

—Sí, señor. —Al parecer Desjani no consideraba que eso requiriera una explicación.

Geary cayó en la cuenta. No había pensado igual que esos combatientes modernos.

—Quieren que las fuerzas enemigas aparezcan.

—Pues claro, capitán Geary. El sentido de la acción ofensiva consiste en entrar en combate y destruir al enemigo —explicó Desjani como si estuviera diciendo algo que todo el mundo sabe—. Cualquier cosa que facilite la llegada de las fuerzas enemigas para el combate fomenta el objetivo de forzar al enemigo a la batalla. Una puerta enemiga en funcionamiento garantiza que haya un campo de batalla.

—Por supuesto.

Era la guerra total en su expresión más básica y punto. Matar al enemigo. Bien mirado, tenía todo el sentido dejar intacta la puerta hipernética enemiga, porque eso significaba que se podía contar con que llegarían más enemigos, y así uno podía intentar matarlos. Gracias a esa puerta hipernética en funcionamiento, el enemigo podía mandar refuerzos más rápidamente que tú, pero eso solo suponía más objetivos. *No me extraña que hayan sufrido tantas pérdidas. No es solo la pérdida de experiencia en combate, se trata de una actitud que sitúa el hecho de matar por encima del hecho de ganar. Se han olvidado de que ganar con inteligencia puede matar a más enemigos que estar peleando cuerpo a cuerpo.*

Geary estudió la formación de su flota por enésima vez en las últimas horas. ¿Cuál era la mejor forma de enfrentarse a una fuerza enemiga enormemente inferior en número que quería que tu flota se acercara? No dejaba de llegar a la misma conclusión una y otra vez, aunque no era infalible.

—Tendremos que dividir la formación de la flota.

Desjani asintió sin dejar entrever preocupación alguna.

Geary tomó una decisión sabiendo que de no hacerlo podía pasarse una infinidad de tiempo debatiendo consigo mismo, puesto que no había una sola forma evidente

de realizarlo. Se puso a teclear los controles, estableciendo una formación que rompía el cuerpo principal la formación en seis secciones, cada una de ellas compuesta por una mezcla de acorazados y escoltas.

—¿Seis? —dijo Desjani, por fin sorprendida.

—Sí. Quiero impedir que los síndicos tengan el objetivo concentrado que buscan. También quiero tener la opción de utilizar nuestro potencial de fuego contra ellos, y no puedo hacerlo si adoptamos formaciones tan superiores en tamaño a nuestros objetivos que muchas de nuestras unidades se vean fuera de contacto. —Geary vaciló; entonces pulsó el comando que le permitía enviar órdenes a la flota—. Aviso a todas las unidades de la flota de la Alianza. Les habla el capitán Geary. Sus unidades recibirán en breve nuevas instrucciones de formación. Ejecuten formación a las dos punto cero. La intención es que cada una de las formaciones lleve a cabo un barrido contra la fuerza síndica Bravo hasta que esta huya de la zona de la puerta hipernética o bien sea destruida.

Desjani estudió con los ojos entornados la información que aparecía en su propio visualizador.

—Seis formaciones. Cada una de ellas pasa junto a los síndicos por turno antes de desviarse y volver a pasar. Como una rueda inmensa. Como no se muevan, los vamos a hacer trizas.

—Esa es la idea —admitió Geary.

—Ha puesto al *Intrépido* atrás, en la formación Delta —observó Desjani.

—Sí. —Notó que Desjani estaba un poco ofendida por eso, por ser la cuarta de la fila—. Creo que los síndicos aguantarán las primeras tres pasadas. Para cuando se acerque la cuarta formación, que será la Delta, creo que harán algo. Quiero tener allí al *Intrépido* cuando lo hagan.

Desjani sonrió, al igual que los consultores del puente de mando. Geary se sintió un poco culpable, pues solo había dejado atrás al *Intrépido* debido a las pocas probabilidades que tenían los síndicos de sobrevivir a las pasadas de las tres primeras formaciones, y estaba obligado a poner al *Intrépido* y la llave hipernética síndica a salvo, al espacio de la Alianza. Había muchas opciones de que el *Intrépido* solamente tuviera que barrer los restos de los síndicos.

A menos que las cosas fueran muy mal y que los síndicos se pusieran a destruir aquella puerta hipernética, en cuyo caso, tuvieran a bordo la llave o no, Geary sabía que tendría que estar cerca de la escena.

—Cargas cinéticas en aproximación —anunció el consultor de armamento en un tono casi aburrido. Ya habían esquivado fácilmente media docena de intentos de ataque, y veían las cargas acercándose a tanta distancia que la más mínima corrección en el rumbo o cambio de velocidad garantizaba el error—. Origen: defensas de la puerta hipernética.

—Muy pronto vamos a darles algo de que preocuparse —señaló Desjani entusiasmada.

Geary se preguntó qué haría la capitana Desjani para divertirse si la guerra terminara y machacar síndicos dejara de ser una forma aceptable de pasar el rato.

Los sistemas de maniobra del *Intrépido* se pusieron en marcha a las dos punto cero descendiendo hasta el lugar en el que esperaba a que el resto de la formación Delta ocupara sus puestos a su alrededor. En torno al *Intrépido*, las demás naves de la flota se apartaron de las posiciones que habían mantenido hasta entonces, como si una máquina increíblemente enorme acabara de desarmar sus piezas. Los fragmentos surcaron el espacio, trazando intrincadas filigranas a medida que se dirigían a sus nuevas posiciones, mientras la máquina volvía a armar sus piezas para formas seis nuevas máquinas, seis versiones más pequeñas de la gran ingeniería de la que todas ellas habían formado parte.

Se requirió un tiempo hasta que todas esas naves recorrieron aquellas distancias, alineándose hasta que la última formación se encontraba a varios minutos luz por detrás de la primera. El proceso de reagrupamiento no había terminado del todo cuando el consultor de armamento volvió a hablar.

—El sistema de armamento recomienda lanzar cargas cinéticas contra la fuerza síndica Bravo dentro de un minuto.

Geary asintió.

—Hágalo.

La nueva disposición de las naves de la flota que había ordenado Geary precisaba que el sistema de armamento reconsiderara qué naves debían disparar sus proyectiles a qué objetivo, pero eso suponía un cálculo de mucho menos de un segundo. Exactamente en el momento óptimo, las naves empezaron a disparar automáticamente un aluvión contra la defensa síndica de la puerta hipernética.

Solo tres minutos luz separaban las naves de la Alianza en la vanguardia de la defensa síndica de la puerta hipernética. A una décima de la velocidad de la luz, lo cual significaba treinta minutos, tal vez la media hora más larga que Geary pensó que iba a vivir jamás. Como para hablar de distorsión relativista. El tiempo mismo parecía transcurrir a paso de tortuga.

—Defensa síndica llevando a cabo maniobras de evasión para esquivar las inminentes cargas cinéticas —informó el consultor de armamento—. Los sistemas han detectado que cuatro de los acorazados síndicos están modificando su posición a lo largo de las trayectorias previstas.

—Lo están haciendo —murmuró Desjani—. Justo como usted pensaba, capitán Geary.

—Veamos si tienen suficiente control sobre sus naves como para esquivarnos —advirtió sintiendo como se le tensaban las tripas.

—Formación Alfa iniciando pasada de ataque contra la defensa síndica. La fuerza síndica está disparando.

Geary enfocó la imagen de su pantalla en la acción. Los destructores y los cruceros ligeros de la Alianza barrían ambos lados castigando a las unidades de defensa cercanas a la puerta. Dotados con poderosos escudos, los aparatos conseguían ignorar el fuego de las unidades ligeras, pero entonces pasaban los cruceros pesados lanzando metralla a intervalos cortos y siguiendo con una lluvia de baterías de lanzas infernales. Los cojinetes metálicos de la metralla impactaban contra los escudos defensivos debilitados vaporizándose al golpear; entonces las puntas con carga de partículas que disparaban las baterías lo atravesaban. Las unidades defensivas fueron perdiendo el equilibrio una tras otra bajo el fuego a medida que los impactos las iban desestabilizando y eliminando de la acción.

Mientras tanto, los buques de guerra grandes que había en el centro de la formación Alfa de la Alianza rebasaron el corazón de la fuerza síndica Bravo, los acorazados y los cruceros de batalla enemigos severamente deteriorados que seguían manteniendo sus posiciones justo delante de la puerta. Los acorazados de la Alianza *Impávido*, *Resuelto*, *Temible* y *Vengativo* machacaron a los indefensos síndicos a medida que cada uno de ellos iba pasando más y más cerca del enemigo. Los acorazados habían decidido suspender los lanzamientos de metralla y de misiles espectro, y emplear en cambio las baterías de lanzas infernales que transportaban. El débil fuego defensivo síndico resultaba del todo inocuo a los potentes escudos de los acorazados, mientras que desde las naves de la Alianza se lanzaban descargas que penetraban en las naves síndicas ya maltrechas. Primero explotó un acorazado, luego otro, después dos cruceros de batalla, dejando un solo crucero de batalla deshecho en el centro de la formación síndica.

Geary lo observaba frotándose la barbilla, esperando la que según él sería la inevitable reacción síndica.

Otra ovación le hizo levantar la mirada del centro de la formación síndica. Geary levantó la vista y vio que uno de los acorazados síndicos que se habían mantenido en buen estado había recibido una fuerte carga cinética en pleno fuselaje y se estaba tambaleando hacia un lado. Pasado un momento, un crucero de batalla síndico recibío otro impacto que destrozó la parte delantera de la nave y la zarandeó de un lado a otro. Al final, los sistemas de control automatizados de los síndicos habían dejado a sus tripulaciones sin opciones de esquivar las descargas que se cernían sobre ellos.

Para sorpresa de Geary, Desjani no estaba lanzando vítores. Parecía enfadada, tenía el rostro encendido.

—Deberían haberles permitido defenderse —masculló. Al percatarse de repente de que Geary la estaba mirando, Desjani se encogío de hombros, avergonzada—. Como usted dijo, señor, no está bien que se trate solo de matar. Aunque sean síndicos.



Él asintió.

—Todavía tenemos que ocuparnos de tres acorazados más y de dos cruceros de batalla con capacidad de combate.

Mientras la formación Bravo de la Alianza embestía, las escoltas de la flotilla síndica saltaban en busca del enfrentamiento. Geary contuvo el aliento al ver a cinco cruceros pesados, un crucero ligero y nueve naves de caza asesinas cargando directamente contra una formación de la Alianza compuesta por cuatro cruceros de batalla dirigidos por el capitán Duellos, de la *Osada*. Con él estaban la *Formidable*, la *Atrevida*, y la *Afamada*, rodeadas por diez cruceros pesados, seis cruceros ligeros y una docena de destructores. Con todo, Geary sintió un deseo casi irreprimible de arremeter contra el panel de comunicaciones y decirle a Duellos lo que debía hacer. Pero se encontraba a casi dos minutos luz de la batalla que se estaba librando, y en esas circunstancias, esos dos minutos de desfase temporal podían ser cruciales. Además, de entre todos sus subordinados, en los que más confiaba era en Duellos, Desjani y Crésida. *Tengo que mantener las manos alejadas del panel de comunicaciones. Tengo que dejar que los buenos hagan su trabajo.*

Duellos justificó esa confianza. Cuando los síndicos trazaron un viraje descendente hacia su formación, Duellos la hizo rotar hacia arriba para que la potencia de fuego de todas las naves pudiera concentrarse en la zona a la que se aproximaban los destructores y cruceros ligeros síndicos. Minutos antes del contacto, los destructores y los cruceros ligeros de la Alianza aceleraron a su vez, lanzándose hacia arriba y hacia el interior para barrer los flancos de los atacantes síndicos. Las naves de caza asesinas llamearon y se quebraron bajo el fuego concentrado, luego los cruceros pesados se lanzaron de cabeza contra un aluvión de espectros calculados al milímetro, seguidos de metralla y lanzas infernales. Los tres cruceros que lideraban la formación cayeron despedazados, un cuarto vaciló y se alejó con algunos cruceros de la Alianza saliendo en su persecución, y el quinto trató de esfumarse en sentido opuesto, pero se encontró con cuatro cruceros de la Alianza que lo retuvieron, hostigando sus escudos por tres lados a la vez. Mientras los restos del quinto crucero pesado síndico se precipitaban al espacio, el crucero ligero que había sobrevivido intentó embestir contra la *Osada*, pero se desintegró bajo el fuego de los cuatro cruceros de batalla de la Alianza.

—Muy valiente —murmuró Desjani dando cuenta del funesto ataque del crucero ligero.

La formación Bravo de la Alianza pasó hacia arriba y hacia fuera. Geary, que estaba admirando lo bien que había llevado Duellos el ataque, vio que los acorazados síndicos supervivientes estaban tomando posiciones alrededor de la puerta hipernética y apretó los puños con frustración. El ataque suicida había conseguido exactamente lo que necesitaban: ganar tiempo para que los demás buques de guerra pudieran

prepararse para destruir la puerta.

—Formación Gamma, Capitán Tulev, haga caso omiso del crucero de batalla que hay en el centro de la puerta. Ataque las naves síndicas que hay alrededor del cerco de la puerta.

—Aquí Tulev, sí, señor. —No sonaba nervioso, pero el firme Tulev nunca lo parecía. Geary estuvo observando mientras Tulev alteraba el rumbo de la formación Gamma, conduciendo a sus cruceros de batalla hacia la zona en la que dos de los acorazados supervivientes reducían la velocidad para pasar despacio junto a las secciones en las que cientos de ronzales sostenían la matriz de partículas de la puerta hipernética. Los cruceros pesados adjuntos a la formación Gamma salieron como una flecha en dirección al crucero de batalla síndico dañado que había justo delante de la puerta, mientras que el *Leviatán* de Tulev, junto con sus hermanas de división, la *Dragón*, la *Decidida* y la *Valiente*, se lanzaban contra los dos acorazados.

Geary observó con gesto adusto las dos naves síndicas que quedaron libres, un acorazado y un crucero de batalla. La decisión de Tulev era intachable. Dividir a los cruceros de batalla de la Alianza que tenía la formación de Tulev habría dejado más opciones a los síndicos, y muy probablemente no habrían sido suficientes para frenar a las naves enemigas síndicas.

—Formación Delta. El *Intrépido* y el *Arrojado* entrarán en combate contra el acorazado síndico a diez grados a babor y seis siete grados en dirección ascendente del *Intrépido*. El *Terrible* y el *Victorioso* se enfrentarán al crucero de batalla síndico a uno cinco grados a babor y cuatro uno en dirección ascendente del *Intrépido*. Los cruceros pesados acompañan al *Intrépido* y al *Arrojado*. Los cruceros ligeros y los destructores acompañan al *Terrible* y al *Victorioso*. A todas las unidades, modifiquen rumbo a cinco cero grados a las cero punto cero.

Geary se inclinó hacia la capitana Desjani.

—Necesitamos una muerte rápida.

Ella asintió.

—La tendrá, señor.

Las naves de Tulev seguían fuera del radio de combate cuando el consultor de armamento pronunció las palabras que Geary había estado temiendo.

—Las naves síndicas supervivientes han abierto fuego contra los ronzales de la puerta hipernética.

Geary miró su visualizador, viendo cómo los ronzales se hacían añicos bajo el fuego de las armas síndicas.

—¿Cuántos daños puede soportar la puerta antes de que empiece a desmoronarse?

—Eso es desconocido, señor. Lo sabremos cuando empiece a fallar, pero no sabremos que ha llegado el momento hasta que suceda.

Geary logró a duras penas reprimirse y no ponerse a chillarles a todos los que estaban en el puente de mando. *¡La próxima vez que queráis construir algo tan peligroso, tomaos antes la molestia de intentar entenderlo!*. Pero sabía que no era justo. Bajo la presión de la guerra, cuando también el enemigo estaba en posesión de la tecnología hipernética, ninguno de los dos bandos se había podido permitir el lujo de perder el tiempo desentrañando la teoría que se escondía detrás de la tecnología. No podía creer la rapidez con la que estaban destruyendo los ronzales. Las naves síndicas estaban haciendo caso omiso del ataque inminente de Tulev, probablemente seguían bajo el control total de los programas de sus autoridades, concentrados en tratar de destruir la puerta a cualquier precio.

El primero en pagar ese precio fue el crucero de batalla inutilizado que había en el centro, cuando un escudo delantero debilitado cedió, dejando el casco abierto al bombardeo de las lanzas infernales de los cuatro cruceros pesados. El crucero de batalla se estremeció bajo la cortina de fuego y cayó derrumbado y con todos los sistemas aparentemente anulados.

Al cabo de unos minutos, los cruceros de batalla de Tulev ascendieron hasta sobrepasar los dos acorazados síndicos, acercándose peligrosamente a ellos. El primer acorazado recibió de lleno una descarga de espectros que ni siquiera sus escudos lograron resistir y se hizo añicos cuando la metralla penetró en él. El segundo acorazado consiguió aguantar durante unos breves instantes bajo el fuego concentrado de las lanzas infernales de cuatro cruceros de batalla de la Alianza, y luego estalló cuando sus escudos se quebraron y las lanzas lo desgarraron.

Las naves de Tulev estaban virando hacia arriba y se alejaron de nuevo por encima de la puerta hipernética mientras Geary dirigía a la formación Delta en sentido ascendente hacia las dos últimas naves síndicas.

*La Terrible* y el *Victorioso* llegaron primero a su objetivo, algo más cercano. Los cruceros ligeros y los destructores que les acompañaban, conscientes de que las armas síndicas estaban volcando todos sus esfuerzos en destruir los ronzales de la puerta, pasaron a una distancia descabelladamente próxima del crucero de batalla síndico soltando munición a su paso. Los escudos de un crucero de batalla no eran exactamente iguales a los de un acorazado, y a una distancia tan corta incluso los ligeros buques de guerra de la Alianza acribillaron los escudos en un ángulo

peligrosamente bajo.

Detrás de las unidades ligeras llegaron la *Terrible* y el *Victorioso*. Una lluvia de metralla por parte de ambas naves se precipitó finalmente contra los escudos del crucero de batalla síndico; luego las lanzas infernales cumplieron con su mortífera misión, dejando un montón de chatarra en su estela.

Geary miraba alternativamente el estado de la puerta y la situación de la nave síndica que tenía justo delante.

—Estado de la puerta. Deme una estimación.

El consultor vaciló solo un instante.

—Creo que se nos va, señor —informó en un enérgico tono de estrés—. Creo que es demasiado tarde.

Geary accionó el interruptor de comunicaciones.

—A todas las unidades de la flota de la Alianza a excepción del *Intrépido*, el *Arrojado* y la división de cruceros Cuatro; al habla el capitán Geary. Aléjense de la puerta hipernética a la mayor celeridad posible. Refuercen sus escudos expuestos a la puerta. Estimamos que la puerta se está derrumbando y podría producir un estallido de energía muy potente. El *Intrépido* y las unidades que lo acompañan destruirán la nave síndica que queda y tratarán de estabilizar la puerta y, si esto no funciona, tratarán de reducir la intensidad del estallido energético mediante una destrucción selectiva de los roncales de la puerta. Repito, todas las unidades excepto el *Intrépido*, el *Arrojado* y los cruceros pesados de la división Cuatro deben acelerar en dirección opuesta a la puerta hipernética con la mayor prontitud.

Apenas había terminado de hablar cuando los cruceros pesados se pusieron a tiro del acorazado síndico y empezaron a vapulearlo, lanzándole todas las armas de que disponían. Los escudos del acorazado aguantaron, por supuesto, pero se estremecieron bajo los disparos.

Desjani habló con calma.

—*Arrojado*, al habla el *Intrépido*. Aproximándonos a tiro de lanzas infernales en conjunción con carga máxima de metralla.

—*Intrépido*, aquí *Arrojado*. Afirmativo. Justo a su lado.

Geary no sabía si el acorazado síndico había sido liberado de su control automatizado, ahora que la puerta parecía estar derrumbándose, o si la tripulación habría conseguido invalidar el control sobre algunas de sus armas, pero de repente dirigió sus disparos contra los cruceros pesados. Dos de ellos se libraron dando tumbos del impacto de las principales baterías de lanzas infernales masivas del acorazado síndico, ya bastante dañado como para estar fuera de combate. Un tercer crucero viró hacia arriba y hacia atrás, trazando una curva para escapar del contacto. El cuarto, el *Diamante*, salió disparado de costado, girando en un intento por confundir al objetivo síndico, y siguió disparando.

La metralla del *Intrépido* y del *Arrojado* alcanzó los escudos del acorazado síndico, provocando una serie de fogonazos de luz a medida que el disparo transformaba su energía en luz y calor. En algunos puntos, los escudos se estrechaban lo suficiente para que la metralla penetrara en el casco ocasionando una llamarada. Pasado un momento, antes de que los escudos del acorazado pudieran recuperarse, unas ráfagas de lanzas infernales procedentes del *Intrépido* por un lado y del *Arrojado* por el otro se precipitó sobre ellos. El acorazado tembló a medida que las partículas cargadas desgarraban su blindaje y se adentraban en su tripulación y sistemas vitales.

—Espectros —saltó Desjani—. Carga completa.

El *Intrépido* disparó seis misiles tras tomarse solo unos instantes para determinar su rumbo hacia al acorazado síndico y acelerar directamente hacia el buque de guerra atacado. Se desencadenaron grandes explosiones y lo que no era ya más que una ruina se tambaleó alejándose de su posición junto a la puerta.

—No tenían ninguna opción, manteniendo esa situación casi fija —afirmó Desjani sacudiendo la cabeza.

—La puerta se está derrumbando definitivamente —gritó el consultor que la estaba controlando con el miedo reflejado en la voz.

Geary tecleó un código y pulsó la tecla de activación para abrir el programa que la comandante Crésida había desarrollado. *Antepasados, por favor, haced que esto funcione. Quiere que someta a los buques de guerra disponibles al programa. De acuerdo. Hazlo. Ojalá tuviera aquí más de cuatro, pero ¿cuántos necesito? Las dos últimas formaciones ya han dado la vuelta conforme a mi orden anterior y se están alejando.*

—*Intrépido, Arrojado, Diamante*, les habla el capitán Geary. Sus sistemas de combate están siendo sometidos al control de un programa diseñado para tratar de controlar el derrumbamiento de la puerta hipernética. Se hace efectivo a partir de ahora.

Introdujo la autorización mientras reflexionaba sobre lo irónico que resultaba hacer con sus naves lo mismo que habían hecho los comandantes síndicos con la flotilla de la fuerza Bravo. Pero, por supuesto, él estaba haciendo para intentar detener una destrucción masiva, y no para causarla, y sus comandantes podían cancelar el programa en cualquier momento, si así lo deseaban.

Casi inmediatamente, Geary sintió que el *Intrépido* viraba y empezaba a frenar al máximo para ralentizar su movimiento a través de la puerta hipernética. Pudo ver cómo el *Arrojado* y el *Diamante* también se esforzaban por amortiguar su velocidad y ocupar sus posiciones cerca la puerta.

Geary alzó la vista para mirar el visualizador, donde ahora la puerta hipernética parecía cernirse sobre ellos. Solo había visto otra puerta hipernética, y había sido

durante unos instantes. El almirante Bloch había querido mostrársela a Geary, pero él todavía estaba medio muerto tras la prolongada hibernación de supervivencia y el impacto psíquico que había supuesto despertarse un siglo después en el futuro, así que no le había prestado demasiada atención. Recordaba vagamente un resplandor en el espacio, como si dentro de la puerta hubiera algo que no funcionara bien del todo.

Ahora veía algo distinto. Los daños causados por las naves síndicas se habían visto minimizados por sus pérdidas, pero estaba claro que habían sido demasiado para la matriz de partículas que sostenían los ronzales. El fulgor había desaparecido y había sido sustituido por una ondulación que se extendía por todo el espacio como si fueran espasmos en el pellejo de alguna criatura inconcebiblemente gigantesca.

—Capitán Geary —dijo Desjani como si estuviera comentando una maniobra rutinaria—, el programa de neutralización de la puerta está proyectando posiciones para las tres naves.

—¿Hay algún problema? —le preguntó Geary a Desjani.

Ella hizo un gesto de negación.

—Ya estamos implicados en la maniobra, señor.

Geary observó la imagen de la puerta pasando a toda velocidad junto al *Intrépido*; la puerta hipernética tenía un tamaño tal que dejaba en nada hasta al crucero de batalla de la Alianza. También vio en su proyector que el *Arrojado* y el *Diamante* tomaban posición según las órdenes del programa.

—El programa informa de que el análisis sobre el desplome de la puerta está completado —anunció el consultor de armamento en un tono algo desconcertado—. Imposible estabilizar. Iniciando secuencia de neutralización destructiva.

Al parecer eso significaba que iba a abrir fuego. Las tres naves dispararon sus cargas de lanzas infernales contra los ronzales distribuidos alrededor de la puerta, eliminándolos según un esquema que Geary no pudo comprender. Se sorprendió de nuevo mirando fijamente la propia puerta, espantado pero incapaz de apartar los ojos de la agónica defunción de la matriz de partículas atrapada dentro de la puerta.

Ahora la imagen del espacio a través de la puerta se retorció y se enrollaba como si la propia realidad se estuviera doblando. Había algo en el fondo del cerebro de Geary que retrocedía al registrar esa visión, que rechazaba una imagen que despojaba al universo de la ilusión de solidez que acostumbraba a mostrar a los ojos humanos. Dentro de la matriz de la puerta, la naturaleza fundamental de la materia se estaba combando y durante ese proceso se estaba acumulando una cantidad inimaginable de energía.

Las lanzas infernales del *Intrépido* siguieron impactando en una secuencia aparentemente aleatoria, vaporizando los ronzales uno a uno y en grupo. El *Arrojado* se había desplazado por encima y a babor del *Intrépido*, y el *Diamante*, por debajo y también a babor; ambos seguían disparando sus armas coordinados por el mismo

programa. A Geary se le hacía imposible distinguir en el panel visual si el programa funcionaba o no.

—¿Cuáles son las lecturas de energía en la puerta? —preguntó con un susurro que se propagó nítidamente por el puente de mando, que por lo demás se encontraba en completo silencio.

—Aumentando vertiginosamente por todas partes; se sale del gráfico y luego nada, y después vuelve a subir increíblemente —advirtió la consultora de sensores con la incredulidad reflejada en su debilitada voz—. Los cambios se suceden de forma instantánea. Parece que buena parte de lo que está pasando en esa puerta no puede medirse con nuestro instrumental.

—Capitán Geary, aquí el *Diamante*. ¿Qué coño está pasando, señor?

Recibieron el mensaje con interferencias, pero seguía siendo reconocible.

Geary levantó la mano para accionar los controles sin apartar los ojos del visualizador.

—*Diamante*, aquí Geary. Estamos intentando ponerle una correa a un monstruo antes de que destruya todo este sistema estelar. Asegúrese de que sus escudos delanteros están reforzados al máximo. *Arrojado*, eso también va por ustedes. No interfieran, repito, no interfieran en el esquema de fuego de su armamento.

Un extraño zumbido parecía estar llenando el ambiente, una resonancia que atravesaba todo aquello que se acercaba a la puerta. El propio Geary lo sintió en sus propias carnes. Podía oír como alguien susurraba una plegaria y no lo mandó callar. La imagen a través de la puerta se había retorcido un poco más, convirtiéndose en algo casi imposible de observar, debido al modo en que el cerebro reaccionaba a esa visión. *Las fauces del monstruo. La mítica bestia devoradora de naves que no deja rastro de ellas en el espacio. Por fin la he visto. Por todas las estrellas del firmamento, ojalá nunca más vuelva a verla.*

Una voz muy grave sonó a su lado. Era la copresidenta Rione, con un tono que reflejaba el mismo estupor y terror que Geary y todos los demás debían de sentir.

—Capitán Geary. Gracias por intentarlo.

—Todavía no hemos fracasado —consiguió responder.

—Capitana Desjani —reclamó la consultora de armamento con un tono de voz demasiado alto y con un deje de pánico—. Las baterías de lanzas infernales dos alfa, cuatro alfa y cinco beta registran un sobrecalentamiento a causa de la constante actividad de disparo.

—Establezca depósitos de calor de emergencia —contestó Desjani con voz calmada—. Damas y caballeros, tenemos a bordo al capitán Geary. Él y el resto de la flota cuentan con nosotros y no les vamos a fallar.

A pesar del miedo, Geary sintió una oleada de gratitud por sus palabras y de admiración por la capacidad de Desjani para proyectar una imagen de control incluso

mientras hacía frente a lo que estaba sucediendo en el interior de la puerta.

El extraño zumbido había aumentado hasta convertirse en un gruñido que lo atravesaba y lo desgarraba todo. Geary sintió esa especie de rara inestabilidad que le sobrevinía a uno cuando estaba muy bebido y se dio cuenta de que su sistema nervioso se estaba viendo vapuleado por lo que quiera que estuviera ocurriendo dentro de la puerta. Tenía la esperanza de que los sistemas eléctricos del *Intrépido* estuvieran mejor escudados de lo que lo estaba su propio cuerpo en ese momento.

—Capitán Geary, aquí el *Diamante*. Estamos registrando fallos en el sistema secundario. Los sistemas primarios siguen operativos gracias a los circuitos auxiliares. Hemos perdido una batería de lanzas infernales por sobrecalentamiento. Mantenemos la posición.

—Aquí el *Arrojado*. Tenemos los mismos problemas. Permanecemos en nuestro puesto y seguimos disparando.

—Capitana Desjani, fallos en los sistemas secundarios en todo el casco, la batería de lanzas infernales dos alfa se encuentra no operativa por sobrecalentamiento.

—Muy bien —respondió Desjani en el mismo tono neutro—. Mantenga la posición. Siga disparando.

Geary se había sentido orgulloso de comandar esa flota cuando la responsabilidad no lo abrumaba. Pero ahora sentía tal pundonor por comandar a unas naves y a unos tripulantes como aquellos que tuvo que esforzarse por contener las lágrimas.

—Maldita sea, qué buenos son todos —afirmó bruscamente—. Espero que las estrellas del firmamento recompensen todo este coraje.

—Aquí el *Diamante*. Mis armas han dejado de disparar. Ningún sistema de combate está operativo. Solicito instrucciones.

Geary golpeó el control con la mano.

—Retroceda, *Diamante*. Aceleración máxima. Mantenga los escudos orientados hacia a la puerta a la mayor resistencia posible.

—Aquí *Diamante*, sí, señor. No es posible proceder. Los compensadores inerciales siguen funcionando, pero los controles de maniobra principales han dejado de hacerlo. Parece que nos quedamos en la boca del infierno con usted.

—No podría pedir mejor compañía que ustedes dos, *Arrojado* y *Diamante* —respondió Geary—. Capitán Duellos, si el *Intrépido* resulta destruido, usted asumirá el mando de la flota según mis órdenes.

Duelos tardaría un rato en oír esa orden, suponiendo que las extrañas interferencias que emanaban la puerta no la enmascararan por completo mucho antes de que llegase. Geary tomó una profunda bocanada de aire.

—¿Cuánto tiempo más podemos aguantar, capitana Desjani?

—No sabría decirle, señor —afirmó con una voz suave pero segura que dejó a Geary maravillado por el autocontrol que estaba demostrando Desjani—. La nave



está soportando un nivel de sobrecarga inusitado.

El ritmo de disparo de las baterías de lanzas infernales por fin se había frenado, con pausas de duración variable que tuvieron lugar antes de que el programa de fuego ordenase nuevos disparos para hacer estallar más ronzales situados en torno a la puerta. La boca del infierno que había en su interior fluctuaba violentamente, hinchándose en un momento como si estuviera a punto de estallar más allá de los límites de la puerta, y al siguiente se reducía hasta convertirse en un punto demasiado pequeño a simple vista.

Geary sintió que su cuerpo latía al mismo tiempo y se preguntó cuánto tiempo podrían soportar los seres humanos lo que fuera que le estaba sucediendo a la estructura de la realidad en ese lugar del espacio. La boca del infierno se encogió hasta la nada en un abrir y cerrar de ojos, desapareciendo de su vista.

—¿Qué...?

Geary interrumpió su pregunta cuando el *Intrépido* se vio azotado por una onda de choque que viajaba tan rápido que a esa distancia de la puerta no tuvo tiempo de advertirla. Había visto imágenes en desfase temporal de la onda de choque de una nova, y aquello se le parecía mucho, aunque al suceder sin retardo, fue tan rápido que sus sentidos no lo registraron del todo. El *Intrépido* se estremeció bajo el impacto, los compensadores inerciales chirriaron al amortiguar los efectos de su potencia.

—Reforzando escudos delanteros. —Por encima de ellos las luces se atenuaron—. Desviando toda la energía accesoria hacia los escudos delanteros.

Terminó tan rápido como había empezado. Geary parpadeó con la mirada clavada en el visualizador, que no mostraba nada más que el espacio normal. Los ronzales que quedaban en la puerta se habían vaporizado a causa de la descarga de energía producida por el desplome de la puerta.

—¡Diamante! ¡Arrojado! ¡Informen de su estado!

—Señor, se han caído las comunicaciones. Los sistemas se están restableciendo. Ahora tiene comunicación, señor.

Geary volvió a pulsar el comando.

—*Diamante* y *Arrojado*, solicito informe sobre su estado.

El retraso fue agónico, pero por fin llegó una respuesta.

—Aquí el *Arrojado*. Gran parte del equipo no funciona, pero no hemos sufrido daños graves. Se estima que podremos restablecer toda nuestra potencia con el debido tiempo. Les informaremos sobre la estimación aproximada de las reparaciones tan pronto como nos sea posible.

—Aquí el *Diamante*. Deberíamos poder movernos de nuevo, aunque tardaremos al menos varias horas, posiblemente mucho más. Hemos perdido muchos sistemas vitales. El *Diamante* se encuentra en estado no operativo durante un período indefinido.

Geary dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—*Arrojado*, permanezca junto al *Diamante*. Capitana Tyrosian, designe a uno de sus auxiliares para que se acerque al *Diamante* a prestarle asistencia.

Geary comprobó el visualizador del sistema y vio perplejo que la onda de choque a la que habían sobrevivido alcanzaba en ese momento a las naves de la Alianza más cercanas.

—¿Cuánto ha sido eso? Una nova no.

—No estaríamos aquí si hubiera tenido la fuerza de una nova —convino el consultor de sensores con la voz algo trémula—. Ha sido una especie de fracción menor de una nova. Incluso en ese caso no habríamos sobrevivido a esa clase de bombardeo energético durante un período más largo de tiempo, pero solo ha habido una onda de choque. Geary se desplomó en su butaca, debilitado por la reacción. No había forma de transmitir un mensaje a ninguna de las naves de la Alianza antes de que la onda de choque les alcanzara, pero ya deberían estar instalados frente a la puerta con los escudos preparados, y la energía que contenía la onda de choque en cualquiera de sus puntos se estaría debilitando a gran velocidad a medida que se alejaba de la puerta, expandiéndose. El programa de Crésida no había conseguido anular la descarga energética por completo, pero la había mantenido en un nivel lo suficientemente bajo como para que todo lo que quedaba en el sistema estelar Sancere pudiera resistirla.

—Muy buen trabajo, capitana Desjani. Usted y su tripulación. El *Intrépido* es una gran nave.

—Gracias, señor. —Ni siquiera en ese momento se mostró Desjani tan nerviosa como lo estaban todos los demás. Aparentemente creía de verdad que el hecho de tener a Geary entre ellos iba hacer que lo peor no llegara a suceder.

Geary oyó que alguien respiraba profundamente a su espalda y al mirar vio a la copresidenta Rione. Tenía los ojos clavados en el suelo y los puños apretados, pero, como si se hubiera percatado de que Geary la estaba mirando, Rione se irguió lentamente y volvió el rostro para ponerse frente a frente. Rione tenía la angustia reflejada en los ojos. Geary creyó saber por qué. Acababan de ser testigos de la clase de fuerzas que se podían desencadenar deliberadamente empleando el programa que Geary le había dado para su custodia. Hasta entonces, Geary no había sido consciente de lo terrible que podía ser esa carga.

—Lo siento.

Ella asintió, entendiendo a la perfección lo que quería decir.

—Yo también, capitán Geary. Hablaremos más tarde.

Rione inhaló despacio mientras se ponía derecha y se levantaba, recuperando la compostura mediante un ejercicio de pura fuerza de voluntad. A pesar de que seguía conmocionado por la destrucción de la puerta, Geary se sintió impresionado.

Desjani parecía estar impresionada a su vez, a su pesar. Contempló a Rione mientras esta se marchaba y luego se dirigió a Geary.

—¿Órdenes, capitán Geary?.

—Regresar a la flota, capitana Desjani. —Estudió la disposición de la flota mientras luchaba por sacudirse una fatiga como no había sentido desde que habían desaparecido los persistentes efectos de su hibernación de supervivencia—. Aviso a todas las unidades a excepción del destacamento especial Furiosa, les habla el capitán Geary. Tras el paso de la onda de choque, adopten formación de flota estándar Sigma. Destacamento especial Furiosa, mantengan posición de pantalla entre la fuerza síndica Alfa y el resto de la flota. A todos, bien hecho. Muy bien hecho. Sancere es nuestro.

La flota de la Alianza no volaría rumbo a casa sobre las alas de la hipernet síndica. No desde Sancere, en todo caso. Pero había sobrevivido y les estaba asestando a los síndicos un golpe maestro. No estaba mal para una flota que parecía estar condenada a la destrucción.

Tardaron doce horas en reunir de nuevo a la flota en una formación compacta después del paso de la onda de choque producida por el desplome de la puerta hipernética. Las subformaciones que Geary había establecido habían seguido sus órdenes de huida de un modo que, tenía que reconocerlo, había sido de lo más loable. La deceleración, el viraje y la reagrupación habían requerido su tiempo, sobre todo porque Geary no quería alejarse mucho del punto en el que se encontraba ahora el Arrojado remolcando al *Diamante* en dirección al resto de la flota.

Con las treinta naves bajo el mando de la Furiosa situadas aún a casi dos horas luz de distancia, demasiado lejos como para participar en una reunión, el número de comandantes de navío en torno a una mesa de juntas virtual parecía haber menguado de nuevo de forma radical. En este caso, no obstante, las naves ausentes sin duda regresarían. Geary los saludó con un gesto.

—Han hecho todos un excelente trabajo. Tenemos por delante dos tareas fundamentales en el sistema Sancere. La primera es conseguir la mayor cantidad de las cosas que necesitamos. El sistema logístico de la flota ha buscado los almacenes síndicos que se corresponden con nuestras necesidades en la medida de lo posible. Les he transmitido a los síndicos otro mensaje de advertencia en caso de que no cumplan con nuestras exigencias.

—Es probable que no lo reciban —apuntó el capitán Tulev—. Parece ser que esa onda energética ha freído la mayor parte de los sistemas síndicos que nosotros hemos dejado intactos.

Desjani se encogió de hombros.

—Entonces no van a poder coordinar ninguna acción contra nosotros.

Geary asintió.

—El segundo cometido consiste en destruir aquellos objetivos que han quedado indemnes tras nuestro bombardeo inicial, después de saquearlos hasta que nos hartemos. Por desgracia, la fuerza síndica Alfa está merodeando por los alrededores del sistema. No podemos limitarnos a dispersar la flota para maximizar la velocidad y la eficiencia de nuestro saqueo mientras esos buques de guerra síndicos estén al acecho, aunque se encuentren demasiado lejos para suponer una amenaza inmediata. Estaba pensando volver a dividir el cuerpo principal de la flota en seis secciones. El destacamento especial Furiosa mantendrá su posición por un tiempo para protegernos de la fuerza síndica Alfa, pero nosotros les daremos relevo dentro del sistema pasado un tiempo para que ellos también puedan reabastecerse. —Su propuesta fue recibida con muchos gestos de asentimiento y ninguna objeción—. Capitana Tyrosian, necesito saber si puedo disponer de sus naves auxiliares para repartirlas en cuatro de las formaciones o si deberían permanecer concentradas.

—En parejas sería lo mejor, capitán Geary —replicó Tyrosian en cuanto le fue posible, debido al retraso de cinco segundos luz que había entre la posición de su nave y la del *Intrépido*—. La *Titánica* con la *Genio*, y la *Trasgo* con la *Hechicera*.

—Bien. Usted me dirá a qué parte de Sancere tienen que ir para coger lo que necesiten. Cuanto tenga esa información, elaboraremos un programa para que las demás naves se desplacen hacia las inmediaciones y recojan armas y pilas de combustible nuevas.

—Estamos fabricando a la mayor velocidad que podemos —le aseguró Tyrosian a Geary—. La necesidad primordial son los materiales para manufacturar nuevas pilas de combustible, pero los síndicos tienen lo que queremos.

—Coronel Carabali —ordenó Geary—, sus tropas proporcionarán escoltas a los equipos de explotación de las naves auxiliares y otros buques de guerra.

Carabali asintió; parecía algo preocupada.

—Señor, incluso si limitamos a seis el número de subformaciones, mis infantes de Marina no son suficientes para asumir tantas responsabilidades. Tenemos que asumir que cualquier personal de la Alianza que abandone su nave o su transbordador es susceptible de ser atacado por destacamentos terrestres síndicos regulares o irregulares.

—¿Ayudaría que armáramos a algunos de los tripulantes? —La coronel de Marina vaciló.

—Señor, con el debido respeto, no estoy segura de que aprovisionar con armas a los tripulantes vaya a mejorar la seguridad de la situación. —Carabali se relajó cuando vio que Geary y otros oficiales sonreían—. No quiero ofender a nadie, pero esta clase de situaciones requieren de una formación especializada y experiencia.

—Lo comprendo —le aseguró Geary—. Entonces, eso nos ralentizará un poco

más. Tenemos que asegurarnos de que solo aterrizamos en los enclaves en los que podamos garantizar la seguridad. No quiero que los síndicos empiecen a coger rehenes.

—Nosotros tenemos muchos más rehenes que ellos —rió el capitán de la *Terrible*—. Unos mil millones.

—Cierto. Pero, aunque nos vengáramos de todos y cada uno de esos síndicos, eso no necesariamente nos garantizaría recuperar a los nuestros con vida. —Todos volvieron a asentir. Al menos estaban de acuerdo con la lógica—. ¿Alguna pregunta?

Se produjo un largo silencio mientras Geary dejaba que sus oficiales se lo pensaran. Quería que, en la medida de lo posible, sacaran a colación cualquier novedad en ese momento.

El capitán del *Brazal* habló con una evidente renuencia.

—Capitán Geary, me gustaría comunicarle un terrible rumor que he oído circular por la flota. De forma anónima, por supuesto, ya que aquellos que lo están transmitiendo no tienen el valor suficiente para dar un paso al frente. —Un murmullo se extendió entre los comandantes a medida que fueron reaccionando a esa noticia—. Hay quien dice que la puerta hipernética fue destruida deliberadamente.

Geary se lo quedó mirando, tratando de comprender las implicaciones de aquello.

—Pues claro que fue destruida deliberadamente. Todas sus naves pudieron ver como los síndicos abrían fuego sobre ella.

—No, señor. El rumor afirma que la puerta seguía funcionando, pero que usted la destruyó. —El capitán del *Brazal* torció el gesto—. Debe saber que hay gente que dice eso.

—¿Por qué iba yo a querer destruir la puerta si hubiera seguido funcionando? —se preguntó Geary demasiado sorprendido aún como para enfadarse.

—Según el rumor, señor, porque desea retener el mando y teme que se lo arrebaten al regresar al espacio de la Alianza.

Sin saber si echarse a reír incrédulo o enojarse, Geary golpeó la mesa con la palma de la mano.

—Increíble. Déjenme que les asegure a usted y a todos los demás, que no hay nadie que desee más que yo volver a salvo al espacio de la Alianza cuanto antes.

Nada más terminar de decir eso, otro oficial habló en un tono áspero por la emoción.

—¿Quién demonios se puede creer eso?

Geary, perplejo, alzó la vista y vio al comandante del *Diamante*; entonces se dio cuenta de que, puesto que el *Diamante* se encontraba todavía a veinte segundos luz de distancia, el comentario no se refería al último argumento de Geary, sino más bien al anterior.

—¡Ese rumor es más que despreciable! —continuó el capitán del *Diamante*—. Mi

nave estaba allí y el que quiera venir a ver el diario de navegación del *Diamante* está invitado a hacerlo. La puerta se estaba viniendo abajo cuando nosotros llegamos allí. —Miró a Geary—. Voy a admitir una cosa. Yo era uno de los que estaban preocupados por el capitán Geary, por lo que estaba haciendo y cómo lo estaba haciendo. Muchos de ustedes lo saben. Me inquietaba el hecho de que no fuera lo bastante agresivo. ¡Pero nos lanzamos hacia esa puerta! Nos lanzamos a por ella como locos, y acabamos con esos síndicos tan rápido como pudimos, pero habían causado demasiados daños. Comprueben el cuaderno de bitácora del *Diamante* si no me creen. Y mientras tanto, échense un vistazo a las lecturas que provenían del interior de la puerta mientras se estaba desplomando. Increíble, es lo único que se me ocurre. El capitán Geary hizo todo lo que se podía hacer. He estado a las puertas del infierno con él y volveré a estar a su lado cuando sea necesario.

El silencio reinó al final de su alegato. Geary respiró lenta y profundamente, consciente de que tenía que añadir algo más.

—Damas y caballeros, les he dicho con anterioridad que admiro el coraje del personal de esta flota. Admito sin cortapisas que he tenido ciertas dificultades para entender algunos de los cambios que se han producido en la flota de la Alianza desde mis tiempos, los cambios que han sido fruto de un período de un siglo, un siglo de guerra. Pero ahora les digo que hasta hoy no había sido plenamente consciente de una cosa. —Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas—. La flota que yo conocí era más pequeña, más profesional, estaba más preparada. Pero no teníamos experiencia en combate. No como ustedes. Y cuando el *Intrépido*, el *Arrojado* y el *Diamante* estaban junto a la puerta, manteniéndose firmes sin vacilar ni un solo instante, pese a estar enfrentándose a algo tan terrible como nunca habría podido imaginar, ahí es donde acabé de ser consciente de lo valientes que son todos ustedes. Cada oficial y cada tripulante de esta flota tiene derecho a considerarse uno de los mejores que ha visto la Alianza. Sería imposible honrar más a sus antepasados de lo que ya lo han hecho gracias a su entrega al deber, su perseverancia ante lo que parece una guerra sin fin, su empeño por soportar cualquier carga en defensa de sus hogares. Me siento enormemente orgulloso de que se me haya dado la oportunidad de poder comandarles. Llevaré a esta flota a casa, aunque solo sea porque personas como ustedes merecen que en sus hogares se conozcan sus hazañas, y porque merecen regresar a casa sanos y salvos. Yo los llevaré a casa. Lo juro.

Dejó de hablar, preocupado por si había derrochado demasiada emotividad en el improvisado discurso a medida que se le iban escapando las palabras, preocupado por si había sonado estúpido o condescendiente. Pero todos lo miraban en silencio, con la solemnidad reflejada en sus propios rostros. Por fin, el oficial al mando del *Brazal* tomó de nuevo la palabra.

—Gracias, señor. El honor es nuestro.

Nadie lo contradijo. Al menos no en voz alta.

Geary tomó asiento después de que terminara la reunión y las presencias virtuales hubieron desaparecido; solo quedaba la capitana Desjani. Ella sonrió, saludó y se marchó, dejando que su expresión y su gesto hablaran por ella.

A menudo se había preguntado por qué el destino lo había situado en esa posición, porque había perdido todo lo que conocía y se le había empujado a comandar más allá de sus antiguas responsabilidades. Nunca se le había ocurrido la idea de que pudiera llegar a sentirse agradecido de por vida por nada de ello. Pero, al recordar la presencia constante del *Intrépido*, el *Arrojado* y el *Diamante* en la puerta, Geary musitó una oración dando gracias por tener a su lado esas naves y a esas tripulaciones

Había caído la noche en la nave; Geary estaba sentado en su camarote con la mirada perdida y la mente llena de recuerdos de la boca del infierno que había en el interior de la puerta hipernética, cuando sonó la campana de la escotilla. Esperaba a la capitana Desjani, de modo que se sobresaltó al ver entrar a Victoria Rione, cuyo rostro delataba una profunda emoción. *Seguramente debería estar cabreadísimo con ella por hacerme la vida todavía más difícil desde Sutrah, pero, comparado con lo que hizo Falco, eso no es nada. Rione no va a provocar la pérdida de muchas naves.* Así que Geary se levantó y habló educadamente.

—Señora copresidenta, admito que me sorprende su visita. Hacía tiempo que no venía por aquí.

—No, a no ser que usted insistiera, querrá decir —replicó Rione con tranquilidad.

—Sí. Espero que no esté usted pensando plantearme la misma clase de problema que le planteé yo aquí, en nuestra última reunión.

—No. —Calló, aparentemente haciendo acopio de ánimos para hacer algo—. Capitán Geary, me gustaría pedirle disculpas.

Eso sí que era una sorpresa.

—¿Disculpas?

—Sí. —Señaló al visualizador estelar que flotaba por encima de la mesa—. Desde nuestra discusión en Sutrah he hecho lo que dije que haría, he llevado a cabo simulaciones. He llevado a esta flota a través de todas las rutas posibles desde Sutrah utilizando los puntos de salto que habíamos planeado. —Rione dudó un instante mientras los músculos de su mandíbula se tensaban—. Todas acabaron igual. Pequeñas pérdidas en un sistema tras otro que se iban sumando al tiempo que los movimientos defensivos síndicos iban limitando las opciones cada vez más, hasta que la flota acababa atrapada entre varias fuerzas superiores.

Geary no pudo evitar decir:

—Así que tenía razón.

—Tenía razón —aceptó Rione con un tono afilado—. Lo admito.

—Lo que le dije que había elaborado mentalmente se ajustaba lo suficiente a la realidad como para predecir exactamente lo que las simulaciones confirmaron.

Ella sintió con rigidez y una expresión dura en el rostro.

—Dijo la verdad. Eso también lo admito. Le pido disculpas por haber cuestionado sus motivos.

Él sacudió la cabeza en señal de frustración.

—¿Mis motivos? Joder, señora copresidenta, me llamó de todo, como traidor a esta flota y a la Alianza entre otras cosas. De hecho llegó a emplear el término «traicionar», ¿no es verdad?

—Lo hice, y admito que estaba equivocada. —Una ráfaga de resentimiento cruzó ahora los ojos de Rione—. ¿No va a aceptar mi disculpa?

—Sí. La acepto. Gracias. —Geary luchó por no volver a fustigarla, sabiendo que con quien realmente estaba enfadado era con Falco y con otros como él—. Las últimas semanas han sido complicadas.

—Lo sé. —Rione hizo un gesto de negación—. Ha debido de ser muy difícil hacer frente a la traición del capitán Falco.

—Habría sido más fácil de haber podido hablar con usted. —Perplejo por haber pronunciado realmente esas palabras, Geary miró a Rione, cuya expresión había vuelto a la normalidad, cuidándose de no reflejar ningún sentimiento—. He echado de menos sus consejos.

—Mis consejos. Me alegro de que aprecie tanto mis consejos. —Su tono de voz era neutro—. Pero obviamente no los necesita. Su criterio fue superior al mío en lo que se refiere a la dirección que debía tomar esta flota.

Pero ¿qué le pasaba ahora?

—Señora copresidenta... —Geary se esforzó por encontrar la fórmula adecuada—. Los necesito. No hay mucha gente de la que me pueda fiar. No hay mucha gente en la que pueda confiar como confío en usted.

No era fácil interpretar el gesto de Rione, pero sus ojos buscaron el rostro de Geary.

—No puedo ser la única persona en esta flota en la que confíe.

—No. No es solo eso. Es... —Geary apartó la vista al tiempo que se llevaba una mano a la nuca—. Me gusta tenerla por aquí.

El silencio se prolongó durante unos momentos. Por fin Geary volvió a mirar a Rione y vio que ella lo estaba mirando.

—¿Cree que soy su amiga, capitán Geary?

No había llegado hasta ahí. No había estado dispuesto a considerarlo.

—Mi último amigo murió hace mucho tiempo.

—¡Entonces, acepte nuevos amigos, capitán Geary! —Su renovado enojo lo pilló



por sorpresa.

—Usted no... señora copresidenta, si yo... —Geary sintió que se le atragantaban las palabras al comprobar con estupor lo difícil que se le hacía hablar de sus miedos, de lo que había significado para él despertarse de su hibernación de supervivencia y saber que todos sus amigos, que todos sus compañeros, que todas las personas a las que había conocido llevaban muertos mucho tiempo.

—¿Es este el mismo hombre que tiene las suficientes agallas como para llevar a la flota de la Alianza a Sancere? —preguntó Rione en tono burlón—. ¿El héroe de la flota? ¿El hombre que estuvo ante la boca del infierno? ¿Y no puede arriesgarse a aceptar a un amigo por miedo a perderlo?

—No tiene ni idea de cómo es —sentenció Geary enfadado—. Cuando me revivieron, todas las personas que conocía estaban muertas. Todas.

—¿Acaso es usted la primera persona que pierde a alguien importante en su vida? ¿O todo lo que es importante en su vida? ¡Permítase volver a vivir, capitán Geary!

—Usted no sabe...

Por un momento el rostro de Rione dejó traslucir su ira.

—¡Un hombre al que amaba más que a mi propia vida murió, capitán Geary, una víctima más de esta espantosa guerra interminable! Sucedió hace más de una década, pero todavía lo veo claramente cuando cierro los ojos. Tuve que decidir si me dejaba morir por dentro o trataba de volver a vivir. Sé lo que él habría querido que hiciera. No niego que ha sido duro, pero he vivido.

Geary se limitó a mirarla por un instante.

—Lo siento. Lo siento mucho.

La ira se disipó y el hastío ocupó su lugar.

—Maldito sea, John Geary, nunca nadie me había hecho perder el control. No desde que él murió.

—¿Y qué más le da? —preguntó él, perplejo—. ¿Qué le importa lo que yo piense? ¿Por qué se preocupa por lo que me suceda?

Ella se tomó un instante antes de responder.

—Me importa. Es usted un hombre notable, capitán Geary. Incluso cuando se pone exasperante.

—¡Usted me odia!

—¡Yo nunca le he odiado! —le espetó Rione. Entonces esbozó una mueca—. Eso no es del todo cierto. Cuando pensaba que había traicionado a la flota, cuando pensaba que me había mentido y utilizado, odiaba lo que creía que estaba haciendo.

—Me acusó de traicionarla a usted personalmente, además de a la flota.

Rione asintió.

—Le dije que pensaba que me había manipulado deliberadamente. No era solo mi orgullo lo que había herido. Me había permitido creer en usted. Había permitido...

que usted empezara a importarme.

Geary negó con la cabeza, desconcertado una vez más.

—¿En verdad le caigo bien, señora copresidenta?

Rione alzó los ojos al cielo como suplicando ayuda.

—Tan inteligente para mover a la flota y tan imbécil para leer los sentimientos de los demás. Hace ya tiempo que me cae bien, capitán Geary. No me habría enfadado tanto por lo que consideré era una traición por su parte de no haberle tenido afecto, a pesar de que mis instintos me advierten que me aleje de alguien como usted. Mis instintos me dicen que no es de fiar, que no puede ser sincero.

Geary se preguntó si se notaría que estaba pasmado.

—¿No se fía de mí pero le caigo bien?

—Sí. Nunca confiaré en *Black Jack* Geary —explicó Rione. Por alguna razón, le estaba sonriendo con ironía—. Pero John Geary ha acabado por gustarme. Cuando no me está volviendo loca. ¿Quién eres tú?

—John Geary, espero, señora copresidenta.

—¿Señora copresidenta? ¿Deseas que sea ella la que esté aquí? ¡Si tanto te intereso, si me consideras una amiga, llámame Victoria, John Geary!

Él volvió a mirarla.

—¿Interesarme? Sí. No me había dado cuenta de lo mucho que disfruto de su compañía hasta que me vi privado de ella por una temporada.

—Estoy esperando —replicó ella.

—Victoria.

—No ha sido tan difícil, ¿no?

Geary dejó escapar una breve carcajada, luego volvió a sentarse.

—Ha sido muy difícil.

—Intenta decirlo otra vez. Puede que así sea más fácil.

Él la observaba procurando averiguar qué era lo que estaba haciendo Rione.

—De acuerdo, Victoria.

Ella se sentó a su lado, con una expresión en el rostro que se había vuelto sombría.

—No eres el único en esta flota que se siente solo, John Geary. No eres el único que necesita consuelo y que no tiene adonde acudir.

—Lo sé. Pero solo conocía mis sentimientos. Echaba de menos no verte y no hablar contigo.

—¿Por qué no me lo dices nunca?

Geary sacudió la cabeza sonriendo con tristeza.

—Tú lo sabes tan bien como yo. Aparte del hecho de que te negabas a hablar conmigo, soy el comandante de esta flota. No puedo hacer nada que no sea profesional o relacionado con el trabajo con nadie, a no ser que sepa que quieren

hacerlo. Tengo demasiado poder para que eso pueda cambiar, aunque todas las personas que están a mi mando no estén ya vetadas por otras razones.

—Y todas las personas que forman esta flota están bajo tu mando —señaló Rione—. Menos una. Yo no estoy vetada.

—No, pero... ni siquiera tú te puedes olvidar de la autoridad que ostento. Nadie me mira y me ve solo a mí. Ven al comandante de la flota. Ven a alguien que podría hacer un mal uso de su poder para coaccionar o para recompensar por las razones equivocadas. Tengo que evitar dar la imagen de que estoy haciendo un mal uso de mi autoridad en ese sentido. Así son las cosas.

—Muchos te miran y ven a *Black Jack* Geary —apuntó Rione.

—Sí. —Geary se encogió de hombros—. Como es perfecto en todos los aspectos, *Black Jack* ni siquiera se plantearía la opción de haber cometido algún error, estoy seguro. Por mucho que le gustase una mujer.

—¿Ah? ¿Tanto te gusto, John Geary?

No pudo contener una sonrisa.

—Cuando no me estás volviendo loco.

—Entonces, ¿por qué te da miedo demostrarlo, incluso ahora? ¿Piensas limitarte a hablar o vas a actuar?

Pensaba que ya habían tenido bastantes sorpresas, pero aquello lo dejó todavía más perplejo. Geary volvió a mirar a Rione.

—¿Cómo?

Para su mayor sorpresa, ella le sonrió.

—Ya nos hemos puesto de acuerdo en que no te estoy vetada. Ya nos hemos puesto de acuerdo en que ambos nos sentimos solos y que necesitamos consuelo, que ambos hemos perdido a aquellos que eran importantes en nuestras vidas. Ambos tenemos responsabilidades que no podemos compartir. Por lo tanto, me gustaría que me demostraras lo mucho que te gusto.

Geary estaba preparado para muchas cosas que podían suceder mientras la flota se encontraba en el sistema estelar Sancere, pero esta no era una de ellas. Pillado totalmente con la guardia bajada, solo podía mirarla.

Rione hizo un gesto de negación con la sonrisa aún en los labios.

—Actúas como si nunca hubieras besado a una mujer.

No cabía ninguna duda. Lo decía en serio. Geary se había resignado a una ausencia de contacto físico que comulgara con su aislamiento emocional, pero al parecer en ese aspecto se había equivocado.

—Lo he hecho, pero ha pasado un siglo desde la última vez.

—Confío en que no habrás olvidado cómo se hace.

—Espero que no.

—Entonces, demuéstramelo. Para ser un apuesto héroe, a veces te comportas de

un modo un tanto dubitativo.

Por extraño que pareciera, Geary sintió aquel beso como si fuera el primero después de casi un siglo.

—¿Qué ocurre, señora copresidenta?

Rione sacudió la cabeza levantando de nuevo la mirada, esta vez aparentemente desesperada.

—La señora copresidenta no piensa contestar.

—Lo siento —aseguró Geary con fingida formalidad—. Victoria, ¿qué ocurre?

—Estoy intentando seducirte, John Geary. ¿Es que todavía no te has dado cuenta? ¿Cómo puedes ser tan poco intuitivo conmigo cuando consigues adivinar lo que van a hacer los síndicos a tres sistemas estelares de distancia?

Él la estuvo contemplando un rato más antes de pensar una respuesta.

—Los síndicos son mucho más predecibles. ¿Por qué, Victoria? —Ella suspiró.

—Debes de ser el único tripulante del universo que le pregunta eso a un compañero antes de actuar en lugar de después. No sé por qué. Tal vez porque hoy los dos hemos visto el infinito y hemos sobrevivido a la experiencia. ¿Qué importancia tiene?

Geary se tomó otro instante para responder.

—Supongo que importa porque creo que tú eres importante.

Rione esbozó una sonrisa muy genuina, lo cual la hizo parecer muy bella, de modo que él besó su sonrisa. Antes de que pudiera apartarse de nuevo, ella lo rodeó con sus brazos y él decidió que no quería volver a apartarse.

Resultó que besar no era lo único que Geary recordaba cómo hacer. Para cuando el cuerpo de Rione se arqueó debajo del suyo, Geary había rememorado algunos otros detalles con los que complacer a su compañera. Al caer juntos, agotados, Geary se dio cuenta de que, desde que lo descongelaron y lo sacaron de su cápsula de supervivencia, aquella era la primera vez que no sentía ni rastro del hielo en su cuerpo o su alma. Aquel descubrimiento le produjo tanta alegría como miedo.

La alarma de comunicaciones sonó y Geary se despertó con una sacudida, volviéndose para golpear el comando y acordándose solo en el último momento de apagar la señal de vídeo, para que nadie viera que no estaba solo.

—Aquí Geary.

—Señor, la capitana Desjani le presenta sus respetos y desea informarle de que la coronel Carabali le ha expresado su preocupación en relación a los movimientos de la formación Bravo de la flota de la Alianza.

—¿Preocupación? —Hasta la fecha, cada vez que la comandante de Marina se había inquietado había sido por una buena razón—. Hablaré con ella dentro de un minuto. Pídale a la coronel que se mantenga al otro lado de la línea.

—Sí, señor.

Geary se sentó con cuidado, procurando de no hacer ruido.

—¿De verdad pensabas que eso no me iba a despertar? —preguntó Victoria Rione.

—Lo siento.

—Supongo que tendré que ir acostumbrándome.

Geary detuvo sus movimientos y la miró, tumbada sobre la espalda y observándolo tranquilamente, como si se hubieran despertado así, juntos, mil veces.

—¿Quieres que esto se convierta en algo duradero?

Rione arqueó una ceja.

—¿Me estás diciendo que tú no?

—No, no estoy diciendo eso. Me gustaría intentarlo. Creo que algo duradero podría hacerme...

—¿Feliz? Está bien ser feliz, John Geary. Yo tardé mucho tiempo en darme cuenta de eso después de la muerte de mi marido, pero con el tiempo lo conseguí.

—¿Cuánto tiempo tardaste? —le preguntó con calma.

—Hasta esta noche. Ahora ve a hablar con tu coronel y, por todas las estrellas del firmamento, asegúrate de vestirte antes.

—Estoy seguro de que la coronel ha visto cosas peores —dijo Geary. Pero se apresuró a coger su uniforme mientras se dirigía al despacho de su camarote y activaba la terminal de comunicaciones que había allí, intentando aclararse la mente para poder concentrarse en su trabajo—. ¿Qué le preocupa, coronel?

Carabali mostraba signos de fatiga, lo cual hizo que Geary se sintiera culpable por su propio descanso. La comandante de Marina señaló la pantalla visual que tenía a su lado.

—Señor, sus naves se están aproximando al cuarto mundo. Normalmente eso no sería asunto mío, pero es mi deber advertir a los oficiales de la flota acerca de

amenazas planetarias.

—¿Amenazas planetarias? Hemos bombardeado ese mundo hasta los cimientos. No debería quedar ningún arma antiorbital operativa.

—No debería —convino Carabali—. Eso no significa que no las haya. Señor, atacamos todo lo que vimos desde una distancia de unas cuantas horas luz. Pero se trata de un mundo densamente habitado e intensamente urbanizado. No es fácil ver cosas cuando hay tantas otras construcciones e instalaciones en el entorno. Además, los impactos han causado que haya mucho polvo y vapor de agua en la atmósfera superior, por lo que ahora mismo no vemos un carajo de lo que hay en la superficie. No sabemos qué es lo que no hemos visto y no sabemos qué hay allí abajo.

Geary se frotó la barbilla estudiando el visualizador.

—Bien pensado —admitió. *Combatir en el espacio hace que sea demasiado fácil suponer que vas a ver todas las amenazas mucho antes de que te alcancen. En este caso, esa premisa no se puede aplicar. Tendría que haberme dado cuenta. Las victorias que hemos obtenido sobre los síndicos en el sistema estelar Sancere hasta ahora y el hecho de haber sobrevivido al desplome de la puerta hipernética han hecho que me confíe demasiado. No he sido lo suficientemente paranoico respecto a todas las cosas que pueden estar merodeando por este sistema—*. ¿Podrían apuntarnos a través de todo ese material que hay en la atmósfera, si disponen de armas operativas?

—No podemos concluir con certeza que hayamos tomado todos los aeropuertos y puertos espaciales, señor. Lo único que tienen que hacer es subir algo a una altura suficiente como para que pueda transmitir a la superficie una imagen de lo que hay aquí arriba. Se trataría de alguna unidad no tripulada, algo muy difícil de detectar.

Geary desplegó el plan de explotación para comprobar de qué debía abastecerse la formación Bravo.

—Nuestras naves se dirigen a los astilleros orbitales síndicos, o lo que queda de ellos, y a otras instalaciones civiles en órbita. Necesitamos el material que contienen, coronel, sobre todo la comida y las reservas de materias primas.

—Señor, no me gusta.

—¿Tiene un plan alternativo, coronel? ¿Algo que permita que nuestras naves saqueen esos enclaves evitando que los síndicos nos apunten con cualquier arma que siga operativa sobre la superficie?

Carabali frunció el entrecejo mirando al suelo mientras pensaba.

—Tenemos naves de exploración que podemos enviar a la atmósfera. Unidades de reconocimiento no tripuladas. Pero no hay forma de saber a qué distancia tendrían que acercarse para obtener una buena visión, y cuanto más abajo, menos extensión de la zona podrían controlar o registrar.

—¿Con cuántas unidades de esas cuenta la formación Bravo?

La coronel volvió a fruncir el entrecejo mientras hacía una comprobación fuera del alcance de visión de Geary.

—Diez, señor. Todas operativas. Pero si las enviamos allí abajo en esa misión, no hay garantías de que vuelvan a subir y, por lo que sé, sus naves auxiliares no podrán fabricarnos ninguna nueva.

—Tampoco pueden construirme naves nuevas. —Geary se tomó un instante para pensar—. Hablaré con el oficial al mando de la formación Bravo. Es el capitán Duellos. Emplearemos las unidades de reconocimiento para ver qué hay debajo de toda esa porquería en la atmósfera y mantendremos a las naves alejadas de las órbitas bajas. Veré qué más se me ocurre y volveré a hablar con usted en breve.

—Gracias, señor. —La coronel Carabali saludó y su imagen se esfumó.

Geary suspiró profundamente y se levantó dándose la vuelta para despedirse de Rione. La descubrió junto a la litera, apoyada contra el cabecero, aún desnuda, observándolo.

—¿No hay descanso para el fatigado? —preguntó.

—He descansado más que muchos —musitó Geary apartando la vista.

—¿Qué ocurre, John Geary? —le preguntó Rione con un tono que sonó levemente divertido.

—Estoy intentando concentrarme en mis responsabilidades de mando. Así me distraes un poco.

—¿Solo un poco? Te veré dentro de un rato en el puente de mando.

—Vale.

Geary hizo una pausa antes de salir, luego configuró la entrada a su camarote para permitir que Rione accediera en cualquier momento, consciente de que ella lo estaba mirando. De camino al puente de mando, tuvo una extraña sensación de inquietud. Rione se había comportado de un modo de lo más apasionado mientras hacían el amor, pero ahora volvía a mantener esa actitud fría y distante hacia él, incluso estando desnuda en su presencia. Geary no pudo evitar pensar en un gato, uno que había aprovechado el afecto que deseaba pero que se reservaba el derecho a salir por la puerta en cualquier momento sin más excusas. Nunca había contemplado seriamente la posibilidad de que Victoria Rione quisiera mantener una relación con él, por eso nunca había pensado qué podía significar eso. Había dicho que él le gustaba, pero la palabra «amor» no había surgido en ningún momento. ¿Acaso Rione lo estaba utilizando para su propio consuelo? O peor, ¿se estaba acercando a él para su propio rédito político, ya fuera en contra del *Black Jack* Geary al que temía o en contra de otros políticos de la Alianza?

¿Cuánto valdría para un político ambicioso ser el consorte de un héroe legendario que ha traído de vuelta a una flota de la Alianza de forma milagrosa?

*¿Cómo puedo pensar eso? Rione nunca ha mostrado ningún signo de esa clase*

de ambición.

*Por otro lado, hay un montón de cosas que no ha demostrado nunca. Por lo menos a mi Como que quisiera acostarse conmigo. Digamos que sigue empeñada en salvar a la Alianza de Black Jack Geary. ¿Cuánto le costaría racionalizar el hecho de adquirir poder para sí misma por medio de una asociación íntima conmigo, de modo que pudiera controlar mejor lo que yo haga? ¿Cómo sé que debajo de una apariencia de dedicación no se esconde una mujer muy ambiciosa preparada y dispuesta a utilizarme para avanzar en su propia carrera?*

*Antepasados, ayudadme. Por lo que sé, Rione es completamente sincera. ¿Por qué tendría que hacer conjeturas al respecto? ¿Por qué tendría que sospechar de ella?*

*Porque soy así de jodidamente poderoso y, si logro llevar a esta flota a casa, lo seré mucho más aún. Ella fue la primera que me hizo ser consciente de ello.*

*Por otro lado, si me está utilizando, también podría disfrutarlo mientras dura. Y si soy un simple medio para ayudarla a conseguir un ascenso en el consejo de gobierno de la Alianza, hay destinos peores. No tengo motivos para pensar que está actuando con falta de ética o que esté sedienta de poder.*

*De acuerdo, Geary. Juzgas tan bien a las mujeres que prácticamente ha tenido que arrastrarte a la cama antes de que pillaras la indirecta.*

No era la primera vez que Geary se sentía desconcertado por lo que Rione pensaba, y estaba deseando enfrentarse a la relativa simpleza de tratar con el enemigo, que, por lo que él sabía, solo intentaba matarlo.

La capitana Desjani bostezó e hizo un gesto a modo de saludo cuando Geary entró en el puente de mando del *Intrépido*.

—¿Ha hablado con la coronel Carabali?

—Sí —contestó Geary mientras tomaba asiento y desplegab su visualizador. Se detuvo un momento a estudiarlo. Se había pasado cuatro horas durmiendo u ocupado de alguna otra forma con la copresidenta Rione. En la escala de un sistema estelar, las cosas no habían cambiado mucho en ese ínterin. Pero la formación Bravo se precipitaba a un ritmo constante sobre el cuarto planeta y los suministros que este ofrecía. Ahora la *Osada* se encontraba solo a unos treinta minutos luz del *Intrépido*, de manera que cualquier conversación con el capitán Duellos supondría algo interminable.

Geary puso en orden sus ideas, y entonces tecleó su red de mando personal.

—Capitán Duellos, al habla el capitán Geary. Hay una cierta preocupación en torno a los peligros que entraña el hecho de aproximar sus naves a un mundo intensamente urbanizado que podría conservar algunos sistemas antiorbitales en funcionamiento bajo la capa de desechos que nos bloquean la visión de la superficie.



Por favor, desplieguen sus unidades de reconocimiento atmosférico de la Marina con los que cuentan sus naves para buscar señales de amenaza bajo la capa exterior de polvo. Las naves deberán permanecer alejadas de las órbitas más bajas. Mantengan la atmósfera superior en estrecha observación en busca de signos de unidades síndicas u otras actividades de reconocimiento que puedan proporcionar información relativa a posibles objetivos o armas que pueda haber en la superficie. Por favor, empleen todas las medidas de seguridad que consideren oportunas y manténganme informado. — *¿Debería añadir algo más? No. Duellos sabe lo que hace. No necesita que esté sermoneándole acerca de la necesidad de ser cuidadosos y evitar perder naves—*. Geary, corto y cierro.

Se dejó caer sobre el respaldo masajeándose la frente. *Cuando fragmenté la flota olvidé que eso significaba perder toda comunicación inmediata con la mayoría de mis naves. Al menos no tengo por qué preocuparme por los líos que esté montando Numos*. Por desgracia, aquel pequeño pensamiento reconfortante le recordó a Geary las casi cuarenta naves que habían seguido a Falco y que probablemente ya habían sido destruidas.

Desjani sacudió la cabeza.

—Con su permiso, capitán Geary, me voy a ir abajo a dormir un par de horas. Ahora mismo estoy perdiendo el tiempo aquí arriba.

Automáticamente, Geary volvió a comprobar el visualizador. La formación Delta, que estaba desplegada una vez más alrededor del *Intrépido*, se encontraba a casi un día de las instalaciones que orbitaban el tercer planeta, que eran su objetivo. No había rastro de naves síndicas de camino en el sistema, salvo la maltrecha fuerza Alfa, que permanecía entre las órbitas del séptimo y octavo planeta manteniéndose a una distancia muy amplia de las naves más cercanas de la Alianza, las del destacamento especial Furiosa. Geary se preguntaba cuánto tiempo tardaría el mando síndico en darse cuenta de que sobrevivir con el resto de su flotilla intacta, mientras la Alianza acababa con el sistema estelar a sus anchas, no suponía un movimiento que fuera a favorecer su carrera profesional.

—¿Por qué no se toma algo más que un par de horas? Yo me quedaré aquí un rato.

Desjani sonrió.

—Gracias, pero incluso estando usted en el puente de mando, yo sigo siendo la capitana de esta nave.

—¿Y si le ordeno que se tome al menos cuatro horas de descanso?

—Supongo que no puedo negarme a acatar una orden directa —admitió Desjani con evidente reticencia. Se levantó y volvió a estirarse—. Usted parece sentirse mejor, si no le importa que se lo diga.

—El descanso ayuda. —La copresidenta Rione escogió ese mismo instante para

entrar en el puente de mando. Saludó a Desjani fríamente con un gesto y después inclinó la cabeza para saludar, también sin decir palabra, a Geary. Él le devolvió el gesto, más amablemente de lo que había estado saludando a Rione en las últimas semanas. Cuando Geary se dio la vuelta, vio que Desjani arqueaba una ceja al tiempo que miraba sucesivamente a Geary y a Rione. Al percatarse de que Geary la estaba mirando, Desjani se apresuró a relajar la ceja, recuperando una expresión evasiva. *¿Se habrá dado cuenta Desjani? ¿Cómo puede ser tan evidente?*, se preguntó Geary. *Ni siquiera hemos abierto la boca.*

La capitana Desjani se volvió hacia su consultor al mando.

—Estaré en mi camarote. Descansando. —Con la última palabra, miró de reojo a Geary y torció nerviosamente la comisura de los labios cuando su esfuerzo por suprimir una sonrisa no llegó a buen puerto. Al salir, Desjani se detuvo un instante junto a Rione—. Es un placer tenerla a bordo, señora copresidenta.

Por lo que Geary recordaba, Desjani nunca le había dado a Rione muestras de amabilidad.

Geary sintió que le empezaba a doler la cabeza otra vez, a pesar de que Rione parecía divertida al ver salir a Desjani.

—¿Cómo? —le preguntó a Rione en voz muy baja.

—Me temo que esa información es confidencial —le informó a Geary en un tono pragmático.

—Dicho de otra forma, cosas de mujeres.

—Si lo prefieres.

Geary se reclinó señalando el visualizador.

—¿Tú qué crees? La coronel Carabali estaba preocupada por que la formación Bravo se acercara demasiado al cuarto planeta. ¿Hay alguna otra cosa que te parezca alarmante?

—Le echaré un vistazo. Supongo que no consideras que esté capacitada para emitir juicios en cuestiones militares —comentó Rione.

—No. Pero algunas veces alguien con formación militar puede pasar por alto hasta las cosas más obvias para alguien lego en la materia. Veo que no estás para nada preocupada. Cuando estamos en un sistema síndico me he acostumbrado a dejar que lances tus advertencias acerca de cualquier cosa que pueda ir mal.

—¿Y eso te gusta?

—Bueno, estoy acostumbrado. Además, has acertado muchas veces.

Rione le dedicó una levísima sonrisa, luego asintió y se inclinó para estudiar el visualizador que tenía ante su asiento. Geary comprobó la hora. Veinte minutos para que Duellos recibiera siquiera su mensaje. Probablemente una hora, al menos, hasta obtener su respuesta.

¿Quién iba a pensar que una guerra podía ser aburrida? Justo hasta que te daba un

susto de muerte.

Duellos acusó recibo de las instrucciones de Geary, añadiendo que mantendría la posición de sus naves con las instalaciones orbitales síndicas situadas entre ellos y la superficie del planeta en la medida de lo posible. Presumiblemente, ni siquiera los síndicos dispararían deliberadamente contra sus propias posiciones.

La formación en la que el *Intrépido* participaba se desplazó a lo largo de la órbita del cuarto planeta, adentrándose cada vez más en el tercer mundo. En el momento en que más cerca se encontraron Geary y la formación Bravo, estuvieron a cuatro minutos luz. En su pantalla, unas pequeñas imágenes reflejaban datos transmitidos por las unidades de reconocimiento de la Marina sobre el cuarto mundo; en ocasiones la comunicación se veía interrumpida por las interferencias del polvo que inundaba la atmósfera superior del planeta.

Visualmente, las imágenes revelaban lo que parecía ser un mundo bastante confortable, con grandes ciudades, abundantes pueblos y enormes extensiones de naturaleza echadas a perder por las huellas ocasionales de minas u otras actividades de extracción de material. Sin embargo, a juzgar por las imágenes, se diría que el mundo estaba prácticamente desierto, con las calles y las carreteras casi vacías de gente y vehículos. Los pocos automóviles que podían verse eran claramente oficiales, y a menudo viajaban en convoyes. El resto de la población parecía haberse agachado, pese a que esconderse en el interior de los edificios o en los sótanos, o incluso en refugios, no les aportaría ninguna protección si la Alianza decidiera bombardear el planeta en serio.

Aquí y allá había cráteres que marcaban el lugar de los impactos del bombardeo cinético. Todas las imágenes de las zonas del planeta en que se proyectaba la luz del sol poseían un carácter grisáceo, pálido, como si fuera un día muy nuboso, a causa de todo el polvo que había en la atmósfera superior. Las imágenes del lado nocturno estaban completamente negras debido a que los escombros impedían que la luz de las estrellas alcanzara la superficie.

Mediante los comandos, Geary podía hacer que las imágenes alternaran entre las visuales, las infrarrojas, los radares de varios tipos, incluyendo los que penetraban en la tierra, o las exploraciones del espectro electromagnético. Había otras funciones disponibles, pero Geary no las utilizó, temiendo ordenarle sin darse cuenta a alguna de las unidades no tripuladas que hiciera algo. De vez en cuando, una de las unidades informaba de que se encontraba en el punto de mira cuando los síndicos intentaban derribarla, pero constituían unos blancos muy difíciles en el mejor de los casos, y con la cubierta de polvo en la atmósfera superior, donde podían escabullirse en busca de refugio cuando fuera necesario, las unidades no tripuladas aún se hacían más difíciles de cazar.

—Capitán Geary, al habla el capitán Duellos. Lo que queda de las defensas en la superficie está tratando de obtener una imagen de nosotros. —El mensaje venía acompañado de un enlace que mostraba unidades no tripuladas síndicas sobresaliendo por encima del polvo durante breves instantes para apreciar con claridad la situación por encima del planeta antes de volver a descender, de manera que los sensores de la Alianza los perdían antes de que pudieran convertirse en blanco—. No hay un esquema claro. Si intentan obtener datos sobre los blancos para algo, no sabemos de qué se trata. He ordenado a todas las naves de mi formación que apliquen cambios aleatorios de posición y rumbo.

Duelos tardó cuatro minutos en oír su respuesta, pero Geary contestó:

—Gracias. Esperemos...

Se interrumpió al oír una alarma en su visualizador.

—Fuego de armamento procedente de la superficie del cuarto mundo —informó uno de los consultores del *Intrépido*—. Cañón de partículas. Parece una batería entera.

Cuatro minutos antes:

—¿Sabemos si han dado en algún blanco?

Se produjo una pausa que parecía durar demasiado antes de que el consultor volviera a informar.

—Por poco no han alcanzado al *Bracamarte* y a la *Afamada*. No hay impactos.

Desjani, ya de vuelta en el puente de mando y dando una imagen considerablemente más descansada, sacudió desdeñosamente la cabeza.

—Prácticamente están disparando a ciegas, y ahora sabemos que todavía tienen defensas terrestres en activo.

—Duelos había ordenado movimientos evasivos aleatorios justo antes de que el cañón disparara —señaló Geary—. De no haberlo hecho, puede que los síndicos hubieran conseguido blancos.

A diferencia de las armas ancladas a las naves, los cañones de partículas planetarios podían ser mucho más grandes y servirse de tremendas reservas de potencia. Hasta un único disparo por parte de uno de ellos podía atravesar un escudo y penetrar en una nave.

Mientras Geary seguía hablando, los sensores del *Intrépido* informaron de que se había disparado otra ráfaga. Estaba deseando ordenar movimientos de reacción, y tuvo que recordarse que todo aquello había sucedido hacía unos minutos y que sin duda Duellos ya habría hecho algo.

—Eso debería bastar para determinar la localización del cañón en la superficie del planeta —apuntó Desjani.

En efecto, los cruceros de batalla de Duellos dispararon un bombardeo cinético de media docena de proyectiles que trazaron una curva descendente hacia la atmósfera al tiempo que las naves de la Alianza proseguían con los cambios aleatorios de posición

y rumbo, y los síndicos dispararon una tercera ráfaga, esta vez logrando un único acercamiento sobre el *Guantelete*.

—Nos viene bien que esos cañones tarden un rato en recargarse —comentó Geary.

—Seguramente solo dispararán una ráfaga más —convino Desjani. Estaba en lo cierto, y esta vez los disparos se quedaron muy lejos de sus objetivos.

Una de las unidades de reconocimiento de la Marina había estado trazando círculos para observar la posición en la que estaban situados los cañones, proporcionando una amplia imagen del lugar cercano al horizonte del área de visión de la unidad. Las descargas cinéticas lanzadas por los cruceros de batalla de Duellos emitieron un destello, dejando huellas de un brillo intenso en sus estelas y provocando con sus impactos enormes explosiones de luz que desprendían un manantial de desperdicios. A medida que la luz se iba apagando, se alzaban en las localizaciones hongos nucleares que se fundían en una única y titánica lápida para la batería de cañones.

Geary suspiró.

—Esperemos que eso sea todo lo que tengan.

—No es muy probable —advirtió Desjani.

—Lo sé. —Geary volvió a teclear los comandos de comunicaciones—. Capitán Duellos, los felicito a usted y a sus naves. Bien hecho. Manténgase alerta ante posibles nuevos intentos.

Torció el gesto al ver las imágenes de las unidades de reconocimiento. *Entiendo que sea tentador bombardear el planeta a destajo para minimizar las probabilidades de que sobreviva alguna amenaza. Pero ¿qué me da derecho a matar a millones de civiles con la única esperanza de acertar en alguna de esas defensas ocultas? Ni siquiera garantizaría la eliminación de esas defensas si están reforzadas y escondidas, y seguramente se darán ambas circunstancias.*

Miró a Desjani.

—¿Cree que tendremos que enfrentarnos a esto en el tercer planeta?

—Posiblemente. Tenemos que suponer que la amenaza existe. —Geary se reclinó en su asiento con un gesto de negación.

—¿Por qué no se comportan de forma racional? No tienen muchas opciones de causarnos daños, y cada vez que disparan nos están invitando a tomar represalias.

Desjani lo miró inquisitiva.

—Señor, llevamos un siglo librando una guerra contra ellos. Creo que conceptos como «racional» se fueron al traste hace mucho tiempo.

—Eso es verdad. ¿Cree que serviría de algo transmitir otra petición de que no ataquen nuestras naves?

Ella se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo. El pulso energético de la puerta hipernética desplomada debe de haber freído todos los receptores del sistema estelar que no estuvieran protegidos, pero deben de quedar algunos operativos que puedan oírlo.

—Por desgracia, esos seguramente estarán en manos del Gobierno y del Ejército.

—Sí, señor. Y no es probable que ellos atiendan a razones.

Geary asintió; luego se quedó observando a Desjani.

—Capitana, cuando la conocí creo que no habría dudado en arrasar con todo lo humano de estos planetas. Ahora no parece que le interese hacer eso.

Desjani miró al vacío un instante antes de responder.

—Lo he estado escuchando, señor, y he mantenido largas conversaciones con mis antepasados. No hay honor en matar a los que están indefensos. Además, reparar lo que hemos hecho aquí requerirá una inmensa inversión por parte de los síndicos, mientras que, si hubiéramos arrasado con el sistema, los síndicos sencillamente lo habrían declarado siniestro total. —Desjani hizo una pausa—. Y aquí nadie puede acusarnos de comportarnos como los síndicos. No somos como ellos. Me he dado cuenta de que no quiero morir haciendo las mismas cosas que harían los síndicos.

—Gracias, capitana Desjani. —Entre el honor y las consideraciones prácticas, Desjani había decidido que Geary tenía razón. Él se sintió mucho mejor que pensando que estaba de acuerdo con él solo porque era *Black Jack*. Geary se había planteado la cuestión de qué pasaría si mañana cayera muerto, si la flota retomaría las tácticas y las prácticas que él había visto al llegar. Pero parecía que al menos algunos de los oficiales estaban volviendo a las prácticas más antiguas, aquellas con las que Geary estaba familiarizado. No era tan tonto como para creer que todo lo que hubo en el pasado fue mejor, pero lo que era seguro era que perpetuar el derecho de la guerra, los dictados del auténtico honor, y luchar con inteligencia, en lugar de invocar únicamente la valentía, eran cosas positivas.

En el transcurso de las siguientes horas, mientras la formación de Geary se dirigía al tercer planeta, el capitán Duellos tuvo que bombardear el cuarto planeta tres veces más. Ninguno de los intentos síndicos de alcanzar las naves había sido efectivo, lo cual no era de extrañar, dado que las armas terrestres no podían observar directamente sus objetivos y dependían de los datos que les proporcionaran las unidades no tripuladas que aparecían brevemente para tomar instantáneas de las naves de la Alianza. Por otra parte, dos de las unidades de reconocimiento de la Marina habían dejado de transmitir, lo cual indicaba que habían sido derribadas. La coronel Carabali no debía de estar nada contenta, pero Geary creía que dos unidades no tripuladas era un precio muy bajo a cambio de evitar que sus naves sufrieran impactos.

Mientras la formación Delta se acercaba al tercer mundo, se lanzaron los transbordadores cargados de infantes de Marina hacia sus objetivos. La mayoría de

los transbordadores y de los marines se dirigían hacia grandes complejos orbitales extensamente habitados. El resto se encaminaban hacia almacenes en órbita que contenían materias primas y recambios que habrían sido transportados a las superficie o bien enviados a otros lugares del sistema para equipar las naves síndicas en construcción. Ahora la flota de la Alianza se las iba a llevar, y pasarían a estar bajo el cuidado de sus tripulaciones y a convertirse en componentes de los recambios que necesitaban.

Geary mantenía el tercer mundo bajo una recelosa vigilancia a medida que sus naves se aproximaban al planeta. El tercer mundo no parecía estar tan densamente cubierto de defensas síndicas y de objetivos relacionados con esas defensas, de modo que se habían establecido pocos blancos y la atmósfera superior no estaba tan nublada por el polvo y los restos de vapor de agua resultantes de esos impactos. No obstante, tampoco resultaba fácil ver la superficie. Aunque algo cálido para el ser humano, el mundo parecía, no obstante, lo bastante agradable como para poder tolerarlo. O por lo menos lo había sido. Durante los siguientes meses sería un poco más incómodo gracias a todo ese polvo acumulado en la atmósfera. Pero en comparación con los daños que la Alianza podía haber infligido de haberlo condenado a ser completamente inhabitable y haber machacado todas las ciudades, en realidad los habitantes del tercer mundo no tenían tantos motivos para quejarse.

Los sensores del *Intrépido* y de otras naves de la formación exploraban cada rincón visible de la superficie por debajo del polvo que el bombardeo de la Alianza había levantado, pero no había detectado ninguna defensa que el bombardeo no hubiera destruido.

—A todas las unidades de la formación Delta, eviten entrar en una órbita baja en torno al tercer mundo e inicien cambios aleatorios de rumbo y velocidad cuando se encuentren al alcance de las armas con base en el planeta.

Todavía estaban recibiendo la orden cuando unos haces de partículas muy potentes traspasaron la atmósfera del tercer mundo en dirección al *Arrojado*. Por suerte, los síndicos se habían extralimitado en su ahínco y habían disparado desde demasiado lejos y, como resultado, sus disparos no alcanzaron el crucero de batalla de la Alianza por poco. Geary tecleó violentamente los controles.

—*Arrojado*, saque esas armas.

—Será un placer, señor —replicó el *Arrojado*. Una segunda ráfaga por parte de la batería planetaria síndica surcó el espacio que el *Arrojado* habría ocupado de no haberse echado ligeramente a un lado y hacia arriba. El segundo ataque le proporcionó al *Arrojado* la información que necesitaba. El crucero de batalla empezó a escupir proyectiles cinéticos, descargas de metal sólido precipitándose a través de la atmósfera. Esta vez Geary vio los destellos de luz sobre la superficie del planeta cuando el bombardeo cinético destruyó la batería de haces de partículas, así como un

buen montón de edificaciones que había en los alrededores.

A esas alturas, todas las naves de la Alianza avanzaban erráticamente, dando bandazos, cambiando su curso y velocidad ligeramente, lo justo para poder dar esquinazo a los disparos procedentes de la superficie del planeta cuyo objetivo eran los blancos que orbitaban en el exterior. Geary procuró relajarse, sabedor de que tendría que preocuparse de muchos otros ataques como ese durante toda su permanencia en los alrededores de ese mundo.

—Espero que esto sea lo único a lo que tengamos que hacer frente —le indicó a Desjani.

Nada más pronunciar esas palabras, apareció ante él una pequeña ventana con el rostro alarmado de la coronel Carabali.

—Nuestras tropas desplegadas en la ciudad orbital están siendo atacadas —informó Carabali.

*Me está bien empleado por decir algo tan estúpido. Estaba pidiendo problemas a gritos.*

—La ciudad orbital. —Geary desplegó la información. Con una población de alrededor de cincuenta mil habitantes, el gran complejo orbital se podía clasificar como ciudad según los estándares de las instalaciones espaciales. Además contaba con unas grandísimas reservas de comida disponibles para alimentar a esas cincuenta mil personas y aprovisionar a las naves síndicas que se detuvieran allí en busca de suministros. La flota de la Alianza podía usar esa comida, aunque Geary había insistido en que se reservara lo suficiente para evitar pasar hambre.

—¿Qué está ocurriendo exactamente?

—Hemos asegurado la mayor parte de los almacenes de comida y las áreas adyacentes. Pero las fuerzas especiales síndicas nos están disparando desde fuera del perímetro, y están usando a la población civil como escudo. Salen, disparan y luego se escabullen entre la gente.

Era razonable pensar que habría un gran despliegue militar síndico entre la población de esa ciudad, no solo para defender el sistema, sino también para proporcionar seguridad interna, una fórmula delicada para decir que mantenían a raya a la población local. Al menos algunos de esos destacamentos militares no se mostraban contrarios a hacer cosas que pudieran causar la muerte a los civiles a los que se suponía estaban protegiendo. Pero estaba pensando desde el punto de vista de la Alianza. En realidad esas tropas no estaban allí para proteger a los ciudadanos de Sancere, su trabajo consistía en proteger a los Mundos Síndicos y los intereses de sus líderes. Si unos cuantos ciudadanos, o unos cuantos millones de ciudadanos de los Mundos Síndicos estorbaban, pues mala suerte para los que pasaban por allí.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó Geary.

Carabali parecía descontenta.



—Tenemos tres opciones. Uno, responder con fuego cuando sea necesario, con lo cual mataremos a muchos inocentes. Dos, nos retiramos y abandonamos nuestros esfuerzos. Tres, seguimos contabilizando bajas con pocas opciones de respuesta. Se habrá dado cuenta de que bajo cualquiera de las tres circunstancias los síndicos salen ganando de una u otra forma.

—Mierda. —¿Debería amenazar con tomar represalias contra el planeta? ¿Detendría eso a los que ya habían demostrado falta de interés por las bajas civiles? Y si eso no los detenía, ¿estaría dispuesto a llevar a término su amenaza?—. Necesitamos esa comida. ¿Se ha comprobado que es segura?

—Por ahora sí. No se dieron cuenta de que veníamos aquí para eso, de modo que no han tenido ocasión de envenenarla.

Opciones. Tenía que existir una cuarta. El compromiso acostumbraba a ser una ruta peligrosa en la acción militar, pero en este caso parecía la única alternativa.

—¿Y si ordenamos a todos los civiles que despejen la zona que rodea a nuestras tropas? Dígales que la despejen rápidamente, porque pasado un determinado intervalo cualquier cosa que se mueva en esa zona neutra se convertirá en objetivo. ¿Funcionaría?

Carabali asintió despacio.

—Podría. Si está pensando que todos los civiles se van a apartar, eso no va a suceder. Siempre hay alguno que se queda. Unos porque son demasiado testarudos o estúpidos, o están demasiado asustados; otros porque no se pueden mover, por una u otra razón. También habrá algunos más en la zona de combate.

—Pero no tantos.

—No, señor.

Geary sacudió la cabeza.

—No veo que tengamos muchas más opciones. Esas fuerzas especiales síndicas nos están acorralando. Lástima que no tengamos una bala inteligente que solo impacte en los malos.

—Creo que los comandantes llevan suspirando por eso desde el inicio de los tiempos, señor —apuntó Carabali—. Salvo los comandantes malos, por supuesto.

—Hágalo, coronel. Deles a los civiles el tiempo que considere prudente para evacuar, pero sin poner en riesgo a sus tropas innecesariamente. —Tan pronto Geary dijo aquello, se dio cuenta de que acababa de dar una de esas órdenes frustrantes por la contradicción que entrañaban que lo habían vuelto loco cuando las había recibido. Le debía a Carabali una explicación más clara—. ¿Cree que media hora sería suficiente?

—Preferiría quince minutos, señor. Eso debería bastar para la zona que necesitamos que quede despejada.

*No voy a poner en duda al responsable de esas tropas.*

—De acuerdo. Quince minutos.

—Y, pasado ese tiempo, ¿estamos autorizados a emplear la fuerza que sea necesaria en la zona neutra?

—Siempre que no agujeree el cascarón de la ciudad. No quiero que la atmósfera se desparrame por el espacio.

Carabali sonrió sustituyendo su anterior preocupación por un gesto de buen humor.

—Sí, señor. Transmitiré ahora mismo esas órdenes. Gracias, señor.

—No hay de qué. —Geary se reclinó en su asiento después de cortar la transmisión y vio que Rione había llegado al puente de mando y lo estaba observando —. Parece que he alegrado a un marine —le explicó.

—¡Ah! ¿Va a matar algo?

—Probablemente.

Geary vaciló mientras analizaba el visualizador del sistema en busca de indicios de amenaza. Pero la fuerza síndica Alfa todavía no mostraba signos de dirigirse al interior, y al parecer no había nada más en activo. Reconfortado, Geary levantó la pantalla de la fuerza de desembarco, comprobando las imágenes alineadas que representaban las imágenes vistas desde la perspectiva de cada uno de los líderes de escuadrón que en ese momento se encontraban en la ciudad orbital. Escogió una al azar y la tocó para aumentar la imagen.

El teniente que Geary había elegido supervisar estaba mirando un conjunto de edificios que había al otro lado de un pequeño patio. Detrás de los edificios y formando una curva descendente a lo lejos, Geary pudo ver algo más de la ciudad, diseñada con el estilo clásico y funcional de cilindro giratorio para eliminar la necesidad de gravedad artificial.

Un fogonazo brilló dentro de los edificios y la visión del teniente sufrió una sacudida al retroceder. Unos fragmentos salieron volando cuando alguna clase de metal sólido descascarilló una parte de la estructura tras la cual se ocultaba el teniente. Geary pulsó la tecla de sonido y oyó retumbar el disparo. Esporádicamente se oían más disparos a ambos lados. Entonces una voz bramó por entre los edificios:

—Esta área será evacuada de inmediato. Se ordena a todos los ciudadanos de los Mundos Síndicos que se retiren inmediatamente al otro lado de la calle Quinta. Cualquier persona que permanezca en este lado de la calle será considerada combatiente enemigo y objeto de ataque.

El anuncio se repitió sucesivamente. Geary, desde el punto de vista del teniente, vio cómo hombres, mujeres y niños salían precipitadamente de los edificios y se alejaban apresurados. La figura distante de un hombre con una pistola en la mano salió al exterior con movimientos amenazantes deteniendo el éxodo que se estaba produciendo a su alrededor.

—A por él —ordenó el teniente. Geary oyó el sonido de un arma cercana disparando y, momentos más tarde, el hombre armado se tambaleó hacia un lado como si hubiera recibido un puñetazo, después cayó al suelo y se quedó inmóvil. Los civiles retomaron su camino pasando en estampida junto al cuerpo.

Geary comprobó otros puntos de vista con el mismo resultado. Todavía se oían disparos procedentes de los edificios que los infantes de Marina tenían enfrente, pero, cuando el plazo de quince minutos expiró, los edificios empezaron a explotar a medida que los marines los apuntaban con su armamento pesado. *¿Yo he aprobado eso? Lo he hecho, ¿no es así?*

Bien podía haber civiles síndicos muriendo en esos edificios, pero esa había sido la alternativa que se había visto obligado a tomar. De alguna forma, esa certeza no hacía que se sintiera mejor. El hecho de enfrentarse a un oponente que no dejaba de provocar atrocidades, que se empeñaba en forzarlo a él a cometer atrocidades, era de lo más desagradable. *Haré lo que tenga que hacer, pero nada más, cabrones despiadados. No vais a poder culparme de la muerte de inocentes, ni a mí ni a la flota que comando.*

Tardaron la mayor parte del día en descargar toda la comida que la Alianza quiso llevarse, así como el material de los distintos almacenes, mientras que los transbordadores se encargaron de distribuirlo todo por la flota al tiempo que los buques de guerra esquivaban algunos disparos esporádicos procedentes de la superficie del planeta y respondían a los ataques. Ninguna batería terrestre consiguió ningún blanco, y ninguna de ellas sobrevivió al intento. Pero siempre parecía haber alguna batería más escondida en alguna parte.

Veinte horas después de haber llegado al tercer mundo, Geary dio la orden de abandonar el planeta, revisando satisfecho, aunque cansado, las listas de suministros que les habían «requisado» a los síndicos. Ahora la ciudad orbital, pese a haber quedado algo desolada a causa de la larga batalla que se había librado entre los marines de la Alianza y las fuerzas especiales síndicas, se encontraba a salvo. Pero los almacenes orbitales eran otro cantar. Geary confirmó que todo el personal había sido evacuado y luego ordenó su destrucción. Los síndicos no podrían usar nada que la Alianza no se hubiera llevado ya. Ni siquiera los propios almacenes podrían volver a ser utilizados.

Sancere no había sido el único sistema que suministraba buques de guerra a los síndicos. Existían otros muchos que producían acorazados y hordas de unidades ligeras al por mayor, explotando los recursos de una energía interestelar que daba cuerda a muchos sistemas. Pero perder los astilleros de Sancere era algo muy distinto. Al menos durante una temporada, los síndicos verían reducida su capacidad para reemplazar las pérdidas.

—A todas las naves, bien hecho. —Bostezó al tiempo que confirmaba que la

formación se encaminaba a una nueva posición fuera de la órbita de cuarto mundo—. Damas y caballeros, me voy a dormir.

Desjani sonrió con aire fatigado al salir él del puente de mando del *Intrépido*, mientras ella tomaba evidentes medidas para hacer lo propio.

Geary se dirigió a su camarote agotado pero contento, preguntándose si Victoria Rione estaría allí.

—Aquí Geary. —Se sacudió el sueño mientras se aseguraba de que se había acordado de volver a bloquear la imagen.

—Solicitó que se le informara cuando la formación Bravo de la Alianza empezara a replegarse del cuarto planeta, señor. Nos han dicho que se está iniciando la retirada y lo hemos confirmado mediante observaciones de las naves en movimiento.

—Gracias. —Geary se recostó agradecido por que, por una vez, la información que le llegaba trajera buenas noticias y no requiriese una acción inmediata, además de saber que podía dejar de preocuparse por las baterías de haces de partículas durante un tiempo.

—Eres consciente —oyó decir a la voz de Rione a su lado— de que saben que ocultas algo, ¿verdad?

—Eso crees, ¿eh?

—Lo sé, John Geary. ¿Acaso habías bloqueado la imagen alguna vez? Eso pensaba. Y bajas el tono de voz. Seguro que se están preguntando a quién intentas no despertar.

—Mierda. —De pronto sus palabras le suscitaron una cierta ansiedad—. Deben de creer que es alguien de la flota.

Alguna de sus oficiales. O peor, una de sus tripulantes. Exactamente la clase de cosas que debía evitar a causa de su autoridad de mando.

Rione se incorporó apoyándose en un codo y le dedicó una tensa sonrisa.

—Así que tendré que asegurarme de que la flota sepa que el héroe se está acostando conmigo. ¿Cómo voy a anunciarlo?

Él torció el gesto.

—Nunca he tenido la intención de que te conviertas en un asunto público. Esto debería ser privado.

—En lo que a ti te concierne, no hay nada que pueda ser privado, John Geary. Si todavía no te has dado cuenta de eso, deberías saberlo.

—Se trata de ti, no de mí.

—¿Es que estás protegiendo mi honor? —Rione parecía verle la gracia—. Ya soy mayorcita para arreglármelas sola. Por si te lo estás preguntando, cuando me metí en esto yo también me di cuenta de que se convertiría en algo público.

Aquella afirmación tuvo el desgraciado efecto de recordarle a Geary sus

especulaciones acerca de que Rione podía sentirse más atraída por su poder que por él mismo. Pero si ese era el caso, ella nunca lo admitiría, y si no lo era, estaría loco al plantearle esa posibilidad.

—Nuestra relación no es indecorosa ni ilegal —señaló Rione—. Por la mañana informaré a los comandantes de las naves de la República Callas y de la Federación Rift. Sé que se les ha interrogado acerca de ciertos rumores sobre nuestra relación, y que los han negado. Debo hacerles saber que ahora sí que tenemos una relación, aunque solo sea para mantener mi palabra para con ellos. Cuando estén informados, probablemente el resto de la flota se enterará en un plazo demasiado corto como para poder medirlo.

Geary no pudo contener un suspiro.

—¿Tiene que ser asunto de la flota?

—Sí —afirmó mirándolo con seriedad—. Tú también lo sabes. Tratando de ocultar los lazos personales que existen entre los dos solo conseguiremos dar la imagen de que creemos estar haciendo algo malo.

—No es malo.

—¿Estás intentando convencerme, John Geary? ¿Estando en la cama contigo? Es un poco tarde.

—Estoy intentando llevar esto con seriedad. Escúchame, hay algo que me preocupa. Hay una cosa de ti con la que he contado en el pasado y quiero que continúe.

—¿Y qué es? —preguntó distraídamente.

—Quiero que sigas siendo escéptica respecto a mis planes. Necesito que mantengas ese escepticismo y que plantees dudas y seas exigente. A mi modo de ver, eres la única persona de la flota que tiene una visión externa de mis planes. Necesito que eso no cambie.

—¿Quieres que siga siendo exigente? —preguntó Rione—. Eso no es muy habitual en un hombre, pero estaré encantada de mostrarme más exigente que nunca.

—Hablo en serio, Victoria —repitió Geary.

—Tal vez Victoria no pueda ayudarte, pero la copresidenta Rione está dispuesta a continuar analizándote con preocupación y escepticismo. ¿Así te sientes mejor?

—Sí.

—Entonces, me gustaría dormir un poco más. Buenas noches, otra vez.

Se dio media vuelta, dejándole a Geary una panorámica imponente de su espalda, aunque él pensó que ella no era consciente de eso.

Geary apartó los ojos de la espalda de Victoria Rione haciendo acopio de un considerable esfuerzo, y luego se pasó un rato mirando al techo. *Así que le va a contar a toda la galaxia que nos acostamos juntos. Pero tiene razón cuando dice que tenemos que hacerlo. Si se corriera el rumor de que me estoy acostando con otra*

*persona, eso podría crear serios problemas. No sé lo que siento respecto al hecho de que toda la flota lo sepa, porque no estoy seguro de lo que siento por ella. ¿Me atrae simplemente porque necesito a alguien fuerte a mi lado? ¿O se trata de una simple cuestión física y me estoy engañando respecto a mi interés por la persona? No, eso no me lo creo. Es una mujer de bandera y sé que hay un montón de cosas que me gustan de ella. Aunque no es exactamente cariñosa y tierna cuando no estamos practicando el sexo. Me oculta algo. No, eso es quedarse corto: me oculta muchas cosas. Para cuando llegemos a casa, Victoria Rione podría haber decidido que me estoy volviendo aburrido y largarse, o quizá decida que hay que pararle los pies a Black Jack, o que realmente le importo un comino, y que, sin embargo, quiera seguir a mi lado para utilizar ese estatus en su beneficio.*

*Hazte a la idea, Geary, no hay forma de que sepas cómo os vais a sentir los dos cuando lleguéis al espacio de la Alianza, por mucho que os vayáis juntos a Kosatka y os caséis, o si os dais un apretón de manos y os separáis para el resto de vuestras vidas.*

*Supongo que me enfrentaré a eso cuando llegemos allí. Si llegamos.*

La información recogida en Sancere hasta el momento parecía abundante en términos cuantitativos, pero desesperadamente insuficiente en lo que se refería a los asuntos más importantes. Los grupos de desembarco de los marines habían descargado de los terminales síndicos abandonados una enorme cantidad de archivos, pero ninguno contenía información de uso inmediato. Se habían capturado varias cápsulas de salvamento de las naves destruidas de la fuerza síndica Bravo, pero los tripulantes que había dentro solo sabían que habían participado en una batalla en Scylla, cerca de la frontera con la Alianza. Los oficiales síndicos podían haberles dado más datos a los interrogadores de la Alianza, pero la energía liberada por el desplome de la puerta había destruido todas las cápsulas de salvamento que transportaban oficiales. Al parecer, la batalla de Scylla había resultado en un sangriento empate, y después ambos bandos se habían batido en retirada del sistema estelar. Las constelaciones menores en las que Geary recordaba haber estado en Scylla hacia un siglo habían sido destruidas o abandonadas tiempo atrás cuando los dos bandos libraban batallas constantes por un sistema estelar que, por otro lado, no valía nada.

*Se machacaron los unos a los otros y luego interrumpieron el contacto. No fue una gran batalla. Lo que vimos llegar aquí, a Sancere, era la mayor parte de la fuerza síndica, y el bando de la Alianza contaba más o menos con los mismos efectivos. Pero no logro sacar ninguna conclusión a partir de ahí, porque no sé qué sucede en otros lugares del frente de esta guerra.*

Frustrado, Geary estuvo escudriñando los enlaces para contactar con el centro de

inteligencia del *Intrépido*.

—Al habla el capitán Geary. Me gustaría hablar personalmente con el tripulante síndico superviviente de más alto rango que hayamos capturado. ¿Podría hacerlo ahora?

La respuesta tardó un momento en llegar.

—Tendré que comprobarlo... —La voz se interrumpió y Geary oyó a alguien gritando—. ¡Ah, sí, señor! Inmediatamente, señor. ¿Desea hacerlo por contacto visual o prefiere una entrevista física real?

—Entrevista real. —Geary nunca había logrado dejar de sospechar que los programas que posibilitaban las reuniones virtuales no transmitían todos los movimientos y las sutilezas de un modo exacto. Por su experiencia, los programas tendían a suavizar las cosas que no se ajustaban a sus parámetros, pese a que los humanos solían delatar los comportamientos menores o aparentemente contradictorios. Lo que los programas contemplaban como anomalías que debían ser eliminadas podían ser los elementos más importantes que mostraba una persona.

—Estaré abajo en unos minutos.

El departamento de inteligencia se escondía tras unas cuantas e impresionantes escotillas de seguridad. Un teniente algo nervioso lo estaba esperando en el exterior y condujo velozmente a Geary a través de todas ellas para adentrarse en la zona de alta seguridad. Por alguna razón, a Geary siempre le daba la sensación de que allí todo estaba más silencioso, a pesar de que a primera vista simplemente parecía un espacio de oficinas normal con mesas y algún que otro rincón abarrotado de equipamiento. Para seguir con la tradición, el departamento de inteligencia era un mundo en sí mismo, constituía al mismo tiempo una parte y una sección independiente del resto de la tripulación de la nave. El mundo de la seguridad estricta en el que operaba se compensaba en cierto modo con un ambiente de trabajo más relajado.

De hecho, uno de los despachos lucía una planta, una pequeña salpicadura de follaje vivo. Geary miró con una ceja interrogante al teniente, que pareció ponerse más nervioso cuando respondió:

—Esa es Audrey, señor.

Por supuesto. Si una nave tenía plantas a bordo, una de ellas solía llamarse Audrey. El motivo, si es que había un motivo, había quedado relegado al olvido en la noche de los tiempos, pero el hecho de comprobar que algo de su época no había cambiado hizo que Geary se sintiera un poco mejor. Geary sonrió reconfortado y siguió al teniente hasta la sala de interrogatorios.

La sala de interrogatorios estaba diseñada conforme a unos parámetros que, casi probablemente, no habían cambiado hacía siglos. Geary miró a través del espejo semirreflectante y vio que la suboficial síndica estaba sentada en una única silla, aparentemente sin maniatar. Parecía aturdida y asustada, pero procuraba no mostrarlo.

—Si hace algún movimiento en dirección a usted, le aplicaremos una descarga eléctrica —le aseguró el teniente a Geary.

—No tiene pinta de ser de las suicidas —observó Geary. Estudió las lecturas del instrumento que tenía ante sí—. ¿Son todas de sus interrogatorios?

Ya había estado antes en aquella zona, pero sin prisioneros.

—Sí, señor. —El teniente señaló los aparatos—. Podemos llevar a cabo exploraciones de la actividad cerebral a distancia mientras interrogamos. Así podremos detectar engaños relativos a las cosas que queremos saber.

—Y, entonces, ¿qué hacen?

—La confrontación funciona a veces. Cuando se dan cuenta de que sabemos que nos están mintiendo, algunos se derrumban. Para los difíciles, lo mejor es emplear drogas para eliminar la inhibición normal. Nosotros preguntamos y ellos hablan.

—Eso suena más humano que darles una paliza —advirtió Geary con otra sonrisa.

—¿Darles una paliza? —El teniente pareció sobresaltarse ante la insinuación—. ¿Por qué íbamos a hacer eso, señor? Genera información poco fiable.

—¿En serio?

—Sí, señor. No es tan malo como la tortura abierta, pero sigue siendo poco fiable. Nuestro trabajo consiste en obtener información precisa. Puede que el abuso físico y mental haga hablar a la gente, pero no nos proporciona información precisa.

Geary asintió, secretamente aliviado de ver que en el caso de la recopilación de información el simple pragmatismo hubiera eliminado las atrocidades de que había sido testigo en otras ocasiones. De haberse enterado de que sus agentes de inteligencia dependían de la tortura, eso habría significado que eran tan disfuncionales como lo fueron una vez las tácticas de la flota.

—Muy bien, déjeme entrar.

La tripulante síndica giró bruscamente la cabeza al ver abrirse la pesada puerta. Geary entró, al tiempo que la tripulante síndica miraba su insignia, y se detuvo junto a ella.

—¿Quién es usted? —le preguntó él. Los de inteligencia se lo podían haber dicho, pero le parecía una buena forma de iniciar la conversación.

La mujer habló con bastante serenidad.

—Tripulante de servicios generales de rango siete Gyal Barada, Fuerzas de Autodefensa de los Mundos Síndicos, Dirección de las Fuerzas Espaciales Móviles.

Geary se sentó en la otra silla, agradecido por trabajar en una flota, en lugar de en una «dirección de fuerzas espaciales móviles».

—Soy el capitán Geary.

La mujer pestañeó, confundida.

—Antes me llamaban *Black Jack* Geary. Seguramente ese es el nombre del que habrá oído hablar. Soy el comandante de esta flota.



La confusión dio paso al miedo.

—Así es como... —empezó a decir la tripulante síndica, luego se interrumpió al no encontrar palabras.

Geary mantuvo un tono de conversación cordial.

—¿Como qué?

Ella lo contemplaba aterrorizada.

—Oí hablar a los oficiales antes de que nuestra nave fuera destruida. Dijeron que la flota enemiga no podía estar aquí. No podían haber llegado hasta aquí. Pero estaba.

Geary asintió.

—Tuve algo que ver con eso.

—Nos dijeron que habían destruido esta flota. En nuestro sistema interior. Y usted murió hace un siglo.

La tripulante síndica se había puesto tan pálida que Geary temía que fuera a desmayarse.

—¿La hirieron en la batalla? —preguntó.

Ella negó enseguida con la cabeza.

—No, creo que no.

—¿La han tratado según el derecho de la guerra desde que la hicieron prisionera?

La confusión volvió a apoderarse de ella.

—Yo... Sí.

—Bien. ¿Cómo va la guerra?

Tragó saliva y habló como habla la gente cuando está recitando algo.

—Los Mundos Síndicos van de triunfo en triunfo. La victoria final está a nuestro alcance.

—¿De verdad? —Geary se preguntó cuánto tiempo llevaba la propaganda síndica declarando que la victoria final estaba cerca—. ¿Alguna vez pone eso en duda?

La mujer negó con un gesto sin pronunciar palabra.

—Eso pensaba. Seguramente es peligroso cuestionar esa clase de cosas. —Siguió sin obtener respuesta—. ¿Le gustaría irse a casa?

Miró a Geary durante largo rato y luego asintió.

—A mí también. Pero mi casa es libre. La suya no. ¿Eso le molesta?

—Soy ciudadana de los Mundos Síndicos, vivo en prosperidad y seguridad gracias a los sacrificios de mis líderes —recitó la tripulante.

*Increíble. Esa tontería con la que los síndicos les taladran el cerebro no ha cambiado en un siglo. Pero, claro, ¿se puede mejorar algo tan simple y tan engañoso?*

—¿De verdad se cree eso?

—Soy ciudadana de los Mundos Síndicos...

—Ya lo he oído la primera vez. ¿Qué necesitaría para poner eso en duda? ¿Para

hacer algo al respecto?

Ella lo miró de nuevo, sencillamente aterrada.

—No responderé a esa pregunta.

Geary asintió.

—No esperaba una respuesta. Solo tengo curiosidad por saber qué hace que alguien como usted se rebele contra el gobierno que la esclaviza y la oprime.

La tripulante síndica se quedó mirándolo un buen rato antes de hablar.

—Tengo que defender el mundo del que provengo. —Otra pausa—. Tengo familia en ese mundo.

Geary reflexionó sobre esas palabras, entonces volvió a asentir. Motivos viejos, pero sólidos. Defender tu casa de los invasores foráneos. Y mantener a salvo a tu familia de tu propio gobierno. Había funcionado en innumerables estados totalitarios a lo largo de la historia de la humanidad. Al menos, durante un tiempo.

—Voy a decirle una cosa. No espero que se lo crea, pero se lo voy a decir de todas formas. La Alianza no quiere atacar su mundo. No quiere causarle ningún daño a su familia. En la Alianza nadie lucha por miedo a su propio gobierno. En los Mundos Síndicos todo el mundo tiene la opción de seguir apoyando a sus líderes en esta desagradable guerra o bien exigir que se termine en condiciones seguras para ambos.

Su rostro mostraba una expresión ilegible, como cuando le dicen a un verdadero creyente que sus antepasados no velan por él, pero la tripulante síndica no dijo nada. Guardar silencio frente a la autoridad, incluso cuando uno estaba en desacuerdo con ella, era sin duda una táctica de supervivencia propia de los Mundos Síndicos.

Geary se levantó.

—Sus naves lucharon con valentía. Lástima que tuviéramos que destruirlas. Ojalá que nuestros hijos se conozcan algún día en tiempo de paz.

Aquellas palabras suscitaron por fin una reacción de sorpresa, pero la tripulante síndica se limitó a observar, sin decir nada, mientras Geary abandonaba la sala.

—No se les puede convencer para que trabajen en contra de sus líderes —comentó el teniente—. Lo intentamos. Uno pensaría que el propio interés podría ser una motivación para ellos.

Geary sacudió la cabeza.

—Teniente, si el propio interés fuera una motivación para los seres humanos, entonces usted, yo y todos los demás soldados, tripulantes y marines síndicos y de la Alianza estaríamos en nuestros mundos, sentados en una playa bebiendo cerveza. Para bien o para mal, la gente cree en cosas por las que luchar. En nuestro caso, para bien, en el suyo, para mal.

—Sí, señor. Pero usted ha plantado una semilla interesante ahí, señor. No sabíamos cómo iba a salir.

—¿A qué se refiere? —preguntó Geary.

—Ella cree que está usted muerto, y cree que esta flota fue destruida. ¿Ha visto lo asustada que estaba? Las lecturas de su metabolismo estaban por las nubes. Cree que somos una flota fantasma comandada por un fantasma. —El teniente sonrió—. Eso podría causar un pequeño impacto sobre la moral síndica.

—Tal vez. —Estudió a la tripulante síndica desde el otro lado del espejo semirreflectante—. ¿Qué planes tienen para ella y los demás prisioneros?

—Hemos estado intentado tomar una decisión. Para la inteligencia no tienen ningún valor, pero, si podemos utilizarlos para sembrar rumores, podría beneficiarnos —dijo el teniente cuidadosamente—. Tal vez deberíamos... considerar la posibilidad de... liberarlos.

—¿Todavía tenemos a bordo sus cápsulas de salvamento?

—Sí, señor. —El teniente parecía sorprendido de que Geary no se hubiera mostrado escandalizado por su sugerencia—. Registramos las cápsulas en busca de cualquier cosa de valor que pudieran haberse llevado de las naves, pero tampoco encontramos nada que mereciera la pena.

Geary miró a la tripulante síndica pensando que algunos cambios en el transcurso de los acontecimientos lo habrían dejado a él en su misma situación. Hacía un siglo, si los síndicos hubieran recuperado su cápsula después de la batalla. Unos meses atrás, si esa flota no hubiera conseguido huir del sistema interior síndico, con todas las naves destruidas y las tripulaciones capturadas.

—Está bien, de acuerdo. Estas son mis órdenes. De todas formas no tendría ningún sentido arrastrar a todas partes a prisioneros síndicos sin ningún valor, a los que tendríamos que dar de comer y mantener confinados bajo vigilancia. Creo que su propuesta es buena. Podemos usar a estos prisioneros para nuestro propio beneficio. Asegúrese de que los demás prisioneros sepan quién está al mando de esta flota. Me presentaré personalmente ante cualquiera de ellos que no se lo crea. Después de eso, quiero que regresen a sus cápsulas de salvamento y que las vuelvan a lanzar de manera que aterricen en alguno de los mundos del sistema.

El teniente sonrió.

—Sí, señor. Se van a quedar de piedra.

—Me gusta sorprender a los síndicos —señaló Geary con gesto adusto—. ¿A usted no?

El teniente sonrió aún más ampliamente.

—Verifique que las cápsulas cuentan con el suficiente soporte vital y combustible para llevar a esa gente a casa. Puede que necesiten reabastecerse. Revisen también los sistemas para estar seguros de que la descarga energética de la puerta no ha dañado ninguno de sus elementos clave. —Los de inteligencia podrían pasar por alto esa clase de detalles si no se les recordaban—. ¿Entendido?

—Sí, señor. —El teniente vaciló—. Tal vez no funcione, señor. Y no van a agradecer que los liberemos. Seguramente acabaremos luchando contra ellos otra vez.

—Tal vez sí, tal vez no. Unos cuantos tripulantes más o menos no marcarán la diferencia en el esfuerzo bélico síndico.

—Eso es cierto, señor.

—Otra cosa —añadió Geary—. Me ha dado la impresión de que era usted reacio a sugerirme esta clase de acción. Cuando el departamento de inteligencia tiene ideas, quiero saberlo. Si quiero obviarlas, yo mismo lo decidiré después de haberlas oído.

—Sí, señor.

—Y nunca se sabe, teniente. Por un lado, puede que esos tripulantes difundan rumores de que somos todos unos malvados. Por otro lado, los hemos tratado como es debido. Si hay suficientes síndicos que se enteran de que no somos unos pérfidos, quizá eso también ayude.

Salió con la idea de que en unos días más la flota podría dejar Sancere después de haber cogido todo lo que pudiera llevarse y de haber destruido todo lo que no. Cerca de mil millones de ciudadanos síndicos alzarían la vista hacia las estrellas y respirarían aliviados. También se quedarían preocupados por si la flota de la Alianza volvía a aparecer algún día. Sus líderes les asegurarían que eso era imposible, pero también debería haber sido imposible que la flota se hubiera dejado ver por allí ni tan siquiera una vez. De una u otra forma, esta flota había dado mucho que pensar a muchos síndicos.

Naturalmente, la fuerza síndica Alfa seguía ahí fuera. Geary estaba seguro de que, antes o después, intentaría algo. No podía dejar marchar a la flota sin haber intentado atacarla de alguna forma, no si el responsable al mando de esa fuerza quería mantener la cabeza sobre los hombros.

Fuerza síndica Alfa en movimiento.

El aviso del consultor del *intrépido* llegó casi al mismo tiempo que el aviso de alerta de la formación Eco de la Alianza, que en ese momento tenía asignada la misión de bloquear cualquier ataque de la flotilla síndica superviviente.

Geary se rasc  el mentón mientras estudiaba las observaciones que iban entrando. La flotilla síndica llevaba días rondando los límites externos del sistema estelar, controlando desde lejos el saqueo sistemático de la flota de la Alianza y viendo cómo reparaban los daños que habían sufrido sus propias naves. Ahora por fin había despertado y habían empezado a acelerar en dirección al sistema interior.

—Es demasiado pronto para saber a dónde se dirigen.

—S , señor —convino la capitana Desjani.

—Pero, a pesar de los desperfectos que les infligió el destacamento especial Furiosa, aún tienen ocho acorazados y cuatro cruceros de batalla.

Geary volvió a comprobar el visualizador. Los dos cruceros de batalla que habían recibido los disparos del destacamento especial Furiosa habían desaparecido a través de distintos puntos de salto en los últimos dos días con la intención, sin duda, de notificar a los líderes síndicos de que la flota de la Alianza había aparecido en Sancere y para solicitar refuerzos. También había saltado una de las naves de caza asesinas, con un tercer destino. Todas ellas tenían por delante una semana de tránsito hasta sus objetivos, más el tiempo que precisaran para reunir más buques de guerra, y luego una semana de vuelta. Vendrían más síndicos, pero Geary planeaba tener fuera a la flota de la Alianza mucho antes de que llegaran.

—Más ocho cruceros pesados y cinco naves de caza asesinas. Superan en potencia de fuego a cualquiera de nuestras subformaciones, aunque no cuentan con escoltas suficientes.

Sopes  la situación. Los síndicos se encontraban a unas tres horas luz y media en el exterior de la estrella Sancere cuando retomaron el rumbo hacia el interior. La formación Eco de la Alianza se hallaba dentro de la órbita del quinto mundo, a solo treinta minutos luz del sol. Los síndicos habían empezado a acelerar en dirección al sistema interior tres horas antes de que ninguna nave de la Alianza los hubiera visto. Tres horas de desfase temporal daban cabida a muchos cambios aún desconocidos.

Por otro lado, aunque los síndicos hubieran acelerado hasta alcanzar las dos décimas de la velocidad de la luz, todavía tardarían otras quince horas en alcanzar siquiera la zona en la que estaba situada la formación Eco de la Alianza. Si su objetivo fuera alguna de las demás formaciones de la Alianza, el tiempo necesario de interceptación, incluso a dos décimas de la velocidad de la luz, oscilaba entre veinte horas y un día. No ocurriría nada de forma inminente. Pero al final las cosas

sucedrían muy rápido.

*No te precipites. Pero tampoco pospongas la acción. ¿Quiero interrumpir todas las tareas de explotación en este sistema para enfrentarme a la fuerza sindical Alfa? Pero, si lo hago, ¿qué evitará que los sindicatos sigan avanzando a través del sistema a dos décimas de la velocidad de la luz, o aún más rápido? ¿Durante cuánto tiempo van a poder mantenerse así, negándome la posibilidad de entrar en combate con ellos e impidiendo que mis fuerzas prosigan con el saqueo de los suministros que necesitamos? Sería la opción más inteligente para ellos. Menos mal que no lo pensaron antes.*

—Capitana Desjani. Suponga que los sindicatos piensan atacar a una fuerza más pequeña de la Alianza, pero que demoran la acción indefinidamente si se enfrentan a una más grande. ¿Qué recomendaría?

Ella meditó la pregunta estudiando su pantalla.

—Podemos intentar sembrar minas en su trayectoria, pero a la velocidad que nos haría falta para asegurarnos de que los interceptamos en su trayectoria, las probabilidades de instalar un campo de minas en toda regla son muy bajas.

—¿Y un combate a alta velocidad? ¿Conseguiríamos infligir daños importantes?

Desjani torció el gesto.

—¿Si avanzan a dos décimas de la velocidad de la luz y vamos a su encuentro rápidamente? Entonces, la combinación de las velocidades sería, quizá, de entre un cuarto y tres décimas de la velocidad de la luz, si no aún mayor. La distorsión de la relatividad sería brutal. Hasta los más mínimos errores de compensación supondrían fallos claros.

—Así que tenemos que frenarlos hasta hacer que alcancen la velocidad de combate e ir a su encuentro con una fuerza más potente —concluyó Geary.

—No creo que eso vaya a pasar —insinuó Desjani decepcionada.

Desde su espalda se oyó la voz de la copresidenta Rione.

—¿Por qué la mentalidad de los militares siempre se encierra en una alternativa? —Geary se volvió a mirarla—. Para frenar su velocidad solo hay que ofrecerles un objetivo que parezca atractivo.

—No me hace ninguna gracia sacrificar unidades de ese modo —sentenció Geary en un tono neutro, ganándose un gesto de empatía por parte de Desjani.

Rione se reclinó en su asiento.

—Piensa con demasiada honestidad, capitán Geary. Y usted también, capitana Desjani. Que sea una trampa.

Geary intercambió una mirada con Desjani mientras hablaba con Rione.

—¿Qué clase de trampa?

—No soy experta en táctica militar, capitán Geary. Seguro que a usted se le ocurre algo.

Desjani entornó los ojos mientras estudiaba el visualizador.

—Tiene que haber una forma.

—¿Aunque lo síndicos puedan ver todo lo que hacemos? —preguntó Geary.

—Sí, señor. La clave sería conseguir que pareciera que estamos haciendo una cosa cuando en realidad pensamos hacer otra.

Rione asintió.

—Sí. Excelente. Ofrecer una imagen ante el enemigo al tiempo que mantienes ocultas tus verdaderas intenciones.

Geary logró controlar su expresión mientras respondía con un gesto de asentimiento. Lo desconcertó un poco oír de boca de Rione esa propuesta de acción, dadas sus dudas acerca de sus intenciones hacia él.

—No podemos reunir una fuerza muy potente como cebo para los síndicos. Lo verían muy claro.

—Estoy pensando —dijo Desjani despacio— en una estrella llamada Sutrah.

Geary la miró con el ceño fruncido; luego relajó su expresión.

—Eso sería justicia poética, ¿no?

Al final, hizo falta una cantidad asombrosa de análisis para que los sistemas de maniobra definieran el plan de acción necesario para implementar la idea de Desjani. Las seis formaciones de la flota de la Alianza tenían que desplazarse por el espacio, intercambiando, en algunos casos, naves que debían seguir sus propias trayectorias durante un tiempo; algunas de las naves y las formaciones tenían que atravesar pequeñas zonas por las que, según se determinó, era más probable que los síndicos circularan, dados los movimientos de todas las naves de la Alianza, especialmente la formación Gamma. Todo ello debía llevarse a cabo sin que los síndicos se percataran del motivo de esos movimientos en concreto y dando una imagen creíble de que una parte de la flota de la Alianza se estaba aprestando para el combate contra los síndicos, mientras que otras secciones trataban de continuar saqueando sus recursos. La formación Gamma debía maniobrar de modo que constituyera un blanco atractivo, al tiempo que pareciera que no se estaba dando cuenta de que se estaba exponiendo al fuego síndico si estos alteraban su curso alejándose del combate con la fuerza más grande que se estaba congregando en su trayectoria actual.

A los cruceros de batalla del capitán Tulev se había unido la nave auxiliar rápida *Trasgo* de la flota, y ahora todas ellas se estaban descolgando para conformar el cebo que necesitaban, a pesar de que Geary detestaba la idea de poner en riesgo una nave auxiliar.

—Si no hubiera una auxiliar en la fuerza fijada como objetivo, no picarían —había insistido Desjani, y Geary había tenido que aceptarlo a regañadientes.

Ahora observaba la intrincada maraña de trayectorias que sus naves debían seguir durante un rato antes de autorizar las órdenes que tenía que dar.

—A todas las unidades, órdenes de maniobra a seguir. Cada unidad debe llevar a cabo estas órdenes exactamente tal y como están emitidas.

Eran demasiado complicadas para transmitir las verbalmente. Se enviaron las órdenes detalladas a todas las naves y en los tiempos convenidos empezaron a moverse, aunque con el desfase temporal, que hacía que Geary viera a todas sus formaciones muy desperdigadas, tuvo mucho tiempo para preocuparse por si todo el mundo estaba actuando tal y como se le había ordenado. Era la clase de cosas que ningún ser humano ni ningún comandante podía controlar, o ejecutar. Sin la sensible superioridad numérica de naves con la que contaba Geary sobre la fuerza síndica Alfa, ni siquiera habría sido posible.

Ahora tomó asiento viendo cómo las naves se desplazaban con retrasos variables en cuanto a tiempo y distancia, mientras que los síndicos seguían abriéndose camino hacia el sistema interior.

—Vas a acabar exhausto si te quedas aquí hasta la batalla —murmuró una voz.

Geary salió de su ensimismamiento y miró hacia atrás a Rione.

—Lo sé. Pero el plan entero depende de que todo el mundo haga lo que se le ha dicho que haga.

—Y si no lo hacen —respondió ella—, ni siquiera lo vas a ver hasta dentro de un rato. El hecho de que lo estés mirando no cambiará las cosas. Descansa un poco.

Geary miró a Desjani. La oficial al mando del *Intrépido* estaba echándose una siesta en su silla. Geary envidió su capacidad para hacer eso. Volvió a revisar su visualizador. Si los síndicos mantenían su rumbo actual, en ocho horas estarían cerca de alcanzar el radio de acción. Si frenaban y viraban, tardarían al menos diez horas en alcanzar el radio de acción contra cualquier otra formación de la Alianza. El tiempo para entrar en combate con la formación Gamma, si los síndicos ya hubieran virado, era de diez horas y media. *Rione tiene razón. Soy un imbécil por quedarme aquí despierto.*

—Me voy abajo un rato —le anunció Geary a los consultores del puente de mando—. Por favor, infórmenme de inmediato si cualquier nave se desvía del rumbo marcado o si detectamos alteraciones en la trayectoria de los síndicos.

Se levantó mirando a Rione.

—¿Y tú?

Ella negó con un gesto mirándolo de reojo.

—No quiero rumores sobre cómo pasas el tiempo preparándote para la batalla, capitán Geary —dijo Rione con un tono de voz muy suave—. Te vas abajo a dormir. Hazlo.

—Sí, señora copresidenta —respondió Geary—. No te irás a quedar aquí todo el tiempo, ¿verdad?

Rione negó con la cabeza.



—Me iré a mi camarote en breve.

Geary sabía que, sin duda, ese detalle no pasaría desapercibido a muchos ojos que casualmente notaban esas cosas. También sabía que Rione estaba en lo cierto al decir que no sería nada bueno que la flota creyera que Geary se lo estaba pasando en grande mientras había una amenaza de combate.

—Vale, te veo aquí dentro de un rato.

Esta vez Rione asintió.

—Confieso que me sentiré en parte responsable si este plan no funciona. En cierto modo fui yo quien lo sugirió.

—Es verdad, pero fui yo quien lo aprobó. Es mi responsabilidad y de nadie más.

Rione lo miró directamente a los ojos.

—John Geary, en ciertos momentos me he preguntado si debería haberme resistido a lo que siento por ti, si no debería haber mantenido las distancias por el bien de la Alianza y, a largo plazo, por mi propia felicidad. Esa clase de declaraciones me tranquiliza.

No parecía haber una respuesta válida y sencilla a aquella afirmación, de manera que Geary asintió y le sonrió. Salió del puente de mando en dirección a su camarote tomando un camino lleno de digresiones, para que la tripulación del *Intrépido* pudiera verlo, y deteniéndose en unos cuantos puntos para hablar con sus miembros y repetirles sus ya habituales palabras en cuanto a su certeza de que derrotarían a los síndicos en esa batalla, que la flota regresaría a casa a salvo y que estaba orgulloso de servir a su lado. No importaba lo falsas que le sonaran a veces las dos primeras promesas, Geary siempre sabía que lo último era cierto. El hecho de saber eso con seguridad le ayudaba a dormir cuando por fin llegaba a su camarote, aunque se sorprendió al descubrir que la ausencia de Victoria Rione de su cama se hacía patente.

Se despertó con el sonido de su alarma de comunicaciones y viendo que habían pasado seis horas.

—Aquí Geary.

—Hemos advertido maniobras de la fuerza síndica Alfa, señor. Se dirigen hacia la formación Gamma.

Habían mordido el anzuelo.

—Subo en unos minutos.

La flotilla síndica había tenido múltiples opciones en su camino hacia el sistema interior. Demasiadas como para hacer una predicción exacta sobre los lugares por los que pasaría. El plan de la Alianza tenía como finalidad atraer a los síndicos para que emprendieran una acción en concreto, en este caso atacar a una formación más pequeña que aparentemente, y por accidente, se había quedado fuera del alcance de apoyo del resto de la flota. Cuando Geary se acomodó en su asiento en el puente de mando del *Intrépido* y revisó la pantalla, vio que la base del cono de probabilidades

de rumbo de estos seguía teniendo un diámetro enorme en el punto en que los síndicos habían cambiado el rumbo. Sin embargo, ese cono se estrechaba inexorablemente hacia el angosto canal que había cerca de la trayectoria de la formación Gamma de la Alianza, que los síndicos deberían atravesar si querían entrar en combate con las naves de Gamma. *Precioso. Si lo hacen, los tenemos. Si deciden no atacar a Gamma, entonces, esas naves estarán a salvo. En cualquiera de los casos, salimos ganando, salvo por un poco de artillería desperdiciada.*

El resto de la flota de la Alianza seguía reconfigurándose. Otra pequeña formación acompañada por la *Hechicera*, pero demasiado alejada como para que los síndicos pudieran considerarla un objetivo sin recorrer el sistema entero, y dos formaciones más grandes, una distribuida alrededor del *Intrépido* y la otra centrada en la *Osada*. El destacamento especial Furiosa se encontraba a casi dos horas luz a un lado de los síndicos, regresando de arrasar unas cuantas instalaciones síndicas en los dos mundos más interiores. Geary se alegraba de ver que un elevado número de las naves aglutinadas en ambas formaciones estaban ya de camino. Una parte del plan implicaba dejar que los síndicos pensarán que la Alianza se estaba tomando su tiempo preparándose para enfrentarse al ataque síndico, y que de resultas la Alianza se vería forzada a reaccionar muy lentamente al cambio de rumbo de los síndicos.

Todo ello era un teatro previsto para atraer a los síndicos adonde la Alianza quería que fueran.

No obstante, resultó un tormento cada vez mayor ver que los síndicos se dirigían hacia la formación Gamma, que estaba manteniendo su posición, pero que había acelerado de cinco centésimas a setenta y cinco milésimas de la velocidad de la luz. Para los síndicos, aquello debía de tener el aspecto de un intento de escapada, pero en realidad la intención era determinar el emplazamiento en el que los mismos interceptarían a la formación Gamma. Ahora todo se reducía a una simple cuestión de física. Para entrar en el radio de acción de Gamma, los síndicos tendrían que ir adonde la Alianza quería que fueran. La clave era evitar que los enemigos cambiaran de opinión y, consecuentemente, de rumbo. Así pues, Gamma fingió que estaba intentando acelerar más allá de las setenta y cinco milésimas de la velocidad de la luz y dio la sensación de que la *Trasgo* se quedaba atrás, como si no pudiera mantener el ritmo. El resto de las naves de Gamma frenaron para reagruparse con la *Trasgo* con la esperanza de haber llevado a cabo una interpretación convincente a ojos de los síndicos.

Tras finalizar la composición de su propia formación, Geary la hizo girar y descender para iniciar la interceptación de la fuerza síndica Alfa. Había conservado el nombre de formación Delta, a pesar de que ahora estaba compuesta por más del doble de naves. En el extremo más alejado de la formación Gamma se había situado a la formación Bravo, también engordada hasta alcanzar el doble de su fuerza, a treinta

minutos luz, pero esperando ponerse en movimiento de un momento a otro. Una fuerza mucho más pequeña, la formación Eco con la *Hechicera*, estaba fingiendo regresar al tercer planeta para seguir saqueando más reservas y destruir más instalaciones en la superficie. Por fin, el destacamento especial Furiosa había recibido instrucciones para permanecer en el lado más alejado del sistema como último recurso para evitar que los síndicos salieran indemnes. Si todo el plan fallaba, el destacamento especial Furiosa podía conseguir algunos buenos disparos cuando los síndicos trataran de volver a salir del sistema.

—Ahora seguro que se dan cuenta de lo que estás haciendo —señaló Rione.

—Pues espero que no —respondió Geary—. A los síndicos no debería resultarles tan evidente. Ellos creerán que estamos decididos a acelerar, pero que no vamos a poder alcanzar la velocidad de combate antes de que ellos lleguen a la formación Gamma. Y lo mismo con la formación Bravo, ya que el punto de interceptación está todavía más lejos que el nuestro. Los síndicos piensan que se han hecho con una formación más débil que hemos permitido que se quede demasiado rezagada respecto a las formaciones de apoyo. Planean acercarse rápido, frenar de golpe, arrasar Gamma con todo lo que tienen y luego dar media vuelta en aceleración para frustrar las interceptaciones que hemos planeado por parte de esta formación y la Bravo.

—Es usted más enrevesado de lo que pensaba, capitán Geary —observó Rione.

—La capitana Desjani me ayudó a idear el plan.

Desjani sonrió.

—En todo caso, si sale bien, el plan síndico no sobrevivirá ni siquiera a su contacto con Gamma. Empezará a venirse abajo mucho antes. La parte complicada de verdad ha sido conseguir que haya suficientes naves que crucen la zona por la que van a tener que transitar los síndicos para obstaculizar a Gamma sin que ellos adivinen que esas naves están soltando ristas de minas a lo largo de un único canal relativamente estrecho.

—Y —añadió Desjani—, como está claro que el plan de los síndicos exige que ellos lleguen muy rápido manteniéndose cercanos a las dos décimas de la velocidad de la luz todo el tiempo que puedan antes de frenar bruscamente para entrar en combate con Gamma, la distorsión por la relatividad les va a dificultar mucho la visión de las minas, sobre todo porque no se trata de un único campo de minas denso, sino una serie de ristas diseminadas.

Ahora solo era cuestión de observar. Todos se encontraban a varias horas de cualquier contacto y la representación de diversas formaciones parecía estar arrastrándose lentamente por la pantalla del sistema estelar Sancere. Geary aprovechó el tiempo para reordenar su formación de un modo que, según pensaba él, funcionaría mejor. Suponiendo que los síndicos tratarían de evitar luchar contra él, Geary dispuso sus naves en un bloque rectangular, con los acorazados y los cruceros de batalla

apiñados por divisiones en el centro y las escoltas a su alrededor. Si solo conseguía disparar una vez, quería asegurarse de que todas sus unidades más pesadas lograban alcanzar a los síndicos una tras otra.

Con los nervios en aumento, Geary por fin se levantó.

—Voy a dar una vuelta por la nave.

Sin duda, la tripulación entendía sus paseos como una señal de interés por ellos, y en verdad lo eran, pero en ocasiones como esa, los paseos también obedecían a una necesidad de soltar tensiones y matar el tiempo durante el lento y largo acercamiento a un combate.

Todos los miembros de la tripulación con los que se cruzó parecían cansados tras largos días de alerta creciente en el transcurso de su paso por el sistema estelar Sancere, pero también se mostraban animados y confiados. Los gestos de esperanza y de seguridad que le dedicaban a Geary tenían tendencia a desquiciado, pues él sabía lo falible que era en realidad, pero al menos también sabía que todavía no los había decepcionado. Mientras se paseaba, Geary notó que algunos miembros de la tripulación lo miraban al pasar como esperando ver a alguien con él, y se dio cuenta de que estaban buscando a la copresidenta Rione, aunque nadie la mencionó. Aquello también fue un poco desconcertante.

En un momento dado, pasó por el área de culto, entró en la zona ancestral, pasó a una de las pequeñas salas, y encendió una vela antes de pronunciar una breve oración. Las estrellas del firmamento sabían que necesitaba toda la ayuda que pudiera. Pero, por muy tentador que fuera quedarse allí a hablar un rato con la única audiencia con la que podía sentirse seguro, sus antepasados muertos, Geary sabía que no podía esconderse allí mientras la flota se encaminaba a una batalla.

Todo aquello no bastó para matar el tiempo. Geary constató que la situación no había cambiado en absoluto, todos seguían avanzando hacia sus respectivos puntos de interceptación y los síndicos se aproximaban siguiendo el mismo rumbo hacia las minas; entonces se obligó a acercarse a la zona de los comedores y fingió que comía algo. La mayor parte de lo que tenían eran raciones síndicas saqueadas de lugares como Kaliban y, ahora, Sancere. Lo mejor de la comida síndica, tal y como convinieron Geary y los tripulantes con los que habló, era que, en comparación, la comida habitual de la flota parecía buena.

—Si les ofreciéramos a los síndicos unas comidas decentes, probablemente se rendirían en masa —sugirió una de las tripulantes después de atragantarse con algo que se suponía era picadillo, aunque estaba hecho a base de una carne inidentificable y una cosa muy rara que parecían patatas con la textura y el sabor de un bloque de cartón.

Geary regresó al puente de mando. Rione no se encontraba allí y Desjani volvía a estar dormida en su silla. Un capitán que se pasaba tanto tiempo en el puente de

mando podía llegar a volver loca a su tripulación, pero Desjani no era de las que se dedicaba a gritar ni a estar encima de sus subordinados constantemente, de modo que su presencia no hacía mella en sus consultores. Se despertó justo cuando Geary entraba y lo saludó con la cabeza.

—Una hora para que los síndicos lleguen a las primeras minas. Siguen lanzados en picado.

—¿Cuándo cree que empezarán a frenar? —preguntó Geary.

—En una media hora. Eso les dará un margen de error mínimo. —Desjani señaló la trayectoria prevista en la pantalla—. Si frenan demasiado pronto, se deslizarán por la ruta que lleva al campo de minas, pero con esta formación tendremos opciones de disparo mucho mejores para cazarlos. En cambio, si quieren atacar a la formación Gamma, tendrán que empezar a frenar en este punto.

Geary se acomodó haciendo todo lo posible por relajarse. Para matar el tiempo, se puso a revisar los suministros que la flota había recogido en Sancere y cómo llevaban las naves auxiliares las tareas de fabricación de repuestos. Se había llevado a cabo una intensa actividad industrial aquí en Sancere, quemando pastillas de combustible, de manera que Geary transmitió un mensaje rápido a la capitana Tyrosian, a la *Hechicera*, para asegurarse de que estaban dando prioridad a la fabricación de estas pilas de combustible. Toda la metralla, las minas y misiles del mundo no servirían de nada si las naves no podían maniobrar.

La copresidenta Rione volvió e hizo un reconocimiento del puente de mando del *Intrépido*, de la capitana Desjani y del capitán Geary con su habitual actitud imperturbable y desafiante. Dándole la bienvenida con un gesto de cabeza, Geary se dio cuenta de que estando en el puente de mando no había muchas posibilidades de que la llamara Victoria. Tal vez la copresidenta Rione que ocupaba el asiento de observador se pareciera a la Victoria que compartía cama con Geary, pero su ademán era tan distinto que parecía ser otra persona, una que mantenía las distancias y la desconfianza hacia el capitán Geary. *Al fin y al cabo, fui yo quien le pidió que mantuviera esa actitud de desafío. Aunque me da la sensación de que habría seguido comportándose así tanto si se lo hubiera pedido como si no.*

También Desjani la saludó con un gesto casi amistoso. Estaba claro que, a ojos de Desjani, el hecho de estar con el capitán Geary hacía que Rione pareciera más de fiar, aunque sospechaba que Rione reaccionaría de forma bastante negativa ante esa idea. Sin duda, no sería él quien le dijera algo al respecto. Pero también era verdad que, probablemente, ella ya se había dado cuenta, lo cual podía estar contribuyendo a la frialdad con la que Rione estaba tratando a Geary en el puente de mando. Quizá debería olvidar lo de mencionarle a Rione que la tripulación parecía ansiosa por verlos juntos. O a lo mejor ella quería que los vieran juntos, para convertir su relación en un espectáculo público en la medida de lo posible.

Geary volvió a concentrarse en la situación, mucho menos compleja, que se estaba desarrollando entre la flotilla síndica y sus cinco formaciones. Su pantalla indicaba que todas las naves de la Alianza estaban completamente listas para el combate. Él y otros miles de oficiales y tripulantes tenían por delante un buen rato sin nada que hacer, salvo ver pasar el tiempo hasta que llegara el momento en que los síndicos se toparan con las primeras minas.

Los síndicos viraron hacia arriba y hacia atrás prácticamente en el lugar previsto, encarando sus unidades de propulsión hacia delante para poder disminuir la velocidad de la formación síndica hasta alcanzar la velocidad de combate. Unos minutos más tarde, Geary vio que la formación Gamma incrementaba su velocidad en una fracción para hacer que la trayectoria de los síndicos se cruzara exactamente con la ruta que los llevaría a atravesar el campo de minas. Seguro que los síndicos sospecharían algo, ¿no? Aunque, tal vez, tan obcecados como estaban en sus objetivos, los síndicos ajustarían su ruta exactamente en la medida en que la Alianza lo necesitaba.

Pasaron otros quince interminables minutos.

—Aquí vienen —murmuró Desjani.

Las intrincadas maniobras que se habían dispuesto para tender la trampa habían enviado a las naves o formaciones a través del espacio en que la flotilla síndica se disponía ahora a frenar. El resultado no era tanto un campo de minas como una múltiple serie de hileras y de ristras de minas diseminadas a lo largo de una distancia de segundos luz a lo largo de la ruta. Los buques de guerra síndicos se estaban poniendo primero rumbo a popa, adentrándose en la zona que albergaba esas minas. Cualquier impacto caería sobre las principales unidades de propulsión de popa, que era exactamente donde la Alianza quería que golpearan.

La formación síndica frenó mientras atravesaba las dos primeras líneas de minas sin toparse con ninguna. Frustrante, pero no había muchas probabilidades de impacto. La tercera línea se encontraba justo en su camino.

Una nave de caza asesina síndica recibió un impacto directo en la popa. La mina hundió los escudos traseros y voló las unidades de propulsión de la nave, condenándola a no poder maniobrar. Uno de los cruceros de batalla recibió dos impactos y perdió una unidad de propulsión. Hubo una pausa mientras los síndicos seguían avanzando, hasta que llegaron al punto en que la cuarta y la quinta líneas se cruzaban. Esta vez, varios impactos provocaron chispas en las naves síndicas y un crucero pesado se apartó de la formación dando tumbos, y otro crucero de batalla perdió otro par de unidades de propulsión.

A estas alturas, los síndicos ya se habían hecho una idea de que iban a toparse con algo. La respuesta más efectiva sería hacer girar sus naves para encararse al frente y recibir cualquier nueva colisión en la proa. Pero hacerlas girar significaba que los buques de guerra ya no podrían emplear sus principales sistemas de propulsión, lo

cual evitaría que pudieran frenar lo suficiente como para interceptar a la formación Gamma. Geary supuso que el líder síndico decidiría que era preferible continuar recibiendo impactos esporádicos antes que dejar pasar la oportunidad de dar un golpe a las naves que tenía la Alianza en Gamma. Si los síndicos se hubieran encontrado todas las minas de una sola vez y hubieran recibido todos los daños de un solo golpe, probablemente eso habría provocado que el líder suspendiera el ataque, pero, en cambio, los impactos seguían produciéndose de uno en uno, o de dos en dos, lo cual, en cierto modo, contribuiría a que el comandante síndico tardara demasiado en hacerlo, mientras centraba todos sus esfuerzos en los buques de guerra que la Alianza tenía en Gamma.

—El capitán Tulev ha disparado espectros —observó Desjani—. Parece que está soltando todos los espectros que tiene. Interceptarán la formación síndica justo cuando esté despejando la última línea de minas.

—Buen movimiento —admitió Geary.

Una ráfaga final de tres impactos de mina marcó la última ristra, y los síndicos pudieron volver al azote de la formación Gamma sin más obstáculos de por medio. Pasados unos instantes, los espectros de Gamma entraron en contacto con un fogonazo. La velocidad relativamente elevada provocó algunos errores, pero otros proyectiles se incrustaron en algunas naves que, en muchos casos, ya tenían los escudos dañados por los impactos de las minas y todavía no se habían repuesto. Otro crucero de batalla recibió disparos en sus sistemas de propulsión, otra nave de caza asesina se convirtió en una nube de escombros y dos de los cruceros pesados restantes estaban gravemente afectados. Aún mejor, dos de los acorazados perdieron un par de unidades de propulsión.

—Ajusten el rumbo en la medida que sea necesario para interceptar a los síndicos —ordenó Geary a Desjani, transmitiendo asimismo la orden al capitán Duellos, de la formación Bravo. El resto de las naves de la formación se amoldaría a los movimientos del *Intrépido* cuando Desjani aplicara los leves ajustes en el rumbo y la velocidad para lograr una mejor interceptación.

—Nosotros también tendremos que empezar a frenar pronto —advirtió.

Geary comprobó su pantalla y asintió.

—A todas las unidades de la formación Delta, ajusten las cabeceras de las naves en ciento ochenta grados ahora. —Eso haría girar a las naves de la Alianza de manera que sus unidades de propulsión quedaran expuestas a popa—. Inicien frenada hasta situarse a una décima de la velocidad de la luz a las tres punto uno.

Tulev había dispuesto sus cruceros de batalla de cara a los síndicos y en una formación que envolvía estrechamente a la *Trasgo*, construyendo lo más parecido a un escudo para esa nave. La formación síndica, pese a encontrarse cada vez más desperdigada a medida que las naves dañadas iban abandonando sus posiciones,

seguía teniendo como objetivo la interceptación y seguía contando con más del doble de la potencia de fuego del que disponían las fuerzas de Tulev.

Geary parpadeó tratando de comprender lo que acababa de ver.

Desjani estaba sonriendo sin tapujos.

—¡Genial!

Tulev había hecho girar a sus naves y aceleraba al máximo cuando ya era demasiado tarde para que los síndicos reaccionaran, pero justo a tiempo para desbaratar la interceptación por parte de los síndicos. La maniobra requería de un cálculo perfecto de los tiempos, y Tulev lo había llevado a cabo. También había lanzado una ráfaga de metralla contra las naves síndicas que lideraban la flotilla, que estaban disparando en dirección al lugar en el que deberían haber estado las naves de Tulev, de no haber variado su velocidad, y modificando el objetivo hacia la posición real de las naves de la Alianza cuando ya era demasiado tarde. Al parecer los dos acorazados que iban a la cabeza se incendiaron cuando la metralla de la Alianza alcanzó sus escudos con una descarga concentrada.

—¡Les ha dado! —dijo Desjani exultante cuando los sensores del *Intrépido* informaron de que los dos acorazados habían sufrido graves daños.

Sin embargo, aquello dejaba que muchas naves síndicas fundamentales pasaran junto a la formación de Tulev. Los escudos de los cruceros de batalla de la Alianza que rodeaban a la *Trasgo* brillaron y desprendieron destellos de impactos mientras los acorazados de los síndicos les disparaban.

—La *Leviatán* ha recibido varios disparos —anunció un consultor—. La *Dragón* ha perdido dos unidades de propulsión y el principal control de maniobra. La *Decidida* informa de numerosos impactos y de que las baterías de lanzas infernales uno alfa y tres alfa están fuera de servicio. La *Valiente* ha sufrido serios daños en la mitad de la nave, pero continúa disparando.

Geary apretó los puños intentando no pensar en los tripulantes que estaban muriendo en esos cruceros de batalla. Perder uno o más cruceros de batalla sería un amargo precio a cambio de cualquier pérdida infligida sobre los síndicos.

—La mayoría de las principales naves síndicas han pasado el radio de alcance de la formación Gamma —anunció uno de los consultores.

Mientras leía las actualizaciones de los daños de sus cruceros de batalla, Geary pensó que se habían salvado gracias a los destrozos que las minas, los espectros y la metralla habían causado anteriormente en la formación síndica. El efecto acumulativo de todos esos impactos había disgregado la formación síndica, de tal modo que su fuego no llegaba a los cruceros de batalla como una sola ráfaga concentrada y arrolladora, sino que se dispersaba lo suficiente como para permitir que las pantallas de las naves de la Alianza pudieran soportar el fuego durante más tiempo de lo que habrían aguantado de no ser así.



—¿Qué hay de la *Trasgo*?

—Varios impactos, ninguno crítico.

Geary dejó escapar un suspiro que no se había dado cuenta que estaba conteniendo. Los cruceros de batalla de Tulev habían iniciado el contraataque mientras los síndicos pasaban por su lado con gran estruendo, causando más daños. Y, a diferencia de los buques de guerra de la Alianza, los síndicos no contaban con refuerzos masivos que acudieran apresuradamente a la zona. Tenían que darse prisa, pero muchos de ellos ya no podían avanzar a la velocidad suficiente.

Por desgracia, muchos de ellos todavía podían.

Geary apretó un puño y golpeó el brazo de su asiento. En ocasiones se había preguntado por qué esa parte del brazo del asiento no estaba provisto de controles, y por fin se dio cuenta de que se había dejado así deliberadamente para que los comandantes frustrados y preocupados pudieran golpearlo.

—Todavía tienen cinco acorazados con daños leves y tres cruceros pesados.

La formación síndica se estaba alargando a medida que los buques dotados de todo su potencial de propulsión aceleraban alejándose de las unidades más deterioradas.

—A esos no podemos alcanzarlos. Maldita sea.

—No tenemos por qué hacerlo —afirmó Desjani en un tono neutro—. A no ser que me equivoque.

—¿Qué quiere decir?

Ella señaló la parte frontal de la formación síndica.

—Ahí hay un comandante que a estas alturas ha perdido a la mitad de su fuerza, o que la habrá perdido cuando hayamos apresado a esas naves dañadas. Las unidades restantes no van a suponer una amenaza lo suficientemente importante como para evitar que culminemos cualquier cosa que nos propongamos hacer en este sistema estelar. El comandante sabe que el mejor destino que les espera es un campo de trabajo. O, más probablemente, un pelotón de fusilamiento, aunque hemos oído hablar de castigos que consisten en torturar a la gente hasta la muerte bajo la fórmula «voluntariado para investigación médica», y otros eufemismos.

Geary estudió el visualizador.

—¿Cree que ese comandante elegirá morir en combate?

—O al menos luchar hasta la desaparición de sus naves. Puede que no parezca la mejor opción, a no ser que seas un comandante enfrentándote a la muerte, de cualquier modo. —Desjani volvió a señalar—. Ahí van.

Las naves indemnes y los acorazados con daños leves estaban frenando y retrocediendo para reagruparse con sus hermanas más deterioradas.

—Aunque sea a la desesperada —reconoció Desjani—, es un movimiento valiente por parte de todas esas naves.

Al oír que Desjani calificaba a los síndicos de valientes, Geary se sorprendió. Estaba empezando a pensar en sus enemigos como seres humanos. Tendría que advertirle que esa clase de sentimientos podía ayudarla a comprender las acciones de sus enemigos, pero también podía causarle dificultades a la hora de cumplir su tarea, como matar tripulantes valientes en esas valientes naves.

Los puntos de interceptación se estaban actualizando rápidamente en su pantalla de maniobras al tiempo que la velocidad de los síndicos descendía.

—Voy a hacer que esta formación pase a colocarse por debajo de los síndicos y que la formación Bravo pase aquí arriba. Deberían poder atacar a los síndicos unos quince minutos después de que nosotros pasemos. Después daremos la vuelta y les dispararemos otra vez.

Geary dio las órdenes orientando la formación Delta ligeramente hacia babor y hacia abajo, y ordenándole a la formación Bravo que virase asimismo levemente a babor y hacia arriba.

Tulev había enviado a sus escoltas tras el enemigo en retirada y ahora uno de los cruceros pesados de la retaguardia de la formación estalló bajo el fuego de las fuerzas ligeras de la Alianza que les iban pisando los talones a los síndicos. Geary frunció el entrecejo mientras estudiaba los movimientos de los acorazados síndicos.

—Destacamento especial Gamma, recupere a sus escoltas. Se van a ver abocados a enfrentarse a los acorazados muy pronto si no rompen contacto. Que tomen posiciones fuera del radio de acción enemigo efectivo, preparados para disparar contra cualquier unidad que se desmarque de la protección del resto de la flota.

Como lobos corriendo tras el rebaño que huye, listos para derribar a cualquier animal que flaqueara.

Pero las escoltas aún tardarían varios minutos en recibir el mensaje. Ojalá los intentos de los síndicos por concentrar su formación llevaran más tiempo.

Los síndicos estaban adoptando una disposición más o menos cúbica cuando Geary hizo que la formación Delta se situara detrás, desencadenando una avalancha de fuego sobre las naves traseras de la fuerza enemiga. Los cruceros de batalla ya maltrechos fueron acribillados y tres acorazados resultaron gravemente dañados, mientras que los cruceros pesados y unas cuantas naves de caza asesinas simplemente se desintegraron bajo el fuego de la Alianza.

Quince minutos más tarde, cuando Geary estaba dirigiendo la formación Delta para que diera media vuelta trazando una amplia curva, la Bravo pasó por encima de la formación síndica machacando a dos acorazados y uno de los cruceros de batalla que le quedaban.

Geary pulsó los controles de comunicaciones cuando la formación Delta se estabilizó con otra ráfaga de fuego.

—Comandante de la flotilla síndica atacada, su situación es desesperada. Rinda

sus naves. Usted y su tripulación serán tratados conforme al derecho de la guerra.

No hubo respuesta, aunque Geary tampoco esperaba recibirla. Tal y como había dicho Desjani, lo más probable era que el comandante síndico hubiera decidido que morir en combate era preferible al destino que le deparaban sus superiores.

El cubo síndico se estaba encogiendo hasta formar un cuadrado plano y su velocidad se iba reduciendo cada vez más a medida que las naves menos dañadas frenaban para permanecer junto a sus hermanas más perjudicadas, cuando la segunda descarga de la formación Delta la arrasó, dejando solo dos acorazados operativos. La segunda pasada de la formación Bravo acabó de rematarlos, convirtiendo en chatarra los últimos restos de la fuerza síndica Alfa. Mientras la formación Bravo se alejaba, uno de los acorazados síndicos destruidos estalló a causa de una sobrecarga en el núcleo.

Geary dejó escapar un largo suspiro con la mirada fija en la nube de cápsulas de salvamento que salían en busca de refugio.

—¿Qué probabilidades cree que hay de que el comandante síndico haya caído con ese último acorazado? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Desjani se limitó a asentir.

Rione hizo un gesto en dirección a la pantalla, que mostraba a las naves de la Alianza aproximándose a las ruinas síndicas para asegurarse de que estaba todo destruido e inutilizado por completo para su uso por parte de los síndicos.

—Felicidades por la victoria, capitán Geary.

—Usted nos dio la idea —respondió él.

Desjani asintió de nuevo.

—Un ejemplo perfecto de lo que sucede cuando haces lo que el enemigo quiere que hagas.

—Sí. La clave es averiguar qué quiere el enemigo que hagas y hacer otra cosa distinta. —Consultó el estado de su flota—. A todas las unidades, reúnanse con el *Intrépido* en la formación Escalón para uso general de la flota. Capitán Tulev, quiero que lleve a sus cruceros de batalla y sus escoltas con la división de naves auxiliares para que les puedan ofrecer apoyo. Infórmeme de los tiempos estimados de reparación de sus naves cuando sea posible. A todas las naves de la formación Gamma, muy bien hecho.

Desjani lo miró.

—¿Vamos a salir pronto de Sancere?

—Eso es. —Geary recorrió con la mirada el visualizador del sistema recordando la gran cantidad de instalaciones y de naves que le habían dado la bienvenida a la flota de la Alianza cuando llegó. Quedaban muy pocas. *Ya veremos si los síndicos son capaces de transformar esto en una victoria*—. Aquí ya hemos hecho todo el daño que teníamos que hacer. Y nos van a necesitar en Ilión. Si tenemos suerte, allí habrá

algunas naves que se unirán a nosotros.

—Y algunas fuerzas de los Mundos Síndicos pisándoles los talones —apuntó Rione.

—Sí. Será mejor que me asegure de que las naves auxiliares están fabricando más armas y más pilas de combustible durante el tránsito. Me parece que en Ilión las vamos a necesitar.

Antes de saltar, Geary sacó tiempo para establecer una conferencia privada con la comandante Crésida.

—Si no hubiera sido por sus ideas para controlar el desplome de esa puerta hipernética, probablemente ninguno de nosotros estaría aquí. Como comandante de la flota, tengo autoridad para conceder la Nebulosa de Plata, y eso es lo que voy a hacer en su caso. Espero que no le importe que la mención sea un poco parca en palabras.

Crésida se sonrojó complacida.

—Gracias, señor. Espero que no volvamos a necesitar ese algoritmo de fuego.

—Esperemos que no —convino Geary—. Ha realizado usted un trabajo extraordinario como comandante de una formación independiente. —Se detuvo un instante—. Asimismo, voy a concederle el ascenso en el campo de batalla a capitana. Felicidades. Se lo ha ganado. Llevaremos a cabo una ceremonia en Ilión si el tiempo lo permite.

—¿Capitana? —Crésida sonrió con cara de estar abrumada—. Gracias, señor. No sé qué decir.

—No tiene que decir nada. Como ya le he dicho, se lo ha ganado. El destacamento especial Furiosa se ha revelado como un activo muy valioso para esta flota.

Geary se reclinó en su asiento y se relajó de un modo que sabía que indicaba que la parte formal de la conferencia había terminado.

—Comandante Crésida..., disculpe, capitana Crésida, hay algo que me ha estado rondado por la cabeza. —Ella lo miró atentamente, pese a estar sonriendo ante la primera vez que empleaba la fórmula de su nuevo rango—. Cuando esa puerta hipernética fue destruida, ¿qué les sucedió a las naves que se dirigían a Sancere?

—Hay dos posibilidades, señor —afirmó Crésida—. La primera es que cuando se rompió la ruta entre la puerta de Sancere y aquella de la que procediera, todo lo que había en medio fuera destruido de un modo u otro.

Geary asintió pensando en naves muriendo de repente sin advertencia alguna. Naves enemigas, pero aun así...

—¿Cuál es la otra posibilidad?

—En realidad está considerada como la más probable, señor —le aseguró Crésida—. Se cree que cuando la ruta deja de existir, cualquier nave afectada simplemente

retrocede al espacio normal.

—¿Solo eso? —Nada más decirlo, Geary se dio cuenta de lo que eso significaba—. Saltan al espacio normal. En algún lugar entre la estrella de la que procedan y Sancere.

—Sí, señor.

—Lo cual podría estar muy, muy lejos de cualquier estrella —añadió Geary.

—Sí, señor. —Crésida esbozó una sonrisa—. Con suerte, racionamiento, y algunos intentos creativos de convenir ciertos sectores en zonas en las que reciclar los desperdicios, cultivar alimentos y regenerar las reservas de oxígeno podrían llegar a una estrella desde la cual utilizar los puntos de salto y llegar a algún lugar seguro.

—Pero tardarían años, aunque estuvieran a solo un año luz de la estrella más cercana.

—A la velocidad de crucero de ahorro que tendrían que desplazarse, sí, señor. Probablemente diez años, al menos. Seguramente muchos más.

Geary sacudió la cabeza.

—Supongo que eso es mejor que la muerte. Vaya, joder, podrían usar algunas de sus cápsulas de salvamento. Meter a la mayor parte de sus tripulaciones en una hibernación de supervivencia sin lanzar las cápsulas. Eso haría que sus existencias cundieran mucho más. Aunque no me gustaría ser uno de los que se quedan despiertos. Sería un montón de tiempo mirando cómo una estrella se hace cada vez más grande pero muy, muy despacio.

—Tampoco es que nosotros vayamos a estar en casa mañana —señaló Crésida con ironía.

—Es verdad. Y si hemos provocado que un montón de buques de guerra síndicos se hayan quedado atascados durante una década, eso debería ayudar un poco a la Alianza. —Él también sonrió—. A lo mejor acaban llegando a una estrella y averiguan que la guerra ha terminado hace años. Me pregunto cómo les sentaría eso.

Crésida tardó un momento en responder.

—Algunos de nosotros nos preguntamos si la guerra terminará algún día, y si los síndicos y nosotros dejaremos simplemente de luchar, pase lo que pase.

Geary se quedó mirándola, recordando que la guerra había durado ya toda la vida de Crésida y mucho más.

—Supongo que algunas veces parece que no va a terminar nunca. Pero tiene que haber una forma de ponerle fin manteniendo a salvo a la Alianza y garantizando que los síndicos no volverán a atacar.

Así pues, volvió a pensar en la posibilidad de utilizar las puertas hipernéticas como un método incomparable de destrucción. Eso acabaría con la guerra y eliminaría la amenaza síndica. ¿Llegaría a creer algún día que eso era lo único que había que hacer? O peor, ¿qué era lo correcto?

—La veré en Ilión, capitana.

Después de la abundancia de Sancere, Ilión parecía pobre y escaso. Un único mundo habitable marginal hacía alarde de unas cuantas ciudades amuralladas, una de ellas, al parecer, ya cerrada por falta de habitantes. Los únicos medios de transporte a la vista eran unas pocas naves viejas que operaban en el sistema y que se desplazaban entre el mundo habitable y algunas antiguas instalaciones industriales cercanas a un cinturón de asteroides. No se veían buques de guerra y la base militar síndica que había ocupado una luna de un gigante gaseoso situado a unas dos horas luz de la estrella también estaba abandonada.

Geary decidió no molestarse en establecer comunicación con los habitantes del planeta síndico. No tenía intención de acercarse a la flota hasta allí, y no creía que tuvieran nada que pudiera necesitar. En efecto, un examen minucioso de la base militar síndica clausurada evidenciaba que había sido despojada de todo suministro, e incluso una parte del equipo había sido desmantelado.

—Parece que llevan por lo menos dos décadas desarmando la base —observó Desjani—. Con Sancere tan cerca, todos los que hayan podido marcharse se habrán ido ya.

—Entonces, ¿por qué cree que los síndicos no han evacuado todavía el planeta? —se preguntó Geary.

—Apuesto a que trasladar a toda esa gente costaría un buen montón de dinero. Probablemente los habrán dejado allí para que se las arreglen por su cuenta porque según el balance síndico no merece la pena moverlos.

—Abandonados en su propia casa. —Geary asintió pensando cómo sentaría eso. Era algo que a veces se hacía con los equipamientos. Nunca había esperado verlo hacer con personas. ¿Cuánto tiempo podría durar esta gente viviendo de lo que pudieran cultivar, fabricar o desguazar? No andarían mal encaminado si apostara por que la población que quedaba seguiría menguando. ¿Llegaría el día, quizá a unos siglos vista, en que el último ser humano de Ilión moriría? Había visto multitud de sistemas, como este, que la hipernet evitaba, pero Ilión era el que causaba peor impresión.

—Vamos a poner en marcha la flota para ir a cubrir el punto de salto de Strena. — Si alguna de aquellas cuarenta naves que se fueron con Falco había sobrevivido, saldría a través de Strena—. Quiero estar a diez minutos luz del punto de salto. Si entra alguien, tal vez necesiten un rescate muy rápido.

Geary miró de nuevo la pantalla visual. A la velocidad actual, tardarían unos dos días en llegar al punto de salto que quería cubrir.

—Supongo que es el momento para otra reunión de la flota.

Le gustó tener a las treinta naves del destacamento especial Furiosa de vuelta en

la mesa. Le gustó ver a todo el mundo contento con lo bien que habían salido las cosas en Sancere. Por lo menos de momento, nadie parecía dispuesto a mostrar hostilidad o desacuerdo. Una vez más, la copresidenta Rione había decidido no asistir. Geary se preguntaba qué se traería entre manos, por qué dependía de informes de segunda mano sobre aquellas reuniones en lugar de participar en ellas y plantear preguntas y objeciones. Seguro que sabía que, siempre que las objeciones fueran razonables, él no se las tomaría a mal.

Básicamente había dedicado los días que habían pasado en el espacio de salto desde Sancere a descansar y a recuperarse después de las largas tensiones de las operaciones en Sancere. Sin recibir alertas en mitad de los ratos de sueño, Rione había podido dormir de verdad cuando estaba con él en su habitación, y parecía disfrutar de ello. Sin embargo, no le dio ninguna explicación sobre por qué no estaba presente en aquella junta. Esa mujer seguía siendo un enigma.

—Solo podemos hacer una estimación acerca de lo que han estado haciendo las naves que abandonaron la flota —les dijo Geary a los comandantes reunidos, evitando deliberadamente términos cargados de implicaciones, como «motín» o «fuga»—. La mejor conjetura que han generado nuestros simuladores demuestra que quien haya sobrevivido a un inevitable encuentro con fuerzas síndicas infinitamente superiores en Vidha se habría retirado a través de estas estrellas para llegar hasta Ilión, con última parada en Strena.

Lo expuso con toda crudeza. Era la pura verdad, y si ninguna de esas naves había sobrevivido para llegar hasta allí, no quería que nadie se preguntara el porqué.

—Si estas estimaciones son correctas, cualquier nave que esté intentando reagruparse con la flota llegará en algún momento entre mañana por la tarde y los próximos cuatro días.

—¿Cuánto tiempo vamos a esperar? —preguntó el oficial al mando de la *Dragón*. Geary miró su visualizador un momento antes de contestar.

—Al menos hasta que pasen esos cuatro días. Todavía no he decidido cuánto más. No podemos quedarnos indefinidamente, pero si aparece alguien, quiero estar aquí.

—¿Y si los síndicos aparecen antes? —quiso saber el capitán de la *Terrible*.

—Si ocurre dentro de esos cuatro días, lucharemos —confirmó Geary—. Después de eso, dependerá de muchos factores. Será decisión mía.

Muchas cabezas asintieron, algunas para mostrar que estaban de acuerdo, otras solo para reconocer que él estaba al mando. Bueno, algo es algo.

—Si los síndicos saltan pisándole los talones a alguna nave que esté intentando reunirse con nosotros, tendremos nuestra batalla. Supongo que tendremos que proteger a las naves que lleguen, ya que probablemente habrán sufrido importantes daños, y además tendremos que hacer todo lo posible para liquidar a la fuerza síndica.

Geary señaló el visualizado estelar.



—Cuando hayamos recuperado nuestras naves perdidas y nos hayamos ocupado de los síndicos que las vayan persiguiendo, mi idea es salir de aquí por Tavika. — Aquello suscitó algunas sonrisas. Tavika los llevaría de vuelta al espacio de la Alianza—. Tavika nos ofrece tres opciones para el siguiente salto. Si Badur parece seguro, ese será nuestro próximo salto. —Más sonrisas. Entre Badur y Tavika la flota habría cubierto la distancia hasta el espacio de la Alianza que habían perdido saltando a través de Sancere—. En este punto, la estructura de mando síndica de un montón de sitios, incluido su sistema interior, todavía no tiene noticias de nuestra visita a Sancere. Eso significa que no tienen ni idea de dónde estamos. Cuando se enteren de que estuvimos en Sancere, empezarán a buscar, pero tardarán en encontrarnos.

Hizo una pausa mirando en torno a la mesa.

—Si alguna nave se reúne con nosotros, tendremos que evaluar sus daños. Es posible que tengamos que ordenar la evacuación de una o más naves si los daños son demasiado graves. Estén preparados para acoger personal a bordo en caso de que eso ocurra. Lo ideal sería no dejar atrás ninguna nave. No vamos a dejar atrás a nadie sean cuales sean las circunstancias. ¿Alguna pregunta más?

No había más preguntas. Todo el mundo estaba siendo demasiado sumiso. Tal vez era una paranoia suya, pero a Geary le pareció difícil de creer que todos y cada uno de los comandantes que lo habían mirado con escepticismo estuvieran dispuestos a aceptar sin más todo lo que les estaba diciendo. O tal vez simplemente estaban cansados. Según el día oficial, era bastante tarde.

—Gracias.

Cuando los demás se hubieron «marchado», la imagen del capitán Duellos permaneció; seguía mirando el visualizador.

—Es frustrante no poder hacer nada más que esperar a que alguna de esas naves aparezca, ¿no cree?

—Mucho —admitió Geary dejándose caer en su asiento—. ¿Por qué todo el mundo está tan callado y acata todo lo que le digo? ¿Por qué no me preguntan más cosas?

Duellos miró a Geary con aire enigmático.

—Porque todos los demás también se sienten frustrados. Quieren ayudar a esos idiotas que huyeron con Falco, pero no se les ocurre un modo mejor de hacerlo que lo que ya estamos haciendo, esperar aquí y confiar en que algunos de ellos consigan llegar a Ilión. Hasta el más escéptico con la flota aprueba el riesgo que está asumiendo quedándose aquí a esperar. Si Falco estuviera aquí tomándoles el pelo con algún plan estúpido para ir atacando los sistemas estelares síndicos por aquí y por allá en busca de nuestras naves perdidas, tal vez sería distinto. Pero Falco no quiso esperar a forjarse un apoyo mayor.

—Mejor para mí, supongo —asintió Geary apesadumbrado.

—Mejor para todas esas naves que, por consiguiente, no se fueron con él —le corrigió Duellos—. Anítese, capitán Geary. Las cosas están saliendo bien.

—Podrían ir peor —dijo Geary haciendo una pausa—. Muy bien, tengo una pregunta personal. Sobre mí.

—¿Sobre usted? ¿O sobre usted y mandíbula de acero, copresidenta de la República Callas?

Geary sonrió.

—¿«Mandíbula de acero»?

—Es una mujer dura —explicó Duellos—. De la clase que supone una amiga valiosa y una enemiga peligrosa.

—Eso describe bien a la copresidenta Rione —admitió Geary.

—Pero entiendo que en este momento mantiene una buena relación con ella.

—Se podría decir así. Toda la flota está enterada, ¿no es cierto?

Duelos asintió.

—No les he hecho una encuesta a todos los tripulantes de la flota, pero creo que sería difícil encontrar a alguien que no haya oído algo.

—Nadie dice nada.

—¿Qué se supone que tenemos que decir? —preguntó Duellos—. ¿Felicidades? ¿Quiere que le preguntemos qué tácticas empleó para conseguir su objetivo?

Geary se rió mientras Duellos esbozaba una sonrisa.

—Esa es buena. Solo quiero saber si está causando problemas. Sé que Numos y sus amigos querían convertir mi relación con Rione en un inconveniente antes de que existiera una base para esos rumores.

—No he oído gran cosa —admitió Duellos—. Como le dije una vez, es asunto suyo y no afecta a su profesionalidad. Siempre que usted y la copresidenta Rione se abstengan de actuar en público, supongo que nadie dirá nada. Abiertamente, quiero decir. Sus oponentes intentarán encontrar el modo de darle un tinte negativo. Pero no creo que el asunto cobre mucha fuerza si sigue llevándolo como hasta ahora. El rumor que más le perjudicaría sería que ha obligado a la copresidenta Rione a convertirse en una especie de concubina y que la ha denigrado, pero nadie que conozca a esa mujer se creería nunca tal rumor. Y tampoco se sostendría ningún rumor que dijera que ustedes dos están conjurados contra la Alianza. Aparte de la legendaria devoción de *Black Jack* Geary hacia la Alianza, también está la bien conocida lealtad de la copresidenta Rione hacia su mundo y la Alianza en su conjunto.

Miró a Geary inquisitivamente.

—¿Hasta qué punto va en serio, si me permite la pregunta?

—Francamente, no lo sé.

—Sé que no me lo ha preguntado, pero yo personalmente no jugaría con los

sentimientos de una mujer como la copresidenta Rione. No me sorprendería que la expresión «no hay más furia en el infierno que en una mujer despechada» se acuñara pensando en alguien muy parecido a ella.

Geary volvió a sonreír.

—Estoy seguro de que eso no va a pasar.

Duellos se miró la mano con el entrecejo fruncido, como examinándola.

—Por otra parte, la mujer que esté junto a *Black Jack* Geary cuando devuelva a la flota sana y salva al espacio de la Alianza se encontrará en una posición política envidiable.

—Eso es cierto —asintió Geary cuidándose de mantener un tono de voz neutro.

Duellos miró a Geary.

—Está jugando con fuego. Lo sabe, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —También a él se le había pasado ya por la cabeza el viejo dicho; estaba bien jugar con fuego, pero este tenía voluntad propia, y al menor cambio de viento, uno podía acabar por quemarse. *Es poderosa y puede ser peligrosa. Me pregunto si serán esas algunas de las cosas que me atraen de Victoria Rione.*

Geary seguía dándole vueltas a ese tema cuando regresó a su camarote y se encontró allí a Victoria Rione esperándolo.

—¿Ha ido bien la reunión?

—¿Todavía no te han informado tus espías? —respondió Geary.

Aquello no la perturbó ni lo más mínimo.

—No, no todos. No les viene muy bien que mantengas tus reuniones con la flota por las tardes. —Señaló al visualizador estelar que había sobre la mesa—. Tengo que enseñarte una cosa.

Él se sentó con los ojos clavados en la región de las estrellas que estaba representada. Normalmente podía adivinar qué zona del espacio estaba viendo solo con detectar algunas estrellas, nebulosas u otros rasgos particularmente notables, pero esta vez no fue así. No había ni un solo elemento que pudiera identificar de memoria.

—¿Qué es esto?

—El lado más alejado del espacio de los Mundos Síndicos. No es extraño que no lo reconozcas, puesto que en la Alianza nadie ha tenido acceso a esa zona, salvo, tal vez, como prisioneros de camino a los campos de trabajo. —Los dedos de Rione se deslizaron delicadamente sobre los controles, rotando la imagen—. He estado estudiando algunos archivos síndicos que recuperamos en Sancere. Esta es la última información disponible en cuanto al lado más alejado de los Mundos Síndicos. ¿Notas algo?

Estuvo observando cómo las estrellas pasaban lentamente a medida que el campo de estrellas pivotaba bajo los mandos de Rione. Los límites con los sistemas estelares

inexplorados y no colonizados eran una cosa informe, por supuesto. La disposición de las estrellas en el cosmos no se prestaba a las líneas limpias que a las mentes humanas les gustaba ver. Había algo en aquella imagen que le inquietaba, pero no sabía qué podía ser.

—¿Qué se supone que tengo que ver?

—Quizá si destaco los sistemas estelares abandonados en el último siglo —sugirió Rione—. Y con «abandonados» no me refiero a que los hayan dejado marchitarse, sino más bien a que son sistemas estelares en los que se ha retraído toda presencia humana.

Accionó otro control y varias estrellas brillaron con más fuerza.

La imagen encajó en la mente de Geary.

—No parece un borde, parece una frontera.

—Sí —convino Rione con calma—. No debería parecer una frontera, porque se supone que el lado más alejado del espacio de los Mundos Síndicos no limita con nada, pero sí que lo hace. La región de los sistemas estelares ocupados no aumenta ni se extiende, como debería, para cubrir estrellas especialmente ricas. Otras estrellas mucho más pobres han sido ocupadas sin dejar huecos.

—Como la frontera entre los Mundos Síndicos y la Alianza. —Geary se inclinó para acercarse un poco más y estudiar la región—. Qué interesante.

Levantó un dedo para señalar los sistemas estelares abandonados que Rione había indicado.

—Y estos lugares habrían penetrado más allá de la «frontera» que se supone que no está ahí.

—Me recordó a la zona neutra que hiciste que crearan los marines en esa ciudad orbital —comentó Rione—. Un lugar que se supone que nadie puede ocupar para separar los Mundos Síndicos de... ¿qué o quiénes? Bueno, voy a superponer una representación de la hipernet síndica en esa región.

Las estrellas brillaron con un color distinto formando un complejo enrejado.

—¿Qué ves?

—¿Estás segura de esto?

—Completamente.

Geary se quedó mirando la representación. Le habían dicho que las puertas hipernéticas habían llegado hasta los sistemas lo suficientemente prósperos o peculiares para justificar el gasto, lugares a los que la gente quería ir, estrellas cuyos recursos y habitantes generaban la suficiente riqueza como para que mereciera la pena construir una puerta. Pero la hipernet también tenía un uso militar, por descontado, y permitía trasladar fuerzas con gran rapidez adonde hicieran falta. Una estrella pobre, pero situada estratégicamente, podía ganarse una puerta por ese motivo. Había un montón de estrellas pobres con puertas hipernéticas en el lado más

alejado del espacio de los Mundos Síndicos.

—Parece que están preocupados por algo, ¿verdad?

Rione asintió.

—Pero si tu hipótesis es acertada, quienquiera o lo que sea que le dio a la humanidad la tecnología hipernética sencillamente ha dotado a los Mundos Síndicos de los medios para construir bombas de la magnitud de una nova en todos los sistemas que dan entrada a esta amenaza desconocida para nosotros. Parece un muro defensivo. En verdad es un campo de minas de una escala inimaginable dirigida contra personas que creen que son su defensa.

—Es más que eso —respondió Geary—. He hablado con la comandante..., maldita sea..., con la capitana Crésida acerca de lo que les sucede a las naves que se dirigen a una puerta hipernética cuando esta deja de existir. Tal vez esas naves se pierdan, o quizá salten al espacio interestelar, por lo menos a una década de viaje de cualquier estrella. Si los síndicos estaban intentando enviar refuerzos a esa zona, cualquier cosa que hubiera allí habría sido destruida por la descarga energética de las puertas, y cualquier cosa que estuviera de camino también habría sido destruida, o bien descartada como amenaza durante años.

—¿Eliminando así una gran proporción de la capacidad militar de los Mundos Síndicos? Sería imposible llevar a cabo un ataque como represalia.

—Sí. —Geary trató en vano de dimensionar mentalmente la escala potencial de destrucción que podían entrañar esas puertas hipernéticas—. ¿Cómo consiguen mantener esto en secreto, Victoria? ¿Cómo puede ser que ni siquiera los síndicos dejen que estos conocimientos se difundan?

—En cualquier caso se trata de una sociedad que mantiene un férreo control sobre la información —señaló—. Y añádele la guerra para justificar el hecho de decirle a la gente que mantenga la boca cerrada. Encima, súmale el ingente volumen de información disponible. Es fácil enterrar hechos importantes bajo una montaña de trivialidades. Nosotros recogimos una cantidad tremenda de material en instalaciones abandonadas en Sancere. Yo solo le he echado una ojeada a ciertas partes muy pequeñas. Seguiré buscando, pero, si te soy sincera, no espero encontrar información que demuestre todo esto. Los documentos de los que nos hemos incautado están todos clasificados entre los niveles más bajos de confidencialidad. Cualquier cosa que tenga que ver con la inteligencia no humana, en particular si supone una amenaza, estaría clasificada como alto secreto.

—Lo que significa que probablemente volamos todas las copias de esos documentos cuando bombardeamos las sedes de las oficinas síndicas en Sancere. Casi me gustaría que pudiéramos llegar hasta ese extremo más alejado de la frontera para averiguarlo, sobrepasar esos límites para ver qué hay al otro lado. —Geary se dio cuenta de que, sin querer, había estado trazando mentalmente posibles rutas hacia

el lado más alejado del espacio de los Mundos Síndicos.

—Eso sería un suicidio —sostuvo Rione escuetamente—. Incluso suponiendo que la flota te siguiera.

—Sí, lo sé. No me seguirían. Por lo menos, eso espero. —Geary se reclinó en su asiento y cerró los ojos—. ¿Qué podríamos contarles a los demás acerca de esto?

—Nada, John Geary. Porque, la verdad, no tenemos nada más que especulaciones.

—¿Eso crees?

—Eso me temo.

—Yo también. —Geary volvió a abrir los ojos, dejando que reposaran sobre el ya familiar sistema estelar del lado más alejado del espacio de los Mundos Síndicos—. Como si no hubiéramos tenido ya bastantes preocupaciones. Me dijeron que no hay información reciente en cuanto al progreso de la guerra en los informes requisados. ¿Has encontrado algo?

—No, todo es antiguo.

Geary asintió, preguntándose de nuevo qué habría estado sucediendo en la frontera entre la Alianza y los Mundos Síndicos. Observando la imagen de las profundidades del espacio síndico, se le ocurrió que, desde el punto de vista de los Mundos Síndicos, se debían ver a sí mismos atrapados entre dos potencias. ¿Acaso esa perspectiva hacía que los líderes de los Mundos Síndicos se sintieran amenazados por dos flancos?

—Los síndicos les dijeron a su gente que habían destruido esta flota en su sistema interior. Seguro que a la Alianza le comunicaron lo mismo, y la Alianza no tiene modo de saber que es mentira. ¿Crees que habrán solicitado la paz?

—No. —Rione dejó entrever una punzada de dolor por un instante—. En la Alianza hay mucha gente que se calienta contra el frío de la guerra interminable y el odio hacia los síndicos. No se fiarían de la paz que les ofrecieran.

—Hemos visto que tienen razones para desconfiar. Los síndicos han roto todos los acuerdos a los que hemos llegado y nos han tendido trampas siempre que han podido.

—Lo cual, a largo plazo, se ha vuelto en su contra, a pesar de la ventaja temporal que han obtenido, porque ahora ni siquiera pueden conseguir un acuerdo favorable para ellos debido a que nadie se fía de que vayan a atenerse a él.

Geary asintió con la mirada clavada en el visualizador estelar.

—Como tenemos a un montón de naves síndicas atadas intentando capturarnos, esperemos que los síndicos no hayan podido explotar la actual situación militar.

—Además has destruido un buen número de buques de guerra síndicos —apuntó Rione.

—Ha sido la flota —corrigió Geary—. Pero aun así... me pregunto qué clase de

batallas se estarán librando cerca de la frontera con la Alianza en este momento. Esos tripulantes síndicos que capturamos y que habían luchado en Scylla no pudieron decirnos nada.

¿Acaso se habían dejado atrás elementos de la flota de la Alianza que estaban luchando en batallas desesperadas con todo en contra mientras la Alianza trataba frenéticamente de construir buques de guerra de sustitución y de formar a tripulaciones de reemplazo? ¿Cuántos buques de guerra de los que estaban vigilando la frontera se perderían mientras la flota comandada por Geary luchaba por llegar a casa?

—Tengo una resobrina en la *Impertérrita*.

Rione arqueó las cejas mostrando su sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Michael Geary me lo dijo justo antes de que el *Resistente* fuera destruido. — Justo antes de que su resobrino se sacrificara junto a su nave para ayudar al resto de la flota a escapar de la trampa en el sistema interior síndico—. Me dio un mensaje para ella.

«Dile que ya no te odio». No puedo culparlo por odiar a Black Jack Geary, el irrepetible héroe cuya sombra lo había perseguido durante toda su vida. Gracias a las estrellas del firmamento por los breves momentos que tuvimos para que pudiera darse cuenta de que en realidad no era el Black Jack que había a prendido a odiar. ¿También mi resobrina me odia? ¿Qué podría contarme ella de la familia que perdí en el tiempo?

—Espero que la encuentres —declaró Rione en voz baja.

—Nunca me has contado si tienes familia en casa —comentó Geary.

—Tengo un hermano y una hermana. Tienen hijos. Mis padres siguen vivos. Tengo todo lo que la casualidad te arrebató a ti. Espero que comprendas por qué no te hablo mucho de ellos. Me incomoda la idea de forzarte a recordar tus propias pérdidas.

Él asintió.

—Te lo agradezco. Pero eres libre de hablar de ello cuando quieras. Que tú u otras personas neguéis lo que tenéis no me va a devolver a mí lo que he perdido.

—No se te da muy bien la negación, ¿verdad? —preguntó Rione con una leve sonrisa.

Geary soltó un bufido mofándose de sí mismo.

—Supongo que igual que a cualquiera.

—No estoy de acuerdo. —Señaló el visualizador estelar—. Has encontrado algo que el resto de nosotros había pasado por alto. O encontramos razones para evitar verlo.

Esta vez fue Geary quien hizo un gesto de negación.

—No hemos encontrado nada. Como tú misma has dicho, no tenemos pruebas. ¿Crees que las autoridades del espacio de la Alianza se lo van a creer?

—Eso me preocupa menos que el hecho de que tengamos que contarles lo del potencial armamentístico de las puertas hipernéticas para poder explicarlo.

Geary se quedó en silencio un instante.

—¿Sigues creyendo que emplearían esas armas?

—No estoy segura, pero, si el consejo de gobierno de la Alianza lo supiera, no pondría la mano en el fuego por que una mayoría no estuviera de acuerdo en usar las puertas hipernéticas síndicas como armas. Mi instinto me dice que tomarían la decisión de utilizarlas. —Rione se volvió a mirar el visualizador estelar con gesto sombrío—. Y es muy probable que, si se les presentara la posibilidad de votar, el senado de la Alianza conseguiría aglutinar una mayoría a favor. Piénsalo, John Geary. Podríamos enviar destacamentos especiales a todos los sistemas estelares síndicos al alcance de nuestras fronteras y volar sus puertas, y luego adentrarnos más y más en el espacio síndico dejando atrás un rastro de devastación absoluta.

—Eso no funcionaría —corrigió Geary—. Ya viste cómo se comportó la puerta de Sancere cuando se estaba desplomando. La descarga de energía liberada destruiría las naves que fueran a destruir la puerta. Sería una misión sin retorno.

Ella asintió, la mirada distante.

—De modo que construiríamos buques de guerra robotizados, tripulados y controlados por inteligencia artificial, y los enviaríamos a destruir sistemas estelares. Y, como el espacio es inmenso, los síndicos no tendrían tiempo para darse cuenta de lo que estábamos haciendo, ni para que sus espías les informaran, y se tomarían la revancha en especies. Flotas de mentes artificiales haciendo pedazos sistemas estelares y eliminando a la humanidad de la galaxia. Desencadenaríamos toda una pesadilla.

Una sensación de náusea y de tensión se apoderó de sus entrañas y supo que Rione estaba en lo cierto.

—Lo siento. No quise obligarte a llevar el peso de esta clase de cosas.

—No tenías muchas más alternativas, y tus intenciones eran buenas. —Dejó escapar un suspiro—. No le puedo pedir a un hombre que soporte todas las cargas de esta flota.

—Ni siquiera te pregunté si querías compartir esas cargas.

—Ah, bueno, eres un hombre, ¿no es así? —Rione se encogió de hombros—. Ha salido todo bien.

—Ah, ¿sí?

Rione ladeó suavemente la cabeza y se quedó mirando a Geary.

—¿Qué es lo que te preocupa ahora? Si no me equivoco, eso último no iba por los síndicos, ni por los alienígenas, ni por los asesinos robotizados de la humanidad.



Él le devolvió la mirada.

—Era por ti y por mí. Estoy intentando entender qué hay entre nosotros.

—Buen sexo. Consuelo. Compañerismo. ¿Buscas algo más en nuestra relación?

—¿Y tú?

—No lo sé. —Rione sopesó la pregunta; luego hizo un gesto de negación y repitió—: No lo sé

—Entonces, no estás enamorada de mí.

Rione volvía a tener esa expresión fría y divertida.

—Por lo que yo sé, no. ¿Estás decepcionado?

El rostro o el lenguaje corporal de Geary debieron de delatar sus sentimientos, porque Rione dejó de mostrarse divertida.

—John Geary, ha habido un amor en mi vida. Ya te lo he contado. Está muerto, pero eso no ha cambiado mi modo de amarlo. Desde entonces me he dedicado a la Alianza, intentando a mi manera servir al pueblo por el que mi marido dio su vida. Ahora mismo, lo que queda es todo tuyo, por si te interesa.

Geary se sorprendió prorrumpiendo en una débil risa.

—Tu corazón no puede ser mío y tu alma pertenece a la Alianza. ¿Qué queda?

—Mi mente. Que no es poco.

Él asintió.

—No, no lo es.

—¿Podrías conformarte con esa parte de mí, sabiendo que el resto les pertenece a otros? —le preguntó Rione con calma.

—No lo sé.

—Eres demasiado honesto, John Geary —suspiró—. Pero bueno, también yo lo soy. A lo mejor deberíamos intentar mentimos mutuamente.

—No creo que eso funcionara —afirmó secamente, incapaz de evitar preguntarse si estaría siendo sincera, si no quedaría aún alguna prioridad de la que él no supiera nada. Había muchas formas en las que Victoria Rione le era tan desconocida como los límites más alejados de los Mundos Síndicos.

—No, la mentira probablemente no funcionaría. —Rione dejó que su mirada se perdiera—. Pero, claro, ¿funcionará la honestidad?

—Eso tampoco lo sé.

—El tiempo lo dirá. —Alzó la mano para apagar la imagen de las estrellas y se levantó mirándolo con una expresión que Geary no supo interpretar—. Se me olvidaba que hay una parte de mí de la que también dispones. Mi cuerpo. No me lo has preguntado, pero te lo voy a decir. No se lo he ofrecido a nadie desde que mi marido murió.

Geary no encontró ni rastro de falta de sinceridad en ella y no habría sido lo bastante tonto para cuestionar esa afirmación ni aunque lo hubiera dudado.

—Realmente no te entiendo, Victoria.

—¿Por eso mantienes esa distancia emocional conmigo?

—Tal vez.

—Puede que sea lo mejor.

—Tampoco es que tú te estés abriendo a mí, exactamente —señaló Geary.

—Eso es cierto. No te he prometido nada. Y tú no deberías prometerme nada a mí. Los dos somos veteranos de la vida, John Geary, marcados por las pérdidas que hemos tenido que soportar porque nos importaban otras personas. Algún día deberías hablarme de ella.

—¿Ella? —Sabía exactamente de quién le estaba hablando Rione, pero no quería admitirlo.

—Quienquiera que fuese. La mujer a la que dejaste atrás. Esa en la que te veo pensar algunas veces.

Él bajó la mirada con un sentimiento de vacío en su interior nacido de las esperanzas no cumplidas.

—Debería. Algún día.

—Me dijiste que no estabas casado.

—No. No lo estaba. Fue algo que pudo haber sucedido, pero que no ocurrió. Todavía no estoy seguro de por qué. Pero hubo muchas cosas que no se dijeron y deberían haberse dicho.

—¿Sabes lo que le pasó después de tu supuesta muerte en combate?

Geary dejó que su mirada se perdiera mientras recordaba.

—Pasó algo antes de mi combate. Un accidente. Un accidente estúpido. Como su nave estaba muy lejos, ni siquiera me enteré hasta que ya llevaba muerta tres meses. Yo había estado planeando ponerme en contacto con ella para disculparme por ser un idiota, ensayando lo que le iba a decir.

—Lo siento mucho, John Geary. —Rione lo miró con los ojos llenos de pena compartida—. No es fácil dejar que los sueños mueran, aunque sigan siendo sueños.

Tomó a Geary de la mano para hacer que se levantara a su lado.

—Cuando estés preparado, puedes hablar más de ello. Nunca has hablado con nadie sobre el tema, ¿verdad? Eso pensaba. Las heridas abiertas no se curan, John Geary.

Se acercó a él y lo besó despacio, dejando que sus labios permanecieran unidos.

—Es suficiente compañerismo por una noche, y demasiado pensar para los dos. Ahora me gustaría disfrutar del otro beneficio de nuestra relación.

En sus brazos, el cuerpo de ella estaba caliente y vivo, y por un breve instante, al menos, las preocupaciones del presente y los recuerdos del pasado quedaron relegados al olvido.

El dilema había sido la formación adecuada. La flota de la Alianza estaba muy cerca del punto de salto del cual podía salir cualquier tipo de fuerza síndica. Eso significaba que dispondrían de poco tiempo para reajustar su formación y probablemente tendrían que entrar en combate fuera cual fuera la formación que hubiera adoptado la flota cuando llegara el enemigo. Pero no sabría cuál era la disposición de la fuerza enemiga hasta que apareciera.

Lo único que sí sabía era que, si los síndicos estaban en medio de una persecución a una fuerza de la Alianza pequeña y gravemente dañada, no perderían el tiempo. Lo más seguro era apostar por que habría unidades ligeras y rápidas que entrarían justo detrás de cualquier nave de la Alianza a la fuga. Cualquier formación que Geary adoptase estaría en condiciones de deshacerse fácilmente de ellas. El problema era lo que vendría después. Aniquilarían rápidamente a los cruceros pesados, pero si los síndicos acompañaban a las unidades ligeras con acorazados, Geary tenía que asegurarse de que no podían llevarse a muchas de sus propias naves consigo.

En el peor de los casos, los síndicos contarían con una fuerza superior, en cuyo caso la Alianza tendría que atacar rápidamente y con dureza para aprovechar cualquier factor sorpresa y cualquier ventaja numérica momentánea mientras las naves síndicas salían por el punto de salto.

—Puede ser muy feo —observó Geary después de discutir las opciones con el capitán Duellos—, pero estaremos cerca de la puerta, lo que significa que no podrán dispersarse. Voy a mantener una formación en taza modificada.

En el visualizador que flotaba entre ellos, la formación tenía el aspecto que su nombre indicaba, con un espeso fondo circular formado aproximadamente por la mitad de la flota en una matriz con una serie de campos de fuego entrelazados, mientras el resto de las naves quedaba dispuesta en una formación plana y semicircular que se extendía hacia el exterior, hacia el enemigo.

—Así podremos darles de lleno en un solo punto, y luego volver y embestir contra otra parte de la formación que hayan decidido adoptar.

—Si son muy superiores a nosotros en número, les daremos una verdadera paliza aunque acaben con nosotros en el intento —repuso Duellos—. No es el mejor resultado, pero combinado con todas las pérdidas que les hemos causado en Kaliban y en Sancere, dejaremos a los síndicos sin la ventaja numérica en la guerra.

Geary asintió con la mirada puesta en el visualizador estelar.

—Así pues, la guerra seguiría adelante.

—La guerra seguiría adelante —admitió Duellos.

—Me gustaría que obtuviéramos un resultado mejor.

Duellos sonrió con sarcasmo.

—Puede contar con la flota. Las cosas están tomando forma. El orgullo de la flota, la necesidad de rescatar a nuestras naves aliadas, la confianza suscitada por las

victorias recientes y la formación que nos ha proporcionado. Tenemos una oportunidad, aunque las probabilidades sean bajas. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Y se me acaba de ocurrir algo para hacer que nuestras opciones se igualen un poco.

*Uno pensaría que alguien que se ha pasado tantos años en la flota a estas alturas estaría acostumbrado a esperar*, pensó Geary mientras se paseaba por los pasillos del *Intrépido*. En la flota se pasaban grandes cantidades de tiempo sin hacer otra cosa que esperar. Esperar a llegar a otro sitio, esperar una vez que has llegado a ese sitio, esperar a que no se produzca una emergencia o una crisis, esperar a saber cuánto tiempo más vas a tener que esperar. Parecía constituir una parte tan importante de la vida militar como arriesgar tu vida o la comida mala.

Ninguna de esas cosas facilitaba la tarea de esperar a averiguar si alguna nave se reuniría con ellos. La flota se había posicionado frente al punto de salto por el que entraría cualquiera de las naves perdidas, vagando por el espacio con sus movimientos supeditados a la lenta progresión del punto de salto alrededor de su estrella. Las naves auxiliares estaban bastante ocupadas fabricando nuevas armas y repuestos, y todas las demás naves necesitaban mantenimiento y reparaciones rutinarias, pero Geary había hecho todo lo que personalmente estaba en su mano para prepararse. Demasiado inquieto como para dedicarse a otras tareas, se recorría el *Intrépido* visitando a la tripulación, consciente de la satisfacción que le reportaba su capacidad para reconocer a los tripulantes y a los oficiales que encontraba a su paso. Poco a poco, muy poco a poco, empezaba a sentir que pertenecía a aquel lugar.

En un pasillo se topó con la capitana Desjani, y se sorprendió al ver que estaba mostrando el mismo ánimo que normalmente solo aparecía después de ver un montón de naves síndicas destruidas.

—Parece que está de buen humor —le comentó.

Ella le sonrió.

—He mantenido recientemente una conversación con cierta persona de la *Furiosa*, señor.

La *Furiosa* estaba lejísimos, con su destacamento especial reconstruido una vez más, lista para llevar a cabo una nueva misión especial. Geary se preguntó por un momento por qué iba Desjani a mantener una larga conversación con la capitana Crésida, dado el desfase temporal que eso implicaba; entonces se dio cuenta de que no era ella con quien había estado hablando.

—¿Qué tal está el teniente Casell Riva?

Desjani llegó a sonrojarse ligeramente.

—Muy bien, capitán Geary. Está impresionado con la capitana Crésida y con los nuevos sensores y el armamento de que disponemos.

—Entiendo. Me alegro de que esté contento con las nuevas armas de la flota.

—En realidad, se alegra de haber sido liberado, y parecía contento de hablar conmigo —confesó Desjani.

—Sospecho que estará muy satisfecho, Tanya. Entonces, ¿se está adaptando bien? La sonrisa de Desjani se desdibujó un poco.

—Dice que ha habido momentos difíciles. Con tanto tiempo en un campo de trabajo síndico sin esperanzas de liberación o de rescate, hace falta cierto período para superarlo. Algunas veces se despierta aterrorizado, temiendo que su liberación haya sido una simple alucinación. Pero, claro, ahora tiene esperanzas. —Desjani se quedó en silencio un momento—. Cas... el teniente Riva se sorprendió al ver cómo dirige usted la flota, las tácticas que emplea. Sigue conmocionado y desgarrado por la marcha del capitán Falco. Pero estuvo analizando todo lo que sucedió en Sancere y se quedó estupefacto, señor.

El propio Geary se sintió violento.

—Hubo muchas cosas que salieron bien. Tuvimos suerte.

—Si no le importa que se lo diga, sobrevalora usted su suerte, señor. —Hizo otra pausa—. Sigue siendo el hombre que recuerdo. Tal vez surja algo.

—Eso espero. La guerra ya destroza bastantes vidas. Es bonito pensar que dos de ellas pueden tener opciones de volver a enderezarse.

Desjani asintió con la mirada perdida en sus recuerdos.

—Veremos. Hay mucho tiempo que recuperar y muchas experiencias que compartir. ¿Sabía que entre toda la información que descargamos en Sancere había una base de datos enorme sobre prisioneros de guerra de la Alianza? No está actualizada, los últimos datos son de hace unos tres años, pero contiene muchos nombres de personas que dábamos por muertas. Si..., discúlpeme, señor..., cuando regresemos al espacio de la Alianza, mucha gente se alegrará de ver algunos de los nombres que hay en esa lista.

Geary la miró con curiosidad.

—¿Cuánto tiempo hace que los síndicos dejaron de compartir con la Alianza las listas de personal capturado?

—Décadas, al menos. Tendría que comprobarlo. En un momento dado decidieron que el hecho de no saber si el personal estaba vivo o muerto perjudicaría a la moral de la Alianza y dejaron de proporcionar listas de prisioneros. La Alianza hizo lo mismo como medida de represalia, por supuesto.

No era algo agradable. Bastante duro era enviar a tus amigos, amados, y familiares a la guerra, pero no saber después qué les había sucedido era una forma lenta de tortura.

—Tendremos que recuperar esa lista, y tal vez convencer a los síndicos para hacer un canje de listados actualizados.

Desjani asintió.

—Si alguien puede hacerlo, ese es usted —respondió ella—. Acabo de echarle un vistazo a la lista. Hay muchísimos nombres y está organizada de una forma rarísima, así que voy dando traspiés y normalmente me topo con resultados que no iba buscando. Pero hay algunas personas cuyos destinos me gustaría comprobar. Algunos de ellos fueron supuestamente capturados, a otros se los dio por muertos en combate. A lo mejor ahora podría confirmar esos datos.

—Supongo que usted y muchos más lo harán —advirtió Geary pensando que una lista de tres años de antigüedad no le diría si algún milagro había ayudado a su resobriño a escapar del *Resistente* antes de ser destruido en el sistema interior síndico. Eso seguiría siendo una incógnita, aunque era mejor asumir que Michael Geary estaba muerto y llevarse una agradable sorpresa si resultaba que estaba vivo. No tenía muchos motivos para sospechar que hubiera sobrevivido a la muerte de su nave.

Lo cual le llevó a pensar en las treinta y nueve naves que habían acompañado al capitán Falco a Strabo. ¿Cuántas habrían sobrevivido? Ojalá supiera ya la respuesta, por muy terrible que fuera. La incertidumbre era casi tan mala como la persistente y desagradable convicción de que habría muy pocas, en caso de que hubiera alguna, que pudiera conseguir llegar hasta Ilión.

—Están aquí.

Geary salió desbocado de su camarote sin preocuparse siquiera de comprobar su propio visualizador. Corrió por los pasillos y subió escaleras hasta que llegó al puente de mando, recuperando el resuello mientras se dejaba caer en la silla. Solo entonces pudo desplegar la pantalla visual, pronunciando una silenciosa oración para pedir que hubiera la mayor cantidad posible de supervivientes.

Vio asombrado tres acorazados. Los sistemas del *Intrépido* los identificaron de inmediato como la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa*. Y un solo crucero de batalla, la *Invencible*, tan severamente dañada que Geary tuvo que ratificar la lectura de los informes para creérselo. De los seis cruceros pesados que habían acompañado a los acorazados, solo quedaban dos. No quedaba ninguno de los cuatro cruceros ligeros y de los diecinueve destructores solo habían sobrevivido siete.

—Capullos estúpidos —musitó Geary. Un acorazado y dos cruceros de batalla perdidos junto con un montón de naves ligeras. De los treinta y nueve buques de guerra que habían seguido a Falco, solo trece habían conseguido llegar a Ilión.

La capitana Desjani tenía la cara pálida de ira.

—La *Triunfante* no lo ha logrado. Me juego lo que quiera a que la *Triunfante* se quedó atrás para contener la persecución mientras las demás naves grandes escapaban.

—Eso no benefició para nada a la *Polaris* y la *Vanguardia* —advirtió Geary

sabiendo que su voz estaba transmitiendo toda su furia—. Mire a la *Invencible*. ¿Cómo puede ser que siga funcionando?

—No tengo ni idea, señor. Pero todas esas naves están machacadas. No sé si ni tan siquiera la *Titánica* tendrá capacidad para recuperar esas naves para su completo funcionamiento, por mucho tiempo que se le dé.

—Lo averiguaremos. —Por fin Geary pulsó sus controles de comunicación—. Coronel Carabali, póngase en contacto con sus destacamentos de la Marina en la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa*. Los capitanes Kerestes, Numos y Faresa han sido relevados de su mando con efecto inmediato y deben ser arrestados por la negligente y criminal pérdida de naves de la flota de la Alianza.

Los cargos por motín podían esperar. Lo que a Geary le importaba de verdad era saber que la estupidez de Falco había causado la pérdida de tantas naves. Pulsó otro control.

—*Guerrera*, *Orión* y *Majestuosa*, aquí el capitán Geary, comandante en funciones de la flota de la Alianza. Sus oficiales al mando han sido relevados con efecto inmediato. Los segundos de a bordo asumirán el mando temporalmente. —Otra pulsación, esta vez en el circuito global de la flota—. Todas las unidades que acaban de llegar al sistema Ilión deben acelerar a la máxima potencia, atraviesen la formación de la flota. Y únense a las naves auxiliares rápidas y sus escoltas en la retaguardia. Suponemos que hay una flota persiguiéndoles y quiero tener despejada el área de fuego. El destacamento especial Furiosa llevará a cabo la operación Barricada en su estela. Por favor, mantengan la distancia. A todas las demás unidades de la flota de la Alianza, prepárense para la batalla. Tenemos un montón de naves amigas que vengar.

—¿«Operación Barricada»? —Rione había llegado al puente de mando con la respiración entrecortada por lo que debió de ser toda una carrera de subida hasta allí. Estaba mirando el visualizador con una lúgubre expresión en el rostro, al caer en la cuenta del alcance de las pérdidas.

—La operación Barricada es una pequeña idea del capitán Duellos —explicó Geary—. Hemos cargado las naves que están bajo el mando de la *Furiosa* con la mayor parte de las minas de la flota. Ahora mismo están recorriendo la salida del punto de salto para plantar, en el tiempo que quede, un campo de minas tan denso como podamos.

La capitana Desjani sonreía anticipando la imagen de los síndicos precipitándose contra esas minas.

—Lo que lo hace tan genial es que podemos gastar esas minas gracias a que el material que recogimos en Sancere ha permitido que nuestras naves auxiliares fabriquen repuestos. Los propios síndicos nos han dado lo medios para reemplazar las minas que utilizemos aquí.

En la pantalla, Geary veía las imágenes retardadas de la *Furiosa* y las demás naves del destacamento especial acelerando mientras cruzaban la salida de salto para depositar las minas mientras Rione volvía a tomar la palabra.

—¿Y qué ocurrirá si un montón de naves síndicas cruzan el punto de salto mientras la *Furiosa* y sus hermanas están pasando por delante?

—Es un riesgo considerable —concedió Geary—. Aunque tener al destacamento especial *Furiosa* asentado en la salida del punto de salto listo para la retirada minimiza las probabilidades de que los síndicos lleguen antes de que nuestras naves hayan terminado de cruzar el frente del punto de salto. Por eso le pedí a la capitana Crésida que se prestase como voluntaria para la misión.

Por fin se estaba acordando de referirse a ella empleando su nuevo rango.

Rione le dedicó una fría mirada.

—¿De verdad cree que la capitana Crésida haría alguna distinción entre prestarse voluntaria y recibir una orden directa para formar parte de esto?

Desjani le lanzó a Rione una mirada llena de rencor mientras Geary procuraba no esbozar una mueca. La acusación de Rione tenía una parte de verdad lo suficientemente grande como para doler.

—Señora copresidenta, si me abstuviera de hacer algo o de pedir algo que pudiera derivar en la muerte de algunas de las personas que están a mi cargo, estaría paralizado por la indecisión, y, con toda seguridad, todas y cada una de las personas que están bajo mi mando morirían o estarían condenadas a los campos de trabajo síndicos.

—Siempre que tenga en cuenta las consecuencias —afirmó Rione.

Esta vez Geary la miró con el ceño fruncido, preguntándose por qué Rione se estaba mostrando tan terca. Tal vez estaba intentando poner el acento en que seguía siendo la voz de su conciencia.

—Si estás intentando mantener mi honestidad —dijo en voz baja—, me has convencido.

Concentrándose de nuevo en el visualizador, Geary vio que al menos la disputa lo había distraído durante unos minutos de preocuparse por si los perseguidores síndicos emergerían en medio del destacamento especial *Furiosa*. La puerta de salida se encontraba a diez minutos luz. Sus órdenes de relevo a los oficiales al mando de esos tres acorazados estarían llegando a esas naves. Un gran número de síndicos podría haber aparecido varios minutos atrás, causando estragos en el destacamento especial *Furiosa*, y todavía no habría podido verlo.

Su visualizador se actualizó, mostrando el lugar en el que se estaban colocando las minas como mortíferos huevos desde hacía casi diez minutos. El campo tenía una densidad tranquilizante, puesto que Geary no se había guardado casi ninguna de las minas disponibles. Más tarde habría que pagar un precio por ello. Sin duda, sus naves



también agotarían grandes cantidades de metralla y de espectros, además de sufrir daños que requerirían reparaciones, y perderían equipamiento que tendría que ser reemplazado, y las cuatro naves auxiliares de la flota no tendrían capacidad para fabricar simultáneamente todos los recambios que iban a necesitar, por muchos recursos que robaran en Sancere. Tardarían un tiempo en cubrir el gasto. Pero por lo menos las naves auxiliares podrían seguir trabajando durante los tránsitos entre los puntos de salto. Para cuando llegaran a Baldur, dispondrían de una gran parte del armamento de repuesto.

Si es que esta flota alcanzaba Baldur, se recordó Geary. Se hallaban muy lejos de esa estrella, y era muy probable que entre ambos puntos tuvieran que librar una importante batalla.

—La *Invencible* se está quedando rezagada —indicó Desjani.

—Me sorprende que siga moviéndose —musitó Geary a modo de respuesta mientras echaba otro vistazo a los daños que había recibido el crucero de batalla. Estudió el visualizador evaluando mentalmente el progreso de las naves de la Alianza que habían huido, intentando predecir cuándo aparecerían los perseguidores síndicos. *No puedo estar demasiado cerca del punto de salto cuando lleguen los síndicos, pero, si no me muevo ahora, hay cada vez más probabilidades de que no consiga cubrir a la Invencible a tiempo.*

*Tuve que abandonar a la Resistente a su suerte. No pienso abandonar a la Invencible.*

—Aviso a todas las unidades de la flota de la Alianza, aceleren a cinco centésimas de la velocidad de la luz a las cero punto cuatro. Mantengan posición relativa al buque insignia de la flota, el *Intrépido*.—Se volvió hacia Desjani—. Capitana, por favor, mantenga al *Intrépido* en una trayectoria centrada en la salida del punto de salto.

—Sí, señor. —Desjani dio las órdenes pertinentes con su habitual apariencia de calma.

Geary permaneció pensativo un rato más.

—Destacamento especial Furiosa. Cuando complete la operación Barricada, tome posiciones por detrás y por encima de la salida.

¿Había algo más que tuviera que hacer? La *Guerrera*, la *Majestuosa* y la *Orión* casi habían alcanzado al resto de la flota. Los acompañaban algunos de los destructores supervivientes, pero los dos cruceros pesados que quedaban y el resto de destructores habían permanecido junto a la *Invencible*. Tendría que acordarse de que habían hecho eso. En el fragor de la batalla, Geary no se podía permitir el lujo de preocuparse por sustituir a los comandantes de los cruceros y de los destructores que se habían marchado con Falco y que habían sobrevivido. Quizá no tuviera por qué hacerlo, no si sus comandantes hacían gala del coraje y la disciplina que requería

quedarse junto a la magullada *Invencible* cuando la seguridad del resto de la flota estaba a la vuelta de la esquina.

Muy por detrás de la formación de la Alianza, las naves auxiliares estaban siendo custodiadas por un contrariado grupo de escoltas dispuesto en torno a la segunda división de acorazados, cuatro potentes naves que deberían ser suficientes para repeler cualquier ataque dirigido contra las naves auxiliares. Nadie quería perderse una batalla. Pero Geary les había asegurado a las escoltas que en la siguiente batalla, y seguro que iba a haber una siguiente batalla, podrían ocupar las líneas de vanguardia de la flota.

La Majestuosa, la Guerrera y la *Orión*, que avanzaban como si el demonio les estuviera pisando los talones, atravesaron la formación de la Alianza sin detenerse.

—Yo me habría sumado a la línea de batalla —farfulló Desjani asqueada, claramente descontenta por que los tres acorazados no se hubieran dado la vuelta para hacer frente a sus perseguidores. Tenía motivos, se dijo Geary, a pesar de los desperfectos que habían sufrido las naves. *El simple hecho de relevar a sus oficiales al mando no va a hacer que esas tres naves vuelvan a ser parte fiable de la flota. Sus tripulaciones están actuando bajo el influjo del temor y de la derrota, pese a que el resto de la flota está aquí para protegerlas. No debería extrañarme que las naves comandadas por gente como Numos y Faresa no cuenten con tripulaciones altamente motivadas. El reciclaje y la instrucción de esas tripulaciones se van a convertir en un proyecto primordial una vez termine la batalla que sin duda se avecina.*

Como si hubieran oído a Desjani, los destructores que acompañaban a los tres acorazados heridos dieron media vuelta para dirigirse hacia los escuadrones que habían abandonado en Strabo, tratando de ocupar sus posiciones en la formación de la flota. Geary echó un vistazo a los daños de los que estaban informando en la red de la flota y sacudió la cabeza.

—*Claymore* y *Cinquedea*, aquí el capitán Geary. Su disposición a continuar la lucha ha sido recibida con orgullo y alegría, pero han sufrido demasiados daños. Reúnanse con las naves auxiliares para poder ayudar a sus escoltas e iniciar los trabajos de reparación. —Hizo una pausa, pensando que había otra cosa que tenía que decir—. Si algún síndico se acerca a las naves auxiliares, sé que puedo contar con ustedes para defenderlas con gallardía.

Aquello sonaba algo torpe, pero debería colmar el orgullo de las tripulaciones de los destructores. Se merecían esa cortesía por ofrecerse voluntarios para seguir en combate. En efecto, el espíritu de lucha tenía su lugar.

La salida del punto de salto seguía estando a más de ocho minutos luz de distancia. No había signos de que los perseguidores síndicos hubieran aparecido todavía. El destacamento especial Furiosa había terminado su tarea y se dirigía a la posición que se le había asignado. Desjani estaba controlando con preocupación la

distancia hasta la salida del punto de salto.

—¿Deberíamos reducir la velocidad, señor? Si estamos demasiado cerca cuando los síndicos crucen...

Geary negó con un gesto.

—Todavía no. Aún no hemos cubierto del todo a la *Invencible*.

—Sí, señor —sonrió Desjani.

Geary pensó que si alguna vez perdía la aprobación de Desjani, entonces sabría con seguridad que había metido la pata hasta el fondo.

—Mantendremos la velocidad hasta que estemos a un minuto luz de la *Invencible* y, si los síndicos siguen sin aparecer en ese punto, entonces...

—Fuerzas enemigas en la salida del salto —gritó un consultor, y las alarmas empezaron a sonar.

Geary se quedó perplejo al ver las imágenes en el visualizador mientras la vanguardia síndica se presentaba de repente en el espacio normal. No era un enjambre de unidades ligeras, sino doce cruceros de batalla dispuestos en tres formaciones verticales en diamante. Geary se dio cuenta de que tenía sentido si el comandante síndico pensaba que se enfrentaría a cuatro acorazados machacados a los que les quedaban muy pocas unidades de protección. ¿Para qué iban a enviar unidades ligeras y que una posible emboscada de urgencia acabara con ellas, cuando podían minimizar las pérdidas enviando una fuerza que podía abrumar a los cuatro acorazados dañados de la Alianza si decidían plantarse en la salida?

Por desgracia para el comandante síndico y los doce cruceros de batalla, en realidad este lado de la salida de salto albergaba al resto de la flota de Geary y un denso campo de minas.

Los cruceros de batalla síndicos salieron majestuosos por la salida del salto a una décima de la velocidad de la luz durante unos segundos, viendo sin duda a la fuerza de la Alianza que los estaba esperando y disponiendo de esos breves instantes para darse cuenta de que las tornas se habían vuelto contra los perseguidores. Geary contempló la imagen de los cruceros de batalla síndicos iniciando el viraje, pivotando para alterar su curso en sentido descendente. Tuvo un segundo para preguntarse por qué casi siempre las naves que se daban a la fuga buscaban una trayectoria descendente, en lugar de «escalar» hacia arriba, como si fueran aviones, o incluso personas corriendo por la superficie de un mundo, pese que las dos direcciones eran puramente arbitrarias y en el espacio requerían exactamente del mismo esfuerzo.

En este caso, como los cruceros de batalla síndicos pivotaban sus proas en sentido descendente, eso significaba que se estaban adentrando en el campo de minas no de frente, sino de costado, ofreciendo objetivos más amplios a las minas de la Alianza que estaban a la espera. De haber tenido a sus escoltas abriendo camino, las defunciones de las unidades más pequeñas a causa de las minas habrían advertido a

los cruceros de batalla, en cambio, el primer aviso que los acorazados recibieron se produjo cuando ellos mismos se precipitaron contra las minas. Las explosiones se reprodujeron a lo largo de toda su superficie, rompiendo sus escudos, de manera que otras minas lograron alcanzar los cascos. Los cruceros de batalla se tambalearon a medida que las minas les iban abriendo agujeros y despedían fragmentos al espacio. Uno de los cruceros de batalla estalló debido a una sobrecarga de su núcleo energético, luego dos más casi seguidos; las tres naves se convirtieron en un campo de metralla que surgía del escenario de su muerte. De los nueve cruceros de batalla restantes, ocho estaban fuera de control y vagaban a la deriva sacudidos ocasionalmente por nuevas explosiones cada vez que una mina periférica los golpeaba o a causa de las detonaciones internas ocasionadas por los daños sufridos.

El último crucero de batalla síndico, en un estado aún peor que la *Invencible*, pasó dando tumbos junto a un campo de minas con la mayor parte de su propulsión reventada y los sistemas de combate inoperantes, pero con la potencia suficiente como para mantener un rumbo.

—Los espectros del *Vengativo* están en un radio de acción máximo de ese crucero de batalla. ¿Merece la pena intentar algún disparo?

Desjani asintió.

—Ese síndico no va a esquivar ningún misil. Es un blanco seguro.

—Igual que lo habría sido la *Invencible* para ellos —convino Geary—. *Vengativo*, aquí el capitán Geary. Entre en combate con espectros con el crucero de batalla síndico a la cabeza. A todas las demás naves, alto el fuego. Esta no puede ser toda la fuerza de persecución síndica. Pronto tendrán multitud de blancos con los que jugar.

Cuarenta segundos más tarde llegó la respuesta del *Vengativo*.

—Sí, señor. Entrando en combate con el crucero de batalla a la cabeza. En su visualizador, Geary vio cuatro espectros saliendo disparados del acorazado de la Alianza y trazando largas y superficiales curvas en dirección a los puntos de interceptación con el síndico paralizado.

—No importa lo que les quede, perder doce cruceros de batalla va a hacer que las cosas se igualen mucho —observó Desjani.

—Sí. ¿Dónde está el resto? —se preguntó Geary.

La respuesta a sus palabras llegó casi de inmediato. La salida del salto, que ahora tenían a apenas siete minutos luz y medio, se llenó de repente de naves. Geary se obligó a estudiar cuidadosamente la formación enemiga. Un profundo y amplio rectángulo se encaraba con la flota de la Alianza, con los acorazados situados en las esquinas y en el centro y los huecos rellenos con unidades ligeras.

—Veinte buques de guerra —advirtió Desjani—. Dieciséis acorazados y cuatro cruceros de batalla. Treinta y un cruceros pesados. Cuarenta y dos cruceros ligeros y naves de caza asesinas.

—Más que suficiente para arrasar las naves de la Alianza que siguieron hasta aquí —observó Geary.

—¿Por qué no han enviado más? —preguntó Desjani—. Si cabía la posibilidad de que las naves fugadas se reunieran con nosotros, deberían haber sabido a qué podían acabar enfrentándose.

—Porque no sabían dónde estaba el resto de la flota. Tenían que encontrarnos y proteger cualquier otro lugar al que nos dirigiéramos. Al tratar de proteger todas las opciones que pudieran esperar, dedicaron una fuerza insuficiente a esta misión. Si no los hubiéramos estado esperando, les habría salido bien, porque podían haberse librado de combatir, pero estamos demasiado cerca para que se escapen sin tener que luchar. —Geary pulsó el comando de comunicación con la flota—. A todas las naves, aceleren hasta una décima de la velocidad de la luz a la una punto cinco. Destacamento especial Furiosa, ajuste rumbo y velocidad en la medida que sea preciso para bloquear la retaguardia de la formación síndica. No deje que den media vuelta hacia el punto de salto. A todas las unidades, tomen como primer objetivo los buques de guerra.

Comprobó la distancia hasta la *Invencible* y vio que todavía se encontraba a un minuto luz por delante, entre la flota de la Alianza en misión de ataque y los sorprendidos síndicos. A la velocidad actual de acercamiento, se encontrarían y sobrepasarían a la *Invencible* en siete minutos.

El cuerpo principal de los síndicos alcanzó el campo de minas y muchas de sus naves se escabulleron por entre los huecos barridos por los cascos de los doce cruceros de batalla de la primera oleada, y resultaron ilesas. Pero quedaban muchas minas.

Las naves de caza asesinas síndicas estallaron y se hicieron pedazos bajo la fuerza de las explosiones de las minas, dejando multitud de fragmentos rodando por el espacio. Tres cruceros pesados se cayeron de la formación, dos de ellos completamente destrozados y el tercero fuera de combate. Los acorazados y los cruceros de batalla síndicos recibieron impactos en sus proas; tuvieron tiempo de reforzar sus escudos delanteros gracias al sacrificio de las unidades más ligeras, y se adentraron en el campo de minas con los escudos debilitados, pero aparentemente sin daños.

—Eso por la *Doblefilo*, el *Estilete*, el *Mazo* y el *Blindado* —sentenció Geary. Una leve ovación se extendió a su alrededor cuando la tripulación del puente de mando del *Intrépido* se hizo eco de que las minas de la Alianza estaban vengando las naves perdidas a causa de las minas síndicas en el punto de salto de Sutrah.

La *Invencible* atravesó amodorrada la formación de la flota de la Alianza. Geary se estremeció cuando se tomó un instante para observar los daños que había sufrido la nave. La *Invencible* había recibido tantos impactos que Geary no podía creer que el

crucero de batalla pudiera seguir en movimiento. Se preguntó si sería apropiado hacer una mención especial a la tripulación de una nave que había abandonado la flota; entonces decidió que no le importaba si era o no apropiado.

Una vez superadas las minas de la Alianza, la formación síndica empezó a curvarse hacia arriba con el objetivo de superar la flota de la Alianza para que no pudiera disparar contra las naves superiores y permanecer fuera del alcance de la mayoría de los buques de guerra de la Alianza.

—Eso no va a funcionar —declaró Geary en alto—. Aviso a todas las unidades del cuerpo principal, alteren el rumbo de la formación en sentido ascendente tres cinco grados a las cuatro punto siete.

A la hora ordenada, la formación en taza giró en torno al eje que constituía el *Intrépido*, orientando el centro de la formación en taza de la Alianza, una vez más, hacia el punto de interceptación en el medio de la formación síndica, aproximándose a ellos desde abajo y de frente.

—Veamos si se dan cuenta a tiempo para intentar evitarnos.

—Tiempo estimado de contacto, veinte minutos.

Los espectros del *Vengativo* llegaron por fin al crucero de batalla síndico gravemente dañado por las minas, abalanzándose contra ellos sin encontrar el impedimento de los escudos. Cuatro enormes explosiones surgieron en la nave síndica, machacando cualquier sistema que siguiera funcionando y reduciendo la nave a un amasijo que se fue tambaleando de costado.

Las fuerzas síndicas que quedaban se vieron ampliamente superadas en número, pero quedaron dispuestas en una configuración más diseminada. La formación de la Alianza que se dirigía hacia allí solo podría atacar a la mitad de la formación síndica si Geary o el comandante síndico no cambiaban nada. Geary no veía modo alguno de que el comandante síndico fuera a permitir que eso ocurriera, puesto que aquello le otorgaría a la Alianza una apabullante superioridad de potencia de fuego en el punto de contacto.

—Los síndicos se están moviendo otra vez. Parece que están reajustando la trayectoria a babor y en sentido descendente.

En el visualizador de Geary, la formación síndica viró hacia arriba y en dirección contraria, tratando de posicionarse de manera que un lado de la formación de la Alianza ascendiera a toda velocidad y pasara de largo junto al lado plano de la formación síndica. Geary admitió para sí mismo que no era un mal movimiento. Evidentemente, este director general síndico no era ningún estúpido.

—A todas las unidades, viren nueve cero grados a estribor, modifiquen rumbo en sentido descendente seis cero grados a las cero punto seis. Destacamento especial Furiosa, ajuste su rumbo en la medida que sea preciso para evitar que la formación síndica dé la vuelta y se dirija al punto de salto hacia Tavika.

Tenía que asumir que los síndicos romperían filas y huirían, y con el punto de salto que habían utilizado para salir bloqueado aún por las minas de la Alianza, el punto de salto de Tavika era la siguiente mejor opción.

—Ocho minutos para contacto.

Los síndicos habían terminado su maniobra de rotación y cada nave estaba dando media vuelta en la formación para presentar sus proas a la flota de la Alianza que se cernía sobre ellos, de manera que ahora las naves de guerra síndicas se deslizaban de costado en su formación rectangular. El lado plano del rectángulo síndico estaba ahora situado casi en vertical «arriba» y «abajo», de cara a la formación de la Alianza.

Geary sopesó la opción de intentar utilizar la potencia de fuego de su nave de una forma imaginativa, pero decidió no hacerlo.

—A todas las unidades, empleen sus armas a discreción. Los objetivos primordiales son los acorazados. Mantengan la formación excepto para maniobrar en la medida que sea preciso para esquivar el fuego enemigo. Tienen permiso para abrir fuego cuando se presenten opciones favorables de entrar en combate.

—Seis minutos para contacto.

Los síndicos seguían adaptando su formación, sin duda preocupados por que los pillaran en medio de otra maniobra cuando la flota de la Alianza entrara en su radio de acción. Geary siguió con la vista clavada en su pantalla mientras las dos flotas se abalanzaban la una contra la otra, con la taza de la Alianza superponiéndose a la mitad trasera de la formación síndica. Había posicionado sus naves y su flota, había dado a sus comandantes el permiso de abrir fuego y ahora no tenía nada que hacer más que observar cómo los buques de guerra síndicos y la flota de la Alianza se apresuraban a entrar en contacto.

—El enemigo está disparando —informó innecesariamente el consultor de armamento al tiempo que el visualizador de Geary se iluminaba con los avisos. Metralla, concentrada en los puntos donde en breve se encontrarían algunas de las naves de guerra de la Alianza. Había sido disparada desde un radio de alcance extremadamente efectivo. Geary albergaba la esperanza de que los comandantes de esas naves empleasen el poco tiempo de que disponían para alterar ligeramente el curso y evitar lo peor de la ráfaga. Brotaron más símbolos de alarma: misiles síndicos.

En el visualizador empezaron a parpadear puntos luminosos a medida que la metralla síndica se estrellaba contra los escudos de la Alianza. Geary vio como sus propias naves disparaban, datos que llegaban con un desfase temporal de varios segundos en el caso de las naves más alejadas.

La capitana Desjani tenía los ojos fijos en su propio visualizador. Destacó un acorazado síndico.

—Ese es nuestro objetivo —informó a sus consultores—. Vamos a hacerle daño.

Los laterales de la taza de la Alianza se estaban internando en el rectángulo síndico; cada una de las naves de la Alianza quedaba expuesta al fuego enemigo por un breve instante al atravesarlo, mientras que las naves síndicas que había en esas zonas recibían el castigo de una nave tras otra. Las unidades síndicas más ligeras se resquebrajaron bajo las reiteradas detonaciones, estallando y desapareciendo en torno a las islas más fuertes formadas por los acorazados síndicos que seguían en pie.

Entonces la fuerza principal de la flota de la Alianza alcanzó a la formación síndica.

Después de unos largos y lentos minutos en que las enormes distancias finales se acortaron, los momentos de lucha propiamente dicha pasaron tan rápidamente que llegaban a desorientar. De no ser por la capacidad de los sistemas de combate para apuntar y disparar a velocidades mucho más elevadas de lo que cualquier ser humano podría lograr, probablemente nunca se conseguirían blancos cuando dos flotas se cruzaran a una fracción de la velocidad de la luz considerable. Geary se sintió como si el momento de combate hubiera llegado y hubiera pasado en un abrir y cerrar de ojos, y al momento siguiente, el *Intrépido* seguía temblando por la incidencia del armamento sobre sus escudos y haciendo recuento de los daños ocasionados por algún disparo esporádico que se había abierto paso a través de algún fallo en el escudo.

A su espalda, el acorazado síndico contra el que había disparado Desjani también había recibido impactos de otras muchas naves de la Alianza, incluyendo el *Arrojado*, la *Terrible* y el *Victorioso*. Bajo ese torrente de fuego, la poderosa nave de guerra síndica, un acorazado clase S, había perdido en primer lugar sus escudos y luego había recibido una aluvión de disparos. Algo impactó en el lugar equivocado y el núcleo energético del acorazado síndico saltó por los aires mientras algunas de las naves de la Alianza seguían aproximándose.

Estaban demasiado cerca cuando sucedió. Geary se quedó mirando la pantalla, viendo que el crucero de batalla que quedaba descolgado de la formación de la Alianza, la *Terrible*, había estado disparando muy cerca de la nave síndica, acribillándola con fuego de lanzas infernales de corto alcance. La *Terrible* había recibido ya muchos impactos, lo que había debilitado considerablemente sus escudos. La onda de choque causada por la explosión de la nave síndica le dio de lleno al crucero de batalla de la Alianza como si de una gran mano se tratara, y lo lanzó dando tumbos. Podía haber superado esa situación; sin embargo, uno de los cruceros de batalla síndicos que habían sobrevivido se encontraba demasiado cerca y avanzaba justamente por la trayectoria equivocada. Ni siquiera los ordenadores ultrarrápidos responsables de las maniobras de las naves destinadas a sortear colisiones pudieron evitar el resultado. La *Terrible* y la nave síndica chocaron ante la mirada horrorizada



de Geary.

La colisión, que se produjo a una velocidad relativa de una seis centésimas de la velocidad de la luz, o apenas dieciocho mil kilómetros por segundo, transformó a las dos naves en una única y titánica bola de calor, luz y fragmentos desperdigados que se transformó, reluciente sobre el fondo oscuro del espacio, en una nebulosa hecha por el hombre que iba a alumbrar por un breve instante el vacío del sistema estelar Ilión.

Un suspiro colectivo de conmoción y consternación recorrió el puente de mando del *Intrépido*. Geary oyó como una voz decía:

—Mierda, mierda, mierda —y se dio cuenta que era la suya propia—. Que vuestros antepasados os protejan y que las estrellas del firmamento os den la bienvenida —le murmuró a la tripulación de la *Terrible* que había perecido.

Desjani, que parecía afligida por primera vez, por lo que Geary recordaba, desde que habían escapado del sistema interior síndico, se puso a dar órdenes para reconducir a su tripulación.

—¡Informe sobre daños!

—Impactos menores en el casco. Todos los sistemas operativos —anunció aturdido uno de los consultores.

También Geary tuvo que controlarse, forzándose a apartar la vista de la tumba de la *Terrible* y evaluar la situación global. La parte de la formación síndica con la que se había topado la flota de la Alianza había contado con ocho acorazados síndicos y dos cruceros de batalla. Tres de los acorazados seguían en pie, pero todos habían sufrido daños. Los cruceros ligeros síndicos y las naves de caza asesinas que había a su alrededor habían sido arrasados y ya solo unos pocos cruceros pesados acompañaban a los acorazados que habían sobrevivido. Tomó una profunda bocanada de aire centrándose en la mitad delantera de la fuerza síndica, que había virado bruscamente a babor y se alejaba acelerando hacia el punto de salto, hacia Tavika. Obviamente no tenían intención de luchar si tenían la posibilidad de escapar.

—A todas las unidades, alteren rumbo uno dos cero grados a la derecha y uno cero grados en sentido descendente, y aceleren a cinco centésimas de la velocidad de la luz a las dos punto nueve.

La enorme taza volvió a virar y se dio la vuelta para encarar a los síndicos que emprendían la huida.

—No los alcanzaremos —gruñó Desjani.

—Sí que lo haremos. —Geary señaló al destacamento especial Furiosa, que atacaba a los síndicos desde arriba y por un lateral. La maniobra síndica, tan necesaria para llegar al punto de salto, había orientado su fuerza contra la formación de Crésida y dio pie a trazar una línea de interceptación de los elementos síndicos a la cabeza.

Desjani, más que sonreír, enseñó los dientes cuando la *Furiosa* y las naves que la acompañaban atajaron por la vanguardia de la formación síndica, concentrando sus disparos en los buques más ligeros y despojando a los acorazados restantes de sus escoltas. Buceando por debajo de la formación síndica, con ventaja en términos de velocidad, la *Furiosa* dirigió a la formación en dirección ascendente para golpear a los síndicos por debajo. Otro acorazado síndico se descolgó de la formación dando bandazos, sacudido por explosiones secundarias.

Geary estudió la situación, evaluando la geometría de la batalla y tomando una decisión mientras contemplaba los tres acorazados afectados que habían sobrevivido a la primera pasada de la Alianza y se habían quedado muy rezagados respecto al resto de la formación síndica.

—Segunda división de acorazados, quedan liberados de las tareas de escolta para las naves auxiliares. Intercepten y destruyan los tres acorazados síndicos a la cola de su formación.

Debido a la distancia, la respuesta tardó casi un minuto en llegar, pero compensó la espera con su entusiasmo.

—Segunda división de acorazados, ¡sí, señor! Estamos de camino.

Geary echó otro vistazo a la castigada formación síndica, que seguía acelerando para intentar alejarse mientras el destacamento especial *Furiosa* volvía a pasar en repetidas ocasiones, curvándose arriba y abajo y de lado a lado, para seguir atacando el frente síndico, cuya velocidad iba decayendo a medida que las naves indemnes reducían para permanecer junto a sus hermanas más afectadas. Pero Geary vio claramente como las frecuentes pasadas iban desgastando los escudos de las naves que configuraban el destacamento especial *Furiosa*.

—Aviso a todas las unidades, aceleren hasta las dieciocho centésimas de la velocidad de la luz.

Sin embargo, tal vez eso no fuera suficiente. Hizo una pausa; odiaba tener que dar la siguiente orden, pero no veía más alternativa.

—A todas las unidades, persecución general. Cojan a esos síndicos antes de que consigan escapar. Tenemos que detener a esos acorazados.

Geary lo había visto con anterioridad, pero seguía asombrándose con lo rápido que se podía disolver una formación cuidadosamente organizada cuando desataba a sus naves. Un enjambre de destructores y de cruceros ligeros saltaron a la máxima aceleración. De uno en uno no tendrían ninguna oportunidad de disparar contra un acorazado, pero en grupo, eran más de lo que el escudo de un acorazado sencillo podía soportar. Y una vez dañados los sistemas de propulsión de los acorazados síndicos, su velocidad se vería mermada lo suficiente como para que los cruceros de batalla de la Alianza en primer lugar, y sus acorazados más tarde, pudieran alcanzarlos, y eso sellaría su destino.

—Destacamento especial Furiosa, concéntrese en aminorar la velocidad de los acorazados supervivientes.

Técnicamente, la formación síndica seguía existiendo, pero se había ido extendiendo a medida que los disparos de la Alianza la fueron mermando. El único crucero de batalla que quedaba se había puesto por delante de las demás naves, pero eso significaba que estaba demasiado lejos para que los acorazados soportaran el nuevo paso del destacamento especial Furiosa desencadenando una tormenta de lanzas infernales a popa y destruyendo la mayoría de sus principales sistemas de propulsión.

Cuando el crucero de batalla empezó a quedarse atrás, las escoltas de la Alianza entraron en el radio de alcance de los acorazados síndicos atrasados y empezaron a lanzar contra sus popas todas las armas que tenían. En diez minutos esos acorazados habían perdido la propulsión suficiente como para comenzar a perder terreno, y sus propias lanzas infernales destellaban impotentes contra la masa de fuerzas ligeras de la Alianza que pasaban a su lado.

Las naves de la Alianza que iban en su persecución barrieron implacables la retaguardia síndica, algunos de cuyos destructores y cruceros ligeros se alejaban tambaleándose por los daños sufridos, mientras que el resto arremetía contra las naves una tras otra a modo de respuesta. La *Falcata* se acercó demasiado, o tuvo mala suerte, y recibió una serie de disparos que la redujeron a escombros.

—Cruceros pesados, eviten el acorazado y tráiganme a ese crucero de batalla —ordenó Geary. No quería perder ningún crucero pesado en una reyerta descompensada con unos acorazados que seguían entrañando peligro. Con una obediencia que Geary nunca habría podido esperar unos meses atrás, los cruceros pesados esquivaron a los acorazados síndicos y se concentraron en la interceptación del crucero de batalla, que seguía siendo lo bastante peligroso como para mantener alejados a los destructores de la Alianza y a los cruceros ligeros.

El *Impávido*, el *Resuelto*, el *Temible* y el *Vengativo* descendieron en un leve ángulo en dirección al acorazado síndico más atrasado. Este descargó una ráfaga de misiles, metralla y lanzas infernales contra el *Impávido*, pero los cuatro acorazados de la Alianza siguieron acercándose, manteniendo el alto el fuego hasta que estuvieron lo bastante cerca para que sus propias lanzas infernales alcanzaran los escudos síndicos. Los escudos de popa, sólidamente reforzados, aguantaron hasta que el *Impávido* estuvo a la distancia adecuada para golpear igualmente el escudo lateral.

Con los escudos destruidos, el acorazado síndico fue acribillado por el fuego de lanzas infernales de corto alcance mientras la mayoría de sus armas caían silenciosamente y la pantalla de Geary registraba el desplome de la mayor parte de sus sistemas. El *Impávido* disparó una carga de campo nulo que provocó un gran agujero en el acorazado que lo destripó en parte. El acorazado empezó a escupir

cápsulas de supervivencia, que se fueron desperdigando primero de dos en dos y de tres en tres, y después en masa. Para cuando el *Intrépido* y sus hermanas pasaron a su lado con un estruendo, de la nave destrozada solo salió una cápsula descolgada.

—Remátenlo —ordenó Desjani tranquilamente.

Las lanzas infernales del *Intrépido* cayeron sobre toda la superficie del acorazado síndico agujereando y destruyendo cualquier sistema operativo. Para cuando le llegó el turno al *Arrojado*, la nave síndica estaba definitivamente acabada.

La *Osada* del capitán Duellos, junto con la *Formidable*, la *Atrevida* y la *Afamada* se abalanzaron contra otro acorazado dañado y lo arrasaron de tal modo que la sección trasera quedó desgajada, dejando las dos partes trastabillándose a lo largo de su anterior trayectoria.

El último crucero de batalla síndico, con sus últimos sistemas de propulsión fuera de combate, empezó a escupir cápsulas de salvamento, pese a que muchas de sus armas seguían operativas. Geary sospechó que las habrían programado para disparar de forma automática, lo cual valía para mantener alerta a los atacantes, pero sin seleccionar objetivos ni concentrar el fuego de la misma forma en que lo harían las armas controladas por seres humanos. Bajo el fuego de cada vez más cruceros pesados, los escudos de los cruceros de batalla fallaban y recibían un impacto tras otro, hasta que las últimas armas cayeron en el silencio, mucho después de que saliera la última cápsula de salvamento.

Geary tardó un rato en comprobar que la segunda división de acorazados se estaba aproximando a los tres acorazados síndicos dañados. Para su sorpresa, uno de esos acorazados síndicos también había empezado ya a lanzar sus cápsulas de salvamento.

—¿Qué ha sido de lo de «luchar hasta la muerte»? —comentó Desjani.

—¿Qué sentido tendría? —preguntó Rione—. Saben que están condenados.

—Hay que seguir luchando —insistió Desjani con los ojos clavados en el acorazado síndico contra el que seguía arremetiendo el *Intrépido*.

—¿Por qué? —quiso saber Rione.

Desjani miró con desesperación a Geary, que entendía lo que quería decir. ¿Cómo explicar tan extraña lógica? Que a veces había que librar una batalla perdida por razones que podían parecer absurdas, por razones que no tenían nada que ver con la esperanza del triunfo.

—Simplemente lo haces —le dijo a Rione en voz baja—. Si no entiendes el porqué, no hay forma de explicarlo.

—Entiendo el combate cuando hay una posibilidad, pero cuando no hay esperanzas...

—Algunas veces ganas incluso cuando parece que no hay esperanzas. A veces pierdes en un sitio, pero provocas algo que aporta algo en otro lugar, como dejar al

enemigo lo suficientemente tocado mientras te mata, o mantenerlo ocupado durante un lapso de tiempo crítico. Te lo he dicho, no se puede explicar. Simplemente lo haces.

—Como tú —afirmó Rione mirando a Geary—. Hace un siglo.

—Sí.

Geary apartó la vista, no quería recordar aquella batalla desesperada. Era él quien se había enfrentado a una fuerza muy superior aquel día. Sabía que tenía una oportunidad de retrasar el ataque por sorpresa de los síndicos sobre el convoy al que estaba protegiendo. Esperaba que el convoy pudiera escapar, esperaba que los otros buques de guerra que lo acompañaban también pudieran salir indemnes. Pero no tenía ninguna esperanza de que su propia nave fuera a salir de esa, pese a haberse convencido a sí mismo de que tenía una posibilidad. Había intentado recordar cómo se había sentido, la parálisis interior que le había permitido seguir adelante mientras su nave se caía a pedazos, mientras los miembros de su tripulación que seguían con vida escapaban. Pero ahora era casi todo un simple borrón, fragmentos de recuerdos en los que su nave se desmoronaba a su alrededor, en los que las últimas armas dejaban de disparar y él había programado la autodestrucción del núcleo energético; recuerdos en los que corría a toda velocidad por pasillos, que se habían vuelto desconocidos a causa de la destrucción, para llegar hasta una cápsula de salvamento que esperaba que no hubieran destrozado. Estaba allí, dañada, y sin más esperanza que esa ni más tiempo que perder, se metió dentro y eyectó.

Para viajar a la deriva durante cien años en una hibernación de supervivencia, con el faro de su cápsula estropeado, de modo que nadie lo encontró. No hasta que esta flota atravesó el mismo sistema estelar de camino al sistema interior síndico y lo descongeló.

En cierto modo, aquel día había muerto. Cuando se despertó, el John Geary que conocía había muerto y había sido reemplazado por la imagen inalcanzablemente noble y heroica de *Black Jack* Geary, el héroe legendario de la Alianza.

—Sí —repitió Geary—, algo así.

Rione lo miró a su vez, con una expresión en los ojos que Geary no pudo descifrar.

—Disparen metralla —ordenó Desjani cuando el *Intrépido* se cernía sobre otro acorazado síndico dañado a una velocidad relativa baja que le permitió llevar a cabo una descarga de fuego larga y lenta. La metralla provocó un baile de luces al impactar contra los escudos del acorazado. El *Arrojado* y el *Victorioso* atacaron desde arriba y desde abajo, colaborando con sus disparos a arrollar los escudos del acorazado. La nave síndica lanzó una ráfaga de lanzas infernales concentrada en el *Intrépido*. Geary vio como los escudos se iban debilitando, a pesar de que los sistemas defensivos del *Intrépido* desviaron automáticamente la energía de los lados de la nave libres de

ataque. El crucero de batalla de la Alianza respondió con fuego y algunas de sus lanzas infernales se clavaron en la armadura del acorazado, causando estragos en el interior de la nave. El *Intrépido* y el *Arrojado* lanzaron disparos de campo nulo con los que evaporaron ciertas partes del acorazado. Con el *Victorioso* atacando a su vez, el acorazado, ya condenado, se vio superado y sin esperanzas. Sus armas dejaron una a una de disparar, el aire se iba escapando por los agujeros que había causado el fuego de la Alianza; los enormes cráteres abiertos por los campos nulos parecían mordiscos de un monstruo asombrosamente inmenso.

El *Intrépido* y sus hermanas hicieron una nueva pasada junto al acorazado, ya inerte, que empezó a expulsar cápsulas de salvamento mientras se tambaleaba desesperadamente, dejando escapar fragmentos que quedaban a la deriva por el espacio.

—Esto por la *Terrible* —musitó Desjani.

Geary volvió a comprobar la situación. La segunda división de acorazados había alcanzado a los dos acorazados síndicos que seguían tratando de huir y los estaba sometiendo a un metódico ataque que los estaba convirtiendo en chatarra, mientras que las unidades más ligeras de la Alianza que los acompañaban se aseguraban de que el acorazado síndico abandonado quedaba inservible. Únicamente el otro acorazado síndico seguía disparando y, ante la mirada de Geary, se estremeció bajo el fuego de media docena de buques de guerra de la Alianza.

Las naves de caza asesinas y los cruceros ligeros síndicos ya habían sido eliminados y ahora el último crucero pesado sucumbió ante un grupo de destructores y cruceros ligeros de la Alianza. Una nube de cápsulas de salvamento síndicas se dirigía lentamente hacia el refugio que ofrecía el mundo a duras penas habitable. Geary miró su flota desperdigada y los restos a la deriva de la fuerza síndica que habían entrado en Ilión persiguiendo a las naves del capitán Falco. *Hemos ganado. ¿Durante cuánto tiempo más podemos seguir contando con que las fuerzas contra las que luchemos serán tan inferiores a nosotros como para obtener victorias como esta? ¿Cuántas naves más podemos permitirnos el lujo de perder?*

La *Invencible* y la fuerza de naves auxiliares casi se habían reagrupado, pero Geary no veía cómo iban a poder salvar al crucero de batalla. La *Triunfante*, la *Polaris* y la *Vanguardia* ni siquiera habían llegado hasta allí, junto con un grupo de unidades ligeras perdidas en Vidha. Tanto la *Guerrera* como la *Orión* y la *Majestuosa* habían sufrido daños graves y habían perdido buena parte de su tripulación.

Las cápsulas de salvamento de la *Falcata* estaban transmitiendo peticiones de rescate y algunos de los demás destructores de Geary ya se dirigían hacia allí. Pero los restos de lo que había sido la *Terrible* y su tripulación eran demasiado pequeños para que ni siquiera los mejores sensores del *Intrépido* pudieran identificarlos. No habían tenido la oportunidad de escapar de esa nave.

La flota de la Alianza había ganado, pero había pagado un alto precio. Tampoco ayudaba a la actitud de Geary recordar que esa batalla no habría tenido lugar de no ser por la egocéntrica seguridad del capitán Falco.

La sala de juntas parecía más concurrida de lo normal. No se trataba solo de que trece naves supervivientes se hubieran reincorporado a ella. También se debía a que las figuras de los capitanes Falco, Kerestes, Numos y Faresa permanecían de pie en un lateral. Los centinelas de la Marina que se encargaban de vigilarlos en sus propias naves no formaban parte del programa, de modo que aquí eran invisibles; no obstante, su presencia se hacía patente por el modo en que los cuatro oficiales se mantenían inmóviles.

Al fondo de la mesa se sentaba la copresidenta Rione junto a los oficiales al mando de las naves de la Federación Rift y la República Callas. Finalmente se había decidido a estar presente de nuevo en una reunión, pero había preferido asistir en modo virtual desde su camarote antes que estar allí en persona. Geary se preguntaba qué significado escondería esa decisión, o si Rione simplemente se estaba asegurando de que se dejaba ver con las naves de su propia república por razones políticas o morales.

Falco tenía la cabeza bien alta y miraba a su alrededor con confianza, como si estuviera esperando asumir el mando de la flota en cualquier momento. Geary tuvo que dudar del estado mental de aquel hombre. No parecía estar en absoluto preocupado, ni siquiera mostraba signos de ser consciente de que se encontraba bajo arresto. En cambio, el capitán Kerestes parecía estar casi paralizado por el miedo; todo él transmitía perplejidad e incomprensión. Su larga y cauta carrera, durante la cual había evitado hacer cualquier cosa que pudiera echarla a perder de alguna forma, estaba haciendo agua por todas partes después de haber delegado todas las decisiones en el hombre equivocado. Numos y Faresa, sin embargo, mantenían una expresión de enojo, más que de preocupación. Geary pensó que se estaban guardando un as en la manga. Deberían estar inquietos. Numos no era el tipo más brillante del mundo, pero era lo bastante inteligente para saber cuándo tenía que responder por sus actos.

Geary se levantó, lo que atrajo la atención de todos.

—Antes que nada, felicito a todas las naves y a los oficiales y tripulantes de la flota por una victoria excepcional. El precio que ha significado la pérdida de la *Terrible* y de la *Falcata* ha sido espantoso, pero los síndicos lo han pagado mucho más caro. Por desgracia, ahora también tenemos que tener en cuenta la pérdida de la *Triunfante*, la *Polaris* y la *Vanguardia*, así como de varias unidades pequeñas. Asimismo, se me ha informado de que no está a nuestro alcance reparar la *Invencible* y que deberá ser abandonada. —Todos mostraron su conmoción ante esa noticia—. El oficial al mando en funciones de la *Invencible* no está presente porque los sistemas

de su nave están demasiado destrozados para permitirle participar en esta reunión. Los que conocían al capitán Ulan se lamentarán al conocer la noticia de que murió en combate en el sistema estelar Strena cuando la *Invencible* cubría la retirada de sus naves hermanas.

Esta vez muchos de los oficiales se volvieron a mirar a Kerestes, Numos y Faresa con un gesto de repulsa. Un crucero de batalla no debería haber estado escudando a sus camaradas. Esa tarea le correspondía a un acorazado, más capacitado para absorber los impactos durante un período de tiempo más largo. Pero, obviamente, la *Guerrera*, la *Orión* y la *Majestuosa* le habían dejado ese trabajo a la *Invencible*.

—No estoy de acuerdo con la decisión de abandonar a la *Invencible* —anunció una voz cortante. Geary miró al capitán Falco sin dar crédito a su oídos mientras el oficial continuaba, haciendo gala de la sonrisa de seguridad y camaradería que lo caracterizaba—. Arreglaremos la *Invencible* y luego regresaremos a Vidha para prestar ayuda a la *Triunfante*...

—Silencio. —Geary pudo sentir y oír el silencio que siguió a su orden—. La única razón por la que está aquí presente es para que pueda oír al mismo tiempo que los demás las razones de su arresto. Aún no he acabado de considerar los cargos que pueden ser apropiados para un consejo de guerra cuando esta flota vuelva al espacio de la Alianza.

Por muy popular que fuera el capitán Falco, Geary no podía dejar que se librara de un cargo como el de amotinamiento.

—¿Por qué esperar? —interrogó la capitana Crésida—. Celebre un juicio y péguale un tiro a este hijo de puta. Sería mejor que el destino al que él abocó a los que fueron lo bastante imbéciles como para seguirlo.

Aquello provocó una reacción que se extendió por toda la mesa. Algunos de los comandantes presentes parecían apoyar sinceramente la propuesta de Crésida, pero muchos otros manifestaron su extrañeza, o bien manifestaron su desacuerdo. Geary tomó aire profundamente antes de contestar.

—Su sugerencia es inapropiada, capitana Crésida. El capitán Falco cuenta con un largo y destacado historial al servicio de la Alianza. Tenemos que suponer que las tensiones a las que le ha sometido su situación como prisionero, siendo un oficial veterano de la Alianza en el campo de trabajo, le han causado a largo plazo problemas que hay que abordar. —Se había pasado mucho tiempo pensando qué diría sobre el capitán Falco, cómo equilibrar el respeto que muchos oficiales y tripulantes seguían profesando por aquel hombre con la necesidad de asegurarse de que nadie cuestionara la idoneidad de que Falco permaneciera bajo arresto—. El capitán Falco parece estar sufriendo serias dificultades con sus aptitudes de juicio y de mando. Los informes preliminares de esas naves que sobrevivieron al combate en Vidha indican que fue incapaz de ofrecer un liderazgo efectivo. Por su propia seguridad, y por la de



las naves de esta flota, el capitán Falco debe permanecer bajo custodia.

Muchos de los oficiales parecían descontentos, algunos se estremecieron visiblemente ante la noticia, pero al parecer nadie estaba dispuesto a contradecir lo que Geary había dicho. No obstante, extrañamente el capitán Falco solo respondió frunciendo el ceño en uno de sus gestos acostumbrados.

—La victoria sigue estando a nuestro alcance si actuamos con osadía. Esta flota necesita mi liderazgo. La Alianza necesita mi liderazgo. —Esta afirmación fue acogida con un silencio—. Cuando los síndicos lleguen a este sistema, podremos estar preparados para ellos.

Geary miró a los demás oficiales antes de contestar.

—Capitán Falco, las fuerzas síndicas que venían persiguiendo a las naves que lo acompañaban ya han llegado. Esta flota las ha destruido. No me explico que no sea consciente de este hecho.

¿En qué estaba pensando Falco? Una cosa era el carisma, y la confianza era muy importante, pero ¿hablar como si la historia reciente ni siquiera hubiera tenido lugar?

Falco parpadeó y volvió a tomar la palabra.

—Bien. Exactamente como yo lo había planeado. Evaluaré el comportamiento de todas las naves en la batalla y emitiré distinciones y promociones en el caso que proceda. —El capitán Falco miró en torno suyo frunciendo el ceño una vez más—. ¿Por qué estamos celebrando esta reunión en el *Intrépido*? La *Guerrera* sigue siendo el buque insignia de la flota —afirmó—. ¿Dónde está el capitán Exani?

A Geary le costó un rato acordarse de que Exani había estado al mando de la *Triunfante*.

—Lo más probable es que esté muerto.

—Entonces, la *Triunfante* necesitará un nuevo oficial al mando —se limitó a sentenciar Falco dedicándoles a todos los presentes otra sonrisa, esta vez entristecida, pero resuelta—. Que cualquier oficial que aspire al mando contacte conmigo después de esta reunión.

—Que nuestros antepasados nos asistan —susurró alguien.

El capitán Duellos habló en un tono lúgubre.

—Me temo que el capitán Falco está más afectado de lo que sospechábamos.

Geary habló con tacto.

—Capitán Falco, la *Triunfante* fue destruida mientras cubría la retirada de las naves que lo acompañaban a usted del sistema estelar Vidha.

Falco parpadeó al tiempo que su sonrisa se desdibujaba.

—¿Vidha? Yo no he estado en Vidha. Eso está muy metido en el sistema interior síndico. ¿Por qué estaba allí la *Triunfante*?

Aquello suscitó unos cuantos gestos de sorpresa en la mesa.

—Lo estaba siguiendo a usted —afirmó cortante el capitán Tulev.

—No —lo corrigió Falco; entonces permaneció allí de pie un instante, en silencio, antes de decir sencillamente—: Necesito dirigirme al senado de la Alianza. Hay un modo de ganar esta guerra y yo puedo hacerlo.

Geary experimentó un cierto sabor amargo al activar un circuito especial para hablar con los guardias de la Marina de la *Guerrera*.

—Aparten al capitán Falco de la reunión y devuélvanlo a su habitación.

La figura de Falco, con el ceño nuevamente fruncido, desapareció. Geary cerró los ojos brevemente. ¿Cómo iba a procesar a un hombre que había perdido la cordura tan claramente? Duellos tenía más razón de lo que pensaba cuando dijo que Falco se vendría abajo cuando se enfrentara a la ruina de los sueños que debieron de mantenerlo a flote en el campo de trabajo síndico. La fantasía y la realidad se habían visto las caras en Vidha y, cuando la fantasía se desmoronó, la realidad de Falco también se había hecho pedazos. Tal vez Falco no pudo hacer frente al hecho de que él no era el salvador de la Alianza.

Por muy doloroso que fuera ser testigo del comportamiento de Falco, al menos había dejado claro delante de todos que el capitán Falco, *el Aguerrido*, no estaba en condiciones de ejercer el mando.

Al volver a abrir los ojos, Geary se concentró en Kerestes, Numos y Faresa.

—¿Ustedes tres tienen algo que decir?

Numos contestó con su acostumbrada arrogancia.

—Seguimos órdenes de un oficial superior. No hemos hecho nada malo. Nada que justifique todo esto.

—¿Nada? —Geary sintió un brote de la rabia que mantenía a flor de piel—. Usted sabe muy bien que el capitán Falco no formaba parte de la jerarquía de mando de esta flota. Sabía que la flota procedía hacia Sancere. Oyó mis órdenes de reincorporarse a la flota.

—El capitán Falco nos informó de que estábamos participando en una maniobra de distracción y que cualquier orden que usted nos diera formaba parte de ello —respondió Numos—. Insistió en que debíamos mantener el secreto y compartirlo únicamente con los capitanes de los acorazados.

La voz del capitán Tulev sonó tan fría como el vacío que había entre las estrellas.

—De los cuales todos han muerto excepto ustedes tres, y el hombre que según ustedes afirman que les dijo todo eso está loco. Qué apropiado.

Numos parecía estar realmente ofendido.

—No teníamos forma de saber que un oficial superior había perdido el sentido de la realidad y seguimos sus órdenes tal y como era nuestra obligación. ¿Cómo se atreven a cuestionar mi honor?

—¿Su honor? —inquirió Geary sabiendo con toda certeza la aspereza con la que había sonado aquello—. Usted no tiene honor. No solo ha quebrantado su

compromiso con la Alianza, no solo ha violado las órdenes frente al enemigo, sino que ha mentido al respecto, contando con los labios sellados de sus compañeros muertos y la mente desquiciada de otro oficial para proteger su mentira.

—Exigimos un consejo de guerra —insistió la capitana Faresa, hablando por primera vez y con una expresión incluso más avinagrada de lo que Geary recordaba—. Es nuestro derecho según las leyes de la Alianza.

—¿Un consejo de guerra? —dijo pasmado el capitán Duellos—. ¿Para poder proclamar su inocencia basándose en las órdenes secretas que supuestamente les dio el capitán Falco? ¿Para poder negar su responsabilidad compartida por lo que les ha sucedido a veintiséis buques de guerra de la Alianza? ¿Para poder negar cualquier implicación en las muertes de sus tripulaciones? ¿Es que no tienen vergüenza?

—No tenemos nada de que avergonzarnos —sentenció Numos haciendo gala de su antiguo orgullo.

—Debería hacer que les pegaran un tiro ahora mismo.

Geary tardó un momento en darse cuenta de que había sido él quien había pronunciado esas palabras. Y en ese mismo instante supo que podía hacerlo. Los oficiales acusados de motín ante el enemigo encontrarían pocos defensores y ningún amigo cuando estuvieran de vuelta en el espacio de la Alianza. Por lo menos, Numos y Faresa parecían haberse quedado sin amigos aquí, aunque Geary sabía por su amarga experiencia que los amigos de gente como Numos podían esconderse de su vista. Pero no eran como Falco, que tenía una reserva de idolatría heroica del pasado y actualmente generaba un torrente de horror y lástima que podía granjearle la compasión de muchos.

Podía hacerlo, podía dar la orden. Ni siquiera tenía que preocuparse por un consejo de guerra, y mucho menos por un juicio. Esto era el campo de batalla. Como comandante de la flota podía ordenar un juicio sumarísimo. ¿Quién podía tratar de detenerlo aquí y ahora? Y cuando llevara de vuelta a esta flota a la Alianza sana y salva, ¿quién iba a poner en duda ninguno de sus actos? ¿Quién iba a cuestionar sus decisiones cuando él y solo él había llevado a la flota de vuelta a casa? Nadie en la Alianza se atrevería.

Podía hacer que le pegaran un tiro a Numos. Y a Faresa. Quizá también a Kerestes, aunque el hombre no parecía valer ni una bala. Nadie podía detenerlo. Numos tendría lo que se merecía. Se haría justicia y se haría rápido, y al cuerno con las sutilezas legales.

Era tentador porque parecía de lo más correcto y porque era lo que su ira quería que hiciera.

Geary respiró lenta y profundamente. *De modo que esto sería vivir como Black Jack Geary. Hacer lo que quiera. Crear mis propias reglas. Soy un héroe. El héroe de la Alianza. El héroe de esta flota. Y tengo tantas ganas de que Numos y Faresa*

paguen...

*¿Tantas ganas como para llegar a usar la clase de poder que juré que nunca ejercería? ¿Tantas como para actuar igual que un general síndico? ¿Tantas como para convertirme en el hombre que Victoria Rione creía que era? ¿Es eso a lo que se reducen todos los sermones que les he dado a estas gentes acerca de lo que es honorable? ¿A acabar por romper las normas porque puedo cuando el motivo me parece lo suficientemente válido? Por lo menos Falco creía verdaderamente que podía saltarse las normas porque era especial y el único que podía salvar a la Alianza. Yo ni siquiera tendría esa excusa. Estaría haciéndolo porque otros piensan que soy especial cuando ni siquiera yo me lo creo.*

Miró al otro extremo de la mesa, adonde Rione estaba sentada. Lo estaba observando con el rostro vacío de expresión, pero sus ojos se clavaban en él como una batería de lanzas infernales. Ella sabía lo que estaba pensando, sabía lo que estaba sintiendo.

Geary no miró a Numos, no estaba seguro de poder abstenerse de dar una orden de ejecución si seguía contemplando el repugnante orgullo de Numos.

—No lo haré. Hay que tratar este asunto conforme a la letra y el espíritu de las normas de la flota. Se presentarán cargos. Si hay ocasión, se llevarán a cabo consejos de guerra antes de que regresemos al espacio de la Alianza. Si no, se les entregará a las autoridades de la Alianza con un pliego de cargos firmado por mí.

—Exigimos que se nos libere —insistió Faresa—. Esta detención ilegal carece de base.

—No tiene a la suerte —advirtió Geary al tiempo que caía en la cuenta de que tanto Numos como Faresa probablemente obtendrían una última satisfacción si conseguían que comprometiera sus principios al hacer que los ejecutaran. *Eso no lo vais a conseguir. No os voy a dar ese gusto. Hoy no. Todos los días me levantaré y me iré a acostar sabiendo que podría hacerles pagar por ello. Que mis antepasados me ayuden a no caer en la tentación de clamar venganza sobre estos dos y ese idiota de Kerestes.*

—Sus manos están manchadas con la sangre de la Alianza —los acusó Geary—. Si tuvieran honor, renunciarían a su mando avergonzados. Si tuvieran coraje, se habrían quedado y habrían dejado que la *Triunfante* escapara.

Ahora estaba usando su poder para intimidarlos, mientras tenían detrás a los guardias de la Marina y no tenían más remedio que aguantar. El abuso de poder era algo condenadamente fácil. Con un llamamiento a los marines que custodiaban a Numos, Faresa y Kerestes, Geary los hizo retirarse del circuito de la reunión.

Entonces se tomó un instante para pasarse la mano por el pelo, con la mirada clavada en la superficie de la mesa y procurando que su rabia se diluyera. Al levantar de nuevo la vista para mirar a sus oficiales, Geary habló con lo que él pensaba sería

un tono de voz calmo.

—Tardaremos un poco en evacuar la *Invencible* como es debido. Su tripulación se ha comportado de un modo extraordinario. La *Invencible* y su tripulación recibirán una mención de la flota por su valiente acción antes de que la tripulación sea evacuada y la nave abandonada. Después volaremos los restos para evitar que caiga en manos enemigas. Lamento profundamente la pérdida de esta nave, así como la de las otras naves que se han perdido recientemente. Quiero que estemos preparados para abandonar este sistema estelar mañana, dependiendo de la disponibilidad de la *Guerrera*, la *Majestuosa*, la *Orión* y las unidades ligeras que han resultado damnificadas en el momento de emprender el salto. Me gustaría que se me informase de cualquier problema en cualquiera de esas naves que nos impida marcharnos. Nuestro objetivo será Tavika. ¿Alguna pregunta?

Una comandante con el rostro angustiado habló con calma.

—¿Cuáles son sus intenciones respecto a los oficiales al mando de las otras naves que acompañaron al capitán Falco, señor?

Geary observó a la mujer. La comandante Gaes, del *Lorica*, uno de los cruceros pesados que habían sobrevivido. Su nave había permanecido junto a la *Invencible* mientras la nave renqueaba para ponerse a salvo.

—¿Usted qué cree que debo hacer?

La mujer abrió y cerró la boca un par de veces antes de lograr responder:

—Hacernos responsables de nuestras acciones, señor.

—¿Cómo de terrible fue lo de Vidha? —preguntó Geary.

La comandante Gaes se mordió el labio y apartó la mirada un instante.

—Fue espantoso. La superioridad fue arrolladora. Ya habíamos perdido dos cruceros ligeros y un destructor en un punto de salto minado de camino a Vidha. En cuanto llegamos allí, perdimos cuatro naves más por minas justo en el punto de salto, y la *Polaris* sufrió tantos daños que no pudo seguir operativa. Los síndicos estaban haciendo barridos. Nosotros solicitábamos órdenes, pero no llegaban. La *Triunfante* nos dijo que huyéramos mientras ellos ejercían de escolta; de no ser así, ninguno de nosotros habría logrado salir de allí. —Calló por un instante—. Mi segundo de a bordo está listo para asumir el mando de mi nave.

Gaes no era menos culpable que Numos, probablemente, pero tenía la valentía de aceptar las consecuencias. Y se había quedado con la *Invencible*, haciendo todo lo que estaba en la mano de un crucero pesado dañado para proteger a su nave hermana averiada.

—Aún no —respondió Geary—. Ha cometido un grave error, al igual que los comandantes de las demás escoltas. A diferencia de ciertos capitanes de la flota, está dispuesta a admitirlo y a asumir la responsabilidad por sus acciones. Asimismo, ha tenido el coraje y el honor de permanecer junto a la *Invencible*. No lo paso por alto.

Por esa razón, estoy dispuesto a darle otra oportunidad. ¿Se mantendrá fiel a esta flota a partir de ahora, comandante Gaes?

Ella asintió.

—Sí, señor.

—Entonces demuéstrenme lo buenos comandantes que pueden ser usted y los demás. No voy a mentir y decir que no estaré más pendiente de ustedes que del resto. ¿Podrán vivir con eso?

Gaes le devolvió la mirada a Geary, con una expresión de angustia todavía pintada en el rostro.

—Voy a tener que vivir con los recuerdos de Vidha, señor.

—Cierto. Espero que eso los convierta a usted y a los demás en mejores oficiales. Si usted o alguno de los otros se sienten incapaces de asumir la responsabilidad del mando, comuníquenmelo. En caso contrario, siga sus órdenes, comandante Gaes.

Ella asintió.

—Lo haré.

—Entonces, los veré a todos en Tavika.

Geary esperó hasta que las imágenes de todos los oficiales se desvanecieron velozmente. La imagen de Rione desapareció tan rápido como las de los demás. Desjani, sacudiendo la cabeza y mirando a Geary con complicidad, salió con una breve disculpa acerca de las funciones a las que tenía que atender.

En poco rato, solo quedó la imagen del capitán Duellos.

—Nunca he sido un gran fan del capitán Falco, pero es triste de ver, ¿no cree?

Geary asintió.

—¿Cómo se le hace justicia a un hombre que ha dejado de vivir en este mundo?

—Quizá los médicos de la flota consigan curar su enfermedad.

—¿Curarlo para que podamos procesarlo? ¿Curarlo para que él pueda emplear sus aptitudes para desafiar otra vez al mando de la flota? —Geary sonrió con tristeza—. ¿O curarlo para que se dé cuenta de lo que les ha hecho a las naves y a las tripulaciones que lo siguieron? Eso sería una forma de venganza, ¿no? ¿Reconocería y aceptaría Falco algún día su culpa? ¿O lo racionalizaría todo para sacudírselo de encima?

—No voy a fingir que sé lo que sería justo en un caso como este —señaló Duellos—. Pero el capitán Falco ha estado viviendo en un universo centrado en sí mismo durante mucho tiempo. Y con algún tipo de devoción hacia la Alianza también, por descontado, pero, en la mente de Falco, él y la Alianza son una misma cosa. No creo que vaya a ser capaz de comprender su papel en la pérdida de esas naves.

—¿Y qué me dice de los demás? —inquirió Geary.

—Despreciables, ¿verdad? —advirtió Duellos con una amarga expresión en el rostro—. Tal vez ese pequeño número que han montado intentando eludir toda

responsabilidad por sus actos elimine los remanentes de su apoyo. Pero quizá no. Algunos encuentran el modo de sortear cualquier obstáculo. Creo que ha manejado bien a Kerestes, Numos y Faresa, pero en lo que respecta a los comandantes de los buques de guerra ligeros, debería saber que no todos parecen haber aprendido la lección como lo ha hecho la comandante Gaes.

—Lo sé. Estaré pendiente de ellos. Es solo que odio despedir comandantes en masa. Eso es más propio de los síndicos.

—A veces es necesario. —Duellos hizo una pausa y miró a Geary con gesto inquisitivo—. Pero me imagino que pecó de compasivo después de estar a punto de pecar de vengativo.

Geary trató de mantener a raya un dolor de cabeza.

—¿Lo notó?

—Lo noté. No sé cuántos más lo habrán hecho. En ese punto, decididamente tomó la decisión acertada. También le digo que por un momento hasta estuve preparado para ofrecirme voluntario para formar parte del pelotón de fusilamiento de Numos y Faresa.

—Gracias. —Geary observó el visualizador del sistema que seguía flotando por encima de la mesa—. ¿Cómo es que la gente como el comandante y la tripulación de la *Terrible* muere, mientras que gente como Numos y Faresa sobrevive?

—Me temo que la respuesta a esa pregunta escapa a mi conocimiento —confesó Duellos—. Lo que sí sé es que esta noche voy a hablar con mis antepasados sobre ese tema.

—Yo también. Que ellos nos otorguen la sabiduría que necesitamos.

—Y el consuelo. Si empieza a concentrarse demasiado en los que murieron allí, capitán Geary, recuerde a los tripulantes que han sobrevivido a esta batalla y en los que escaparon del sistema interior síndico bajo su mando.

—Cree que eso lo compensará, ¿no es cierto? —afirmó Geary—. Pero no es así. Cada nave, cada tripulante que perdemos es un golpe.

—Y, sin embargo, es lo que tenemos que hacer. —Duellos saludó con un gesto y se fue.

Exactamente dieciséis horas más tarde, Geary contemplaba su visualizador mientras los restos a la deriva de la *Invencible* estallaban haciéndose añicos después de que su núcleo energético se sobrecargara. No habría trofeo para los síndicos, y al menos los miembros de la tripulación que habían sobrevivido habían sido transferidos a otras naves sanos y salvos; era, no obstante, un momento triste que evocaba el destino de la *Terrible*.

—Aviso a todas las unidades, aceleren a cinco centésimas de la velocidad de la luz y adopten rumbo uno tres grados descendente, dos cero grados a babor a las cinco uno.

Era la hora de dirigirse al punto de salto de Tavika, la hora de despedirse de Ilión.

Tenía que dejarse ver por la nave, hacerle saber a la tripulación que agradecía sus esfuerzos y que se preocupaba por ellos, aun cuando su bienestar era principalmente responsabilidad de la capitana Desjani. Geary recorrió los pasillos lentamente, intercambiando breves felicitaciones, deteniéndose de vez en cuando para entablar pequeñas conversaciones con tripulantes que parecían atreverse a creer en serio que conseguirían llegar a casa. Su fe en él seguía siendo desconcertante, pero, por lo menos, para Geary era un consuelo saber que mientras él había cometido un buen número de errores, también era cierto que los había llevado muy lejos haciendo frente a una serie de obstáculos muy serios.

Escuchó unas voces débiles, pero que parecían muy exaltadas. Geary dobló la esquina y vio a la capitana Desjani y a la copresidenta Rione frente a frente en medio de un pasillo desierto, con una expresión intensa en sus rostros. En cuanto él apareció, ambas guardaron silencio.

—¿Ocurre algo?

—No, señor —replicó Desjani tajante—. Un asunto personal. Con su permiso, señor.

Ejecutó un saludo preciso y se alejó apresuradamente.

Geary miró ahora a Rione, cuyos ojos entornados se habían clavado en la espalda de Desjani.

—¿Qué sucede?

Rione lo miró con una expresión más suave y ocultando cualquier emoción.

—Ya ha oído a su oficial, capitán Geary. Un asunto personal.

—Si tiene algo que ver conmigo...

—No pensará que nos estábamos peleando por usted, ¿verdad, capitán Geary? —preguntó Rione con sorna.

Geary sintió que se estaba irritando.

—No. Pero tengo el derecho y la responsabilidad de saber si existe alguna hostilidad entre la capitana Desjani y tú.

Rione tenía otra vez esa mirada fría en el rostro que no delataba ningún sentimiento.

—Oh, no, capitán Geary. La capitana Desjani y yo tenemos una relación inmejorable.

Lo dijo de un modo que sonó a mentira, y él sabía que Rione lo había hecho a propósito. No obstante, Geary no consiguió imaginar por qué motivo.

Trató de controlarse.

—Victoria...

Ella alzó una mano para adelantarse a él.



—La copresidenta Rione no tiene nada más que añadir sobre este asunto. Si no está dispuesto a dejar las cosas como están, tendrá que interrogar a su capitana. Buenos días, capitán Geary.

Rione dio media vuelta y se alejó con una rigidez en sus movimientos que delataba su enfado, y que Geary pudo identificar gracias al tiempo que habían pasado juntos.

Todavía quedaban varias horas para llegar al punto de salto hacia Tavika y ya tenía un problema nuevo al que enfrentarse. Pero, ¿cuál era el problema?. Últimamente Desjani parecía haber acogido a Rione, si bien no de forma cordial, al menos sí con una cierta tolerancia. Por otra parte, desde la reunión de la flota, Rione se las había arreglado para darle esquinazo. Geary aún no sabía qué pensaba ella acerca de los acontecimientos que habían tenido lugar durante la reunión, y desde entonces, en las breves conversaciones que había mantenido con Rione, ella había alegado que estaba ocupada investigando y con otras tareas.

Geary llegó a su camarote, se sentó y se quedó un rato contemplando el visualizador estelar antes de pulsar el control de comunicación interna.

—Capitana Desjani, le agradecería que se pasara por mi camarote cuando le sea posible.

—Ahora mismo bajo, señor —respondió Desjani con un tono de lo más profesional que no dejaba entrever nada. En pocos minutos estaba allí, con una actitud tranquila pero con cierta desazón en la mirada.

—Siéntese, por favor —le ofreció Geary. Desjani, tensa, tomó asiento con la espalda muy recta, sin relajarse ni un ápice. A pesar de que normalmente permanecía atenta cuando se encontraba en su camarote, esta vez se mostraba mucho más agarrotada—. Lo siento si me estoy metiendo donde no me llaman, pero necesito preguntárselo otra vez. ¿Podría decirme sobre qué discutían la copresidenta Rione y usted?

Ella miró por encima de su hombro con el rostro imperturbable.

—Con el debido respeto, preferiría no responder, señor, dado que el asunto es de carácter personal.

—Está en su derecho —convino Geary con contundencia—. Pero debo insistir en saber una cosa. Se trate de lo que se trate, ¿podrá seguir trabajando con la copresidenta Rione de manera eficiente?

—Le aseguro que estoy completamente capacitada para llevar a cabo todas mis funciones con profesionalidad, señor.

Él asintió dejando traslucir cierto descontento.

—No puedo pedir más. Por favor, infórmeme si cree que eso puede cambiar, y por favor, si en un futuro considera que el asunto sobre el que estaban discutiendo podría afectar a la seguridad y el bienestar de esta flota y de su personal, estime

oportuno darme cuenta de ello.

Desjani asintió a su vez, controlando aún su expresión.

—Sí, señor.

—Comprenda que me encuentro en una situación muy incómoda.

—Lo siento, señor.

—Muy bien, entonces.

Geary estaba a punto de decirle a Desjani que podía retirarse cuando la puerta de su camarote se abrió y Rione entró, poniendo claramente de manifiesto, ya fuera deliberadamente o sin advertirlo, que tenía acceso personal al habitáculo de Geary. Era toda una coincidencia que Rione hubiera escogido precisamente ese momento para volver a visitar su camarote, después de haberlo evitado desde la reunión.

Rione los miró desapasionadamente.

—¿Interrumpo algo?

Desjani se levantó y le devolvió el mismo gesto.

—En absoluto, señora copresidenta. Ya me marchaba.

Geary las observó, fascinado a su pesar. Era como ver a dos cruceros de batalla rodeándose mutuamente, con todos los escudos a la máxima potencia, todas las armas listas para disparar, pero manteniendo un férreo control sobre cada uno de sus movimientos para que la situación no degenerara en un baño de sangre. Y no tenía ni la más remota idea de por qué las dos se hallaban al borde de la hostilidad.

—Gracias, capitana Desjani —dijo delicadamente, preguntándose si una palabra mal elegida por su parte podría dar rienda suelta al fuego a discreción. No era lo bastante egoísta para pensar que aquellas dos mujeres se estaban peleando por él, lo cual lo dejaba desorientado en cuanto a lo que podía haber sucedido entre ellas.

Desjani salió y en cierto modo dio la sensación de que la escotilla se cerraba con más fuerza de la habitual detrás de ella. Geary exhaló pesadamente y miró a Rione.

—Tengo muchas cosas de las que preocuparme, ¿sabes?

—Eso lo he notado más de una vez —aceptó Rione con el mismo tono distante.

Geary la estudió por un instante, preguntándose cómo podría asumir esa actitud tanto familiar como desconocida, algunas veces al mismo tiempo.

—¿Quién está aquí ahora mismo? ¿Estoy hablando con Victoria o con la copresidenta Rione?

Ella volvió a mirarlo con frialdad.

—Eso depende. ¿Estoy hablando con John Geary o con *Black Jack* Geary?

—Sigo siendo John Geary.

—¿De verdad? El otro día vi a *Black Jack*. Estaba preparándose para ordenar que le pegaran un tiro a alguien. Quería hacerlo.

—No era el único. —Geary apartó la vista—. Tal vez viste a *Black Jack*. Pero *Black Jack* no tomó ninguna decisión.

—Estuve cerca, ¿no es así? —Rione mantenía las distancias, una separación tanto física como emocional—. ¿Qué se siente al saber lo que podrías hacer si quisieras?

—Da miedo.

—¿Solo eso?

Geary tomó una lenta y profunda bocanada de aire y la expulsó despacio, recuperando los sentimientos que lo habían inundado en aquel momento.

—Sí. Me di un susto de muerte, porque era muy atractivo. Porque quería que esos idiotas pagaran por lo que habían hecho y sabía que podía salirme con la mía si quería. Y saber que podía salirme con la mía me dio miedo. —Geary clavó sus ojos en Rione—. ¿Y qué sientes tú?

—¿Yo? —Rione sacudió la cabeza—. ¿Por qué iba a sentir nada?

—¿Eso significa que hemos terminado? ¿Has venido a decirme eso? ¿Por eso me has evitado desde la reunión?

—¿Terminado? —parecía que Rione necesitaba un minuto para pensarse la pregunta. Entonces volvió a hacer un gesto de negación—. No. Hay... algunos asuntos que tengo que solucionar. Sin embargo, quiero estar cerca de John Geary. Creo que puede necesitarme.

—¿Y qué hay de *Black Jack*? —preguntó Geary recordando que Rione había dejado claro que, por encima de todo los demás, debía fidelidad a la Alianza, y no a él.

—Si vuelve a aparecer, también me gustaría estar cerca. —Lo dijo tranquilamente, en un tono que seguía careciendo prácticamente de emoción, y con los ojos fijos en los de Geary.

*¿Para salvaguardar mi honestidad?, se preguntó. ¿O para asegurarte de que te encuentras en una posición privilegiada para sacar rédito del poder que Black Jack no dudaría en utilizar?*

*¿O para cerciorarte de que Black Jack no perjudica a la Alianza clavándole un cuchillo mientras duerme? ¿Alguna vez me imaginé que me acostaría con una mujer que literalmente podría matarme si pensara que es lo mejor para todo aquello en lo que cree? ¿Cosas en las que también yo creo?*

*Por lo menos de este modo yo también puedo mantenerla vigilada.*

—Queda mucho camino hasta llegar al espacio de la Alianza —afirmó Geary—. Pero llegaremos, no importa lo mucho que nos acosen los síndicos. Esta flota volverá. Y el capitán John Geary regresará. Cualquier ayuda que puedas ofrecer será siempre bienvenida. Tu compañía también es siempre bienvenida.

Al menos, casi siempre.

—Ahora creo que esta flota logrará regresar —aceptó Rione con voz sosegada—. Veremos si John Geary lo consigue.

# Fearless

## **Praise for the novels of JACK CAMPBELL**

“Jack Campbell has written the most believable space battles I’ve ever seen anywhere. He takes distances and relativity into consideration to a degree I’ve never seen before.”

—David Sherman, coauthor of the Starfist series

## **Praise for THE LOST FLEET: DAUNTLESS**

“A rousing adventure.”

—William C. Dietz

“Jack Campbell’s dazzling new series is military science fiction at its best. Not only does he tell a yarn of great adventure and action, but he also develops the characters with satisfying depth. I thoroughly enjoyed this rip-roaring read, and I can hardly wait for the next book.”

—Catherine Asaro, Nebula Award–winning author of Alpha

“A slam-bang good read that kept me up at night...A solid, thoughtful, and exciting novel loaded with edge-of-your-seat combat.”

—Elizabeth Moon,

Nebula Award–winning author of Engaging the Enemy

To Stanley Schmidt,  
a great editor, a great writer, and a very decent human being.  
Thanks for helping so many writers, including myself,  
become better at our work.  
And I have no doubt that despite this dedication,  
Stan will continue rejecting anything I send him  
that doesn't meet his standards.

For S., as always.

## ACKNOWLEDGMENTS

I'm indebted to my editor, Anne Sowards, for her valuable support and editing, and to my agent, Joshua Bilmes, for his inspired suggestions and assistance. Thanks also to Catherine Asaro, Robert Chase, J. G.

(Huck) Huckenpöhler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk, and Constance A. Warner for their suggestions, comments, and recommendations. Thanks also to Charles Petit for his suggestions about space engagements.

# ONE

SHIPS appeared against the black of space, squadrons of destroyers and light cruisers flashing into existence, followed by groups of heavy cruisers, then the divisions of battle cruisers and battleships, massive platforms for the deadliest weapons mankind had been able to create. In the distance a bright speck of light marked the star humanity had named Sutrah, so far away that the people living on the worlds near that star wouldn't see the light announcing the Alliance fleet's arrival for almost five hours yet.

The Alliance fleet, which had jumped into normal space here, appeared to be incredibly powerful as its formations fell toward Sutrah. It seemed impossible that something so strong could fear anything. But the Alliance fleet was running for its life, and Sutrah, deep within the enemy territory of the Syndicate Worlds, was but a necessary stepping stone on the way to ultimate safety.

"WE have detections of Syndicate Worlds light warships at ten light-minutes, bearing ten degrees down to starboard."

Captain John "Black Jack" Geary sat in the fleet commander's seat on the bridge of the Alliance battle cruiser Dauntless, feeling over-tensed muscles slowly relax as it became apparent he'd once more guessed right. Or the Syndicate fleet commanders had guessed wrong, which was just as good. No minefields had awaited the Alliance fleet as it exited from the jump point, and the enemy warships so far spotted posed no real threat to his fleet.

No, the major threat to his ships remained inside the fleet itself.

Geary kept his eyes on the three-dimensional display projected before him, watching to see if the neat ranks of the Alliance formation would dissolve into chaotic pursuit of the Syndic ships as discipline gave way to a desire to get in on a kill.

"Captain Desjani," he directed the commanding officer of the Dauntless. "Please broadcast a demand to those Syndicate warships to surrender immediately."

"Yes, sir." Tanya Desjani had learned to hide her reactions to Geary's old-fashioned and (to the thinking of modern times) softhearted concepts like granting the option of surrender to an enemy force that could be easily destroyed.

He had slowly learned why she and the others in the fleet felt that way. The Syndicate Worlds had never been known for the humanity of their rulers or for concepts like individual freedom and justice that the worlds of the Alliance held dear. The unprovoked, surprise attacks by the Syndics, which had started this war, had left a bitter taste that still lingered, and over the century since then, the Syndics had taken the lead in a race to the bottom when it came to win-at-any-price tactics. Geary had been shocked to learn that the Alliance had come to match the Syndics atrocity for

atrocities, and even though he now understood how that had happened, he would never tolerate it. He insisted on abiding by the old rules he'd known, rules that tried to control the rage of war so that those fighting it didn't become as bad as their enemies.

Geary checked the system display for at least the tenth time since sitting down. He'd already memorized it before then. The jump point his fleet had exited was just under five light-hours from Sutrah. Two worlds in the system were inhabited, but the nearest of those to the fleet was only nine light-minutes from the star. It wouldn't see the arrival of the Alliance fleet in this system for another four and a half hours.

The other inhabited world was slightly farther away from the fleet, a mere seven and a half light-minutes from Sutrah. The Alliance fleet wouldn't have to go close to either as it transited Sutrah Star System en route to another jump point on the other side from which it could make the leap to another star.

Around the depiction of the Alliance fleet on the system display, an expanding bubble marked the area in which something like a real-time picture of events could be evaluated. Right now, the fleet could see what the closest inhabited world had looked like four and a half light-hours ago. That was a comfortable margin, but it also allowed a lot of time for unanticipated events to pop up and surprise you when the light from them finally arrived. The star Sutrah itself could've exploded four hours ago, and they wouldn't see the light from the event for almost another hour.

"Red shift on the Syndic ships," a watch-stander announced, unable to keep disappointment out of his voice.

"They're running," Desjani added unnecessarily.

Geary nodded, then frowned. The massively outnumbered Syndic force they'd encountered at Corvus had nevertheless fought, with only one ship ultimately surrendering but three others annihilated. The Syndic commander there cited Syndic fleet regulations as requiring that suicidal action. Why are the Syndics here behaving differently? "Why?" he asked out loud.

Captain Desjani gave Geary a surprised look. "They're cowards."

Geary managed not to snap out a forceful reaction. Desjani, like so many of the other sailors and officers in the Alliance, had been fed propaganda about the Syndic enemy for so long that they believed it all, even when it didn't make sense. "Captain, three of the Syndic ships at Corvus fought to the death. Why are these running?"

Desjani frowned in turn. "Syndics follow orders rigidly," she finally declared.

That was a fair assessment, reflecting everything Geary had once known and what he'd seen now. "Then they've been ordered to run."

"To report on our arrival in Sutrah System," Desjani concluded. "But what's the point of that? If they've got light units posted at the other jump points, and we can see that as of a few hours ago they did, what advantage do they gain by having someone right here? Their report still goes out at light speed, and since they can't get



through us to the nearest jump point, they won't be able to jump out quickly."

Geary brooded over the display. "True enough. So why?" He took another look at his fleet's formation, still holding together, and breathed a prayer of thanks to the living stars. "Wait a minute." Within a solar system, directional references were always made to the world outside a ship so other ships could understand them. Anything above the plane of the system was up, anything below it down. The direction toward the sun was right, or starboard, (or even starward as some urged), while the direction away from the sun was left, or port. Using that standard convention, the Syndic light warships had been below the position of his fleet and were now fleeing up and slightly to the left. Why would they run in a way that brought them closer to his fleet? Unless running in that way had another purpose.

Geary drew an intercept line from his ships to the Syndics, the curving course tracing through a region the Syndics hadn't gone through. "Get me a real good look at this area. Fast."

Desjani gave Geary a startled glance but passed the order on. Geary was still waiting for the reply when he saw three destroyers and a heavy cruiser suddenly break formation, leaping forward under full acceleration to intercept the fleeing Syndics. No! You fools! Without waiting another moment, Geary keyed the fleet command circuit. "All units, alter course up three zero degrees. I say again, up three zero degrees. Immediate execute. There are mines along our projected track."

He took a moment to identify the units that had broken formation. "Anelace, Baselard, Mace, Cuirass!

Break up from your current course immediately! Up three zero degrees. You are entering a minefield."

Then all Geary could do was stare at the display. The Alliance fleet was spread across light-minutes of distance. The farthest ships wouldn't receive his order for another two minutes. The ones in greatest danger, those three destroyers and the cruiser Cuirass, wouldn't hear it for at least a minute. At full acceleration they'd cover a lot of ground in that minute.

A watch-stander on the bridge of Dauntless was making her report in a loud voice. "Anomalies detected along the track indicated. Assess better than eighty percent probability of stealth mines in the area.

Recommend avoidance course now."

Desjani held up a hand to acknowledge the report, then gazed at Geary, her eyes filled with admiration.

Geary realized that the eyes of the other officers and sailors on the bridge reflected the same amazement as well as the hero worship he really hated seeing, even after months of it. "How did you know, Captain Geary?" Desjani asked.

"It was just too obvious," he explained, shifting uncomfortably in his seat under

the regard of the other officers on the bridge. “The warships positioned far enough from the jump point to avoid incoming enemies but close enough to warn off friendly shipping. Then that course they took, which seemed aimed at taking us through a certain area when we pursued.” He left off something they both knew, that if this fleet had been the same one he’d brought into Corvus, most of his ships would be rushing headlong into that minefield right now, instead of only four lighter units.

The widespread formation of the Alliance fleet began bending in the middle as the nearest ships reacted to the order, then as the order reached farther ships, they responded, too. The overall image almost resembled a manta ray, Geary realized, flexing up in the middle with the “wings” still drooping lower.

He waited, seeing the three destroyers and the cruiser maintaining their courses, as if the pursuit was all that mattered. Geary checked the time. Five minutes had passed. Give it one minute for the order to arrive at the speed of light, then another minute for him to finally see whatever course change the ships started. That left three minutes, which was way too slow a response in an emergency. “Anelace, Baselard, Mace, Cuirass! Alter course upward immediately, maximum turn. We’ve detected a minefield across your tracks. Acknowledge order and start turn immediately!”

Another minute. “How far away are they from those anomalies?” Geary asked, trying to keep his voice level.

“On current track,” Desjani tapped her own controls rapidly, running the calculation, “they’ll be in among them in thirty seconds.” Desjani’s voice was calm, disciplined. She had seen a lot of Alliance ships die, a lot of Alliance sailors die, in her fairly short career. Geary had only gradually learned that, and realized that now Desjani was drawing on her experience to numb herself to what seemed inevitable.

Thirty seconds. Too late to even try broadcasting another order. Geary knew some of the commanding officers in his fleet weren’t really qualified for command, knew that many others still clung to the idea of all-out glorious charges into the enemy without hesitation or thinking. It would be a long time before he could, hopefully, teach those warriors the value of fighting wisely as well as bravely. But even knowing that, Geary wondered what insanity had led those four captains to ignore his orders and his warning about the minefield. Their minds must be fixed on their chosen targets, oblivious to anything else as they tried to close to engagement range.

Maybe the ships would survive in the minefield long enough for another warning to work. Trying to keep his voice from betraying desperation, Geary called them again. “Anelace, Baselard, Mace, Cuirass, this is the fleet commander. You are entering a confirmed minefield. Alter course up immediately. Maximum turn.”

They were entering the minefield now, he knew. The light from the four ships was half a minute old, so the ships that he could see proud and intact were already in the minefield, might already have hit mines.

All he could do was stare at the display, waiting for the inevitable, knowing there was nothing that could save the crews of those ships now but an actual miracle. He prayed silently, wishing for that miracle.

It didn't happen. Exactly one minute, seven seconds after Desjani's warning, Geary saw his display reporting multiple explosions as the three destroyers leading the charge ran into the dense minefield. The small, relatively frail destroyers simply disintegrated under the hammer blows of the mines, shattering into fragments of men, women, and ships that the smart fuses of unexploded mines simply ignored.

A few seconds after that, Geary saw the Cuirass finally trying to turn. It was far too late, though, as momentum carried the cruiser into the mines. One punched a crater amidships, then a second blew away a good part of the stern, then the optical sensors on the Dauntless momentarily lost sight of the cruiser as the debris field from it and the destroyers blocked the view of the destruction.

Geary licked lips suddenly gone dry, thinking of the sailors who'd just died to no purpose. He blocked out emotion, concentrating on the mechanics of his next task as he studied the display. "Second Destroyer Squadron, you are to make a cautious approach to the vicinity of the minefield in search of survivors. Do not enter the minefield without approval from me." Odds were there wasn't a single survivor. The four ships had been destroyed so quickly it seemed unlikely anyone could've reached a survival pod. But it was necessary to ensure no one was left behind to the tender mercies of the Syndic labor camps.

A slow minute passed. "Second Destroyer Squadron, aye. Proceeding to search for survivors." The voice of the squadron commander was subdued.

Geary took another look at his formation, all on the new course, rising above the plane of the Sutrah System, coursing above the minefield area now prominently labeled with danger signs on the display. "All units, alter course two zero degrees down at time one five."

Everyone was looking at him, perhaps expecting some speech about the heroism of the crews of the four ships. Geary stood up, his mouth a thin line, shook his head, and walked off the bridge, not trusting his voice. The dead shouldn't be spoken ill of. He didn't want to publicly lash the commanders of those ships as vainglorious fools who'd murdered their crews.

Even though that was exactly what had happened.

VICTORIA Rione, co-president of the Callas Republic and a member of the Alliance senate, was waiting for him at the entry to his stateroom. Geary nodded to her with one quick jerk of his head, then entered without inviting her inside. She came anyway, standing silently while he glowered at the starscape that decorated one bulkhead. She didn't have any command authority in the fleet, but as a senator she was a senior enough representative of the Alliance government that Geary certainly

couldn't just throw her out. Besides, the ships of both the Callas Republic and the Rift Federation, which made up part of his fleet, would listen to orders given by Rione if she decided to buck Geary. He had to be diplomatic with this civilian politician even when all he wanted to do was yell at someone.

Finally he just glared at her. "What do you want, Madam Co-President?"

"To hear you relieve the anger that is devouring you at the moment," she replied calmly.

He slumped for a moment, then slammed his fist into the starscape, making it shimmer briefly before returning to normal. "Why? Why would anyone be so stupid?"

"I saw this fleet at Corvus, Captain Geary. The Syndic tactic would've worked perfectly there, before the training you insisted upon taught the fleet better discipline."

"Is that supposed to make me feel better?" he asked bitterly.

"It should."

Geary rubbed his face with one hand. "Yeah," he agreed wearily. "It should. But even one ship...and we just lost four."

Rione gave him a penetrating look. "At least they presented an object lesson on the value of following orders."

He stared back at her, wondering if she was serious. "That's a little too cold-blooded for me, Madam Co-President."

She shrugged. "You have to be realistic, Captain Geary. Unfortunately, there are some people who refuse to learn until they see errors literally blow up their faces." Her voice fell, and her eyes closed. "As happened just now."

So she was affected by the losses. Geary felt a surge of relief. As the only civilian in the fleet, the only person not under his command, Rione was the only person he felt able to confide in. He was beginning to discover he also liked her, an unfamiliar feeling for him after the isolation of being in a time a century removed from his own. After the isolation of finding himself among people whose culture had changed in many ways large and small from the one Geary had known.

Rione looked up again. "Why, Captain Geary? I don't pretend to be an expert on the military, but those four ship commanders had seen that your way of doing things worked. The way the fleet used to fight, back in your time. They'd seen a large Syndic force destroyed to the last ship. How could they possibly believe that charging headlong at the enemy was wise?"

Geary shook his head, not looking at her. "Because, to the great misfortune of humanity, military history is very often the story of commanders repeating the same unsuccessful way of fighting again and again while their own forces are destroyed in droves. I don't pretend to know why that is, but it's a sad truth; commanders who

don't learn from immediate or long-term experience, who keep hurling their forces forward as if causing the same useless deaths time and again will eventually change the outcome."

"Surely not all commanders could be like that."

"No, of course not. Though it seems they tend to collect in the highest ranks, where they can do the most damage." Geary finally looked over at Rione. "Many of these ship commanders are good, brave sailors.

But they've spent their entire careers being told how to fight one way. It'll take a while to overcome all of that hidebound experience and convince them that change is not a bad thing. Change doesn't come easily to the military, even when that change is a return to the professional tactics of the past. It's still change from the way things are."

Rione sighed and shook her head. "I've seen the many ancient traditions that the military holds dear and sometimes wonder if it thereby attracts too many of those who value lack of change over accomplishment."

Geary shrugged. "Maybe, but those traditions can be a tremendous source of strength. You told me some time back that this fleet was brittle, prone to break under pressure. If I can successfully reforge it stronger, it'll be in no small part because of the traditions that I can draw on."

She accepted his statement without any sign of whether or not she believed it. "I do have some information that may help to partially explain the actions of those four ships. Since we left jump space and the communications net became active, some of my sources have reported that rumors have been spread through ships. Rumors that you, having lost your fighting spirit, would rather allow Syndic warships to escape to fight another day than risk engaging them."

Geary found himself laughing in disbelief. "How could anyone believe that after Kaliban? We tore that Syndic flotilla apart. Not a one got away."

"People will believe what they wish to believe," Rione observed.

"You mean like believing Black Jack Geary is a mythical hero?" he asked sourly. "Half the time they want to worship me, the warrior from the past who's going to save this fleet and the Alliance by winning a war a century old, and the other half of the time they spread rumors that I'm incompetent or afraid."

Geary finally sat down, gesturing Rione to a seat opposite him. "So what else are your spies in my fleet telling you, Madam Co-President?"

"Spies?" she repeated in a surprised tone as she sat down. "That's such a negative term."

"It's only negative if the spies are working for your enemy." Geary rested his chin on one fist, regarding her. "Are you my enemy?"

"You know I distrust you," Rione replied. "At first it was because I feared the

hero worship that could make you as big a threat to the Alliance and this fleet as the Syndics. Now it's because of that, and because you've proven yourself a very capable man. That combination is very dangerous."

"But as long as what I'm doing is in the best interests of the Alliance, we're on the same side?" Geary inquired, letting some sarcasm show. "I'm worried about what that mine ambush says about our enemy, Madam Co-President."

She frowned at him. "What does it tell you about our enemy that you did not already know?"

"It says the Syndics are thinking. It says they're being smart, like when they tricked this fleet into taking their hypernet to the Syndic home system so it could run into a war-ending ambush."

"Which would've succeeded if not for the unlooked-for presence of the century-old hero of the Alliance, Captain Black Jack Geary," Rione stated half-mockingly. "Found on the edge of final death in a lost survival pod, like an ancient king miraculously returned to life to save his people in their hour of greatest need."

He grimaced back at her. "To you that's funny, because you don't have to live with people believing you're that person."

"I've told you that you are that person. And, no, I don't find it funny at all."

Geary wished he understood her better. Since being rescued, he'd been in the military environment of the fleet and had been badly surprised by some of the cultural changes wrought by a century of bitter war.

But his only direct contact with civilian culture in the Alliance was Victoria Rione, and she kept much hidden. He couldn't tell how much had changed back home and in what ways, and he really wanted to know.

But Rione isn't likely to help me better understand Alliance civilian culture if she thinks I could use that knowledge to make myself more of a threat to the Alliance government. Maybe someday she'll trust me enough to unwind about such things. Geary sat forward, working the controls on the table between them that still seemed a bit unfamiliar, even after months in this stateroom. An image of Sutrah sprang up, next to a larger display of the stars near Sutrah. "We're going to go through the rest of this system very carefully. I assume the Syndics laid similar minefields near the other jump points, but we can spot them and avoid them now that we know to look."

Rione pointed to symbols on the display. "Two Syndic military bases? Are either a threat?"

"They don't look like it from what we can see. Obsolete, to all appearances. What we'd expect in a system not on the Syndic hypernet." He let his gaze rest on the depictions of the Syndic bases, thinking about the hypernet that had changed things so much since what he thought of as his time. Much faster than the system-jump-faster-than-light method, and with unlimited range between the gates of the hypernet,

it had revolutionized interstellar travel and left countless star systems to wither like broken twigs when they weren't judged special enough to justify the expense of a gate.

Geary punched the update key, and the latest information on Sutrah System was presented. The only change was in the positions of the light Syndic warships, which had lured his four ships into the minefield.

Those Syndics were still running, heading away from Geary's forces at velocities edging toward .2 light speed. They'd been accelerating so fast that their inertial compensators must be badly stressed and their crews pinned to their seats by leak-through. Chasing them would be futile, since they could simply keep heading away while the Alliance fleet sooner or later had to proceed to one of the jump points out of Sutrah, but Geary still felt a tide of anger sweep over him at the sight of the Syndic ships, knowing vengeance was out of the question in this case.

But the Syndic ambush bothered him for reasons beyond that. Rione didn't seem to understand the implications. The survival of the Alliance fleet depended upon Geary making the right decisions and the Syndic command making the wrong decisions. If the Syndics had lost their overconfidence and begun carefully planning, then even Geary's best moves might fail to keep the Alliance fleet at least one step ahead of Syndic forces strong enough to deal the Alliance forces a death blow.

Though even the little blows could add up. Out of the hundreds of ships in the Alliance fleet, the four lost here weren't critical. But the fleet could be nibbled to death over time by taking such losses at star after star, and there were a lot of stars between the fleet and home.

He glanced at the display, wishing Sutrah were a lot closer to Alliance space. Wishing Sutrah had somehow miraculously gained an unguarded hypernet gate. Hell, as long as he was at it, why not wish he'd died on his ship a century ago, so he wouldn't be in command of this fleet now, with so many lives and ships depending upon him? Snap out of it, Geary. You had every right to be depressed when they thawed you out, but you're past that now.

The communicator chimed for his attention. "Captain Geary, we've spotted something important."

Captain Desjani's voice held some emotion he couldn't quite identify.

"Important?" If it was a threat, surely she'd have just said that.

"On the fifth world of the system. It looks like a labor camp."

Geary gave Rione a glance to see how she was taking the news, but Rione didn't seem to find it remarkable, either. The Syndicate Worlds had a lot of labor camps, because the Syndicate Worlds devoted a lot of effort to dealing with real or imagined internal enemies. "Is there something special about it?"

This time he could clearly identify the strain in Desjani's voice. "We're picking

up communications from the camp that indicate it holds Alliance prisoners of war.”

Geary stared at the depiction of the fifth world in the Sutrah system. Nine light-minutes from its star, still a bit over four light-hours from the Alliance fleet. He hadn't expected to be going near the inhabited worlds of this system, hadn't anticipated any delays.

It looked like his plans would have to change.

I hate these meetings, Geary thought for perhaps the hundredth time, which was impressive, given that he'd only had to attend about five of the things so far. Inside the briefing room, the conference table was actually only a few meters long. But thanks to the communications net connecting the ships of the fleet and the latest virtual presence technology, the table now seemed to run off into the distance, seat after seat occupied by commanders of his ships. The most senior officers were apparently seated the closest to Geary, but all he had to do was look at any officer, no matter how far down the table, and they'd loom close, identification information helpfully appearing right next to them.

Granted, the conferences had an odd rhythm to them. The fleet had been drawn into a much tighter formation for the conference, but because of light speed limitations on the communications, the farther-off ships were still twenty or even thirty light-seconds off. Those were the smallest ships with the most junior commanders, of course, the ones who were expected to watch, learn, and keep their mouths shut, so the delayed-action nature of their interactions had little impact. But even for closer ships there could be several seconds' delay between question and answer, so the participants had learned to speak, pause, speak, pause, allowing time for interjections and comments to arrive.

Captain Numos, commanding officer of the Orion, was staring down his nose at Geary, doubtless still seething over his own poor performance at Kaliban, which of course Numos blamed on Geary rather than himself. Near Numos sat Captain Faresa of the Majestic, her expression as acidic as usual. Geary wondered why Faresa didn't somehow dissolve the table surface just by glaring at it. In welcome counterpoint to those two, Captain Duellos of the Courageous lounged in his chair, apparently relaxed but with alert eyes, and Captain Tulev of the Leviathan sat stolidly, his dismissive gaze fixed on Numos and Faresa. Farther down the table, fiery Commander Cresida of the Furious grinned openly at the prospect of more action, while not far from her appeared to sit Colonel Carabali, the senior surviving Marine in the fleet and another capable and dependable officer.

Actually sitting next to Geary was Captain Desjani, the only other person physically present in the crowded room. Co-President Rione had begged off attending, but Geary knew the officers of the ships from the Rift Federation and the Callas Republic would provide Rione with a full report of everything that happened.



He suspected she'd avoided being here in person in order to see what he'd say in her absence.

Geary nodded brusquely to the assembled officers. "First of all, let us pay respect to the crews of the destroyers Anelace, Baselard, and Mace, and of the cruiser Cuirass, who are in the arms of their ancestors, having died in the line of duty in defense of their homes and families." He felt a bit of a hypocrite to not add in a denunciation of the behaviors that had led those ships to their deaths, but that still seemed out of place.

"Are we sure that there were no survivors?" someone asked.

Geary gestured to the commander of the Second Destroyer Squadron, who cleared his throat and looked unhappy as he answered. "We conducted a thorough search. The only survival pods located were all badly damaged and inactive."

Numos spoke, his voice harsh. "We should've pursued those Syndic Hunter-Killer ships and made them pay for destroying those ships and killing their crews!"

"How would you have caught them?" Duellos asked in a drawl that clearly conveyed contempt.

"A full-scale pursuit at maximum acceleration, of course."

"The youngest officer in the fleet knows the laws of physics wouldn't allow us to catch those ships without chasing them halfway to the next star and burning up nearly all of our fuel in the process."

Captain Faresa intervened, her voice sour. "An officer in the Alliance fleet shouldn't give up before starting. 'Attempt the impossible, and you will achieve it.'"

The way the quote was delivered sounded depressingly familiar. Geary glanced at Captain Desjani, who nodded at him, unable to suppress a proud look. Another "quote" from Black Jack Geary, doubtless taken completely out of context if he'd ever actually said it at all, and used to justify things that the real Black Jack never would've supported and certainly didn't support now. "I'll have to look up just when I said that and what I meant," he replied, keeping his voice even. "But I agree completely with Captain Duellos. Pursuit would've been futile. I have to place responsibility for this entire fleet above my desire for revenge, and I'd expect any other officer to do the same."

"The fleet has grown used to expecting the fleet flagship to lead the way into battle!" Faresa stated as if that somehow proved an argument.

Geary bit back a vicious comment. Just because the fleet's grown used to expecting stupidity doesn't mean I have to be stupid.

But Desjani answered for him, her pride clearly affronted by an implied insult to her ship as well as to Geary. "Dauntless was in the center of the formation at Kaliban, right where the Syndics aimed their attack," Desjani noted in a formally stiff voice.

"Yes," Geary agreed. Though to be honest, because of the way I'd set up the

battle with my fleet's firepower concentrated on the aim point of the Syndic attack, being in that position probably was the safest place for Dauntless. He didn't say that, though. He didn't because he knew he'd have to keep Dauntless safe all the way home to Alliance space, fleet traditions be damned. Dauntless still carried the Syndic hypernet key, though few knew that besides Geary and Captain Desjani. Even if every other ship in the fleet was lost, getting that key back to Alliance space would give the Alliance a crucial advantage over the Syndics. Not that Geary intended sacrificing every other ship if there was any other possible way to get Dauntless back.

Numos looked as if he were ready to say something else, so Geary stabbed a finger at the display of Sutrah System hovering above the conference table. "I hadn't intended bothering to divert from our transit of this system to deal with the inhabited worlds, but as you all know, we've learned something that changes those plans. We have indications that there's a labor camp on the fifth world that confines Alliance prisoners."

"Indications?" Captain Tulev asked shrewdly. "You don't think this is certain?"

Geary took a deep breath. "We've already been tricked once in this system. It would've been easy for the Syndics to fake the message traffic that makes it seem there's Alliance personnel in that camp." He easily sensed the rebellion rising around him. "I fully intend going there and finding out for sure. But we have to be alert for another ambush."

"Bait to lure us near the fifth planet?" Colonel Carabali asked, her eyes narrowing in thought.

"It's possible. We'll be able to spot any minefields during our long approach to that world no matter how stealthy they are. What else could be there that we'd have to worry about?"

The colonel shrugged. "You can mount truly massive weaponry on a planet like that, but it has to climb out of the gravity well and deal with the atmospheric effects to get at space targets. Besides, if they try to engage us with that kind of stuff, all we have to do is stand off and throw big rocks at the planet."

A studious-looking ship captain spoke up. "You mean massive kinetic energy projectiles."

"Yeah," the Marine colonel agreed. "That's what I said. BFRs. It's not that I'm thrilled about sending my boys and girls down to the surface of a Syndic-occupied world. We don't have nearly enough ground troops to secure the kind of perimeter we need for safety. But the entire planet will be hostage to the Syndics' good behavior, and we don't really have any alternative."

"We have to send the Marines down?" Geary asked.

Captain Desjani nodded. "After a few incidents much earlier in the war we determined that the Syndics would hold back some of their prisoners, especially any

they thought of high value. The only way to confirm we've picked up everyone is to have our own personnel access the Syndic camp records for everything from body counts to food rations to make sure our count matches the numbers they seem to have."

"All right." That made sense, even if Geary didn't like the idea of sweeping the fleet close to the fifth planet and slowing down so his shuttles could pick up the prisoners. "I assume the Syndic shuttles aren't to be trusted, and we have to depend on our own." Everyone nodded this time. "Everyone with shuttles on your ships prepare them for some heavy use. I'll ask Co-President Rione to deliver our ultimatum to the Syndics regarding the prisoners."

Numos gave Geary a look of exaggerated disbelief. "Why should she be involved?"

Not sure why Numos had developed a dislike of Rione, Geary answered bluntly. "She's our most capable negotiator."

"Her blunders at Corvus nearly costs us the Titan!"

Geary felt anger rising in him. The Syndic betrayal at Corvus involving merchant ships supposedly delivering supplies to the Alliance fleet hadn't been Rione's fault, hadn't been anyone's fault, really.

Surely Numos knew that. "That's not my assessment."

"Of course not! Since Co-President Rione has been spending a great deal of time alone with you in your stateroom, I'm sure you think—"

Geary cut off Numos with a fist slamming to the table's surface. Out of the corner of his eye he could see the outraged faces of the commanders of ships belonging to the Rift Federation and the Callas Republic.

"Captain Numos, you are out of order," Geary stated in a deathly low voice.

Captain Faresa stepped in with characteristic certitude. "Captain Numos is only stating what everyone—"

"Captain Faresa," Geary stopped her with a glare. "I never thought to see the day when officers of the Alliance fleet would behave like gossips in a schoolyard. Both you and Captain Numos obviously need to review the personal and professional standards to which an officer is expected to adhere." Faresa's face had gone white, Numos's red, but their eyes glinted with the same hatred of Geary. "Co-President Rione of the Callas Republic is a member of the Alliance senate. She is to be treated with the respect that position requires. If you feel yourselves unable to provide due respect to a senior civilian member of the Alliance government, then you are obligated to submit your resignations from the fleet. I will not tolerate insults aimed at any officer or any representative of the Alliance government in this fleet. Is that clear?"

Geary took a long breath and looked around the table, unable to be sure how this

latest speech had been received. Captain Tulev, his face grim, was nodding in agreement, though. “There’s been too much gossip, too many rumors. Insults aimed at those in command,” Tulev added with a glance at Numos.

“Rumors that encouraged ship commanders to adhere to the old traditions of all-out pursuit, with consequences we have seen this day.”

A chill ran around the table at the direct reference to whatever might have motivated the captains of four ships to ignore Geary’s orders and leave the formation to chase the Syndic warships. Captain Numos swallowed, his mouth working, then finally got out some words. “I had nothing to do with that, and if you’re implying—”

“He’s implying nothing!” Geary snapped. “He’s bringing to our attention that encouraging ships to ignore orders, that attempts to undermine the commander of this fleet, can have serious consequences. I’m aware of the rumors Captain Tulev speaks of, and let me assure you that if I ever discover that anyone encouraged the commanding officers of the *Anelace*, *Baselard*, *Mace*, and *Cuirass*”—he recited the names slowly to make sure their impact was felt—“to act in the way they did, I will personally make sure that whoever that is will wish they’d died an honorable death with the crews of those ships.” As he finished speaking, Geary let his gaze rest on Numos, who reddened so much more that he looked like he’d suffered a radiation burn. But Numos sat silent, having apparently realized that Geary was in no mood to be antagonized further.

“Now,” Geary continued in a calmer voice, “at our present speed we’re about forty hours from the fifth planet. Make sure the shuttles are ready. I have a plan here for distributing the Alliance personnel we pick up from the planet among the ships of the fleet.” It had been absurdly easy, just a matter of calling up the intelligent agent on his system and asking it how to add five thousand more personnel to the ships in the fleet. Since that was a simple but tedious exercise in math, comparing berths and complements of personnel and support facilities on all of the available ships with the numbers needed, the computer had handled it within moments. It was the sort of thing fleet commanders had required staffs for in the old days, but the ability of automated systems to handle administrative and command tasks had eliminated much of the grunt work those staffs had handled. On top of that, Geary had learned that after the terrible losses suffered year in and year out in this apparently endless war, the need for as many officers as possible to be available to crew replacement ships had led to the cannibalization of the remnants of the old staffs.

Technically, as fleet commander, Geary was still authorized a chief of staff, but that officer had died along with the former fleet commander Admiral Bloch as a result of Syndic treachery during negotiations. He was also authorized an aide, but Geary was damned if he was going to pull a junior officer out of a combat job to act as his personal servant.

“Look at the plan,” Geary continued, “see what it says your ship can handle, and let me know if there’s any problems with it. I want to know, so don’t just suck it up and hope you can handle more than your ship is able to carry safely. There appear to be between three and five thousand prisoners by initial estimates, which we can handle. We’ll worry about identifying skills in any fleet personnel who were prisoners and getting them to ships that need them later.

“Colonel Carabali.”

The Marine nodded.

“Prepare your Marines. I’d like to see your plan for handling this no later than five hours before we reach the planet.

“Are there any questions?” Geary asked the entire group.

“How will we handle the Syndic military base on the fifth planet?” someone asked.

“That’s yet to be determined,” Geary advised. He could see dissatisfaction rippling around the table. To many of his commanders, the only good Syndic was a dead Syndic, and no opportunity to kill Syndics should be passed up. “I’ll remind you that the installations in this system are obsolete. It costs the Syndics to keep them running. Leaving those installations intact means Syndic funds spent on them and means Syndic troops trained and committed to them. If that base turns out to be a real threat, we’ll take it out.

Otherwise, I’m not interested in doing the Syndics a favor by removing it from the list of things they need to worry about.”

He paused, trying to remember what else he’d planned on saying. “We won’t know if this is real until the Marines see Alliance prisoners of war at that camp. Everyone needs to stay alert.” He couldn’t imagine even the Syndics would risk the population of a habitable world in order to try to destroy a few more Alliance ships, but then he’d seen a lot of things since he’d been rescued that he had never imagined.

“We have a chance to do a great good for people who never expected to be liberated. Thank the living stars for that, and let’s do our ancestors proud.”

The crowd dwindled with the usual amazing speed as the virtual images of ship captains vanished like popping soap bubbles, both Numos and Faresa disappearing on the very heels of Geary’s dismissal.

Captain Desjani, with a meaningful glare at the place where those two had apparently been sitting, shook her head and then excused herself before leaving the compartment the old-fashioned way by walking out.

As Geary had hoped, the reassuring image of Captain Duellos remained at the end. Duellos also indicated the places where Numos and Faresa had been. “I wouldn’t have said this before, but those two are a danger to this fleet.”

Geary sat back, feeling weary and rubbing his forehead. “You wouldn’t have said

that before what?”

“Before four ships of this fleet set off on an insane charge.” The image of Duellos seemed to walk up to Geary and take the next seat. “Valiant! Glorious! Brainless! I have no proof, but I know Numos was behind that.”

“I figure he is, too. But,” Geary admitted bitterly, “the lack of proof is a problem. My command of this fleet is still far too shaky. If I start sacking commanding officers, especially one with Numos’s seniority, without being able to prove misconduct I might find way too many of my other ships valiantly and brainlessly dashing into minefields.”

Captain Duellos looked down and grimaced. “The lesson of those four ships was a powerful one. No matter what lies Numos encourages, everyone will remember that you were right to warn those ships off and to avoid chasing pell-mell after a few Syndic HuKs.”

Geary couldn’t help a snort of derision. “You’d think being right would gain me a little more credit than that. What do you think? Will everyone follow my orders when we approach the fifth planet?”

“At this point, yes.”

“Do you have any idea where that nonsense about Co-President Rione came from?”

Duelos looked mildly surprised. “I assumed you two were on friendly terms, but even if you’re extremely friendly, it’s no affair of mine. Co-President Rione is not an officer or sailor under your command, and a personal relationship with her has no bearing on your performance in command.”

Geary stared for a moment, then laughed. “Personal relationship? With Co-President Rione?”

This time Duellos shrugged. “Scuttlebutt declares that you spend time together alone.”

“For conferences! I need her advice.” Geary laughed again. “By our ancestors, Victoria Rione doesn’t like me at all! She makes no bones about it. I frighten her because she worries I’ll turn into Black Jack Geary at any moment and sail this fleet home to depose the elected leaders of the Alliance and become god-emperor or something.”

“Co-President Rione is a shrewd and intelligent woman,” Duellos observed with absolute seriousness.

“She’s told you she doesn’t like you?”

“Yes! She—” Come to think of it, Rione had several times expressed distrust of Geary, but he couldn’t remember at the moment her ever saying she didn’t like him. “Yeah, I think so.”

Duelos shrugged again. “Whether she does or not makes no difference. I say

once more, she is not your subordinate, not in the military at all, and any personal relationship with her is perfectly appropriate.

Should one occur.”

Geary couldn't help a third laugh as he bade farewell to Captain Duellos, but as he began to leave the room, he paused in thought. Surely Rione's spies in the fleet had reported to her the rumors about a relationship between her and Geary. Why hadn't Rione told him of those rumors when she'd spoken of the other rumors?

Could the iron politician he'd dealt with actually be embarrassed by the rumors? But if so, why had she continued visiting him?

Geary leaned one arm against the bulkhead for a moment, staring at the deck, remembering the first days after he was revived from the survival sleep that had kept him alive for a century, a span of time in which everyone in his life had died in battle or of old age. The shock of learning that everyone he had once known and loved, men and women, were long dead had led him to wall off the idea of new relationships.

The ice that had once filled him seemed almost gone, but it still occupied that one place, afraid to retreat and let warmth grow again.

He'd lost everyone once. It could happen again. He didn't want it to hurt so much the next time.

## TWO

THE fifth planet looked like exactly the sort of place made for a Syndic labor camp. Too far from its sun to ever know a true summer, most of the world seemed to be featureless fields of tundra that on rare occasions ran into bare, jagged mountain ranges rising like islands from the sea of low, tough vegetation.

Glaciers extending from the poles appeared to hold a good portion of the planet's water, with only shallow, small seas dotting the areas not covered by ice. Looking at the dismal place, Geary didn't have any trouble understanding why Sutrah hadn't been deemed worthy of the expense of a hypernet gate.

Unless the fourth planet was an absolute paradise, which it certainly wasn't since it was a shade too close to its sun and probably unpleasantly warm. Sutrah was just the sort of place that had ceased to matter when the Syndic hypernet was created.

Once, using the system jump drives that could take ships from star to star, anyone going anywhere had to traverse all of the star systems in between. Every one of those systems was guaranteed a certain amount of traffic passing through en route to other destinations. But the hypernet allowed ships to go directly from one star to another, no matter how far the distance between them. Without the ships passing through, and without any particular value other than as the homes of people who had suddenly found themselves living in nowhere, the systems off the hypernet were slowly dying, with everyone who could migrate moving to hypernet-linked systems. The human communities on the fifth planet of Sutrah were fading even faster than usual. Judging from what the Alliance sensors could see, fully two-thirds of the former habitations on the world were now vacant, showing no signs of heating or activity.

Geary focused back on the depiction of the labor camp on the fifth planet. There were mines nearby, which might represent actual economic value but also might exist solely as a place to work the life from the prisoners in the camp. There weren't any walls, but then there didn't have to be. Outside the camp was nothing but those empty fields of tundra. Escape would simply be suicide, unless someone tried to get out through the landing field, and there walls of razor wire did exist.

He became aware that Captain Desjani was waiting patiently for his attention. "Sorry, Captain. What do you think of my plan?" Geary, uncomfortable with trying to place his fleet in orbit about the planet, had put together a plan calling for the fleet to slow down, dropping the shuttles as it passed closest to the world, then looping around in a wide turn outside the orbits of the fifth planet's small moons before returning again to pick up the shuttles as they returned with the liberated prisoners.

"The pickup would go quicker if we put ships in orbit," Desjani suggested.

"Yeah." Geary frowned at the display. "There's no sign of minefields, we can't see any major defensive weaponry on the planet, and even the Syndic military base



there seems to be half shut down. But something's still bothering me."

Desjani nodded thoughtfully. "After the Syndic attempt to use merchant ships on suicide missions against us, it's understandable to be worried about undetected threats."

"The Syndics had time to lay that minefield trap for us. That means they also had time to try to conceal that labor camp or even try to move the prisoners in it. But there's no sign they did that. Why? Because it's bait far more attractive to us than those light warships near the jump point? The sort of thing we can't pass up?"

"Yet there's no sign of an ambush this time. No sign of anything that could strike at us."

"No," Geary agreed, wondering if he really was just being hypercautious. "Co-President Rione said the Syndic civilian planetary leaders she talked to seemed scared witless. But not a single military officer was available to talk."

That made Desjani frown. "Interesting. But what could they be planning? If there was anything hidden, we should've spotted it."

Geary tapped some controls irritably. "Let's assume we do go into orbit. The fleet's so big we'd have to be way out from the planet."

"These moons will be an annoyance, but they're not much bigger than asteroids. Any formations running past them can dodge easily enough since they're traveling in a loose cluster and on fixed orbits."

"Yeah, and we have to swing past the moons anyway, even with my plan." He scowled at the display.

Nothing he'd learned of the war since being rescued seemed to be helping, so Geary cast his mind back, trying to remember the lessons imparted to him by experienced officers long dead, the sort of professionals who'd been killed in the earliest decades of the war along with everyone they'd managed to teach their tricks of the trade. For some reason the sight of the small moons triggered memories of one such trick, a single ship hiding behind a much larger world to lunge out on a passing target. But that didn't make sense. The moons of the fifth planet were too small for anything but a few light units to hide behind, and even suicide attacks by such small ships would fail against the massed might of the Alliance fleet, concentrated in a tight formation to minimize the distance the shuttles would have to travel.

But what had the commander of that other ship said? "If I'd been a snake, I could've bit you! I was right on top of you, and you didn't even know it."

Geary grinned unpleasantly. "I think I know what the Syndic military is planning, and why those civilians on the fifth world are so scared. Let's make a few modifications to this plan of mine."

THE fifth world, which Geary had now learned had been given the poetic name Sutrah Five in typical Syndicate Worlds bureaucratic style, lay only thirty minutes

away now at the Alliance fleet's current velocity. Under his original plan, the fleet would have begun braking and swinging to port now, setting up a pass over the planet and inevitably crossing through the space where the moons of Sutrah were orbiting.

He glanced at the five moons again. They orbited in a cluster, only a few tens of thousands of kilometers from each other. Once upon a time they'd probably been a single large chunk of matter, but at some point tidal stresses from the fifth planet, or perhaps the near passage of some other large object, had torn that single moon into the five fragments.

Geary tapped his communications controls. "Captain Tulev, are your ships ready?"

"Standing by," Tulev reported, his voice betraying no excitement.

"You may fire when ready," Geary ordered.

"Understood. Firing projectiles now."

On Geary's display, large objects detached themselves from the bulks of Tulev's ships, hurled forward by propulsion and guidance packs that boosted their speed a little higher than the nearly .1 light speed of the fleet.

Co-President Rione, occupying the observer's seat on the bridge of the Dauntless, stared at Geary.

"We're firing? At what?"

"Those moons," Geary advised. He noticed Captain Desjani trying to hide a smile at Rione's surprise.

"The moons of the fifth world?" Co-President Rione's voice expressed skeptical curiosity. "Do you have some particular dislike of moons, Captain Geary?"

"Not usually." Geary got a perverse satisfaction out of knowing that Rione's spies in his fleet hadn't heard about this operation.

She waited, then finally unbent enough to ask more. "Why are you launching an attack on those moons?"

"Because I think they're weapons." Geary tapped some controls, bringing up magnified images of the moons, their surfaces resembling those of asteroids. "See this? Signs that excavation activity was conducted. Well-concealed, so we had to look for it to find it, but there it is."

"On a small, airless moon?" Rione asked. "How can you tell it's recent?"

"We can't from here. But all five moons show the same signs."

"I see." Whatever else could be said about Rione, she thought quickly. "What do you think was buried inside these moons, Captain Geary?"

"Firecrackers, Madam Co-President. Really big firecrackers." The images representing the massive kinetic energy projectiles, or 'big rocks' in Marine terminology, were steadily pulling away from Tulev's ships on a curving trajectory aimed at the moons. Despite the incredible amount of damage they could inflict, such

weapons couldn't usually be used because they were too easily dodged by anything able to maneuver. But the moons were on fixed orbits, following the same track around the fifth world that they'd coursed for innumerable years. It was strange to think that after today those moons would orbit that world no more.

Geary activated the fleet command circuit. "All units, execute preplanned maneuver Sigma at time four five."

The time scrolled down, and every ship in the fleet turned itself, using their propulsion systems to reduce their velocity and simultaneously altering course to starboard to pass Sutrah Five on the side away from where the moons of that world had their dates with the projectiles launched by the Alliance fleet. Geary watched and waited, taking pleasure in the intricate ballet, all of those ships moving in unison against the darkness of space. Even the lumbering and partially misnamed fast fleet auxiliaries like Titan and Witch moved with what seemed unusual nimbleness.

Twenty minutes later, as the decelerating Alliance fleet was still approaching Sutrah Five, the huge solid metal projectiles launched by Tulev's ships slammed at a speed of just over thirty thousand kilometers per second almost simultaneously into the five moons of Sutrah.

Even the smallest moon was massive by human standards, but the amount of kinetic energy involved in each collision was enough to stagger a planet. Geary's view of the moons was obscured as the Dauntless's sensors automatically blocked the intense flashes of visible light from the collisions, then by a rapidly growing ball of dust and fragments, some large and some small, flying outward from the points of impact.

Geary waited, knowing Desjani had already passed orders to her watch-standers on what to look for. It didn't take long for the first report. "Spectroscopic analysis shows unusual quantities of radioactive material and traces of gases consistent with very large nuclear detonation devices."

"You guessed right," Desjani noted, her eyes showing the complete trust in him that bothered Geary. He didn't like seeing it in her any more than he liked seeing it in so many others in this fleet, because of his certainty that sooner or later he would fail that trust. They believed he was perfect, and he knew otherwise.

"Explain, please?" Rione asked in a crisp voice. "Why would the Syndics have placed large nuclear weapons inside those moons? Some of those large fragments will impact on Sutrah Five."

"That was a risk the Syndics were willing to take and one that I judged I had to take," Geary advised heavily. "Given the unpopulated nature of much of the world, the odds of anything being hit are tiny. You see, Madam Co-President, the Syndics knew we'd have to do two things to liberate the prisoners on that planet. We'd have to go close to the planet, and we'd have to get the fleet into a tight formation so our

shuttles wouldn't have to fly any longer distances than necessary to handle picking up and distributing the people from the labor camp.”

He pointed to the spreading cloud of debris. “When we were close to those moons, or rather to where those moons used to be, they'd have set off those big nuclear explosives inside them, blowing them into dense interlocking fields of heavy fragments. We could have lost a good number of ships to that, even big warships that happened to be too close.”

Rione's eyes glinted with anger. “No wonder the civilians I spoke with were frightened.”

“I doubt the planetary leaders knew exactly what was going to happen,” Geary suggested. “But they surely knew the Syndic leaders in the system were going to do something.”

“Something that would've subjected them to the same risk of bombardment by fragments of the moons and a retaliatory barrage by the fleet.” Rione's face was grim. “Captain Geary, I know that under the laws of war you're now justified in conducting an orbital bombardment of installations and cities on Sutrah Five, but I ask you to show some mercy to the civilian pawns living on that world.”

Geary could almost see the disdain on Desjani's face at the suggestion, but he nodded. “We will retaliate, Madam Co-President, but I won't slaughter helpless civilians. Please recontact the civil authorities on Sutrah Five and tell them to immediately evacuate all industrial, mining, and transportation centers. Any space facility or field is also to be evacuated. Tell them I won't decide how much to destroy, including more than what's on that list, until I see what sort of greeting our Marines encounter at the labor camp.”

He let his anger show now, anger at the thought of what might have happened. “Make sure they understand that if there's any more problems at all, there will be hell to pay, and they'll be the ones receiving the bill.”

Rione nodded, smiling thinly. “Very well, Captain Geary. I will ensure your orders to them are understood and that they know their lives hang on the thread of their cooperation with us.”

Desjani shifted as if uncomfortable. “The military base, too, right, Captain Geary?”

Geary checked, seeing that the part of the planet holding the base was within line of sight of the fleet right now. “I assume it's already been evacuated?”

Desjani frowned and checked, then frowned a little more. “No. A partial evacuation seems under way.”

“Partial?”

“Yes. There's some columns of ground vehicles, but most of the occupants appear to be family members. Few uniforms noted.” Desjani quirked an eyebrow at Geary.

“It looks like the Syndic troops are planning on crewing their positions to the end.” She didn’t seem bothered by the idea.

Geary was. He rubbed his chin, thinking. “Ground vehicles. Nothing else has been spotted leaving?”

“Let me see.” This time both of Desjani’s eyebrows went up. “Ah, yes. Several air vehicles departed over half an hour ago, headed toward the nearest mountain range. The system has maintained a track on them.”

“The top commanders, headed for a buried command bunker to ride out our retaliation in safety and comfort,” Geary stated.

Desjani nodded.

“I want to find that bunker.”

She grinned.

“I assume we’ve got kinetic rounds for orbital bombardment that can penetrate a fair distance into solid rock?”

“Yes, we do, sir,” Desjani replied with positive glee. Geary had telegraphed a desire to blow away Syndics, and her world was a happy one.

A swarm of shuttles had left the Alliance fleet, descending on Sutrah Five like a cloud of huge insects falling on their prey. Overhead, the ships of the Alliance fleet were concentrated into a tight formation that nonetheless covered a large sector of space above the planet. Geary knew that the inhabitants of Sutrah Five were looking up right now in fear, knowing that his fleet could rain death upon them and render the entire planet uninhabitable in very short order.

The landing force virtual display floated next to Geary’s seat, with the ranks of images from Marine officers presented like trading cards for his selection. He could, with the movement of a finger, talk directly to any of the Marines and see through their eyes, thanks to helmet-mounted sensors. But the only officer he called up was Colonel Carabali, not wanting to jump the chain of command, even though the command and control system made that entirely too easy.

“The reconnaissance shuttles have detected no signs of nuclear or other weapons of mass destruction at the labor camp site,” Carabali reported. “We’ll conduct another sweep, then land the recon teams.”

“Have you confirmed Alliance prisoners are present in predicted numbers?”

“Looks like it, sir.” Carabali grinned. “From up here they seem pretty happy.”

Geary sat back, smiling himself. He’d encountered a lot of situations since being rescued that he’d never expected, and most of those had been unpleasant. Duty had been a heavy burden. But now there were thousands of people who’d never expected liberation, viewing the shuttles of this fleet overhead, people who might’ve already spent decades as prisoners with no hope of release. This fleet, his fleet, was going to rescue them. It felt good.

If only the Syndics didn't try anything else. It was still possible for thousands on the verge of being freed to die in that camp.

"Recon shuttles down," Carabali reported, echoing the information on Geary's own display, which he'd focused on the camp. "Teams deploying."

Geary gave in to temptation, calling up one of the recon team officers. A window opened with a view from the officer's helmet, showing bare dirt and battered structures. The sky was a washed-out pale blue verging on gray, its appearance as cold and drab as life must have been in that labor camp. No Syndic guards were visible, but the Alliance prisoners had formed up into ranks, their officers in front, waiting with anxious and dazed faces as the Marines dashed past them, searching for any signs of danger.

The Marine Geary was monitoring stopped in front of one formation of prisoners, facing the woman standing before them. "Are there any concealed weapons you know of? Any unusual activity?" the Marine demanded.

The woman, well past middle age, thin, her skin almost leathery from long exposure to the environment of Sutrah Five with inadequate protection and probably a prisoner for most of her life, spoke with careful precision. "No, Lieutenant. We were confined to quarters and couldn't observe outside activity last night, but we heard the guards leave in a hurry before dawn. We've searched every part of the camp and found no weapons. The camp data office is in that building." She pointed.

The Marine paused for a moment to salute. "Thank you, Commander."

Geary pulled his attention away from the view, forcing himself to close the window showing that particular Marine's point of view. He had a duty to keep his eye on everything going on around the fleet.

"It looks quiet," Desjani remarked. "The only activity we can detect on the planet are the columns of evacuees heading away from target sites. There's a moon fragment coming in about three hundred clicks west of the labor camp," she added, pointing to the display. "It'll mess up everything around the impact site, but the camp will just hear a distant bang and feel a breeze."

Geary read the data for the impact. "And maybe feel the ground tremor. Every time we've thought things looked quiet in this system it's just meant the Syndics were planning something else nasty. What could we be missing this time?"

Desjani pursed her lips in thought. "The Marines are checking the prisoners for exposure to delayed-effect biological agents. The prisoners should've spotted anything buried in the camp. The only Syndic ships in the system besides a few cargo ships are the three sets of HuKs we've been tracking since arrival, none of which are within a light-hour of us. I wouldn't put it past them to blow the planet to hell in hopes of getting more of us, but there's no weapon that could do that."

A window popped up before Geary, and Colonel Carabali's image saluted. "I'm

sending in the main landing force, Captain Geary. No threats detected.” On his display, Geary could see the bulk of the shuttles coming in to land, many just outside the boundaries of the camp to find sufficient room. Marines spilled out, looking reassuringly efficient and deadly in their battle armor.

Yet Geary found the sight worrisome. Practically every Marine in the fleet was down there. If something happened to them, he’d have lost a very important combat capability, as well as the most reliably obedient component of his fleet. A moment later he mentally lashed himself for thinking of the losses in those terms instead of as the deaths of a lot of good men and women.

Co-President Rione seemed to share Geary’s disquiet. “This seems too easy after all the other mischief the Syndics have pulled in this system.”

Geary nodded. “But there’s nothing in the camp. The prisoners said they’d searched it, and they’d know if there was anything unusual.”

Colonel Carabali reported in again. “We’ve taken the data building and are checking the files now. All prisoners had implants linked to a tracking system and a virtual wall around the camp to keep them from going anywhere they weren’t allowed. We’re in the process of deactivating the implants and the virtual wall.”

“Good.” Geary’s eyes went back to the display. “Once the virtual wall is down, the prisoners will be able to leave the camp boundaries to board those shuttles,” he remarked to Desjani.

“Damn!”

Geary spun in his seat, shocked by the sudden and un-characteristic outburst from Rione. She was pointing at the displays. “Outside the camp, Captain Geary. You’re all looking at threats inside the camp, but most of your shuttles are grounded outside the camp!”

Geary felt a hard lump in his gut as he realized what Rione was saying. He punched the controls to call Carabali. “Outside the camp perimeter, Colonel! The prisoners couldn’t go there, which means they couldn’t search there. We’ve focused our own search on the camp itself. But a lot of the shuttles are outside the camp, and the prisoners will be brought to them there.”

Carabali gritted her teeth. “Understood.” Geary watched the Marine command and control net light up as orders flew from Colonel Carabali to the rest of the Marines. Units headed out to secure a wide perimeter started backtracking and spreading into search patterns, while some of those inside the camp headed out to search closer in.

“We still should’ve detected nukes,” Desjani stated angrily.

“Yeah,” Geary agreed. “But something else could’ve been buried there.”

“We’ve got delayed action mines,” Carabali reported, her voice cool. “A mix of lofting fragmentation and chemicals. They’re older models but still hard enough to

spot that we wouldn't have seen them if we hadn't done a special sweep of that area. My mine experts say they're probably set to blow once they detect enough human presence around them. We're using high-energy pulses to fry the triggering mechanisms and render them harmless."

"What about even farther out?" Geary asked.

"We're sweeping now." A trace of anger entered the calm professionalism of Carabali's tone. "I'll provide a full report of my failure to anticipate and identify the threat so you can take whatever disciplinary action you deem appropriate, sir."

Geary couldn't suppress a sigh, catching a glimpse as he did so of the now-impassive face of Co-President Rione. "Thank you, Colonel, but we missed it, too, and share in any blame. You can thank Co-President Rione for figuring it out in time."

Carabali's voice held a tinge of self-mocking humor this time. "Please pass my respects and thanks to the co-president, sir."

Geary turned to look at Rione. "Did you hear that?"

Rione inclined her head in acknowledgment. "I'm used to examining the possible meanings of words.

There are times even the devious mind of a politician can be useful, aren't there, Captain Geary?"

"There are indeed," Geary agreed. He saw Captain Desjani grinning, too, and realized Desjani's opinion of Rione, or at least her opinion of Rione's value, had just increased dramatically.

"We have a match on prisoner numbers and Syndic data," Carabali announced. "My troops are screening the former prisoners now and will begin loading as shuttle areas are reported clear."

Geary tapped a control, bringing up a projection of the entire surface of Sutrah Five. Target identifications were plastered across the map. Geary zoomed the display in on the biggest cluster, the view automatically changing to actual imagery of the site. The capital of the planet obviously had lost considerable population in recent decades. Most of the industrial sites targeted were cold, shut down long ago. The spaceport was shabby and decrepit. As Geary checked other targets, it became clear why the Syndics had risked a retaliatory bombardment of this planet. The place was what the Syndicate Worlds leaders would no doubt call "excess inventory," with no industrial, resource, or military value to speak of. Only about a hundred thousand human beings still trying to scratch a living out of the place.

"Captain Desjani, do we have target data on Sutrah Four?"

Desjani didn't quite suppress a fierce grin as she fed the data to Geary. Geary studied it, noting that Sutrah Four seemed to be doing a lot better than its sister world in this system. Okay, we can't let the Syndics think this is something they can get



away with. But I don't want to slaughter civilians, which may be what the Syndics are hoping for, since that'd be great propaganda. Geary tagged the big spaceports on Sutrah Four, the big military base on that world, the center of the government complex in the capital, and for good measure all of the orbiting facilities. Switching back to the display for Sutrah Five, he tagged the biggest spaceport and the still-working industrial areas.

Then Geary paused, looking at the military base. Zooming in on the image, he saw intelligence assessments scrolling next to it. The convoys of civilians were still heading away, but most of the military seemed to still be at their stations. Where's those so-called leaders? Pulling the scale out, Geary spotted the targeting information. Optics designed to gain detailed information across billions of kilometers hadn't had any trouble spotting the entrance to the command bunker where the high command had taken shelter. Geary felt himself smiling grimly as he tagged that location for a kinetic round designed to penetrate deeply on impact.

By the time he was done deciding the fate of two worlds, the first shuttles were lifting off from Sutrah Five, and the Alliance fleet was looping back through the space where the moons of Sutrah Five had once been. Many of the smaller pieces of debris from the destruction had been snagged by the gravity of Sutrah Five and might someday form a tenuous ring around the planet.

"Captain Geary," Colonel Carabali reported, "all personnel are loaded. The last shuttles should be off the surface by time one six."

"Understood, Colonel, thank you." Geary turned and sent the targeting commands to the combat system, which evaluated the targets, the weapons available on every ship, and launch angles before spitting back two seconds later a detailed plan. Geary skimmed it, checking how much his retaliation would draw down the fleet's supply of kinetic projectiles and seeing that he'd have plenty left, even if Titan and her sisters weren't able to manufacture new ones. He paused on the estimated ground casualties section. "I need to send a message to every Syndic in the system."

Desjani nodded, gesturing to the communications officer, who rapidly set up the circuit, then gave her a thumbs-up back. "You're ready, sir."

Geary composed himself, checking to make sure the last Alliance shuttles had lifted before transmitting.

"People of the Sutrah Star System, this is Captain John Geary, commanding officer of the Alliance fleet transiting your system. You've been betrayed by your leaders. Their sneak attacks on this fleet and on the forces liberating Alliance prisoners of war grant us the right to conduct retaliatory bombardments of your worlds." He paused to let that sink in. "In exchange for the possibility of harming a few of our ships, your leaders placed your homes and your lives in our hands. Fortunately for you, the Alliance fleet does not war on civilians." Not anymore,

anyway. Not while Geary was in command. Hopefully his

“old-fashioned” attitudes would someday wear off on the other officers.

“We will launch retaliation strikes at targets of our choosing on Sutrah Five and Sutrah Four. A list of targets in or near civilian areas will follow this message so evacuation can proceed before impacts. We aren’t required to provide that list, but our war is with your leaders. Remember that we could’ve wiped all life from this system and been justified by the laws of war. We choose not to do so. The Alliance is not your enemy. Your own leaders are your enemies.

“To the honor of our ancestors,” Geary recited. He’d been told the old form for ending a broadcast of this type was rarely used anymore, but clung to it. He still believed in it, and somehow it helped anchor him in this future in which honor had taken on sometimes alien meanings. “This is Captain John Geary, commanding officer of the Alliance fleet. End transmission.”

Rione spoke from behind him. “Thank you, Captain Geary, for acting to minimize the suffering of the populations of these worlds.”

He looked back at her and nodded. “You’re welcome. But it’s what I would’ve done anyway. It’s what honor demands.”

“The honor of our ancestors,” Rione replied, no trace of irony in her answer.

Captain Desjani stood up. “The shuttles from Dauntless will be docking soon. I should be at the shuttle dock to greet our new arrivals.”

“I should, too,” Geary agreed, standing as well and trying to conceal his reluctance. It really was his duty to greet the newly liberated Alliance personnel, even though he’d much rather have gone to his stateroom to avoid the public spectacle.

“May I accompany you?” Rione asked them both.

“Of course,” Desjani replied, seeming startled by the request. Geary realized she probably had been surprised, since Rione had every right to demand to go along with them and had instead asked permission. He wondered whether the request reflected political calculation to win Desjani over or sincere deference to the captain of a ship. Geary found himself hoping it was the latter.

The three of them walked to the shuttle dock, Geary and Desjani exchanging greetings with every crew member of Dauntless they passed, Geary getting real satisfaction out of the number of personnel who saluted him. His campaign to return saluting as routine seemed to be working.

“Does it please you to be saluted?” Rione asked in a noncommittal voice. “Salutes seem much more common now.”

Geary shook his head. “I don’t need it for my ego, if that’s what you’re asking. It’s what saluting implies, Madam Co-President, a level of discipline that I think benefits this fleet.” He didn’t add outwardly that he thought the fleet desperately needed such discipline if it was to hold together and continue to defeat Syndic

attempts to destroy it. The leap from a salute to getting this fleet home safely seemed a huge one, but Geary did believe the connection existed.

It wasn't until they reached the shuttle dock that Geary realized this was his first visit to it since he'd been summoned to the compartment by the doomed Admiral Bloch as that officer left to negotiate with the Syndics. He'd visited just about every place on the Dauntless, so he must've subconsciously avoided this location. Geary tried to remember how he'd felt then, the ice filling him emotionally and mentally, and felt relief that he'd managed to overcome much of that under the pressure of being in command. Or perhaps in spite of the pressure of being in command. But he could stand here now and not be haunted by the ghost of Admiral Bloch pleading for Geary to save what was left of the fleet.

He glanced at Captain Desjani, standing waiting beside him for the shuttles to disembark their passengers. Normally somber with the pressures of command or showing joy only at the destruction of Syndic ships, she looked different now. Anticipation of seeing the liberated prisoners had brought an unusual attitude of simple happiness to her. "Tanya?" Desjani gave him a surprised look. Geary rarely used her first name. "I just wanted to tell you that I'm glad Dauntless is my flagship. She's a great ship, and you're a great commanding officer. Your ability and support have meant a great deal to me."

Desjani actually flushed with embarrassment. "Thank you, Captain Geary. As you know, I've been very glad for your presence ever since we found you."

He nodded with a small, self-mocking smile. Desjani was among those who firmly believed he'd been sent to the fleet by the living stars to save the Alliance in its hour of greatest need. Geary didn't think he would ever be comfortable with that level of confidence or belief in him. For that matter, he shared Victoria Rione's fear that if he ever did start to be comfortable with such hero worship, then he'd be well on his way to turning into a greater danger to this fleet than the Syndics.

As if reading Geary's thoughts, Co-President Rione spoke politely. "We are indeed fortunate to have Captain Geary in command."

The shuttles from Dauntless swung into the docking bay like huge, ungainly living creatures. No wonder current fleet slang for the shuttles was "birds." The outer hangar doors sealed, the inner doors opened, and after a moment the ramps of the shuttles dropped.

The Marines assigned to Dauntless disembarked first, moving quickly to take up formation and present arms in a sign of respect. Then the group of newly liberated prisoners who had been designated for Dauntless began leaving the shuttles, looking around as if uncertain this was really happening, as if they expected to wake up any moment and find themselves still doomed to lifelong imprisonment on a miserable Syndic world far from any possible hope of rescue. All of them were thin, only a few

still wore intact uniforms, most having to make do with what looked like cast-off civilian clothing.

Captain Desjani was speaking into her portable communications unit. “All hands on Dauntless, the Alliance personnel we liberated will need uniforms. I encourage everyone to contribute whatever they can spare.” She looked at Geary. “We’ll get them properly outfitted, sir.”

“I’m sure they’ll appreciate that,” Geary agreed, imagining that the exact same arrangement was playing out through the entire fleet right now.

Geary heard a gasp of surprise from Captain Desjani as the former prisoners filed past. “Casell?”

A man with tarnished lieutenant’s bars pinned to a ragged jacket turned at the name, his eyes fixing on Desjani. “Tanya?” A moment later the two were embracing. “I can’t believe it! The fleet shows up here, and you’re with it!”

“I thought you’d died at Quintarra,” Desjani exclaimed. To Geary’s shock, the iron-willed captain of the Dauntless seemed to be blinking away tears.

“No,” Casell denied. “Half the crew survived, but we all got picked up by the Syndics.” His eyes finally focused on Desjani’s uniform, his jaw fell, and he stepped back. “Captain? You’re a captain?”

Desjani grinned. “There were a lot of battle promotions. This is my ship.” She turned to Geary. “Sir, this is an old friend of mine, Lieutenant Casell Riva.”

Geary smiled in greeting, extending his hand. After all the too-youthful senior officers Geary had seen, the fruit of hideous losses in battle after battle that had forced the fleet to promote quickly, it was odd to meet an older junior officer. But there were no promotions in labor camps. “It’s a pleasure, Lieutenant.

Good to have you aboard. I’m Captain John Geary, fleet commander.”

Lieutenant Riva, still surprised by the realization of his old friend’s current rank, automatically shook Geary’s hand for a moment before Geary’s words apparently penetrated. “D-did you say Captain John Geary, sir?”

Desjani smiled proudly, her face glowing. “Captain John ‘Black Jack’ Geary. He’s alive, Casell. He’s our commander. He’s bringing this fleet home.”

Riva’s face took on the look Geary had come to dread, a mixture of awe, disbelief, and wonder. “Of course,” Riva breathed. “One of the Marines said Captain Geary had brought the fleet here, and we thought he was speaking symbolically. But it’s true.” His face flared with enthusiasm. “The Syndics are doomed. Tanya—I mean, Captain Desjani, do you know who was senior officer in the camp? Captain Falco.”

Desjani stared at her old friend. “Fighting Falco? He’s alive, too?”

“Yes! And with him and Black Jack—” Lieutenant Riva gulped. “I mean, Captain Geary, this fleet will be unbeatable!”

Geary nodded, keeping his polite smile fixed. From what he'd seen of the fleet he'd inherited, any officer with the nickname "Fighting" probably represented everything Geary had been trying to change. But maybe not. He couldn't prejudge a man obviously held in high regard.

A tall, thin man paused dramatically at the top of a shuttle ramp, surveying the scene, then came marching over, his expression demanding. He wore fleet captain's insignia pinned to the collar of a coat that was in pretty good shape compared to what the other prisoners were wearing. People turned to watch, something about the man's presence exerting a pull on attention like a magnet attracting iron. Geary couldn't help thinking of Rione's disdain for "heroes" who led fleets to their doom. This man could do that, Geary thought.

The man halted before Geary and gave him a confident, comradely smile. "I need to see the fleet commander."

Geary couldn't help noticing that the statement hadn't been a request. "I'm the fleet commander."

"A captain!" The man looked around, frowning, as if searching for a concealed admiral. "You must have suffered some serious losses."

"I'm afraid we did," Geary agreed.

The man sighed and looked regretful in a way that somehow implied that if he had been in command that wouldn't have happened. He was, Geary realized, a master at projecting unspoken things that those around would believe had actually been said. "Very well. No rest for the weary, eh?" he asked Geary with another look that implied shared understanding. "But duty is a harsh mistress that cannot be ignored by those with honor. I'll be assuming command, then."

Geary managed to keep his reaction limited to raised eyebrows. "Excuse me?"

The man whom Geary assumed had to be Fighting Falco gave him a look that combined surprise at the question with reassurance. "I think I'm safe in concluding that I'm the senior officer present now by virtue of date of rank. That makes it my duty and responsibility to assume command."

Geary nodded in a way that he hoped acknowledged the man's words without conveying agreement.

"The situation may not be what you think it is, Captain...?" he asked, even though he'd already guessed.

That earned him a full-scale frown. A shot aimed at the man's ego apparently had no trouble penetrating the shields of companionable authority he liked to carry. "You should recognize me."

Lieutenant Riva, apparently oblivious to the tension, spoke proudly. "This is Captain Falco, sir."

"Captain Francesco Falco," the man advised. "I assume you recognize the name?"

“Actually I heard it for the first time a few moments ago.” Geary didn’t know why he had said that, but the renewed frown his words conjured on Falco’s face was worth any fallout from it. “Pleased to meet you,” Geary added, trying to keep his tone neutral.

“From your age,” Falco stated, his expression stern now, “it’s obvious that I’m senior in date of rank.”

He had clearly decided to set Geary straight on who was in charge. “Now, if you’ll show me to my stateroom, I’m sure there’s a lot to do. Set up a fleet conference as soon as possible.” He waited, frowning a third time as Geary stared back with no apparent emotion and no sign of moving. Geary had the clear impression that Falco wasn’t used to having to repeat orders. “Who are you, Captain?”

Desjani, who from her attitude had noticed the tension, spoke carefully. “Captain Falco, this is Captain Geary.”

“Geary? Some relation to the hero, I suppose.” Falco had a chiding expression now, like a father dealing with a recalcitrant child. “We all remain in debt to the example given us by Black Jack Geary, but that doesn’t mean—”

“No,” Geary interrupted. “I’m afraid you’re mistaken.” Falco frowned deeper this time. He seemed to frown a lot, at least whenever things weren’t happening exactly as he wished, and didn’t seem used to being interrupted, either. “I’m not related. My name is John Geary.”

Falco’s expression shifted, locking back into the mode of a comrade who happened to be in charge. His eyes went to Desjani, who nodded. “Captain Geary did not die at Grendel a century ago,” she advised as if she were reciting a report. “This fleet found his survival pod on the verge of failing, and managed to revive him.”

“Black Jack Geary?” Falco seemed rattled by the information, his carefully tailored expression falling apart into confusion.

Geary nodded. “My date of rank is, in fact, a bit earlier than yours,” Geary advised Falco dryly. “Nearly a century earlier, in fact. I thank you for your willingness to serve as the Alliance requires.” That was a stock phrase from Geary’s time, usually heard just before a particularly unpleasant assignment was handed out. Now it seemed a good way to rebuff Falco in a manner that appeared respectful. “As senior officer present, and as the officer assigned command by Admiral Bloch prior to his death, I will remain in command of this fleet.” Part of him was shocked. How many times had Geary wished he could pass command of this fleet to someone else? But not to this man. It wasn’t just because Falco had challenged his authority, Geary assured himself. Falco felt like someone who devoted more time to how he appeared to be doing than to actually doing well.

Geary could see Rione watching him, doubtless remembering the many times that Geary had sworn he would turn over command to someone else as soon as he could.

But he knew what Rione thought of

“heroes.” Surely she wouldn’t expect him to place the fate of this fleet in the hands of someone such as Falco seemed to be.

The news of who he was dealing with seemed to have knocked Captain Falco totally off balance. He was looking around as if confused. Geary gestured toward Desjani. “This is the commanding officer of Dauntless, Captain Tanya Desjani.”

Falco nodded quickly, his eyes flicking over to Desjani. Instantly, as if he had needed something to focus him again, Falco’s expression shifted back to that of someone in command who was nonetheless a comrade. “It’s always a pleasure to meet a brave officer of the Alliance fleet. It’s obvious that you run a tight ship, Captain Desjani.”

Desjani nodded back politely. “Thank you, Captain Falco.”

Geary pointed to Rione. “And Victoria Rione, co-president of the Callas Republic and a member of the Alliance senate.”

This time Falco turned, nodding slowly and politely to acknowledge the introduction. Rione, her own face rigidly formal, nodded back. Geary could tell from the glint in her eyes that Rione didn’t like Falco at all and wondered what she knew of him. It struck him that Falco had offered a fellow officer a greeting full of compliments, false compliments surely, since Falco had no basis yet for declaring Desjani brave and her ship tight, but acted noticeably cooler toward a senator. He was treating Rione like a rival, Geary realized. Someone who had to be dealt with rather than collected as an admiring subordinate.

Desjani, not being a fool, had apparently noticed as well. Geary could see the tightening around her eyes that indicated the commanding officer of the Dauntless wasn’t happy at the assumption that she could be won over by some flattery. For her part, Rione gave Falco a greeting noticeable for its lack of warmth.

“Your reputation precedes you, Captain Falco.”

Geary was wondering exactly what that meant when out of the corner of his eye he noticed the other newly liberated Alliance prisoners. A slow ripple effect was running through them, with group after group turning to stare at him with those same expressions of hope and wonder that Lieutenant Riva had displayed. Geary, trying not to react negatively, noticed that Captain Falco had found something else to frown about. He doesn’t like them looking at me like that. But not for whatever reasons Rione is worried.

No, if I judge Captain Fighting Falco properly, he’s jealous.

Great. As if I didn’t have enough problems. “Captain Falco, Lieutenant Riva,” Geary stated politely, “I need to attend to some business. Captain Desjani’s crew will see to your needs, I know.”

Falco, his carefully cultivated expressions crumbling in the face of new

developments, seemed to have fallen back on an inexhaustible supply of frowns. “Business?”

“A conference,” Rione interceded smoothly. “Captain Geary and I must go. On behalf of the Alliance government,” she continued, speaking in a voice that carried through the compartment, “I welcome you all back to the fleet.”

A ragged cheer went up from the former prisoners as Rione led Geary out of the shuttle bay. Geary imagined he could feel Falco’s gaze boring into his back as they left, somehow certain that Falco saw him as a greater problem than he did Rione. But he didn’t want to talk about Falco anywhere they could be overheard, so he and Rione walked silently all the way to Geary’s stateroom. Not until they were inside did Rione turn to him with a scowl. “That man is a danger.”

“I thought I was a danger,” Geary noted sourly, flopping down into a seat.

“You are, because you’re intelligent. Captain Falco is a different kind of danger.”

“Needless to say, I don’t know anything about him. Are you saying he’s stupid?”

Rione made a dismissive gesture. “No. The longstanding thorn in your side Captain Numos is stupid. In fact, Numos is so dense that I’m surprised he doesn’t have his own event horizon. But Captain Falco is smart enough in his own way.”

Geary managed not to laugh at the all-too-accurate assessment of Numos. “Did you know Falco before he was captured?”

“Do you think I’m that old?” Rione asked, arching her eyebrows. “Captain Falco was captured about twenty years ago. I’ve been told of him by older politicians I’ve met since I became a member of the senate. Captain Falco was, at the time he was captured, a very ambitious and charismatic officer who managed to make bloodbaths look like grand victories. He would also make declarations that defeating the Syndics could only be done if we were willing to abandon the alleged inefficiencies of our democratic system in favor of a temporary autocratic government like that of the Syndics.”

No wonder Falco hadn’t tried to cultivate Rione. Even if he hadn’t read her attitude toward him and known that wouldn’t work, Falco probably saw elected politicians as rivals for power. Geary exhaled a gust of humorless laughter. “I assume that means an autocratic government in which Captain Falco would no doubt play a leading role. Why didn’t the government sack him for saying that kind of thing?”

Rione sighed. “The Alliance was just as desperate for heroes then as now, and Captain Falco managed to cultivate enough senators to protect him. He also had substantial public popularity. You saw him in there. Falco could charm the scales off of a snake. The governing council was afraid of the public outcry that would follow sacking Falco. But eventually his luck ran out and he was lost along with far too many of our ships. While the fleet mourned his loss for reasons I’ve never understood, since he’d probably killed more Alliance sailors than he had Syndics, the



Alliance government was not terribly saddened even though it publicly expressed sorrow.”

“And now he’s back.” Geary shrugged. “I could see some of why the fleet liked him. He’s one of those people who can stick a knife in your back and leave you thinking he did you a favor.”

“I said he was charismatic, didn’t I?”

“Too damned charismatic for my peace of mind. Too bad I can’t think up an excuse to return him to the Syndics.”

“If I think of one, I’ll let you know.” Rione stared at the bulkhead, her thoughts elsewhere. “Captain Falco will contest your command of this fleet.”

“He doesn’t have a leg to stand on,” Geary stated. “I’m senior to him by at least eighty years.”

Rione smiled briefly. “Captain Falco did not take that well.”

“I could tell. But at least it’s the first time I got any joy out of it,” Geary admitted.

“But Falco will try to wrest command of this fleet from you, Captain Geary, regardless of regulations. If you thought Captain Numos and his allies were a danger, that danger has now increased greatly.”

“Thank you for your assessment.” Which unfortunately matches my own. Rione seemed skeptical of his statement, so Geary tried to give her a sincere look. “Your counsel is very valuable. I mean that. I’m grateful for your presence in this fleet.”

She gazed back at Geary for a while, her expression hard to read. “Thank you, Captain Geary.”

After Rione had left, Geary took a while to call up the records of Captain Falco’s battles. Looking at the replays of the battles in the combat simulator, it was far too apparent that Rione’s assessment of the man had been accurate. The losses during Falco’s so-called victories had been staggering, while there’d been more than one defeat due to simple errors. Fighting Falco, huh? Funny how that fighting captain managed to survive so many battles where a lot of other Alliance officers didn’t.

There were speeches and news accounts on file, too, showing a much younger-looking Falco dazzling crowds with high-sounding rhetoric delivered with apparently absolute sincerity. Geary found himself wondering if he had misjudged the man, then paid closer attention to what was being said. Appalled, he heard exactly what Rione had described: Falco blaming lack of progress in the war on the government’s policies and all but openly campaigning for the role of supreme leader. I wonder what would have happened if the Syndics hadn’t captured Falco. No wonder Co-President Rione was so worried about me when I took command. She thought I’d be like Falco. But fortunately for all concerned, I come from a time when fleet officers simply didn’t do such things. It never occurred to me that someone would, let alone that they’d get away with it by appealing to the public.

Twenty years. Desjani knew Falco only by reputation. She had seemed initially thrilled, but less happy once Falco had begun contesting command with Geary. Desjani's loyalty to Geary was apparently unshakable. Geary wondered how the rest of the fleet would regard Falco. Especially if he and Falco ended up openly butting heads over command of the fleet.

I don't want to be stuck with commanding this fleet, but I can't surrender that command to someone with Falco's record. He'd doom it to destruction and then issue a press release claiming it was a great victory.

And if somehow he managed to get the fleet back to Alliance space, he would be the sort of danger to the Alliance government that Rione has worried about.

Unless Falco changed while he was in that labor camp. I have to give the man some benefit of the doubt until I find out how that experience affected him.

That reminded him of the need to deal with the current Syndic threat to the fleet rather than worrying about what Falco might do. With the fleet pulling away from Sutrah Five and heading for open space above the plane of the system where traps couldn't have been placed, there was no longer a possibility of an immediate threat. Even if a Syndic fleet appeared at one of the jump points, there would be close to a day to prepare for action. But what about the longer term? What are the Syndics doing right now that could hurt this fleet at the next star and the next?

Geary pulled up the display for this region of space and spent a long time studying it, mentally jumping the fleet from one star to possible destinations and then on again, always eventually running into the same ugly conclusion. He had been doing the same mental projections ever since the fleet arrived at Sutrah, and the answers hadn't changed, no matter how many variations he tried. Even without running simulations, his gut instincts told him that the Syndic net was closing on this fleet. The only way to avoid it was to do something so unpredictable the Syndics wouldn't regard it as worth considering. How could he find something like that which wasn't also suicidal?

His gaze kept coming back to one star. Sancere.

No, that's crazy.

Crazy enough that the Syndics won't believe I'd take the fleet there?

Maybe. I'm certain that as far as the Syndics know, it can't be done the way I want to do it. They're wrong. I know a way.

But how would I convince the fleet to follow me to Sancere?

## THREE

THE hatch alert on Geary's stateroom chimed, startling Geary back into awareness of the here and now.

He was surprised to see how long he'd spent thinking about the fleet's next steps. Bringing up the fleet display as well, Geary checked the position within Sutrah System. As planned, the fleet had left Sutrah Five and was now following a course that would allow it to head for either of the other two jump points in the system. Only an hour remained before the fleet would launch the kinetic retaliatory bombardment of the two inhabited worlds. There wasn't any rush. Neither the two planets nor the targets on their surfaces could go anywhere except along the predictable and fixed orbits that made them sitting ducks for bombardments. "Please enter," Geary called.

Captain Falco had managed to very quickly acquire a uniform adorned with all of the ribbons and awards to which he was apparently entitled. He'd also gotten his hair trimmed, but Geary couldn't help noticing how the dashing young officer whose pictures he'd seen in old reports had been aged considerably by not just twenty years of time but also the hardships of a Syndic labor camp. Falco gave Geary a friendly, confident smile as he entered the stateroom. Geary recognized that exact smile from some of the records he had reviewed. "I'm sure you'd like to discuss our options for future operations," Falco stated graciously. "My expertise and leadership skills are at your disposal, of course."

Actually, the thought of discussing options with Falco hadn't even crossed his mind. Especially since I don't think much of your expertise and don't trust your leadership skills. But Geary nodded with outward politeness. "There'll be a fleet conference held soon."

"I meant with me," Falco noted. "In private. It's always best to map out a plan of action before the battle, eh? A good leader like you knows that, and I've heard plenty about your achievements in command of this fleet. But even the best commander needs input from those with the skills to support him, so I've taken the time to evaluate the fleet's position and work up a course of action."

The praise left Geary wary, wondering what Falco intended. "That was rather quick."

The understated sarcasm didn't seem to register on Captain Falco, who sat down and pointed at the regional display still visible. "Here's what we should do. The most direct course back to Alliance space is by proceeding to Vidha. From there—"

"Vidha has a Syndic hypernet gate," Geary interrupted. "Since it's an obvious objective for us and easily and quickly reinforced by the Syndics, it'll be heavily defended, and the jump points certainly will be mined."

Falco had one of his frowns visible again. Interrupting him seemed to trigger a

frown almost automatically. But he recovered quickly, assuming the expression of a respectful coworker again. “This fleet can overcome any Syndic resistance. Aggressive action is always the best move,” he lectured. “I don’t need to tell a commander like you that. This fleet has the initiative right now, and we must retain it, as you know. You understand how important it is to keep the enemy reacting to us. Now, from Vidha—”

“We’re not going to Vidha.” Since Falco seemed unable to take hints, Geary laid it out bluntly, even as he felt some admiration for Falco’s ability to make it sound like agreement with Falco’s plan was just what a good commander like Geary would, of course, do.

That seemed to take a while to sink in. Unexpected developments appeared to throw off Falco in a way that surprised Geary. Was that an act, designed to cause opponents to underestimate him? But Geary hadn’t noted any examples of that debating tactic in the old records he had reviewed.

Eventually Captain Falco shook his head. “I understand there will be Syndic forces awaiting us at Vidha.

Like us, the Syndics know that Vidha is the only reasonable objective.”

The repeated use of “us” was a nice touch, Geary had to admit.

“Not only because it takes us back toward Alliance space, but because it offers an opportunity to engage and destroy the Syndics surely awaiting us at Vidha.”

“I consider that an opportunity to stick our heads into a nest of scorpions,” Geary observed. “Accepting battle at the time and place we choose is our best option. Going to Vidha would mean fighting a battle at the time and place of the Syndics’ choosing. The best we could possibly hope for at Vidha is to take horrific losses, leaving any survivors easy prey in the next Syndic system we fled to.”

Falco frowned, taking a noticeable pause to absorb Geary’s statement. “I see. You’re looking at it in terms of material factors.” Falco made it sound like that was misguided, if not completely unreasonable.

“Material factors?” Geary questioned. “You mean like numbers and types of combatants? Minefields emplaced? Fixed defenses operational and ready to assist mobile forces?”

“Exactly,” Falco beamed, projecting admiration for Geary’s insight. “Those are purely secondary issues.

You know that! You’re Black Jack Geary! The moral is to the material as three is to one! With us in command—” Falco hesitated and smiled good-naturedly. “With you in command and myself along, this fleet has overwhelming moral superiority. The Syndics will flee in confusion, and we’ll have no trouble crushing them.”

Geary wondered if he was avoiding showing how appalled he was. Discounting firepower in favor of

“moral” factors? Such things counted, surely, but nothing Geary had seen since assuming command had led him to conclude that the Syndics were so poorly trained, motivated, and led that such nonmaterial factors could carry the day even if the odds were close to equal. “Captain Falco, this fleet fought a substantial Syndic force at Kaliban. They didn’t fight well, but they fought.”

“I’ve seen the records of that battle,” Falco noted. “You’re to be congratulated for your efforts. But look at how few of our ships were lost! The Syndics didn’t fight well, because they were overwhelmed by our moral force!”

“They were overwhelmed by our superiority in numbers and our effective use of ancient tactics, which they weren’t prepared to deal with,” Geary corrected. “What I’ve seen so far is that the Syndics will fight even when faced with overwhelming odds, even when common sense would dictate avoiding provoking a fleet able to wipe out entire planets.”

“Nobody ever said the Syndics were smart,” Falco advised with another smile. “Our goal is to engage and destroy the Syndic fleet, so if they rush to their doom, so much the better.”

“My goal is to get as much of this fleet as possible home to Alliance space,” Geary stated. He wondered very briefly if he should tell Falco about the Syndic hypernet key on-board Dauntless and immediately dismissed the idea. Based on what he’d heard and seen so far, he simply didn’t trust Falco enough to share that critical information. “Hopefully, we’ll do considerable damage to the Syndic war effort on the way, but the overriding objective is getting the fleet home.”

Falco stared at Geary, seeming genuinely shocked this time. “You can’t refuse the opportunity for battle!”

Geary stood up and walked slowly around the stateroom, not looking at the other captain. “Why not?”

“It’s...this is the Alliance fleet!”

“Exactly.” Geary gave Falco a flat look. “And I have no intention of letting it be destroyed to no purpose.

That would serve the goals of the Syndics. As I stated before, to the maximum extent possible, I’ll fight when and where I want to fight.”

“You’re supposed to be Black Jack Geary!”

“I am John Geary, and I will not waste the ships of this fleet or the lives of its crews.”

Falco’s face lost its shock and settled into stubborn lines. “Unbelievable. When the fleet ship commanders vote on—”

“There are no votes for courses of action in my fleet, Captain Falco.”

That seemed to startle Falco more than anything else Geary had yet said. Geary was increasingly convinced that, like the late Admiral Bloch, Falco’s skills had been

centered on political gamesmanship to control the outcomes of such votes rather than on military tactics or strategy. Falco's greatest victories had probably been won in such conferences and not on the battlefield. Now Falco spoke slowly, as if trying to ensure Geary understood something. "Tradition calls for the assembled wisdom and experience of the fleet ship commanders to have a role in deciding the fleet's course of action."

"Tradition!" Geary paced again, shaking his head. "I think I know a bit more about how this fleet used to operate than you do. Try regulations. Try good order and discipline, or unity of command. I'm the commanding officer of this fleet, Captain Falco. I will listen to advice, and I will consider all suggestions offered, but I will decide what this fleet does and does not do."

"You have to show proper respect for the commanding officers of the ships in this fleet!"

Geary nodded. "We're in agreement on that, but showing respect isn't the same as avoiding my responsibility, my duty, to make critical decisions."

"I must insist on following the command procedures that this fleet has developed in the face of constant warfare." Falco looked stubborn and proud, not willing to yield the point. It was the same way he had fought battles, Geary realized, refusing to admit or recognize when head-on assaults simply wouldn't succeed. Oddly enough, he was clearly being sincere about this. Falco really believed this was the right way to do things.

For that reason, Geary controlled his voice, speaking with care. "I have deep respect for the officers I serve with, and deep respect for the traditions of the fleet. I am also obligated to carry out my duties as I best understand them given the rules and regulations of the fleet. I've checked, and those rules and regulations say nothing about votes to confirm command decisions."

"This is not about blind adherence to rules that may be outdated in the face of the threat we face," Falco declared.

Geary recognized the words. Falco had said similar things a number of times before being captured, usually when talking about the government of the Alliance. "For better or worse, Captain Falco, I carry respect for those outdated rules within me, and I insist upon the fleet following them as well."

"I repeat, I insist—"

"You don't have the authority to insist upon anything. I'm the senior officer present. I'm in command. I believe that command procedures based on votes and committees are not a good idea, and I will not follow that kind of procedure. That will not change." Falco made to speak again, but Geary pinned him with a demanding stare. "You've offered one suggestion. Do you have anything else?"

Falco finally stood as well, his face reddening. "I've reviewed the planetary strike

plans. The first volley of kinetic bombardment of the two inhabited planets in this system will leave many targets unstruck. We need to eliminate all sources of Syndic power in this system.”

“I’m destroying industrial, military, and governmental targets, Captain Falco.”

“You are leaving many Syndic workers alive to continue their labors on behalf of the Syndicate Worlds.

Their ability to work on Syndic war efforts must be permanently forestalled.”

“Permanently forestalled?” Geary asked. “Is that another way of saying they have to be killed?”

Falco gave Geary an uncomprehending look. “We are in a war for everything we believe in, Captain Geary. We cannot let legal niceties prevent us from doing what must be done to protect our homes and families.”

“Legal niceties? That’s what you call them? You think that’s all that stands between us and slaughtering the civilian inhabitants of those two planets, Captain Falco?” Geary asked with deceptive quietness.

For his part, Falco seemed baffled by the question and answered as if speaking to a child. “They are part of the Syndic war machine. Only by eliminating all aspects of Syndic power can we win.”

“And you believe such an action represents everything we believe in? That our ancestors will look with favor upon mass murder?” Geary replied.

“The Syndics have done far worse!”

“That’s why we’re fighting them, isn’t it?” Geary waved one flattened hand in a chopping motion. “I will not commit atrocities or permit atrocities to be committed by anyone under my command. There will be one volley of kinetic projectiles fired at those worlds to retaliate for Syndic actions against this fleet. The targets will be military, industrial, and governmental. Period.”

Falco seemed torn between amazement and outrage. “I’d heard you’d spared Syndic prisoners, but I didn’t believe you were this soft.”

“Soft?” Instead of angering him, Geary discovered the word amused him. “I have no trouble fighting enemy combatants. If you’ve really heard what happened to the Syndic flotilla at Kaliban, you should realize that. As for treatment of prisoners, I would’ve thought your last two decades of imprisonment would’ve caused you to recognize the virtues of handling prisoners of war in accordance with the laws of war.” He paused, realizing that further antagonizing Falco wouldn’t do any good. But he also guessed that Falco would leap on any sign of perceived weakness. “I was trained to do things that have since been lost through no one’s fault, Captain Falco. I’ve brought that training with me from the past so I can help this fleet fight better. I’ve also brought with me attitudes that may be regarded as archaic but that I believe in. I believe they’ll make this fleet stronger.”

Falco stared back, his face rigid. “So you say.” He made an obvious effort to control himself. “Perhaps we should start over.”

Geary nodded. “That might be a good idea.”

“We both want the same thing,” Falco noted, the companionable smile back. Geary wondered just what Falco considered that same thing to be. “Together, we can accomplish a great deal.”

“For the Alliance?” Geary prodded.

“Of course! But the Alliance needs strong leaders! We can provide that leadership.” Falco shook his head, sighing theatrically. “You can see what things are like now. The state of the fleet. The sort of people giving orders to the fleet. That Rione woman. An Alliance senator accompanying the fleet as if we needed politicians breathing down our necks to do our jobs right! I understand she’s been a thorn in your side, which is exactly what I would have suspected.”

Geary tried to look noncommittal. “You’ve heard that?”

“From many people. But of course we can work together and neutralize her influence.”

“That’s an idea,” Geary stated in as neutral a tone as he could manage. It occurred to him that Falco might have already had this exact same conversation with Co-President Rione, commiserating over Geary’s presence and offering to work together with Rione against Geary. He wondered if Rione would tell him about such a thing if he asked.

Falco leaned closer, smiling like a comrade in arms and brandishing an emphatic forefinger. “When this fleet returns to Alliance space, its leaders will be able to write their own tickets for the future. You know that. We’ll have a historic opportunity to shape the way the Alliance pursues this war, and the way the Alliance makes decisions. With that opportunity, we could establish the conditions to finally win this war.

You’ll need someone with you who understands the current lay of the land. Someone who will help you against the politicians who have done all they can to ruin the Alliance and leave it helpless against the Syndics.”

Geary just gazed back, keeping his expression unrevealing. With me? Why do I think that the instant we hit Alliance space, Captain Falco will be sending out press releases hailing his success in getting the fleet back safely and making me out to be a figurehead at best? “Captain Falco, you’ve been in a Syndic labor camp for some time. Your own knowledge is considerably out of date.”

Falco’s smile was now confident as well as conspiratorial. “I have friends who can bring me up to date.

After all, I have a lot fewer decades to learn about than you, eh?”

“Captain Falco, I’m always grateful for useful suggestions. However, my role is



to get this fleet home safe. Once there, my job is to defer to the elected leadership of the Alliance, regardless of what I think of the wisdom of their decisions. If I can't in good conscience support legal decisions by the Alliance leadership, my duty is to resign my position in this fleet."

"Preserving the Alliance is more important than the prerogatives of politicians," Falco noted dismissively.

"Captain Falco, in the time I came from, it was understood that preserving the Alliance meant preserving what it stood for. Preserving individual rights and the rights of the electorate." Falco was clearly working hard at trying not to frown again. "I wish to continue working in a constructive manner with Co-President Rione. I would hope for your support in all of my decisions."

Falco eyed him, a trace of wariness in his eyes, even though the smile was still present. "Support doesn't come without a price."

Isn't that a surprise? "I'm afraid I have nothing to offer in exchange for support but the welfare of this fleet and of the Alliance."

"That's all I care about!" It sounded completely sincere, and Geary realized it probably was. Falco believed he could save the Alliance and believed that he could make better decisions than the elected leaders of the Alliance. "The Alliance needs a strong leader! I have to know your actions will work to the short-and long-term benefit of the Alliance, and frankly, right now I'm concerned that you don't realize how serious things have gotten in the many years you were in survival sleep!"

It had been easier to think of Falco as an opportunist. Instead, he was apparently motivated by a genuine and heartfelt belief that he and he alone could save the Alliance. In some ways, that probably made him more dangerous, Geary reflected. No one else could ever meet Falco's ideal of the best leader, a position reserved in Falco's mind for Falco himself, and no action that Falco disapproved of could possibly be right.

Geary tried to speak in as professional and dispassionate a way as he could. "I grant that you are concerned for the welfare of the Alliance. Our opinions on the right courses of action may diverge at times. But fate and my rank have placed me in command of this fleet. I can't in good conscience deny my duty to this fleet and to the Alliance, which requires me to lead this fleet to the best of my ability. I believe we are in agreement that getting this fleet back to Alliance space is critical to the Alliance war effort, and I welcome your support in ensuring that happens."

Falco's smile had vanished again. "You expect me to stand by while you squander opportunities to strike important blows against the Syndicate Worlds? While this fleet wanders around backwaters of the Syndicate Worlds instead of seeking out the enemy? While civilian politicians with no experience presume to tell us how to fight this war?"

“None of those things are happening,” Geary stated. “We are engaging the enemy, we are heading for home, and Co-President Rione does not interfere in the decision making of this fleet.”

“Extended survival sleep does things to people,” Falco observed with enough acid to match Captain Faresa’s best. “It warps their judgment.”

“And your judgment isn’t warped?” Geary asked. “Have you ever made a mistake, Captain Falco?

Ever?”

Falco glared back, openly hostile now. “There have been times when I have placed too much trust in some subordinates, but I personally have been able to avoid serious errors. Which is why I should be commanding this fleet, and which is why I will try to convince my fellow officers of that fact.”

“I see.” Geary took a moment to wonder what would happen if people willing to believe in perfect heroes, as some thought of him, were combined with a man who thought he was perfect. The idea was frightening. “Captain Falco, I have a job to do to the best of my ability. I take that responsibility very seriously. Your duty to the Alliance is to support my efforts. I will not tolerate any attempts to hinder me.

If you attempt to undermine or obstruct my command of this fleet, I will make you regret it. Do not doubt my honor, Captain Falco. Perhaps it’s a very old-fashioned thing, but I do take it seriously.”

Falco stared back at Geary for several seconds, then spun on one heel, turning to go. “Captain Falco.”

Falco stopped in midmotion, hesitating at the tone of Geary’s voice. “You have permission to leave.”

Though Geary couldn’t see Falco’s face, he could see the other captain’s neck redden alarmingly.

Falco whirled back to face Geary as the hatch opened and revealed Rione standing there about to touch the alert button. She paused, watching, as Falco spoke with cold precision, apparently not having yet noticed Rione standing nearby. “This fleet deserves a commander whose personal bravery and boldness matches that of its sailors. If you don’t provide that sort of command, I assure you that the fleet will find a new leader.” He pivoted back to leave, freezing for a moment at the sight of Rione, then walked brusquely past her without a word.

Rione gave Geary an inquisitive look. “Did your meeting go well?”

“Very funny. What brings you back here?”

“I wanted to inform you that Captain Falco had expressed concern to me about whether you were acting in the best interests of the Alliance,” Rione stated matter-of-factly.

“He expressed the same sentiment to me about you,” Geary replied.

“Among other sentiments?” Rione asked. “You know what you’re dealing with now.” She nodded and left as well.

Geary closed his eyes and rubbed his forehead in a vain attempt to relax as the hatch closed. He sat down again, drumming the fingers of one hand on the armrest next to him, then paged Captain Desjani.

“Do you have time to stop by my stateroom? I’d like to discuss a few things.”

It took Captain Desjani only a few minutes to arrive. She gave him a quizzical look. “You needed to speak privately, sir?”

“Yes.” Geary waved her to a seat, sitting forward and waiting until Desjani had sat down, stiff enough in her posture that she seemed to be sitting at attention. I need to know how other officers feel. “Captain, I’d like your candid assessment of Captain Falco.”

Desjani hesitated. “Technically, Captain Falco is senior to me.”

“Yes, but you’re the same rank, and he won’t be commanding this fleet.”

She seemed to relax a bit. “I’ve only known Captain Falco before this from his reputation and from stories told by older officers, sir.”

“I’ve been given to understand he’s well regarded.”

“Yes, in the sense of a dead hero. Captain Falco was seen as an inspiring example.” Desjani grimaced.

“You wish me to speak frankly, sir?” Geary nodded. “If Black Jack Geary was regarded as the fleet’s god, then Fighting Falco was a sort of demigod. Officers I’ve spoken to told tales approving of Captain Falco’s fighting spirit and his general attitude.”

Geary nodded again, pondering the irony of the fact that the two things Captain Falco had been admired for were the exact two things Geary disliked most in Falco. “He’s still thought of as a good commander?”

Desjani thought for a few seconds. “If any captain but you had been in command of this fleet, then Captain Falco would’ve very likely ended up in command instead.”

“How would you feel about that?”

Desjani grimaced again. “At one time...I’ve gotten used to dealing with a commander who wasn’t seeking my vote in a fleet conference, sir. You gave me some praise while we were on the shuttle dock if you recall, and that meant a great deal, because you had grounds for making an assessment of me and my ship. When Captain Falco offered praise...I knew it couldn’t have been earned. The contrast was very clear: one commander who respected what I did and another who saw me as someone he could flatter and use.”

Geary thanked whatever had prompted him to say what he had when he had. Perhaps his ancestors were lending him a hand sometimes. “Did you have any other impressions?”

She hesitated, thinking. “He’s very personable, sir. I thought Admiral Bloch was good, but he wasn’t in Captain Falco’s class at all. And I’ve had time for a couple of more brief talks with Lieutenant Riva. He and the other liberated prisoners believe Captain Falco is deeply devoted to the welfare of the Alliance.

Captain Falco dedicated great efforts in the labor camp to keeping up morale and assuring everyone that Alliance victory would come. Lieutenant Riva thinks many prisoners would have given up hope and let themselves die without Captain Falco’s example.”

This would be easier if Falco was simply a glory hound, Geary reflected. But he is an inspiring leader, and he does care about the Alliance. Unfortunately, his vision of saving the Alliance would mean turning it into a reflection of the Syndicate Worlds. May our ancestors preserve us from those who would destroy the things that make the Alliance worth fighting for in the name of defending it. “Thank you, Captain Desjani. I have reason to believe that Captain Falco intends promoting himself as the rightful commander of the fleet.”

That got another grimace from Desjani. “Sir, as I said, if it were any captain but you, if you had not already successfully brought us this far and won a great victory at Kaliban, then Captain Falco would be in command within a few days at the most. He’s...um...”

“A little more charming than me?” Geary asked dryly.

“Yes, sir.” She paused. “In truth, sir, if I’d met him before you, I might feel differently. The changes you’ve brought about were often hard to accept. But you truly have changed how I see senior officers.”

Geary looked away, embarrassed by the praise. “How about the other ship commanders? Do you think they’ll feel the same way?”

“It’s hard to say. There remains a hard core of ship captains who would rather lose fighting in what they see as the ‘honorable’ way than win by fighting in the more disciplined fashion you’ve brought. They believe that fighting spirit is the most important element in battle, and that you lack that spirit, sir.”

It wasn’t anything he hadn’t heard before. “So I understand. ‘The moral is to the material as three is to one.’ Surely there’s been enough disasters as a result of that attitude to impress even the firmest believers in fighting spirit as the silver bullet of warfare.”

Desjani smiled humorlessly. “A belief doesn’t rest on evidence but on faith, sir.”

Like the belief in him, or rather in Black Jack Geary, which he had been able to put to good use. Geary nodded. “True enough. Are there enough of these true believers in fighting spirit to give Captain Falco command?”

“No, sir. There’s many fence-sitters, still, but that wouldn’t incline them to support Captain Falco. Many have been impressed by your performance, sir.” She

must have seen Geary's self-consciousness this time. "You showed everyone at Kaliban, sir, even though the lessons from that battle are taking time to filter through the fleet. And I have to add, because you asked me to speak frankly, sir, that your moral stands have deeply moved a lot of officers and sailors because they're based on what our ancestors truly believed and would expect from us. We've forgotten so much, or allowed ourselves to forget so much, and you've allowed us to regain those things."

Geary kept his eyes on the deck, too embarrassed to meet her eyes. "Thank you. I hope I can live up to that sort of assessment. Captain Desjani, there may be trouble at the fleet conference I'm about to call."

"There usually is trouble at fleet conferences," Captain Desjani observed.

Geary smiled briefly. "Yeah. But I expect this to be worse than usual. Partly because I expect Captain Falco to be there, trying to throw his weight around, and partly because of what I'm going to propose to do."

"What are you planning, sir?"

"I'm planning on taking this fleet to Sancere."

"Sancere?" Desjani seemed puzzled, trying to recall where that was; then her eyes widened. "Yes, sir.

There'll be trouble."

GEARY walked to the bridge, checking the time and barely arriving before the scheduled launch of the kinetic bombardment. He settled into his command seat as Captain Desjani nodded in welcome as if she'd been on the bridge for hours instead of getting there just minutes before Geary himself.

The planetary display obligingly popped up, the target sites glowing. Geary scanned them again, thinking about the power he had to ruin worlds. Falco had seemed ready and willing to exercise such power, but then after twenty years on a cold rock like Sutrah Five, maybe Geary would've also been eager to bomb the living hell out of the place. "You may proceed with launch of bombardment as scheduled."

Desjani nodded again, then gestured to the combat system watch-stander, who tapped a single control, then entered the authorization.

It all seemed so simple, so clean and neat. Geary called up the fleet display, waiting, then saw his battleships and battle cruisers begin pumping out the bombardment rounds. Just solid chunks of metal, aerodynamic and with special ceramic coatings to keep them from vaporizing from the heat of atmospheric friction before impact. Inheriting a lot of speed from the ships that had dropped them, the kinetic rounds would fall toward their planetary targets, accelerating to even higher velocities under the pull of gravity and gaining more energy every meter of the way. When those simple metal chunks struck the surface of the planets, all of that kinetic energy would be released in explosions that would leave nothing but large craters and

twisted wreckage in their wake.

Geary sat, watching the bombardment aimed at Sutrah Five arcing down into the atmosphere, wondering how it looked to those on the planet's surface. "It must be a very helpless feeling."

"Sir?" Desjani's question made Geary realize he'd spoken out loud.

"I was just thinking how it'd feel to be on a planet and see that bombardment coming in," Geary admitted. "No way to stop it, impossible to run fast enough to avoid one of the rounds if you were at a target site, no shelter capable of withstanding the impact."

Desjani's eyes shaded as she considered the idea. "I hadn't really thought about it in those terms.

Alliance worlds have felt it, too, and I know I've felt helpless when I've heard about it, not able to have stopped it. But, yes, I'd much rather be in something that can maneuver and fight."

By now the kinetic rounds aimed at Sutrah Five were all glowing brightly with the heat of their passage, dozens of deadly fireflies curving toward the planet's surface. From Dauntless's position, Geary could see part of Sutrah Five covered by night and watch the brilliant display of fiery destruction lighting the darkness of the skies there. "There's no honor in killing helpless people," he murmured, thinking of what Falco had urged.

To his surprise, Captain Desjani nodded in agreement. "No."

He remembered her once expressing regret that the null-field weapons were short-range and couldn't work near gravity wells, and therefore couldn't be used against planets. Geary wondered if Desjani still felt that way.

He zoomed in the scale on his display, getting a good picture of one of the targets, a still-functioning industrial site that, on multispectral imagery, displayed heat from warm equipment and radiation of electronic signals leaking from wiring. There were no signs of people at the location, though, all of them apparently having taken the warning seriously and evacuated. Geary didn't really see the kinetic round come in, as it was moving far too fast for his eye to register, but his mind imagined seeing a blur rocket in followed by an intense flash of light automatically blocked by Dauntless's sensors. Pulling back the scale again, Geary saw shock waves radiating out from a cloud of vaporized material, shattering buildings and making the planet's surface ripple like the hide of a living beast stung by an insect. He pulled back the scale again, much farther, seeing the mushroom-shaped clouds that mankind had grown to know all too well rising high into the skies of Sutrah Five as impacts occurred at multiple sites, smashing in moments all of the industrial and transportation hubs that humans had spent centuries creating on Sutrah Five.

Torn between fascination at the destruction and sorrow over its necessity, Geary

selected one special site and homed in on it. The target in the mountain range didn't show as much obvious destruction as other locations, because the kinetic round fired at it had been shaped to penetrate deeply into the rock on impact. The crater was deeper but smaller than at other locations, as if a spear had lanced into the planet seeking a special target. As it had, because this was where the hidden command post had once existed.

Geary wondered if the high-ranking leaders who'd been willing to subject others to the risk of bombardment had themselves had time to realize they wouldn't be safe after all.

"I know the Syndic military base is an obsolete burden to them," Desjani remarked, "but it wouldn't have cost us much to eliminate it as well, as long as we were trying to teach the Syndics a lesson."

Geary shook his head, his eyes still on the impact site where the planetary high command had been sheltered. "That depends on what lesson we're trying to teach, doesn't it? Vengeance? Or justice?"

Desjani spent a long time quiet. "Vengeance is easier to inflict, isn't it?"

"Yeah. It doesn't require much thought."

She nodded slowly. Whatever lesson he'd taught the Syndics, Desjani seemed to be thinking a great deal.

On his display, Geary could see the swarm of projectiles headed for Sutrah Four. The people there would be seeing the impacts on their sister world and would know a similar fate awaited many locations on the planet they called home. They would also get to watch the bombardment heading their way for another hour or so, prolonging the suffering of their experience. He wondered if they'd blame the Alliance or the Syndic leaders who had been willing to sacrifice them.

ANOTHER conference, the atmosphere tense because every ship commander present knew that Geary intended laying out his next course of action. Granted, besides Geary himself, only Captain Desjani was actually physically present. Once again, Co-President Rione wasn't in the room. Geary wondered this time if her absence had anything to do with the rumors that she and Geary were personally involved.

The absence of Captain Fighting Falco was a pleasant surprise but left Geary worrying what Falco was up to. Falco didn't seem like the sort to give up easily, and Geary would've much preferred to see any political games being played right before him to having them occur in shadows outside of his knowledge.

He hoped that Rione's spies would tell her of anything Geary had to worry about and that she would pass those reports on to him.

Geary looked around the table, knowing he was about to set off a firestorm and seeing no alternative.

“Ladies and gentlemen, the Syndics are drawing a net about us. The traps we encountered in this system are clear evidence that the Syndics are predicting our next objectives well enough to prepare for us. As you all know,” or should know, Geary added to himself, “the Syndics had light ships posted at all of the jump points in this system. As the light from our arrival reached them, three of those ships jumped out.

There are three possible destinations through those gates, and all will be warned of our possible impending arrival.”

He waited for any comments, but there were none. Everyone seemed to be waiting to hear his proposal.

“I’ve taken a look at our possible objectives from this point, and the reachable stars beyond those, and it’s all too clear that the Syndics will be able to channel our options down to the point of being able to trap us with greatly superior forces no matter what we do.” He paused, letting that sink in. “I have no doubt that we’d inflict terrible losses on those Syndic forces, but this fleet would be destroyed in the process.” That was a valuable offering to their pride, Geary thought, as well as a reminder that this was still about trying to get home.

“The Marine exploitation groups were able to get an outdated but useful Syndicate Worlds star system guide from files left behind at the labor camp.” Geary nodded toward Colonel Carabali. “After reviewing that, I believe there’s another option, which I think gives us a chance to not only avoid that trap but also to inflict a powerful blow to the Syndics, totally disrupt their plans, and leave us many options for heading back toward Alliance space again.” He used his finger to draw a line through the display. “We take the fleet back to the jump point we used to arrive. Not to go back to Kaliban but to jump to Strabo.”

“Strabo?” someone blurted after several seconds of silence. “What’s at Strabo?”

“Nothing. Not even enough rocks to have developed much of a human presence and now completely abandoned.”

The captain of the *Polaris* was staring at the display. “Strabo is almost directly away from Alliance space.”

“Yes,” Geary agreed. “The Syndics have to believe the chance we’d jump back toward the way we came is very remote. They haven’t sent anyone through that jump point since we’ve arrived. Once they get word that we did, they’ll consider a jump to Strabo even more remote. But we’re going to throw them off worse than that.” He swung his finger again, knowing his next words would trigger a much stronger reaction. “From Strabo we jump to Cydoni.”

“Cydoni?” Captain Numos had finally been prodded into challenging Geary again. “That’s even deeper into Syndic space!”

“It is. The Syndics will figure out eventually that we’ve jumped to Strabo, and from there they’ll assume we’re headed for the other three stars within range of



Strabo, all of which bend back to Alliance space.

It'll take them a long time to figure out we jumped to Cydoni."

"What possible purpose could that serve?" Numos demanded. "Shall we run to the far side of Syndic space? They won't expect that, will they? Do you have any idea how badly we'll need resupply by the time we reach Cydoni? What's there?"

"Nothing," Geary stated. Everyone was staring at him. "It's another abandoned system. The star's photosphere is expanding, so the one once-habitable planet was evacuated decades ago. No, what counts is what lies beyond Cydoni." He gestured again, trying to make it dramatic. "At extreme jump range from Cydoni is Sancere. Again at an angle away from Alliance space, but the odds seem exceptionally good that our arrival at Sancere would be a total surprise to the Syndics."

"Sancere's the site of some of the Syndicate Worlds' biggest shipyards," Captain Duellos observed in the shocked silence that followed. "But can we really reach it from Cydoni? Jump drive specifications don't say they have that range."

"We can. I've made longer jumps," Geary advised. "Since the invention of the hypernet, you all haven't been dependent on jump drives for long hauls between stars. We had no alternative to using the jump drives in my time, and we learned some ways of extending the range past the official maximum."

"This is insane!" Captain Faresa commented in a baffled voice. "Running deeper into Syndic space, repeatedly, to reach an objective sure to be heavily guarded with our own supplies near exhaustion!"

"It won't be heavily guarded enough to deal with us," Geary stated with a confidence greater than he really felt. There was always that awful chance that he was wrong. But he couldn't admit to that and have a hope of convincing these people. "The Syndics will have had to send strong detachments every which way to try to find us and intercept us. They'll never suspect we've been bold enough to strike at Sancere, even if they have someone who remembers that the jump drives will let us reach there from Cydoni. And resupply won't be a problem. This is a heavily populated major shipbuilding center. It'll have everything we could possibly want."

"Including a hypernet gate," Captain Tulev observed.

"Right." Geary nodded, looking around and seeing uncertainty on most faces. "If they destroy it, it'll prevent reinforcements from arriving relatively quickly. If they don't destroy it..." He let the thought hang, deliberately holding it out as bait.

"We can get home. Fast," someone breathed.

Numos gave Geary a narrow-eyed look. "The Syndic hypernet key we acquired from the traitor still exists then?"

"It does."

"We could've gone to Cadiz and used it there!"

Geary felt anger rising at the stubborn stupidity of Numos. "As we decided at the

time, Cadiz was too obvious an objective. The Syndics surely had overwhelming forces there awaiting us.”

“But they won’t at Sancere? How can you take such an insane risk?” Numos demanded.

Geary stared coldly at him. “I thought I was supposed to be too cautious. Are you now accusing me of being too bold?” He shifted his gaze, sweeping it across the other officers. “You know the truth as well as I do. The Syndics laid not one but three traps for us in this system. They’ve sent word ahead to all of our possible objectives if we continue on our current paths toward Alliance space. The only way to disrupt their plans, to preserve this fleet, is to do something so unexpected, not once but three times, that they’ll be scrambling to catch up.” He pointed again. “Sancere was a big shipbuilding center even before the hypernet, not just because it’s a wealthy star system, but because there’s six stars within jump range, not counting Cydoni. Six options, five of which bear back toward the Alliance. No, I’m not thrilled by the amount of distance we have to make up, but we’ll inflict a major blow on the Syndics, we’ll ruin their plans to keep wearing us down and trap us, and we’ll be able to pick up everything we need to keep going.”

“And if all works,” Captain Duellos added, “perhaps the hypernet gate we need to get home.”

Too many pairs of eyes were still locked on the path Geary had traced. He knew from the expressions that those officers were gauging just how far Geary’s plan would take them from Alliance space. “If our objective is to get home,” Geary emphasized, “and to hurt the Syndics in the process, then Sancere is the way back to Alliance space.”

“This is nonsense,” Numos declared. “I call for a vote!”

Geary eyed him coldly. “There are no votes in my fleet.”

“If I’m to be asked to charge deep into Syndic territory on a suicidal mission, I should be allowed a say in it! We all should!”

Captain Tulev made a disgusted sound. “You already voted to do that. When Admiral Bloch was in command of the fleet. Or have you forgotten that a vote put us in this situation?”

Numos flushed with anger. “That was an entirely different situation. Where is Captain Falco? What is his advice?”

“You’ll have to ask him,” Geary advised. “I’ve already received his input.” And discounted it. But they didn’t have to know that.

“Where is Captain Falco?” Captain Faresa demanded, seconding Numos as usual.

Captain Desjani answered, her voice as calm and un-emotional as if she were providing a routine report.

“Captain Falco is undergoing medical tests recommended by the fleet medical

personnel aboard the Dauntless.”

Geary tried not to look surprised and not to smile. He hadn't suspected Desjani could be so devious.

Faresa, however, looked outraged. “Medical tests?”

“Yes,” Desjani confirmed blandly. “For Captain Falco's safety. He was under considerable physical stress in the Syndic labor camp, and of course also suffered from the pressures of being the senior Alliance officer present there. Fleet medical personnel expressed concern following their initial checkup of Captain Falco, asking for a follow-up examination as soon as possible.”

“What did Captain Falco recommend?” someone asked.

“His advice to me is between Captain Falco and myself,” Geary replied. That didn't go over well, so Geary decided to elaborate. “I will say that Captain Falco hadn't had time to fully acquaint himself with the situation this fleet finds itself in. He also recommended that we launch a much larger bombardment of the inhabited worlds in this system. I don't believe that to be wise, humane, or justified, so I rejected that advice.”

“Captain Falco is a fighting commander,” the captain of the Brigandine finally remarked after another long pause.

“My father died serving under him,” the captain of the Steadfast agreed.

It was too much for Geary. “A lot of sailors died serving under Captain Falco.” A hush followed the blunt comment. “Anyone who wishes to compare my fighting spirit to that of Captain Falco is welcome to contrast what happened at Kaliban with any battle commanded by Captain Falco. Since I believe we serve the Alliance best, and protect our homes best, by both winning and surviving, I don't fear any comparison of ship losses on both sides or of casualty ratios.”

“I served under Captain Falco at Batana,” Captain Duellos remarked in an almost idle tone. “My first battle and nearly my last. My commanding officer commented afterward that as our losses equaled those of the Syndics, it would've been simpler if Captain Falco had only ordered each of his ships to ram one of the enemy ships, thereby achieving the same result with much less difficulty.”

“Captain Falco is a hero of the Alliance!” someone else argued.

“Captain Falco is an officer of this fleet,” Commander Cresida replied sharply. “Are we choosing commanders by vote again? Given how well that's worked in the past? Has Captain Geary given any reason at all to doubt his judgment? How many of you would've chosen to die at Kaliban in the name of adding glory to the battle?”

Her words seem to give pause to most of those present, but Captain Faresa sent a particular acidic look Cresida's way. “We don't need to hear lectures from an officer junior to us in rank and experience.”

Commander Cresida flushed, but thanks to time delay in the signal from Cresida's

ship, Geary got his answer in first. "I'm running this meeting and this fleet," he stated in a hard voice, "and I decide what we need to hear. I welcome input from a capable officer such as Commander Cresida."

More objections were raised. Geary argued them down. More wishes were floated for Captain Falco's opinion. Geary's strongest allies belittled those, using the undeniable fact that Falco was still unfamiliar with the fleet's circumstances. Geary finally held up a restraining hand. "A decision needs to be made. I have the responsibility of making it. The bottom line is this: I will take this fleet to Sancere because that offers our best hope for continued survival. And when we get there, we will inflict a serious defeat on the Syndics in the bargain and avenge Anelace, Baselard, Mace, and Cuirass."

More than one commander looked unhappy, more than one looked to Numos for further argument, but a warning glance from Geary kept Numos silent this time. More importantly, the majority of the officers seemed not only willing to go along but convinced by Geary's arguments. "That is all," Geary concluded.

"Orders to maneuver the fleet back toward the jump point we used to enter this system will go out within a few minutes."

The crowd shrank within moments, leaving only Captain Desjani and the virtual presence of Captain Duellos. Desjani stood and smiled in a grim way. "Another victory, sir."

"I think I'd rather fight the Syndics," Geary admitted. "Please have Dauntless broadcast the change-of-course order. To be executed at," he checked the readouts, "time two zero."

"Yes, sir." Desjani saluted before she departed.

Geary nodded to Duellos. "Thanks for the backup."

Duelos gave Geary a skeptical look in return. "You don't really expect the Syndics to let us access that hypernet gate at Sancere, do you?"

Geary looked down and grimaced. "No. I think the Syndics know they can't afford to let this fleet get home with a working key to their hypernet. It'd give the Alliance a decisive edge in the war."

"So they will take the extreme measure of destroying the gate rather than allow us access."

"Probably." Geary shrugged. "There's always a chance they won't. A very slim chance, but it's there."

"True." Duellos sighed. "If not for that gate, the fleet wouldn't have followed you to Sancere, you know."

"I know."

"But if we make it there, and win, the doubters will have trouble finding an audience." Duellos carefully saluted. "It's a tremendous risk, but you've earned the

right to our trust.”

Geary returned the salute. “Thanks.”

“You’re sure the jump drives can get us from Cydoni to Sancere?”

“Absolutely.”

After Duellos “left,” Geary went wearily back to his stateroom. He didn’t need to be on the bridge when the fleet turned since he could watch the maneuver from the displays in his own stateroom. Normally he’d try to be on the bridge anyway, satisfying the need of the crew to believe that their commander cared about their work and how they did it, but after the drawn out and too-often-hostile arguments he’d dealt with, Geary badly needed a break.

He saw Co-President Rione waiting outside his stateroom, knew there’d been time enough for her to be briefed on the meeting by some of the commanders of ships belonging to the Callas Republic, saw the fire barely restrained behind her eyes, and knew he wasn’t going to get that break yet.

Rione stood silently until Geary entered, following him inside and waiting until the hatch closed before rounding on him and letting her feelings show clearly.

Looking at her, Geary realized he’d never really seen Co-President Victoria Rione angry before. It wasn’t something he wanted to see again. “How could you have done such a thing?” Rione demanded, seeming to bite off each word as it came out.

Geary spoke carefully. “I believe this is the best course of action—”

“You’ve betrayed this fleet! You’ve betrayed the Alliance! And you’ve betrayed me!”

Flinching from the harsh words and anger, Geary nonetheless found his attention fixing on the last sentence. “I betrayed you? How?”

Rione flushed, drawing herself back. “That’s...never mind. I misspoke. I meant that you’d betrayed everyone in this fleet, all of the officers and sailors who have come to trust that you would use your command wisely! I have not worked against you. I have tried to support your efforts, thinking that you had demonstrated a lack of personal ambition and some minor degree of common sense. I was wrong, Captain Geary. By fooling me as to your true intentions, you succeeded in manipulating this fleet to a place where you can play the hero you’ve obviously always sought to be! And you’ve made me an unwitting accomplice in your schemes!”

“I am not a hero,” Geary snapped back at her. “This isn’t about that at all. If you’ll just take a moment to consider my reasons—”

“Your reasons? I already know what your reasons are,” Rione insisted. “You fear that Captain Falco will wrest command of this fleet from you. I heard what he said to you, warning you that the fleet would choose another commander if you weren’t bold enough! So to prevent that from happening, you’re willing to risk this fleet’s destruction! As if the fleet and every person in it is just a toy that you and Captain

Falco are fighting over like a pair of jealous toddlers! If you can't have it, no one can!"

Geary kept a rein on his temper with great effort. "Madam Co-President," he ground out, "I extrapolated every possible course of action—"

"Did you? And where are the records of these extrapolations, Captain Geary?" she demanded.

That statement knocked Geary off balance for a moment. "You can access my personal strategic models and simulations? Those are supposed to be under a tight eyes-only security seal."

Rione, looking like she regretted having admitted that, nonetheless nodded imperiously. "Did you have something to hide, Captain Geary? Such as a total lack of records of the simulations you claim justify this decision of yours?"

"I didn't run simulations," Geary roared back. "I could do all of that in my head. Not to the same degree of accuracy as simulations, but well enough to identify the dangers we were facing!"

"You actually expect me to believe that? Do you think I'm stupid as well as gullible, Captain Geary?"

What were you planning to manipulate me into doing for you next? Do you think I have no pride? Do you think I have no sense of honor?"

He tried to get his temper back under control. "I have not fooled you, I have not manipulated you, I have been honest every step of the way."

Rione leaned closer, her eyes blazing. "I have endured many things for the sake of the Alliance, Captain Geary. But to find that I have been treated in this fashion by a man I had come to assume was above such things is the most humiliating thing I have ever experienced. Worse, the fact that you succeeded in using me to further your aims means these ships and perhaps the Alliance itself are doomed. The people of the Callas Republic, who I swore to serve faithfully, are doomed. I have failed, Captain Geary. You can take satisfaction in that much. You don't need to continue pretending to be unjustly accused."

Geary glared back at her. "Believe it or not, this isn't about you."

"No, Captain Geary. It's not. It's about the thousands of men and women you are leading to their deaths."

Geary looked away, trying to regain his composure. "If you would do me the courtesy of letting me explain my intentions—"

"I've already heard them." Rione pivoted, walked one step away, then swung back to face him again.

"The simulations you claimed to have run don't exist. You haven't even tried to claim otherwise."

"I never claimed to have run simulations!"

Rione paused, then a bitter smile curved one corner of her mouth. “So the simple warrior chose his words with such great care? Implying something existed when it didn’t?”

“I didn’t intend that anyone misinterpret my reasons for this course of action! You just have to take my word for it that I worked this out.”

“How convenient,” Rione stated in a voice suddenly gone icy. “I only need to take your word again. I hadn’t realized you held me in such contempt. Am I really so easy to manipulate?”

“I did not manipulate you! That was never my intention!”

“So you say.” Rione shook her head slowly, never taking her eyes off of Geary. “Your real intentions are already clear to me.”

“Fine,” Geary almost snarled. “Then why don’t you tell me what you think they are?”

“I already told you. When confronted with a serious challenge to your command of this fleet, you have chosen to do the sort of insanely risky and ill-considered action that you have spent the last few months claiming to abhor. Your intention, Captain Geary, is to prove that you can be as brainlessly aggressive as Captain Falco, thereby ensuring these ships continue to follow you, regardless of what happens to them as a result.”

“This isn’t brainless,” Geary snapped back at her. “I considered all options.”

“And clearly disregarded all of the intelligent ones!”

“I don’t want this fleet destroyed! If we’d continued ahead as planned, we would’ve been trapped by superior Syndic forces after having been worn down by more minor losses in every system along the way!” He was yelling at her again, Geary realized, more angry than he could remember feeling since being rescued.

She kept yelling back. “Where is the proof that you considered these options? Where are the simulations you ran?”

“In my head!”

“Do you seriously expect me to believe such a self-serving argument? One that I cannot verify? I’m just supposed to continue trusting you?”

“Yes! I think I’ve earned the right to some benefit of the doubt!”

“Benefit of the doubt? I’ve granted you that in the past, Captain Geary, to my eventual sorrow. But you can’t offer one solid piece of evidence to excuse this course of action, not one! This decision of yours is totally unjustified by any proof except your assertions. You’re supposed to hold on to your command by proving that you’re a better man than Captain Falco! Not by proving that you’re an even bigger idiot than he is!”

Geary shook his head like an angry bull. “I never claimed to be a better man.”

“Yes, you did,” Rione accused him. “You spoke of caring for the lives of the

sailors in this fleet, you spoke of leading them wisely. You—” She broke off, her face twisted with fury. “How could you do this to me?”

“To you?” There it was again. Geary managed to rein in his temper again with a supreme effort, wondering why Rione’s anger was affecting him so strongly. “I did not misuse your trust. I didn’t manipulate you. I swear this is my best judgment. To keep this fleet alive and get it home.”

“You actually believe that?” Rione demanded. “You can’t be such a fool, so you must be lying.”

“It’s true.” He flung an arm out toward the star display. “If you don’t believe me, run simulations yourself!

See what happens if we kept going to any of the destinations we’d been considering.”

“I will! I will run simulations and produce a verifiable record of my deliberations. And when I prove the conclusions you claim to have reached were totally wrong, I’ll show you the results, assuming that this ship is still intact at that point and not a broken derelict awaiting the arrival of a Syndic salvage crew!”

She swept out, leaving Geary alone with the echoes of her anger and disappointment. He turned to the projection of a starscape on one bulkhead and punched it several times viciously, but though the stars rippled each time, his efforts had no other result.

THE Alliance fleet turned again, hundreds of ships large and small rolling and pitching as their bows swung around. Main drives lit off, pushing the ships onto a new course, arching over the top of the Sutrah Star System’s plane and back down toward the jump point where the fleet had entered not long before.

Geary, pleased at the smooth execution of the maneuver even though he knew it had been handled by automated controls, kept his eyes on the Syndic light warships still hanging around the fringes of the star system. The closest enemy warships were almost two light-hours away, so they wouldn’t realize the Alliance fleet had made a big change of course until that time. They’d have to wait after that, determining what the Alliance fleet’s new objective was, making sure the Alliance fleet was actually heading back to the first jump point, and confirming that it had actually made use of that jump point.

They’ve got one ship left there, one more there, and three there. They can’t send updates to the three possible stars that could be reached through the other jump points without sending a ship each time. They can send a warning to all of them that we seem to be backtracking, or they can send an alert to all when we actually use our arrival jump point to leave the system. But not both, so they’ll have to wait until they know we’ve left. It buys us more time and leaves the Syndics with more uncertainties. It’ll also teach them to assume they can use the most “efficient” number



of ships to shadow my fleet instead of having enough to deal with the unexpected.

Not that he wanted the Syndics to actually learn from experience with him. They'd learned enough already to seed Sutrah system with unpleasant surprises, and he prayed Strabo wouldn't be the same.

## FOUR

SEVEN more hours until the jump to Strabo. Geary arranged the formation for departure carefully.

When the fleet arrived at Strabo, it would be in the same disposition as when it left Sutrah, so he wanted to try to set things up so there wouldn't be any more out-of-control charges. With so many commanding officers to deal with, Geary couldn't assess how all would react in any given situation, so he tried to place the ones he had reason to believe he could trust best to the forefront. Unfortunately, there weren't as many of those commanding officers as he would have liked. He glanced at the current fleet formation, wondering why so many shuttles were winging their way between ships.

He looked up as the alert on his stateroom hatch chimed, followed by the entry of Captain Desjani.

Geary smiled in greeting. "Good timing. I was just about to call you and ask if you knew what all those shuttle trips were about."

"It's a swap meet," Desjani explained. "Personnel. As the liberated prisoners have been fully debriefed and their particular skills and experience entered into the fleet personnel database, each ship has been checking to see if individuals they need are available. Most of the ships are swapping people right now to get skills they need and transfer surplus skills to other ships that need those individuals more. The fleet database automatically coordinates the whole process."

Geary felt a brief stab of annoyance. Why hadn't he been told? Why hadn't anyone asked for his approval? But then he realized that there'd been no need to tell him or ask approval. He didn't sign off on normal individual transfers between ships and didn't have time to try to monitor such things. The ships could easily handle the task with the help of the fleet database, doing their jobs of keeping themselves at the best possible combat readiness and leaving Geary to keep his eyes on the big picture. "I guess if there were any problems I'd be told."

"Of course, sir." Desjani paused, looking uncommonly uncomfortable. "Permission to request personal counseling, sir."

"Personal counseling?" A private matter? One that Desjani wanted him to offer advice on? "Certainly.

Have a seat."

Desjani sat at attention again, chewing her lip for a moment. "Sir, you met Lieutenant Riva when he came aboard."

Geary took a moment to recall the liberated prisoner. "Right. Your old friend."

"Lieutenant Riva was...more than a friend, sir."

"Oh." Then the phrasing sank in. "Was?"

Desjani took a deep breath. “We’d been hot and cold, sir. But we’d never broken off completely.

Now...well, he’s here. And he’s considerably junior to me in rank.”

“That can be a problem,” Geary agreed, thinking of fleet regulations and general appearances. “But if he’s just an old boyfriend, I’m sure you can remain professional enough.”

“He’s not—” Desjani flushed slightly. “Seeing Lieutenant Riva again was a very emotional experience. It took me a while to realize how emotional.”

“Oh.” Stop saying that. “He could be a current boyfriend again?”

“Yes, sir. The feelings are definitely there. On my side, at least. From what talks we’ve been able to have, I think Cas—Lieutenant Riva feels the same way.” Desjani shrugged helplessly. “But nothing can happen while he’s on my ship. It’d be difficult enough because of the rank difference now, but if he’s under my command, it’s simply impossible.”

The scale of the problem finally got through to him. “But after just finding him alive again you don’t really want to ship him off to some other unit.”

“No, sir.”

It was definitely a knotty predicament, the sort of personal dilemma that made commanding officers wish they could gaff the problem off on someone else. But handling things like this, or trying to handle them, came with the job. And, unfortunately, in this particular case he had some personal experience of his own to draw on. “Okay, here’s my advice. If Lieutenant Riva stays on this ship, you can’t pursue a personal relationship with him. That’s true even if we got him a job working directly for me. He’d be as uncomfortable as you would. And if I judge you right, Tanya, anything you think is professionally improper is going to be doomed.” She nodded silently.

“I think he should go to another ship,” Geary advised. “Pick a commanding officer you think well of.

You’ll be able to communicate pretty freely while we’re in normal space, and you’ll have the distance to keep things appropriate and to deal with the reality of the changes that’ve taken place since you two last knew each other.”

Desjani nodded, then gave Geary a haunted look. “What if the other ship is lost in combat? The ship I sent him to?”

He wondered if there wasn’t something he hadn’t heard yet. “Why weren’t you and Riva on the same ship at Quintarra?”

“We...needed some time apart.” She clenched her jaw. “I needed some time apart. The ship Riva chose to transfer to was lost.”

Geary sighed, thinking of the guilt Tanya Desjani had certainly been carrying around with her since the battle of Quintarra. “We wouldn’t want that to happen

again. Listen, Tanya, all I can say is that I'm doing my best not to lose any more ships. Pick a good captain, someone like Duellos or Tulev or Cresida, someone who you know will fight smart, and ask them to take Riva as a personal favor. If you're uncomfortable with that, I'll ask them."

"Thank you, sir."

"And I want you to tell Lieutenant Riva in no uncertain terms why he's leaving this ship," Geary ordered.

"Not because you need more time apart or because you want him on another ship. Don't leave him guessing, because if something happens to you, or to him, he'll never know how you really felt."

"Yes, sir." She stared at him, leaving Geary wondering what he'd betrayed of his own past. "I'm sorry, sir."

"It was a long time ago," he replied, looking away. Most things in his life had been a long time ago. "I hope you and Lieutenant Riva work things out for the best, whatever happens."

He sat for a while after Desjani left, haunted by memories of a woman long dead, and wondering why he kept wishing Victoria Rione were here to talk to about it. But Victoria Rione believed Geary had given in to the worst temptations the situation offered and wasn't talking to him about anything. With her off-limits, the last friends Geary had known had all been gone for many, many years.

GEARY strode onto the bridge of the Dauntless, frowning as Captain Desjani turned an angry face his way, though the anger obviously wasn't aimed at him. Her watch-standers looked as if they'd all just been given the verbal equivalent of ten lashes with a cat-o'-nine-tails. "What's up?"

"Captain Falco is no longer aboard," Desjani reported. "He arranged transport on one of the shuttles without my knowledge."

Geary glanced at the watch-standers. "We assumed Captain Falco was authorized," one of them explained, his eyes shifting from Geary to Desjani.

Geary sat down, shaking his head. He should've guessed Falco would be able to charm junior officers into doing whatever Falco wanted. "Where'd he go?"

"The Warrior, sir."

"The Warrior?" Geary would have guessed Numos's ship, Orion, or Faresa's Majestic. "Who's the commanding officer of Warrior?" he muttered even as he worked the controls to bring up that information.

Captain Kerestes. The man's service record was available at a touch, and Geary scanned it quickly. Of course. Kerestes had managed to survive much longer than most officers, so he'd actually served under Falco at the same battle Duellos had mentioned. On the same ship, actually. The inflated language of the performance reports on Kerestes told Geary little, but the fact that he couldn't recall having

noticed either Kerestes or Warrior for any particular reason up to now led him to suspect Kerestes was not the most dynamic and forceful of commanders.

Geary tapped a privacy circuit and called Captain Duellos on Courageous. “What can you tell me about Captain Kerestes? You and he were on the same ship at Batana.”

Duellos seemed surprised by the request. “Did he actually do something that merited attention?”

“Captain Falco managed to get to Warrior. I’m wondering why he chose that ship.”

“Because what Captain Kerestes lacks in initiative and intellect he makes up in slavish obedience. He will do what Falco says.”

Geary nodded, trying not to smile. Don’t hold back, Captain Duellos. Tell me what you really think of the man. “Kerestes isn’t a problem in and of himself, then?”

“Don’t worry about him,” Duellos advised. “Consider Captain Falco to now be the commanding officer of Warrior in every way that matters.”

“Thanks.” Geary hastily checked his planned formation after he had finished talking to Duellos. He’d placed Warrior out on one flank to support the lighter units there. Now it was too late to haul Warrior in and position her somewhere with less room for Falco to cause mischief. I’ll have to live with it and hope Falco is more willing to compromise than I think.

Geary frowned, trying to remember what else he had been planning to ask before the news about Falco threw him off stride. “Captain Desjani, that other officer we discussed. Was that situation resolved in a satisfactory manner?” Given enough time in the fleet, you could learn to describe anything in official-sounding terminology.

“He was transferred to Furious, sir,” Desjani replied in a routine-report sort of voice. “As you suggested, I ensured he was fully briefed on the situation and the reasons for his transfer before his departure.”

“How did he feel about the transfer?”

“He seemed pleased by the opportunity it presented, sir,” Desjani stated.

“Good.” It all sounded so official that Geary had trouble remembering they were discussing personal issues. He hoped his advice resulted in a better outcome for Desjani and Lieutenant Riva than Geary had himself experienced. “Let’s get out of here,” he announced to no one in particular. With a last glance at the hours-delayed images of the Syndic light warships shadowing his fleet, then a careful look down the long list of his ships to see that all showed green ready-for-jump status, Geary ordered his ships to jump to Strabo.

THE transit to Strabo through jump space wasn’t long, a mere five days. The jump to Cydoni wouldn’t take a lot of time either, but the jump to Sancere would more than make up for that.

Jump space had always been odd, a strange, apparently endless emptiness of dull black marked only by rare appearances of splashes of light. What those lights were, what caused them and why, had been a mystery in Geary's time and remained unidentified to this day because there wasn't any known way to explore jump space. In a way that comforted Geary: something about his past and the present that had stayed unchanged.

But that was the only comfort he felt during the journey. Bad enough that the only person he'd felt able to partially confide in, Co-President Rione, hadn't come near him or sent any messages since their argument. Bad enough that he had to worry, as usual, that the Syndics would have a nasty surprise awaiting him and the fleet at Strabo. They could've thought past him, guessing that he'd guess where his current paths would lead and therefore doubling back like this. But if he surrendered to that kind of fear, then he'd be paralyzed, unable to make any decision because any possible course of action could have been anticipated by the Syndics.

No, there was something else bothering him this time. By the fourth day he'd narrowed the problems down to two. One was the new problem of Captain Falco, and the other the old problem of Captain Numos and the other disgruntled officers he represented. I can handle one of those problems alone. But both of them...What if Numos seizes on Falco as the figurehead he needs to cause me serious command problems? When we arrive at Strabo, they'll have had almost a week to think up ways to make my life difficult and to imperil this fleet.

Even more frustrating, a review of the mountain of communications between Alliance fleet ships before they left Sutrah had come up with none indicating Falco and Numos had exchanged messages, but that meant nothing. With all the shuttle traffic that had been flying between ships, actual hard copy messages could've easily been transferred. The lack of detected messages from Falco to other officers stood out like a warning beacon in Geary's mind. Falco was obviously someone who thrived on attention and used his interpersonal skills to advance his career and what he thought were the best interests of the Alliance.

He wouldn't refrain from trying to convince other officers to follow him, meaning that the messages Falco was surely distributing hadn't been detected by Geary or any of his firm allies among the ship commanders.

Am I being paranoid? But both Duellos and Rione warned me about Falco, and those two have proven the worth of their advice. Too bad I can't talk to Duellos since only simple, brief messages can be communicated while we're in jump space, and too bad Rione won't talk to me.

Geary watched the wandering lights, got more and more irritable, and wondered what would happen in Strabo Star System.

FOR a star, Strabo had very little to boast about. In terms of size, it had barely

been big enough for the self-sustaining fusion reactions to trigger and turn it into a star instead of a very large planet. Strabo's satellites were well-suited for such a planet rather than a star, an assortment of bare rocks in close orbits.

Geary had seen a lot of star systems and couldn't remember any as undistinguished and pitiable as Strabo. Little wonder the small emergency station the Syndics had once maintained here had been mothballed long ago.

"Nothing," Captain Desjani remarked.

Geary nodded. "Are you talking about Syndic threats in particular, or just commenting on this star system?"

"Both." Desjani grinned.

"Are the fleet sensors scanning for anomalies that might indicate minefields anywhere in the system?"

"Yes, sir. The sensors are set to do sweeps automatically, though they're more effective when targeted on a specific area. No mines detected as of yet."

"Good." No Syndic ships visible in the system, either. Geary checked the display. The Alliance fleet spread out around Dauntless, every ship maintaining position as ordered. No threats. No apparent problems with Falco or Numos. Like the situations in Sutrah, it left Geary wondering what he might be missing.

Strabo also managed to be unimpressive when it came to the number of jump points it possessed. Even Sutrah had boasted four, but Strabo had only three. Relative to the one the fleet had entered the system using, the jump point to Cydoni was on the other side of the system. In order to get to that jump point, the fleet would swing past a third jump point, which led directly to only another hypernet-bypassed Syndic system before giving access to a couple of Syndic worlds that Geary believed would be defended by traps or mines because they were two of the same ones the fleet could've reached from Sutrah.

Passing so close to the other jump point worried him, but there simply wasn't any good reason to swing wide of it. At its closest, the Alliance fleet would still be several light-minutes away. Taking a roundabout track to open the distance even more would surely feed rumors that Geary was too fearful.

Geary checked the maneuvering solution and ordered the fleet toward the jump point to Cydoni. Since Strabo was such a small star system, they would reach the other jump point in only a day and a half.

He took opportunity of the transit time to gather the fleet's ship commanders together for another simulated battle training session. Everything went off like clockwork, every ship doing exactly as Geary had directed. Which should have made him happy, but it didn't. His problem commanders were acting entirely too docile. He'd heard nothing from Falco, Numos, or any of the lesser figures who'd been most open about their distrust of Geary since he had assumed command. Occasional

shuttles winged their way between ships on what were identified as routine transfers of parts, materials, or personnel. Geary was positive that they were also transferring appeals from Falco but couldn't think of anything he could do about it. I've already checked with security, and they couldn't guarantee being able to find any short video messages, even if they stripped a shuttle down to component parts. Duellos hasn't heard anything, but no one would talk to him, since he's known to be an ally of mine.

I could preemptively order Falco's arrest. But that probably would trigger mutinies on some of my ships, especially since I have no grounds for arresting the man. I could order him back to Dauntless, but if he delayed or simply refused to comply, I'd be stuck with either letting him get away with it or arresting him.

I can't act now without certainly causing the problems I'm afraid Falco might be creating.

Geary put in a call to Captain Falco, figuring that facing him was better than worrying about what Falco might be doing behind his back. A nervous-looking Captain Kerestes answered. "Captain Geary, I regret that Captain Falco has been ordered to rest by fleet physicians on Warrior."

"Captain Falco isn't well?" He wanted that set out clearly in case anyone else was listening in.

"Just a temporary...illness," Kerestes advised, looking guilty as hell.

"I see." Any other attempt to get Falco would only emphasize Geary's inability to force Falco to talk.

"Please inform Captain Falco that I hope he soon feels well enough to continue working on behalf of the best interests of the Alliance and this fleet."

"Yes, sir. Certainly, sir." After Kerestes broke the connection, Geary had no trouble imagining the gasp of relief that Kerestes must be producing.

Other than confirming that Kerestes was worried about being noticed by his superiors, though, the call had accomplished nothing.

"MADAM Co-President." His pride had finally been overcome by his worries.

Her voice on the circuit was icy and detached. Rione had blocked the visual screen, leaving Geary wishing he could see her expression. "What do you want, Captain Geary?"

"I need to know if your sources within the fleet are aware of any problems."

Her answer took a moment. "Problems?"

"Anything concerning Captain Falco or Captain Numos."

Another pause before the reply. "There's a little talk. Nothing more."

"A little talk? That sounds like less than there used to be."

"It is less," Rione conceded. "But I've heard nothing else."

"I would be grateful if, should you hear anything, you tell me as soon as possible."



“What do you fear, Captain Geary? Your own commanders?” Her voice held a clear undercurrent of anger at him this time. “Such is the fate of heroes.”

“I’m not—” Geary counted to five inside. “I’m worried that something may happen that will imperil the lives of many sailors in this fleet. I hope you can put aside your feelings about me and help me make sure no one does anything...”

“Stupid?”

“Yes.”

“As opposed to heroic?” she inquired, as cold as frozen nitrogen again.

“Dammit, Madam Co-President—”

“I’ll recheck with my sources. Out of concern for the well-being of the sailors of this fleet. Someone has to put concern for them first.”

The circuit clicked off, leaving Geary barely restraining himself from slamming a fist into the wall next to the speaker.

“CAPTAIN Geary.” Captain Desjani had her battle voice on, controlled and precise. “Something’s happening.”

The fleet was an hour from the jump point. Geary didn’t waste time getting to the bridge, instead pulling up the fleet display above the table in his stateroom.

The “something” Desjani had referred to was all too obvious. The Alliance fleet’s formation had developed gaps and holes as a lot of ships left their assigned positions. Based on the projected tracks the maneuvering system had estimated, all of the ships were headed in the same direction. Geary tallied them quickly. Warrior, Orion, Majestic, Triumph, Invincible, Polaris, and Vanguard. Four battleships and three battle cruisers. Six heavy cruisers, another four light cruisers, more than twenty destroyers. Almost forty ships.

Geary ran the course projections out and saw them heading for the other jump point. Ancestors help them, they’re going to try running straight for Alliance space, no doubt depending on their “fighting spirit”

to overcome the odds they must realize they’ll be facing. He brought up the communications circuit, trying to think of the right commands to issue. “All units are instructed to return to formation.” That was totally useless. They weren’t likely to listen if they’d already decided to ignore his orders. “You are heading for heavily defended Syndic star systems. You will not be able to make your way through them.”

No reaction. The rebel ships kept going, slicing across the fleet. I can’t convince them. Not now.

They’ve placed their faith in Falco and what they imagine is their own superior moral strength. An appeal to reason won’t work against that. But I need to make sure no one else joins them. What do I say?

“Your duties to the Alliance demand that you remain with this fleet and not abandon your comrades.”

That should sting. As it should, since they were running away from the rest of the fleet. “Return to your positions now for the sake of your ships and your crews, and there will be no disciplinary actions taken.”

There wouldn't have to be, Geary knew, since an abortive action would convince most of those inclined to follow Falco and Numos that they couldn't be trusted.

A reply finally came. “This is Captain Falco, commanding those ships willing to uphold the honor and glory of the Alliance fleet. I call upon—” A symbol popped up on Geary's communications display, and Falco's voice cut off.

“This is Captain Desjani,” she called down to Geary using the Dauntless's internal circuits. “I've activated the fleet command override. Any signals from other ships on the fleetwide circuits will be blocked. We'll hear anything sent directly to us.”

“Thanks.” If only he had a fleet full of commanders like Tanya Desjani. Geary himself had realized too late that he couldn't allow Falco a public forum to broadcast a plea to other ships to desert. He transmitted to the fleet again, keeping his voice firm and calm. “All ships, there is no honor in deserting your comrades, no honor in disobeying lawful orders. We fight for victory, for the safety of our homes, not glory. All units return to your places in the formation. You'll be needed when we strike the Syndics next.” Maybe that appeal to being in battle would reach some of them.

But the thirty-nine ships making up Falco's force were rapidly forming their own small formation, heading straight for the other jump point and not far from it now. An irrational urge to open fire on the rebel ships grew out of Geary's anger at Falco, but he pushed the idea aside almost as soon as it surfaced.

Impossible. I won't give that order. Even if I did, who'd obey it? That's what the Syndics would do. But then what can I do? I can't stop them. They're only fifteen minutes from that jump point. “All units that have left the formation, reconsider your actions for the sake of the Alliance and the sake of your comrades and the sake of your crews. You will not survive attempting to reach Alliance space along the paths available to you through that jump point.”

The diverging ships were several light-minutes away now. Even allowing for that time delay, it was clear that Geary's latest appeal had failed. There wasn't time for another appeal, really, just time for one more short transmission to be received by them before the other ships entered jump space. He took a deep breath, staring at the star display, his mind rapidly running through jump paths connecting the nearest stars. “All units that have left the formation. Ilion. I say again. Ilion.”

Perhaps twelve minutes later, Geary saw the images of the fleeing ships vanish as they jumped out of the system.

He spent a while rearranging his fleet to cover the gaps left by the ships that had fled, then sat silently until they reached the jump point to Cydoni. “All ships, jump

now.”

HE had been dreading this sort of thing ever since being thrust into command of the fleet. Dreading a split in the fleet. It seemed obvious to him that dividing their forces while trapped deep inside enemy territory was insane, but it had been obvious from the first that not all of his ship commanders took a rational view of things. Now the precedent had been set. Almost forty ships had headed for an unknown fate under senior commanders whom Geary regarded with misgivings, distrust, and in the case of Numos no small measure of contempt. If only there had been some way for those commanders to meet the fates they deserved without those ships suffering the same fates.

But there is a chance. If they think, if they realize dying gloriously doesn't do much to protect their home worlds, if they are willing to take advantage of what I taught them while they were with the fleet. If they're willing to take advantage of what I told them before they left. And if the Syndics don't hear that information from them and have time to lay an ambush for the rest of us. I wish I knew.

Unable to stand the silence of his stateroom, which seemed to have grown much lonelier since Co-President Rione had ceased dropping by for visits, Geary forced himself to tour the compartments on Dauntless again, showing a confident face to a crew shaken by the departure of many comrades, telling them in a dozen different ways that once the fleet reached Sancere they'd give the Syndics a lesson to remember, trying to focus the crew on the future rather than events in Strabo Star System. He used the minimal communications available in jump space to send a brief variation on that to the rest of the ships in the fleet, hoping to do the same with them.

In the time that was left, Geary threw himself into designing more simulations to run. He kept hoping he could use them to impart some of the fighting skills he remembered from a century ago, skills lost to the fleet in the decades since, as devastating losses in ships and crews wiped out the institutional memory and skills of the smaller professional force Geary had once known. He didn't know how much longer he might have to try to pass on such lessons.

GEARY strode onto the bridge of the Dauntless as the Alliance fleet prepared to leave jump.

Captain Desjani glanced back at him and nodded in greeting, her concern for him impossible to miss.

Geary nodded heavily back as he sank into his command seat. He hadn't realized how bad he must look in the aftermath of Falco's betrayal. Bad enough for Desjani to notice, anyway. Hopefully, the crew hadn't picked up on it. Or maybe he just looked particularly bad now, after an almost sleepless night wondering what might be in the Cydoni Star System. Wondering if any other ships would bolt the fleet there.

To cover the renewed anxiety he suddenly felt, Geary called up the fleet display

and pretended to study it intently. He had been trying to come up with a plan for Sancere, given that he wouldn't know what was there until they arrived. An idea had occurred to him yesterday, prompted ironically by what had happened in the Strabo Star System, and he spent a few minutes thinking about it, checking on the names and records of some of his ship commanders.

“Preparing to leave jump,” Desjani announced.

Geary hastily brought the system display to life and waited. All it showed now was the historical information the old Syndic Star System guides they had found on Sutrah Five had contained. As soon as the fleet arrived in normal space on the edge of Cydoni System, the sensors on Dauntless and every other ship in the fleet would start updating the display based on what could be seen from their arrival point.

Geary's insides jerked, and the drab, dull black of jump space was replaced by the glittering, star-filled universe of real space. He waited, watching, as system updates popped onto the display. No ships. No mines detected. Nothing. Captain Desjani was grinning triumphantly.

But Geary still stared at the system display, where the expanding photosphere of Cydoni's sun had been reaching out for the one habitable world this system had once boasted. The scene held the same sick fascination as a train wreck, though in this case the centuries-long process was playing out far slower than any human vehicle accident, and the wreck was of an entire world.

Most of the atmosphere of the formerly habitable planet had been stripped away by now. Empty ocean basins had long since been drained of their waters, also flung away into space by the bombardment of particles and heat from the swollen sun that had once made life possible on this world. Now that sun was slowly devouring the planet, and no trace of life in any form could be detected anywhere upon it.

“There's probably some extreme-environment life-forms still existing beneath the crust of the planet,” one of the watch-standers reported. “They'll hold on a little while longer.”

“How long until the photosphere actually envelops the planet?” Geary asked.

“It's hard to say, sir. The expansion of a star like this takes place in fits and starts. Probably anywhere from fifty to two hundred years, depending on exactly what happens inside the star.”

“Thanks.” Geary took a look at a magnified image of the planet. Dauntless's sensors had tagged some areas where ruins still existed, though badly battered and worn by the extreme environmental conditions they'd endured so that they seemed millennia old. One batch of ruins lay next to an empty sea, its partial walls almost submerged in dust dunes blown around before the atmosphere had thinned too much, the land glowing red from the light of the expanding star. Geary wondered what the city or town had looked like when there'd been waters rolling at its feet. The

information from the Syndic system guides was at his fingertips, so Geary checked that. Port Junosa. Already completely abandoned before the outdated Syndic documents had been prepared. Lives had been devoted to that city, building it and sustaining it and making it a human community, but all that was left now were the battered ruins, and within another century even those would be annihilated by the expanding star. After seeing desolate places like Strabo and Cydoni, it would be a relief to see a bustling star system like Sancere, even if the robust human presence there was all enemy.

“We’ll have to take a course that will remain well out from that swollen photosphere,” Captain Desjani remarked.

Geary nodded. “Yeah. Do you have problems with the course recommended by the ship’s maneuvering systems? It’ll take us four days to reach the jump point for Sancere, but I don’t see a good alternative.”

“There isn’t one,” Desjani agreed. “This is the best option.”

Four days. Four days for the less reliable among his ship commanders to think about what other ships had done at Strabo. Four days for them to consider heading for another jump exit. I’ll have to keep them busy. Keep them focused on Sancere. Keep them too involved with simulations and maneuvers and plans to give them time to think about anything but Sancere. It’ll drive me to exhaustion, but I don’t see any alternative.

He started setting up a limited fleet conference, involving only the commanders of roughly thirty ships.

Who should lead it? He hadn’t quite decided before, but looking at the list he’d compiled of able commanders, one name stood out. Still, there was one question he hadn’t looked up yet, and the answer didn’t seem readily available within the Dauntless’s databanks. Either that or Geary wasn’t asking the question right, and the artificial minds he was dealing with couldn’t understand him. He’d run into that too many times already. “How long will it take these intelligent agents to understand me?” he openly grumbled.

Desjani directed a glance to one of her watch-standers. That woman cleared her throat before speaking.

“Sir, the intelligent agents have learned a pattern of responses based on the ways of thinking and writing or speaking characteristic of the people they deal with.” She hesitated.

“And I don’t think like them, do I?”

“No, sir. Your unspoken assumptions, patterns of thought, and ways of phrasing aren’t quite the same as...uh...”

“Modern minds?” Geary asked, unable to keep some dry humor out of his voice this time. It made sense, he realized. A century built up a lot of subtle as well as not-

so-subtle differences in the way people thought and expressed those thoughts. Either I laugh at this or let it get to me, and I've got too many other things trying to get to me.

The watch-stander smiled nervously. "Yes, sir. I'm afraid so, sir. The agents factor in your responses, but the vast majority of people they deal with have, uh, different ways of handling information, which means they aren't adjusting to you."

"Why can't you set up a subroutine for the intelligent agents to use when dealing with Captain Geary?"

Desjani demanded. "Then they could reset to match his patterns of usage while remaining attuned to the rest of the officers and crew."

"That's prohibited by fleet regulations on the use of intelligent agents, Captain. Intelligent agents on ship systems are never supposed to become personal agents for any individual. That could create conflicts of interest in the artificial minds."

Geary shook his head, wondering why even something like this had to be complicated. "Can the fleet commander override that regulation on an emergency basis?"

In response, the watch-stander looked troubled. "Sir, I'd have to look up what constitutes an emergency for official purposes."

"Lieutenant!" Captain Desjani rapped out. "We're deep in enemy territory and trying to get home in one piece. That meets my definition of an emergency."

"Me, too," Geary agreed. "Make it happen, Lieutenant. It'll make my life a lot easier."

The watch-stander smiled with relief on having clear instructions to a way out of the problem. "Yes, sir.

Of course, sir. We'll get right on it."

"Thanks." Geary looked at Desjani. "It'll help with planning."

Desjani smiled, as confident in Geary as ever. "You have a plan for Sancere?"

"That's right. Sancere is unlikely to be lightly defended. I'm assuming we'll face a strong enough force to be a problem. If I'm wrong, we'll be able to adjust to less opposition."

"You'll strike for the hypernet gate?"

"Yeah." Geary looked down, frowning. "I've been trying to look up something about that. I assume the Syndics might try to destroy the thing. Just how hard is it to destroy a hypernet gate?"

Desjani looked surprised. "I have no idea. It gets talked about sometimes, but no one's ever actually done it, to my knowledge."

Geary shrugged. "Hopefully, it won't be an issue. If we can draw any Syndic defenders out of position and lunge for the hypernet gate, we might be able to keep them from destroying it even if they want to.

After we have that, we can defeat the defenders, loot what supplies we need, and

destroy every facility related to the Syndic war effort.”

Desjani’s eyes gleamed. “It’ll be a nasty blow to the Syndics, hitting something so important where they surely never expected it to be seriously threatened.”

“Right.” If they’re not waiting for us with the kind of ambush that almost annihilated this fleet in the Syndic home system. And if my fleet doesn’t fall apart any further before we get there. Geary stood. “I’ll be meeting with some of the ship commanders.”

COMMANDER Cresida appeared to sit next to Geary, the other twenty-eight ship commanders ranked down the table, all plainly curious why they’d been singled out for this virtual meeting.

“You’ve been selected because your records and the records of your ships mark you as both brave and steady in combat,” Geary explained. “We’ll be arriving in Sancere with no idea what sort of forces the Syndics have on hand. It’s not likely to be anything we can’t handle,” he stated confidently and hoped fervently, “but it might be enough to cause us losses if we don’t deal with it well. Here’s what I need from you. Commander Cresida on Furious will be in command of a special task force comprising your ships.

Task Force Furious won’t be broken out separately from the rest of the fleet when we arrive at Sancere.

What you’ll do is simulate breaking formation, Furious first and the others following, as if you were engaging in an undisciplined charge at the strongest force of Syndic ships we can spot.”

Commander Cresida and the other commanders couldn’t hide their puzzlement. “You want us to break formation?” Cresida asked. “To look like we’re being so aggressive we aren’t paying attention to orders?”

“Yes.” Geary pointed to a representation of Sancere’s system. “Charge headlong at the enemy. There’s not enough of you here to deal with the likely number of Syndic ships guarding Sancere or just there getting refitted or undergoing repairs. That’s deliberate. I want you to look like a small force that has rashly separated from the rest of the fleet and can be easily destroyed. You go racing down toward the enemy, but short of engagement range, I want you to turn, raggedly and still in an undisciplined fashion, and flee downward, away from the Syndics and the rest of the fleet.” Geary traced the imagined tracks with his finger.

Cresida looked horrified. “As if we were running from the enemy?”

“Exactly.” None of the commanders looked happy. “There’s a good reason for that. The idea is—”

“Sir,” Cresida interrupted, her expression concerned and earnest. “The Syndics won’t believe it.”

Geary had been momentarily upset at the thought that Cresida might act as

bullheaded as Numos. But what she said nipped that anger in the bud because it seemed to have a good reason behind it. “Why not?”

“We don’t flee battle, sir.” The pride in Cresida’s voice couldn’t be missed. “Regardless of the odds.”

All of the other commanders nodded in agreement. “The Syndics know this. They won’t believe a feigned retreat.”

That was a problem, but Geary couldn’t see any grounds for denying Cresida’s assessment, especially with all of the other specially selected ship captains agreeing with her. It also matched the fighting-spirit-triumphing-over-all-odds nonsense that he had heard from Falco. How could he disregard the advice of commanders he had already decided were particularly trustworthy? “Then I want your advice. Any of you. How do we draw off Syndic defenders, get them chasing Task Force Furious instead of paying attention to what the rest of the fleet is doing?”

Commander Neeson of the Implacable shrugged. “Captain Geary, if you want to get the Syndics chasing us, then I’d recommend a firing pass. Come in hard and fast, hit the outermost units with everything we can throw at them, then sweep onward.”

Cresida nodded. “Yes. Get them mad. Even better if there’s a follow-on target we seem to be aiming for.

Something they can’t let us reach. We hit them, then alter course to head for the high-value target.”

“Sancere’s got to be full of high-value targets,” someone else observed. “We should be able to identify something on the fly.”

Geary thought about the plan, gazing at the representation of Sancere’s system. “What if you get too deep into the Syndic defenses? I don’t want this to be a real suicide charge. I want you to be able to get out without being cut to pieces.”

Neeson studied the system display as well. “We should be able to do that. Set off on a course aimed at something valuable, the Syndics get themselves onto an intercept and crank on the speed, then we swing out, leaving them out of position. What is it we’re trying to distract them from, sir?”

“I want our fleet to get to the hypernet gate before any Syndic ships realize they need to flee through it and manage to get there. If we can seize the gate and block any departures, we’ll have all the time we need to destroy Syndic facilities at Sancere and then ride the Syndic hypernet system back to the doorstep of Alliance space.”

“If they destroy the gate...” Cresida began reluctantly.

“We won’t have to worry about Syndic reinforcements rushing in,” Geary replied.

“But the energy pulse might be dangerous.”

It seemed he’d found that expert on hypernet gates that he needed. “Tell me about it.”

Cresida gestured toward the representation of the Sancere hypernet gate on the



display. “The gate is sort of a bound energy matrix. A hypernet key works by pairing the matrix of particles within a gate to the matrix of particles at another gate, establishing a path that ships can use. The matrix is held by these structures,” she pointed to objects ranked around the gate. “As you can see, there’s hundreds of them.

They’re called tethers, even though they’re not really tethers, because in one sense they hold the particle matrix in the desired form. That’s how a gate would be destroyed, by disabling or destroying the tethers.

But when that happens, the matrix breaks, and the bound energy is released.” A couple of the other commanders present nodded in agreement.

“Good description, Commander,” Geary replied. Geary imagined that the actual science behind the gates was far more complicated than what Cresida had summarized. He wished everyone he needed technical descriptions from could render them so simply and concisely. “How much energy and in what form?”

Cresida grimaced unhappily. “That’s a theoretical question. It’s never been tested in practice. One extreme says the breaking of a gate matrix would generate a supernova-scale burst of energy.”

“A supernova?” Geary questioned, incredulous. “A supernova puts out as much energy in one blast as a star puts out over a ten billion year life span. An explosion like that would fry not only everything inside the entire star system it’s in but also surrounding star systems.”

“Yes,” Cresida agreed. “That’d be a negative outcome, obviously.”

“Obviously,” Geary agreed.

“But the other extreme says the energy in the matrix would, uh, fold in upon itself, like an infinite origami, getting ever smaller and tighter until it dropped into another state of existence and was lost to this universe. Energy output in this universe would be zero.”

Geary sat down, looking around and seeing the other knowledgeable commanders agreeing with Cresida again. “Then our two extremes are that the destruction of a gate would destroy an entire star system and adjacent star systems, or it’d do nothing at all. But what level of energy release is regarded as the most probable outcome?”

Cresida looked to her fellows as she spoke. “Most scientists believe the energy output would fall somewhere between less than that of a supernova and more than nothing, but no one’s been able to confidently predict how much that would be.”

“You’re kidding.”

“No, sir.”

“That’s the best science can offer? And those gates got built knowing they could potentially blow the hell out of this part of the galaxy?”

“Yes, sir.”

“They let you go really fast,” Commander Neeson noted.

Geary stared at the representation of the hypernet gate at Sancere, wondering just how many disasters traced their origin to the human desire to travel faster than before. I've been wondering if nonhuman intelligences might be tied somehow to this horribly destructive war we've been fighting for the last century. But I ought to know by now that humans don't need nonhuman intelligences to influence us to do something stupid.

Hey. Wait a minute. "Why is it we don't know more about this? We designed and built the hypernet system. How could we be so uncertain about important characteristics of it?"

Commander Cresida exchanged glances with her comrades again. "I can't answer that exactly, Captain Geary. I know the practical breakthroughs that let us build the hypernet came ahead of the theories that explained it. A lot of the theory is still being worked out. That's not the first time that sort of thing has happened. People often figure out how to do something before they understand why it works."

"Us and the Syndics? We both made these practical breakthroughs at about the same time?"

She shrugged. "The Syndics stole the knowledge from us, sir. That's what we assume, though I don't have the security clearances to know for sure."

Or we stole it from them. "The bottom line is, you're telling me the Syndics won't dare destroy that gate?"

"Uh, no, sir. We don't know. They may have decided the risk is acceptable."

Geary tried not to let his feelings show. We don't know. What if the extreme guess is right, and this fleet causes the Syndics to do something that fries not only Sancere and this fleet but a lot of nearby star systems? And even just having this fleet appear at Sancere might cause the Syndic commanders to destroy the hypernet gate as soon as they spot us. But I can't afford not to go to Sancere and attack.

This fleet needs the supplies there.

There's no alternative. I have to hope for the best, that the energy release won't be so large it threatens anything, either nearby stars or just my ships.

Oh, hell. I know what they'll do.

"We have to assume the Syndics will plan on waiting until our fleet is near the gate, then destroy it,"

Geary announced. The other ship commanders stared at him. "They're going to hope the gate releases enough energy to fry us but not enough to fry Sancere or anything beyond it."

Cresida nodded in agreement. "And if it does fry Sancere, then that's just collateral damage in their eyes."

"But then what do we do?" Neeson asked. "We can't just ignore the gate."

"I'll think of something," Geary promised. I hope. "If this diversion plan works,

we can keep the Syndics from having forces in place to actually blow the gate. Now, it sounds like we're in agreement on the best course of action for Task Force Furious. Break from the formation, charge at the Syndic defenders, make a high-speed firing pass, look like you're heading for something very valuable, but divert after the Syndics commit to an intercept." He paused. "I'll send orders what to do after that, based on the situation. The most critical thing is that I don't want you to actually dive into the heart of the Syndic defenses all by yourselves. Get back out of there so I can employ you in conjunction with the rest of the fleet." Everyone nodded. "I'll ensure orders are sent to each of you. Thank you. Commander Cresida, please wait."

After the virtual presences of the others vanished, Geary turned a serious face to Commander Cresida.

"You're going to be a good ways away from the fleet after you charge the Syndics. You could easily be more than a light-hour distant from the fleet. That means I won't know if you get into trouble until an hour after the fact. I'm trusting you to fight smart, Commander. Keep the Syndics occupied, keep their attention on you, but don't get yourself shot up. Can you retreat when it's the best course of action?"

Cresida seemed to ponder the question for a moment, then nodded. "Yes, sir."

"I want you alive and fighting, not proud and dead."

She grinned. "Sir, you've demonstrated we can be proud, alive, and fighting. I'm still trying to figure out how you managed to bring everything together at Kaliban to smash the Syndics."

Geary smiled back at her. "Do a great job at Sancere, and I'll give you personal lessons on how to do it."

"That's a deal, sir." They both stood, and Cresida rendered a precise salute. She'd obviously been practicing. Geary didn't tell her that fleet salutes tended to be sloppier than that and as a result she looked more like a Marine. Come to think of it, maybe Colonel Carabali had been the one teaching her how to do it. Geary knew the Marines had been deriving considerable amusement from watching the sailors' attempts to deal with Geary's moves to reintroduce saluting to the fleet.

He sat down again after Cresida's departure, gazing at the display, especially the representation of the hypernet gate. It hadn't occurred to him before now that the gates were potentially dangerous. Potentially extremely dangerous.

Potentially by far the deadliest weapons mankind had ever built.

And he had no alternative but to charge most of his fleet right at the hypernet gate at Sancere.

## FIVE

THE communications alert chimed urgently, bringing Geary to full wakefulness. He rolled and hit the accept-message control automatically, fearing to hear that some more of his ships had bolted the formation.

“Captain Geary.” Commander Cresida seemed both anxious and excited. “I’ve been doing some thinking. Odd concepts. But it occurred to me that since the hypernet gate matrices are suspended between so many tethers, maybe a matrix would respond somewhat like a net or sail, which means exactly how it collapses would depend upon exactly how the tethers release.”

Geary tried to get his mind around that. Fortunately, Cresida’s analogy wasn’t too complicated. “What does that mean for us?”

“Well, sir, if the way the matrix collapses affects the amount of energy released, which it should, and if the way the matrix collapses is dependent on how the tethers fail, then in theory it should be possible to use selective failure of the tethers to regulate the amount of energy released.”

“Sort of like a nuclear weapon with a selectable yield?”

“In a way...though the physical processes involved and the science are completely different.”

“What would you need to pursue this?” Geary pressed. “Can you get a workable answer?”

“Maybe.” Cresida shrugged apologetically. “I’d need priority access to the entire fleet-distributed network, sir.”

“The entire thing?” The amount of computational power in the network was far beyond Geary’s ability to grasp. That gave him some idea of the complexity of what Cresida was proposing. “All right. You’ve got it.”

He sat for a while after Cresida’s message ended, wondering if he really wanted her to succeed. But if she was right, he couldn’t afford to not find out.

THE combat simulations Geary ran as the fleet headed for the jump point to Sancere went well. But at the subsequent fleet conference, he found the absence of officers like Numos and Faresa to be jarring instead of welcome. Their absence only emphasized that forty of his ships had gone off to a fate Geary worried he could too easily predict. The way many of his remaining commanders kept looking around as if seeking familiar faces who weren’t present made it obvious that a lot of his officers were also aware of the absences.

It couldn’t hurt to try distracting people from that. “Has everyone received and entered the modified settings for their jump drives so we can make it all the way to Sancere?”

All of the officers ranged along the apparently huge table nodded, but their

nervousness on those grounds was now easily apparent. He knew why they were worried. Leaping into battle against human foes was one thing, but jumping too far in the weirdness of jump space was another. Ships that jumped too far had never come out of jump space, though Geary knew sailors told stories about long-lost craft appearing suddenly at lonely star systems, their crews long ago dead in some particularly horrible ways, or simply haunting the ship still, changed by the strange nature of jump space into something no longer alive but unable to die. He'd heard the stories in bars and while standing watches late during a ship's night period, when the darkened and deserted passageways of a familiar ship somehow became eerie in their silence.

Geary wondered if the old, cheap jump space undead horror movies of his youth were still around in newer versions.

"I assure you," Geary emphasized, "that the settings will work. I've personally made jumps of this distance more than once." That didn't seem to provide as much comfort as Geary had hoped. "You don't have to take my word for it. If you search the fleet database, you'll find accounts of it. I can show you the references." The accounts were otherwise too easily lost in the mass of information available.

He'd only found them because he'd known exactly what to look for since he'd been on some of the ships involved. Geary sometimes wondered just how much accumulated knowledge mankind had hopelessly buried within databases collecting and endlessly storing everything possible. In ancient times, knowledge had been lost because copies no longer existed. Nowadays it was lost because copies of everything existed and finding a particular piece of information made the old needle in a haystack look like an easy task, even if you knew the information was there to begin with.

The knowledge that they could find proof of Geary's assertions cheered them up a little. "Believe me, the Syndics are going to be very unpleasantly surprised when we pop out of that jump exit at Sancere. As far as they're concerned, the Alliance fleet will have done the impossible." Geary finally saw smiles breaking out along the long, long virtual table. "We have every reason to believe we'll achieve total surprise. That will give us an important window to act before the Syndics command authorities in Sancere even realize we've brought the war to them."

"The shipyards at Sancere produce many Syndic battleships and battle cruisers," Captain Duellos observed.

Geary gave his ship commanders a grim smile. "It'll be a target-rich environment if even half of what we expect is there. That's why it'll be critically important that we coordinate our attacks. If ships start blazing away at the most attractive target they see, it could easily result in one Syndic ship getting blown to atoms while a half dozen other Syndics get away. We don't want any of them getting away." They liked

hearing that, he could tell. It should go a long way to keeping them in check when confronted with a wealth of targets.

“Captain Tyrosian.”

She nodded.

“The fast fleet auxiliaries in your division have done a fantastic job of fabricating new kinetic bombardment rounds and getting them distributed to the other combatants. The crews of Titan, Witch, Goblin, and Jinn are all to be congratulated on their hard work and dedication.” Tyrosian looked pleased, which she had every right to be. Thank the living stars none of the auxiliary ships was foolish enough to leave with Falco. I need those ships and what they can do for this fleet if I’m to get it home.

Captain Tulev frowned. “While we have every reason to assume the Syndics will be caught totally unprepared, we have to also assume that defenses in the Sancere System are up-to-date and numerous.”

“Agreed,” Geary stated. “We’ll have the fleet in a general-purpose attack formation when we jump, but we’ll modify it as soon as I get a feel for the best way to take out the defenses. As you all know from the battle plan outline I provided, the ships in Task Force Furious will be pretending to break formation.

They’ll hopefully draw any Syndic warships after them and leave us free to seize the hypernet gate.” He paused, not wanting to crush the enthusiasm he saw at the idea of reaching that gate. “We also have to assume that the Syndics will try to destroy that gate before we can use it.”

“The gates are very robust,” one of the other ship commanders pointed out. “They can take a lot of damage because of redundant components.”

“Yes,” Geary agreed. Built that way, I now know, because if they did fail, the consequences could be huge, but if I tell everyone that, I might end up with panic at a crucial point. “But they weren’t designed to withstand deliberate attack. It may not be possible to get to that gate in time. But we’re going to give it our best shot.”

Several seconds of silence passed, then one of the destroyer commanders spoke up. “Sir, what about the ships that left at Strabo?”

Geary clenched his teeth before he could answer. “There’s not much we can do. Hell, there’s nothing we can do. We couldn’t even go after them to help, because we didn’t know which star they were jumping for.” Because I’d blocked their communications, in which Captain Falco was doubtless trying to tell everyone exactly that, along with his brainless call to battle. “I believe they’re going to run into a Syndic buzz saw and get cut to ribbons. Fighting spirit is all very well, it’s absolutely critical in fact, but it’s a lousy shield against enemy weapons.” He paused, hating to have to say that out loud, but feeling he had to state a truth they all knew anyway. “But they do have one chance.”

“Ilion?” Captain Duellos asked. “You gave them the name of that star system before they jumped from Strabo. I couldn’t help noticing that it’s within jump range of Sancere.”

“Yes.” Geary pointed at the star display over the table. Of course Duellos has already researched that question. “If we can’t use the hypernet gate at Sancere, we’ll jump to Ilion from Sancere.”

“Why Ilion?” the captain of the Terrible demanded. “It’s not the best route back toward Alliance space from Sancere.”

“That’s true,” Geary stated calmly, “but it’s the only star system those ships that left the fleet could reach if they turned back and tried to rejoin us. If they manage to escape the Syndics, they can backtrack to Ilion and rendezvous with us there.”

Captain Tulev was gazing at the display, his face somber. “You mean if any of them manage to escape the Syndics.”

“Yes. If they do, they know where to find us.” Geary looked around the table, meeting everyone’s gaze.

“That’s a risk to us. As noted, it’s not the best route back to Alliance space, and we’ll likely need to hang around Ilion longer than I’d like to give those other ships a chance to meet up with the fleet again.

But it’s the only thing we can do, and I made the decision to run those risks for the sake of those Alliance ships and crews.”

There was another pause, then Terrible’s captain nodded. “Yes, sir. Thank you, Captain Geary. I know you don’t have votes on decisions, but I’d have voted for that.”

No one contradicted him. Geary nodded back. “Thanks.” What else do I say? Please, no other ship captains take in your heads to run off for another star?

But nothing else seemed to be needed. The uncertainty Geary had felt earlier had been replaced by varying degrees of enthusiasm and resignation. The meeting broke up, virtual presences vanishing until only Captain Duellos remained. He gave Geary a stern look. “You should have told them about Ilion right off the bat. I was going to bring it up, having guessed what it meant, but Terrible beat me to it.”

Geary shrugged. “I wasn’t sure how they’d take it, how they’d take anything regarding those ships that followed Falco.”

“You’re not the only one who’s scared, Captain Geary.” Duellos smiled very briefly as Geary gave him a startled look. “Oh, you hide it exceptionally well, but I know, because I know enough about you by now to read the signs. Don’t be fooled by the brave talk of my fellow captains. We’re all scared, all wondering if the next system will be our last, all wondering if our best possible future involves a Syndic labor camp like the one we found on Sutrah Five.”

Geary sat down, rapping his forehead with one fist. “They needed to hear that I

was still thinking in terms of everyone getting back, even the ones who took off.”

“Exactly.” Duellos exhaled a long, low breath. “That’s the only hope for those forty ships, by the way.

That they’ll run.”

“I know.” Geary ran his hand through the star display, watching his forefinger spanning constellations.

“But I’ve been told the fleet never runs.”

“Ha! Let me guess. Desjani?”

Geary bent one corner of his mouth in a smile. “No.”

“Ah, that’s right. She’s been watching you and learning. Let’s see...oh, of course. Cresida. Our little firebrand from the Furious.”

“The other captains seemed to agree with her,” Geary pointed out.

Duelos smiled. “The ones from Task Force Furious? Naturally. Because you handpicked them for their quality. But if you weren’t in command, even they would waver if things got bad enough, as they certainly will when Fighting Falco hits the Syndic ambushes you and I expect him to meet.”

Geary toyed with the controls, his mind not on them. “What do you think will happen? What will Falco do?”

“Fall apart,” Duellos stated matter-of-factly. “I mean it. Once he was a capable if unimaginative commander at his best. At his worst, Captain Falco assumed the enemy was as impressed by him as he himself was. The enemy didn’t always accommodate that assumption, to the sorrow of the Alliance forces entrusted to Falco’s command.”

Geary nodded, thinking those descriptions did a good job of summing up what he had learned of Falco’s battles before his capture. “But he wasn’t totally incompetent. I still can’t believe he was willing to charge into a certain Syndic trap with that small a force. For that matter, I can’t believe that so many commanding officers were willing to follow him.”

Duelos grimaced as if he were tasting something unpleasant. “Captain Falco’s powers of persuasion haven’t dimmed much. I finally acquired a copy of the message he had physically distributed among ships with possibly sympathetic captains. Even I found it to be actually moving and inspiring.”

“Too bad none of those captains saw fit to tell me about it,” Geary noted bitterly. “I might have saved some of their fellow officers and ships. But I can’t say I’m surprised to hear it was moving. I had the impression that Captain Falco honestly believes he is the only one who can save the Alliance. He’s not a fake in that respect.”

“Oh, he cares about the Alliance,” Duellos agreed. “Or, rather, he cares about what he thinks the Alliance is. His speeches have such power because they really do come from the heart. But because Falco also believes only he really understands what



needs to be done and believes only he can do what needs to be done, he long ago convinced himself that saving the Alliance and advancing his career and power are one and the same thing.” Duellos exhaled heavily. “He’s spent twenty years driving himself in tighter and tighter rings of that mental circle, and he started out already convinced he was the savior of the Alliance.”

Geary spent a while thinking about that before nodding again. “His arguments have such force because he really believes them, but they’re even less grounded in reality now than they were twenty years ago.”

“Much less grounded in reality.” Duellos shrugged, looking unhappy. “On top of that, Captain Falco’s spent a long time in a labor camp, where routine rules. Did you notice how hard a time he has now adjusting when something unexpected happens, even in a conversation? He hasn’t dealt with emergencies, he hasn’t been fighting battles. He’s horribly out of practice at commanding ships. That’s just the mental side of things. Physically, he’s older and has been living under stressful conditions with poor food and poor medical care.”

“It’d been a century since my last command when I took over this fleet,” Geary noted dryly.

Duellos grinned this time. “For us. For you it had been a matter of weeks. And if you’ll forgive me for being blunt, the only thing Captain Falco has in common with you is the rank insignia.”

“That’s nice to hear,” Geary admitted, smiling to show he didn’t take the implied compliment too seriously. “So you think Falco won’t be able to command effectively at all?”

Duellos nodded, grim again.

“What will those ships do then? Make a glorious charge to the death into the teeth of the Syndic fleet?”

Duellos spent a moment gazing at the star display, his face serious. “Unlikely, I think. A glorious charge to the death has to be led by someone. Unless I miss my guess, Falco will be overwhelmed and incapable of doing that. The other senior captains like Numos and Faresa are neither inspiring nor emotionally suited to such an act of brave desperation. So, no leader to lead a charge. Worst case, they lose their heads and scatter, becoming easy meat for the Syndics. Best case, they remember Ilion and charge for the route back there, holding their formation together so they can protect each other. The Syndics wouldn’t be expecting those ships to head for a jump point leading back into Syndic space, so that might leave a chance for them to make it. A small one, but it’s there.”

Geary nodded, his eyes on the same stars. “You sound like you’ve been listening in to my prayers to my ancestors. That’s what I’m praying those ships will do.”

“If they do come to Ilion,” Duellos stated, “there may be Syndics in pursuit. A lot

of Syndics.”

“I know. We’ll be ready if that happens. Ready to fight our way out of Ilion if the odds are bad enough, or to kick that Syndic force halfway out of this sector if the odds favor it.”

“You should have told our ship captains that, too,” Duellos advised.

“I will, in a message before we jump.” Geary took a deep breath. “Do you think anyone else will leave?”

“Now? No. Even those who are scared to follow you are more scared of leaving the fleet. That’s what held them from following Captain Falco.”

Geary laughed. “I guess that’s the best endorsement I can hope for.”

Duellos stood and saluted. “I’ll see you in Sancere, Captain Geary.”

Geary came to attention and returned the salute. “Count on it.”

To Geary’s surprise, the instant Duellos vanished, Commander Cresida’s image reappeared. She looked haggard as she saluted him. “We have something that may work.”

“Really? We can limit the energy release from a gate failure?”

“In theory. If the assumptions made are accurate.” Cresida made a helpless gesture. “We won’t know if it really works until it’s actually tried.”

“And if it doesn’t work, then we may not get a chance to try something else,” Geary noted sourly. “Great job, though.”

“Sir.” Cresida hesitated. “There’s something else.”

GEARY cradled a data disc in one hand as the fleet went into jump, leaving the bloated shape of Cydoni’s sun behind. The jump to Sancere would take over two weeks, a length of uninterrupted time in jump space that no one in the fleet but Geary had ever experienced. Nodding to Captain Desjani, he stood, knowing he probably looked distracted. “I’ll be in my stateroom.”

The walk to his stateroom seemed unusually short with his thoughts focused elsewhere. Reaching it with what seemed surprising quickness, Geary sat down, then gave a hard rap to his internal communications controls. “Madam Co-President, I need to speak with you.”

“I’m afraid that won’t be convenient.” Victoria Rione’s voice sounded not only colder than space itself but also tired.

“I’m afraid I must insist.”

There was a pause before her answer came. “What is this about?”

“Something critically important.”

“Am I supposed to trust your assessment of that?”

Geary fought down an angry retort. “I don’t care whether you trust it or not. I need you here to discuss something. If you actually care about the safety of the Alliance, you’ll come and talk to me.”

“And if I don’t?”

Geary stared at the bulkhead opposite him. He could threaten force, but that wouldn’t predispose Rione to listen. It also might not work. Not with Co-President Rione. “Please, Madam Co-President. I swear on my ancestors’ honor that this is something you must know.”

The pause this time was longer. “Very well, Captain Geary. I still believe in the honor of your ancestors.

I’ll be there soon.”

Geary slumped back, rubbing his eyes. To think I once looked forward to Rione’s visits. But this is too important. I can’t avoid it.

His hatch alert chimed, and Rione entered, her face impassive and her eyes glittering like ice. “Yes, Captain Geary?”

He nodded to the seat opposite him. “Please sit down.”

“I’m comfortable standing.”

“Just sit down!” His bark startled Geary as well as Rione. “Forgive me. The matter I need to discuss with you is an issue of critical concern.” The formal words helped keep his voice level.

She eyed him narrowly but slowly sat down, her back stiff. “What is it, Captain Geary?”

Geary found it hard to look at her, his gaze wandering away to rest on the starscape, imagining supernova-scale explosions ravaging it. “We’ve been planning on what might happen in Sancere, which has a hypernet gate, as you know. I assumed the Syndics would try to destroy that gate. I’ve since been informed that destruction of hypernet gates could liberate huge quantities of energy. Or perhaps none at all. It’s all theoretical.”

Her voice sounded as cold as ever. “Huge quantities of energy? Construction of the hypernet system was approved long before I joined the Alliance senate, so I don’t know many of the technical details. What does huge mean?”

“Supernova scale.” That finally provoked a change in Rione, her eyes widening in shock. Geary took a deep breath. “One of the ship captains, Commander Cresida, came up with a theory about the hypernet gates. If Cresida’s theory is right, how the gate tethers are destroyed, the exact timing and sequence in which they lose their grip on the particle matrix, will calibrate the level of energy release. The fleet’s network ran the math with some difficulty and came up with a weapons employment algorithm that might let us scale down any release of energy to minimal levels.”

Rione’s voice was still cold, but puzzled now, too. “Why does this have you upset, Captain Geary? I admit this news that hypernet gates were such a potential danger is surprising, but if you’ve learned how to control the danger, it seems like a good thing.”

Geary looked down at the silvery disc in his palm. “It has me upset, Madam Co-President, because of the corollary. To work out a way to scale down the energy release, we also had to work out a way to scale it up.” He held up the data disc, finally looking at her. “We would have the means to employ hypernet gates as by far the most destructive weapons in the history of mankind. We could in theory destroy not only entire individual star systems, but entire regions of space.”

Victoria Rione was staring back at him, her face reflecting horror. “How could the living stars allow such a thing? Humanity believed when we left ancient Earth that we’d removed the threat of racial extinction from disaster, that scattering among the stars would bring us safety from that. But weapons such as these—” Her eyes fixed on the disc. “What is that?”

“The algorithm for scaling up an explosion. The fleet network had to work up both, as I told you.” He tossed it to her, and she caught it automatically. “I’d rather you have possession of this than anyone else.

I ensured the work in the fleet system was wiped and overwritten. That’s the only existing copy.”

She was staring at the disc as if it were a deadly snake. “Why?”

He chose to interpret the question as being about her. “Because, Madam Co-President, that’s too dangerous to be entrusted to anyone else. Including me.”

Rione glared at Geary. “Why entrust it to anyone? Why keep even one copy?”

“Because if we can think this up, then someone else can, too.”

This time Rione paled. “You think...but if the Syndics had this...”

“The Alliance probably would have already felt the results,” Geary finished for her. “I agree. I don’t think the Syndics have really thought it through. I don’t think even Commander Cresida has, that the gates are potentially horrific weapons. But I think someone else does know that.”

“I don’t understand,” Rione demanded, her ice turned to heat now. “If you don’t think the Syndics have realized this, are you claiming the Alliance has?”

“No. Not the Syndics and no one from the Alliance.” Geary spoke bluntly, knowing his words were brutal but feeling he had to make his case. “I’ve seen how the officers in this fleet think after a century of war and trading atrocities with the Syndics. If the Alliance knew the gates were weapons, it would have already starting blowing them, obliterating Syndic star systems wholesale. Right, Madam Co-President?”

Rione sat silent for a moment, then nodded. “I think there’s a strong possibility you’re right,” she admitted, her voice quiet now. “Then who is it you believe knows this? There aren’t any worlds that aren’t part of the Syndicate Worlds or at least nominally part of the Alliance. There isn’t anyone else.”

“No one we know of,” Geary corrected, his eyes back on the starscape. “No one

human.”

“You’re serious?” Rione was shaking her head. “What evidence do you have?”

“Where’d the hypernet come from?”

She seemed startled by the question, her hostility momentarily forgotten now.

“The breakthroughs were sudden. I know that much.”

“And we still don’t understand the theory behind it,” Geary added. “That’s what Commander Cresida said and the fleet database confirmed. When did the Syndics get the hypernet technology?”

“About the same time as the Alliance.”

“Remarkable coincidence, isn’t it?” He paused. “I heard the Alliance believes the Syndics stole the tech.

That’s certainly plausible.”

Rione nodded, her eyes hooded. “Yes, but I happen to know from reports I’ve seen that the Syndics believe we stole the technology from them.” She closed her eyes, thinking. “You are actually suggesting that some nonhuman intelligence provided that technology to us? To both sides? But why? The hypernet has greatly benefited us. The ability to travel so swiftly from one star to any other star on the net has been a tremendous boost to human civilizations.”

Geary sank down lower into his seat, rubbing his eyes. “Have you ever heard of something called a Trojan horse? Something that seems like an attractive gift but is actually a dangerous weapon?”

Rione stared at him, her face white again. “You think someone, something, gave us those gates, knowing we’d build them, and knowing they could be used as weapons against us.”

“Yeah.” Geary waved at the display. “There’s hypernet gates in every important star system in every human culture and grouping. Imagine what happens if every one of those systems has a supernova explode in it. Hell, just a nova. Even a mininova.”

“But...why?”

“Maybe they’re scared of us. Maybe they just want to keep us from bothering them. Maybe it’s insurance if we ever threaten them. Or maybe that’s how they fight, by hiding in shadows and luring an opponent into a trap.” Geary shook his head. “This war started for reasons no one really understands, and it’s kept going long past the point of making sense. There’s nothing unique about that in human history, unfortunately, but this war has certainly kept the human race fully occupied with internal conflict for the last century. Neither the Syndics, as far as we know, nor any part of the Alliance have done any expansion into new star systems for most of that century. I checked.”

Victoria Rione was gazing into the distance, her eyes narrowed. “Your ideas are still just speculation, though. Is there any proof?”

“No proof. Some strange stuff at Kaliban, where the Marines found the Syndic security vault had been opened using nonstandard tools and where no one could explain why the Syndics had done some of the things they had when they abandoned the system. But that’s not proof of anything except the existence of something unusual.”

She switched her gaze to the starscape. “How would anyone trigger all of the hypernet gates to explode at the right level of energy? Is it possible to send a signal of some sort through the hypernet? We don’t know of any way to use them for that.”

“But then we don’t know a hell of a lot about how they work,” Geary noted. “As long as neither us or the Syndics win the war, I think we’re safe. If I’m right about what I admit is pure speculation.”

“Awful speculation, Captain Geary.”

He nodded, looking back at her. “I’d be grateful if you’d think about it, too. I’d be incredibly grateful if you could tell me I was wrong. But regardless, please keep that disc safe. Hide it somewhere and don’t tell me.”

“Surely even you wouldn’t be tempted to use it.”

“Even me?” Geary found himself laughing harshly. “Even me? Is there still something you think I wouldn’t do, Madam Co-President? Should I be grateful?”

“As grateful as I am for being handed the instrument for the extinction of the human race!” Rione snapped back at him.

Geary bit his lip, then nodded. “I’m sorry. But there’s no one else I’d trust not to use that.”

“You claimed to want to avoid killing civilians and devastating planets.” Rione seemed to be pleading with him. “Are you saying that wasn’t true, either?”

His temper flared. “Either? Listen, Madam Co-President, you’ve yet to prove me false in anything! Until you do, I’d appreciate it if you didn’t speak as if I were already without honor.”

Her face tightened, but Rione nodded. “Very well, Captain Geary. I will refrain from calling you dishonorable until I prove otherwise.” Her voice left no doubt that she expected that to happen at any time.

“Thank you,” Geary replied coldly. “Now, as to your question, no, I hope I’d never want to use that. But I imagined being with our backs to the wall, the Syndics about to triumph, and I wondered. If everything seemed lost, would I give in to temptation to take that last chance despite the risk that an energy discharge aimed at destroying the Syndics would destroy a lot more? And I couldn’t say with absolute certainty that I wouldn’t. So I don’t want the opportunity.”

“Instead you want me to be so tempted!”

“I trust you more than I do myself, Madam Co-President. My focus is on saving this fleet. You’ve got a larger perspective.” Geary stared at nothing for a moment. “In

case it hasn't occurred to you, I also just gave you the ultimate weapon against Black Jack Geary. You'd have the ability to stop him if it came to that."

He knew she was watching him. "So you now admit that Black Jack is a danger to the Alliance."

"I already admitted he's a danger to this fleet. I can't afford to ever let myself think I'm what too many people in the Alliance believe Black Jack Geary to be. But I'm sure you'll help keep me honest."

"I've been trying to do that since you assumed command of this fleet, though I believe myself a failure in that respect right now." She held up the data disc. "How do I know this is really the only copy? How do I know you don't have another?"

"Why would I lie about that?" Geary demanded. "What possible advantage would I gain from that?"

"I don't know. Yet." Rione curled her fingers around the disc, hiding it from sight again. "You fooled me once, Captain Geary. I thought I knew you. I won't be fooled again."

"Maybe the only person fooling you is yourself," Geary snapped.

"Maybe," Rione stated, though her voice and expression held no trace of agreement. "I know what I'll be doing for the long period until we reach Sancere. What will you be doing?"

"Why do you care?" Geary shrugged. "I won't be plotting taking over the Alliance or another attack on the Syndic home system, if that's what you're worried about."

"You seem to think you know my worries. What are yours, Captain Geary?"

To his surprise, the question seemed sincere. "My worries." He looked down, feeling the weight of command heavily again. "Worries that the Syndics have anticipated this move. Worries about forty ships from this fleet that I'm sure are charging straight into a trap under the command of that deluded fool Falco and his stupid friend Numos."

Rione nodded. "I'd add a worry to that. If what you guess is true about the origin and possible ulterior purpose of the hypernet gates, do you dare win, Captain Geary?"

"Win?" He laughed. "Do you believe I'm thinking in terms of winning this war? I'm out to get this fleet home safely, Madam Co-President. In the process, I may be able to inflict some blows to the Syndic war effort. But I'm under no illusions that anything I can do will break the stalemate."

"But you've come up with a weapon that could break that stalemate."

Geary took a deep breath, exhaling slowly before replying. "That's a weapon I will not use by choice."

Hopefully never, but certainly not by choice. Keep it safe, keep it hidden, Madam Co-President. When we get home, I'm sure there's people you'll be able to trust with

knowledge of it.”

She shook her head. “There you are wrong, Captain Geary. No one can be trusted with this knowledge.”

“You want to destroy it?”

“And if I do?”

He thought again for a little while. “I guess I wouldn’t know. It’s up to you.”

Rione stood up, coming closer to peer at Geary. “I don’t understand you. Every time I think I do, you do something that doesn’t match what I know of you.”

“Maybe you’re trying too hard.” Geary smiled humorlessly. “I’m not all that complex.”

“Don’t underestimate yourself, Captain Geary. You’re far more complex than whatever theory underlies the hypernet. I just hope I figure you out eventually.”

He nodded. “When you do, give me a briefing so we’ll both have me figured out.”

“I’ll do that.” Rione turned to go, then looked back at him. “You’re either that most dangerous of demagogues, one who outwardly so perfectly pretends to be honest and honorable that others can’t find grounds to hate or distrust him, or else I’ve misjudged you again. I sincerely hope I am in error, Captain Geary, because otherwise you are even more dangerous than I’d believed before this.”

He watched her leave, feeling a sense of reassurance despite her obvious distrust and hostility toward him. If anyone in this fleet could be trusted with the contents of that disc, surely it was Co-President Rione. Dangerous. I would’ve laughed at that description not so long ago. But now I know a weapon exists. What I do with that knowledge could doom more than the Alliance.

What do the Syndics know? They started this damned war. Why? Did they know something that forced their hand?

GEARY had forgotten the itchy sensation that developed after too long straight in jump space, as if your own skin wasn’t quite yours anymore and no longer fit right. But he barely noticed it now, sitting on the bridge of the Dauntless, waiting for the fleet to exit jump. Within a few minutes, he’d know if his gamble was going to at least partly pay off. Within a few days he was entirely too likely to learn what happened when a hypernet gate was destroyed.

The display for Sancere floated next to his chair. Alliance intelligence knew precious little about the system, and the old Syndic star system guide had offered only slightly more information since things like numbers and placement of defensive installations were all classified. Certainly Sancere was rich in resources as well as jump points. Eight significant planets orbited the star, two small ones in close orbits, two more within the habitable range, one of those almost perfect, then a colder but usable planet slightly farther out, and three resource-rich gas giants way beyond



those. The Alliance fleet would drop back into normal space just outside the orbit of the last gas giant, about three and half light-hours from the star.

“One minute to jump exit,” Captain Desjani reported calmly.

Geary glanced around the bridge. All of the watch-standers seemed slightly nervous, but in an excited way, not a frightened one. Ignorance is bliss, he thought. No, that can't be right. What I don't know right now is driving me nuts. Ignorance is only blissful if you don't know you're ignorant.

Geary was still pondering that when the hatch to the bridge opened again and Co-President Rione entered, going to the observer's seat she hadn't used since her argument with Geary back in the Sutrah Star System. He looked at Rione, and she gazed back steadily, her face rigid, her eyes watching him but revealing nothing of her feelings. Geary flashed back to his days as a midshipman, when evaluators would ride behind him in ship simulators, ready to pounce on any error he made.

Captain Desjani greeted Rione with formal politeness, her attitude unwelcoming. She'd picked up on the chill between Geary and Rione, and being Tanya Desjani, had rushed to stand beside Geary against anyone opposed to him. Not wanting open warfare to break out between the two women right there on the bridge of the Dauntless, with him in the middle dodging fire between the two sides, Geary searched for a diversion. “Captain Desjani, I'd like to make an announcement to the crew of the Dauntless.”

Breaking her targeting lock on Co-President Rione, Desjani nodded to Geary. “Of course, sir.”

Geary tapped the necessary control. He could've done that without asking Desjani, but it wouldn't have been proper to speak to the crew without doing the captain the courtesy of asking first. “All hands, this is Captain Geary. We're about to arrive at the Sancere Star System. I know you'll all do your utmost to uphold the honor of the fleet and the Alliance. May the living stars grant us a great victory, and may our ancestors look with favor upon us.” In one sense, none of that needed to be said, but in another sense, it was the sort of pep talk that filled a real human need. Geary wondered, if his speculations about the hypernet were true, whether whatever had given humanity that creation also felt the need for speeches and sentiments.

“Our ancestors brought us this far,” Desjani noted in a much softer voice. She glanced at Geary, leaving unsaid what he knew she was thinking, that they'd also brought the fleet Geary himself.

Her faith could be unnerving, but she was only one of thousands throughout the fleet who felt that way. I wonder if Captain Falco has ever felt unequal to the faith others felt in him, or does he even worry about that as long as people agree that he's great? From what I saw of him and learned of him, Falco hasn't spent much time worrying about others or about his own ability to justify others' faith in him. I guess

being certain of your own infallibility eliminates a lot of anxiety. Last night Geary had spent a long time talking to his ancestors, expressing his fears and asking their help. At times like this not having faith would be a hard thing, he reflected, and wondered how others managed to face crises calmly without that support.

“Stand by for jump exit,” a watch-stander reported. “Now.”

Geary’s guts wrenched slightly, his skin settled back happily into place, and the stars blazed forth on the external views. Objects on the display for Sancere System began multiplying as if in some insane video game where enemies flashed into existence in droves. Of course all of these Syndic defenses and installations had been there before. The fleet’s sensors were just finding them now, as reports flowed in and watch-standers called out the most critical. The human interface might be clumsy and slower than the automated systems, but despite its flaws, the human mind had proved to still be the best way of filtering information and highlighting the most important.

“Warhelm reports a Syndic system monitoring satellite close to its position. Warhelm reports it has destroyed the satellite. Ships located twenty light-minutes to starboard in system plane, assess all to be unarmed mineral carriers. No mines spotted or encountered. Six, repeat, six F-Class battleships identified at shipyard orbiting fourth planet. Only one appears operational. Eight, repeat, eight D-Class battle cruisers at second shipyard orbiting fourth planet. Operational status undetermined. Syndic military base located forty light-minutes away on a moon of the eighth planet, appears fully operational, nine, no, ten mass accelerators in defensive positions around base—”

Geary scanned his fleet display quickly and stabbed a control with one finger. “Captain Tulev. Have your ships take out that Syndic base near the eighth planet with kinetic rounds. I don’t want to give them time to get off a shot.”

Tulev’s voice took several seconds to reply. “Launching bombardment of weapons sites now. What about the rest of the base?”

There wasn’t time for worries or second-guessing, now. Just time to act and react before the enemy took the options out of your hands. “Take it all out. We can’t leave that kind of threat in our rear.”

The next closest base seemed to be near the fifth planet, over three light-hours away. “Captain Duellos, have your ships launch kinetic rounds at the Syndic military base orbiting the fifth planet. I don’t want it around when we get there.”

“Duelos, aye. Launching bombardment within two minutes.”

Geary bit back a curse as he saw his formation start to break, then realized he was seeing the ships of Task Force Furious faking an undisciplined charge just as planned. Hopefully the Syndics would be fooled as well as he had been. Ancestors, please stand by Commander Cresida so she’ll retreat when the situation calls for it.

“Syndic warship flotilla sighted between orbits of fifth and sixth worlds, distance

five point eight light-hours from current fleet position. Ten battleships, six battle cruisers, twelve heavy cruisers, ten, correction, eleven Hunter-Killers. Current position shown time-late, estimated real-time location based on time-late trajectory data now five point six light-hours from our current position.”

“Nothing we can’t handle,” Desjani noted, smiling unpleasantly. “Not nearly enough light escorts for those high-value units, either.”

“Enough that we can’t take them lightly,” Geary reminded her. “I’m guessing the big ships are conducting training, maybe with new crews or after extensive time in shipyards, so that isn’t really a combat-ready formation, even though the Syndics probably also assign it system protection duties.” His eyes were locked on the hypernet gate now. “There’s nothing there. They don’t have any ships guarding it.” Then symbols flashed into existence. “What are those?”

Desjani frowned, studying the data. “Stealthy defensive units around the hypernet gate. Limited maneuverability, substantial defensive screens and so-so offensive firepower.”

“They can maneuver some?”

She nodded to confirm her answer.

“That means we can’t send some rocks on ahead to take them out. They’d see them coming and dodge.”

He checked the distance. Almost five light-hours to the hypernet gate. Even if they accelerated past engagement speed and slowed again when they approached the gate, the fleet was at least thirty-five hours’ travel time from the gate. Some dash. But then Task Force Furious is “charging” at a Syndic force even farther away that won’t even see them coming for almost another six hours. That’ll be a shock.

Hopefully Task Force Furious will keep the Syndics’ attention focused on them.

But I don’t want to head straight for the gate if I can help it. He tried various options on the maneuvering display, running courses toward other Syndic targets, bending them back toward the gate partway through the track. By arcing across the system toward mining installations clustered around a gas giant located a light-hour out from the star Sancere, then curving back toward the gate, the journey would take roughly fifty-three hours at engagement speed of .1 light. But the Alliance fleet’s apparent objective wouldn’t change from the gas giant to the gate until they were less than two light-hours away, or a little more than eighteen hours of travel time. That wasn’t ideal, but it would leave little time for the Syndics to react if they hadn’t already positioned extra forces at the gate.

“Here,” Geary told Desjani. “We’re going to follow this track as if intending to wipe out the mining facilities at the gas giant and then continue in system, smashing other things, but instead shift our course to head for the gate.”

She nodded, studying Geary’s plan. “We can toss out a bombardment as we reach

the closest point of approach to the gas giant and take out a lot of those facilities anyway.”

“Will we need anything from them?” Geary asked. “I can find out before we get to the firing point. I’ve got plenty of time to ask Captain Tyrosian on the Witch.” The engineers in charge of the fleet auxiliaries Titan, Witch, Goblin, and Jinn would know what raw materials they needed to manufacture the things the fleet needed to keep going. He considered the display again, trying to decide if he should change the formation yet, then decided against it. It was still far too early to tell how the Syndic warship flotilla would react, and for a sweep against the shipyards and other targets in the system this formation would be fine.

Geary took a moment to gloat over the hulls of the battleships and battle cruisers under construction.

Very dangerous threats when completed and crewed, under way with other Syndic warships, they were now sitting ducks that the Alliance fleet could destroy easily. Though there was always a chance the Syndics would try to get any nearly completed ones under way so they could flee. In addition to the assembled hulls, components of more battleships and battle cruisers had now been sighted. All of those would be easily destroyed as well as the shipyard facilities that were constructing them.

“It’s so strange,” Co-President Rione observed. Her voice had lost its coldness, caught up in the unfolding situation. “Here we’re at war, choosing our targets. Yet almost every Syndicate Worlds installation, ship, and individual in this system doesn’t even know we’ve arrived yet.”

“They will,” Captain Desjani replied with a grim smile. “As the light from our arrival reaches them, a lot of Syndics are going to start praying to their ancestors.”

Geary had to admit it was interesting to imagine the reactions of Syndicate Worlds leaders and citizens throughout the system to the arrival of the Alliance fleet. On his system display a bubble was radiating out from the fleet, indicating the movement of light on the scale of the Sancere solar system. He could see the bubble expand, its front covering the outermost gas giant now and moving on toward the inner planets.

As light showing the fleet’s arrival reached them, the Syndics in the mining ships and the orbital facilities would be reacting to sudden alerts on their warning equipment. They’d stare, not believing the information. They’d double-check and magnify the light images. Hopefully many would refuse to believe it and send messages that would take hours to reach their destinations. Others would believe it and also send messages, these asking for instructions.

All of the messages would be arriving at the offices of the main Syndic leaders in this star system at almost the same time as the light images announcing the arrival of the fleet, thereby adding to the confusion. And as everybody tossed out frantic

messages to everybody else, the Syndic communications net would start bogging down under the strain of all that message traffic, slowing the Syndic ability to understand and react.

Perhaps enough to compensate for the advantages the Syndics had in defending their own system.

“All units,” Geary ordered, “keep a close eye out for incoming kinetic projectiles and drifting minefields.”

He paused, evaluating the situation again for a moment, then finally deciding on the course feinting a close-in attack on the gas giant nearest the sun of Sancere. “All units in main body, this is Captain Geary.

Come starboard to course three three nine, down four degrees, at time five one.”

The representations of the ships in the fleet on Geary’s display flared green in ripples spreading out from Dauntless as each ship received and acknowledged the order. It was so different from the mob he’d found himself commanding at Corvus that Geary found himself smiling.

An incoming message beeped for his attention. “This is Furious. Continuing attack. Follow-on target will be close-in attack on fifth planet.”

Geary nodded absently, then noticed Rione giving him a suspicious look. “Not really,” Geary explained.

“They’re going to feint at the fifth planet, then break away.” I hope.

Captain Desjani spoke up, her voice diffident. “Our light units screening the port flank of the formation will pass not far from the mining ships off of the outermost gas giant.”

“Yeah.” Okay, this time you’re right. Those ships are legitimate targets and important industrial assets in this system. “Fourth Cruiser Division, Sixth and Seventh Destroyer Squadrons, as we pass the outermost planet, engage merchant shipping traffic within range. Maneuver independently as necessary to engage targets. Inform crews of those ships they are to evacuate their ships now.” That took care of military necessity and humanitarian obligations.

System display, still finding and evaluating new information, highlighted Syndic defensive systems on various moons and what were plainly headquarters and coordination centers on planets and in orbital locations. Geary gazed at the many targets either in fixed orbits or on objects with fixed orbits.

Target-rich didn’t even begin to describe it. He highlighted the Syndic battleships and battle cruisers being built in the shipyards, as well, then asked the combat system to recommend an engagement plan for everything military or military-related. Moments later it popped up, ships throughout the fleet tagged to hurl kinetic projectiles at the targets most favorable for their projectile load-out and geometry. Geary ran through the list quickly, seeing nothing that stood out as odd, then punched

‘approve,’ followed by

‘execute.’

The ships of the Alliance fleet began throwing out many more projectiles, a rain of solid metal falling inward upon the Syndic defenses, a rain no shield would repel. Syndic command authorities, which in a few hours would be reeling from news of the Alliance fleet’s arrival, would very soon afterward also see that bombardment on its way. In one sense it was unfortunate that the weapons would take a lot longer to reach their targets than the light advertising their approach, but since their targets couldn’t avoid or block the projectiles, the sight of the incoming wave of devastation would have plenty of time to add to the panic.

Combat systems helpfully advised that Witch, Jinn, Goblin, and Titan should be told to prioritize fabrication of replacement kinetic bombardment projectiles. Geary tapped the control to pass that to Captain Tyrosian on Witch. It all felt so very smooth and simple, out here on the edge of the system. As the fleet raced inward, getting in among the Syndics where reaction times were measured in seconds and minutes instead of hours, it would start feeling a lot less smooth, he knew. And as those kinetic projectiles reached their targets, a wave of destruction would ripple across the worlds and human artifacts orbiting the star Sancere. Remembering the many Alliance ships the Syndics had destroyed in the ambush at their home system before he’d assumed command, Geary felt a grim satisfaction at the thought of how the Syndic leaders would react when news of the attack on Sancere finally reached them. You thought we were scared, running so hard for our lives that we couldn’t hit back. Now you’re finding out just how wrong you were.

One more thing had to be done. Geary straightened in his chair, adopting his best professional pose, then began broadcasting to the entire star system. “People in the Sancere star system, this is Captain John Geary, commanding officer of the Alliance fleet. We are engaging all military targets in this system. All other personnel, ships, citizens, colonies, off-planet facilities, and planets are directed to surrender immediately. Those who surrender will be treated humanely in accordance with the laws of war. Failure to surrender risks being targeted for elimination of military-related facilities and resources. Any attacks or attempts against ships of the Alliance fleet will be met with the full force at our disposal.”

“To the honor of our ancestors, this is Captain John Geary, commanding officer of the Alliance fleet.”

He ended the transmission, taking a deep, calming breath. “I’m not cut out to be an actor,” he remarked to Captain Desjani.

“It sounded impressive from here,” she replied. Desjani’s attitude toward slaughtering Syndics had been moderated by association with Geary, but she’d still obviously been pleased by the threats of mass destruction that Geary had just

broadcast.

About an hour and a half later the fleet swept by the outermost gas giant, the cruisers and destroyers on the wing nearest to the huge planet swooping over to slaughter the big, slow-moving mining ships. On the visual spectrum display, Geary could see dark shapes moving against the bright, pale green globe of the gas giant as his warships tore past, the charged particle “spears” of their hell-lance batteries ripping apart the unarmed mining ships. By bringing up more information, Geary could see representations of the survival pods fleeing from the mining ships, tiny objects scattering in all directions like seeds from bursting cases. Geary called up yet another set of data, and space was threaded with fine lines arcing in graceful curves, marking the projected paths of both his warships and the civilian ships.

From a distance, war could look remarkably beautiful. Having seen it close up, Geary had no trouble seeing past the attractiveness distance rendered, remembering instead torn ships and desperate crews, lifetimes of labor shattered in an instant’s fire from a warship. Even a great victory didn’t look pleasant from the deck plates of the ships involved.

Blossoming clouds of fragments marked the remains of orbital installations that had already caught the force of kinetic rounds hurled their way. “Light’s coming in from our bombardment of the Syndic military base on the big moon of the eighth planet,” Desjani remarked.

Geary switched to that. The optics of the Dauntless’s sensors provided remarkably clear pictures across vast distances, but in this case the clouds of dust and debris rising above what had once been a Syndic military installation were blocking much of the view. Having monitored the early impacts before the views were obscured, the ship’s combat system had damage assessments posted next to every targeted location. All offensive weapons destroyed. All defensive systems eliminated. All communications and control facilities smashed by the impacts of unstoppable heavy chunks of metal traveling at a decent fraction of the speed of light. If something couldn’t dodge the attack, destruction was certain. “This isn’t war. It’s murder.”

Desjani gave Geary a surprised look.

“I know,” he told her. “It’s necessary. But the Syndics at those bases in fixed orbits don’t stand a chance. I can’t cheer the fact that those poor devils are dying.”

Desjani seemed to be thinking, then nodded. “You prefer an honest fight. Certainly. There’s honor to that.”

“Yeah.” One thing in which he and the minds of modern sailors could find agreement. Geary checked the display again. His light units had wiped out the Syndic shipping near the gas giant and were returning to formation. It would be hours yet before the Syndic command authorities saw the Alliance fleet. Like uncounted human

military forces before them, the Alliance fleet had to endure the ancient ritual of hurry up and wait.

Geary studied the Syndic flotilla, its almost six hours time-late position meaning little now. If the flotilla had maintained the same trajectory through the Sancere Star System, it would now be where the display predicted. Otherwise, it could have traveled a fair distance even loafing along at well under .1 light. He would have to be sure to handle that flotilla carefully. If I get too confident about how easy destroying it will be, they might surprise me and inflict losses out of proportion to their numbers.

Still, there's not enough there to threaten us. If Cresida's formation manages to capture their attention long enough, those Syndic warships won't be able to get to the hypernet gate before we do. This is looking very good.

Red symbols flashed into existence near the hypernet gate. Geary's eyes flew to that point, watching as the symbols multiplied, willing them to stop. I spoke too soon. Did the Syndics figure out what we were up to after all? Did they hear from survivors of one of the ships that followed Falco? There shouldn't have been enough time for them to react to that and get reinforcements here.

Not too many warships. Not too strong a force. Please ancestors make it small enough for us to handle.

We can't run from this system without looting more supplies first.



## SIX

“LOOKS like a dozen battleships and battle cruisers,” Desjani remarked. She seemed happy at the prospect of a bigger battle. “Only five heavy cruisers, though, one light cruiser and nine Hunter-Killers.

Why so few escorts?”

The answer to that question became apparent as Dauntless’s sensors evaluated what could be seen of the new Syndic force. “They’ve taken battle damage,” the combat systems watch reported, “and were probably sent here for repair and refit. Most of their escorts were probably destroyed in the battle where the bigger ships took damage.”

Geary nodded, his thoughts roving back toward Alliance space. Were these Syndic ships the victors of a battle in which the Alliance ships following Captain Falco had been annihilated? Or had they been mauled elsewhere by the portions of the fleet that had remained in Alliance space to guard it while most of the fleet had made the risky assault on the Syndic home system? “We need to find out where they got hurt and who did it,” Geary stated out loud.

“Prisoners should be able to tell us that,” Desjani noted cheerfully. “We can pick up some Syndic survival pods after the battle.” She gestured at the images of the newly arrived warships. “If they’re coming here for refit after a battle, they may have little or no expendable weaponry on board. No missiles, no grapeshot.”

“True,” Geary agreed. “Can they reach any of the munitions depots we’ve identified before our kinetic bombardment hits the ammunition supplies?”

Desjani ran some calculations, her hands flying over the controls. “Maybe. If they haul ass for the farthest munitions depots from us as soon as they spot us. But they’d have little time, and they’d need to get clear before our bombardment hit.”

Geary checked the solution. “And that would take them out away from our path to the hypernet gate. I hope they do make a run for that ammo dump.” He added up the total operational Syndic forces in system now. Sixteen battleships and a dozen battle cruisers, thirteen heavy cruisers, one light cruiser, and an even twenty HuKs. A formidable force if they managed to join up and fight together. Formidable on paper, at least. The Syndic flotilla they’d seen in the system upon arrival, if engaged in training, might not have full load-outs of weapons and probably had inexperienced crews. The newly arrived Syndic force was likely as experienced as any warships tended to be when tactics led to bloodbaths with heavy losses, but those ships were already battered and almost certainly low or completely out of expendable weaponry. And, even combined, there were far too few light escorts for the bigger ships.

“What do you think, sir?” Desjani asked.

Geary sat silent for a few moments, using his finger to trace paths through the

display before him, depending on instincts born of long experience to estimate how his fleet and the two Syndic forces would move relative to each other. “It’s going to depend on what they do,” he finally decided. “If they’re stupid, they’ll individually rush to battle, and we’ll be able to overwhelm each of the flotillas with a very comfortable superiority in ships and firepower on our side.”

“Will they dare risk trying to join?” Desjani indicated the hypernet gate. “If they know we might be able to use that...”

Oh, hell. Desjani had remained focused on the primary issue, while Geary had gotten lost in possible alternatives. “No. You’re right. That newly arrived force will be told to reinforce the gate defenses.” Or to help destroy the gate. But what about the other flotilla? He traced more paths, then shook his head.

“The other flotilla could do any number of things. But my guess is that once they see we’re headed for the gate, they’ll charge that way, too, or else they’ll be ordered there even though they’ll get to the gate too late to stop us.”

“We can handle that,” Desjani noted.

Her calm confidence was infectious. “Yeah.” Geary settled back in his seat. “I figure we’ve got a half hour window before anything else happens, then we’ll have new information coming in for hours as we start seeing the Syndics react to us. I’m going to grab a quick bite to eat.” Desjani nodded, her eyes on her own situation display. “Can I bring you anything?” Geary asked half-jokingly.

She tapped one pocket and grinned. “I’ve got ration bars.”

“You’re a better sailor than me.” Geary smiled in reply. He stood up, turning to see Co-President Rione still seated and eyeing him, her expression impossible to read. Geary nodded to her. “So far so good.”

“So far,” Rione echoed, but he couldn’t tell if her voice held humor or disdain.

MUCH of the action that unfolded over the following hours as the Alliance fleet fell deeper into the Sancere Star System was predictable. Nonmilitary shipping headed for nearby orbital ports or else began scattering into empty portions of the system in the hopes that the Alliance ships wouldn’t waste time hunting them down. Frantic activity erupted in the orbital shipyards as tugs began hauling away vital materials and a couple of the under-construction major warships, but there weren’t enough tugs to get all of the battleships and battle cruisers being built out of the way of the kinetic bombardment racing toward its targets. The two unfinished warships being pulled out of the path of the bombardment could be easily blown apart later when the fleet swept through that area, but Geary still had to admire the dedication of the Syndic work crews. They were trying, even though the efforts must have seemed as hopeless as they actually were.

Well behind the light announcing the arrival of the Alliance fleet came the kinetic bombardment, spreading out across the system, pummeling targets ever farther in-

system, heading inexorably for the inner system crowded with industrial and military installations.

The Syndic force Geary had christened the Training Flotilla in his mind even though the official combat system designation was Syndic Force Alpha had turned toward the fifth world almost four hours before it had sighted Geary's fleet, closing the distance purely by chance. When he finally saw it yaw around and up, he knew that course change had occurred five hours ago and realized he'd spent more than ten hours on the bridge. He nonetheless waited a little longer, until they could tell the Training Flotilla was moving to engage Task Force Furious. A check of the battle-battered Syndic Force Bravo showed it had, unfortunately, turned back toward the hypernet gate. Geary took a moment to pray the Syndics in that force would use the gate to flee the system and spare him the uncertainty of a battle as well as the worry that they would destroy the gate before he could reach it.

He rubbed his eyes wearily. It was still almost twenty-four more hours until the fleet reached the vicinity of the closest-in gas giant and altered course to sweep directly toward the hypernet gate. There were stimulants he could take to stay awake and alert for days, but even the best of those exacted a price, especially when quick decisions were needed under pressure. The human mind needed real sleep and wouldn't be happy with anything else. Captain Desjani was napping in her seat, apparently comfortable enough and able to sleep through routine sounds on the bridge. But nothing was going to happen fast now. New information might come in, but it was clear that any developing threat would be seen hours before it was a danger. Geary tapped his communications controls. "All ships ensure crews are rotated and given opportunity for rest." Geary stood, stretching, determined to provide a good example. "I'm going down to get some sleep," he advised the watchstanders on the bridge. "Call me if anything unexpected happens. I want to know about any changes in the movements of the two Syndic flotillas."

Sleeping for six hours in the middle of a battle seemed absurd, but when the battle was happening in slow motion over days of time, it just made sense. Staying awake to watch nothing happening would only leave him too tired to think straight when something did start taking place. So Geary told himself as he lay down in his bunk and stared at the overhead. It could have been a lot worse. The defenses were surprisingly weak despite the many military targets in the system. The Syndics obviously hadn't thought Sancere faced a real danger of attack, and why should they? But surprises could still happen, and he needed a clear head to deal with them.

Restlessness eventually drove Geary up to roam the ship, stopping to talk with officers and sailors at their duty stations or catching meals. Everyone seemed nervous and excited, worried about what might happen but also feeling the thrill of hitting a surprised enemy hard. A few wondered about the hypernet gate, and Geary offered

vague assurances that the gate would be taken if at all possible.

Six hours from reaching the gas giant, the main body of the fleet finally had something exciting to watch besides the wave of destruction as the kinetic bombardment fell on targets ahead of the Alliance force.

Task Force Furious had accelerated up to .2 light on its charge toward the inner planets and was now two light-hours away from the main body, braking back down to .1 light and closing fast on Syndic Force Alpha, the Training Flotilla.

Unable to direct the action from so far away, knowing everything he was seeing had already happened, Geary watched while trying not to reveal his nervousness. If those steady commanders of his gave in to temptation and lit into the Syndics, it would result in a bloody brawl. The thirty ships under Cresida's command were outnumbered by the thirty-nine in the Syndic Training Flotilla, and were also outgunned by the Syndic ships thanks to the ten battleships on the Syndic side. The odds were good enough to entice the Syndics to battle, just as Geary had hoped. He was certain Cresida wouldn't be dumb enough to get involved in a ship-to-ship slug out at close range, but mistakes on her part or clever moves by the Syndics could lead to just that.

It all came down to trusting the officer he had placed in command. After the mess Numos had made of his command of a formation at Kaliban, Geary had vowed not to put anyone else he didn't trust in charge of any part of the fleet. But it was far easier not to trust, to try to micromanage his subordinates, than it was to let them do their jobs. Funny how that never changes. You have to learn that as a junior officer, and you have to stick to it as a senior officer. If you're going to be any good as a commander, that is.

Two hours ago, but only now visible to the main body of the Alliance fleet, Cresida had played it smart, angling as if intending a direct clash, then altering course for a glancing engagement. With too little time to react, the Syndic ships reacted clumsily, confirming Geary's assessment that they were crewed by raw personnel. The Syndic formation tried to pivot around its flagship's axis, turning and changing heading to present a wall of firepower to Task Force Furious. But some of the Syndic ships turned late, shooting past their turning fellows, and others swung through the same space their comrades were trying to use.

Ships twisted away from near collisions, further disrupting the Syndic formation and leaving the flank nearest Task Force Furious's approach hanging unsupported. As the Syndics tried unsuccessfully to concentrate fire on the approach of the Alliance ships, the Alliance force led by Furious tore past the unsupported flank of the Syndic formation and shredded it with overwhelming firepower directed by ship after ship against the Syndic warships making up the side of the flotilla.

Geary breathed a sigh of relief as Dauntless tallied the Syndic losses. One of the

battleships raked repeatedly and left drifting and dead. Two battle cruisers severely damaged. All four heavy cruisers on that flank destroyed along with five of the Hunter-Killers. Status updates sent to Dauntless from the Task Force Furious ships and arriving now along with the light from the battle revealed the Alliance ships had taken little or no damage. “Nice job,” Captain Desjani commented.

“Very nice,” Geary agreed. Then he stiffened. On the two-hour-old time-late images, Task Force Furious had started bending around in a very wide turn, arcing up, over, and to the side as if intending another firing run at the flailing Syndics. You’re not supposed to do that, Cresida. Don’t risk it.

At the speeds the warships of Task Force Furious were traveling, the turn took a long time and a lot of space, even with the ships braking their velocity to reduce the turn radius. But eventually it became clear that Cresida had ordered another pass. Damn. She should’ve known better.

The Syndics had taken advantage of the delay to straighten out their formation and face their heaviest firepower toward the Alliance attackers. Apparently anticipating another blow to the flanks, the Syndic formation now clustered the surviving light units in the center, the remaining battleships and battle cruisers ranked in two vertically aligned planes, narrow ends facing the Alliance attack on either side like slices of bread enclosing the weaker ships. It was ironic to see the big ships escorting the smaller ships that were supposed to escort them, but Geary was impressed that the Syndics had so quickly figured out a counter to Cresida’s tactic of hitting a flank.

“What do you suppose she did?” Captain Desjani asked, her voice intrigued rather than worried. The past tense sounded strange when they were watching events unfold, but it was a reminder that whatever had happened had already taken place, for better or worse.

“We’ll soon see,” Geary replied, trying not to sound furious himself at the actions of Furious. He couldn’t stop it, couldn’t change it, just watch history two hours old un-scroll before his eyes as the light from the battle reached Dauntless.

Task Force Furious was now itself in an flattened pencil-shaped formation, long and thin. Geary stared at it, trying to figure out why Cresida had arranged her ships that way. The two forces closed rapidly, Task Force Furious accelerating at the best rate its handpicked force of agile ships could manage. The Alliance ships were now closing on the Syndic ships at a combined relative speed of just under .2 light. Both sides would have serious trouble getting effective fire control solutions at that speed with relativistic distortions confusing aim, but it was barely within acceptable engagement limits.

The speed and the difficulty that created with seeing the movements of other ships left the Syndics less time to react when Cresida changed her force’s trajectory

through space again, the warships of Task Force Furious bending the formation down and below the waiting Syndic defenders, aiming for one exposed corner of the rectangular plane formation on the port side of the Syndic force. The single Syndic battleship anchoring that corner found itself taking fire from the entire Alliance formation as it tore past, ship after ship hurling weapons at the beleaguered Syndic warship while it could only reply with single volleys at each individual Alliance ship. Even though a lot of Alliance shots missed because of the targeting difficulties, there were so many weapons hammering the same Syndic battleship that enough hits were being scored.

The Alliance formation passed completely under the Syndic formation, still diving down to open the range and leaving in its wake the spreading cloud of debris that had been a Syndic battleship.

Desjani was laughing softly. “They’re going to be very angry with Commander Cresida. That was a good move, Captain Geary. She taunted them twice and hurt them both times. Now, look, they’re coming around to chase her, but she’s not heading for the fifth planet.”

“No.” Geary studied the track Task Force Furious was curving onto, Dauntless’s maneuvering systems quickly estimating the destination. “Cresida’s decided to go for the shipyards orbiting near the fourth world.” The huge industrial complexes were perhaps the most valuable targets in the star system. Geary had given Cresida orders not to destroy them because he wanted a chance to loot them first, but Task Force Furious could easily smash in passing the one nearly completed battleship and one battle cruiser being frantically towed out of their construction ways in an attempt to save them from the Alliance kinetic bombardment aimed at the under-construction shipping.

She handled it right. All of it. But if I’d had instant communications with her, I’d have ordered Cresida to do things differently, because I wouldn’t have trusted her judgment. Remember that, Geary. There’s good heads among these ship commanders and they’re paying attention to you. You have to trust them in return. Knowing his message wouldn’t reach her for hours, Geary tapped his communications controls.

“To Commander Cresida and all ships in Task Force Furious, this is Captain Geary. Excellent work.

Keep it up.”

THERE’D been no reply to Geary’s surrender demands by the time the Alliance fleet dove past the innermost gas giant, annihilating Syndic industrial targets unstruck by the kinetic bombardment and sweeping any remaining Syndic merchant shipping in the area from space. In-system ore carriers and other merchant ships had only a small fraction of the propulsion capability of warships. Over time they could build up substantial speed, but it took a long time, and these Syndic ships hadn’t been granted

that much time.

The kinetic bombardment was still a couple of hours from reaching the fourth planet, so the Syndic command structure was still fully operational in the inner system. Geary wished he knew just what orders were being issued by that command structure. “All units in Alliance fleet main body, execute course change two five degrees to starboard, down zero two degrees at time four seven.”

“They’ll have time to see we’re heading for the gate and issue reaction orders before our bombardment hits,” Desjani remarked regretfully.

“It can’t be helped.” Far off to one side, Task Force Furious was still bearing down on the shipyards orbiting the fourth planet. The battered, and no doubt enraged, ships of Syndic Force Alpha had piled on speed, edging past .2 light on an intercept course curving to meet up with Task Force Furious just short of the orbiting shipyards around the fourth planet. “What do think their odds are of getting hits on Furious at that speed?”

“With inexperienced crews and combat systems still aligning themselves? As close to zero as makes no difference,” Desjani stated. “They’ll need to slow to engagement speed, and if they slow, they won’t make that intercept point.”

Desjani’s assessment matched his own. Geary nodded, then frowned, once again bothered by the thought that he was missing something. But whatever it was stayed hidden in the back of his mind, refusing to come forward, so Geary finally tried thinking of other things in the hope that would help. It didn’t.

FIVE hours out from the hypernet gate, Geary frowned again. Syndic Force Alpha, the Training Flotilla, had kept accelerating to .25 light and adjusted its track slightly to cross the path of Task Force Furious before the Alliance ships reached the fourth planet. “Why do I get the feeling they’re not planning on slowing down to engage Task Force Furious?”

Desjani seemed puzzled as well. “I don’t see how many hits they can hope to achieve at that speed.

There’s no point in any intercept that isn’t a threat. If Cresida’s ships do any evasive maneuvers at all, they’ll totally throw off firing solutions on the Syndic ships, and relativistic distortion will keep the Syndics from even seeing exactly what the Alliance ships are doing. Surely even if the commanders in the Syndic ships don’t realize that, the more senior Syndic commanders on the planets do. They’ve had plenty of time to tell Force Alpha to do something different, but that hasn’t happened.”

“Why would they do something that will almost eliminate their chances of hitting our ships?” Geary wondered out loud. “Why would their superiors agree to it?”

He’d forgotten Co-President Rione was once again in the bridge’s observer seat. Now her voice sounded like that of a teacher instructing a dull student. “Perhaps you

should stop assuming you know their intentions.”

Geary turned to look at Rione. “What do you mean?”

“I mean that you keep talking about what the Syndics must do to hit your ships. What if hitting your ships isn’t the Syndics’ priority?”

Desjani, looking reluctant to agree with Rione, clenched one fist. “If they can’t hit us, that also means the same relativistic factors will keep us from being able to target them well. They’re minimizing their chances of getting hit again.”

Survival was the Syndic priority? But why? “What would be the point of keeping that formation as intact as possible while letting us run amok?”

“They expect something to change the odds,” Desjani stated slowly.

Geary gritted his teeth. He and Desjani had been assuming they knew the Syndic intentions and then trying to make Syndic actions match those assumptions. The enemy’s real intentions were obvious now that Rione had focused them back on what the Syndics were actually doing. “Do they expect more reinforcements?”

“It’s unlikely but possible that a courier might have gated out without being spotted,” Desjani agreed.

“But even if they had done that, they couldn’t possibly be expecting a reply already. We’d have to assume the Syndics had accurately guessed we were coming to Sancere.”

“That doesn’t match what we found here,” Rione objected, again surprising Geary. “Everything reflected surprise at our arrival. That could be a very elaborate trick to lull us into overconfidence, but surely the Syndics wouldn’t have avoided placing minefields at the jump exit if they believed we were coming to Sancere.”

“You’re both right,” Geary agreed. “Which would mean the intercept apparently aimed at Task Force Furious is just a feint, trying to throw off Furious’s charge. That matches what the Syndics are doing.

Let’s assume no big reinforcements are coming within the next few days. What else could change the odds enough to make force preservation the primary goal of that Syndic flotilla?” Something big. That went without saying. Something big enough to drastically alter the balance of forces in this star system.

Geary looked at the representation of Syndic Force Bravo on his display. “Force Alpha is moving so fast we can’t hit them, but Force Bravo is just sitting there near the hypernet gate, maintaining a fixed station, even though it’s obvious that’s our objective.”

Desjani shook her head. “They must be planning on accelerating away soon. Just sitting there waiting for us is nothing but suicide.”

“Yet they’ve clearly been told to do that. Just like the other formation has been told to avoid losing ships.” Geary fiddled with the display, changing his perspective to view the Syndic formation from different angles. “What’s the latest on estimated



damage to the Syndic ships in Force Bravo?”

“They’ve all got some damage, but two of the battleships and three of the battle cruisers are so beat up that they’ve probably got minimum combat capability,” Desjani replied.

Geary highlighted the most heavily damaged Syndic ships. All five were in the center of the Syndic formation, which in turn seemed to be centered on the hypernet gate. “Standard tactics, as I understand them, have been to charge straight for the enemy, right?”

Desjani nodded.

“Why put their weakest units there, then? Why not tell them to run for open space? All they can accomplish in that station is absorbing shots from us.”

Captain Desjani considered the display, her eyes narrowing in thought. “I can think of three possible reasons. One would be simple stupidity if their commander is incompetent. Another would be that the five heavily damaged ships are intended as bait. A third would be that for some reason the most capable ships are needed on the outside of the formation.”

“I don’t want to assume incompetence at this point. That could make us too confident. Besides, why wouldn’t the Syndics have given coordinated orders to the two formations? It isn’t like the Syndics to let commanders operate independently.”

Desjani nodded.

Geary felt a sudden knot in his stomach. “I think your reasons two and three are both right.” He pointed.

“We’re expected to charge straight for the center of the formation, like Alliance forces usually do, and the most badly damaged enemies are there waiting for us to finish them off. Bait, as you said.” He remembered watching his fleet fall apart at Corvus, where every ship had been scrambling to get in on a few kills of hopelessly outnumbered light Syndic warships. Syndic commanders who expected that kind of behavior would know what a lure those damaged ships would be to Alliance commanders seeking quick and easy kills. “And when we get close enough, these units,” he indicated those on the outside of the formation, “with the best weapons capability, go after the gate itself. They want to sucker us in close, then destroy the gate and hope the resulting energy discharge is big enough to hurt a lot of our ships.”

A moment of silence passed as Desjani considered his idea, then she rapped one fist on the arm of her command seat. “I think you’re right, sir. If the main fleet got hurt badly enough at the hypernet gate, that changes the odds in the system, and Task Force Furious might find itself the only organized Alliance fighting force in Sancere.”

Geary checked some ship statistics. “And even with the damage Task Force Furious did to Syndic Force Alpha, the Syndic flotilla still slightly outguns the task

force. That's why they're trying to avoid further losses. So that they'll be in a superior position if their plan at the gate works."

"If the gate failure energy release is bad enough to hurt us," Desjani noted, "then it'll be bad enough to wipe out the Syndic ships there as well."

"Yeah." Trade a dozen big warships, about half very badly damaged, for three, four, or five times that many Alliance capital ships and who knew how many lighter combatants. To the bean counting minds of the Syndicate Worlds leadership, that probably looked like a very good business deal, especially since it might force the surviving Alliance ships to flee and leave a lot of the still-surviving installations in the Sancere Star System intact. "I wonder if the crews of those ships know?"

"I doubt it."

"Me, too." Geary played with his controls for a moment, then decisively punched one. "Syndicate Worlds warships at the Sancere Star System hypernet gate, this is Captain Geary, commander of the Alliance fleet in Sancere Star System. Be advised that the energy discharge as a result of destroying the hypernet gate is very likely to be so severe as to wipe out every ship nearby." He paused, wondering if he should mention the danger destruction of the gate might pose to the planets in the system and even the planets in surrounding star systems. But, no, if the Syndic leaders hadn't already figured that out, there was no way Geary wanted to be the one to tell them. "You face impossible odds. Your ships already bear substantial damage from earlier battles. There is no dishonor in surrender. You have my word that any personnel who surrender will be treated humanely in accordance with the laws of war."

Co-President Rione spoke again, her voice flat. "I hope you're not holding your breath waiting for them to surrender."

"No," Geary answered. "But there's a chance, and it'd make life a lot easier for us if they did."

"Don't assume the crews of those ships control their own fates," Rione added.

Geary gave Desjani a questioning look. She seemed to not understand the co-president's statement as well. "What do you mean?"

"I mean," Rione stated, her voice grim now, "that we believe the Syndics may have a remote command override on their ships, which would allow a Syndic CEO the means to input orders directly to the combat and maneuvering systems of ships, bypassing the crews."

"I'd heard rumors of that sort of thing," Desjani noted, "but nothing official."

Rione nodded to her. "Consider this an official confirmation. We don't know this is true for certain, but there's classified evidence available to support it. It's a sort of doomsday option for a Syndic CEO, rarely employed because if it was used often enough, we could detect and analyze the signals, then use the same override against them."

Geary felt a pain in his head and tried to push it away with his fingers against his forehead.

“Unbelievable.” All right. Assume that’s the case, that those crews are about to be deliberately sacrificed to lure us in and even if they try to do something about it won’t be able to stop it. That means they won’t be able to stop their ships from attacking the gate tethers. But this doomsday override can’t be flexible if it tells ships exactly what to do. “If we know what the Syndics probably intend, then we can predict what orders those ships will execute.”

Desjani’s bared her teeth. “Which means we’ll know where they’re going to be.”

“Right.” Geary called up the weapons employment system and began entering assumptions. If the Syndic ships in the best shape were ordered to destroy the gate tethers, and the destruction of the gate was supposed to be timed to catch the Alliance fleet as close to the hypernet gate as possible, where would those Syndic ships go and when would they go there? The system cranked through the math and within a second projected courses and times flashed up on the display. “We can target them. Send kinetic rounds to intercept the predicted courses, kinetic rounds heavy enough to punch through their shields and take out the ships.”

Rione was frowning. “I don’t understand. You don’t normally employ such weapons against other ships.”

“No, because the ships would just see them coming and dodge.” Geary pointed. “But if the ships have been locked onto a certain trajectory and the crews can’t override those instructions, if the doomsday override doesn’t allow for enough maneuvering flexibility, we might be able to nail a few.”

“I see.” Rione nodded. “This is the only way to keep them from destroying the gate before we get to it, isn’t it?”

Geary glanced at Desjani, who nodded as well. “I think so. It’s a chance, anyway. Captain Desjani, have your weapons specialists double-check my work and set up the engagement. I want the kinetic rounds to fire automatically at the optimum point, giving us a one-minute heads-up and countdown.”

“No problem, sir.” Desjani pointed at the appropriate watch-stander, who bent to his task.

THE wave of destruction from the Alliance kinetic bombardment arrived at and swept over first the fourth planet and then, about an hour later, the third. Gazing at the highly magnified views, Geary could see explosions rippling in series across the worlds and installations orbiting them. The under-construction warships blew apart under the impacts, pieces hurled away to spin into space or get caught in the gravity well of the fourth world to tumble to their destruction. Syndic command and control centers on the planets vanished in intense flashes of light followed by towering mushroom clouds fountaining skyward.

On the night-covered portions of the worlds that were visible, flickering lights from impacts rolled across the darkened surfaces in a show that would've been beautiful if it hadn't represented so much destruction.

Next to the images, Dauntless's combat systems maintained a tally of results updating so rapidly it was hard to read at times. Irritated and not sure what the escalating numbers were telling him, Geary switched the display to tell him how many targets remained active. Now the tally scrolled rapidly downward.

Communications hubs. Spaceports. Major airfields. Military bases. Antiorbital defenses. Military-related industrial facilities. Stockpiles of ammunition, spare parts, and equipment. Research facilities. In orbit, graceful arrays of satellites and facilities blew apart under impacts, changing into slowly spreading masses of fragments far above the atmosphere. Beneath that cocoon of wreckage, the rain of metal projectiles fell across the two worlds, leaving tangled debris and craters in its wake.

All of the numbers for targeted installations ran down to zero. "Like shooting fish in a barrel," Geary observed.

"More like dropping bombs into barrels full of fish," Desjani remarked. She seemed as cheerful as usual when watching destruction being worked on Syndic targets.

"There was plenty of time for the Syndics to evacuate every one of those targets," Rione observed. "Do we know if they did?"

Desjani shrugged. "Madam Co-President, even Dauntless can't track that many human targets moving that far away beneath atmospheres or behind planets. We did see signs of evacuations under way, but if you're asking whether some Syndics died in that bombardment, I frankly can't tell you."

"You spared some of the raw materials stockpiles," Rione observed.

Geary nodded. "And some orbital facilities. We needed to leave the Syndics something to give us. Or rather for us to take. Since negotiations haven't worked well in the past, I'm planning on just sending in forces to grab what we want."

Rione gazed at Geary for a moment before answering. "That's probably a wise move."

He realized belatedly that his last statement could have been interpreted wrongly. "I don't blame you at all for the Syndic failure to abide by agreements. My decision was totally based on how untrustworthy the Syndics have proven."

Rione nodded. "Thank you, though like you, I hold myself accountable even for those things outside my power to control."

The statement sounded like a compliment. Geary wondered why Rione had suddenly said something to him that at least sounded nice.

"In any event," Rione continued, "I thank you for sparing civilian targets, Captain Geary."

“You’re welcome.”

“Captain Geary,” a watch-stander announced. “Syndic Force Alpha is about to cross the projected track of Task Force Furious.”

Which actually meant that the event had taken place some hours ago, the same as the bombardment of worlds that they had just witnessed. Geary focused his display there, seeing the arcing track of Task Force Furious curving toward the fourth world, the slightly flatter arc of the Syndic flotilla’s trajectory crossing it almost a light-minute ahead of where Task Force Furious had been. “You don’t think they tried to drop mines along that track, do you?”

Desjani shrugged again. “They might have tried. Surely Commander Cresida would have prepared for that.”

She apparently had. Even before the Syndic force actually crossed the track of Task Force Furious, they could see the Alliance formation altering course, swinging farther and farther to the side. “Where the hell is she going now?” Geary wondered.

This time Desjani grinned. “Captain Geary, when you let loose a weapon like Commander Cresida and tell her to seek her own targets, you have to be prepared for some unexpected decisions.”

Geary couldn’t help laughing. “I guess since I have no idea what she’s doing next, there’s no possibility of the Syndics anticipating her moves, either.”

Velocity and momentum carried Task Force Furious a long ways in the same direction it had been going, but its course kept diverging from the original projection. By the time it reached the region where the Syndic flotilla had crossed its track, Task Force Furious was several light-seconds away from where it would have been on that original course. “If the Syndics dropped mines, they were wasted,” Desjani observed. “The region of space they would’ve had to cover is too huge.”

Task Force Furious kept turning, now also diving below the plane of the system, forming a huge spiral as its ships came around through a full circle, only steadying up again when the task force was headed for the almost-completed Syndic battleship and battle cruiser that had been towed away from the orbital bombardment. Far beyond, Syndic Force Alpha was still charging across the Sancere Star System, putting tremendous distance between itself and the Alliance task force.

One half hour later, Geary watched as Task Force Furious swept by the already battered shipyards, taking out some unstruck targets with precision hell-lance fire. Ten minutes after that, as the Syndic tugs dropped their lines and ran frantically for safety, Task Force Furious tore apart the under-construction battleship and battle cruiser that the tugs had tried to save, the lightest units in the task force swinging farther out to blow apart the fleeing tugs as easily as if they were swatting flies.

Geary tore his attention away from Cresida’s task force, knowing that whatever it did now was irrelevant to the ultimate outcome of the battle for Sancere system. That

rested ahead of them, where Syndic Force Bravo still waited, unmoving, near the hypernet gate.

One and a half hours until contact, assuming the Syndics didn't stage a last minute charge and close the distance more rapidly.

Less than two hours, almost certainly, before everyone in the Sancere Star System discovered what happened when a hypernet gate was destroyed.

"Captain Desjani," Geary asked, "why hasn't anyone tried to destroy a hypernet gate before this? I know from the records of the war I've reviewed that star systems near enemy territory that contain gates have been attacked and captured. Why haven't the gates in those systems been destroyed?"

Desjani appeared surprised by the question. "The enemy couldn't use a friendly gate. This is the first time an enemy force has had a key to the other side's hypernet."

"Yes, but the enemy could still use their own gate to send in reinforcements quickly or mount a counterattack aimed at retaking the system."

"Yes, sir." Desjani seemed to think that didn't require explanation.

The reason dawned on Geary. He hadn't been thinking like these modern fighters. "You want the enemy forces to show up."

"Of course, Captain Geary. The point of offensive actions is to engage and destroy the enemy," Desjani explained as if discussing something everyone knew. "Anything that makes it easier for enemy forces to arrive for combat furthers the goal of bringing the enemy to battle. A functioning enemy gate offers a guaranteed battlefield."

"Of course." Strip war down to its most basic element, and that was it. Kill the enemy. Looked at that way, it made perfect sense to leave the enemy hypernet gate intact, because that meant more enemies could be counted upon to arrive, and then you could try to kill them. Thanks to that functioning hypernet gate, the enemy would be reinforcing faster than you, but that just meant more targets. No wonder they've taken such losses. It's not just the loss of battle-fighting expertise, it's an attitude that places killing above winning. They'd forgotten that winning smart can kill more enemies than slugging it out toe-to-toe.

Geary studied his fleet formation for perhaps the one hundredth time in the last few hours. How did you best deal with a massively outnumbered enemy force that wanted your fleet to get close? He kept coming up with the same answer, even though it wasn't foolproof. "We'll have to split the fleet formation."

Desjani nodded, betraying no concern.

Geary made a decision, knowing he could otherwise spend endless time debating with himself because there wasn't any single obviously right way to do this. He worked the controls, setting up formations that broke the main body of the fleet into six sections, each composed of a mix of capital ships and escorts.

“Six?” Desjani asked, finally surprised.

“Yes. I want to avoid giving the Syndics the concentrated target they want. I also want to be able to employ our firepower against them, which I can’t if we’re in formations so much larger than our targets that a lot of our units are out of contact.” Geary hesitated, then mashed the control sending the orders to the fleet. “All units in the Alliance fleet, this is Captain Geary. New formation assignments are en route to your units. Formation execution will be at time two zero. I intend having each formation conducting passes against Syndic Force Bravo until it either flees the area of the hypernet gate or is destroyed.”

Desjani studied the information on her own display, eyes narrowed in thought. “Six formations. Each swinging past the Syndics in turn before arching out and coming around again. Like a huge wheel. We’ll simply pound them to pieces if they don’t move.”

“That’s the idea,” Geary agreed.

“You’ve put Dauntless back in Formation Delta,” Desjani observed.

“Yes.” He could tell Desjani was a bit miffed about that, about being fourth in line. “I think the Syndics are going to hold out for the first three passes. By the time the fourth formation approaches, which will be Delta, I believe they’ll do something. I want to have Dauntless there when they do.” Desjani smiled, as did the watchstanders on the bridge. Geary felt slightly guilty, knowing he’d also held Dauntless back because of the likelihood that the Syndics wouldn’t survive the first three formation passes and he was duty-bound to get Dauntless and the Syndic hypernet key safely home to Alliance space. Odds were that Dauntless would only be sweeping up the remnants of the Syndics.

Unless things went very badly and the Syndics started taking down that hypernet gate. In which case, key on board or not, Geary knew he had to be close to the scene.

“Kinetic rounds inbound,” the weapons watch announced in an almost bored voice. They’d already easily dodged a half-dozen attempts to target them, seeing the rounds approaching from such a long distance that the tiniest course correction or change in speed guaranteed a miss. “Origin from hypernet gate defenses.”

“We’ll give them something to worry about soon enough,” Desjani observed gleefully.

Geary briefly wondered what Captain Desjani would do for fun if the war somehow ended, and smashing Syndics was no longer an acceptable way to pass the time.

Dauntless’s maneuvering systems kicked in at time two zero, shoving her mass down and over to the place where she’d wait for the rest of Formation Delta to form around her. All around Dauntless the other ships of the fleet broke from the positions they’d held, as if an incredibly huge machine had just disassembled itself into

component parts. The parts swung through space, weaving intricate patterns as they headed for new positions, the massive machine reassembling itself into six new machines, each a smaller version of the big machine they'd all once made up.

It took time for all of those ships to move across those distances, forming up so that the last formation in line was several light-minutes behind the first. The reassembly hadn't quite finished when the weapons watch called out again. "Weapons system recommends launching kinetic rounds at Syndic Force Bravo in one minute."

Geary nodded. "Do it."

Geary's rearrangement of the ships in the fleet had required the weapons system to rethink which ship should launch projectiles at what, but that required much less than a second of calculations. At exactly the optimum time, ships began automatically firing the barrage at the Syndic defenders of the hypernet gate.

Only three light-minutes still separated the leading Alliance ships from the Syndic defenders of the hypernet gate. At a velocity of .1 light, that meant thirty minutes, perhaps the longest half hour Geary thought he would ever experience. Talk about relativistic distortion. Time itself seemed to have slowed to a crawl.

"Syndic defenders conducting evasive maneuvers to dodge incoming kinetic rounds," the weapons watch reported. "Systems report four of the Syndic battleships are changing their positions along predicted tracks."

"They're doing it," Desjani murmured. "Just like you thought, Captain Geary."

"Let's see if they've got enough control of their ships to dodge," he cautioned, feeling his guts tightening.

"Formation Alpha commencing firing pass on Syndic defenders. Syndic forces are firing."

Geary centered his display on the action. Alliance destroyers and light cruisers swept in on either side, hammering the defensive units near the gate. With powerful shields, the units managed to shrug off the fire of the lighter units, but then heavy cruisers came past, tossing grapeshot out in tight firing patterns and following with barrages from their hell-lance batteries. The metal ball bearings of the grapeshot hit the weakened defensive shields, vaporizing on impact; then the charged particle spears fired by the hell-lance batteries ripped on through. Defensive unit after defensive unit reeled under hits, blown out of position and knocked out of action by impacts.

Meanwhile, the big warships in the center of Alliance Formation Alpha tore past the center of Syndic Force Bravo, the heavily damaged enemy battleships and battle cruisers still holding station opposite the center of the gate. The Alliance battleships Fearless, Resolution, Redoubtable, and Warspite hammered the hapless Syndics as they each passed closest to the enemy. The battleships had chosen to hold off firing



grapeshot or specter missiles, depending instead on the massive hell-lance batteries they carried.

Weak Syndic defensive fire glanced harmlessly from the battleships' powerful shields, while volleys from the Alliance ships tore into the already battered Syndics. First one battleship blew up, then another, then two battle cruisers, leaving a single crippled battle cruiser holding the center of the Syndic formation.

Geary watched, rubbing his chin, waiting for what he thought was the inevitable Syndic reaction.

Another cheer broke his focus on the center of the Syndic formation. Geary swung his gaze over and saw one of the Syndic battleships that had been in good shape had taken a heavy kinetic round amidships and was reeling off at an angle. Moments later a Syndic battle cruiser took another hit, shattering its forward section and sending it tumbling. The Syndic automated control systems had indeed left the crews no way to dodge an incoming round.

To Geary's surprise, Desjani wasn't cheering. She looked angry, her face reddening. "They ought to be allowed to fight back," she muttered. Suddenly aware of Geary's eyes on her, Desjani shrugged in an embarrassed way. "As you said, sir, it's not right if it's just murder. Even if they are Syndics."

He nodded. "We've got three more battleships to worry about as well as two battle cruisers capable of fighting."

As Alliance fleet Formation Bravo lunged forward, the escorts from the Syndic flotilla leaped out to meet them. Geary held his breath, watching five heavy cruisers, a light cruiser, and nine Hunter-Killers charging straight at an Alliance formation holding four battle cruisers led by Captain Duellos in *Courageous*. With him was *Formidable*, *Intrepid*, and *Renown*, surrounded by ten heavy cruisers, six light cruisers, and a dozen destroyers. Still, Geary watched with concern, knowing the Syndics had enough firepower to cost him some ships if Duellos bungled it. Geary felt an almost overwhelming desire to punch his communications controls and tell Duellos what to do. But he was almost a couple of light-minutes from the unfolding battle, and those two minutes of time delay in his picture of events could prove critical. On top of that, of all his subordinates, he trusted Duellos, Desjani, and Cresida the most. I need to keep my hands off the communications controls. I need to let good people do their jobs.

Duelos justified that trust. As the Syndics curved down toward his formation, Duellos rotated it upward so that the firepower of every ship could focus on the area the Syndics were approaching. Minutes before contact, the Alliance destroyers and light cruisers accelerated forward as well, racing up and inward to rake the flanks of the Syndic attackers. HuKs flared and broke under the concentrated fire, then the heavy cruisers ran head-on into a carefully timed barrage of specter missiles,

followed by grapeshot and hell lances. The leading three cruisers came apart, a fourth staggered and rolled away with some Alliance cruisers heading in pursuit, and the fifth tried to dive off in the opposite direction but ran into four Alliance cruisers that bracketed it and overwhelmed its shields on three sides simultaneously. As the wreckage of the fifth Syndic heavy cruiser tumbled off through space, the surviving Syndic light cruiser attempted to ram Courageous but disintegrated under the fire of all four Alliance battle cruisers.

“Very brave,” Desjani murmured, acknowledging the doomed charge of the light cruiser.

Alliance Formation Bravo swept on up and outward. Geary, admiring how well Duellos had dealt with the attack, saw the surviving Syndic capital ships taking up positions around the hypernet gate and clenched his fists in frustration. The suicidal attack had done exactly what it needed to do, buying time for the other Syndic warships to prepare to destroy the gate.

“Formation Gamma, Captain Tulev, ignore the battle cruiser in the center of the gate. Hit the Syndic ships around the rim of the gate.”

“Tulev, aye.” He didn’t sound nervous, but solid Tulev never did. Geary watched as Tulev altered the track of Formation Gamma, taking his battle cruisers toward the area where two of the surviving battleships were braking to glide slowly past sections of the hundreds of tethers holding the hypernet gate particle matrix in place. The heavy cruisers attached to Formation Gamma arrowed away, heading for the crippled Syndic battle cruiser opposite the center of the gate, while Tulev’s Leviathan, along with her divisional sisters Dragon, Steadfast, and Valiant, swung up toward the two battleships.

Geary cast a grim eye on the last two unengaged Syndic capital ships, a battleship and a battle cruiser.

He couldn’t fault Tulev’s decision. Splitting the Alliance battle cruisers in Tulev’s formation would have left even odds facing the Syndics, which very likely wouldn’t have been enough to stop the enemy ships.

“Formation Delta. Dauntless and Daring will engage the Syndic battleship at ten degrees to port and six seven degrees up from Dauntless. Terrible and Victorious will engage the Syndic battle cruiser at one five degrees to port and four one degrees up from Dauntless. Heavy cruisers accompany Dauntless and Daring. Light cruisers and destroyers accompany Terrible and Victorious. All units, come to new course up five zero degrees at time zero zero.”

Geary leaned toward Captain Desjani. “We need a quick kill.”

She nodded. “You’ll have one, sir.”

Tulev’s ships were still short of engagement range when the weapons watch called out the words Geary had been dreading hearing. “The surviving Syndic ships

have opened fire on the hypernet gate tethers.”

## SEVEN

GEARY stared at his display, watching the tethers blossom and shatter under the blows of the Syndic weapons. “How much damage can the gate take before it starts collapsing?”

“Uncertain, sir. We’ll be able to tell when failure begins, but we won’t know we’re there until it starts happening.”

Geary barely managed to keep from yelling at everyone on the bridge. Next time you want to build something this dangerous, take some time to try to understand it first! But he knew that wasn’t fair.

Under the pressure of the war, with the enemy also in possession of the hypernet technology, both sides had lacked the luxury of time to figure out the theory behind the technology.

He couldn’t believe how quickly tethers were being destroyed. The Syndic ships were ignoring Tulev’s oncoming attack, probably still fully under the control of their automated programs, fixed on trying to destroy the gate no matter the cost.

The cost came first for the last crippled battle cruiser in the center as a weak forward shield collapsed, leaving the hull open to bombardment by the hell lances on the four heavy cruisers. The battle cruiser shuddered under the barrage, falling off and down, all systems apparently dead.

Minutes later Tulev’s battle cruisers climbed past the two Syndic battleships, making a dangerously close pass. The first battleship took the full brunt of a volley of specters that even its shields couldn’t withstand, then fell apart as grapeshot tore through it. The second battleship managed to hold up briefly under the concentrated fire of the hell lances of four Alliance battle cruisers, then blew up as its shields collapsed and the lances ripped it open.

Tulev’s ships were curving up and over, away from the hypernet gate again, as Geary led Formation Delta up at the last two Syndic ships.

Terrible and Victorious reached their slightly closer target first. The light cruisers and destroyers with them, knowing the Syndic weapons were focused entirely on destroying the gate tethers, slashed past the Syndic battle cruiser at insanely close distances, unleashing weapons as they went. A battle cruiser’s shields weren’t the equal of a battleship’s, and at extremely close range even the light Alliance warships pounded the shields dangerously low.

Behind the light units came Terrible and Victorious. Volleys of grapeshot from both ships finally crashed the Syndic battle cruiser’s shields, then the hell lances did their deadly work, leaving a broken wreck in their wake.

Geary’s eyes kept switching from the status of the gate to the shape of the Syndic battleship ahead.

“Gate status. Give me a guess.”

The watch hesitated just a moment. “I think it’s going, sir,” he reported in a voice higher-pitched by stress. “I think we’re too late.”

Geary’s hand triggered the communications switch. “All units in the Alliance fleet with the exception of Dauntless, Daring, and Cruiser Division Four, this is Captain Geary. You are to accelerate away from the hypernet gate at best possible speed. Reinforce shields facing the gate. We estimate the gate is collapsing and may produce a very powerful burst of energy. Dauntless and the units with her will destroy the remaining Syndic ship, attempt to stabilize the gate, and if that fails, try to reduce the intensity of the energy burst by further selective destruction of gate tethers. I repeat, all units other than Dauntless, Daring, and the heavy cruisers of Division Four are to accelerate away from the hypernet gate at best speed.”

He’d barely finished speaking when the heavy cruisers got within range of the Syndic battleship and began pummeling it, throwing out every weapon they had. The battleship’s shields held, of course, but shivered under the blows.

Desjani spoke calmly. “Daring, this is Dauntless. Closing to hell-lance range in conjunction with maximum volley of grapeshot.”

“Dauntless, this is Daring. Aye. Right beside you.”

Geary couldn’t know whether the Syndic battleship had been released from its automated control now that the gate seemed to be collapsing, or if the crew had managed to override the controls on some of its weapons, but fire suddenly lashed out at the heavy cruisers. Two of them reeled away from the hammer blows of the Syndic battleship’s massive main hell-lance batteries, damaged enough to be out of the battle. A third cruiser arced up and back, curving away from contact. The fourth, Diamond, spun sideways and rolled in an attempt to confuse the Syndic aim and kept firing.

The grapeshot from Dauntless and Daring hit the Syndic battleship’s shields, setting off a riot of flashing lights as the shot converted its energy to heat and light. In a few places, the shields thinned enough for grape to get through and flare against the hull. Moments later, before the shields of the battleship could recover, hell-lance fire from Dauntless on one side and Daring on the other pounded into them. The battleship trembled as the charged particles ripped through its armor and on into its crew and vital systems. “Specters,” Desjani rapped. “Full volley.”

Six missiles shot from Dauntless, taking just a moment to lock onto the Syndic battleship and accelerate straight into the stricken warship. Massive explosions bloomed and what was now nothing more than a derelict staggered away from the position it had held near the gate.

“They never stood a chance, being at almost dead stop,” Desjani stated, shaking her head.

“The gate is definitely collapsing,” the watch-stander monitoring it called out, his voice carrying a trace of fear now.

Geary entered a code and punched activate, calling up the program Commander Cresida had developed.

Ancestors, please let this work. It wants me to slave available warships to the program. Fine. Do it. I wish I had more than three right here, but how many do I need? The last two formations have already turned in accordance with my earlier order and are heading away. “Dauntless, Daring, Diamond, this is Captain Geary. Your combat systems are being put under control of a program designed to try to control the collapse of the hypernet gate. Effective now.” He punched in the authorization, pondering the irony of doing the same thing to his ships that the Syndic commanders had done to their Force Bravo flotilla. But then he was doing this to try to stop massive destruction, not to cause it, and if his commanders wanted to, they could override the program at any time.

Almost immediately Geary could feel Dauntless pivot and begin braking at maximum thrust to slow its movement across the hypernet gate. He could see Daring and Diamond also straining to kill their velocity and assume positions near the gate.

Geary looked up at the visual display, in which the hypernet gate now loomed. He had seen only one other hypernet gate, and that only for a few moments. Admiral Bloch had been eager to show it off to Geary, but Geary had still been half-dead from his extended survival sleep and the psychic shock of awakening a century in the future and therefore hadn't paid much attention. He vaguely remembered a shimmering in space, as if something wasn't quite right inside the gate.

Now he stared at something different. The destruction wrought by the Syndic ships had been limited by their losses, but it had clearly been too much for the particle matrix suspended between the tethers. The shimmering was gone, replaced by a waviness that rippled across space itself like spasms on the hide of some impossibly vast creature.

“Captain Geary,” Desjani spoke as if discussing routine maneuvers, “the gate neutralization program is projecting positions for all three ships.”

“Any problems with it?” Geary asked Desjani.

She shook her head. “We're already committed to the maneuver, sir.”

Geary watched the image of the gate slide past Dauntless, the hypernet gate's size dwarfing even the Alliance battle cruiser. On his display, he could see Daring and Diamond also taking up positions called for by the program.

“Program reports gate collapse analysis complete,” the weapons watch reported in a slightly baffled voice. “Stabilization impossible. Initiating destructive neutralization sequence.”

Apparently that meant it was opening fire. The hell lances on all three ships

hurled their charges at tethers spaced around the gate, taking them out in a pattern Geary couldn't understand. He found his eyes fixed on the gate itself again, appalled but unable to look away from the tortured death of the particle matrix bound within the gate.

The image of space through the gate now twisted and rolled as if reality itself were being bent. Something in the back of Geary's brain recoiled from the sight, repulsed by a vision that stripped bare the illusion of solidity which the universe normally held for human eyes. Inside the matrix of the gate, the fundamental nature of matter was being warped, and in the process literally unimaginable amounts of energy were being called into existence.

The hell lances on the Dauntless kept firing in apparently random sequences, vaporizing tethers singly and in groups. Daring had moved above and to port of Dauntless, and Diamond below and also to port, both of them firing their weapons as well under the coordination of the same program. It was impossible for Geary to tell from the visual display if the program was working or not. "What are the energy readings in that gate like?" he asked, his near whisper carrying clearly across the otherwise silent bridge.

"Rocketing all over the place, off the chart and then nothing, and then incredibly high again," the sensors watch reported, her voice strained by disbelief. "The changes are happening instantaneously. A lot of what's going on in that gate seems to be occurring in ways our instruments can't measure."

"Captain Geary, this is Diamond. What the hell is going on, sir?" The message was torn by some kind of static but still understandable.

Geary reached to push his controls without taking his eyes off the visual display. "Diamond, this is Geary.

We're trying to leash a monster before it destroys everything in this star system. Make sure your forward shields are set to maintain at maximum. Daring, that goes for you, too. Do not, repeat, do not interfere with the firing pattern of your weapons."

A strange sort of humming seemed to be filling the air, a resonance traveling through everything near the gate. Geary felt it inside himself. He could hear someone whispering a prayer and didn't call for silence.

The vision through the gate had twisted some more, into something almost impossible to look at because of the way his brain reacted to the sight. The maw of the monster. The mythical beast that eats ships, leaving no trace of them in space. I've finally seen it. By the living stars, I pray I never see it again.

A very low voice sounded near him. Co-President Rione, her tone reflecting the same awe and terror that Geary and everyone else must be feeling. "Captain Geary. Thank you for trying."

"We haven't failed yet," he managed to reply.

“Captain Desjani,” the weapons watch called, his voice sounding too loud and with an undertone of panic. “Hell-lance batteries two alpha, four alpha, and five beta report overheating from the constant firing.”

“Conduct emergency heat dumps,” Desjani replied, her voice steady. “We have Captain Geary aboard, ladies and gentlemen. We won’t fail him or the rest of the fleet counting on us.”

Even through his fear Geary felt a rush of gratification at her words and admiration for Desjani’s ability to project control even in the face of what was happening inside the gate.

The strange humming had grown to a moan running through and tearing at everything. Geary felt the sort of strange instability that came with being very drunk and realized his nervous system was being pummeled by whatever was happening inside the gate. He hoped that Dauntless’s electrical systems were better shielded than his own body was at the moment.

“Captain Geary, this is Diamond. Experiencing secondary system failures. Primary systems remain operational on backup circuits. We’ve lost one hell-lance battery to overheating. Holding position.”

“This is Daring. We’re suffering the same. Remaining on station and continuing to fire.”

“Captain Desjani, failures to secondary systems throughout the hull, hell-lance battery two alpha nonoperational due to overheating.”

“Very well,” Desjani replied in the same steady voice. “Hold station. Continue firing.”

Geary had been proud to command this fleet when he wasn’t feeling overwhelmed by the responsibility.

But now he felt such a strong sense of honor in commanding ships and sailors like this that he had to fight back tears. “Damn, you’re all good,” he stated roughly. “May the living stars reward such courage.”

“This is Diamond. My weapons have stopped firing. All combat systems nonoperational. Request further instructions.”

Geary slammed his hand onto the control. “Withdraw, Diamond. Maximum acceleration. Keep your shields facing the gate as strong as possible.”

“Diamond, aye. Unable to comply. Inertial compensators are still working but main maneuvering controls have just failed. Looks like we’re staying at the mouth of hell with you.”

“I couldn’t ask for better company there than you, Daring and Dauntless,” Geary replied. “Captain Duellos, if Dauntless is destroyed, you are to assume command of the fleet by my order.”

It would be a while before Duellos heard that order, assuming the strange static



emanating from the gate didn't mask it completely at a distance. Geary took a deep breath. "How much longer can we hold out, Captain Desjani?"

"No telling, sir," she stated in a soft but firm voice that left Geary marveling at Desjani's self-control. "The ship is undergoing a unique set of stresses."

The pace of firing from the hell-lance batteries had finally slowed, with pauses of varying length occurring before the firing program ordered new shots to blow apart more tethers at locations all around the gate.

The hell mouth inside the gate was fluctuating wildly, one moment swelling as if to burst the bounds of the gate and the next dwindling to a point almost too small to see.

Geary felt his body pulsing in time, wondering how long humans could endure whatever was happening to the structure of reality in this part of space.

The hell mouth shrank into nothingness in the blink of an eye, vanishing from sight. "What—?"

Geary's question was cut off as a shock wave hit the Dauntless, traveling so fast that there'd been no warning time this close to the gate. He'd seen time-lapse images of the shock wave from a nova, and this seemed like that, though happening in real time the event was so fast his senses didn't really register it.

Dauntless shuddered under the impact, the inertial compensators whining as they dampened the effects of the force.

"Forward shields being reinforced." The lights overhead dimmed. "All nonessential power being diverted to forward shields."

It ended as fast as it had come. Geary blinked at the visual display, which showed nothing but normal space. The remaining gate tethers had been vaporized by the energy release from the gate collapse.

"Diamond! Daring! Report your status!"

"Sir, communications are down. Systems being restored now. You have communications, sir."

Geary punched the control again. "Diamond and Daring, request your status."

The delay was agonizing, but a reply finally came. "This is Daring. A lot of equipment is off-line, but we haven't taken serious damage. Estimate we can restore full capability given time. We'll have a time guesstimate for repairs for you as soon as possible."

"This is Diamond. We should be able to get moving again, though it will take a minimum of several hours and possibly much longer. We've lost a lot of vital systems. Diamond is in nonoperational status for an indefinite period."

Geary let out a breath he hadn't known he was holding. "Daring, remain with Diamond. Captain Tyrosian, designate one of your auxiliaries to close on Diamond and render assistance." Geary checked the system display, stunned to realize that the

shock wave they'd ridden out was only now hitting the next-closest Alliance ships. "How much was that? Not a nova."

"We wouldn't be here if it'd been nova strength," the sensor watch agreed shakily. "It was sort of a minor fractional nova. Even then we couldn't have survived that kind of energy bombardment for any length of time, but there was just the one shock wave."

Geary collapsed into his seat, weak with reaction. There wasn't any way to get a message to any of the Alliance ships before the shock wave reached them, but they should be already facing the gate with their shields ready, and the energy at any point in the shock wave would be weakening rapidly as it expanded away from the gate. Cresida's program hadn't managed to eliminate the energy discharge completely, but it had kept it to a level low enough that everything remaining in the Sancere Star System should be able to ride it out. "Very good job, Captain Desjani. You and your crew. Dauntless is a great ship."

"Thank you, sir." Even now Desjani didn't seem as rattled as everyone else. Apparently she really had believed that having Geary along would keep the worst from happening.

He heard a deep intake of breath behind and looked to see Co-President Rione there. She was looking down at the deck, her fists clenched, but as if aware of Geary's gaze, Rione slowly raised and turned her head to face him. Rione's eyes were haunted. Geary thought he knew why. They had just seen the sort of forces that could be deliberately unleashed using the program Geary had given her for safekeeping. Until now, even Geary hadn't appreciated how terrible a burden that could be. "I'm sorry."

She nodded, understanding exactly what he meant. "As am I, Captain Geary. We will speak later."

Rione inhaled slowly, straightening herself and standing erect, regaining her composure by an exercise of pure willpower. Even through his lingering shock from the destruction of the gate Geary found himself impressed by her.

Desjani seemed to have been impressed as well, despite herself. She watched Rione leave, then turned to Geary. "Orders, Captain Geary?"

"Return to the fleet, Captain Desjani." He studied the fleet display, fighting off a wave of fatigue such as he hadn't felt since the lingering effects of his long survival sleep had worn off. "All units with the exception of Task Force Furious, this is Captain Geary. After passage of the shock wave assume standard fleet formation Sigma. Task Force Furious, maintain screening position between Syndic Force Alpha and the rest of the fleet. Well done, everyone. Very well done. Sancere is ours."

The Alliance fleet wouldn't be flying home on the wings of the Syndic hypernet. Not from Sancere, anyway. But it had survived and was striking a major blow at the

Syndics. Not bad for a fleet that had once seemed doomed to destruction.

IT took twelve hours to get the fleet back together in a tight formation after the shock wave from the collapsing hypernet gate passed. The subformations Geary had put together had followed his orders to run for it in what he had to admit was a gratifying fashion. Slowing, turning, and rejoining took a while, especially since Geary didn't want to get too distant from where Daring was now towing Diamond toward the rest of the fleet.

With the thirty ships under Furious still close to two light-hours distant, much too far away to participate in a conference, the number of ship commanders around the virtual conference table seemed to have shrunk dramatically again. In this case, though, the missing ships would definitely be back. Geary nodded in greeting. "Excellent work, everyone. We have two major tasks remaining in Sancere system. The first is to acquire as much of what we need as we can. The fleet logistics system has matched Syndic stockpiles to our needs where possible. I've transmitted another message to the Syndics warning them to comply with any demands we make."

"They probably won't get it," Captain Tulev noted. "That energy wave seems to have fried most of the Syndic systems that we'd left untouched."

Desjani shrugged. "Then they won't be able to coordinate any actions against us."

Geary nodded. "The second task is to destroy those targets we left unstruck in the initial bombardment, after we've looted them to our heart's content. Unfortunately, Syndic Force Alpha is lurking around the outer edge of the system. We can't just scatter the fleet to maximize the speed and efficiency of our looting while those Syndic warships are around, even though they're too far off to be an immediate threat. I was thinking of breaking the fleet main body into six subformations again. Task Force Furious will remain on station for a while guarding against Syndic Force Alpha, but we'll rotate them in-system after a while so they can restock and resupply, too." His suggestion was greeted by a lot of nods and no objections. "Captain Tyrosian, I need to know whether I should have your auxiliaries broken up into four of the formations or if they should be concentrated."

"Pairs would be best, Captain Geary," Tyrosian replied as soon as possible given the five-light-second delay between her ship's position and the Dauntless. "Titan and Jinn, and Goblin and Witch."

"Good. You tell me where in Sancere they need to go to pick up what we need. After I have that, we'll work up a schedule for other ships to swing near them to pick up new weapons and fuel cells."

"We're manufacturing as fast as we can," Tyrosian assured Geary. "The primary need is materials for fabricating new fuel cells, but the Syndics have what we want."

"Colonel Carabali," Geary ordered. "Your troops will provide escort for exploitation teams from the auxiliaries and other warships."

Carabali nodded, looking concerned. “Sir, even limiting the number of subformations to six will still leave my Marines with a lot of responsibilities for their numbers. We have to assume any Alliance personnel who leave their ships or shuttles are subject to attack by regular or irregular Syndic ground forces.”

“Would it help if we armed some of the sailors?”

The Marine colonel hesitated. “Sir, with all due respect, I’m not sure handing weapons to sailors will enhance the security situation.” Carabali relaxed as Geary and the other fleet officers smiled. “No offense intended, but dealing with these situations requires a lot of specialized training and experience.”

“I understand,” Geary assured her. “That’ll slow us up some more, then. We need to make sure we only land on as many sites as we can guarantee security for. I don’t want the Syndics grabbing hostages.”

“We’ve got a lot more hostages than they do,” the captain of the Terrible laughed. “About a billion.”

“True. But even if we exacted vengeance on every one of those Syndics, it wouldn’t necessarily get our own people back alive.” Everyone nodded again. They agreed with that logic, at least. “Any questions?”

A long pause followed while Geary let the officers think about that. He wanted anything else brought out now if possible.

The captain of the Vambrace spoke with visible reluctance. “Captain Geary, I would like you to address a terrible rumor I have already heard being passed around the fleet. Anonymously, of course, since those passing it don’t have the courage to show themselves.” A ripple ran around the table as the other commanders reacted to that. “There are those saying that the hypernet gate here was deliberately destroyed.”

Geary stared, trying to understand the question. “Of course the gate was deliberately destroyed. All of your ships should’ve seen the Syndics open fire on it.”

“No, sir. The rumor is that the gate was still functional, but was destroyed by you.” The captain of the Vambrace grimaced. “You should know people are saying this.”

“Why would I have wanted to destroy the gate if it was still functional?” Geary wondered, too amazed to yet be angry.

“According to the rumor, sir, because you want to retain command and fear it would be taken from you upon our return to Alliance space.”

Torn between incredulous laughter and anger, Geary slapped his palm upon the table. “Unbelievable. Let me assure you, and everyone else, that no one here desires the safe return to Alliance space as quickly as possible more than I do.”

On the heels of his words another officer spoke, his voice harsh with emotion. “Who the hell could believe that?”

Geary, shocked, looked over and saw the commander of the Diamond, then

realized that since Diamond was still twenty light-seconds away that the comment wasn't addressed to Geary's last statement, but rather to the one before.

"That rumor is beneath contempt!" Diamond's captain continued. "My ship was there, and anyone who wants to look at Diamond's logs is welcome to it. That gate was collapsing when we reached it." He looked toward Geary. "I'll admit something. I'd been among those worried about Captain Geary, about what he was doing and how he was doing it. A lot of you know that. I was worried whether he was aggressive enough. But we charged that gate! We charged it hell-bent for leather, and we took down those Syndics as fast as we could, but they'd done too much damage. Check Diamond's logs if you don't believe me. And while you're at it, look at the readings from inside the gate while it was collapsing.

Unbelievable, that's all I can say. Captain Geary did all that could be done. I've stood at the doorway to hell with him, and I will stand there again if need be."

Silence fell at the end of that statement. Geary took a long, slow breath, realizing there was something else he needed to say. "Ladies and gentlemen, I've told you before that I admired the courage of the personnel in this fleet. I freely admit that I've had difficulty grasping some of the changes in the Alliance fleet from my time to now, the changes wrought by a century of time, a century of war. But I tell you now that I had not fully realized one thing before this day."

He paused, finding the right words. "The fleet I knew was smaller, professional, more highly trained. But we had not been tested in battle. Not like you have. And when Dauntless, Daring, and Diamond stood at that gate, standing their ground without a moment's hesitation even though they were facing something so terrible I had never imagined the like, that's when I truly realized just how courageous you all are. Every officer and sailor of this fleet has the right to stand among the finest the Alliance has ever seen. You could not possibly bring more honor to your ancestors than you have by your dedication to duty, your perseverance in the face of a seemingly endless war, your willingness to bear any burden in the defense of your homes. I am honored beyond all measure by having been granted the right to command you. I will bring this fleet home, if for no other reason than that such people as you deserve that your exploits be known to your homes, and you deserve to return safely to them. I will bring you home. I swear it."

He stopped talking, worried that he had let too much emotion into the impromptu speech as the words tumbled out, worried that he had sounded foolish or patronizing. But everyone was watching him silently, their own faces solemn. Finally the commanding officer of Vambrace spoke again. "Thank you, sir. The honor is ours." No one contradicted him. Not out loud, anyway.

Geary sat down after the meeting had ended and the virtual presences of the other officers had vanished, only Captain Desjani remaining. She smiled, saluted, and left,

letting her expression and the gesture speak for her.

He had often wondered why fate had put him in this position, why he had lost all he had known and been thrust into a command far beyond his old responsibilities. The idea that he would ever be grateful for any part of that had never occurred to him. But, remembering the steady presences of Dauntless, Daring, and Diamond at the gate, Geary breathed a prayer of thanks for having such ships and sailors at his side.

THE ship's night had begun, with Geary sitting in his stateroom staring at nothing, his mind filled with memories of the hell mouth within the hypernet gate, when his hatch alert sounded. Expecting Captain Desjani, he was startled when Victoria Rione entered, her face betraying some deep emotion. I probably ought to be mad at her for making my life even more difficult since Sutrah, but compared to what Falco did, it's nothing. Rione isn't going to cause the loss of a lot of ships. So Geary stood and spoke politely.

"Madam Co-President. I admit to being surprised by this visit. You haven't been by here for some time."

"Not unless you insisted, you mean?" Rione stated calmly.

"Yes. I hope you're not planning to hand me the sort of problem I handed you at our last meeting here."

"No." She paused, apparently steeling herself to do something. "Captain Geary, I wish to apologize."

That was a surprise. "Apologize?"

"Yes." She indicated the star display floating above the table. "Since our argument at Sutrah I've done as I said I would. I ran simulations. I took this fleet along every possible path from Sutrah using the jump points we had planned on employing." Rione hesitated, her jaw muscles tightening. "They all ended the same. Minor losses in system after system adding up while options kept being limited more and more by Syndic defensive moves, until the fleet ended up pinned between superior forces."

Geary couldn't help saying it. "So I was right."

"You were right," Rione agreed in a sharp voice. "I admit it."

"What I told you that I'd worked out in my head was accurate enough to predict exactly what the simulations predicted."

She nodded tightly, her expression hard. "You spoke the truth. I admit that as well. I apologize for questioning your motives."

He shook his head, letting frustration show. "My motives? Hell, Madam Co-President, you all but called me a traitor to this fleet and the Alliance. You actually did use the word betray, didn't you?"

"I did, and I admit I was wrong." Rione's eyes were flashing with resentment

now. “Will you not accept my apology?”

“Yes. I will. Thank you.” Geary struggled not to lash out at her again, knowing he was actually angry at Falco and people like him. “The last several weeks have been difficult ones.”

“I know.” Rione shook her head. “It must have been very difficult to face Captain Falco’s betrayal.”

“It would’ve been easier if I’d had you to talk to.” Startled that he had actually said that, Geary looked to Rione, seeing her face composed again, carefully not betraying her feelings. “I’ve missed your counsel.”

“My counsel. I’m glad you find my counsel welcome.” Her voice was flat. “But you obviously don’t need it. Your judgment was superior to mine on where this fleet should go.”

Now what was she mad about? “Madam Co-President...” Geary struggled to find the right words. “I do need it. I don’t have many people to confide in. I don’t have many people I trust the way I trust you.”

Her expression was hard to read, but her eyes searched Geary’s face. “I can’t be the only person in this fleet you can trust.”

“No. It’s not just that. It’s...” Geary looked away, rubbing the back of his neck with one hand. “I like having you around.”

Silence stretched for a few moments. He finally looked back at Rione, to see her still watching him. “Do you think I’m your friend, Captain Geary?”

He hadn’t gone there. Hadn’t been willing to consider it. “My last friend died a very long time ago.”

“Then accept new friends, Captain Geary!” Her renewed anger startled him.

“You don’t...Madam Co-President, if I...” Geary felt the words sticking in his throat, surprised to realize how hard it was to actually speak of his fears, of how it had felt to wake up from survival sleep and learn every friend, every acquaintance, everyone he had known, was long dead.

“Is this the man daring enough to take the Alliance fleet to Sancere?” Rione asked in a mocking voice.

“The hero of the fleet? The man who stood facing the mouth of hell? And he cannot bring himself to risk accepting a friend for fear of the possibility of loss?”

“You have no idea what this is like,” Geary stated angrily. “When they revived me, every single person I’d known was dead. All of them.”

“Are you the first to ever lose someone they cared about? Or everything they cared about? Let yourself live again, Captain Geary!”

“You don’t know—”

Her face turned furious for a moment. “A man I loved more than life itself died, Captain Geary, one more victim of this endless, ugly war! It happened more than a

decade ago, but I can still see him clearly if I close my eyes. I had to decide whether to let myself die inside or try to live again. I knew what he would've wanted. I won't deny it was hard, but I have lived."

Geary just stared at her for a moment. "I'm sorry. Very sorry."

The fury faded, replaced by weariness. "Damn you, John Geary, no one else has ever been able to make me lose control. Not since he died."

"Why do you care?" he asked, feeling bewildered now. "Why do you care what I think? Why do you care what happens to me?"

She took a moment to answer. "I do care. You're a remarkable man, Captain Geary. Even at your most infuriating."

"You hate me!"

"I have never hated you!" Rione shot back at him. Then she grimaced. "That's not quite true. When I thought you'd betrayed the fleet, believed that you'd lied to me and used me, I did hate what I assumed you were doing."

"You accused me of betraying you personally, as well as the fleet."

Rione nodded. "I told you that I thought you'd deliberately manipulated me. It wasn't just my pride that was hurt by that. I'd let myself believe in you. I'd let myself...grow to care for you."

Geary shook his head, feeling baffled again. "Do you actually like me, Madam Co-President?"

Rione looked upward as if beseeching aid. "You are so wise in the movements of fleets and such a dolt in reading the feelings of others. I've liked you for some time, Captain Geary. I wouldn't have been so angered by what I thought was your betrayal if I hadn't become fond of you, despite my instincts that warn me away from someone like you. My instincts that tell me you are not to be trusted, that you cannot be sincere."

Geary wondered if his puzzlement showed. "You don't trust me but you like me?"

"Yes. I will never trust Black Jack Geary," Rione explained. For some reason she was smiling wryly at him. "But I've come to like John Geary. When he isn't driving me insane. Who are you?"

"John Geary, I hope, Madam Co-President."

"Madam Co-President? Is that who you wish to be here? If you care for me at all, if you consider me a friend, call me Victoria, John Geary!"

He stared at her again. "Care for you? I do. I hadn't realized how much I'd grown to enjoy your company until I was deprived of it for a while."

"I'm waiting," she stated.

"Victoria."

"That wasn't so hard, was it?"

Geary uttered a small laugh, then sat down again. "It was very hard."



“Try saying it again. It may get easier.”

He watched her, trying to figure out what Rione was doing. “All right, Victoria.”

She sat down next to him, her face somber now. “You’re not the only lonely person in this fleet, John Geary. Not the only person in need of comfort with few places to turn.”

“I know that. But I only knew my feelings. I missed not seeing you and not talking to you.”

“Why didn’t you ever tell me that?”

Geary shook his head, smiling ruefully. “You know the reason as well as I do. Aside from the fact that you were refusing to talk to me, I’m the commander of this fleet. I can’t do anything with anyone that isn’t professional and business-related, not unless I know they want it. I have too much power for it to be otherwise, even if every person under my command isn’t already off-limits for other reasons.”

“And every single person in this fleet is under your command,” Rione noted. “Save one. I’m not off-limits.”

“No, but...even you can’t forget the authority I wield. No one can look at me and see just me. They see the fleet commander. They see someone who could misuse their power to coerce or to reward for the wrong reasons. I have to avoid even appearing to misuse my authority that way. That’s just the way it is.”

“Many of them look at you and see Black Jack Geary,” Rione noted.

“Yeah.” Geary shrugged. “Being perfect in every way, Black Jack wouldn’t even consider doing the wrong thing, I’m sure. No matter how much he liked a woman.”

“Oh? Do you like me so much, John Geary?”

He couldn’t help grinning. “When you’re not driving me insane.”

“Then why do you fear to show it even now? Will you just talk, or will you act?”

He had thought there had already been plenty of surprises, but that startled him even more. Geary stared at Rione again. “What?”

To his further surprise, she smiled. “We’ve already agreed that I’m not off-limits to you. We’ve already agreed that we’re both lonely people in need of comfort, people who have both lost those we cared about. We’re both people who have responsibilities that they cannot share. Therefore, I’d like you to show me how much you like me.”

Geary had been prepared for many things to possibly happen while the fleet was in Sancere Star System, but this hadn’t been one of them. Caught totally off guard, he just stared at her.

Rione shook her head, still smiling. “You act like you’ve never kissed a woman before.”

There couldn’t be any doubt. She meant it. He’d resigned himself to a lack of physical contact to match his emotional isolation, but it seemed he had been wrong

about that. “I have, but it’s been a century since I did that last.”

“I trust you haven’t forgotten how.”

“I hope not.”

“Then show me. For a dashing hero, you can be very hesitant at times.”

Oddly enough, the kiss did feel to Geary as if it was the first in almost a century.

“What’s going on, Madam Co-President?”

Rione shook her head, looking upward again, this time in apparent despair.

“Madam Co-President will not answer.”

“I’m sorry,” Geary stated with mock formality. “Victoria, what’s going on?”

“I’m trying to seduce you, John Geary. Haven’t you figured that out yet? How can you be so oblivious with me when you can guess what the Syndics are going to be doing three star systems down the line?”

He gazed at her for a moment longer before he thought of an answer. “The Syndics are easier to figure out. Why, Victoria?”

She sighed. “You must be the only sailor in the universe who’d ask a partner that before the act instead of after. I don’t know why. Maybe because we both gazed into infinity today and ended up surviving the experience. Why does it matter?”

Geary took another moment to answer. “I guess it matters because I think you matter.” Rione smiled in a very genuine way, which made her look very nice, so he kissed the smile. Before he could pull away again, her arms were around him, and he decided that he didn’t want to move away.

As it turned out, kissing wasn’t the only thing Geary remembered how to do. By the time Victoria Rione’s body arched beneath his, Geary had recalled a few other things well enough to satisfy his partner. As they collapsed together, spent, Geary realized that this was the first time since being thawed out from the survival pod that he couldn’t sense any trace of ice inside his body or soul. The discovery both elated and frightened him.

## EIGHT

HIS communications alert sounded and Geary jerked awake, rolling to slap the control and remembering only at the last instant to keep the video off so no one would see he wasn't alone. "Geary here."

"Sir, Captain Desjani sends her respects, and wishes to inform you that Colonel Carabali is expressing concern regarding the movements of Alliance fleet Formation Bravo."

"Concern?" Every time to date that the Marine had been worried she had been proven justified. "I'll talk to her in a minute. Ask the colonel to hold on."

"Yes, sir."

Geary sat up carefully, trying not to make noise.

"Did you actually think that didn't wake me up?" Victoria Rione asked.

"Sorry."

"I'll have to get used to it, I suppose."

Geary paused in his movements and looked over at her, seeing her lying on her back and gazing at him as calmly as if they had woken up together like this a thousand times before. "You want this to be long-term?"

Rione raised an eyebrow at him. "Are you saying you don't?"

"No. I'm not saying that. I'd like to try it. I think long-term could make me..."

"Happy? It's all right to be happy, John Geary. It took me a long time to realize that after my husband died, but in time I did."

"How long did it take?" he asked quietly.

"Until tonight. Now go speak with your colonel and for the living stars' sake make sure you're dressed before you do."

"I'm sure the colonel has seen worse," Geary noted. But he hastily pulled on his uniform as he went to the desk in his stateroom and activated the communications terminal there, trying to shake his mind clear of what had happened with Rione earlier that evening so he could concentrate on his job. "What's bothering you, Colonel?"

Carabali bore signs of fatigue, which made Geary feel guilty about his own rest. The Marine commander pointed at a display next to her. "Sir, your ships are moving close to the fourth world. That's not my business normally, but it's my job to warn fleet officers about planetary threats."

"Planetary threats? We bombed the hell out of that world. There shouldn't be any functioning antiorbital weapons left."

"Shouldn't be," Carabali agreed. "That's not the same as aren't. Sir, we hit everything we could see from a few light-hours out. But that's a densely populated and heavily built-up world. It's not as easy to see things when there's so many other

buildings and installations around. On top of that, the impacts stirred up a lot of dust and water vapor into the upper atmosphere, so we can't see the surface worth a damn right now. We don't know what we haven't seen, and we don't know what's down there now."

Geary studied the display, rubbing his chin. "Good point," he conceded. Fighting in space makes it too easy to assume you can see any threat long before it reaches you. That won't apply in this case. I should have realized that. The victories over the Syndics so far in Sancere Star System, and surviving the collapse of the hypernet gate made me too confident. I haven't been paranoid enough about what else might be lurking in this system. "Can they target us through that stuff in the atmosphere if they do have surviving weaponry?"

"We definitely didn't get every possible air-and spaceport, sir. All they have to do is get something high enough to relay a view down to the surface. It could be an unmanned drone that would be very hard to spot."

Geary called up the exploitation plan, checking to see what Formation Bravo was getting. "Our ships are heading for the Syndic orbital shipyards, what's left of them anyway, and some big orbiting civilian installations. We need what's on those, Colonel, especially the food and raw materials stockpiles."

"Sir, I don't like it."

"Can you give me a plan, Colonel? Something that would let our ships loot those locations and keep the Syndics from targeting us with any weapons surviving on the surface?"

Carabali frowned, looking down as she thought. "We've got scout ships we can send into the atmosphere. Recce drones. But there's no telling how low they'd have to go to get a decent look around, and the lower they are, the less area they can monitor or search."

"How many of those drones are with Formation Bravo?"

The colonel frowned again, checking something outside Geary's view. "Ten, sir. All operational. But if we send them down into that, there's no guarantee they're coming back up, and as far as I know, your auxiliaries can't make new ones for us."

"They can't make me new ships, either." Geary took a moment to think. "I'll talk to the commander of Formation Bravo. That's Captain Duellos. We'll use the recce drones to check beneath the junk in the atmosphere, and we'll keep ships out of low orbits. I'll see what else I can think of and get back with you soon."

"Thank you, sir." Colonel Carabali saluted, and her image vanished.

Geary sighed heavily and stood, turning to say goodbye to Rione. He discovered her near the bunk, standing leaning against the bulkhead, still naked, watching him. "No rest for the weary?" she asked.

"I've gotten more rest than a lot of people," Geary muttered, looking away.

“What’s the matter, Captain Geary?” Rione asked, her voice sounding mildly amused.

“I’m trying to concentrate on my command responsibilities. You’re a little distracting.”

“Just a little? I’ll see you on the bridge in a while.”

“Okay.” Geary paused before leaving, then set his stateroom access to allow Rione entrance at any time, knowing she was watching. On the way up to the bridge, he felt an odd sense of disquiet. Rione had been extremely passionate during their lovemaking but now once again held that attitude of cool detachment toward him, even while standing before him naked. Geary couldn’t help thinking of a cat, one that had taken the affection it desired but reserved the right to walk out the door at any time with no regrets. He had never seriously considered the possibility that Victoria Rione would want a relationship with him and so had never thought about what that might mean. She had said she liked him, but the word love certainly hadn’t come up. Was Rione only using him for her own comfort? Or, worse, was she positioning herself close to him for her own political advantage, either against the Black Jack Geary she feared or other politicians back in the Alliance?

What would it be worth for an ambitious politician to be the consort of the legendary hero who had miraculously brought the Alliance fleet home to safety?

How can I think that? Rione’s never shown any sign of that kind of ambition.

But then there’s a lot of things she’s never shown. Not to me, anyway. Like wanting to bed me. Say she’s still devoted to saving the Alliance from Black Jack Geary. How hard would it be to rationalize gaining power for herself by close association with me so she would be better able to control whatever I did? How do I know that beneath that dedicated exterior there isn’t a very ambitious woman ready and willing to use me to further her own career?

Ancestors help me. For all I know Rione is totally sincere. Why do I have to try to second-guess this?

Why do I have to be suspicious of her?

Because I’m so damned powerful, and if I succeed in getting this fleet home, I’ll be a lot more powerful.

She’s the one who made me realize that in the first place.

On the other hand, if she is using me, I might as well enjoy it while it lasts. And if I’m just a means to help her attain rank in the Alliance governing council, there’s worse fates. I’ve no reason to think she’s unethical or power-hungry.

Right, Geary. You’re such a good judge of women that she had to practically drag you into bed before you got the hint.

Not for the first time, Geary found himself baffled by what Rione was thinking and looked forward to the relative simplicity of dealing with an enemy he knew was

just trying to kill him.

CAPTAIN Desjani yawned and nodded in greeting as Geary entered the bridge of the Dauntless. “You spoke with Colonel Carabali?”

“Yeah,” Geary replied, taking his seat and calling up the display. He studied it for a moment. He had been either sleeping or otherwise engaged with Co-President Rione for about five hours. Against the scale of a star system, not a lot changed in that amount of time. But Formation Bravo was bearing down steadily on the fourth world and the supplies it offered. Courageous was just over thirty light-minutes away from Dauntless now, so any conversation with Captain Duellos would be a drawn-out affair.

Geary organized his thoughts, then keyed the personal command circuit. “Captain Duellos, this is Captain Geary. There’s some concern here about the dangers posed by bringing your ships close to a heavily built-up world that might still have some functioning antiorbital systems under that dust blocking our views of the surface. Please deploy the Marine atmospheric recce drones on your ships to search beneath the high dust layer for any signs of a threat. Ships should be kept out of low orbit. Maintain a tight scan of the upper atmosphere for any signs of Syndic drones or other reconnaissance activity that might provide targeting information to weapons on the surface. Please employ whatever other safety measures you feel are prudent and keep me advised.” Should I add anything else? No. Duellos knows what he’s doing. He doesn’t need me preaching to the choir about the need to be careful and avoid losing ships. “Geary, out.”

He slumped back, rubbing his forehead. I forgot when I broke up the fleet that it would mean I’d lose real-time communications with most of my ships. At least I don’t need to worry about Numos messing something up. Unfortunately, that small comforting thought reminded Geary of the almost forty ships that had followed Falco and might already have been destroyed.

Desjani shook her head. “With your leave, Captain Geary, I’m going to go below and grab a couple of hours of real sleep. I’m wasting my time up here right now.”

Geary automatically checked the display again. Formation Delta, once again formed around Dauntless, was close to a day away from the facilities orbiting the third planet, which were its objective. There wasn’t a trace of Syndic shipping under way in the system, except for the battered Force Alpha, which remained out between the orbits of the seventh and eighth planets, maintaining a very large distance between itself and the closest Alliance ships in Task Force Furious. Geary wondered how long it would be before the Syndic commander realized that it wouldn’t be a career-enhancing move to survive with the rest of his or her flotilla intact while the Alliance leisurely trashed the star system. “Why not make it more than a couple of hours? I’ll stay up here for a while.”

Desjani grinned. “Thanks, but even with you on the bridge, I’m still the captain of this ship.”

“How about if I order you to get at least four hours’ rest?”

“I guess I can’t refuse a direct order,” Desjani admitted with clear reluctance. She stood, stretching again. “You seem to be feeling better, sir, if you don’t mind my saying so.”

“Rest helps.” Co-President Rione chose that moment to arrive on the bridge. She nodded coolly to Desjani and then inclined her head in another wordless greeting to Geary. He nodded back, more pleasantly than he had been greeting Rione for some weeks. As Geary turned back, he caught Desjani’s eyebrow raised as she looked from Geary to Rione. Realizing Geary was watching, Desjani rapidly hauled down the eyebrow, assuming a noncommittal look. Desjani can tell? How could it be that obvious? Geary wondered. We didn’t even say anything.

Captain Desjani faced her senior watch-stander. “I’ll be in my cabin. Resting.” On the last word, she gave a side-long glance to Geary and one corner of her mouth twitched as an effort to suppress a smile didn’t quite succeed. As Desjani left, she paused by Rione. “It’s a pleasure to have you aboard, Madam Co-President.” As far as Geary could remember, Desjani had never offered that kind of sentiment to Rione before.

Geary felt a headache starting again, even though Rione looked amused as Desjani left. “How?” he asked Rione in a very low voice.

“I’m afraid that information is on a need-to-know basis,” she informed Geary in a matter-of-fact voice.

“In other words, it’s a woman thing.”

“If you care to think of it that way.”

He leaned back, indicating the display. “What do you think? Colonel Carabali was concerned about Formation Bravo getting close to the fourth planet. Does anything else set off alarms for you?”

“I’ll take a look. Surely you don’t think I have the skill to make a military assessment?” Rione asked.

“No. But sometimes someone with military training can overlook even something obvious to a layperson.

I notice you don’t seem all that worried. Whenever we’re in Syndic systems I’m used to having you toss out warnings about everything that can go wrong.”

“And you like that?”

“Well, I’m used to it, anyway. Besides, you’ve often been right.”

Rione gave him a very small smile, then nodded and bent to study the display before her seat. Geary checked the time. Twenty more minutes before Duellos would even get his message. Probably an hour, at least, before an answer came.

Who could have guessed war could be boring? Right up until it starting scaring the bloody hell out of you.

DUELLOS rogered up for Geary's instructions, adding that he would keep his ships positioned with Syndic orbital facilities between them and the surface of the planet as much as possible. Presumably even the Syndics wouldn't deliberately shoot through their own installations.

The formation of which Dauntless was a part coasted past the orbit of the fourth world, heading farther inward toward the third world. At their closest point, Geary was within four light minutes of Formation Bravo. On his display, small images reflected relayed data from the Marine recce drones over the fourth world, their transmissions occasionally fuzzed by static from the dust filling the upper atmosphere of the planet.

On visual, the images revealed what seemed a pleasant enough world, with large cities, abundant towns, and big areas of wilderness marred by occasional scars of mining or other resource extraction. It seemed a nearly deserted world from the images, though, with streets and roads almost empty of people and vehicles. The few vehicles sighted were clearly official, often traveling in convoys. The rest of the population was apparently hunkered down, though hiding in buildings or cellars or even shelters wouldn't offer any protection if the Alliance decided to bombard the planet in earnest.

Here and there, craters marked the sites of impacts from the kinetic bombardment. All of the images from the parts of the planet receiving sunlight had a grayish, washed-out quality, as if seen on a very cloudy day, because of all of the dust in the upper atmosphere. The night-side images were pitch-black, the dust blocking any starlight from reaching the surface.

By tapping controls Geary could make the images shift from visual to infrared, to radar of various kinds including ground-penetrating, to scans of the electromagnetic spectrum. He could see other functions available but left them alone, afraid that he would inadvertently order one of the drones to do something.

Occasionally a drone would report coming under fire as the Syndics tried to shoot it down, but they made difficult targets at the best of times, and with the dust cover in the upper atmosphere to duck into for extra cover when necessary, the drones were even harder to hit.

"Captain Geary, this is Captain Duellos. Whatever remains of the surface defenses is trying to get a picture of us." Accompanying the message was a link that showed Syndic drones popping up above the dust for brief moments to get a good look at the situation above the planet before dropping down again and being lost to the Alliance sensors before they could be targeted themselves. "There's no obvious pattern. If they're trying to get targeting data for something, we can't tell where it is.



I've ordered all of the ships in my formation to institute random changes in position and track."

Duellos wouldn't hear his answer for over four minutes, but Geary responded. "Thanks. Let's hope—"

He broke off as his display sounded an alert.

"Weapons fire from the surface of the fourth world," a Dauntless watch-stander reported. "Particle cannon. It looks like an entire battery."

Four minutes ago. "Can we tell if they got any hits?"

There was a pause that seemed to last far too long before the watch-stander reported back. "Near misses on Falchion and Renown. No hits."

Desjani, back on the bridge and looking considerably more rested, shook her head contemptuously.

"They're practically firing blind, and now we know there's ground defenses still active."

"Duellos ordered random evasive moves just before those cannon fired," Geary pointed out. "If he hadn't done that, the Syndics might have gotten hits." Unlike the ship-based weapons, the planetary particle cannons could be much larger and draw on tremendous power supplies. Even a single hit from one of them could slash through shields and rip into a ship.

Even as Geary spoke, Dauntless's sensors reported another volley fired. He itched to order counteractions, having to remind himself that this had all happened minutes ago and Duellos had surely already done something. "That should be enough to determine the location of the cannon on the surface of the planet," Desjani noted.

Sure enough, a half-dozen kinetic bombardment rounds shot from Duellos's battle cruisers, arcing down into the atmosphere as the Alliance ships continued making random changes in position and track, and the Syndics fired yet a third volley, this one managing a single near miss on Gauntlet. "It's a good thing those cannon take a while to recharge," Geary commented.

"They'll probably only get one more volley off," Desjani agreed. She was right; the shots all going wide this time.

One of the Marine recce drones had been swung over to observe the position where the cannon were located, providing a long-range view of the spot near the horizon of the drone's viewing area. The kinetic rounds launched by Duellos's battle cruisers flashed down, leaving tracks of intense brightness in their wakes, the impacts creating huge bursts of light and throwing out fountains of debris. As the light faded, mushroom clouds rose above the site, merging into one titanic grave marker for the cannon battery.

Geary sighed. "Let's hope that was all they had."

"Unlikely," Desjani advised.

“I know.” Geary tapped his communications controls again. “Captain Duellos, congratulations to you and your ships. Well done. Keep an eye out for further attempts.” He grimaced at the images from the recce drones. I can understand why it’s tempting to just bomb the hell out of a planet to minimize the chance of anything surviving to threaten us. But what would give me the right to kill millions of civilians in the hopes of hitting some concealed defenses? It wouldn’t even ensure eliminating those defenses if they were hardened and concealed, and they’re probably both. He looked at Desjani. “Do you think we’ll have to deal with that at the third planet?”

“Possibly. We have to assume the threat exists.”

Geary leaned back, shaking his head. “Why can’t they be rational about this? They don’t have much chance of hurting us, and they’re inviting retaliation every time they shoot.”

Desjani gave a questioning glance his way. “Sir, we’ve been fighting a war with them for a century. I think things like ‘rational’ went out the window quite a while back.”

“Good point. Do you think it would do any good to broadcast another demand not to attack our ships?”

She shrugged. “That’s hard to say. The energy pulse from the collapsing hypernet gate must have fried every unshielded receiver in this star system, but some might still be operational to hear you.”

“Unfortunately, those probably belong to the government and the military.”

“Yes, sir. And they’re unlikely to listen to reason.”

Geary nodded, then studied Desjani. “Captain, when I first met you I think you wouldn’t have hesitated to wipe all of these planets clean of human life. You don’t seem interested in doing that now.”

She looked straight ahead for a while before answering. “I’ve listened to you, sir, and I’ve had some long talks with my ancestors. There’s no honor in killing the helpless. Besides, what we’ve done here will require a massive investment from the Syndics to repair, whereas if we wiped out the system, the Syndics would just write it off.” Desjani paused. “And no one can accuse us of behaving like the Syndics here.

We’re not them. I realized I don’t want to die doing things the Syndics would do.”

“Thank you, Captain Desjani.” Between honor and practical considerations, Desjani had decided Geary was right. It made him feel much better than having her agree with him just because he was Black Jack.

Geary had wondered what would happen if he dropped dead tomorrow, if the fleet would return to the tactics and practices he had seen when he arrived. But it seemed at least some of the officers were returning to even older practices, the ones Geary was familiar with. He wasn’t fool enough to believe that everything from the past was better than now, but surely abiding by the laws of war, the dictates of true honor, and

fighting wisely instead of just bravely were good things.

Over the next several hours as Geary's formation headed for the third planet, Captain Duellos had to bombard the fourth planet three more times. None of the Syndic attempts to hit his ships had succeeded, which wasn't surprising, given the fact that the surface-based weapons couldn't directly observe their targets and had to depend on data provided by drones popping up briefly to take snapshots of the Alliance ships. On the other hand, two of the Marine recon drones ceased transmitting, indicating they had been shot down. Colonel Carabali wouldn't be pleased about that, but Geary thought two drones was a small price to pay for avoiding hits on his ships.

As Formation Delta closed on the third world, shuttles launched, carrying Marines to their objectives.

Most of the shuttles and Marines headed for a big orbiting complex with a large population. The rest aimed for orbiting warehouses containing raw materials and supplies that would have been taken down to the surface or sent onward to other places in the system to outfit Syndic warships under construction.

Now they would be taken to the Alliance fleet to take care of its crews and go into manufacturing the supplies it needed.

Geary kept a wary eye on the third world as his ships closed on the planet. The third world hadn't been quite so densely covered with Syndic defense and defense-related targets, so fewer targets had been hit there, so the upper atmosphere wasn't as heavily clouded with the dust and water vapor debris from those impacts. It still wasn't very easy to see the surface, though. A bit warm by human standards, the world was still nice enough to be tolerable. Or at least, it had been. For the next several months it would be a bit more uncomfortable thanks to all of that dust in the atmosphere. But compared to the damage the Alliance could have done, rendering the world completely uninhabitable and smashing every city, the inhabitants of the third world really didn't have strong grounds for complaint.

The sensors of Dauntless and the other ships in the formation were scanning every piece of surface visible beneath the dust tossed up by the Alliance bombardment, but no defenses missed by that bombing had been detected. "All units in Formation Delta are to avoid entering low orbit around the third world and are to initiate random course and speed changes while within range of weapons based on the planet."

The order was still being acknowledged when very powerful particle beams tore up through the atmosphere of the third world, aiming for Daring. Fortunately, the Syndics had been overeager, firing at extreme range, and as a result their shots narrowly missed the Alliance battle cruiser. Geary punched his controls savagely. "Daring, take out those guns."

“It’ll be a pleasure, sir,” Daring responded. A second volley from the Syndic planetary battery ripped through the space Daring would have occupied if she hadn’t jogged slightly to one side and up. The second attack gave Daring the targeting data she needed. The battle cruiser began spitting out kinetic projectiles, the solid metal rounds racing downward through the atmosphere. This time Geary could see the flashes of light on the planet’s surface when the kinetic bombardment tore apart the particle beam battery as well as a fair amount of real estate around it.

By now all of the Alliance ships were jinking erratically, changing courses and speeds by the tiny amounts, which were all that was needed to throw off shots aimed from the planet’s surface at targets in high orbit. Geary tried to relax, knowing they would be worried about more such attacks the entire time they were near this world. “I hope that’s all we have to deal with,” he remarked to Desjani.

On the heels of his words a small window appeared before him, showing the worried face of Colonel Carabali. “Our troops on the orbiting city are under fire,” Carabali reported.

Serves me right for saying something that stupid. I was just asking for trouble. “The orbiting city.” Geary called up the information. With a population of around fifty thousand, the big orbiting complex did qualify as a city by the standards of space installations. It also had a gratifyingly large amount of food stockpiled or otherwise available to feed those fifty thousand and to provision Syndic warships stopping in for supplies. The Alliance fleet could use that food, though Geary had insisted enough be left to avoid starvation. “What exactly is going on?”

“We’ve secured most of the food warehouses and the areas adjacent to them. But Syndic special forces are firing on us from outside our perimeter, using the civilian population for cover. They’re popping out, firing, then fading into the populace.”

It stood to reason that there would be lots of Syndic military forces among the population here, not merely to defend the system but also to provide internal security, a nice way of saying they kept the local population in line. At least some of those military forces weren’t adverse to doing things that could cause the deaths of the civilians they were supposed to be protecting. But he was thinking in Alliance terms.

Those troops weren’t really there to protect the citizens of Sancere. Their job was to protect the Syndicate Worlds and the interests of the Syndicate Worlds’ leaders. If a few citizens of the Syndicate Worlds got in the way, or a few million, that was just too bad for the innocent bystanders. “What do you want to do?” Geary asked.

Carabali looked unhappy. “We’ve got three options. One, we fire back as necessary, which will undoubtedly kill a lot of bystanders. Two, we pull back and abandon our efforts. Three, we keep taking casualties with little chance of responding. You’ll notice that under all three options, the Syndics win in one way or another.”

“Hell.” Should he threaten to retaliate against the planet? Would that stop people who had already demonstrated a lack of concern for civilian casualties? And if it didn’t stop them, would he be willing to go through with his threat? “We need that food. Has it tested safe?”

“So far. They didn’t realize we were coming here for that reason, so they didn’t have a chance to poison it.”

Options. There had to be a fourth. Compromise was usually a dangerous course in military actions, but in this case it seemed like the only choice. “What about ordering all civilians out of a buffer area around our troops? Tell them to clear it fast, because after a certain time anything moving in that area is a target.

Would that work?”

Carabali nodded slowly. “It might. But if you’re thinking all of the civilians will get clear, that won’t happen. Some always stay. Some because they’re too stubborn or stupid or scared, some because they can’t move for one reason or another. There will still be some within the kill zone.”

“But not nearly as many.”

“No, sir.”

Geary shook his head. “I don’t see that we have any choice. Those Syndic special forces are backing us into a corner. Too bad we don’t have a smart bullet that homes on evil.”

“I think commanders have been wishing for that since the dawn of time, sir,” Carabali noted. “Except for evil commanders, of course.”

“Get it done, Colonel. Give the civilians as much time as you consider prudent to evacuate, but don’t unnecessarily risk your troops.” As soon as Geary had said that, he realized he had given one of those frustratingly contradictory orders that had driven him crazy when he had received them. He owed Carabali something clearer than that. “Do you think half an hour is good?”

“I’d prefer fifteen minutes, sir. That ought to be sufficient for the area we need cleared.”

I won’t second-guess the person with primary responsibility for those troops. “All right. Fifteen minutes.”

“And after that we’re authorized to use necessary force in the buffer area?”

“As long as you don’t punch holes in the outer skin of the city. I don’t want the atmosphere all venting to space.”

Carabali grinned, her earlier upset replaced with apparent good humor. “Yes, sir. I’ll pass on those orders now. Thank you, sir.”

“You’re welcome.” Geary leaned back after the transmission ended and noticed Rione had arrived on the bridge and was watching. “I seem to have made a Marine happy,” he explained.

“Oh? Is she going to get to kill something?”

“Probably.” Geary hesitated, scanning the system display for evidence of other threats. But Syndic Force Alpha hadn’t shown any signs of heading inward yet, and nothing else seemed active. Reassured, Geary pulled up the landing force display, seeing the ranked images that represented the views seen from each of the squad leaders currently on the orbital city. He picked one at random, touching it to make the image grow in size.

The lieutenant whom Geary had chosen to monitor was gazing out across a small courtyard to a cluster of buildings on the other side. Curving upward and into the distance behind the buildings, Geary could see more of the city, which was arranged in the classic and functional rotating cylinder design to remove the need for artificial gravity.

Something flashed within the buildings, and the lieutenant’s view jerked as he pulled back. Fragments flew as a piece of the structure the lieutenant was behind got chipped by a solid metal slug of some kind.

Geary keyed the sound and heard the echoes of the shot reverberating. Other shots could be heard sporadically to either side. Then a voice boomed across the buildings. “This area is to be evacuated immediately. All Syndicate Worlds citizens are ordered to withdraw immediately to an area behind Fifth Street. Anyone present in the area this side of Fifth Street is subject to attack as enemy combatants.”

The announcement began repeating. Geary, watching from the lieutenant’s view, saw men, women, and children erupting from buildings and racing away. The distant figure of a man holding a gun stepped out and made threatening motions that halted the exodus near him. “Get him,” the lieutenant ordered. Geary heard the sound of a weapon firing nearby, and moments later, the armed man jerked to one side as if he had been punched, then fell to lie unmoving. The civilians surged into motion again, stampeding past the body.

Geary checked some other views, seeing the same thing. Shots still came from the buildings across from the Marines, but after the fifteen-minute grace period expired, the buildings began exploding as the Marines started targeting them with heavy weapons. Did I approve that? I did, didn’t I?

Syndic civilians might well be dying in those buildings, but that was a choice forced upon him. Somehow that knowledge didn’t make him feel better. Fighting an opponent who kept inviting atrocities, who kept trying to force him to commit atrocities, was an ugly thing. I’ll do what I have to do but not one thing more, you cold-blooded bastards. You won’t be able to blame the deaths of innocents on me or the fleet I command.

It took most of a day to off-load as much food as the Alliance wanted to take, as well as material from the separate warehouses, shuttles distributing it all among the

fleet while the warships dodged occasional shots from the planet's surface and retaliated against the attacks. No surface battery got any hits, and none of them survived the attempt. But there always seemed to be another hidden battery somewhere.

Twenty hours after arriving at the third world, Geary gave the orders to pull away from the planet, happily though wearily reviewing the lists of supplies they had "requisitioned" from the Syndics. The orbital city, somewhat battered from the extended battle between Alliance Marines and Syndic special forces, was nonetheless safe now. But the orbiting warehouses were another matter. Geary confirmed that all of the personnel had been evacuated from them and then ordered their destruction. Anything the Alliance hadn't taken wouldn't be used by the Syndics. The warehouses themselves wouldn't be used anymore, either.

Sancere hadn't been the only system supplying the Syndics with warships. There were plenty of others churning out capital ships and hordes of lighter units, drawing on the resources of an interstellar power that spanned many star systems. But losing Sancere's shipyards would make a difference. For a while, at least, the ability of the Syndics to replace their losses would be curtailed.

"All ships, well done." He yawned as he confirmed that the formation was heading for a new position outside the orbit of the fourth world. "Ladies and gentlemen, I'm getting some sleep." Desjani grinned tiredly as he left the bridge of Dauntless, making obvious preparations to leave herself.

Geary headed for his stateroom, weary but pleased, wondering if Victoria Rione would be there.

"GEARY here." He blinked away sleep, checking to make sure he had also remembered to block the video again.

"You asked to be informed when Alliance Formation Bravo began withdrawing from the fourth planet, sir. We've been told the withdrawal is under way and confirmed it with sightings of the ships in motion."

"Thank you." Geary lay back, grateful that for once the information was good news and wouldn't require immediate action, as well as knowing he could stop worrying about particle-beam batteries for a while.

"You know," Rione's voice came from beside him, "they can tell you're hiding something."

"You think so, huh?"

"I know so, John Geary. Have you always blocked video in the past? I thought not. And you're keeping your voice pitched low. They're surely wondering who it is you don't desire to wake."

"Damn." Her words suddenly awoke an anxiety in him. "They might think it's someone from the fleet."

One of his officers. Or worse, one of his sailors. Exactly the sort of thing he was required to avoid doing because of his command authority.

Rione raised herself on her elbow and gave him a thin-lipped smile. “And so I must ensure the fleet knows their hero is sleeping with me. I wonder how I should make the announcement?”

He winced. “I never intended you becoming a public issue. This should be private.”

“Nothing about you can be private, John Geary. If you didn’t realize that already, you should now.”

“This is about you, not me.”

“Are you protecting my honor?” Rione seemed amused again. “I’m old enough to handle that myself. In case you’re wondering, I also realized going into this that it would become a public matter.”

The statement had the unfortunate effect of reminding Geary of his speculations that Rione might be attracted to his power rather than to him. But if that was the case, she would never admit it, and if it wasn’t, he would be crazy to bring up the possibility with her.

“Our relationship isn’t improper or illegal,” Rione noted. “In the morning, I’ll inform the commanders of the ships from the Callas Republic and the Rift Federation. I know in the past they’ve been asked about rumors of your and my association, and have denied them. I must let them know we now do have a relationship if only to keep faith with them. Once they’re informed, the entire fleet will probably know within a span of time too brief to measure.”

Geary couldn’t help sighing. “Does it have to be the fleet’s business?”

“Yes.” She favored him with a stern look. “You know it, too. Attempting to hide personal ties between us would make it look like we believed we were doing something wrong.”

“It’s not wrong.”

“Are you trying to convince me, John Geary? While I’m in bed with you? That’s a little after-the-fact.”

“I’m trying to be serious here. Listen, there is one thing that concerns me. There’s something I’ve counted on from you in the past, and I want that to continue.”

“What would that be?” she asked idly.

“I want you to remain skeptical of my plans. I need you to be skeptical and questioning and demanding.

You’re the only person in the fleet I could see as being able to take an outside view of my plans. I need that to continue.”

“You want me to continue to be demanding?” Rione asked. “That’s a bit unusual in a man, but I’ll be happy to try to be as demanding as ever.”



“I’m serious, Victoria,” Geary repeated.

“Victoria may not be able to help you, but Co-President Rione has every intention of continuing to regard you with a worried and skeptical eye. Does that make you feel better?”

“Yeah.”

“Then I’d like to get back to sleep. Good night, again.” She rolled over, leaving Geary with a view of her back that was breathtaking, though he thought she didn’t realize it.

Geary tore his eyes from Victoria Rione’s back with considerable effort, then spent a while staring at the overhead. So she’s going to tell the galaxy that we’re sleeping together. But she’s right that we have to do that. If rumors spread that I’m sleeping with anyone else, it could create serious problems. I’m not sure how I feel about the fleet knowing, because I’m not sure how I feel about her. Am I just attracted to her because I need someone strong beside me now? Or is this just physical and I’m fooling myself about caring for the person? No, I can’t believe that. She’s one hell of a woman, and I know I like a lot of things about her. But she’s not exactly warm and cuddly when we’re not having sex. She’s holding something back. That’s an understatement. She’s holding a lot back. By the time we get home, Victoria Rione might decide I’ve gotten boring and walk away, or might decide Black Jack needs to be stopped, or might not really give a damn about me but still want to be standing beside me so she can use that status to her benefit.

Or she might really care about me.

Face it, Geary, you have no way of knowing how you and she will feel when you reach Alliance space, whether you’ll go off to Kosatka together to get married or if you’ll shake hands and walk away from each other for the rest of your lives.

I guess I’ll make that jump when we get there. If we get there.

INTELLIGENCE gathered in Sancere so far seemed to be both massive in quantity and frustratingly uninformative when it came to the most important issues. Marine landing parties had downloaded a huge number of files from abandoned Syndic terminals, but none of them held information of immediate use.

Several surviving escape pods from the destroyed ships of Syndic Force Bravo had been picked up, but the sailors inside only knew they had been in a battle at Scylla near the border with the Alliance. Syndic officers could have told the Alliance interrogators more, but any of the escape pods carrying officers had been destroyed by the energy release from the collapsing gate. The battle at Scylla seemed to have been fought to a bloody draw, with both sides withdrawing from the star system afterward. The minor installations Geary had remembered being at Scylla a century ago had long since been destroyed or abandoned as the two sides fought incessantly over an otherwise worthless star system.

They pounded the hell out of each other and then broke contact. It wasn't a big battle. What we saw arrive here at Sancere was the majority of the Syndic force, and the Alliance side was about equal in numbers. But I can't draw any conclusions from that, because I don't know what's happening elsewhere on the front lines of this war.

Frustrated, Geary searched through the communications links to find the intelligence center on Dauntless.

"This is Captain Geary. I'd like to personally speak to the senior surviving Syndic sailor we picked up.

Can I do that now?"

The reply took a moment. "I'll have to check—" The voice broke off as Geary heard someone yelling in the background. "Uh, yes, sir! Immediately, sir. Do you want to do it by virtual contact or actual physical interview?"

"Actual interview." Geary had never been able to shake a nagging suspicion that the virtual meeting software didn't convey every movement and nuance exactly right. In his experience software had a tendency to smooth out things that didn't match its parameters, even though humans frequently betrayed minor, seemingly contradictory behaviors. What software thought of as anomalies to be eliminated could be the most important things a person was showing. "I'll be down in a few minutes."

The intelligence section rested behind some impressive security hatches. A slightly nervous lieutenant was waiting outside them and quickly led Geary though into the high-security area. For some reason it always felt hushed in there to Geary, even though to the eye it just seemed a regular office space with a few more pieces of equipment crammed onto desks and into odd corners. In keeping with ancient tradition, the intelligence section was a world unto itself, part of and yet also separate from the rest of the ship's crew.

The tighter security world in which they operated was matched by a somewhat looser working environment.

One of the desks actually had a plant on it, a small splash of living greenery. Geary cocked a questioning eyebrow at the lieutenant, who looked a little more nervous as he responded. "That's Audrey, sir."

Of course. If a spaceship had plants on board, one was usually called Audrey. The reason for that, if there was a reason, was lost in the mists of the past, but it made Geary feel a little better to see something that hadn't changed from his time to now. Geary smiled reassuringly and followed the lieutenant toward the interrogation room.

The interrogation room followed a design that outwardly at least probably hadn't changed for centuries.

Geary looked through the one-way mirror into it and saw that a Syndic noncommissioned officer sat in a single chair, apparently unrestrained. She seemed dazed and scared but trying not to show it. "If she makes a move for you, we'll drop

her with a stun charge,” the lieutenant assured Geary.

“She doesn’t seem the suicide-charge type,” Geary remarked. He studied the instrument readouts before him. “These are all related to your interrogations?” He had been down in this area before, but there hadn’t been prisoners then.

“Yes, sir.” The lieutenant indicated the devices. “We can do remote scans of brain activity while asking questions. That way we can spot deception on things we need to know.”

“And what do you do then?”

“Confrontation sometimes works. Once they realize we know when they’re lying, some people crack.

For the tough ones, the best process is the use of drugs to eliminate normal inhibitions. We ask, they talk.”

“That sounds more humane than beating them up,” Geary noted with another smile.

“Beating them up?” The lieutenant seemed startled by the suggestion. “Why would we do that, sir? It produces unreliable information.”

“Does it?”

“Yes, sir. Not as bad as outright torture, but still unreliable. Our job is to find out accurate information for you. Physical and mental abuse might get people talking, but it wouldn’t provide accurate information.”

Geary nodded, secretly relieved that in the case of intelligence collection simple pragmatism had avoided the atrocities he had seen elsewhere. If he had learned his intelligence people were depending on torture, it would have meant they were as dysfunctional as the fleet’s tactics had once been. “Okay, let me in.”

The Syndic sailor jerked her head to look as the heavy door opened. Geary walked in, the Syndic sailor staring at his rank insignia, and stopped near her. “Who are you?” he asked. The intelligence types could have told him, but it seemed a good way to start a conversation.

The woman spoke steadily enough. “General Service Sailor Rank Seven Gyal Barada, Syndicate Worlds Self-Defense Forces, Mobile Space Forces Directorate.”

Geary sat down in the other chair, grateful that he worked in a fleet rather than a “mobile space forces directorate.” “I’m Captain John Geary.” The woman blinked in confusion. “I used to be called Black Jack Geary. That’s probably how you’ve heard of me. I’m the commander of this fleet.”

Confusion changed to fear. “That’s how—” the Syndic sailor blurted, then choked off further words.

Geary kept his voice calming and conversational. “How what?”

She was staring at him in near terror. “I heard the officers talking before our ship was destroyed. The enemy fleet couldn’t be here, they said. It couldn’t have got here.

But it was.”

Geary nodded. “I did have something to do with that.”

“They told us this fleet was destroyed. In the home system. And you died a century ago.” The Syndic sailor had gone so pale that Geary feared she would faint.

“Were you injured in the battle?” he asked.

She shook her rapidly. “No. I don’t think so.”

“Have you been treated in accordance with the laws of war since being made prisoner?”

Confusion had returned again. “I...yes.”

“Good. How’s the war going?”

She swallowed and spoke the way someone did when reciting something. “The Syndicate Worlds are going from triumph to triumph. Final victory is within our grasp.”

“Is it?” Geary wondered for how long Syndic propaganda had been declaring final victory was nearly achieved. “Do you ever question that?” The woman shook her head, not saying anything. “I didn’t think so. It’s probably dangerous to question that sort of thing.” Still no answer. “Would you like to go home?”

She stared at Geary for a long time, then nodded. “So would I. But then my home is free. Yours isn’t.

Does that ever bother you?”

“I am a citizen of the Syndicate Worlds, living in prosperity and security thanks to the sacrifices of my leaders,” the sailor recited.

Amazing. That little piece of nonsense the Syndics get drilled into them hasn’t changed in a century. But then how do you improve on something that simple and misleading? “Do you actually believe that?”

“I am a citizen of the Syndicate Worlds—”

“I heard the first time. What would it require to get you to question that? To do something about it?”

She stared back at him, plainly terrified again. “I will not answer your questions.”

Geary nodded. “I didn’t expect an answer. I’m just curious what it would take for someone like you to turn against a government that enslaves you and mistreats you.”

The Syndic sailor stared back for a long while before speaking. “I have a home world to defend.”

Another pause. “I have a family on that world.”

Geary thought about that, then nodded again. Old motivations, but strong ones. Defend your home from foreign invaders. And keep your family safe from your own government. It had worked for countless totalitarian states throughout human history. For a while, anyway. “I’m going to tell you something. I don’t expect you to believe it, but I’ll tell you anyway. The Alliance doesn’t want to attack your world. It doesn’t

want to cause harm to your family. No one in the Alliance is fighting because we fear our own government. Everyone in the Syndicate Worlds has the choice of continuing to support their leaders in this ugly war or calling for it to end on terms of mutual safety.”

Her face had closed down like a true believer being told that her ancestors weren't watching over her, but the Syndic sailor said nothing. Remaining silent in the face of authority even when you disagreed with it was doubtless a survival tactic in the Syndicate Worlds.

Geary stood up. “Your ships fought bravely. I regret the fact that we had to destroy them. May our children meet in peace someday.” Those words finally drew a startled reaction, but the Syndic sailor just stared, not saying anything as Geary left the room.

“You can't talk them into working against their leaders,” the lieutenant commented. “We try. You'd think self-interest would motivate them.”

Geary shook his head. “Lieutenant, if self-interest motivated humans, then you, I, and every other Alliance and Syndic soldier, sailor, and Marine would be sitting on a beach back on our home worlds drinking beer. For better or for worse, people believe in things they'll fight for. In our case, better, in their case, worse.”

“Yes, sir. But you planted an interesting seed there, sir. We didn't realize how that would play out.”

“What do you mean?” Geary asked.

“She thinks you're dead, and she thinks this fleet was destroyed. Did you see how scared she was? Her metabolic readings went sky high. She thinks that we're a ghost fleet commanded by a ghost.” The lieutenant grinned. “That just might impact Syndic morale a bit.”

“It might.” He studied the Syndic sailor through the one-way mirror. “What are the plans for her and the other prisoners?”

“We'd been trying to decide. They don't have any intelligence value. But if we can use them to spread rumors, that might benefit us,” the lieutenant said carefully, “perhaps we should...consider...releasing them.”

“Do we still have their escape pods on board?”

“Yes, sir.” The lieutenant seemed surprised that Geary hadn't been outraged at his suggestion. “We searched the pods for anything of value that might have been brought off their ships, but there's nothing worthwhile in them either.”

Geary looked at the Syndic sailor, thinking that a few changes in events would have left him in her place.

A century ago if the Syndics had picked up his pod after the battle. A few months ago if this fleet had been unable to run from the Syndic home system, the ships all destroyed, the crews captured. “All right, then. Here's my orders. There wouldn't be

any sense anyway in hauling around Syndic prisoners of no value that we have to feed and guard and keep confined. I think you've made a very good suggestion.

We can use these prisoners to our benefit. Make sure the other prisoners know who's in command of this fleet. I'll make personal appearances for any of them who don't believe it. Then I want them returned to their escape pods and relaunched so they can land on one of the worlds in this system."

The lieutenant grinned. "Yes, sir. They're going to be surprised."

"I like surprising the Syndics," Geary noted dryly. "Don't you?" The lieutenant smiled wider. "Make certain the pods have sufficient life support and fuel remaining to get those people home. They may need to be restocked. Have system checks run on them, too, to make sure nothing critical got broken by the energy release from the gate." Intelligence types might not pay attention to that kind of detail if not reminded. "Understood?"

"Yes, sir." The lieutenant hesitated. "This may not work, sir. And they're not going to be grateful for being released. We may just end up fighting them again."

"Maybe. Maybe not. A few sailors more or less shouldn't make a big difference to the Syndic war effort."

"That's true, sir."

"One other thing," Geary added. "I could tell that you were reluctant to suggest this course of action to me. I want to know when the Intelligence section has ideas. If I don't want to follow them, I'll decide that after I've heard them."

"Yes, sir."

"And you never know, Lieutenant. On the one hand, those sailors may spread rumors that we're all demons. On the other hand, we treated them decently. If enough Syndics learn that we're not demons, maybe that will help, too." He left, thinking that in a few more days the fleet could leave Sancere, having taken everything it could carry and destroyed everything it couldn't. About a billion Syndic citizens would be looking up at the stars and breathing easier. They would also be worrying about the Alliance fleet possibly reappearing someday. That wouldn't be possible, their leaders would assure them, but then it should have been impossible for the fleet to show up here even once. One way or another, this fleet had given a lot of Syndics a lot to think about.

Of course, Syndic Force Alpha was still out there. Sooner or later, Geary was sure Force Alpha would try something. It couldn't let the Alliance fleet leave without trying an attack of some kind, not if the CEO

in charge of it wanted to keep his or her head on their shoulders.

## NINE

“SYNDIC Force Alpha’s moving.” The warning from a Dauntless watch-stander came almost simultaneously with an alerting message from Alliance Formation Echo, which was currently charged with blocking any attack by the surviving Syndic flotilla.

Geary rubbed his chin, studying the sightings coming in. The Syndic flotilla had been cruising along the outer edges of the star system for days now, watching from very long range as the Alliance fleet systematically looted supplies and repaired damage to its own ships. Now it had finally come around and begun accelerating toward the inner system. “Too early to tell where they’re aiming for.”

“Yes, sir,” Captain Desjani agreed.

“But even after the damage Task Force Furious inflicted, they’ve still got eight battleships and four battle cruisers.” Geary checked the display again. The two battle cruisers shot up by Task Force Furious had jumped out using different jump points over the last two days, doubtless going to notify the Syndic leadership that the Alliance fleet had shown up at Sancere and to call for reinforcements. One of the HuKs had also jumped out, heading for a third destination. It would be about a week’s transit time for all of them to their objectives, plus time to gather more warships, then a week back. More Syndics would be coming, but Geary planned to have the Alliance fleet long gone before they arrived. “Plus eight heavy cruisers and five HuKs. They outgun any one of our subformations, even though they don’t have nearly enough escorts.”

He pondered the situation. The Syndics had been about three and a half light-hours out from the star Sancere when they turned inward. Alliance Formation Echo was outside the orbit of the fifth world, only thirty light-minutes from the sun. The Syndics had been accelerating toward the inner system for three hours before any Alliance ship had seen them. Three hours’ time delay left a lot of room for as-yet-unseen changes.

On the other hand, even if the Syndics ramped all the way up to .2 light, it would still take them at least fifteen hours to even reach the area where Alliance Formation Echo was located. If they were aiming at any other Alliance formation, the time required to intercept at even .2 light ranged from twenty hours to well over a day. Nothing was going to happen immediately. But eventually things would happen quickly.

Don’t act too fast. But don’t put off acting, either. Do I want to stop all exploitation activity in this system to confront Syndic Force Alpha? But if I do, what’s to stop the Syndics from just racing through the system at .2 light or even higher? How long could they keep that up, denying me the chance to engage them

and keeping my forces from continuing to loot the supplies we need? It would be the smartest thing they could do. Good thing they didn't think of something like that sooner. "Captain Desjani. Assume the Syndics are planning to hit a smaller Alliance force, but will avoid action indefinitely if confronted with a larger force. What would you recommend?"

She considered the question, gazing at her display. "We can try seeding mines in their path, but at the speeds we would need to be going to ensure intercepting their track, the odds of planting a decent minefield are pretty low."

"What about high-speed engagements? Could we manage to inflict much damage that way?"

Desjani grimaced. "If they're going point two light and we're coming in fast to meet them? Then the combined velocities would be, maybe, point two five light to point three light or higher. The relativistic distortion would be ferocious. Even the tiniest errors in compensating for it would mean clean misses."

"So we have to slow them down to engagement speed and meet them with a more powerful force,"

Geary concluded.

"I don't think that's going to happen," Desjani suggested unhappily.

Co-President Rione's voice came from behind them. "Why do military minds always focus on one alternative?" Geary looked back at her. "The way to slow them down is to offer a target that seems attractive."

"I don't care for sacrificing units that way," Geary stated flatly, earning an emphatic nod of agreement from Desjani.

Rione leaned forward. "You're too honest in your thinking, Captain Geary. You, too, Captain Desjani.

Make it a trap."

Geary exchanged a glance with Desjani as he spoke to Rione again. "What kind of trap?"

"I'm not a military expert, Captain Geary. Surely you can think of something."

Desjani's eyes had narrowed as she studied the display. "There might be a way."

"Even with the Syndics able to see everything we're doing?" Geary asked.

"Yes, sir. The trick would be making it look like we're doing one thing when we're actually planning another."

Rione nodded. "Yes. Excellent. Present one image to the enemy while keeping your true intentions hidden."

Geary kept his expression controlled while nodding back. Hearing Rione recommend that course of action was a little unsettling, given his doubts about her intentions toward him. "We can't make the force we'll use to bait the Syndics too powerful. They'll spot that without fail."



“I am thinking,” Desjani stated slowly, “of a star named Sutrah.”

Geary frowned at her, then his expression cleared. “That would be poetic justice, wouldn’t it?”

In the end, it required an awesome amount of analysis for the maneuvering systems to come up with the movement plan needed to implement Desjani’s idea. All six Alliance fleet formations had to swing through space, in some cases trading ships that would follow their own tracks for a while, some of the ships and formations passing through certain small areas where the Syndics were judged most likely to transit given the movements of all of the Alliance ships, most particularly Alliance Formation Gamma. This all had to be done without making it apparent to the Syndics why they were moving in that particular way, and presenting a credible image of part of the Alliance fleet girding for an engagement with the Syndics while other portions tried to continue looting Syndic assets. Formation Gamma had to be maneuvered in such a way as to present an attractive target while looking like it was unaware of the fact that it was exposed to Syndic intercept if the Syndics altered course away from battle with the larger force being assembled to meet its current path.

Captain Tulev’s battle cruisers had been joined by the fast fleet auxiliary Goblin, and were now to be dangled as the necessary bait even though Geary hated the idea of risking one of the auxiliaries. “They won’t bite without one of the auxiliaries in the target force,” Desjani had insisted, and Geary had reluctantly agreed.

Now he stared at the intricate web of tracks his ships were to follow for a long moment before authorizing the orders to be sent. “All units. Maneuvering orders to follow. Every unit must carry out these orders exactly as sent.”

It was far too complex to pass by voice. The detailed orders went out to all ships, and at the ordered times they began moving, though with the time delays involved in seeing his widely scattered formations, Geary had plenty of time to worry about whether everyone was acting as ordered. It was the sort of thing no human or command staff could have put together or executed. Without the substantial superiority in ships that Geary had over Syndic Force Alpha, it wouldn’t even have been possible.

Now he sat, watching the ships move at various distances and time delays, as the Syndics pressed onward toward the inner system.

“You’ll be exhausted if you stay up here until the battle,” a voice murmured.

Geary roused himself and looked back at Rione. “I know. But this entire thing depends on everyone doing what they’re told.”

“And if they don’t,” she replied, “you won’t even see it until some time after they didn’t. Watching makes no difference. Get some rest.”

He gave Desjani a glance. Dauntless’s commanding officer was catnapping in her command chair. Geary envied her the ability to do that. He checked his display again.

If the Syndics kept on their current track, they would be approaching engagement range in eight hours. If they slowed or turned, engagement range to any other Alliance formation would be at least ten hours. Engagement time to Formation Gamma, if the Syndics had already turned, was ten and half hours. Rione is right. I'm an idiot to stay up here. "I'm going below for a while," Geary informed the watchstanders on the bridge. "Please inform me immediately if any ship deviates from their ordered tracks or if we spot changes in the Syndic track."

He stood, looking at Rione. "How about you?"

She shook her head, looking past him. "I don't want any rumors about the way you spend your time preparing for battle, Captain Geary," Rione said in a very soft voice. "You're going down to sleep. Do it."

"Yes, Madam Co-President," Geary responded. "You're not going to stay up here the whole time, are you?"

She shook her head. "In a while I'll go to my stateroom."

That would surely be remarked, Geary knew, by the many eyes that just happened to notice such things.

He also knew Rione was right about it looking bad if his fleet believed Geary was enjoying himself while battle loomed. "Okay. I'll see you back here in a while."

This time Rione nodded. "I confess I feel partly responsible if this plan doesn't work. I suggested it, in a way."

"You did. But I approved it. It's my responsibility. No one else's."

Rione looked straight into his eyes. "John Geary, I've had moments of wondering if I should've succumbed to my feelings for you, if I shouldn't rather have kept my distance for the sake of the Alliance and for my own long-term happiness. Statements such as that reassure me."

There didn't seem any good, simple answer to that, so Geary nodded to her and smiled. He left the bridge, taking a meandering path to his stateroom so he could be seen by the crew of Dauntless, stopping at a few places to speak with the crew and repeat the now-familiar lines about his certainty that they would defeat the Syndics in this battle, that the fleet would get home safely, and that he was proud to serve with them. No matter how false he sometimes felt about promising the first two things, Geary always knew the last statement was true. Knowing that helped him sleep when he finally got to his stateroom, though he was surprised to discover that the absence of Victoria Rione from his bed already felt noticeable.

He woke to his communications alert, seeing that six hours had passed. "Geary here."

"We've spotted Syndic Force Alpha maneuvering, sir. They're heading for Formation Gamma."

The bait had been taken. "I'll be up there in a few minutes."

There had been a lot of options for the Syndic flotilla as it charged into the inner system. Too many to produce any meaningful prediction of what particular spots in space it would pass through. The Alliance plan had been aimed at luring the Syndics into a particular course of action, in this case an attack on a smaller formation that appeared to have accidentally been left out of supporting range of the rest of the fleet. As Geary settled into his seat on the bridge of the Dauntless and checked the display, he saw the probability cone for the Syndics' course still had a huge diameter at its base where the Syndic flotilla had just changed course. But that cone necked down inexorably toward a tight channel near the track of Alliance Formation Gamma, which the Syndics would have to traverse if they wanted to engage the ships in Gamma. Beautiful. If they do it, we've got them. If they decide not to hit Gamma, then those ships will be safe. Either way we've won except for some wasted ordnance.

The rest of the Alliance fleet was still re-forming. Another small formation accompanied by Witch but too far off for the Syndics to target without sweeping around through the system, and two larger formations, one built around Dauntless and the other centered on Courageous. Task Force Furious was almost two light-hours distant on the side away from the Syndics, where it had been returning from smashing some Syndic installations on the two innermost worlds. Geary was gratified to see that a good number of the ships making up both formations were still on the way. Part of the plan involved letting the Syndics think the Alliance was taking its time getting ready to meet the Syndic attack, and as a result the Alliance would be forced to be slow in reacting to the changed Syndic course.

All theater, preplanned to lure the Syndics into going where the Alliance wanted them to go.

It was nonetheless increasingly nerve-racking to see the Syndics heading toward Formation Gamma, which was holding its track but had accelerated from .05 to .075 light speed. To the Syndics, that would look like an attempt to escape, but it was actually aimed at adjusting the location where the Syndics would intercept Formation Gamma. It all came down to simple physics now. In order to get within striking range of Gamma, the Syndics would have to go where the Alliance wanted them to go. The trick was to keep the Syndics from changing their minds and veering off. Accordingly, Gamma made a show of trying to accelerate past .075 light, only to have Goblin fall behind as if she couldn't keep up. The rest of the ships in Gamma slowed to rejoin Goblin, having put on a hopefully convincing show for the Syndics.

His own formation finally assembled, Geary swung it around and down to head for an intercept with Syndic Force Alpha. He had retained the name Formation Delta, even though he now had more than twice as many ships. On the far side of Formation Gamma was the new Formation Bravo, also bulked up to twice its former strength,

thirty light-minutes away but hopefully getting into motion itself now. A much smaller force, Formation Echo with Witch, was playacting as if returning to the third planet to loot more supplies or destroy more surface installations. Finally, Task Force Furious had been told to remain on the far side of the system, a last piece of insurance against the Syndics getting away clean. If all else failed, Task Force Furious might get in some good shots as the Syndics tried to climb out of the system again.

“Surely they’re going to figure out what you’re doing now,” Rione noted.

“I sure as hell hope not,” Geary replied. “It shouldn’t be as obvious to the Syndics. To them, it’s going to look as if we’re bending on speed but won’t be able to reach them at engagement speeds before they reach Formation Gamma. Same for Formation Bravo, since its intercept location is even farther off than ours. The Syndics are thinking they’ve caught a weaker formation that we let get too far from supporting formations. They’re planning to come in fast, brake hard, rake Gamma with everything they’ve got, then accelerate away and frustrate our planned intercepts by this formation and Formation Bravo.”

“You’re a more devious man than I’d thought, Captain Geary,” Rione observed.

“Captain Desjani helped come up with the plan.”

Desjani grinned.

“Anyway, if all goes right, the Syndic plan won’t even survive until contact with Gamma. It’ll start falling apart well before then. The really hard part in setting this up was getting enough ships to cross through the area where the Syndics will have to transit to intercept Gamma, without the Syndics figuring out those ships were dropping strings of mines along a single relatively narrow channel.”

“And,” Desjani added, “since the Syndic plan clearly requires them to come in fast, maintaining close to point two light as long as they can before braking hard to engage Gamma, relativistic distortion is going to make it very difficult for them to see the mines, especially since it’s not a single, dense minefield but a diffuse series of strings.”

Now it was just a matter of watching again. Everyone remained several hours away from any contact, the representations of the various formations seeming to crawl through the display of Sancere Star System.

Geary took advantage of the time to arrange his formation for what he expected would work best.

Assuming the Syndics would seek to avoid a fight with him, Geary arranged his ships in a rectangular block, the battleships and battle cruisers clustered by divisions down the center, the escorts around the outside. If he only got one firing pass, he wanted to ensure his heaviest units could all hit the Syndics in succession.

Increasingly restless, Geary finally stood up. “I’m going to walk around the ship.” The crew undoubtedly thought his walks were a sign of his interest in them, and they

certainly were that, but at times like this, the walks were also a way to work out nervousness and kill time during the long, slow approach to combat.

The crew members he met all seemed tired from the long days at increased alert while in Sancere Star System, but cheerful and confident. The hopeful and certain expressions they turned on Geary still had a tendency to unnerve him, since he knew how fallible he really was, but at least he also knew he hadn't let them down yet. As he walked around, Geary noticed crew members looking past him as if expecting to see someone with him, and realized they were looking for Co-President Rione, even though none of them mentioned her. That was a little unnerving, too.

At some point, he went past the worship area and walked into the area set aside for ancestors, entering one of the small rooms and lighting a candle before saying a brief prayer. The living stars knew he needed all of the help he could get. But tempting as it was to linger and speak for a while to the one audience he felt sure of, his dead ancestors, Geary knew he couldn't hide in here while the fleet headed for battle.

All of that didn't kill nearly enough time. Geary confirmed that nothing had changed in the situation, everybody rushing toward their respective intercept points and the Syndics still closing in on the path to the mines, then forced himself to go by the meal areas and pretend to eat. Most of what they had now was Syndic rations looted from places like Kaliban and now Sancere. The best thing about the Syndic food, Geary and the sailors he spoke with agreed, was that it made the usual fleet food seem good by comparison. "If we offered the Syndics decent meals, they'd probably surrender in droves," one of the sailors suggested as she choked down something that was apparently supposed to be hash, though made up of unidentifiable meat and some very odd looking potatoes with the texture and taste of blocks of cardboard.

Geary returned to the bridge. Rione wasn't there, and Desjani was asleep in her chair again. A captain who spent that much time on the bridge could drive her crew insane, but Desjani wasn't a screamer or a micromanager, so her presence didn't wear on her watch-standers. She woke up as Geary entered and nodded to him. "One more hour until the Syndics reach the first mines. They're still heading right down the chute."

"When do you think they'll start braking?" Geary asked.

"In about half an hour. That'll leave them a very slight margin for error." Desjani indicated the projected track on the display. "If they brake too early, they'll slide off the path to the mines, but we'll have a much better shot at catching them with this formation. But if they want to hit Formation Gamma, they'll have to start braking at this point."

Geary settled in, relaxing as best he could. To kill time, he began rechecking the

supplies the fleet had picked up here at Sancere, and how the auxiliaries were doing on manufacturing replacement items.

There had been a lot of maneuvering here in Sancere, burning through fuel cells, so Geary tossed off a quick message to Captain Tyrosian on Witch to make sure new fuel cells were a priority. All of the grapeshot, mines, and missiles in the world wouldn't provide enough help to ships that couldn't maneuver.

Co-President Rione returned, surveying the bridge of the Dauntless, Captain Desjani, and Captain Geary with her usual unruffled and challenging attitude. Nodding in greeting, Geary realized there was little chance of him ever accidentally calling her Victoria while on the bridge. The Co-President Rione who occupied the observer's seat on the bridge might look like the Victoria who shared Geary's bed, but her attitude was so different that she seemed to really be another person, one who retained distance and distrust toward Captain Geary. I did ask her to stay challenging, after all. But I have a feeling she'd be like this whether I'd asked it of her or not.

Desjani also nodded in almost-friendly greeting. Being involved with Geary had clearly made Rione more trustworthy in Desjani's eyes, though he suspected Rione would react pretty negatively to the idea. He certainly wasn't going to mention it to her. But then she probably already had realized that, which might be contributing to the frosty way Rione was treating Geary on the bridge. Maybe he should put off mentioning to Rione that the crew seemed to be expecting to see them together. Or maybe she wanted to be seen with him, to make as public a spectacle as possible of their association.

Geary turned back to the much less complicated situation playing out between the Syndic flotilla and his five formations. His display indicated every Alliance ship had come to full battle readiness. He and thousands of other officers and sailors had nothing to do for a while yet but watch the time scroll down to the moments when the Syndics would encounter the first mines.

The Syndics pivoted up and over in place almost exactly when predicted, bringing their propulsion units to face forward so they could brake the Syndic formation's velocity down to engagement speed. A few minutes later, Geary saw Formation Gamma increase speed a fraction to move the Syndic track to intercept exactly back onto the path through the mines. Surely the Syndics would get suspicious? But, perhaps because they were fixed on their intended targets, the Syndics adjusted their course just as the Alliance needed them to.

Fifteen more minutes crawled by. "Here they come," Desjani murmured.

The intricate maneuvers that had set up the trap had sent ships or formations across the space the Syndic flotilla was now braking through. The result hadn't been so much a minefield as a lattice made up of multiple rows and strings of mines spread across light-seconds of distance along the track. The Syndic warships were now

rushing stern first into the area holding those mines. Any hits would fall on their main propulsion units aft, which was exactly where the Alliance wanted those hits to strike.

The Syndic formation braked through the first two lines of mines without encountering any. Frustrating, but the odds didn't favor a lot of hits. The third line lay right across their path.

A Syndic HuK took a direct hit on the stern. The mine collapsed the rear shields and blew the HuK's propulsion units, leaving it unable to maneuver. One of the battle cruisers took two hits, losing a single propulsion unit. There was a pause as the Syndics swept onward, until they hit where the fourth and fifth lines crossed. This time several hits sparked on the Syndic ships, sending a heavy cruiser stumbling out of formation and taking out a couple of propulsion units on another battle cruiser.

By this time the Syndics had figured out they were running into something. The most effective counter would be to pivot their ships so they were facing forward and would take any further hits on their bows.

But pivoting would mean the warships couldn't use their main propulsion systems to brake anymore, which would prevent them from slowing enough to intercept Formation Gamma. Geary had guessed that the Syndic leader would chose to continue taking occasional hits rather than give up the chance to strike the Alliance ships in Gamma. If the Syndics had hit all the mines at once and sustained the damage in a single burst, it probably would've caused the leader to call off the attack, but instead the hits kept coming in ones and twos, adding up in a way that the Syndic commander might well miss until too late while focus remained on the Alliance warships in Gamma.

More hits occurred as the Syndics encountered successive lines of mines, each one doing a little more damage, weakening even the shields on the battleships. By this time the Syndic commander had to be worried. The damaged ships were already losing their places in formation and might have to be left behind when the Syndic flotilla accelerated away after hitting Gamma.

"Captain Tulev has fired specters," Desjani observed. "It looks like he's firing every specter he's got."

"They'll intercept the Syndic formation just as it's clearing the last string of mines."

"Good move," Geary agreed.

A final flurry of three mine strikes marked the last string of mines, then the Syndic ships were sweeping down on Formation Gamma with no more obstacles between them. Moments later the specters from Gamma flashed into contact. The high relative speed caused some to miss, but others hammered at ships that in many cases had already seen their shields drained by mine hits and hadn't recovered yet. Another battle cruiser took hits to its propulsion systems, another HuK vanished into

a ball of debris, and two of the remaining heavy cruisers were badly battered. Even better, two of the battleships lost a couple of propulsion units.

“Adjust course as necessary to intercept the Syndics,” Geary ordered Desjani, passing the same command to Captain Duellos in Formation Bravo. The rest of the ships in the formation would conform to Dauntless’s moves as Desjani made minor adjustments to course and speed to manage the best intercept.

“We’ll have to start braking ourselves, soon,” she advised.

Geary checked his display and nodded. “All units in Formation Delta, adjust ships’ headings one hundred eighty degrees now.” That would bring the Alliance ships around so their main propulsion units faced aft.

“Begin braking down to point one light at time three one.”

Tulev had formed his battle cruisers facing the Syndics and close around Goblin, making as close to a physical shield for Goblin as it was possible to construct. The Syndic formation, though increasingly spread out as damaged ships fell out of position, was still aiming for intercept and still had more than twice the firepower available to Tulev’s forces.

Geary blinked, trying to understand what he had just seen.

Desjani was grinning broadly. “Brilliant!”

Tulev had pivoted his ships and accelerated at maximum when it was too late for the Syndics to react but just in time to throw off the Syndic intercept. The maneuver had required perfect timing, and Tulev had carried it off. He’d also thrown a barrage of grapeshot at the leading Syndic ships, which were firing on the place Tulev’s ships should have been if they hadn’t changed speed, only belatedly shifting aim to target the actual positions of the Alliance warships. The two leading battleships seemed to flare incandescent as the Alliance grapeshot hit their shields in a concentrated volley. “He got them!” Desjani exulted as Dauntless’s sensors provided damage reports that both battleships had been badly hurt.

But that left a lot of Syndic capital ships rolling past Tulev’s formation. The shields on the Alliance battle cruisers around Goblin sparked and flashed with hits as the Syndic battleships poured fire onto them.

“Leviathan has taken several hits,” a watch-stander reported. “Dragon has lost two propulsion units and main maneuvering control. Steadfast reports hell-lance batteries one alpha and three alpha out of commission and numerous hits. Valiant has taken serious damage amidships but is continuing to fire.”

Geary clenched his fists, trying not to think of the sailors dying on those battle cruisers. If he lost one or more of the battle cruisers, it would be a bitter price for whatever losses were inflicted on the Syndics.

“Most of the Syndic capital ships have passed out of range of Formation Gamma,” a watch-stander reported.



It dawned on Geary as he read the updates on damage to his battle cruisers that they had been saved by the damage inflicted on the Syndics earlier as a result of mines, specters, and grapeshot. The cumulative effect of those hits had spread out the Syndic formation so that their fire wasn't concentrated on the battle cruisers in one short, overwhelming barrage but rather dispersed enough to allow the screens on the Alliance ships to hold longer than they would have otherwise. "What about Goblin?"

"Several hits, none critical."

Geary let out a breath he hadn't known he was holding. Tulev's battle cruisers had hit back as the Syndics roared past, inflicting more damage. And unlike the Alliance warships, the Syndics didn't have massive reinforcements rushing to the scene. They had to run, but many of them couldn't run fast enough anymore.

Unfortunately, plenty of them could still run.

Geary made a fist and softly pounded the arm of his chair. He had occasionally wondered why that part of the chair's arm didn't have controls on it and finally realized it had been deliberately left bare so that frustrated and worried commanders could beat on it. "He's still got five battleships with only minor damage and three heavy cruisers." The Syndic formation was stretching out as the warships with full propulsion capability accelerated away from the damaged units. "We can't catch those. Blast."

"We won't have to," Desjani stated in a flat voice. "Unless I miss my guess."

"What do you mean?"

She pointed at the front of the Syndic formation. "There's a commander out there who's now lost half of their force, or will once we catch those damaged ships. The remaining units won't be able to threaten us enough to prevent us from completing whatever we want to do in this star system. That commander knows the best fate they can hope for is a labor camp. A firing squad is more likely, though we've heard of punishments that amount to torturing someone to death under the guise of 'volunteering for medical research' and other euphemisms."

Geary studied the display. "You think that commander will choose death in battle?"

"Or at least fighting to the death of their ships. It might not seem the best option, unless you're a commander facing death anyway." Desjani gestured again. "There they go." The undamaged and lightly damaged battleships were braking, falling back to rejoin their damaged sisters. "Despairing or not,"

Desjani acknowledged, "it's a brave move by all of those ships."

Hearing Desjani describe Syndics as brave startled Geary. She was starting to think of the enemy as human. He would have to warn her that such feelings could help her understand the enemy's actions but also make it harder to do what needed to be done. Like killing the brave sailors on those brave ships.

Intercept points were updating rapidly on his maneuvering display as the Syndics' speed dropped lower.

"I'm going to bring this formation across the bottom of the Syndics and have Formation Bravo come across the top here. They should be able to hit the Syndics about fifteen minutes after our pass. We'll come around and hit them again after that." Geary gave the orders, angling Formation Delta slightly to port and down, telling Formation Bravo to also turn to port a bit and angle up.

Tulev had sent his escorts after the departing enemy, and now one of the damaged Syndic heavy cruisers at the rear of the formation blew up under the fire of the Alliance light forces snapping at the heels of the Syndics. Geary frowned, studying the movements of the Syndic battleships. "Task Force Gamma, get your escorts back. They're going to be facing battleships soon unless they break contact. Have them take up position outside of enemy effective range, ready to hit any units that fall back outside the protection of the rest of the force." Like wolves racing behind a fleeing herd, ready to pull down any animal that faltered.

But it would be several minutes yet before the escorts got that message. Hopefully the Syndic attempt to concentrate their formation would take longer than that.

The Syndics were settling into a roughly cubical formation when Geary took Formation Delta beneath them, unleashing an avalanche of fire on the ships on the bottom of the enemy force. Two damaged battle cruisers were riddled and three battleships took heavy damage, while the heavy cruisers and few surviving HuKs simply disintegrated under the Alliance fire.

Fifteen minutes later, as Geary was bringing Formation Delta around in a wide curve, Formation Bravo swung across the top of the Syndic formation, smashing two battleships and one of the remaining battle cruisers.

Geary pressed his communications controls as Formation Delta steadied on another firing pass.

"Commander of the Syndic flotilla under attack, your situation is hopeless. Surrender your ships. You and your crews will be treated in accordance with the laws of war."

There wasn't any answer, but Geary hadn't expected one. As Desjani had said, the Syndic commander had likely decided that death in battle was preferable to the fate his superiors were likely to inflict.

The Syndic cube was shrinking into a flat square, its speed reduced even more as less damaged ships slowed to stay with their damaged sisters, when the second pass from Formation Delta ripped through it and left only two battleships functional. The second pass from Formation Bravo finished them, smashing the remnants of Syndic Force Alpha into scrap. As Formation Bravo drew away, one of the broken Syndic

battleships blew up from a core overload.

Geary blew out a long breath, gazing at the cloud of escape pods heading for refuge. “What do you think the odds are that the Syndic commander went down with that last battleship?” he asked no one in particular.

Desjani just nodded.

Rione gestured toward the display, which showed Alliance ships closing on the Syndic wrecks to ensure they were all completely destroyed and unsalvageable by the Syndics. “Congratulations on your victory, Captain Geary.”

“You gave us the idea,” Geary responded.

Desjani nodded again. “An object lesson in what happens when you do what the enemy wants you to do.”

“Yeah. The trick is figuring out what the enemy wants you to do, and doing something different.” He pondered the state of his fleet. “All units, rejoin Dauntless in fleet general purpose Formation Echelon.

Captain Tulev, I want your battle cruisers and escorts with the auxiliaries division so they can provide support to you. Give me estimated repair times for your ships when possible. To all ships in Formation Gamma, very well done.”

Desjani gave him a glance. “Are we leaving Sancere soon?”

“That’s right.” Geary ran his eyes across the system display, remembering the mass of installations and shipping that had greeted the Alliance fleet when it had arrived here. Very few of those were left. Let’s see if the Syndics can try to spin this into a victory. “We’ve done all the damage we need to do here.

And we’re going to be needed at Ilion. If we’re lucky, there’ll be some ships rejoining us there.”

“And some Syndicate Worlds forces right behind them,” Rione noted.

“Yeah. I’d better make sure the auxiliaries are manufacturing more weapons as well as more fuel cells during the transit. I’m assuming we’ll need both at Ilion.”

BEFORE they went into jump, Geary took the time for a private conference with Commander Cresida.

“If not for your ideas on controlling that hypernet gate collapse, there’s a good chance none of us would be here. As fleet commander, I can authorize the award of a Silver Nebula, and that’s what I’m giving you. I hope you don’t mind that the wording on the citation may be a little vague.”

Cresida flushed with pleasure. “Thank you, sir. Hopefully we won’t need that firing algorithm again.”

“Let’s hope not,” Geary agreed. “You’ve done outstanding work as an independent formation commander.” He paused. “I’m also granting a battlefield promotion to captain. Congratulations. You earned it. We’ll have a proper ceremony at Ilion if time permits.”

“Captain?” Cresida smiled, looking stunned. “Thank you, sir. I don’t know what else to say.”

“You don’t have to say anything. Like I said, you earned it. Task Force Furious has proven to be a very valuable asset to this fleet.” Geary leaned back, relaxing in a way he knew communicated that the formal portion of the conference was over. “Commander Cresida—excuse me, Captain Cresida, there’s something I’ve been wondering.” She gave him an attentive look even as she smiled at the first use of her new rank. “When that hypernet gate here was destroyed, what happened to any ships heading for Sancere?”

“There’s two possibilities, sir,” Cresida stated. “One is that when the pathway between the Sancere gate and whatever gate they come from was broken, everything in it was destroyed in one manner or another.”

Geary nodded, thinking of ships suddenly dying without any warning. Enemy ships, but still... “What’s the other possibility?”

“It’s actually considered by far the most likely, sir,” Cresida assured him. “It’s believed that when the path ceases to exist, any ships affected simply fall back into normal space.”

“That’s all?” On the heels of his statement, Geary realized what that meant. “They drop into normal space. Somewhere between whatever star they came from and Sancere.”

“Yes, sir.”

“Which could be a long, long ways from any star,” Geary added.

“Yes, sir.” Cresida grimaced. “With luck, and rationing, and some creative attempts at converting compartments into growing areas to recycle waste, grow food, and regenerate oxygen supplies, they should be able to make it to a star from which they could use jump points to get somewhere safe.”

“It’d take years, though, even if they were only a light-year from the nearest star.”

“At the sort of economical cruising speed they’d have to use, yes, sir. Probably at least ten years.

Possibly a lot more.”

Geary shook his head. “I guess it beats dying. Oh, hell, they could use some of their escape pods. Put most of their crews into survival sleep without launching the pods. That would stretch all of their supplies a lot. I wouldn’t want to be one of the guys left awake, though. That’d be a long time staring at a star getting bigger very, very slowly.”

“It’s not like we’re going to be home tomorrow,” Cresida pointed out wryly.

“True. And if we caused a lot of Syndic warships to get stuck between stars for a decade, that ought to help out the Alliance a bit.” He smiled somewhat, too. “Maybe they’d finally get to a star and find out the war had been over for years. I wonder how

that would feel?”

Cresida didn't reply for a moment. “Some of us wonder if the war will ever be over, if we and the Syndics will just keep fighting no matter what happens.”

Geary looked at her, recalling that the war had been going on for Cresida's entire life and long before then. “I suppose sometimes it must seem like it'll last forever. But there must be a way to bring it to an end in a way that preserves the safety of the Alliance and ensures the Syndics won't attack again.” The ability to use hypernet gates as means of unparalleled destruction came back to him, then. That would end the war and eliminate the Syndic threat. Would he ever come to believe that was the only thing to do? Or, worse, that it was the right thing to do? “I'll see you at Ilion, Captain.”

## TEN

AFTER the riches of Sancere, Ilion seemed bare and bereft. A single marginally habitable world boasted a few enclosed cities, one of them already apparently shut down for lack of inhabitants. The only shipping to be seen were a few aged in-system ships running between the habitable world and some old industrial facilities near an asteroid belt. No warships to be seen, and the Syndic military base that had occupied a moon of a gas giant about two light-hours out from the star had also been mothballed.

Geary decided not to bother communicating with the inhabitants of the Syndic planet. He had no intention of bringing the fleet near them and couldn't imagine they had anything he needed. Indeed, careful examination of the closed Syndic military base showed that it had been stripped of supplies, with even some of the equipment cannibalized. "It looks like they've been taking that base apart for a couple of decades, at least," Desjani observed. "With Sancere so close, everybody who could leave must have already left."

"Why do you suppose the Syndics haven't already evacuated the planet, then?" Geary wondered.

"I'd bet because moving all of those people would cost a fair amount of money. They've probably been left there to fend for themselves because on a Syndic corporate balance sheet they're not worth moving."

"Abandoned in place." Geary nodded, wondering how that would feel. It was something sometimes done to equipment. He had never expected to see it being done to people. How long could these people keep going on what they could grow, manufacture, and cannibalize? It was a good bet the population left here was still shrinking. Would the day arrive, centuries from now perhaps, when the last human in Ilion died?

He had seen a number of systems bypassed by the hypernet before this, but Ilion carried the worst impact. "Let's get the fleet moved to cover the jump point from Strena." If any of those almost forty ships with Falco survived, they would have to come here through Strena. "I want us ten light-minutes from the jump point. If anyone comes through, they may need very fast rescue."

Geary took another look at the display. At their current speed it was about two days to the jump point he wanted to cover. "I guess it's time for another fleet conference."

It felt good to have the thirty ships from Task Force Furious back at the table. It felt good to see everyone pleased with how well Sancere had gone. For the moment at least, no one seemed ready to openly display hostility or dislike. Once again, Co-President Rione had chosen not to attend. Geary wondered what she was up to, why

she was depending on secondhand accounts of these meetings rather than being at them to raise questions and objections. Surely she knew that as long as the objections were reasonable he wouldn't take them wrongly.

The days spent in jump space between here and Sancere had been mostly given over to resting and recovery after the extended pressures of the operations at Sancere. With no alerts in the middle of sleep periods, Rione had been able to actually sleep while sleeping with him and seemed to have enjoyed that.

But she hadn't told him anything to explain why she wasn't present at this conference. The woman remained an enigma.

"We can only estimate what the ships that left the fleet have been doing," Geary told his assembled ship commanders, deliberately avoiding loaded terms like mutiny and fleeing. "The best guess our simulations have generated show that any that survived their certain encounter with vastly superior Syndic forces at Vidha would have retreated through these stars to reach Ilion, with their last waypoint at Strena." He laid that out bluntly. It was the simple truth, and if none of those ships had survived to reach here, he didn't want anyone wondering why. "If these estimates are correct, any ships seeking to rejoin the fleet will arrive sometime between tomorrow evening and the next four days."

"How long will we wait?" the commanding officer of Dragon asked.

Geary gazed on the display for a moment before answering. "At least through the end of those four days.

How much longer, I haven't decided. We can't stay indefinitely, but if anyone shows up, I want to be here."

"What if the Syndics show up first?" the captain of Terrible wondered.

"If it's within those four days, we'll fight," Geary confirmed. "After that will depend on a lot of factors. It will be my decision." Heads nodded, some in agreement and others just in acknowledgment that he was in charge. That was something, anyway. "If the Syndics come through on the heels of any ships trying to rejoin us, we'll have a fight on our hands. I expect to have to protect the ships arriving, since they'll probably have sustained a lot of damage, plus we'll have to do our best to wipe out the Syndic force."

Geary gestured toward the star display. "Once we've recovered our missing ships and dealt with any Syndic pursuers, my plans are to leave here for Tavika." That brought some smiles. Tavika would bring them back toward Alliance space. "Tavika will give us three options for the next jump. If it looks like Baldur is safe, we'll jump there next." More smiles. Between Baldur and Tavika the fleet would have made up the distance to Alliance space lost jumping toward Sancere. "At this point the Syndic command structure at a lot of places, including their home system, still hasn't heard that we paid a visit to Sancere.

Which means they have no idea where we are. Once they hear we were at Sancere, they're going to start looking, but they won't find us soon."

He paused, looking around the table. "If any ships rejoin us, we'll have to evaluate their damage. It's possible I'll have to order one or more to be evacuated if the damage is too great. Be ready to take personnel on board in case that happens. Ideally, we won't leave any ships behind. We will not leave any people behind regardless of the circumstances. Are there any other questions?"

There weren't. Everyone was being too compliant. Maybe he was being paranoid, but Geary found it hard to believe that every one of the commanders who had regarded him skeptically was now willing to simply accept whatever he said. Or maybe they were just tired. It was pretty late in the official day.

"Thank you."

When the others had "left," Captain Duellos's image remained, his eyes on the display. "It's frustrating, not being able to do anything but wait and hope for some of those ships to show up, isn't it?"

"Very," Geary agreed, flopping down into his seat. "Why is everybody being so quiet and accepting?"

Why aren't I getting more questions?"

Duelos bent a enigmatic look toward Geary. "Because everybody else is frustrated, too. They want to help those fools who ran off with Falco, but they can't think of any way to do it better than what we are doing, waiting here and hoping some of them make it to Ilion. Even the worst skeptic with the fleet approves of the risk you're taking in waiting here. If Falco was around to rally them with some fool plan to charge back and forth among Syndic star systems looking for our missing ships, then it might be different. But Falco didn't want to wait to build up more support."

"Lucky for me, I guess," Geary noted gloomily.

"Lucky for all those ships that didn't go with him as a result," Duellos corrected. "Cheer up, Captain Geary. Things are going well."

"They could be worse." Geary paused. "Okay, I've got a personal question. About me."

"About you? Or about you and the iron-jawed Co-President of the Callas Republic?"

Geary smiled. "Iron-jawed?"

"She's a tough woman," Duellos explained. "The sort who makes a valuable friend and a dangerous enemy."

"That describes Co-President Rione," Geary agreed.

"But I understand you're on friendly terms with her at the moment."

"You might say that. The entire fleet knows, right?"



Duellos nodded. "I haven't personally polled every sailor in the fleet, but I think it would be hard to find one who hasn't heard."

"No one's saying anything."

"What are we supposed to say?" Duellos asked. "Congratulations? Ask you what tactics you employed to achieve your objective?"

Geary laughed as Duellos grinned. "That's a good point. I just want to know if it's causing any problems."

I know Numos and his friends wanted to make an issue of my relationship with Rione back before there was any substance to the rumors."

"I've heard little," Duellos admitted. "As I once told you, it's your business and doesn't reflect on your professionalism. As long as you and Co-President Rione refrain from acting out in public, I expect no one will say anything. Openly that is. Those opposed to you will try to find a way to paint it in a negative light."

I can't see the issue gaining much traction, though, if you two continue to carry on as you have. The most damaging rumor would be that you've compelled Co-President Rione to become a sort of concubine, debasing her, but no one who has ever met that woman would believe such a rumor. Nor would rumors that you two are plotting against the Alliance hold up. Aside from the legend of Black Jack Geary's devotion to the Alliance there's also Co-President Rione's well-known loyalty to her world and to the Alliance as a whole." He gave Geary a questioning look. "How serious is it, if you don't mind my asking?"

"Frankly, I don't know."

"Not that you've asked, but I personally wouldn't toy with the affections of a woman like Co-President Rione. I wouldn't be surprised to learn that the expression about 'hell hath no fury' was coined about a woman very similar to her."

Geary smiled again. "I'm pretty sure that's not going to happen."

Duellos frowned down at his hand as if examining it. "On the other hand, the woman standing beside Black Jack Geary when he returns this fleet safely to Alliance space will be in an enviable position for a politician."

"That's true," Geary stated, keeping his voice carefully neutral.

Duellos glanced back at Geary. "You're riding a tiger. You know that."

"Yeah. I know that." The old saying had already occurred to him, that someone riding a tiger is fine except for the fact that the tiger is taking them where it wants and they don't dare get off, because the instant they do, the tiger can turn on them. She's powerful and can be dangerous. I wonder if those are some of the things that attracted me to Victoria Rione?

GEARY was still musing over that when he got back to his stateroom and found Victoria Rione waiting for him there. "Did the conference go well?"

"Your spies haven't reported in yet?" Geary replied.

It didn't faze her in the slightest. "Not all of them, no. It's rather inconvenient for them when you hold fleet conferences in the evening." She indicated the star display over the table. "I have something to show you."

He sat down, his eyes on the region of stars shown. He could usually guess which general area of space he was looking at by spotting particularly noteworthy stars, nebulas, or other features, but not this time.

There wasn't a single thing he could identify from memory. "Where is this?"

"The far side of Syndicate Worlds space. It's not surprising you can't recognize it since no one from the Alliance has ever been allowed there, except perhaps as prisoners en route to labor camps." Rione's fingers danced delicately across the controls, rotating the view. "I've been studying some of the Syndic records we acquired at Sancere. This is the latest information available in them on the far side of the Syndicate Worlds. Do you notice anything?"

He watched the stars swing past slowly as the star field pivoted under Rione's commands. The boundary with unexplored or uncolonized star systems was a lumpy thing, of course. The arrangement of stars in the cosmos didn't lend itself to the neat lines that human minds liked to see. Something about the view teased at him, but he couldn't figure out what it was. "What am I supposed to be seeing?"

"Perhaps if I highlight star systems abandoned within the last century," Rione suggested. "And by abandoned I mean not left to wither, but rather star systems in which all human presence was withdrawn." She pushed another control, and several stars glowed brighter.

The picture clicked into place in Geary's mind. "It doesn't look like a frontier. It looks like a border."

"Yes," Rione agreed calmly. "It shouldn't look like a border, because there's not supposed to be anything bordering the far side of Syndicate Worlds space, but it does. The region of occupied star systems doesn't bulge and extend as it should to cover particularly rich stars. There's no gaps where much poorer stars have been left unoccupied."

"Just like the boundary between the Syndicate Worlds and the Alliance." Geary leaned closer, studying the region. "Isn't that interesting." He moved one finger to point to the abandoned star systems that Rione had indicated. "And these places would've penetrated beyond that 'border' that isn't supposed to be there."

"I was put in mind of the buffer zone you had the Marines create in that orbital city," Rione remarked. "A place no one is supposed to occupy to separate the Syndicate Worlds from...who or what? Now, I'm going to superimpose a representation of the Syndic hypernet in that region." Stars glowed a different color, forming an intricate lattice. "What do you see?"

"Are you sure of this?"

“Absolutely.”

Geary stared at the depiction. He had been told hypernet gates had gone into the systems rich enough or unique enough to justify the expense, places people wanted to go, stars whose resources and populations generated enough wealth to make the gates worthwhile there. But the hypernet had a military use as well, of course, allowing forces to be shifted very rapidly to where they were needed. A poor star, but one strategically placed, could earn a gate on that basis. There were a lot of poor stars with hypernet gates on the far side of Syndicate Worlds space. “They seem to be worried about something, don’t they?”

Rione nodded. “But if your speculation is correct, whoever or whatever gave humanity the hypernet technology has simply given the Syndicate Worlds the means to build nova-scale bombs in every system facing this unknown-to-us threat. It looks like a wall of defenses. It’s actually a minefield on an unimaginable scale, aimed at the people who think it’s defending them.”

“It’s more than that,” Geary replied. “I talked to Commander—blast it, Captain Cresida about what happens to ships headed for a hypernet gate that ceases to exist. Those ships might be lost, or they might be dumped into interstellar space a decade of travel time at least from any star. If the Syndics tried to rush reinforcements to that area, anything actually there would be destroyed by the energy discharge from the gates, and anything on the way would either be destroyed or eliminated as a threat for years.”

“Thereby eliminating a very large proportion of the Syndicate Worlds’ military capability? A retaliatory strike would be rendered impossible.”

“Yeah.” Geary tried to get his mind around the potential scale of destruction those hypernet gates represented and couldn’t manage it. “How are they keeping this quiet, Victoria? How can even the Syndics keep knowledge of this from spreading?”

“It’s a society that tightly controls information anyway,” she pointed out. “Add in the war to justify telling people to keep their mouths shut. On top of that, add the sheer volume of information available. It’s easy to bury important facts in a mountain of trivia. We picked up a tremendous amount of material at abandoned installations at Sancere. I’ve only skimmed small parts of it. I’ll keep looking, but I don’t honestly expect to find some information that proves all of this. The records we seized are all at or near the lowest level of classification. Anything regarding a nonhuman intelligence, especially a threat from such, would be very highly classified.”

“Meaning we probably vaporized any copies of those records when we bombarded the Syndic headquarters sites at Sancere. I almost wish we could go to this far frontier ourselves to find out for sure, go beyond that border to see what lies on the other side.” Geary realized he had been mentally tracing possible paths to the far side of Syndicate Worlds space without realizing it.

“That would be suicide,” Rione stated crisply. “Even if the fleet would follow you.”

“Yeah. I know. They wouldn’t follow me. At least, I hope not.” Geary leaned back, closing his eyes.

“What can we tell anyone else about this?”

“Nothing, John Geary. Because, really, we have nothing but speculation.”

“Do you believe it?”

“I fear it.”

“Me, too.” Geary opened his eyes again, gazing upon the unfamiliar star systems of the far side of Syndicate Worlds space. “As if we didn’t have enough to worry about, already. I was told there isn’t recent intelligence about the progress of the war in the captured files. Have you found any?”

“No. It’s all old.”

Geary nodded, wondering again what had been happening on the border between the Alliance and the Syndicate Worlds. It occurred to him, looking at the picture from deep within Syndic space, that from the perspective of the Syndicate Worlds they might see themselves as being pinned between two other powers. Did that viewpoint cause the Syndicate Worlds’ leaders to feel menaced on two sides? “The Syndics told their own people that they’d destroyed this fleet in their home system. They surely announced the same thing to the Alliance, and the Alliance doesn’t have any way of knowing that’s a lie.

Do you think they’d sue for peace?”

“No.” Rione let pain show momentarily. “Many in the Alliance warm themselves against the cold of endless war with hatred of the Syndics. They wouldn’t trust any peace terms offered.”

“We’ve seen they have grounds for that distrust. The Syndics have broken every agreement we reached with them and laid traps everywhere they could.”

“Which has worked against them in the long run despite any temporary advantage they gained, because now they can’t even get an agreement favorable to them because they aren’t trusted to abide by it.”

Geary nodded, his eyes on the star display. “Since we’re keeping a lot of Syndic warships tied up trying to catch us, the Syndics hopefully haven’t been able to exploit the current military situation.”

“You’ve destroyed more than a few Syndic warships as well,” Rione noted.

“This fleet has,” Geary corrected, “but still...I wonder what kind of battles are being fought near the border with the Alliance right now? Those Syndic sailors we captured who had fought at Scylla couldn’t tell us anything.” Were there elements of the Alliance fleet that had been left behind fighting desperate battles against long odds while the Alliance frantically tried to construct replacement warships and train

replacement crews? How many of the warships guarding the border would be lost while the fleet under Geary fought its way home? “I’ve got a grandniece on the Dreadnought.”

Rione raised her eyebrows in surprise. “How do you know that?”

“Michael Geary told me just before *Repulse* was destroyed.” Just before his grandnephew sacrificed himself and his ship to help the rest of the fleet escape from the trap in the Syndic home system. “He gave me a message for her.” “Tell her I didn’t hate you anymore.” Not that I could blame him for hating Black Jack Geary, the impossible-to-match hero whose shadow had dogged him his entire life. Thank the living stars we had a few brief moments for him to learn I wasn’t really the Black Jack he had grown to resent.

Does my grandniece hate me, too? What could she tell me of the family I lost to time?

“I hope you find her,” Rione stated quietly.

“You’ve never told me whether you have any family back home,” Geary noted.

“I have a brother and a sister. They have children. My parents still live. I have everything that was taken from you by chance. I hope you understand why I don’t speak of them much to you. I’m uncomfortable with the idea of forcing you to recall your own losses.”

He nodded. “I appreciate that. But feel free to discuss it if you want. Denying what you and other people have won’t bring back what I’ve lost.”

“You’re not very good at denial?” Rione asked with a small smile.

Geary snorted in self-derision. “I imagine I’m as good at it as anyone can be.”

“I disagree.” She indicated the star display. “You’ve found something the rest of us have missed. Or found reasons to avoid seeing.”

This time Geary shook his head. “We haven’t found anything. As you pointed out, there’s no proof here.

Do you think people in authority in Alliance space will believe it?”

“That worries me less than the fact that we might have to tell them about the potential to use hypernet gates as weapons in order to explain it.”

He stayed silent for a moment. “You still think they’d use those weapons?”

“I’m not certain, but if the Alliance governing council knew, I couldn’t swear a majority wouldn’t agree to use the Syndic hypernet gates as weapons. My instincts tell me they would decide to use them.” Rione gazed at the star display, her face bleak. “And the Alliance senate would very likely muster a majority in favor if given the opportunity for a vote. Think of it, John Geary. We could send task forces to every Syndic star system within range of our frontier and blow the gates in them, then proceed on deeper and deeper into Syndic space, leaving a trail of utter devastation behind.”

“That wouldn’t work,” Geary corrected. “You saw what the collapsing gate was like at Sancere. The energy burst released would destroy the ships that destroyed the gate. It would be a one-way mission.”

She nodded, her eyes distant. “So we would construct robotic warships, crewed and controlled by artificial intelligences, and send them to destroy star systems. And because space is vast, the Syndics would have time to realize what we were doing, time for their spies to report, and they would retaliate in kind. Fleets of artificial minds shattering star systems and wiping mankind from the galaxy. What a nightmare we could unleash.”

He felt a tight, sick feeling in his gut and knew Rione was right. “I’m sorry. I didn’t mean to dump this kind of thing on you.”

“You didn’t have much choice, and your intentions were good.” She sighed. “I can’t ask one man to carry every burden in this fleet.”

“I didn’t even ask you if you wanted to share those burdens.”

“Ah, well, you’re a man, aren’t you?” Rione shrugged. “It’s worked out all right.”

“Has it?”

Rione tilted her head slightly and regarded Geary. “What’s bothering you now? Unless I miss my guess, that last wasn’t about Syndics or aliens or robotic slayers of mankind.”

He returned her look. “It’s about you and me. I’m just trying to understand what’s going on between us.”

“Good sex. Comfort. Companionship. Are you looking for anything else in our relationship?”

“Are you?”

“I don’t know.” Rione considered the question, then shook her head. “I don’t know,” she repeated.

“You’re not in love with me, then.”

She had that cool, amused expression again. “Not as far as I know. Are you disappointed?” Geary’s face or body language must have betrayed his feelings, because Rione dropped the amusement. “John Geary, there has been one love in my life. I told you that. He’s dead, but that hasn’t changed my love for him. I’ve dedicated myself since then to the Alliance, trying in my own way to serve the people my husband gave his life for. What’s left over is currently yours, for what it’s worth.”

Geary found himself laughing softly. “Your heart can’t be mine, and your soul belongs to the Alliance.

Just what is left over?”

“My mind. That’s no small thing.”

He nodded. “No, it’s not.”

“Can you be happy with that part of me, knowing the rest belongs to others?”

Rione asked calmly.

“I don’t know.”

“You’re too honest, John Geary.” She sighed. “But then so am I. Perhaps we should try lying to each other.”

“I don’t think that would work,” he stated dryly, unable to keep from wondering if she was being honest, if there wasn’t still some agenda here that he didn’t know about. In many ways, Victoria Rione’s mind seemed as unknown to him as the far frontier of the Syndicate Worlds.

“No, lying probably wouldn’t work.” Rione gazed past Geary. “But then, will honesty work?”

“I don’t know that, either.”

“Time will tell.” She reached to turn off the display of stars, then stood up, regarding him with an expression Geary couldn’t interpret. “I forgot that there’s one more part of me available to you. My body. You haven’t asked, but I’ll tell you. That has been offered to no one else since my husband died.”

He couldn’t see any trace of insincerity in her and wouldn’t have been fool enough to question her statement even if he had. “I really don’t understand you, Victoria.”

“Is that why you’re keeping your emotional distance from me?”

“Maybe.”

“That may be for the best.”

“You’re not exactly opening up to me,” Geary pointed out.

“That’s true enough. I haven’t given you any promises. You shouldn’t give me any. We’re both veterans of life, John Geary, scarred by the losses we’ve endured because we cared for others. Someday you should tell me about her.”

“Her?” He knew exactly who Rione meant but didn’t want to admit it.

“Whoever she was. The one you left behind. The one I see you thinking of sometimes.”

He looked down, feeling an emptiness inside born of might-have-beens. “I should. Someday.”

“You told me you weren’t married.”

“No. I wasn’t. It was something that could have happened and didn’t. I’m still not sure why. But there was a lot left unsaid that should have been said.”

“Do you know what happened to her after your supposed death in battle?”

Geary stared at nothing, remembering. “Something happened before my battle. An accident. A stupid accident. Because her ship was a long ways off I didn’t even hear about it until she’d been dead for three months. I’d been planning on getting back in touch and apologizing for being an idiot, rehearsing what I was going to say.”

“I’m very sorry, John Geary.” Rione looked at him with eyes filled with shared

sorrow. “It’s not easy for dreams to die, even when they’ve remained only dreams.” She reached down to take his hand and pull Geary up to stand next to her. “When you’re ready, you can speak more of it. You never have spoken of it to anyone, have you? I thought not. Open wounds don’t heal, John Geary.” She stepped close and kissed him slowly, her lips lingering on his. “That’s enough companionship for one night and far too much thinking for both of us. I’d like to enjoy the other benefit of our relationship now.”

Her body was warm and alive in his arms, and for a short while at least the concerns of the present and memories of the past were forgotten.

THE right formation had been the dilemma. The Alliance fleet was pretty close to the jump point from which any Syndic force would exit. That meant he would have little time to adjust his formation and would probably have to fight from whatever formation he had the fleet in when the enemy arrived. But he wouldn’t know how the enemy was formed up until they got here.

The one thing he did know was that if the Syndics were in hot pursuit of a small, badly battered Alliance force, they wouldn’t be wasting time. It was a safe bet that there would be fast, light units coming in right behind any fleeing Alliance ships. Those would be easily disposed of no matter what formation Geary adopted. The problem was what came next. Heavy cruisers would be quickly annihilated, but if the Syndics had battleships coming in soon after the light units, Geary had to make sure those capital ships couldn’t take too many of his own ships with them.

In the worst case, the Syndics would have a superior force, in which case the Alliance would have to strike fast and hard to take advantage of any element of surprise and any momentary numerical lead as Syndic ships exited the jump point.

“It could be very ugly,” Geary remarked after discussing options with Captain Duellos. “But we’ll be close to the gate, which means they can’t be spread out. I’m going to keep us in a modified cup formation.” On the display floating between them, the formation resembled its namesake, with a thick circular bottom formed by over half the fleet in a matrix with interlocking fields of fire, the remainder of the ships arranged in flat, semicircular formations extending outward toward the enemy. “We’ll be able to hit them hard in one spot, then come back and hit another part of whatever formation they’re in.”

“If they’re truly superior in numbers to us, we will beat the hell out of them even if we’re destroyed in the process,” Duellos replied. “Not the best outcome, but combined with the losses we inflicted at Kaliban and Sancere, it will leave the Syndics without numerical advantage in the war.”

Geary nodded, gazing at the star display. “So the war would just go on.”

“The war would just go on,” Duellos agreed.

“I’d like to manage a better outcome than that.”



Duellos grinned sardonically. “You can count on the fleet. Everything’s coming together here. The pride of the fleet, the need to rescue our fellow ships, the confidence born of recent victories, and the training you’ve given us. We’ve got a chance, even if the odds are bad.” His grin widened. “And I just thought of something else we can do to even the odds a bit.”

YOU would think someone who had spent so many years in the fleet would be used to waiting by now, Geary thought as he wandered the passageways of Dauntless. A very large amount of time in the fleet was spent just waiting. Waiting to get somewhere, waiting once you got there, waiting for an emergency or crisis that might not happen, waiting to find out how long you would have to wait. That seemed to be as much a part of military life as risking your life and bad food.

None of which made waiting to find out if any ships would rejoin them here any easier. The fleet had been positioned facing the jump point from which any of the missing ships would have to come, hanging in space with its movements slaved to the slow progression of the jump point around its star. The auxiliaries were busy enough building new weapons and parts, and every other ship needed routine upkeep and repair, but Geary had done everything he personally could do to prepare. Too restless to address other tasks, he went through Dauntless seeing the crew, finding his increasing ability to recognize the sailors and officers he encountered to be a source of comfort. Slowly, very slowly, he was beginning to feel like he belonged here.

In one passageway he encountered Captain Desjani, surprised to see that she was demonstrating the sort of cheerfulness that usually only appeared after Desjani had watched a lot of Syndic ships be destroyed.

“You seem in a good mood,” he commented.

She smiled back. “I recently had a long conversation with someone on Furious, sir.”

Furious was a ways off, with her once-again reconstituted task force, ready to carry off another special mission. Geary spent a moment wondering why Desjani would have had a long talk with Captain Cresida, given the time delay involved, then realized that hadn’t been who she had talked to. “How is Lieutenant Casell Riva?”

Desjani actually blushed slightly. “Very well, Captain Geary. He’s impressed by Captain Cresida and the new sensors and weaponry we have.”

“I see. I’m glad he’s pleased by the new weapons in the fleet.”

“Actually, he’s happy to be liberated, and seemed pleased to talk to me,” Desjani confessed.

“I suspect he really is pleased, Tanya. He’s fitting in okay, then?”

Her smile faded a bit. “There’s been some rough moments, he said. That much time in a Syndic labor camp with no hope of release or rescue will take a while to overcome. Sometimes he wakes up in a panic, fearing that his liberation was only a

hallucination. But of course he has hope now.” Desjani paused. “Cas—Lieutenant Riva was surprised to see the way you’re directing the fleet. The tactics you’re using. He’s still puzzled and torn by Captain Falco’s departure from the fleet. But he watched everything that happened at Sancere and was astounded, sir.”

Geary felt embarrassed himself. “A lot of things worked right. We were lucky.”

“You make much of your own luck, sir, if you don’t mind my saying so.” She paused again. “He’s still the man I remembered. Perhaps something will come of it.”

“I hope so. War messes up enough lives. It’s nice to think that two of them can have a chance to get back on track.”

Desjani nodded, her eyes distant with memory. “We’ll see. There’s a lot of time to make up and experiences to share. Did you know that among the records we downloaded at Sancere there was a huge database of Alliance prisoners of war? It’s not up to date, the latest information is about three years old, but it has a lot of names of people who for all we knew were dead. If—excuse me, sir—when we get back to Alliance space, a lot of people will be happy to see some of the names on that list.”

Geary gave her a curious look. “How long has it been since the Syndics shared captured personnel lists with the Alliance?”

“Decades at least. I’d have to check. At some point they decided not knowing if lost personnel were alive or dead would harm Alliance morale and stopped providing lists of prisoners. The Alliance did the same in retaliation, of course.”

That wasn’t a pleasant thought. Sending friends, lovers, and family off to battle was bad enough, but not knowing afterward what had happened to them was a form of slow torture. “We’ll have to get that list back, and maybe convince the Syndics to swap up-to-date lists.”

Desjani nodded. “If anyone can do that, you can,” she replied. “I’ve just started to look at the list.

There’s so many names and the list is organized in an odd way, so I’m stumbling through it usually getting results I didn’t ask for. But there’s some people whose fates I’d like to check. Some of them were supposedly captured, some supposedly killed in battle. Maybe I can confirm those things now.”

“I guess you and a lot of other people will be doing that,” Geary noted, thinking that a list three years old wouldn’t tell him if some miracle had allowed his grandnephew to escape from Repulse before its destruction in the Syndic home system. That would remain an unknown for him, but best to assume Michael Geary was dead and be very pleasantly surprised if he turned up alive. There really weren’t many grounds for assuming he had survived the death of his ship.

Which brought his thoughts back to the thirty-nine ships that had accompanied Captain Falco at Strabo.

How many of those had survived? He wished he already knew the answer, as

terrible as that was likely to be. The uncertainty was almost as bad as the nagging, ugly conviction that few if any of them would survive to reach Ilion.

“THEY’RE here.”

Geary bolted from his stateroom without bothering to check his own display. He ran down long passageways and up ladders until he reached the bridge, gasping for breath as he dropped into his seat.

Only then did he call up the display with a silent prayer for as many survivors as possible.

Amazingly, three battleships were there. Dauntless’s systems quickly identified them as Warrior, Orion, and Majestic. And a single battle cruiser, Invincible, so badly damaged that Geary had to double-check the assessment before he believed it. Of the six heavy cruisers that had accompanied the capital ships, only two remained. None of the four light cruisers were there, and of the nineteen destroyers only seven had survived.

“Those stupid bastards,” Geary muttered. A battleship and two battle cruisers lost, along with a lot of lighter ships. Of the thirty-nine warships that had followed Falco, only thirteen had made it to Ilion.

Captain Desjani’s face was white with anger. “Triumph didn’t make it. I’ll lay you any odds you care to name that Triumph stayed behind to hold off the pursuit while the other big ships got away.”

“That didn’t do Polaris and Vanguard any good,” Geary noted, knowing how much fury his voice was showing. “Look at Invincible. How is she still functioning?”

“I have no idea, sir. But all of those ships are beat up. I don’t know if even Titan can restore those ships to full service no matter how much time she’s given.”

“We’ll find out.” Geary finally punched his communications controls. “Colonel Carabali. Get in touch with your Marine detachments on Warrior, Orion, and Majestic. Captains Kerestes, Numos, and Faresa have been relieved of command effective immediately and are to be placed under arrest. Captain Falco is also to be placed under arrest for the negligent and criminal loss of ships of the Alliance fleet.” Charges of mutiny could wait until later. What really mattered to Geary was knowing that Falco’s stupidity had caused the loss of so many ships. He pushed another control. “Warrior, Orion, and Majestic, this is Captain Geary, acting commander of the Alliance fleet. Your commanding officers are relieved effective immediately. Executive officers are to assume temporary command.” Another push, this time on the fleetwide circuit. “All units that have just arrived in the Ilion system are to accelerate at your best speed, passing through the fleet formation and joining up with the fast fleet auxiliaries and their escorts in the rear.

We assume pursuit is coming in after you and want a clear field of fire. Task Force Furious will be executing Operation Barricade in your wake. Please remain

clear. All other units in the Alliance fleet, prepare for battle. We've got a lot of shipmates to avenge."

"Operation Barricade?" Rione had arrived on the bridge, breathing heavily from what must have been a run of her own up here. She was gazing at the display, her face bleak as she realized the extent of the losses.

"Operation Barricade is a little idea from Captain Duellos," Geary explained. "We loaded out the ships under Furious with most of the mines in the fleet. They're moving across the jump point exit now, planting as dense a minefield as we can manage in whatever time remains."

Captain Desjani was grinning in anticipation of the Syndics hitting those mines. "What makes it especially sweet is that we're able to expend those mines because the matériel we picked up in Sancere will let the auxiliaries manufacture replacements. The Syndics themselves provided us the means to replace the mines we use here."

On his display, Geary could see the time-late images of Furious and the other ships in the task force accelerating across the jump exit to lay their mines as Rione spoke again. "What happens if a large number of Syndic ships exit the jump point as Furious and her sisters are crossing in front of it?"

"There's a substantial risk there," Geary conceded. "Even though having Task Force Furious sitting next to the jump exit ready to go minimized the chance the Syndics can arrive before our ships are done crossing in front of the jump point. That's why I asked Captain Cresida to volunteer for the task." At least he was finally remembering to refer to her using her new rank.

Rione gave him a flat look. "Do you honestly believe that Captain Cresida would treat a request to volunteer as any different from an order to take part?"

Desjani shot Rione a sour glance while Geary tried not to grimace. There was enough truth to Rione's accusation to sting. "Madam Co-President, if I refrained from doing or asking anything that might lead to the deaths of some of the people under my command, then I would be paralyzed with indecision, and then all of the people I'm responsible for would surely die or be condemned to Syndic labor camps."

"As long as you are keeping consequences in mind," Rione stated.

This time Geary glowered at her, wondering why Rione was being so contrary. Perhaps she was trying to emphasize that she remained the voice of his conscience. "If you're trying to keep me honest," he stated in a low voice, "you've made your point."

Focusing back on the display, Geary saw that at least the dispute had distracted him for a few minutes from worrying that Syndic pursuers would erupt into the middle of Task Force Furious. The gate exit was ten light-minutes away. His orders relieving the commanding officers of the three battleships would just be arriving at those ships. The Syndics could have appeared in force several minutes ago, ravaging

Task Force Furious, and he wouldn't have seen it yet.

His display updated, showing where mines were being laid like deadly eggs as of almost ten minutes ago.

The field was gratifyingly dense, since Geary had held almost none of his mines back. There would be a price to pay for that later. His ships were certain to expend a lot of grapeshot and specters as well, in addition to taking damage that would need to be repaired and losing equipment that would need to be replaced, and four fleet auxiliaries couldn't manufacture replacements for all of that at once, no matter how many resources had been plundered from Sancere. It would take a while to make up the expenditure. But at least the auxiliaries could keep working during jump space transits. By the time they reached Baldur a lot of replacement weaponry would be available.

If his fleet reached Baldur, Geary reminded himself. They were a long ways from that star, with very likely a major battle between them and it.

"Invincible's really lagging," Desjani remarked.

"I'm surprised she's still moving," Geary muttered in reply, taking another look at the amount of damage the battle cruiser had sustained. He studied the display, mentally evaluating the progress of the fleeing Alliance ships, trying to guess when the Syndic pursuers would appear. I can't be too close to the jump exit when the Syndics arrive, but if I don't move now, there's a growing chance we won't be able to cover Invincible in time.

I had to leave Repulse to her fate. I'm not leaving Invincible. "All units in the Alliance fleet, accelerate to point zero five light speed at time zero four. Maintain position relative to fleet flagship Dauntless." He turned to Desjani. "Captain, please keep Dauntless on a course centered on the jump point exit."

"Yes, sir." Desjani gave the necessary orders, outwardly as calm as usual.

Geary thought a moment longer. "Task Force Furious. Upon completion of Operation Barricade take up position behind and above the exit." Did he need to do anything else? Warrior, Majestic, and Orion had almost reached the rest of the fleet. Several of the surviving destroyers accompanied them, but the two surviving heavy cruisers and the rest of the destroyers had stayed with Invincible. He would have to remember that they had done that. In the heat of battle Geary couldn't afford to bother replacing the commanders of the surviving cruisers and destroyers that had gone with Falco. Maybe he didn't need to do that at all, not if their commanders were displaying the courage and discipline to stick with the badly damaged Invincible when the safety of the rest of the fleet beckoned.

Well behind the Alliance formation the auxiliaries were guarded by a disgruntled group of escorts built around the Second Battleship Division, four powerful ships, which should be enough to fend off or repel any attack aimed at the auxiliaries. No

one wanted to miss a battle. But Geary had assured the escorts that in the next battle, and there would surely be a next battle, they would be allowed to occupy the front ranks of the fleet.

Majestic, Warrior, and Orion, moving as if the devil were at their heels, passed through the Alliance formation without a pause. “I would have joined the line of battle,” Desjani grumbled in disgust, clearly unhappy that the three battleships hadn’t turned to help fight their pursuers. She had a point, Geary conceded to himself, despite the damage the three battleships had suffered. Simply replacing their commanding officers isn’t going to turn those three ships into reliable parts of the fleet. Their crews are acting scared and beaten even when the rest of the fleet is here to protect them. I shouldn’t be surprised that ships commanded by the likes of Numos and Faresa don’t have highly motivated crews. Getting those crews retrained and re-inspired is going to be a major project.

Once we’ve finished the battle I’m sure is coming.

As if they had heard Desjani, the destroyers accompanying the three wounded battleships turned and headed for the squadrons they had abandoned back at Strabo, trying to take their places in the fleet formation. Geary took a look at the damage they were reporting to the fleet net and shook his head.

“Claymore and Cinquedeia, this is Captain Geary. Your willingness to continue the fight is noted with pride and pleasure, but you’ve sustained too much damage. Join up with the auxiliaries so you can assist their escorts and they can start fixing you.” He paused, thinking there was something else that needed to be said. “If any Syndics get near the auxiliaries, I know I can count on you to defend them gallantly.”

That sounded awkward, but it should satisfy the pride of the destroyer crews. They deserved that much courtesy for volunteering to keep fighting. Fighting spirit did indeed have its place.

The jump point exit remained more than eight light-minutes away. No signs of Syndic pursuers had appeared yet. Task Force Furious had finished its work and was headed for its ordered position. Desjani was eyeing the distance to the jump point exit with concern. “Should we slow, sir? If we’re too close when the Syndics come through...”

Geary shook his head. “Not yet. We don’t have Invincible covered yet.”

“Yes, sir.” Desjani grinned.

If he ever lost Desjani’s approval, Geary reflected, he would know for sure that he had messed up as badly as any human possibly could. “We’ll hold our speed until we’re within a light-minute of Invincible, and if the Syndics haven’t shown up at that point we’ll—”

“Enemy forces at the jump exit,” a watch-stander cried as alarms wailed.

Geary blinked in amazement at the images on his display as the Syndic vanguard

flashed into normal space. Not a swarm of light units, but twelve battle cruisers, arranged in three vertical diamond formations. It made sense, he realized, if the Syndic commander thought he would be facing four battered capital ships with very few screening units surviving. Why send light units through to be destroyed by a potential desperate ambush when losses could be minimized by sending through a force capable of overwhelming the four damaged Alliance capital ships if they had chosen to make a stand at the exit?

Unfortunately for the Syndic commander and the twelve battle cruisers, this side of the jump exit actually held the rest of Geary's fleet and a dense minefield.

The Syndic battle cruisers sailed majestically away from the exit at .1 light speed for a few seconds, doubtless seeing the waiting Alliance force and having those few moments to realize the tables had been turned on the pursuers. Geary watched the images of the Syndic battle cruisers begin to turn, pivoting to alter course downward. He had a second to wonder why fleeing ships almost always sought to "dive"

down instead of "climb" up, as if they were aircraft or even people running on the surface of a world, even though the two directions were purely arbitrary and required exactly the same effort in space.

In this case, as the Syndic battle cruisers pivoted their bows downward, it meant they ran into the minefield not bow on, but broadside on, offering even bigger targets for the waiting Alliance mines. If their escorts had been leading the way, the deaths of smaller units on the mines would have warned the battle cruisers, but instead the first warning the capital ships received was when they hit the mines themselves. Explosions rippled down their lengths, collapsing shields so that other mines could strike the hulls. The battle cruisers reeled as the mines blew holes in them and sent fragments flying into space. One of the battle cruisers blew up as its power core overloaded, then two more in quick succession, the three ships turning into fields of shrapnel blossoming out from the scenes of their deaths. Of the nine remaining battle cruisers, eight were drifting away out of control, rocked by occasional new explosions as an outlying mine battered them or as damage set off internal explosions.

The last Syndic battle cruiser, in even worse shape than *Invincible*, staggered on past the minefield with most of its propulsion blown and combat systems out of action but still managing to hold a course. Geary checked the geometry of the battlefield. "Warspite is just within maximum specter range of that battle cruiser. Is it worth trying to get hits?"

Desjani nodded. "That Syndic isn't going to be dodging any missiles. He's a sitting duck."

"Just like *Invincible* would've been for them," Geary agreed. "Warspite, this is Captain Geary. Engage the leading Syndic battle cruiser with specters. All other ships

hold your fire. This can't be the entire Syndic pursuit force. You'll have plenty of targets to play with soon."

Forty seconds later the answer came back from Warspite. "Aye. Engaging lead battle cruiser." On his display, Geary could see four specters leaping out from the Alliance battleship and heading in long, shallow curves toward intercepts with the crippled Syndic.

"No matter what they've got left, twelve battle cruisers gone is going to go a long ways toward evening things up," Desjani observed.

"Yeah. Where's the rest?" Geary wondered.

His words were answered almost immediately. The jump exit, now barely seven and a half light-minutes away, was suddenly filled with ships. Geary forced himself to carefully study the enemy formation. A deep rectangle, broad face toward the Alliance fleet, capital ships arranged at each corner and in the center, the gaps filled with lighter units.

"Twenty capital ships," Desjani noted. "Sixteen battleships and four battle cruisers. Thirty-one heavy cruisers. Forty-two light cruisers and HuKs."

"More than enough to wipe out the Alliance ships they followed here," Geary observed.

"Why didn't they send more?" Desjani asked. "If there was a chance the fleeing ships would rejoin us they must have known what they could end up facing."

"Because they didn't know where the rest of the fleet was. They had to find us and protect every other place we might have gone. Trying to protect against all of the options they expected meant they committed insufficient forces to this mission. If we hadn't been waiting for them, that might have worked out because they could have run from an engagement, but we're too close for them to get away without a fight." Geary tapped the fleet communications control. "All ships accelerate to point one light speed at time one five. Task Force Furious, adjust course and speed as necessary to block the rear of the Syndic formation. Don't let them turn back toward the jump point. All units, target the capital ships first." He checked the distance to Invincible, seeing she was still a light-minute ahead, between the charging Alliance fleet and the surprised Syndics. At current closing speed they would meet and pass Invincible within seven minutes.

The main body of the Syndics hit the minefield, many of the ships sweeping unscathed through the gaps swept by the hulls of the twelve battle cruisers in the first wave. But a lot of mines remained.

Syndic HuKs exploded and broke under the force of mine explosions, their pieces tumbling across space. A half-dozen light cruisers shattered into fragments. Three heavy cruisers reeled out of formation, two completely destroyed and the third out of the battle. The Syndic battleships and battle cruisers took the blows on their bows,



having had time to reinforce their forward shields, thanks to the sacrifice of the lighter units, and blundered through the minefield with weakened shields but no apparent damage. “That’s for Anelace, Baselard, Mace, and Cuirass,” Geary announced. A low-key cheer sounded around him as Dauntless’s bridge crew acknowledged that Alliance mines were avenging the ships lost to Syndic mines at the jump point at Sutrah.

Invincible staggered through the Alliance fleet formation. Geary winced as he took a moment to stare at the damage to the ship. Invincible had taken so many hits that Geary marveled the battle cruiser had kept moving. He wondered if it would be appropriate to issue a fleet citation to the crew of a ship that had fled the fleet, then decided he didn’t care whether or not it was appropriate.

Past the Alliance mines, the Syndic formation began curving upward, aiming to pass over the Alliance fleet so it could hit the topside ships and remain out of range of most of the Alliance warships.

“That won’t work,” Geary stated out loud. “All units in main body, alter formation course up three five degrees at time four seven.” At the ordered time, the cup-shaped formation swung around the axis formed by Dauntless, aiming the center of the Alliance cup-shaped formation to once again intercept the middle of the Syndic formation, coming up on the Syndics from ahead and beneath now. “Let’s see if he spots that in time to try avoiding us.”

“Estimated time to contact twenty minutes.”

The specters from Warspite finally reached the Syndic battle cruiser badly hurt by the mines, racing in to strike unimpeded by shields. Four massive explosions blossomed on the Syndic ship, smashing any remaining working systems and reducing the ship to a wreck tumbling off to one side.

The surviving Syndic forces were substantially outnumbered but in a more spread-out formation. The Alliance formation aimed at it would only strike half of the Syndic formation if neither Geary nor the Syndic commander changed anything. Geary couldn’t see how the Syndic commander would allow that to happen, since it would grant the Alliance overwhelming firepower superiority at the point of contact.

“The Syndics are moving again. Looks like they’re adjusting course to port and down.”

On Geary’s display, the Syndic formation pivoted up and away, trying to position itself so one side of the Alliance formation would rush upward past the flat side of the Syndic formation. It wasn’t a bad move, Geary conceded to himself. This Syndic CEO obviously wasn’t a fool. “All units, roll starboard nine zero degrees, change course down six zero degrees at time zero six. Task Force Furious, adjust course as necessary to block the Syndic formation from turning toward the jump point to Tavika.” He had to assume the Syndics would break and run, and with the jump point

they had used to arrive still blocked by Alliance mines, the jump point to Tavika was the next best option.

“Eight minutes to contact.”

The Syndics had finished rolling, each ship turning within the formation to present its bows to the oncoming Alliance fleet so that the Syndic warships were now coasting sideways within their rectangular formation. The flat side of the Syndic rectangle was now positioned almost vertically “up” and “down,”

facing the Alliance formation.

Geary pondered whether to try some fancy use of his ship’s firepower and decided against it. “All units employ weapons at your discretion. Primary targets are the capital ships. Maintain formation except to maneuver as necessary to avoid enemy fire. Permission granted to open fire when favorable engagement opportunities are presented.”

“Six minutes to contact.”

The Syndics were still settling into formation, doubtless worried about being caught in the middle of another maneuver when the Alliance fleet swept into range. Geary watched on his display as the two fleets rushed toward each other, the Alliance cup overlapping the back half of the Syndic formation. He had positioned his ships and positioned his fleet, given his commanders authority to fire, and now had nothing to do but watch as the Syndic warships and the Alliance fleet raced to contact.

“Enemy is firing,” the weapons watch reported unnecessarily as Geary’s display lit up with warnings.

Grapeshot, concentrated on the points where some Alliance warships would soon be. It had been fired at extreme effective range. Geary hoped the commanders of those ships would use the very brief time available to alter course slightly to avoid the worst of the barrage. More warning symbols sprang to life.

Syndic missiles.

On the visual display, spots of bright light began flaring as Syndic grapeshot struck Alliance shields.

Geary could see his own ships firing, their data up to several seconds time-late for the farthest-off ships.

Captain Desjani had her eyes fixed on her own display. She highlighted a Syndic battleship. “That’s our target,” she informed her watch-standers. “Let’s hurt him.”

The sides of the Alliance cup were plunging into the Syndic rectangle, each Alliance ship only briefly exposed to enemy fire as it tore through, while the Syndic ships in those areas were battered by ship after ship. The lighter Syndic units were ripped apart under the repeated blows, flaring and dying around the stronger islands formed by the surviving Syndic capital ships.

Then the main strength of the Alliance fleet reached the Syndic formation.

After long, slowly passing minutes as the final huge distances were closed, the actual moments of fighting were so swift as to be disorienting. If not for the capability of the combat systems to target and fire at speeds far greater than humans could achieve, there probably would never be hits scored as two opposing fleets flashed by each other at decent fractions of the speed of light. Geary felt as if the moment of combat had come and gone between one blink and the next, Dauntless still quivering from the impacts of weapons on her shields and tallying the damage from an occasional hit that had made its way through a spot failure of the shields.

Behind him, the Syndic battleship targeted by Desjani had also taken fire from many other Alliance ships, including Daring, Terrible, and Victorious. Under that hail of fire, the mighty Syndic warship, an S-Class dreadnought, had first lost its shields then taken an onslaught of hits. Something had hit in the wrong place, and the Syndic battleship's power core blew while some of the Alliance ships were still closing in.

They were too close when it happened. Geary stared at the display, seeing that the trailing battle cruiser in the Alliance formation, Terrible, had been shooting past close to the Syndic ship, battering it with close-range hell-lance fire. Terrible had already taken a lot of hits, substantially weakening her shields.

The shock wave from the explosion of the Syndic ship reached out and slapped the Alliance battle cruiser like a huge hand, sending it tumbling. That alone would've been recoverable, but one of the surviving Syndic battle cruisers was too close and traveling on exactly the wrong trajectory. Even the ultrafast computers responsible for maneuvering ships to avoid collisions couldn't avoid the result.

Terrible and the Syndic ship collided as Geary watched in horror.

The collision, at a relative velocity of perhaps .06 light speed, or roughly eighteen thousand kilometers per second, turned both ships into a single titanic ball of heat, light, and scattered fragments that blossomed brilliantly against the dark of space, a human-made nebula that would briefly light the void of Ilion Star System.

A collective gasp of shock and dismay went up on the bridge of Dauntless. Geary heard a voice saying

"Damn, damn, damn," and realized it was his own. "May your ancestors protect you and the living stars welcome you," he murmured to the dead crew of the Terrible.

Desjani, finally seeming shaken for the first time Geary recalled since they had escaped from the Syndic home system, called out commands to refocus her crew. "Damage report!"

"Minor hits on hull. No systems lost," one of the watch-standers reported in a stunned voice.

Geary got a grip on himself as well, forcing himself to look away from the grave of the Terrible and evaluate the entire situation. There had been eight Syndic battleships and two battle cruisers in the part of the Syndic formation the Alliance

fleet had met. Three of the battleships still survived, but all had taken damage. The Syndic light cruisers and HuKs around them had been wiped out, and only a few heavy cruisers still accompanied the surviving battleships. He took a deep breath, focusing on the front half of the Syndic force, which had turned hard to port and was accelerating away toward the jump point to Tavika. They obviously weren't planning on fighting if they could possibly get away. "All units, come right one two zero degrees down one zero degrees and accelerate to point one five light at time two nine." The huge cup pivoted again, turning to face the fleeing Syndics.

"We won't get them," Desjani grumbled.

"Yes, we will." Geary pointed to Task Force Furious, slashing in from above and to the side of the Syndics. The Syndic maneuver, necessary as it was to reach the jump point, had turned their force toward Cresida's formation and made an intercept of the leading Syndic elements possible.

Desjani didn't so much grin as bare her teeth as Furious and the ships with her cut across the front of the Syndic formation, concentrating their fire on the lighter warships and stripping the remaining capital ships of their escorts. Diving below the Syndic formation with a speed advantage, Furious led the formation back up to hit the bottom of the Syndics. Another Syndic battleship reeled out of the formation, racked by secondary explosions.

Geary studied the situation, evaluating the geometry of the battle and reaching a decision as he watched the three damaged battleships that had survived the first Alliance pass falling farther and farther behind the rest of the Syndic formation. "Second Battleship Division. You are released from escort duties for the auxiliaries. Intercept and destroy the three Syndic battleships trailing their formation."

Due to distance, the reply took almost a minute but made up for the delay in enthusiasm. "Second Battleship Division, aye! We're on our way."

Geary took another look at the battered Syndic formation still trying to accelerate away as Task Force Furious made repeated passes, curving up and down and side to side to keep hitting the front of the Syndics, whose own speed was falling off as undamaged ships reduced speed to stay with their damaged sisters. But Geary could see that the frequent passes were wearing down the shields of the ships in Task Force Furious. "All units, accelerate to point one eight light." That might not be enough, though. He paused, hating to give the next order but seeing no alternative. "All units, general pursuit. Get those Syndics before they get away. We need to slow down those battleships."

Geary had seen it before but was still amazed at how quickly one of his carefully built formations could dissolve when he unleashed his ships. A swarm of destroyers and light cruisers jumped ahead at maximum acceleration. Individually they wouldn't stand a chance of hurting a battleship, but their sheer numbers would be more than

the shields of even battleships could endure. And once the propulsion systems of the Syndic battleships had been damaged, they'd be slowed enough for first the Alliance battle cruisers and then the Alliance battleships to catch them, and that would seal their fates. "Task Force Furious, concentrate on slowing down the surviving capital ships."

The Syndic formation technically still existed but had stretched out as it was hammered by Alliance hits.

The sole surviving battle cruiser had pulled ahead of the rest, but that meant it was too far away for the battleships to support it when Task Force Furious swung past, unleashing a rain of hell-lances on its stern and knocking out most of its main propulsion systems.

As the battle cruiser began drifting back, the Alliance escorts drove into range of the trailing Syndic battleships and began slamming every available weapon at their sterns. Within ten minutes those battleships had lost enough propulsion to begin losing ground as well, their own hell lances flashing out impotently at the mass of light Alliance forces sweeping past.

The pursuing Alliance ships swept implacably up the rear of the Syndics, some of the destroyers and light cruisers reeling away with damage but the rest pounding at ship after ship in turn. Falcata got too close or got unlucky and took a series of hits that smashed her into wreckage.

"Heavy cruisers, avoid the battleships and get me that battle cruiser," Geary ordered. He didn't want to lose any heavy cruisers in an outmatched slugging contest with still-dangerous battleships. With an obedience that Geary would never have expected a few months ago, the heavy cruisers sidestepped the Syndic battleships, aiming to intercept the battle cruiser, which was still dangerous enough to keep Alliance destroyers and light cruisers at a distance.

Fearless, Resolution, Redoubtable, and Warspite dove at a slight angle toward the farthest-back Syndic battleship. The battleship unleashed a barrage of missiles, grapeshot, and hell lances at Fearless, but all four Alliance battleships kept coming, holding their fire until close enough for their own hell lances to pound the Syndic shields. The aft shields, heavily reinforced, held until Fearless got close enough to hit the side shields as well.

Its shields collapsed, the Syndic battleship was riddled by close-range hell-lance fire, most of its weapons falling silent and the majority of its systems registering as dead on Geary's display. Fearless fired a null-field charge that bored a large hole right through the battleship, gutting a portion of it. Escape pods began bursting from the battleship, first in a scattering of twos and threes, then in a mass. By the time Dauntless and her sisters roared past, only an occasional escape pod was coming out of the stricken ship. "Finish him," Desjani ordered calmly.

Dauntless's own hell lances rained down on the length of the Syndic battleship, punching holes and destroying any remaining functional systems. By the time Daring made its own pass, the Syndic ship was definitely dead.

Captain Duellos's Courageous, along with Formidable, Intrepid, and Renown, bore down on another damaged battleship and raked it so badly that the after section broke off, leaving the two pieces tumbling along their last trajectories.

The last Syndic battle cruiser, its remaining propulsion systems knocked out, started spitting out escape pods even though many of its weapons still seemed functional. Geary guessed they had been set to fire on automatic, which worked well enough for attackers to respect but didn't select targets or concentrate fire as well as human-directed weaponry. Under fire from more and more heavy cruisers, the battle cruiser's shields failed, and it took hit after hit, until the last weapons fell silent long after the final escape pod had left.

Geary took a moment to check on where the Second Battleship Division was closing on the three damaged Syndic battleships. To his surprise, one of those Syndic battleships had already begun throwing out escape pods as well.

"So much for fighting to the death," Desjani commented.

"What would be the point?" Rione demanded. "They know they're doomed."

"You still fight," Desjani insisted, her eyes on the next Syndic battleship Dauntless was overhauling.

"Why?" Rione asked.

Desjani threw a despairing glance at Geary, who understood what she meant. How to explain the strange logic? That sometimes you had to fight a hopeless battle for reasons that might seem to make no sense, for reasons that had nothing to do with any hope of winning? "You just have to," he told Rione quietly. "If you don't understand why, there's no way to explain it."

"I understand fighting when there's a chance, but when it's hopeless..."

"Sometimes you win even when it seems hopeless. Sometimes you lose there but cause something that helps elsewhere, like hurting the enemy bad enough while they kill you, or keeping them busy for a critical period of time. I told you, I can't explain. You just do it."

"Like you did," Rione stated, eyeing Geary. "A century ago."

"Yeah." Geary looked away, not wanting to remember that hopeless battle. He had been the one facing a far superior force that day. He had known he had a chance of delaying the surprise Syndic attack on the convoy he was protecting. He had hoped the convoy would get away, hoped the other warships with him could escape as well. But he hadn't had any hope of his own ship getting away, even though he had pretended to himself there was a chance. He had tried to remember how it had felt, the numbness inside that let him keep going while his ship was destroyed around him,

while his surviving crew members escaped. But most of it was a blur now, fragments of memory in which his ship was torn apart around him, in which the last weapons stopped firing, and he had set the power core to self-destruct, in which he raced through passageways made alien by destruction to reach an escape pod he hoped hadn't been destroyed. It had been there, damaged, and with no other hope and no time left, he had climbed in and ejected.

To drift for almost one hundred years in survival sleep, his pod's beacon knocked out so no one found him. Not until this fleet came through the same star system en route to the Syndic home world and thawed him out.

In a sense he had died that day. When he woke up, the John Geary he knew was gone, replaced by the impossibly noble and heroic image of Black Jack Geary, legendary hero of the Alliance. "Yeah," Geary repeated. "Sort of."

Rione gazed back, her eyes deep with some emotion he couldn't quite figure out.

"Fire grapeshot," Captain Desjani ordered as Dauntless rolled in on another damaged Syndic battleship, the low relative speed allowing a long, slow firing run. The grapeshot formed a pattern of dancing lights as it impacted on the battleship's shields. Daring and Victorious pounced from the top and bottom, their own fire helping to overwhelm the battleship's shields. The Syndic battleship poured out a hail of hell-lance fire, concentrating on Dauntless. Geary could see the shields weakening even as the defensive systems on Dauntless automatically shifted power from the unengaged sides of the ship. The Alliance battle cruiser returned fire, its own hell lances digging holes in the battleship's armor to wreak havoc inside the ship. Null fields shot out from Dauntless and Daring, vaporizing parts of the battleship. With Victorious also pounding away, the already stricken battleship was hopelessly outmatched. Its weapons fell silent one by one, atmosphere venting from compartments holed by Alliance fire, the huge craters left by the null fields looking like bites from an unimaginably large monster.

Dauntless and her sisters cruised past the now-silent battleship, which began tossing out escape pods as it tumbled helplessly, pieces of it breaking off and spinning away. "That's for Terrible," Desjani muttered.

Geary checked the overall situation again. The Second Battleship Division had caught up with the two wounded Syndic battleships that were still trying to flee and was methodically pounding them into scrap, while the lighter Alliance units with them continued on to make sure the abandoned Syndic battleship was destroyed. Only one other Syndic battleship was still firing, and as he watched, it shuddered under fire from half a dozen Alliance capital ships.

The Syndic HuKs and light cruisers had already been wiped out, and now the last heavy cruiser succumbed to a flock of Alliance destroyers and light cruisers. A cloud of Syndic escape pods was slowly heading toward the refuge offered by the barely

habitable world. Geary gazed at his scattered fleet and the drifting wrecks of the Syndic force that had come charging to Ilion in pursuit of the ships under Captain Falco. We won. How much longer can we count on fighting forces we outnumber enough to win like this? How many more ships can I afford to lose?

Invincible and the auxiliaries force had almost joined up, but Geary didn't see how the battle cruiser could be saved. Triumph, Polaris, and Vanguard hadn't even made it this far, along with a bevy of lighter units lost at Vidha. Warrior, Orion, and Majestic had all taken heavy damage and lost a lot of crew.

Escape pods from Falcata were broadcasting requests for rescue, and a few of Geary's other destroyers were headed that way. But the pieces of what had been Terrible and her crew were too small for even the best sensors on Dauntless to identify. There had been no chance for escape from that ship.

The Alliance fleet had won, but they had paid a bitter price.

It didn't help Geary's attitude to recall that this battle wouldn't have occurred if not for the self-centered certainty of Captain Falco.

THE conference room seemed more heavily occupied than usual. It wasn't just that thirteen surviving ships had rejoined them. It was also that the figures of Captains Falco, Kerestes, Numos, and Faresa were standing to one side. The Marine sentries guarding them on their own ships weren't part of the program and so were invisible here, but somehow their presence was still obvious in the way the four officers held themselves.

Down the table, the image of Co-President Rione sat with the commanding officers of the ships from the Rift Federation and the Callas Republic. She had finally chosen to be at a conference again but had elected to attend the conference in virtual mode from her stateroom rather than be here in person. Geary wondered what significance that decision held, or if Rione was simply ensuring that she was seen with the ships from her own Republic for purposes of politics or morale.

Falco had his head up and was gazing around confidently as if expecting to assume command of the fleet at any moment. Geary had to wonder at the state of the man's mind. He didn't seem concerned at all, not even showing signs of awareness that he was under arrest. Captain Kerestes, on the other hand, appeared almost frozen with fright, everything about him conveying shock and incomprehension. His long and careful career of avoiding doing anything that might backfire in any way had come crumbling down around his ears after he deferred all decisions to the wrong man. Numos and Faresa, though, were standing with angry expressions but not concerned ones. They had something up their sleeves, Geary thought. They should be worried. Numos wasn't the brightest star in the heavens, but he was clever enough to know when there was hell to pay.

Geary stood, drawing everyone's attention. "First of all, congratulations to every



ship and the officers and sailors of the fleet on an outstanding victory. The loss of Terrible and Falcata was an awful price to pay, but the Syndics paid a lot more. Unfortunately, we now have to also acknowledge the loss of Triumph, Polaris, and Vanguard as well as a number of smaller units. I've also been informed that Invincible is beyond our capability to repair and will have to be abandoned." Everyone flinched at that. "The acting commanding officer of Invincible isn't present because her ship's systems are too badly torn up to allow her to participate in this conference. Those who knew Captain Ulan will be distressed to learn that he died in fighting in the Strena Star System as Invincible covered the retreat of her sister ships." This time a lot of officers turned to glower at Kerestes, Numos, and Faresa. A battle cruiser shouldn't have been screening its comrades. That was a job for a battleship, better able to absorb hits for a longer period of time. But obviously Warrior, Orion, and Majestic had left that task to Invincible.

"I disagree with the decision to abandon Invincible," a sharp voice announced. Geary stared in disbelief at Captain Falco as that officer continued, displaying his trademark confident, comradely smile. "We'll fix up Invincible, then proceed back to Vidha to assist Triumph—"

"Silence." Geary could feel as well as hear the stillness that followed his command. "The only reason you're present is so you can hear along with everyone else the reasons for your confinement. I'm still considering whatever charges may be appropriate for a court-martial when this fleet returns to Alliance space." No matter how popular Falco might be, Geary couldn't let him go uncharged for something like mutiny.

"Why wait?" Captain Cresida demanded. "Hold a tribunal and shoot the son of a bitch. It would be a better fate than he inflicted on those foolish enough to follow him."

That caused a reaction to ripple around the table. Some of the commanders present appeared to wholeheartedly support Cresida's suggestion, but many others seemed either shocked or disapproving.

Geary took a deep breath before replying. "Your suggestion was inappropriate, Captain Cresida.

Captain Falco has a long and distinguished record of serving the Alliance. We have to assume the stresses that prisoner status placed upon him as the senior Alliance officer at the labor camp have led to long-term problems that must be addressed." He had spent a long time thinking about what to say about Falco, how to balance the lingering respect so many officers and sailors felt for the man with the need to ensure no one would question keeping Falco under arrest. "Captain Falco appears to be suffering from serious difficulties with judgment and command ability. Preliminary reports from those ships that survived the engagement at Vidha indicate

he was unable to offer effective leadership. For his own safety, and for the safety of the ships of this fleet, Captain Falco needs to be kept in custody.”

A lot of officers looked unhappy, some visibly flinched at the news, but no one seemed willing to dispute what Geary had said. Oddly enough, though, Captain Falco only gave one of his customary frowns in response. “Victory remains within our grasp if we act boldly. This fleet needs my leadership. The Alliance needs my leadership.” Silence followed the statement. “When the Syndics arrive in this system, we can be ready for them.”

Geary glanced at the other officers before replying. “Captain Falco, the Syndic forces pursuing the ships with you have already arrived. They’ve been destroyed by this fleet. I’m at a loss to understand how you can be unaware of that.” What was Falco thinking? Charisma was one thing, and self-confidence was important, but speaking as if recent history hadn’t even occurred?

Falco blinked and smiled again. “Good. Exactly as I’d planned. I’ll review the behavior of all ships in the battle and issue commendations and promotions where appropriate.” Captain Falco gazed around, frowning once more. “Why are we holding this conference on Dauntless? Warrior remains the fleet flagship,” he lectured. “Where’s Captain Exani?”

It took Geary a moment to remember that Exani had been commanding officer of Triumph. “He’s most likely dead.”

“Triumph will need a new commanding officer, then,” Falco stated crisply, giving another smile, this one saddened but resolute, to everyone in the meeting. “Any officers who aspire to the command should contact me directly after this conference.”

“Ancestors save us,” someone whispered.

Captain Duellos spoke in a somber voice. “I fear Captain Falco may be more badly impaired than we suspected.”

Geary spoke carefully. “Captain Falco, Triumph was destroyed covering the retreat of the ships with you from Vidha Star System.”

Falco blinked, his smile crumbling. “Vidha? I haven’t been to Vidha. That’s deep in Syndic space. Why was Triumph there?”

That brought a few gasps from the table.

“Following you,” Captain Tulev stated shortly.

“No,” Falco corrected, then stood silent for a moment before speaking crisply. “I need to address the Alliance senate. There’s a way to win this war and I can do it.”

Geary tasted something bitter as he activated a special circuit to speak with the Marine guards on Warrior. “Remove Captain Falco from the conference and return him to his quarters.” The figure of Falco, frowning once again at everyone, vanished. Geary closed his eyes briefly. How could he try a man who had obviously lost his mind? Duellos had been more right than he realized when he said Falco would fall

apart when faced with the ruin of the dreams that must have kept him going in the Syndic labor camp.

Fantasy had met reality at Vidha, and as fantasy had fallen apart, Falco's reality had shattered as well.

Perhaps Falco couldn't handle a reality in that he wasn't the savior of the Alliance.

Painful as watching Falco's behavior had been, at least it had made it obvious to everyone here that Captain Fighting Falco wasn't in any shape to exercise command.

Opening his eyes again, Geary focused on Kerestes, Numos, and Faresa. "Do you three have anything to say?"

Numos answered, speaking with all of his usual arrogance. "We followed orders given by a superior officer. We've done nothing wrong. Nothing to justify this."

"Nothing?" Geary felt a stirring of the rage he was keeping bottled up just beneath the surface. "You knew full well that Captain Falco was not part of this fleet's command hierarchy. You knew the fleet was proceeding to Sancere. You heard my commands to return to the fleet."

"Captain Falco informed us we were participating in a diversion, and any orders heard from you were part of that," Numos replied. "He insisted we must keep this secret, sharing it only among the captains of the capital ships."

Captain Tulev's voice was as cold as the emptiness between stars. "All of whom are dead except for you three, and the man who you claim told you this is insane. How convenient."

Numos actually looked outraged. "We had no way of knowing a superior officer had lost his grasp upon reality and followed his orders to the best of our ability as our duty required. How dare you question my honor?"

"Your honor?" Geary demanded, knowing full well how harsh he sounded. "You have no honor. Not only did you break your oath to the Alliance, not only did you violate orders in the face of the enemy, but now you lie about it, depending upon the sealed lips of dead officers and the broken mind of another officer to protect your lie."

"We demand a court-martial," Captain Faresa insisted, speaking for the first time, her expression somehow even more acidic than Geary had remembered. "That is our right under Alliance law."

"A court-martial?" Captain Duellos marveled. "So you can claim innocence based on secret orders supposedly given by Captain Falco? So you can deny the responsibility you share for what happened to twenty-six warships of the Alliance? So you can deny any role in the deaths of their crews? Have you no shame?"

"We have nothing to be ashamed of," Numos stated with every trace of his old pride.

“I should have you shot now.” It took Geary a moment to realize he was the one who had spoken those words. And even as he realized he had said it, he knew he could do it. Officers accused of mutiny in the face of the enemy would find few defenders and no friends back in Alliance space. Numos and Faresa at least seemed to have no friends left here, though Geary had learned from bitter experience that the friends of people like Numos could hide from his sight. But they weren’t Falco, who had a reservoir of hero worship from the past and a current spate of horror and pity to win him sympathy.

He could do it. He could give the order. Not even bother with a court-martial, let alone a tribunal. This was a battlefield. As fleet commander, he could order summary justice. Who would try to stop him here and now? And when he brought this fleet safely back to the Alliance, who would raise any questions about one of his actions? Who would debate his decisions when he, and he alone, had brought this fleet home? No one in the Alliance would dare.

He could have Numos shot. And Faresa. Maybe Kerestes, too, though the man didn’t seem worth a bullet. No one could stop him. Numos could get what he deserved. Justice would be done and done quickly and damn the legal niceties.

It was so very tempting because it felt so very right and because it was what his anger wanted him to do.

Geary took a long, slow breath. So this is what life as Black Jack Geary could be. Do what I want.

Make my own rules. I’m a hero. The hero of the Alliance. The hero of this fleet. And I want so badly to make Numos and Faresa pay.

Badly enough to use the sort of power I swore I had no interest in? Badly enough to act like a Syndic CEO? Badly enough to become the man Victoria Rione believed me to be? Is that what all my lectures to these people about doing what is honorable come down to? Myself breaking the rules because I can when the reason matters enough to me? At least Falco genuinely believed he could break the rules because he was special and the only one who could save the Alliance. I wouldn’t even have that excuse.

I’d be doing it because others thought I was special when I didn’t believe it myself.

He looked down the table to where Rione sat. She was watching him, her face devoid of expression, but her eyes bored into him like a battery of hell lances. She knew what he was thinking, knew what he was feeling.

Geary did not look at Numos, not sure he could refrain from giving an order for an execution if he kept seeing Numos’s ugly pride. “I won’t. This will be handled in accordance with the letter and spirit of fleet regulations. Charges will be preferred. If opportunity permits, court-martials will be held before our return to Alliance space. If

not, you'll be handed over to Alliance authorities with charge sheets signed by me."

"We demand to be released," Faresa insisted. "There's no grounds for this unlawful detention."

"Don't push me," Geary warned, realizing as he did so that both Numos and Faresa would probably derive a last satisfaction from driving him to compromise his principles by having them executed. You won't get that from me. I won't grant you that victory. Not today. Every day I'm going to wake up and go to sleep knowing I could make them pay. May my ancestors help me avoid the temptation to inflict vengeance upon those two and that idiot Kerestes. "You have the blood of Alliance sailors on your hands," Geary stated. "If you had honor, you'd resign your commissions in shame. If you had courage, you would've stayed and let Triumph escape." He was using his power to browbeat them now, when they had Marine guards standing nearby and had to just take it. Abuse of power was too damned easy.

Calling the Marines guarding Numos, Faresa, and Kerestes, Geary had them dropped from the conference circuit.

He took a moment then to run one hand through his hair, looking at the surface of the table and trying to let his anger drain away. Looking up at the other officers again, Geary spoke in what he hoped was a calm voice. "It will take a little while to properly evacuate Invincible. Her crew performed in an outstanding fashion. Invincible and her crew will receive a fleet citation for courageous action prior to the crew being evacuated and the ship abandoned. We'll blow up the wreck afterward to keep it out of enemy hands. I deeply regret the loss of that ship, as well as the other ships lost recently. I want us to be ready to leave this star system tomorrow, subject to the readiness of Warrior, Majestic, Orion, and the lighter units that have sustained damage to make the jump. I'd like to be informed of any problems on any of those ships that might prevent us from leaving. Our objective will be Tavika. Are there any questions?"

A commander with a haunted expression spoke in a steady voice. "What are your intentions toward the commanding officers of the other ships that accompanied Captain Falco, sir?"

Geary studied the woman. Commander Gaes of the Lorica, one of the surviving heavy cruisers. Her ship had stayed with Invincible while that ship limped to safety. "What do you think I should do?"

Her mouth worked silently for a moment before words came out. "Hold us accountable for our actions.

Sir."

"How bad was it at Vidha?" Geary asked.

Commander Gaes bit her lip and looked away for a moment. "Very bad. Overwhelming odds. We'd already lost two light cruisers and a destroyer at a mined

jump point on the way to Vidha. As soon as we reached Vidha, we lost four more ships to mines right out of the jump point, and Polaris took enough damage she couldn't keep up. The Syndics were sweeping in. We were asking for orders but none came. Triumph told us to run while she acted as rear guard, otherwise none of us would have made it out." She paused. "My executive officer is ready to assume command of my ship."

Gaes was no less guilty than Numos, perhaps, but had the courage to accept the consequences. And she had stayed with Invincible, doing what a damaged heavy cruiser could do to protect a crippled sister ship. "Not yet," Geary replied. "You made a grave error. So did the commanders of the other escorts."

Unlike certain fleet captains, you're willing to admit that, and willing to take responsibility for your actions. You also had the courage and honor to remain with Invincible. I'm not blind to that. On that basis, I'm willing to give you another chance. Will you stick with this fleet from now on, Commander Gaes?"

"Yes, sir."

"Then show me how good a commanding officer you can be. You and the others. I won't pretend I won't be paying particular attention to you and them. Can you live with that?"

Gaes looked back at Geary, her expression still haunted. "I'm going to have to live with memories of Vidha, sir."

"So you will. May it make you and the others better officers. If you or any of those others decide you can no longer bear the burden of command, let me know. Otherwise, carry out your orders, Commander Gaes."

She nodded. "I will."

"Then I'll see you all in Tavika." Geary waited as the images of the other officers vanished rapidly.

Rione's image disappeared as fast as the others. Desjani, shaking her head and giving Geary a sympathetic look, left with a quick apology about duties she needed to be seeing to.

In a very short time, only Captain Duellos's image was left, looking pensive. "I never cared for Captain Falco, but it's a sad thing to see, isn't it?"

Geary nodded. "How do we do justice to a man who no longer lives in this world?"

"Perhaps the fleet physicians can cure his ailment."

"Cure him so we can try him? Cure him so he can use his skills to contest command of the fleet again?"

Geary gave a bitter smile. "Or just cure him so he can realize what he did to the ships and crews who followed him? That would be a form of vengeance, wouldn't it? Would Falco ever be able to recognize and accept guilt? Or would he rationalize it all

away?”

“I don’t pretend to know what justice would be in a case like this,” Duellos noted. “But Captain Falco has lived in a universe centered on himself for a long time. On devotion of a sort to the Alliance as well, to be sure, but in Falco’s mind he and the Alliance are one and the same. I don’t think he’ll ever be capable of understanding his role in the loss of those ships.”

“What about the others?” Geary asked.

“Contemptible, aren’t they?” Duellos noted with a sour expression. “Maybe that little show of theirs, seeking to avoid all responsibility for their actions, will eliminate the remnants of their support. But maybe not. Some people can find ways to get around anything. I think you handled Kerestes, Numos, and Faresa right, but as far as the commanders of the lighter warships go, you should know that not all of them seem to have learned the lessons that Commander Gaes has.”

“I know. I’ll keep an eye on them. I just hate wholesale sacking of commanders. That’s a Syndic thing to do.”

“Sometimes it’s necessary.” Duellos paused, giving Geary a searching look. “But I imagine you erred on the side of mercy after too nearly erring on the side of vengeance.”

Geary tried to push away a headache. “You could tell?”

“I could. How many others could, I don’t know. There you definitely made the right decision. I say that even though for a moment I was ready to volunteer to be a part of the firing squads for both Numos and Faresa.”

“Thanks.” Geary stared at the system display still floating above the table. “Why do people like the commander and crew of Terrible die while people like Numos and Faresa survive?”

“I fear the answer to that is beyond my knowledge,” Duellos confessed. “I know I’m going to be speaking to my ancestors about it tonight.”

“Me, too. May they grant us the wisdom we need.”

“And the comfort. If you begin to focus too much on those who died here, Captain Geary, remember the sailors who survived this battle, and who escaped from the Syndic home system under your command.”

“You’d think that would balance out, wouldn’t you?” Geary stated. “But it doesn’t. Every ship, every sailor we lose is a blow.”

“And it is nonetheless what we must do.” Duellos nodded and departed.

Exactly sixteen hours later, Geary watched on his display while the drifting wreckage of Invincible blew into fragments as its power core overloaded. There would be no trophy left for the Syndics, and at least the surviving crew members had all been safely transferred to other ships, but it was still a sad moment that called to mind the fate of the Terrible. “All units, accelerate to point zero five light speed and

come to course down one three degrees, port two zero degrees at time five one.” It was time to head to the jump point for Tavika, time to bid farewell to Ilion.

HE had to be seen on the ship, had to let the crew know he appreciated their efforts and cared about them, even though their welfare was primarily Captain Desjani’s responsibility. Geary walked slowly through the passageways, exchanging brief greetings, occasionally pausing for a short conversation with sailors who seemed to be daring to really believe that they would get home. Their faith in him was still unnerving, but at least Geary could find comfort in knowing that while he had made his share of mistakes, he had also brought them this far in the face of some serious obstacles.

Voices that were low but sounded angry came to him. Geary turned a corner and saw Captain Desjani and Co-President Rione standing almost nose to nose in an otherwise deserted short passageway, their expressions intense. The moment he came into view, they both stopped talking. “Is something wrong?”

“No, sir,” Desjani replied in a crisp voice. “Personal business. By your leave, sir.” She rendered a precise salute to him and walked quickly away.

Geary shifted his gaze to Rione, whose narrowed eyes were watching Desjani leave. “What’s going on?”

Rione glanced at him, her expression smoothing out and hiding any emotions. “You heard your officer, Captain Geary. Personal business.”

“If it concerned me—”

“Do you think we were having a catfight over you, Captain Geary?” Rione asked mockingly.

He felt his temper rising. “No. But I have a right and responsibility to know if there’s bad blood between you and Captain Desjani for any reason.”

Rione was giving him that cool look again, betraying nothing. “Oh, no, Captain Geary. Captain Desjani and I are on the best of terms.” She said it so it sounded like a lie, and he knew Rione had done that on purpose. But why, Geary couldn’t imagine.

Geary tried to control his temper. “Victoria—”

She held up a hand to forestall him. “Co-President Rione has nothing further to say on the subject.

Interrogate your officer if you’re not willing to let it lie. Good day, Captain Geary.” Rione turned and walked away, her back and her movements betraying a stiffness of anger he could spot thanks to the time they had spent together.

They were still several hours from reaching the jump point to Tavika, and he already had another problem to deal with. But what was the problem? Desjani had seemed if not welcoming at least more tolerant of Rione lately. Rione, on the other hand, had managed to avoid him since the fleet conference.

He still didn’t know how she felt about the events at the conference, and in their



brief conversations since then Rione had begged off on the grounds that she was busy on research and other duties.

Geary reached his stateroom, sitting down and staring at the star display for a while before reaching for the internal communications control. “Captain Desjani, I’d appreciate seeing you in my stateroom at your convenience.”

“I’ll be right down, sir,” Desjani replied in a professional voice that revealed nothing. Within a few minutes she arrived, outwardly composed but with troubled eyes.

“Please sit down,” Geary offered. Desjani sat stiffly, her back straight, relaxing not at all. While she normally sat at attention in his stateroom, she was definitely more rigid this time. “I’m sorry if I’m prying, but I needed to ask again. Can you tell me what you and Co-President Rione were arguing about?”

She stared over his shoulder, her face betraying nothing. “I must respectfully decline to answer, sir, as the matter deals with personal issues.”

“That’s within your rights,” Geary agreed heavily. “But I must insist on knowing one thing. Whatever it was about, can you still work effectively with and regarding Co-President Rione?”

“I assure you that I am fully capable of carrying out all of my duties in a professional manner, sir.”

He nodded, letting his dissatisfaction show. “I can’t demand more than that. Please inform me if you think that changes, and please see fit to tell me at some future date if you consider whatever you discussed to concern the safety and welfare of this fleet and its personnel.”

Desjani nodded as well, her expression still controlled. “Yes, sir.”

“You understand I’m in a very awkward position here.”

“I’m sorry, sir.”

“Okay, then.” Geary was about to tell Desjani she could leave when the door to his stateroom opened, and Rione walked in, either deliberately or inadvertently blatantly advertising the fact that she had personal access to Geary’s living area. It was certainly a remarkable coincidence that Rione had chosen this moment to visit his stateroom again after avoiding him since the conference.

Rione eyed them dispassionately. “Am I interrupting anything?”

Desjani stood up and returned the same expression. “Not at all, Madam Co-President. I was just leaving.”

Geary watched them, fascinated in spite of himself. It was like seeing two battle cruisers circling each other, all shields at maximum, every weapon ready to fire, but both maintaining tight control over their every move so that the situation didn’t escalate into a bloodbath. And he had absolutely no idea why the two were at the brink of hostilities. “Thank you, Captain Desjani,” he stated carefully, wondering if

the wrong word from him could somehow lead to open warfare. He wasn't egotistical enough to think the women were sparring over him, which left him baffled as to what had happened between them.

Desjani left, the hatch somehow seeming to close with extra force behind her. Geary exhaled heavily and looked at Rione. "I've got a lot of things to worry about, you know."

"That has come to my attention more than once," Rione agreed in the same detached tones.

Geary studied her for a moment, wondering at the way she could be both familiar and unknown, sometimes at the same instant. "Who's here right now? Am I talking to Victoria, or to Co-President Rione?"

She gave him that cool look back. "That depends. Am I speaking with John Geary, or Black Jack Geary?"

"I'm still John Geary."

"Are you? I saw Black Jack the other day. He was preparing to order someone to be shot. He wanted to do it."

"He wasn't the only one." Geary looked away. "Maybe you did see Black Jack. But Black Jack didn't make any decisions."

"He came close, didn't he?" Rione was keeping more than an arm's length away, maintaining both physical and emotional separation from him. "How did it feel to know what you could do if you wanted to?"

"Frightening."

"Was that all?"

He took a long, deep breath and exhaled slowly, recalling the emotions that had filled him then. "Yes. It scared the hell out of me, because it looked so very attractive. Because I wanted those idiots to pay for what they did, and I knew I could get away with it if I wanted. And knowing I could get away with it scared me." Geary fixed his eyes on Rione. "And what is it you're feeling?"

"Me?" Rione shook her head. "Why should I feel anything?"

"Does that mean we're over? Did you come here to tell me that? Is that why you've avoided me since the conference?"

"Over?" Rione seemed to need a minute to think about the question. Then she shook her head again.

"No. There are...some other issues I need to deal with. However, I want to stay close to John Geary. I think he may need me."

"What about Black Jack?" Geary asked, recalling that Rione had bluntly declared that her first loyalty was to the Alliance, not to him.

"If he shows up again, I'd like to be close then, too." She said it calmly, in a voice still almost devoid of emotion, her eyes meeting Geary's gaze.

To keep me honest? he wondered. Or to make sure you're in a position to take advantage of the power Black Jack wouldn't hesitate to use?

Or to ensure Black Jack doesn't hurt the Alliance by slipping a knife into him while he sleeps? Did I ever imagine I'd be sleeping with a woman who might literally kill me if she thought it was best for the things she believes in? Things that I also believe in?

At least this way I can keep an eye on her, too.

"It's a very long ways back to Alliance space," Geary stated. "We will get there, though, no matter how much the Syndics throw at us. This fleet will get back. And Captain John Geary will get back. Any help you can offer is always welcome. Your company is always welcome." Almost always, anyway.

"I believe now that this fleet will make it back," Rione agreed in a quiet voice. "We'll see if John Geary does."